

V Premio Memoria de la emigración castellana y leonesa

JUAN ANDRÉS BLANCO RODRÍGUEZ
(Editor principal)



CASTILLA Y LEÓN



**V PREMIO
MEMORIA
DE LA EMIGRACIÓN
CASTELLANA Y LEONESA**

**V PREMIO
MEMORIA
DE LA EMIGRACIÓN
CASTELLANA Y LEONESA**

Juan Andrés Blanco Rodríguez
Editor principal



**ZAMORA
2018**

Editores JUAN ANDRÉS BLANCO RODRÍGUEZ
JOSÉ IGNACIO MONTEAGUDO ROBLEDO
JUAN-MIGUEL ÁLVAREZ DOMÍNGUEZ
RUBÉN SÁNCHEZ DOMÍNGUEZ
ARSENIO DACOSTA

Este libro forma parte de los resultados del proyecto de I+D *Las asociaciones en la emigración exterior española: del mutualismo a las comunidades transnacionales y virtuales*, dentro del Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia, subprograma Estatal de Generación del Conocimiento, ref. HAR2015-65760-P (Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades/FEDER, UE).

Imagen de portada:
Desfile del 12 de octubre por la Avenida de Mayo (s/f).
Centro Buralés de Buenos Aires. 100 años.
Agustín Burghi.
Centro Buralés de Buenos Aires.

© JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN. UNED Zamora.

I.S.B.N. Presente volumen: 978-84-617-4492-3

Depósito legal: ZA. 131-2018

Impreso en España. Unión Europea

A José María Bragado Toranzo, *in memoriam*

Índice

PRESENTACIÓN

MEMORIA DE LA EMIGRACIÓN: EXPRESIÓN Y VINCULACIÓN	13
--	-----------

RELATOS

RELATO PREMIADO

MI PADRE, FERNANDO MARTÍN: EMIGRANTE. ENTRE QUINTANAR DE LA SIERRA Y STOCKACH (1962-1987)	39
Sagrario Martín Abad	

RELATO DE ALEMANIA

DESDE MÚNICH CON JAMÓN	61
Esther Patrocinio Sánchez	

RELATOS DE ARGENTINA

LOS ÁLVAREZ CASTILLO	77
Héctor Luis Bermúdez y Álvarez	
DE AUTILLO DE CAMPOS A BOLÍVAR, UNA BALA CONTRA EL OLVIDO	107
Liliana E. Fuentes Astorga	
UN VIAJE CON HISTORIA	113
María Paula Gallego Fernández y David Fernández Beades	
BIOGRAFÍA DE UN RARO PALENTINO	127
Francisco Rafael Hermoso	
HISTORIA POR LA CUAL LOS HERMANOS: BONI, EMILIA, PEDRO Y ANGELITA LÓPEZ SEGURA, LLEGARON A LA ARGENTINA	135
Angelita López Segura	
DE POLIZÓN A CAMPEÓN	139
Daniel Ovides	
RELATOS DE LA VIDA DE DON GERARDO RIESCO	143
Rolando Aníbal Riesco	

EL EMIGRANTE NO HACE UN VIAJE... UN RELATO BIOGRÁFICO TRANSGENERACIONAL (1948–1978)	149
Miguel Rivas	
DE FONFRÍA A MIRAMAR	211
Felisa Leopoldo de Toro de Turuelo	
RELATO DE BRASIL	
LOS LEONES DE CASTILLA	219
Milton Alonso Rubio	
RELATOS DE CUBA	
D. MANUEL DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ, DECANO DE LA EMIGRACIÓN CASTELLANA Y LEONESA (CARRERA LARGA, GUANTÁNAMO, CUBA)	245
Benjamín Berdión Martínez y Manuel (Manolito) Domínguez	
RECUERDOS IMBORRABLES	253
Simeón Campos Cifuentes	
SANTIAGO NÚÑEZ GARCÍA (NOCEDA DEL BIERZO, 26/10/1900 - MADRID, 12/04/1986)	263
María del Carmen Carmona Núñez	
¡CÓMO PESAN LOS RECUERDOS!	277
Julio Jesús Cubría Peregrino	
UN MÉDICO DE RIOMANZANAS EN CUBA, 1879-1898	293
Ramón Fidalgo Castellanos	
EL DESCONOCIDO ABUELO ESPAÑOL	411
Aida Hernández González y José Hernández González	
PAPÁ PEÑA	433
Orlando Peña Romero	
CÓMO RECUPERÉ MIS ORÍGENES CASTELLANO-LEONESES	443
Andrés Santos González	
RELATO DE LA VIDA DE UN EMIGRANTE FUNDADOR DEL CLUB VILLARINO DE LA HABANA	465
Laureano Sendín Martín	
MEMORIAS DE UN VIAJE HECHO POR UN HIJO Y UN NIETO DE UN VILLARINENSE	475
Laureano Sendín Martín	

RELATOS DE ESPAÑA	
HISTORIAS DE MI PEREGRINAR POR TIERRAS DE MI CASTILLA	497
Antonio Sánchez Madrid	
LA EMIGRACIÓN EN BERCIANOS DE VALVERDE (ZAMORA)	515
Fermín de Vega Parra y María del Carmen de Vega Diéguez	
RELATO DE FRANCIA	
APUNTES AUTOBIOGRÁFICOS DE UN EMIGRANTE	
HISPANO-FRANCÉS	593
Ángel Iglesias Ovejero	
RELATO DE SUIZA	
MI PEQUEÑO GRAN RECUERDO	621
Cipriano Gómez Vicente	
RELATOS DE VENEZUELA	
POR TIERRAS DE VENEZUELA Y MÉXICO	631
Alberto Calvo Moralejo	
EXPRESIÓN	649
José Cobo Fernández	
EPISTOLARIOS	
LAS CARTAS DE UNA MUJER ZAMORANA	
(RECOPIADAS POR SU HIJO)	663
Jorge D´Amato Rodríguez	
EPISTOLARIO DE ANACLETO BOBES	673
Juan Carlos Paredes	
ÁLBUMES Y COLECCIONES FOTOGRÁFICAS	
IMÁGENES Y RECUERDOS DEL EMIGRADO BURGALÉS	
BERNARDO BERGADO NOCEDA Y LA FAMILIA QUE CREÓ EN CUBA	681
América Ana Pintado Bergado y Ana Luisa Bergado Camejo	

CENTRO BURGALÉS DE BUENOS AIRES. 100 AÑOS	689
Agustín Burghi. <i>Centro Buralés de Buenos Aires</i>	
FOTOGRAFÍAS DE UN VIAJE A VILLARINO DE LOS AIRES (2010)	697
Laureano Sendín Martín	

MATERIALES AUDIOVISUALES

ENTREVISTA A SOLEDAD LÁZARO VILLAVERDE	707
Enrique Gallego Lázaro	
VIVENCIAS DE MI ABUELA	727
Maite Simón Martínez de Goñi	

Presentación

Memoria de la emigración: expresión y vinculación

“El emigrante pertenece a una raza aparte”; con esta lapidaria sentencia define Miguel Rivas, uno de los participantes en este V Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa, la aventura migratoria de tantos miles de personas que partieron –y siguen haciéndolo– desde nuestra región hacia cualquier parte del globo¹. Podremos poner en duda la precisión de cada una de las fracciones de la proposición; por ejemplo, la simplificación de un proceso complejo como el migratorio, con tan múltiples actores y escenarios y a lo largo de un periodo histórico tan largo, es, necesariamente, reductor. Algo similar podríamos decir de la noción de “raza”, por mucho que aquí tenga un valor más expresivo que descriptivo. Sin embargo, la frase –“el emigrante pertenece a una raza aparte”– es perfectamente comprensible para cualquiera que haya vivido la experiencia migratoria o la haya experimentado en el seno de su familia. Esto último deja a muy pocos coterráneos nuestros fuera de dicha experiencia, dada la amplitud e intensidad de la emigración en Castilla y León, al menos desde la década de 1880. A modo de testimonio casi notarial, el relato de Fermín y M^a del Carmen de Vega sobre la emigración del pequeño pueblo zamorano de Bercianos de Valverde, que se incluye en el presente volumen, podría ser perfectamente extensible a cualquier localidad de la región y, muy especialmente, a la de las comarcas de ese amplio arco que, siguiendo las agujas del reloj, abarca desde las tierras de Ciudad Rodrigo a la montaña soriana.

¹ Este trabajo forma parte de los resultados del proyecto de I+D *Las asociaciones en la emigración exterior española: del mutualismo a las comunidades transnacionales y virtuales*, dentro del Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia, subprograma Estatal de Generación del Conocimiento, ref. HAR2015-65760-P (Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades/FEDER, UE).

Con esta introducción, los editores presentamos el resultado de esta quinta convocatoria de los Premios Memoria de la Emigración (en realidad, la sexta si sumamos aquella convocatoria inicial restringida a Zamora cuyo éxito dio pie a la versión regional de los mismos). Como en ocasiones anteriores, volvemos a sorprendernos de la dimensión que ha alcanzado el fenómeno. Todo ello nos ha permitido en estos años reunir una de las mejores colecciones europeas en su género, principalmente de relatos, solo superadas por los amplios repertorios de “memorias” o “pamielniki” reunidas por los equipos liderados en Polonia por Znaniecki y Krzywicky².

En las últimas convocatorias, y también a través del trabajo de recopilación realizado desde el *Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa* y desde el *Archivo de la Escritura Popular Bajo Duero*, hemos ampliado la tipología de materiales a colección de fotografías, epistolarios, películas familiares recuperadas y otros materiales en el convencimiento de que no existe un único formato para transmitir eso que, genéricamente, llamamos “memoria de la emigración”. En breve, podremos hacer una definición exhaustiva de este tipo de materiales y del potencial que nos ofrecen. Más allá de las introducciones de los distintos volúmenes publicados, se han realizado trabajos monográficos que nos permiten vislumbrar el alcance de sus posibilidades como fuente de información. Uno de los desafíos es definir cómo se va construyendo esta “memoria”, cuál es el papel de los distintos actores en la misma (asociaciones, familias, instituciones convocantes e, incluso, los investigadores), cuáles son sus características esenciales, su valor como fuente de información, pero también cuáles son sus límites y sesgos. También estamos trabajando de forma profunda en el análisis lingüístico de materiales tan diversos en origen, género, contenido y lenguaje. En todo caso, la explotación científica del *corpus* reunido hasta la fecha no es nada si lo comparamos con la dimensión política del fenómeno, léase,

² Sobre esto, véase: GONZÁLEZ MONTEAGUDO, José. Las historias de vida: aspectos históricos, teóricos y epistemológicos. Cuestiones pedagógicas”, in: “*Revista de ciencias de la educación*, nº 12, 1996, pp. 226-227; y BERTAUX, Daniel. “El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades”, in: *Proposiciones*, nº 29, 1999, pp. 1-2.

la visibilización en nuestra región y fuera de ella, en el ámbito institucional pero también en el conjunto de la sociedad, del fenómeno que posiblemente sea el más importante de nuestra historia reciente y de nuestro presente: la emigración. Una de esas dimensiones es, sin duda, la contribución a reforzar los lazos entre la sociedad castellana y leonesa y las comunidades vinculadas con ella en el exterior o en otras regiones de España. Esta vinculación tiene un carácter multidimensional, en el que juegan un papel crucial la legislación y los programas que la fomentan, sean o no asistenciales. Pero esta vinculación, no lo olvidemos, nace fundamentalmente de esas comunidades “castellanas y leonesas en el exterior” como las define nuestra legislación regional. Comunidades que se articulan sobre una importante red de sociedades fundadas por emigrantes oriundos de la región, muchas de ellas ya centenarias, pero también sobre una no menos importante red de sociedades fundadas o refundadas en los últimos veinte años principalmente.

Hay otro nivel de vinculación que es el que, de una forma más o menos expresa, se recoge en el conjunto de los relatos. En el caso de los relatos narrados en primera persona, pero también en los epistolarios o en la materialidad de la memoria visual contenida en un álbum de fotografías, esa vinculación se manifiesta de forma primaria en el seno familiar, y, también, en la asociación. Después volveremos sobre ello. En el caso de los relatos estrictamente autobiográficos, esa vinculación es necesariamente más potente porque es más directa, lo que no significa que sea necesariamente una forma menos legítima de vinculación con Castilla y León. En este grupo podemos incluir a aquellos que vivieron la emigración en destinos como Cataluña (Antonio Sánchez Madrid), Francia (Ángel Iglesias Ovejero), Suiza (Cipriano Gómez Vicente), Alemania (Esther Patrocinio Sánchez), o México y Venezuela (Alberto Calvo Moralejo). Es también el caso de José Cobo Fernández, emigrante leonés a Venezuela quien relata su experiencia desde la distancia que otorgan sus 93 años. En ocasiones esa vinculación es completa, como ocurre en muchos de los anteriores, retornados a España o, como en el caso de Ángel Iglesias Ovejero, pudiendo compaginar la doble residencia entre España y Francia, y haciendo gala además de su “biculturalidad”. Caso diferente es el de Esther Patrocinio Sánchez, donde la

decisión de instalarse definitivamente en un país distinto del propio –narrada retrospectivamente en otros muchos relatos, no en este–, se plantea en términos de incertidumbre y tensión.

Como en convocatorias anteriores, el peso fundamental lo vuelven a tener los dos principales destinos migratorios históricos: Argentina y Cuba, con nueve participantes en cada caso que, sumados, hacen prácticamente dos tercios del total de la sección de relatos. De nuevo ha sido fundamental la difusión y las tareas de recopilación del material por parte de las asociaciones argentinas y de la *Agrupación de Sociedades Castellanas y Leonesas de Cuba*. De nuevo damos las gracias a sus directivas y socios por involucrarse en ello. Sin embargo el foco se ha abierto a otros muchos países como Brasil o Venezuela, o Francia, Suiza y Alemania –estos últimos, principales destinos de la emigración española a Europa en el tercer cuarto del siglo XX–, con alusiones a otros muchos destinos como EE.UU., México o Filipinas, en ocasiones formando parte de experiencias migratorias continuadas y transcontinentales, caso de los relatos de María del Carmen Carmona Núñez (del Bierzo a EE.UU., Cuba y, finalmente, Madrid), de Francisco Rafael Hermoso (de Palencia a Filipinas, después a España y, de allí, a Argentina), Orlando Peña Romero (de Valladolid a Paraguay y Argentina para recalar, finalmente, en Cuba), o Alberto Calvo Moralejo (cuyo recorrido vital le lleva de Zamora a Venezuela, de allí a México y, finalmente, a Madrid). Esta nómina plural se enriquece con una grabación audiovisual en la que Soledad Lázaro Villaverde, natural de la localidad abulense de Sanchidrián, narra su experiencia migratoria en el continente austral.

Aunque el grueso de los materiales remite desde la segunda mitad del siglo XX a la actualidad, no son extrañas las referencias materiales (fotografías) o incluso las narraciones que nos llevan al último tercio del siglo XIX, caso del relato –prácticamente una novela– que firma Ramón Fidalgo Castellanos. El *corpus* se amplía, conformando en su conjunto una expresa vindicación de la experiencia migratoria. Lo hacen expresamente, recalcando su carácter universal, Aida y José Hernández González, para quienes “el mundo se benefició con esa pléyade de hombres y mujeres que no tuvieron miedo a la vida, que consideraron a todo el planeta como su gran patria y que desembarcaron en lejanas tierras”.

El contenido de los relatos abunda en temas ya expresados en todas las convocatorias anteriores, por ejemplo, en las causas de la emigración. La búsqueda de un mejor porvenir como motivación de los emigrantes está presente en muchos de los relatos, ocupando la centralidad de la narración como es el caso del de Sagrario Martín Abad (cuyo padre emigró a Alemania), el de Felisa Leopoldo de Toro (que emigró con toda su familia a Argentina en 1956), el de Rolando Aníbal Riesco (nieta de leonés que abandona su aldea en 1912), Orlando Peña Romero (con un largo periplo que acaba en Cuba), o el de Julio Jesús Cubría Peregrino (en el que la miseria de la aldea leonesa se sustituye por la de la zafra). No es, sin embargo, la única causa expresada; encontramos, por ejemplo, varias alusiones al papel de las redes migratorias (María Paula Gallego y David Fernández, Felisa Leopoldo de Toro o el ya aludido Rolando Aníbal Riesco), a veces combinadas con otras causas como la guerra, caso del relato que firma Angelita López Segura. Es significativo que esto último se señale en varios relatos, más específicamente cómo se recurre a la emigración clandestina para huir de las guerras coloniales en las que se embarca España en época contemporánea, como revelan Angelita López Segura, Héctor Luis Bermúdez y Álvarez, María del Carmen Carmona Núñez o Daniel Ovides. También debemos señalar que no siempre son estas causas estructurales las que motivan la emigración; hay casos como el de Cipriano Gómez, Alberto Calvo o Ángel Iglesias donde emigrar es una opción vital que conecta los procesos migratorios históricos de la región con los actuales.

Otro *topos* que encontramos en la nueva remesa de relatos es el viaje, eso sí, en términos traumáticos. Así lo narra Milton Alonso Rubio –“el viaje fue muy difícil”– o los autores del inventario de emigrantes del pueblo zamorano de Bercianos de Valverde –“fue un éxodo, una diáspora, una huida”–. No podemos negar ese dramatismo, como no lo hace Ángel Iglesias Ovejero, para quien el viaje fue “un segundo nacimiento, doloroso y feliz a la vez”, pero quizá deba ponerse en relación con la expresada idea de trauma que genera la reconstrucción memorialística del pasado. Más allá de sus condiciones objetivas, el viaje es traumático por todo lo que implica de pérdida, de ruptura familiar (Rolando Aníbal Riesco). Una pérdida que, en convocatorias anteriores, pero también en la presente, se expresa

como “nostalgia” (Felisa Leopoldo de Toro), “morriña” (Esther Patrocinio Sánchez) o “añoranza” (María del Carmen Carmona Núñez), conceptos que remiten a espacios de subjetividad pero, también, a lugares comunes narrativos, como el que expresa el título del relato de Miguel Rivas.

De hecho, este argumento se observa, a la inversa en ese otro viaje de retorno de los protagonistas de algunos relatos. Por oposición al viaje de salida, el viaje de retorno que hace el emigrante, particularmente el que se hace puntualmente, es un momento de felicidad, de reencuentro y redescubrimiento, como narran Francisco Rafael Hermoso (en su caso un retorno definitivo y feliz) o Julio Jesús Cubría Peregrino (viaje puntual del emigrante agraciado con la lotería cubana). En ocasiones, como le ocurre a la viuda del protagonista del relato que firma Ramón Fidalgo Castellanos, ese anhelado retorno es a la inversa, desde España, buscando el amparo de la familia cubana.

Otro lugar común es el de reflejar el proceso migratorio en términos de sacrificio personal, algo que se incardina con la antedicha pérdida. Bien sea por estudios o por trabajo, el emigrante aparece en muchos relatos obsesionado con su misión, más allá de cuáles fueron sus condiciones. Ha de advertirse que esto que señalamos se da habitualmente en aquellos relatos que narran la vida de un progenitor o ascendiente, como hace Sagrario Martín Abad cuando narra la vida de su padre en términos de sacrificio. Lo mismo hace Liliana E. Fuentes Astorga cuando habla de “una vida de trabajo y prosperidad”, de la familia de emigrantes palentinos cuyo periplo por Argentina nos narra. Es un resultado corriente que los emigrantes protagonistas –generalmente ascendientes del autor– aparezcan como una suerte de héroes anónimos, gente “sin miedo”, con “manos acostumbradas al trabajo”, con “visión de negocio”, como caracterizan los hermanos Hernández González a su abuelo y a su bisabuelo, ambos oriundos de la Montaña leonesa. Sin negar el valor de estas experiencias migratorias, asumiendo incluso el carácter heroico de no pocas vidas anónimas, este elemento debe ser analizado en términos esencialmente discursivos principalmente porque comparten espacio literal –en la escritura y entre líneas– como conceptos que lo son plenamente, como la idea de memoria colectiva o la identificación de los autores con lo “castellano y leonés” o lo “español”.

La dimensión memorialística de este tipo de narraciones es objeto de una de nuestras líneas de investigación en curso, y tiene muchos matices a observar. De un lado, está la cuestión de la legitimidad sobre la construcción del pasado confundiendo –de forma muy expresiva– términos como “memorias” (Laureano Sendín) e “historias” (Antonio Sánchez). Obviamente, nosotros consideramos que estas voces, sean o no los autores de los relatos los protagonistas de los hechos narrados, están legitimadas para ofrecer su visión de los procesos migratorios contemporáneos. Andrés Santos González reivindica la capacidad de reconstruir los vínculos con su propio pasado, haciéndolo desde sus propios marcos de referencia experiencial: “mi casa era para mí como vivir en España estando en La Habana”. En otras ocasiones, como le sucede a Héctor Luis Bermúdez, esta es una memoria heredada o asumida, como le ocurre a él con la placa que encuentra en Salientes (León) en homenaje a los emigrantes “hijos de este pueblo que por imposición del destino descansan hoy lejos del suelo natal”. O como le ocurre a muchos de los autores, que reconstruyen la experiencia vital de sus ascendientes desde “los relatos de una familia”, como revela Liliana E. Fuentes Astorga. También tendremos que valorar en su momento, hasta qué punto no es el propio dispositivo de los premios uno de los principales vectores de construcción de esta memoria colectiva³. Como se deduce sin mucha dificultad de las referencias que, sobre estos Premios, incluyen autores como Benjamín Berdión, Manuel Domínguez o Laureano Sendín; este último, en uno de sus trabajos, alude explícitamente a cómo en el seno de la familia se leen sus relatos, ya publicados en convocatorias anteriores.

En esta retroalimentación van de la mano los discursos y prácticas de identificación con la región de origen, Castilla y León. La región

³ BLANCO RODRÍGUEZ, Juan Andrés. “Memoria e historia de la emigración”, in: *De Zamora a América. Memoria de la Emigración Zamorana I*. Salamanca: Junta de Castilla y León / Diputación Provincial de Zamora / Caja España, 2007, pp. 9-82; MONTEAGUDO ROBLEDO, José Ignacio. “Contar la vida, entender el mundo. Las narraciones autobiográficas y las cartas de los emigrantes castellanos y leoneses en la encrucijada antropológica”, in: *Actas del XIII Congreso de Antropología “Periferias, fronteras y diálogos”*. Tarragona: Universitat Rovira i Virgili, 2014, pp. 2434-2453; DACOSTA, Arsenio. “¿Identidades? Algunas reflexiones a partir la experiencia migratoria castellana y leonesa a América”, in: *Identidad y género en Castilla y León*. Salamanca: Diputación Provincial, 2017, pp. 203-210.

se concreta en “raíces” (Andrés Santos), “espíritu” (Berdión y Domínguez), “tradiciones y costumbres” (Simeón Campos), e, incluso, en “recónditos rincones castellanos” (Miguel Rivas). Esto es, una “castellanidad” eminentemente *paesana*, muy pegada al terruño de origen y al marco referencial de la familia, pero también a la identificación entre lo castellano y lo español: “Que se mantenga este amor a España y a Castilla y León por siempre es mi mayor deseo”, nos dice el descendiente de las localidades de Corniero y Villómar (León) Andrés Santos González. En otros casos más recientes, en cambio, la identidad se negocia en términos nacionales, como le ocurre a Esther Patrocino, cuyo corazón y mente se debaten entre la nacionalidad española de origen y la alemana que ha solicitado: “¿Es esta mi patria?”.

Hay otros muchos temas que pueden analizarse a partir de los materiales reunidos en este V Premio, particularmente de los relatos, pero señalaremos solo dos más. El primero es el papel del asociacionismo de origen migrante en América en el mantenimiento de la vinculación institucional –y también en la personal–, siendo estos premios un buen ejemplo, como ya indicábamos. Laureano Sendín enmarca la historia de su padre y la suya propia en relación a la sociedad que fundaron en La Habana los oriundos de un pueblo salmantino, el casi centenario *Club Villarino*. O Andrés Santos González, que considera que la misión de las “Sociedades Castellano-Leonesas” en Cuba es mantener “vivo el espíritu y la estirpe española en esta tierra que soñaron nuestros padres”. Otros autores de Argentina, Brasil y Cuba nos hablan de sociedades genéricamente españolas donde la presencia de castellanos y leoneses se nos presenta tan natural como necesaria.

La última cuestión que queremos mencionar ahora en relación a los relatos es acerca de su definición como género. Una de las novedades que encontrarán en esta nueva edición de los Premios es la aparición progresiva de un estilo de narrar conscientemente literario. Como en ediciones anteriores, es común la memoria familiar, escrita generalmente por uno o varios descendientes, con forma literaria pero partiendo de un análisis de las propias fuentes históricas custodiadas en el seno familiar tales como fotografías, cartas personales, documentos administrativos y, sobre todo, recuerdos transmitidos oralmente. Por el contrario, aunque

existen salvedades, el relato puramente autobiográfico prescinde de estos dispositivos y tiene como fuente principal la propia memoria retrospectiva. También sigue siendo común, cada vez más, que en la narración puramente memorialística, se introduzcan informaciones librescas o producidas por otro tipo de saberes (estadísticas, históricas, sociológicas, etc.). Ocurre, entre otros, con los trabajos de Ramón Fidalgo Castellanos, con el de Daniel Ovides o con el de Fermín y M^a del Carmen de Vega, en los que el fundamento de la narración se sostiene sobre fuentes externas como memorias ajenas o, directamente, referencias bibliográficas de naturaleza académica. Se confunden así los géneros, aparentemente puros: autobiografía, relato familiar, historia de vida, trabajo académico, reseña biográfica, etc. Más interesante, si cabe, es la elección por parte de no pocos autores, de estilos y recursos literarios en ocasiones sorprendentes teniendo en cuenta la naturaleza de los relatos de vida e, incluso, la literalidad de las bases del concurso. Aunque puntualmente habían aparecido en ediciones anteriores, ahora tenemos “relatos” enteros cuyo fundamento material es lírico, como ocurre con José Cobo. El relato de Antonio Sánchez Madrid intercala la narración de sus propias experiencias vitales producidas en momentos muy anteriores a la convocatoria de estos premios, con los versos de un poeta popular de su localidad o, incluso, con la remembranza de los principales exponentes de la mística castellana. Ángel Iglesias enriquece su autobiografía con citas y alusiones a autores clásicos como fray Luis de León. Esther Patrocinio, cuyo relato destila a partes iguales sentido del humor y cierta amargura, entremezcla tiempo y espacio, con la narración de sus vivencias y de las de su “paisano” el Duque de Alba en el siglo XVI. Finalmente, el relato de Ramón Fidalgo Castellanos destaca por ser una falsa autobiografía que se remata con un comentario final puesto en boca de la viuda del protagonista, todo ello complementado con un inexistente diario perdido en un campo de batalla. Esta preocupación por el estilo y la forma del producto literario –sin negarle esta cualidad a cualquier otro relato de vida de la presente convocatoria o anteriores– es un aspecto que presenta un cierto carácter novedoso. Todo ello, como decíamos, es objeto actualmente de varias investigaciones que están muy avanzadas.

En lo que se refiere al resto de materiales presentados en esta convocatoria, como en la edición anterior, volvemos a tener colecciones de cartas o epistolarios, álbumes y colecciones de fotografías y otros materiales audiovisuales. Aunque el uso de fuentes epistolares no es novedoso en el desarrollo reciente de las ciencias sociales, en los últimos años se advierte cierta consolidación, especialmente en el estudio de las migraciones históricas. Podría decirse que se ha normalizado, que ha salido de los márgenes en los que se confinaban las investigaciones cualitativas, de tipo “humanístico”. Ha sido necesaria una labor conjunta (aunque no siempre suficientemente coordinada) para que los investigadores pudieran acceder a este tipo de documentos personales, que sin embargo salían a la luz, pasaban a formar parte de colecciones o fondos archivísticos, y en ocasiones eran objeto de publicación. Contar con series epistolares amplias y significativas, con vínculos intertextuales y contextuales, exigencia metodológica inexcusable en las ciencias sociales contemporáneas, es especialmente difícil cuando, descendiendo en la escala social, se pretende hacer una historia que incluya las clases inferiores (trabajadores, campesinos, marginados), así como mujeres, niños y ancianos. De ahí la necesidad de perseverar en las iniciativas de rescate de correspondencias y demás documentación de carácter privado, así como de su puesta a disposición de los investigadores a través de compilaciones, ediciones y corpus.

La conservación de cartas y demás documentación de carácter familiar no ha sido considerada prioritaria en el amplio conjunto de actuaciones de salvaguarda patrimonial que, a propuesta de diversas instituciones entre las que destaca la Unesco, se han ido incorporando a la agenda cívica y política de nuestras sociedades. De hecho, los “escritos populares” no suelen aparecer en los inventarios de patrimonio material o inmaterial, a pesar de reunir ambas dimensiones. Tienen un valor innegable como expresión lingüística, y como medio de transmisión de conocimientos y prácticas sociales son considerados como parte del patrimonio documental y etnológico, junto con la literatura popular, la historia oral y los relatos de vida, como se recoge literalmente en el Plan Nacional de Salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial. A pesar de la indefinición en que se encuentra, y sobre todo de la falta de reconocimiento social de

su importancia patrimonial, son cada vez más numerosas las acciones de protección llevadas a cabo por instituciones públicas y privadas, entre las que destacan museos, archivos y otros centros documentales. De esa forma, gracias al esfuerzo de iniciativas que pocas veces cuentan con suficiente apoyo institucional, se da cumplimiento al artículo 109 de la Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial de 2003, ratificada por España en 2006: “Los institutos de investigación, los centros de competencia, los museos, archivos, bibliotecas, centros de documentación y entidades análogas desempeñan un papel importante en la recopilación, la documentación, el archivo y la conservación de datos relativos al patrimonio cultural inmaterial, así como en el suministro de información y la sensibilización a su importancia”⁴.

En 2018 se ha celebrado el Año Europeo del Patrimonio Cultural, dejando su rastro de discursos grandilocuentes y unas pocas, muy pocas, acciones de concienciación sobre la necesidad de “comprometerse activamente” con la conservación y transmisión del patrimonio cultural del espacio europeo común. Con una amplitud conceptual cada vez mayor, que incluye el patrimonio natural y el digital, las instituciones europeas vienen a respaldar una creciente sensibilidad hacia aquello que conecta a los ciudadanos con su pasado. Sin duda, el registro escrito de los millones de europeos que abandonaron el continente en las últimas centurias, las cartas con las que se comunicaron y las historias que escribieron, por las enormes dificultades que comporta su preservación, merecen ser objeto de la mayor de las atenciones.

En esa coyuntura hay que situar la atención prestada desde el Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa a los soportes

⁴ El artículo continúa así: “Para fortalecer su función de sensibilización al patrimonio cultural inmaterial, se alienta a esas entidades a: (a) hacer participar a los ejecutantes y los depositarios del patrimonio cultural inmaterial en la organización de exposiciones, conferencias, seminarios, debates y cursos de formación sobre su patrimonio; (b) introducir y fomentar métodos participativos para presentar el patrimonio cultural inmaterial como un patrimonio vivo, en constante evolución; (c) hacer hincapié en la recreación y transmisión constantes de los conocimientos y las competencias tradicionales necesarios para salvaguardar el patrimonio cultural inmaterial, antes que en los objetos asociados a éste; (d) utilizar, si procede, tecnologías de la información y la comunicación para transmitir el significado y el valor del patrimonio cultural inmaterial; (e) hacer participar a los ejecutantes y los depositarios en su gestión, estableciendo sistemas participativos para el desarrollo local”.

de la memoria de los que se vieron obligados a abandonar la tierra en que nacieron. Se ha propiciado su conservación en el entorno familiar o asociativo desde el que se garantiza su transmisión, así como su incorporación a los fondos documentales del centro, a través fundamentalmente de las sucesivas convocatorias del premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa. No menos importantes son las tareas de catalogación y estudio de los materiales recopilados, que se completan con la difusión y publicación a través de diferentes canales. Si bien las primeras actuaciones se centraron en los relatos memoriales (hasta la cuarta edición del premio no se incluyeron las categorías específicas de epistolarios, álbumes fotográficos y registros audiovisuales), desde el principio las fotos, documentos y cartas que acompañaban los relatos recibieron su merecida atención, siendo reproducidos y debidamente conservados cuando se han aportado los materiales originales. Esa circunstancia, la interconexión entre diferentes soportes, registros y discursos, unida al protagonismo que se concede a las personas que los han cedido al Centro (participantes o no en los Premios), contribuye a dotar de contexto a la documentación. Los testimonios escritos adquieren de ese modo más valor evocativo, y lo que es más importante, resultan mucho más útiles para la investigación social.

Es el caso de una de las colecciones epistolares que han participado en el V Premio, “Las cartas de una mujer zamorana”, de Francisca Rodríguez Fernández, recopiladas por su hijo, Jorge D’Amato Rodríguez. Este había ya escrito una historia de la vida de su madre (y de sus familiares más próximos), por la cual fue galardonado con el II Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa. Los recuerdos familiares que fue capaz de recoger y poner por escrito tenían entonces su apoyo en estas cartas, además de abundantes documentos y fotografías que acompañaban el relato y que, en buena parte, fueron reproducidas en la publicación correspondiente. En esas páginas podemos ver los rostros de las personas que se mencionan en estas cartas, el de la propia Francisca, su padre y su hermano, llegados como ella a Buenos Aires, y de su hermana Pascuala, que se quedó en Sejas al cargo de su madre, de las escasas tierras y los pocos animales, y que escribía de su mano las cartas que ahora nos es posible leer. Del mismo modo podemos contemplar en aquellas

fotografías los espacios que abandonaron en Aliste y que algunos pudieron volver a ver (la casa paterna, las calles del pueblo, la iglesia), junto a aquellos otros que les esperaban en Buenos Aires: el barrio de Palermo, sus parques, la casa natal del autor, la perrita Chicha... Mediante esa información contextual que el depositante ha sabido compilar y transmitir se viene a paliar, aunque sea parcialmente, el problema del carácter fragmentario intrínseco a la comunicación epistolar. Podemos creer que todo lo que se dice en las cartas ciertamente ocurrió, pero no todo lo acontecido se cuenta en ellas. Incluso en un epistolario como este, que permite apreciar con bastante detalle los efectos de la movilidad interoceánica en una familia de labradores en un arco temporal bastante amplio (de 1937 a 1959), las lagunas son importantes y las preguntas que suscita son abundantes. Hay que tener en cuenta a las personas que no escriben, probablemente por no tener la mínima competencia para ello, como se supone que ocurre con Pedro Rodríguez y Juliana Fernández, los padres de Francisca. Uno de los silencios más llamativos de estas cartas, revelado en el relato familiar, es sobre el hermano mayor de Francisca, Julián, del que se dice que emigró a Cuba sin volver a dar noticias. El hecho de que no sea mencionado en ninguna de las misivas posiblemente tenga que ver con el olvido que esa situación provocó en la familia.

Una conocida limitación para el estudio de las cartas es que normalmente solo es posible acceder a una parte de la correspondencia familiar, pues en los epistolarios particulares se suelen conservar las cartas recibidas, estando restringida al ejercicio profesional la costumbre de la minuta o copia de las enviadas. Es posible, no obstante, encontrar indicaciones referentes a las circunstancias de recepción o respuesta de las cartas, e incluso sobre los motivos de su conservación, en forma de anotación en las mismas cartas o en los sobres que las contienen. Es el caso del segundo de los epistolarios presentados a esta edición del Premio, el de Anacleto Bobes, emigrante de probable origen asturiano pero afincado en la ciudad de Valladolid, donde recibe la correspondencia de los encargados de gestionar los arriendos de sus posesiones en Palos (Cuba). La conservación de los sobres ha resultado providencial para conocer las peripecias que comprometían el trasiego postal en el transcurso de

la guerra civil y la posguerra española, con la Segunda Guerra Mundial de por medio. En el escaso espacio dejado por el franqueo y los sellos de tránsito o censura escribió Anacleto escuetas palabras sobre cuándo y cómo respondía (o pensaba responder) los mensajes que le llegaban. En uno de esos sobres se encontraba un conjunto de cartas ajenas a esa correspondencia, más antiguas, con anotaciones de su mano en los márgenes, remitidas también desde Cuba, pero ahora desde Regla, por su hermano Francisco; en ellas se tratan negocios familiares que dan lugar a la reclamación de ciertas cantidades de dinero⁵. El asunto económico es común en los dos subconjuntos del epistolario y explica su conservación conjunta; asimismo, la aspereza con la que se expresan los requerimientos dinerarios contrasta con las declaraciones afectivas con que obsequian al destinatario tanto su hermano como sus amigos.

Se trata, pues, de dos colecciones epistolares muy diferentes pero altamente significativas y en cierto modo complementarias. Así, las cartas escritas desde Sejas de Aliste responden a una tipología muy precisa (caracterizada por servir de vínculo entre una parte del grupo familiar que se queda en la “casa campesina” y otra parte que se asienta en una lejana gran urbe), que fue bien definida ya en el trabajo clásico de Thomas y Znaniecki⁶ y tiene amplias concordancias en las muy numerosas correspondencias de ese tenor que se han compilado y editado desde entonces. Las remitidas por hombres de negocios desde Cuba a la capital castellana del segundo epistolario, con sus ostentosos membretes y la aparente frivolidad con que tratan los efectos de la crisis económica, se encuadran claramente en otra clase social, y por lo tanto son representativas de efectos bien diferentes de la emigración castellana a América, bien conocidos por lo demás, y que igualmente tienen su parangón en otras recopilaciones afines.

⁵ “esta cantidad se la presté con motivo que me iba a Cuba a trabajar de nuevo y según él no tenía efectivo y como hermano quise agradarle, mas tomó otra partida de 1300 pesos pero no ha correspondido y me lo debe todo” (carta 1).

⁶ “Forma y función de la carta campesina”, in: *El campesino polaco en Europa y en América*. Edición a cargo de Juan Zarco. Madrid: C.S.I.C., 2004, pp. 199 y ss.

Las cartas conservadas por Francisca Rodríguez abordan asuntos del máximo interés para el estudio social de las migraciones: si bien no son muy explícitas en cuanto a los motivos que empujan a la división de la familia nuclear, expresan con mucha claridad las estrategias de desplazamiento y las dificultades para realizar los trámites necesarios para el embarque, explicados detalladamente por José a su padre y hermana. En el lapso de tiempo que comprende el epistolario se desgranán, carta a carta, las consecuencias que llegaron a impedir el deseado regreso de los miembros emigrados de la familia, con la dramática consecuencia de que los padres de Francisca, después de vivir durante dos decenios “con un océano por medio”, no pudieron volver a reunirse, pues lo impidieron la coyuntura sociopolítica de los años treinta y la repentina muerte de Juliana, en torno a 1941. La familia quedó desgajada de ese modo, presa de una situación paradójica: los miembros que emigraron para regresar con ganancias no pudieron hacerlo debido a que estas se iban consumiendo en su propia subsistencia y en asistir a los que se quedaron. Durante las décadas centrales de la centuria se afianzó el diferencial de niveles de vida, con lo cual el proyecto de retorno fue definitivamente abandonado con el paso del tiempo. Este proceso marcó una historia común a la de muchas familias con escasos recursos, una historia pocas veces escuchada cuyas variantes pueden rastrearse en cartas y narraciones como los recopilados en esta serie editorial.

Del envío de objetos y de dinero se habla en estas cartas en forma de petición, siempre comedida, pero sobre todo como agradecimiento⁷. No olvidemos que son palabras escritas por los que se quedaron en la aldea alistana en tiempos marcados por la necesidad. En alguna ocasión (carta 8), se enumera todo el contenido del paquete (zapatos, ropa, tela y una libra de chocolate) detallando quién se queda cada cosa, “para así todos estar más tranquilos”. Con las noticias de la familia llegan también fotografías: es así como Juliana puede conocer a sus nietos y como Pedro ve a su hijo con el uniforme militar (cartas 4 y 8). La vida en el pueblo

⁷ “Mandas cuanto gustes a medida de tus deseos” (carta 9); “infinitas gracias por todo, ya que nosotros nunca les mandamos nada” (carta 22).

transcurre con pocas novedades: se reseñan los casamientos y, sobre todo, los fallecimientos⁸. Son frecuentes las malas cosechas por el mal tiempo al final de la primavera (cartas 10, 16, 20). Y la luz eléctrica llega a Sejas, por fin, en 1956. La soltería aparece como un asunto característico de esta correspondencia: José, quien queda al cargo de la casa familiar, manifiesta su decisión de no casarse hasta poder establecerse en Buenos Aires, mientras que, una vez allá, su hermana Pascuala le cuenta en 1957 que en el pueblo hay cuatro solteras embarazadas, una de ellas por segunda vez, dando incluso los nombres de los “causantes”. No faltan las preocupaciones patrimoniales, que llegan a provocar alguna desavenencia entre parientes, asunto que adquiere mayores dimensiones en el segundo epistolario de los presentados al certamen.

Sin embargo, respecto a las cartas de la familia alistana, las enviadas a Anacleto Bobes presentan, como se ha dicho, grandes diferencias. Es una correspondencia de carácter profesional, en la que lo familiar queda eclipsado por los asuntos propios del negocio, y es exclusivamente masculina: entre los correspondientes no hay mujeres, que por otra parte apenas aparecen mencionadas en las cartas. A falta de datos externos que completen las magras informaciones de las dos series que integran la colección, habremos de conformarnos con ponerla en relación con otros similares⁹ y con dejar apuntadas las pistas que pueden conducir a saber más de este supuesto indiano.

En el apartado de álbumes y colecciones fotográficas nos han llegado tres testimonios muy diferentes. No nos ha llegado ningún álbum original, en todos los casos se trata de recopilaciones realizadas ex-profeso para participar en este premio utilizando fotografías ya existentes en los álbumes familiares o institucionales.

⁸ “Murió el tío Santones y Manolo el de Pablo el Mosco se apregonó con Piedad la hija de Paula y Juanote” (carta 19).

⁹ También de Cuba, pero de época anterior (1878-1898), conocemos el epistolario del tieldrano Hermenegildo Álvarez, editado y estudiado por María Luisa MARTÍNEZ DE SALINAS (*Noticias de Cuba. Cartas de emigrantes vallisoletanos en la segunda mitad del siglo XIX*. Valladolid: Instituto Universitario de Estudios de Iberoamérica y Portugal, 2007).

El primer caso, la colección presentada por América Ana Pintado y por Ana Luisa Bergado, presenta una selección de 80 imágenes que reconstruyen la historia de su abuelo Bernardo Bergado. Formado por originales e impresiones de copias digitales presenta los testimonios del ciclo vital de su protagonista desde su llegada a Cuba incluyendo la participación de la familia en las actividades de la Sociedad Benéfica BURGALÉS de La Habana, singularmente en la celebración de su 125 aniversario.

A pesar de ser una construcción actual, presenta una tipología clásica de álbum familiar –razón por la que hemos incluido alguna imagen de páginas completas–, y al igual que en éstos, junto a las fotografías aparecen otro tipo de materiales como recortes de prensa, recordatorios, documentación, etc.

La colección presentada por Agustín Burghi y el Centro BURGALÉS de Buenos Aires también es una recopilación realizada ex profeso para el premio a partir de copias digitales de imágenes originales y de algunas imágenes digitales –las más modernas–. Se trata de una contribución que da cuenta de los 100 años de vida de la asociación bonaerense a través de 14 imágenes referentes a su actividad institucional a lo largo de este siglo de vida y que reflejan con fidelidad la sociabilidad generada por este tipo de agrupaciones.

La tercera colección presenta un perfil diferente a las anteriores, ya que se refiere al viaje que el emigrante Laureano Sendín Martín hace al pueblo natal de su familia, Villarino de los Aires. Las imágenes de este viaje reflejan a la perfección las vicisitudes de un viaje de retorno o de búsqueda de raíces. A través de más de un centenar de imágenes se observa como el participante ha intentado conservar y atesorar la totalidad de los recuerdos felices derivados de ese viaje. Las posibilidades que ofrece la fotografía digital permite al protagonista fotografiar todos los momentos vividos sin la necesidad de selección a la que obligaba la fotografía analógica.

En todos los casos, singularmente en los dos primeros, la participación en el premio y la configuración de las colecciones han supuesto un ejercicio de investigación, en el caso de la familia Bergado en el archivo familiar “gracias a la colaboración de hijos, nietos y biznietos que

con devoción conservaron durante años estos recuerdos”, en el caso de Agustín Burghi, en los fondos del Centro Buralés de Buenos Aires.

En cuanto al apartado de materiales audiovisuales han concurrido al certamen dos grabaciones de entrevistas realizadas a protagonistas de historias migratorias, la remitida por Maite Simón Martínez de Goñi con destino a Bizkaia, y la enviada por Enrique Gallego Lázaro, a Australia.

Tanto en este caso como en el apartado anterior la participación en el certamen ha generado un espacio de encuentro, una ocasión para reunir a la familia, a los socios, para encontrarse cara a cara con protagonistas del hecho migratorio –en el caso de las entrevistas–, para trabajar en la configuración de la memoria común, familiar o institucional, lo que constituye, sin ningún género de dudas, uno de los objetivos de la convocatoria de este certamen y sus ediciones pasadas.

Esta recuperación memorialística de la experiencia de la emigración castellana y leonesa no hubiera sido posible sin la implicación de distintas instituciones y algunas personas, aspecto al que ya hemos hecho referencia repetidamente. Inicialmente, la idea se gestó entre el Archivo de la Escritura Popular Bajo Duero y el Centro Asociado de la UNED en Zamora. La propuesta no se hubiera materializado sin el apoyo de la Diputación Provincial de Zamora, especialmente desde su área de Cultura y Emigración, y de la Junta de Castilla y León. Un paso que permitió su continuidad en el difícil contexto de la crisis económica fue el convenio suscrito entre el Centro de la UNED de Zamora y la Consejería de Presidencia de la Junta de Castilla y León el 27 de septiembre de 2017. En ese marco se ampara la presente edición de estos premios y agradecemos la voluntad expresada por el Secretario General de dicha Consejería, D. José Manuel Herrero, de continuar con una nueva edición de los mismos, además de hacerse cargo de la publicación que estamos presentando.

Como en anteriores ediciones, y tal como hemos mencionado, es preciso resaltar el apoyo que hemos tenido de las asociaciones integradas en la *Agrupación de Sociedades Castellanas y Leonesas de Cuba* y en la *Federación de Sociedades Castellanas y Leonesas de la República Argentina*, como también de las existentes en otros países americanos y algunas de las radicadas en España, así como otras españolas existentes en distintos países europeos. Estas asociaciones, que son la memoria institucional de la emigración de nuestra región, han contribuido decisivamente a construir la memoria individual y familiar de la misma.

El agradecimiento ha de extenderse al conjunto de participantes en esta edición y, de modo especial, a los premiados en las distintas categorías, cuyos trabajos serán presentados en el Congreso Internacional *El asociacionismo español de una emigración diferenciada*, que se celebrará en el mes de mayo de 2019 con el apoyo del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, la Junta de Castilla y León, y el Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa. De forma especial, los organizadores quieren expresar su agradecimiento al jurado de estos premios compuesto por D^a. Mar Domínguez Puente, D^a. Begoña Galache Fonseca, D. Eduardo Margareto Atienza, D. José Ignacio Monteagudo Robledo y D. Carlos Pedrero Figueruelo. Su trabajo, además de altruista, ha sido sistemático e independiente, como siempre, determinando que el primer premio de la categoría relatos debía otorgarse a Sagrario Martín Abad, por el relato a *Mi padre, Fernando Martín: emigrante. Entre Quintanar de la Sierra y Stockach (1962-1987)*. Para el resto de las modalidades, el jurado determinó que los premiados serían en la categoría de cartas o epistolarios, al trabajo *Las cartas de una mujer zamorana (recopiladas por su hijo)*, de Jorge D'Amato Rodríguez; en la de álbumes y colecciones fotográficas, el trabajo *Imágenes y recuerdos del emigrado burgalés Bernardo Bergado Noceda y la Familia que creó en Cuba* de América Ana Pintado Bergado y Ana Luisa Bergado Camejo; y en la de materiales audiovisuales al trabajo *Entrevista a Soledad Lázaro Villaverde* de Enrique Gallego Lázaro.

Para finalizar, una breve nota acerca de la presente edición. La experiencia se va acumulando, y mucho se lo debemos a quien fue en la práctica el editor principal de todas las anteriores ediciones de estos Premios Memoria de la Emigración, el Dr. D. José María Bragado Toranzo. Él estuvo presente en la decisión de poner en marcha esta iniciativa para dar voz a los propios protagonistas de la emigración castellana y leonesa y dedicó mucho esfuerzo para que continuara vigente y se editaran puntualmente los trabajos presentados. Por ello, tras su prematuro fallecimiento, era obligado dedicarle la edición de este V Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa.

En esta ocasión seguimos los mismos criterios de edición tratando, en primer lugar, de intervenir lo menos posible sobre los originales. Aun así, en el caso de los relatos –pero también en el resto de los materiales–, se ha realizado una normalización en lo que se refiere al formato y presentación de los mismos, por ejemplo, transcribiendo los relatos que nos han llegado manuscritos. En el caso de los relatos, un segundo nivel de intervención afecta a la ortografía y la puntuación; hemos tratado de respetar al máximo la versión de los autores, pero nos hemos tomado la libertad de corregir erratas evidentes; aquellos giros o expresiones utilizados por los autores que, aun contraviniendo las normas actuales de la Real Academia Española, fueran relevantes para comprender su voz narrativa, se han respetado señalándolas a lo sumo con la expresión latina *sic*.

Reduciendo al máximo su uso, hemos vuelto a utilizar notas al pie para aclarar algún término utilizado por los autores para que el sentido del texto sea plenamente comprendido en ambos lados del Atlántico. Estas notas también se han utilizado para aclarar el sentido de algún pasaje y para describir alguna intervención realizada sobre el texto. Estas últimas intervenciones a las que aludimos afectan en parte también a los materiales fotográficos como cuando hemos omitido imágenes con datos personales que potencialmente pudieran dañar a los autores y sus familias (como reproducciones de pasaportes u otros documentos en vigor) o imágenes actuales en las que aparecen menores, algo que

prohíbe expresamente la legislación española y que hemos eliminado sistemáticamente salvo en algún caso puntual en el que hemos optado por pixelizar el rostro reconocible de algún menor. En casos muy puntuales nos hemos visto obligados a omitir párrafos o secciones enteras, por ejemplo, cuando los autores han reproducido fotografías o textos potencialmente sujetos a derechos de autor que corresponden a terceras personas o instituciones. En el caso de los relatos hemos señalado estas circunstancias remitiendo a las fuentes originales tales como monografías, páginas web u obras literarias editadas. Esto también se ha hecho, como en ocasiones anteriores, en los casos en los que un autor ha tomado amplios fragmentos de un relato publicado en convocatorias anteriores de estos Premios; en nota al pie remitimos al volumen y páginas concretas donde el lector puede encontrar la sección del relato que hemos evitado publicar de nuevo. Como en todas las convocatorias anteriores, estas intervenciones se señalan como “notas de los editores” (N.E.) para distinguirlas de aquellas notas que son obra de los propios autores (N.A.). Por último, con el fin de garantizar la debida calidad de la edición, hemos omitido todas aquellas imágenes que acompañan a los relatos sin calidad suficiente para ser impresas, duplicadas o reiterativas. No obstante, como siempre hemos hecho, se ha guardado copia íntegra de todos los materiales –publicados o no– para su custodia en el Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa con sede en el Centro Asociado de la UNED en Zamora.

MODALIDAD RELATOS

RELATO PREMIADO

Mi padre, Fernando Martín: emigrante. Entre Quintanar de la Sierra y Stockach (1962-1987)

Sagrario Martín Abad

Mientras eres pequeña, poca o ninguna opinión puedes expresar respecto a las decisiones que se toman en una familia. Se supone que los padres, adultos, con capacidad y suficientes elementos de juicio las toman pensando en el bien de la misma. Esto sucedió en mi vida. Nací en un pueblo de Burgos, Quintanar de la Sierra, en la Comarca de Pinares, entre las provincias de Burgos y Soria en el año 1956. Pero mi relación con la emigración llegaría unos años después, hacia 1962, cuando mi padre se fue a Alemania a trabajar porque en mi pueblo a los cuatro hijos que ya éramos “no nos podía mantener”. Supe ya de mayor que fue con un contrato de trabajo que le envió un amigo suyo de la infancia, que se había ido antes que él a ese mismo lugar de Alemania.

Mi padre, nacido en el año 1927, había estudiado un oficio de carpintero en una escuela que entonces había en mi pueblo de artes y oficios. Y lo cierto es que le gustaba y se le daba bien pues, como supe después, él construyó los muebles de su habitación cuando se casó con mi madre, a saber: la cama, la cómoda, un armario y dos mesillas, que los he visto toda mi vida en el pueblo y todavía continúan en la que fue su habitación del piso en el que vivieron. Sus padres le dieron la oportunidad de ir a estudiar este oficio de una forma más sistemática y oficial para conseguir un posible título para toda su vida que le habría cambiado el futuro, y le dijeron de ir con unos frailes que había en la provincia de Salamanca, uno de ellos familiar de los abuelos. Pero nos contó que, como requisito tendría que ir todos los días a misa a las 8 de la mañana, no le hizo mucha gracia, y no fue. Toda su vida le pesó haber tomado esta decisión que le supuso no disponer de un título oficial, de tal forma que no quiso que a sus hijos nos pasara lo mismo.

De joven y soltero le encantaba jugar a la pelota en el frontón que había en el pueblo debajo del ayuntamiento. Cuando tuvo edad, trabajaba acarreando troncos de pinos que otros cortaban con una pareja de vacas y un carro para tal función. Los troncos los llevaba a una de las fábricas, serrerías, que por aquel tiempo había en mi pueblo. No sé cómo funcionaba entonces lo de la Seguridad Social, pero en algún momento le valió un periodo de cotización (este u otro posterior) pues cuando se jubiló cobró algo de la Seguridad Social española. En el verano de 1962 ya éramos cuatro hijos y lo que ganaba no cubría todas nuestras necesidades. Además al nacer la cuarta hija de los cuatro, se habían metido con tres de sus cuatro hermanos a rehacer la casa de los abuelos (en la que vivíamos), con la familia de su hermana (mi tía). Eso supuso el gasto de un dinero que no teníamos, que hizo que, unido a lo precario que era el trabajo que tenía, tomara la decisión de ir a Alemania el 2 de agosto de 1962, un día después de nacer el quinto de sus hijos. Se fue a Alemania sin tener ningún título oficial que reconociera sus conocimientos sobre carpintería y estuvo trabajando durante 25 años en una fundición como un “triste obrero”, como él decía.

Así pues, el día 2 de agosto de 1962, después del nacimiento de su quinto hijo el día 1, mi padre se fue a Alemania, a trabajar. Como he dicho, su amigo de toda la vida que se había ido un tiempo antes con su familia, le mandó un contrato de trabajo en una fábrica de fundición que se llamaba *Fahr* y se encontraba en la localidad de Stockach Baden en la zona sur, muy cerca del lago Constanza (Bodensee para los alemanes), lago que hace frontera con Alemania, Austria y Suiza. Esta fábrica creo que era una especie de filial de la empresa principal que se encontraba en Gottmadingen a unos kilómetros de Stockach. Respecto a su trabajo, nos contaba que casi a diario venía un controlador de la empresa para ver el rendimiento del trabajo de los empleados, cronómetro en mano, añadiendo que tenían que sacar 90 minutos a la hora. Tuvieron que pasar unos cuantos años para que yo entendiera este comentario, pues siempre había creído que las horas tenían sesenta minutos. También había en Stockach una fábrica de tejer en la que trabajaban mayoritariamente mujeres.

Los primeros años mi padre vivió en un pueblo cercano, pegando al lago, llamado Ludwigshafen. Fueron otros emigrantes de mi pueblo este año con mi padre al mismo lugar, a Stockach, a trabajar. Lo que nos decía es que se levantaba como a las 4 de la mañana; iba a trabajar hasta las 12, luego comía y, unos años después, al saber algo de carpintería, aunque sin tener un certificado que lo acreditara, iba a la iglesia a colaborar con su trabajo. Además del trabajo, tenía que hacer la compra y su comida si quería comer. Había una foto suya con un delantal puesto mientras hacía la comida...



Mi padre, Fernando Martín Guevara, en los primeros años que estuvo en Alemania (1962-1965).

En algún momento, dentro de esta rutina tuvo que encontrar tiempo para aprender alemán, pues recibía clases con cierta frecuencia, creo que gratis. Los primeros años nos hablaba sobre la lengua alemana, diciendo unas palabras que nos parecían larguísimas. Después, dejó de estudiar el idioma. Se pasaba el día trabajando y su cabeza estaba a 2000 km de distancia, en el pueblo con su familia. Además, solía estar rodeado de españoles, muchos del pueblo y otros más jóvenes le ayudaban en sus asuntos con el idioma. Esta poesía, escrita en los años 70, expresa por completo su sentir respecto a la lejanía de su familia, su tierra, su casa... Pasados unos años, mi hermana la pequeña y yo grabamos la poesía en una cinta de casete.

*Un día, despedí a mi esposa e hijos
alegre, tranquilo, sereno...
Pero al salir de mi casa
las lágrimas se cayeron.
Era de noche al salir*

*palpitaban las estrellas
resplandecen los luceros.*

*Se vienen también conmigo
mis otros seis compañeros.*

*Ellos
salen con la sonrisa en los labios
y la alegría en la cara
porque aún les acompaña
la mujer que más se ama.*

*Para mí,
no pudo haber alegría,
porque fui dejando atrás
todo lo que más quería.*

*Sin embargo, ahora que pienso
en volver de nuevo a casa,
parece que desde aquí
les oigo abrir las ventanas.*

*En ellas,
veo asomarse a mi esposa,
oigo a mis hijos que llaman
y la voz de uno de ellos
que les dice estas palabras:
-Mirad, hermanos, mirad,
ya viene el coche de Burgos,
ese que llaman Serrana.*

*Vamos,
vamos todos a la plaza,
a ver si en ella viene papá
de esas tierras tan lejanas,
porque ya todos queremos
besar de nuevo su cara*

*que cerca está Navidad
y puede volver a casa.*

Y... “¡Sí!”

*Yo desde aquí les contesto
con el corazón palpitante.*

*-Hijos,
el día que a casa vuelva
y os pueda coger la mano
se abrirán para mí los cielos,
moveré entonces los labios
y a todos, a todos,
estrecharé entre mis brazos:
a mi esposa, porque la quiero;
a mis hijos, porque los amo,
y también a mis hermanas
que no tienen otro hermano.
A mis cuñados y sobrinos,
la familia en general,
porque es muy triste vivir
separado del hogar.*

*Esto es lo que me dice el corazón,
a veces, cuando lo pienso:*

*-Serrano, serrano,
¿de qué te sirve llevar
en el bolsillo dinero,
si aquí no puede alcanzar
de lo que son tus anhelos?*

Sin embargo:

*“¡Aquí se vive la vida!”,
oigo decir a solteros.
Y sin tardar en pensarlo,
de esta forma les contesto:*

– *¿Que aquí se vive la vida?*
Eso os lo parecerá.
Para vivirla y palparla
el soltero en nuestra España
y el casado en su hogar.

Y con esto me despido
porque, al fin, todo se acaba.
Que el Señor nos dé salud,
a todos los emigrantes,
para volver a nuestra casa.

Mi padre venía dos veces al año de vacaciones: en verano y en Navidad, unas 3 o 4 semanas cada vez. La llegada en Navidad era espectacular. Hacia las tres de la mañana, mi madre con los mayores, veíamos venir por la ventana de la cocina el autobús que llegaba directo hasta nuestro pueblo, con un remolque para las maletas. Después iba a otros dos pueblos cercanos. Venían dos conductores para turnarse durante el trayecto. Subíamos a la plaza a esperarle. Siempre traía algo para nosotros y al llegar a casa le hacíamos abrir la maleta para que nos lo diera. En una ocasión se puso de moda traer cancanes, para poner debajo de la falda, pero nos parecían tan bonitos que los poníamos de vestido. En otra ocasión nos trajo tres faldas, pero eran tan grandes de talla que tuvimos que ponernos la de la hermana menor, con lo cual, la tercera esa vez, se quedó sin ella. En un año se arregló. Mi padre siempre decía respecto de la ropa que en España era más bonita y más acorde con nuestras tallas, como que las niñas alemanas eran más grandes. Otro regalo que solía traernos eran juegos de collares, pulseras y pendientes de perlas. Nos parecían preciosos y los cuidábamos como si de un tesoro se tratara. Otra vez nos trajo dos muñecas, una para mí y otra para la cuarta de mis hermanas (no recuerdo qué traería a la mayor y a mi hermano): una rubia con coletas, ojos azules y vestido rojo. Descubrí que detrás, en el cuello, tenía una S, como si se hubiera quedado un pelillo pegado. Como coincidía con la inicial de mi nombre, yo me quedé con ella y mi

hermana con una morena de pelo corto y rizado. Eran las dos muy bonitas, jugamos durante años con ellas y las tiramos después de más de 30 años.

En Navidad no podíamos salir a la calle, así que en casa jugábamos o a veces en el portal con mis primos. Cuando venía en verano, teníamos otros “protocolos” debido al buen tiempo. La vuelta a Alemania solía hacerla en un tren que cogía en Burgos, bajando hasta allí en autobús desde mi pueblo. Solía hacer más de un trasbordo: en Hendaya (Francia) y en Suiza. Lo pasaba muy mal, se mareaba en el viaje y se ponía un mono azul de los de trabajo para evitar mancharse la ropa. Los primeros años llevaba chorizos de la matanza; después, los justos para comer, pues en algunas fronteras tuvieron problemas con la comida, se la requisaban decían por motivos relacionados con sanidad. La idea de mis padres era que estuviera él en el extranjero un par de años hasta hacer dinero, pagar deudas para volver a trabajar después en el pueblo.

El primer susto (y gordo), se lo llevó mi madre hacia el año 1965 cuando la avisan que está muy grave y con la posibilidad de morir: le habían operado de apendicitis y al beber agua se le había perforado el intestino... y se moría (es la explicación que yo oí). Mi madre se hizo el pasaporte o algo parecido en el que la foto que puso expresaba toda su pena, nos repartió a los 5 entre mi tía y los vecinos y se fue a verle. Mis recuerdos de estos días eran agradables: me quedé con una vecina que tenía un hijo de mi edad. Gracias a Dios, mi padre siguió viviendo varios años más. Años más tarde me enteré de que una puerta de la furgoneta en la que hizo mi madre el viaje se abrió y por ella podría haber salido disparada.

En septiembre de 1965 nace mi sexto hermano y mi padre no lo vio hasta diciembre. Como los años anteriores vino para Navidad. Este año recuerdo un avión de juguete que trajo para el quinto que había cumplido tres años en agosto. Funcionaba con pilas, y cuando se cerraba la cabina, se ponía en movimiento. También se le ajustaba una escalerita con pasajeros que al unirse al avión daba vueltas como que subían. También para este niño trajo una chaquetita y un pantalón a juego azul y blanco con una gorrita que acababa en una pequeña visera. Estaba a su

medida. Éramos felices por estar todos juntos y las Navidades transcurrieron como los años anteriores. Llegado el nuevo año de 1966, mi padre emprendió el viaje de vuelta el sábado 15 porque empezaba a trabajar el lunes, día 17 de enero. Tardaría dos días en llegar, como siempre que volvía en el tren que cogía en Burgos.

Mi hermana la mayor tenía una amiga vecina nuestra de toda la vida. Para quedar, en vez de subir a mi piso (pues tenía que pasar por el portal a veces escaso de luz), tiraba una chinita al cristal de la ventana para que, al oírla, mi hermana bajara. Pero ese domingo 16 tiró tan fuerte la piedra que el cristal se rompió. Dijo mi madre que el lunes comprarían otro. Así pues, fue el lunes 17 con mi hermano, el de 3 años, a encargarlo. Le dijeron que estaría para el martes 18. Pero la noche del lunes al martes, mi hermano el de tres años, que dormía con mi hermana la mayor (mientras mi madre dormía con el bebé), estuvo devolviendo. Llamamos al médico (supongo que fue mi tío a avisarle) y cuando vino a las 9 de la mañana, dijo que tenía meningitis y bronconeumonía (o algo parecido), que si lo llevábamos a Burgos no llegaríamos y que si lograra recuperarse de la meningitis no sabríamos cómo quedaría a nivel físico y mental...

El día apareció completamente nevado. Los mayores fuimos a la escuela (yo hacía 5º de lo que se llamaba también primaria). Entonces nos daban unos botellines de leche (de ¼ de litro a cada uno), para lo que mi madre nos hizo unas bolsitas de tela para llevarlos sin que se nos cayeran por el camino. Ese día yo sola volví a las 15:00 a la escuela para devolver los botellines. Mis hermanos se quedaron en casa. A las 15:00, mi hermano, el quinto, el que había nacido un día antes de que mi padre se fuera a Alemania por vez primera, se murió estando mi madre con él en la habitación. No recuerdo qué cenamos esa noche porque las manchas de las sábanas tardaron tiempo en salir, según oía yo decir a mi madre. El piso donde vivíamos daba al norte. Mi pueblo, en la comarca de los Pinares, sierra de la Demanda, al principio del Sistema Ibérico, es muy frío. Para los Santos ya tenía nieve, como dice el refrán y en agosto el frío en el rostro, no recuerdo quitar las mantas de las camas en todo el año. Empezado septiembre mi madre, nos decía que fuéramos a

comer las uvas (el postre) al sol, o sea, a la calle. La habitación donde murió mi hermano, el dormitorio de mis padres, era el más frío de toda la casa. Yo lo recuerdo como si las paredes que daban a la calle y al vecino estuvieran húmedas, mojadas... por este motivo, unos años después, cuando mis padres pudieron, pusieron la calefacción cuya caldera calentaba el agua con leña de pino propia de la zona. Antes de esto, lo que solíamos hacer era llevar a la hora de dormir unas botellas de metal llenas de agua hirviendo que las colocábamos en los pies dentro de la cama. Cuando se enfriaban a las 4 o las 5 de la mañana, las retirábamos para atrás del todo porque, ya frías, nos molestaban.

A mi padre le mandamos un telegrama con la terrible noticia. Nos contó después que no pudo abrirlo y tuvo que ir a la casa de unos primos para que se lo leyeran. Nos dijo también que, Dios no lo quisiera, pero si volvía a pasar algo tan triste, buscáramos otra forma de decírselo. Mi madre vio morir a su hijo... mi padre no; se había despedido de él, de todos, dos días antes, y pasarían treinta años hasta que volviera a “verlo”. Mi madre daba el pecho a mi hermano pequeño de cuatro meses, y sin lugar a dudas, con la leche le pasó toda su pena y todo su dolor.

En verano, mi padre solía venir para estar el 10 de julio en el pueblo, pues se celebran las fiestas de San Cristóbal, patrón de los camioneros. Años atrás en mi pueblo había muchos para transportar sobre todo la madera que se cortaba de los pinos y en las serrerías se limpiaba de la corteza, y lo llevaban a otros lugares para hacer muebles. Siempre me he preguntado por qué en Quintanar nunca se puso una fábrica de muebles...

Estando en 5º curso, la maestra nos preparó a un grupito de alumnos que pensaba “valíamos” para estudiar, a sacar unas becas del Ministerio de Educación para ir a estudiar el Bachiller Elemental internas a Burgos, en vez de acabar en la escuela los estudios primarios que eran hasta 8º, porque mi pueblo estuvo un tiempo dotado de instituto pero era de examen libre en Burgos. Aprobé la prueba y me dieron la beca. Con este hecho, fui abriendo el camino para el resto de mis hermanos: estudiaríamos carreras medias (diplomaturas), todos con becas mantenidas

con nuestro esfuerzo y trabajo, y con el sacrificio de mis padres. Así pues, el año 1967 en septiembre, me fui interna a Burgos, a un colegio de monjas donde hice hasta 4º de Bachiller Elemental, hasta el año 1971.

En 1968 nace la última de los hermanos, una niña. En plena fiesta de San Cristóbal, mis primos y hermanos mayores fuimos a buscar a la comadrona. Todos mis hermanos hemos nacido en casa, ayudaba a mi madre la misma comadrona, familiar que ayudó a nacer a muchos niños del pueblo. En este momento, con la muerte de mi hermano y el nacimiento de mi última hermana ya quedamos el número final de hijos: cuatro chicas y dos chicos, seis en total.

En mi pueblo había tres o cuatro serrerías y en los últimos meses se gestó el funcionamiento de una cooperativa dedicada a trabajar la madera haciendo puertas y no sé si otras clases de muebles. Sus trabajadores eran cooperativistas, para entrar tenían que poner una cierta cantidad de dinero y mi padre se informó al respecto. Hacia el año 1968 decide venirse a trabajar en esa cooperativa y dejar Alemania. No recuerdo si fue para las vacaciones de verano o después, se venía “definitivamente” a casa, a trabajar en Quintanar, en España. Esto era una buena noticia. Como despedida, nos trajo en esta ocasión unos regalos que no olvidaré: a mi hermana la mayor, una máquina de escribir por la que tenía que haber pagado más por añadir la “ñ” y quitar algunas letras del abecedario alemán. A mí, un acordeón: mi padre me explicó que en Alemania salían en la tele familias enteras cantando y tocando instrumentos musicales. Le hubiera encantado que yo hubiera aprendido a tocarlo y me hubiera ganado la vida de esta forma, tocando y cantando porque en aquellos tiempos tenía voz y oído para la música. Para mi tercer hermano trajo una cámara de fotos. Para los otros tres, al ser tan pequeños, no recuerdo lo que trajo. A mi madre le preguntó si quería que le trajera una lavadora (¡el trabajo que se habría ahorrado!) o una tele. Mi madre no lo dudó: dijo “la tele”, porque nos gustaba verla a todos. Trajo una *Telefunken* en blanco y negro... El acordeón se lo dejó a una tía, hermana de mi padre, que vivía en Barcelona. Sé que ella lo vendió: desconozco lo que mi padre pagaría por él y lo que le supuso su venta. Por aquel entonces, yo ya había empezado a estudiar, y en esta decisión me fueron siguiendo mis hermanos.

En verano, de vacaciones, a las 8:30 llevaba el desayuno a mi padre a la fábrica, con otras mujeres cuyos maridos trabajaban con él y paraban un ratito. Era en la típica cesta de mimbre de Caperucita, hacía un tiempo muy agradable, nada de calor todavía. Mi padre estuvo un par de años en la cooperativa y, por lo que yo entendí, el que era encargado de planificar los trabajos se ponía a cepillar las puertas, el gerente que llevaba las cuentas, no sacaba bien el gasto que llevaba cada puerta para no perder dinero a la hora de venderla... así que, después de dos años casi perdiendo dinero, tuvo que coger la maleta y volver a Alemania otra vez. Si triste fue su ida en el 62, ahora, esta segunda vez le costó mucho más.

Hacia el año 1970, mi hermana la mayor que había estudiado hasta 8º en la escuela, se presentó a una beca de Universidades Laborales, que se concedían dependiendo de la Mutualidad en la que tu padre trabajaba, en este caso, la de la Madera. Después de un curso de acceso, estudió la Diplomatura de ATS, es decir, Enfermería. Acabó en el año 1974 y se presentó en el hospital de Cruces en Baracaldo, donde ha trabajado unos 43 años hasta su jubilación.

Al volver mi padre a Alemania, recibimos una carta (no sé de qué organismo oficial) en la que nos comunican que la beca que disfrutaba mi hermana ya no dependía de la Mutualidad de la Madera, sino que pasaba a depender del Instituto Español de Emigración. Al recibir la carta, mi madre se llevó un buen susto pues en un momento pensaba que le habían quitado la beca al irse mi padre a Alemania de nuevo. Hacia el año 1971 yo terminé Bachiller Elemental, interna. Mi nota del 4º curso fue Sobresaliente, Matrícula de Honor, por lo cual solicité una beca de Universidades Laborales en la que seguir estudiando Bachiller Superior (5º y 6º) y COU. Quizás por las calificaciones la beca me fue concedida: no pagué nada por el traslado del expediente a la Universidad Laboral de Zaragoza donde realicé los tres cursos antes dichos, como no se pagaba nada por los estudios, solo los viajes. Por supuesto que había que estudiar mucho para mantener la beca... yo decía que no podía permitirme el lujo de repetir un año porque me negaban la beca y sin beca, no podía estudiar. Al conservar la beca de Universidad Laboral y acabar COU, fui a estudiar Magisterio a Burgos. La mantuve los tres

años de 1974 al 1977. Poco a poco, mis hermanos tercero y cuarta se van sumando a estudiar y prepararse para un futuro más fácil que el de mis padres. Ellos fueron a Miranda de Ebro, a un Colegio Menor que era también tipo internado. Estudiaron hasta COU. Después, mi hermano estudió Magisterio en Santander trabajando y estudiando. Mi hermana la cuarta, conservando la beca, estudió Ciencias Empresariales en Burgos.

Quedaban en el pueblo mi madre con los dos pequeños. A partir del año 71, mis padres “mantienen” seis casas: la propia del pueblo, la de Alemania y la de cada hijo de los cuatro mayores que estamos fuera estudiando. Desde luego, las becas fueron fundamentales para poder estudiar, pero se gastaba más dinero de lo que nos pagaban por ellas. Solo las de Universidades Laborales que cubrían todos los gastos excepto los viajes como ya he dicho antes, compensaban las otras.

La familia de mi madre vivía toda en un pueblo de Vizcaya. Varios de sus hermanos pusieron una especie de fábrica de muebles, y con la idea de mi padre de venir un día de Alemania a trabajar con ellos, compraron un piso en ese pueblo. Fue solo una ilusión. Un verano, debido a que mi padre tenía unas grietas en los pies y los médicos alemanes le recomendaron pasear por la playa con el agua con sal, lo pasamos en ese piso y ellos se iban todos los días en autobús a Castro Urdiales, que no les pillaba muy lejos, a la playa. Poco después, el piso se vendió a una tía, y mi padre siguió en Alemania hasta su jubilación.

Supongo que poco a poco fue mentalizándose de no volver a España a trabajar. Lo veía muy difícil y más al haber empezado los mayores a estudiar fuera del pueblo. Él quería que tuviéramos una formación mayor que la suya con la que pudiéramos ganarnos la vida de una forma menos sacrificada. Este pensamiento lo expresaba diciendo: “he puesto seis motores y ahora os toca a vosotros funcionar”, refiriéndose a la puesta en marcha en sus hijos de una manera de hacer más fácil nuestra vida. En 1979, yo aprobé la oposición en Madrid y empecé a trabajar. Mi padre, ante este hecho, me dio siete mil pesetas para que me comprara un boli y escribiera algo así como: “en recuerdo de mis padres y hermanos al aprobar la oposición”. Era muy largo pero sí compré un juego de boli y pluma, en los que grabé mi nombre y conservo desde

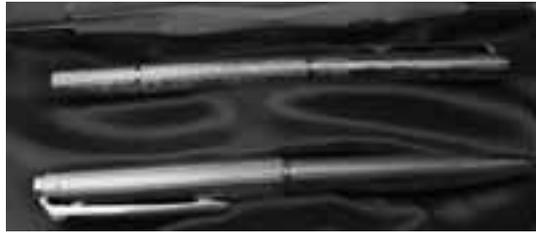
entonces como algo muy preciado para mí.

En el año 81, en Semana Santa, tuve la oportunidad de ir a Alemania a conocer el pueblo en el que mi padre ya llevaba muchos años. Y fui. Al ir por la carretera y leer *sagrada*, decía: “¡vaya!, terreno conocido”.

Luego, al leer *sortida*, seguía pensando lo mismo, incluso al leer *sortie* (hice Bachiller por Francés), pero cuando en la carretera empecé a leer la palabra *ausfahrt*, que me resultaba tan ajena, mi corazón se empezó a encoger pensando en las veces que mi padre había pasado por ahí para quedarse, sin saber al principio lo que esa palabra significaba.

Poco tiempo después de llegar a Madrid, pensé en algún momento que pudiera encontrar un puesto de trabajo para mi padre y poderse venir con mis hermanos... no pudo ser. La misma esperanza se me planteó en el 82, cuando el PSOE gana las elecciones de forma exageradamente mayoritaria, pero pasó nuevamente lo mismo. Realmente creo que al estado español le venía muy bien que siguiera habiendo emigrantes en Europa por el cambio de divisa que quedaría a su favor en la balanza de pagos. De hecho, si se hubiera invertido parte de estas divisas en los pueblos de donde procedían muchos de los emigrantes, ahora no estarían quedando tan “vacíos” como lo están y disminuyendo sus habitantes como lo están haciendo desde los últimos 40 años.

Al llegar el año 1982 y casarme, decido traer conmigo a vivir a mi hermana la pequeña de 14 años, por lo cual, en enero de 1983, mi madre decide irse a vivir con mi padre a Alemania, hasta que ya pueda jubilarse. Al menos están juntos los dos y nosotros haciendo cada uno nuestra vida, todos fuera del pueblo, a saber: la mayor, en Bilbao; yo, en Madrid; el tercero, en Barcelona; la cuarta y el quinto, en Burgos y la sexta, conmigo. A mi madre le dolió mucho separarse de sus hijos



Bolígrafo y pluma (con mi nombre). Recuerdo-regalo de mis padres al aprobar la oposición en 1979.

pequeños, pero en verano y Navidad nos veíamos todos. En el año 1984 la operan en un pueblo próximo a Stockach (Singen) y le quitan la vesícula; después tuvieron que operarla otra vez. Solo sabía decir “dolor” en alemán, y se hacía entender cuando iba a comprar (¡qué remedio!).

Mi hermana la pequeña está conmigo durante tres cursos, haciendo BUP, con beca del Ministerio de Educación. Al acabar este curso, solicitamos beca para estudiar COU en una Universidad Laboral y se la concedieron para la existente en Zaragoza. Al acabar COU, solicitó estudiar ATS en la Universidad Laboral de Cáceres y en un primer momento no se la concedieron, por lo cual se fue con mis padres a Alemania, pensando en quedarse con ellos y no seguir estudiando. Quizás porque alguien renunció a una beca de este tipo, quizás por un milagro, me avisan de que había sido admitida en la Universidad Laboral

de Cáceres, lo que yo le hago saber y viene para Madrid lo más rápido que pudo. Estudió los tres años de rigor, y en el año 1989 acaba sus estudios, por lo que podría empezar su vida laboral: había otro motor puesto en marcha y ahora empezaría a rodar.

Durante estos años mis padres vivieron en lo que se llamaba *La Residencia*: un edificio enorme con muchos apartamentos; en un principio mi padre vivía con otros vecinos del pueblo, o solo, y luego con mi madre. Daba a dos calles y por esta razón en cartas que me



Mis padres en el interior del apartamento de *La Residencia* (Stockach, 1983-1987).

envió en estos años ponía las dos calles en su dirección como remitente.

Durante los años 80 fui con mi familia con cierta frecuencia allí. Había edificios tipo barracones cerca de la residencia que habían

acomodado a las necesidades de muchas familias con hijos. Estos edificios ya no existen, pues fueron sustituidos desde hace ya unos años por chalecitos al estilo alemán como había (y sigue habiendo) alrededor de *La Residencia*. Lo que nos decía mi padre es que como recibías el apartamento tenías que dejarlo; las leyes alemanas en cuanto a alquileres eran muy estrictas y se tenían que cumplir. Así entiendo cómo se mantiene el edificio hasta hoy en día con los años que tiene.



La Residencia por detrás. Las ventanas marcadas corresponden al apartamento ocupado por mis padres (Stockach, 1983-1987).

Supongo que el citado edificio se construiría hacia los años 60, cuando Alemania empieza a recibir mano de obra extranjera para trabajar en ella. Durante todos estos años se ha mantenido prácticamente igual con los arreglos necesarios que han sustituido al deterioro propio del tiempo.

El pasado mes de agosto de 2018, habiendo pasado por allí, encontré *La Residencia* en obras: delante del viejo edificio han puesto un cartel donde se ve el proyecto de cómo va a quedar transformada en pisos de dos o tres habitaciones, con la parte trasera completamente vallada.



Dos sobres con la dirección de mi padre en dos calles distintas. Creo que cambió en el año 1981 pero desconozco el motivo. La fecha que consta en las respectivas imágenes (izquierda: “a 4 del 6 del 1977”; derecha: “26 del 10 de 1981”).



Fachada delantera de *La Residencia* (agosto 2018).



Fachada trasera de *La Residencia* (agosto 2018).

Recuerdo que a nivel de políticas sociales estaban más cubiertos: los primeros años de ir, las gafas se las pagaba la Seguridad Social alemana, aunque sé que había un concierto con la española, porque cada vez que venía, traía un talón de desplazado, por si tenía que ser atendido por el médico en el pueblo. Cuando venía, traía los resguardos de los ingresos enviados a mi madre, y hablaban acerca de que no conseguían ahorrar casi nada, pues ya estudiábamos los cuatro mayores. Nos decía que al volver y presentar su declaración de finanzas, le devolverían algo de dinero. Es posible que tener tantos hijos le desgravara algo de los impuestos.

Lo que yo le pregunté alguna vez, ya mayor, era por qué no nos había llevado a todos allí a vivir con él, su respuesta era siempre la misma: “allí no os podría haber mantenido”. Supongo que como muchas familias que se fueron del pueblo, las mayores con catorce años tendríamos que habernos puesto a trabajar (mi padre decía en restaurantes) y ninguno habríamos estudiado como lo hicimos. También llamarnos por teléfono era más barato: él echaba en la cabina una moneda de 5 marcos (1 marco alemán equivalía a 80 pesetas aproximadamente) y hablaba con mi madre mucho más que si llamaba ella. Algunas cámaras de fotos, que a veces traía, también estaban más baratas y tenían más prestaciones...

Hacia el año 1968 la *Fahr AG* pasa a depender de la firma *Klöckner-Humboldt-Deutz AG* (de marca *Magirus-Deutz*) con sede en Colonia, fabricante de tractores entre otros vehículos. A partir de este año, quizás por disminuir la producción en Stockach y Gottmadingen, les comunican a los obreros, entre ellos mi padre, que van a ser trasladados a Colonia para seguir.

26 00007 # 664		A. Versicherungs- und / Periodische Rentenanspruchsgrundlage		Anzahl		Summe		Anzahl		Summe	
Zeitraum	Arbeitsort	Personen		von Betriebsrenten vor 15.05.87		Beschäftigung in Deutschland		Beschäftigung in Spanien		Beschäftigung in anderen Ländern	
		Anzahl	Beschäftigungszeit in Monaten	Anzahl	Beschäftigungszeit in Monaten	Anzahl	Beschäftigungszeit in Monaten	Anzahl	Beschäftigungszeit in Monaten	Anzahl	Beschäftigungszeit in Monaten
Arbeitgeberwechsel											
01.01.49-01.12.49	Werk in Spanien										
01.01.50-01.12.50	Werk in Spanien										
01.01.51-01.12.51	Werk in Spanien										
01.01.52-01.12.52	Werk in Spanien										
01.01.53-01.12.53	Werk in Spanien										
01.01.54-01.12.54	Werk in Spanien										
01.01.55-01.12.55	Werk in Spanien										
01.01.56-01.12.56	Werk in Spanien										
01.01.57-01.12.57	Werk in Spanien										
01.01.58-01.12.58	Werk in Spanien										
01.01.59-01.12.59	Werk in Spanien										
01.01.60-01.12.60	Werk in Spanien										
01.01.61-01.12.61	Werk in Spanien										
01.01.62-01.12.62	Werk in Spanien										
01.01.63-01.12.63	Werk in Spanien										
01.01.64-01.12.64	Werk in Spanien										
01.01.65-01.12.65	Werk in Spanien										
01.01.66-01.12.66	Werk in Spanien										
01.01.67-01.12.67	Werk in Spanien										
01.01.68-01.12.68	Werk in Spanien										
01.01.69-01.12.69	Werk in Spanien										
01.01.70-01.12.70	Werk in Spanien										
01.01.71-01.12.71	Werk in Spanien										
01.01.72-01.12.72	Werk in Spanien										
01.01.73-01.12.73	Werk in Spanien										
01.01.74-01.12.74	Werk in Spanien										
01.01.75-01.12.75	Werk in Spanien										
01.01.76-01.12.76	Werk in Spanien										
01.01.77-01.12.77	Werk in Spanien										
01.01.78-01.12.78	Werk in Spanien										
01.01.79-01.12.79	Werk in Spanien										
01.01.80-01.12.80	Werk in Spanien										
01.01.81-01.12.81	Werk in Spanien										
01.01.82-01.12.82	Werk in Spanien										
01.01.83-01.12.83	Werk in Spanien										
01.01.84-01.12.84	Werk in Spanien										
01.01.85-01.12.85	Werk in Spanien										
01.01.86-01.12.86	Werk in Spanien										
01.01.87-01.12.87	Werk in Spanien										
01.01.88-01.12.88	Werk in Spanien										
01.01.89-01.12.89	Werk in Spanien										
01.01.90-01.12.90	Werk in Spanien										
01.01.91-01.12.91	Werk in Spanien										
01.01.92-01.12.92	Werk in Spanien										
01.01.93-01.12.93	Werk in Spanien										
01.01.94-01.12.94	Werk in Spanien										
01.01.95-01.12.95	Werk in Spanien										
01.01.96-01.12.96	Werk in Spanien										
01.01.97-01.12.97	Werk in Spanien										
01.01.98-01.12.98	Werk in Spanien										
01.01.99-01.12.99	Werk in Spanien										
01.01.00-01.12.00	Werk in Spanien										

Parte del dossier correspondiente a la jubilación. En él consta toda su “vida laboral” en España y en Alemania.

Mi padre no fue. No sé lo que alegraría, quizás las dos operaciones de mi madre, quizás que era irse más lejos de nosotros, o que le faltaba poco para los 60 años... el caso es que desde que cumple los 58 hasta los 60 permaneció en Stockach aunque ya no tenía que ir a trabajar. Al menos ya no madrugaba y estaba con mi madre. Así hasta el mes de julio del año 1987, que viene ya jubilado, definitivamente, a mi pueblo. Mi padre decía que la jubilación era lo único que le había salido bien: cobraba unas 80.000 pesetas al mes. En cuanto a la *Fahr*, todo lo que sé es que se transformó en otra empresa que aparentemente nada tenía que ver con ella¹.

¹ La empresa *Maschinenfabrik FAHR AG* fue fundada en 1870 por Johan Georg Fahr y, tras integrarse en varios grupos industriales, pertenece actualmente a la multinacional de matriz italiana SDF (*SAME Deutz-Fahr*) especializada, como aquella, en maquinaria agrícola. (N.E.)

Muchos emigrantes de los que salieron de mi pueblo no llegaron a la jubilación, murieron antes; otros se quedaron en el camino de ida o vuelta de vacaciones, o cuando se venían definitivos; otros se quedaron en el extranjero dejando en el pueblo a su familia... En el pueblo mis padres están nueve años. Mi pueblo, lleno de pinos, tiene la característica de que el pinar es de los vecinos: de los nacidos que viven en él. Una vez al año cortan pinos que venden y el dinero se reparte entre los vecinos. Para recibirlo no puedes estar ausente del pueblo más de un mes. Cuando mis padres vivían, no podían estar más de un mes al año fuera de su casa, o les quitaban los pinos (dinero que les daban después de restar los impuestos. En los mejores años que yo recuerdo ascendía a unas 100.000 pts./año). Luego cambiaron las leyes y actualmente, no mantengo contacto pero tienen dificultad en vender los pinos, por lo cual, no sé si cobran este dinero.

Pasaron nueve años en mi pueblo hasta agosto del año 1995: mi madre tiene problemas de movilidad y decido traerlos a los dos a mi casa a Madrid. Tras permanecer ingresados varias semanas en el hospital, a mi madre le detectan metástasis ósea por tumor primario que no se encuentra y el 20 de diciembre de 1995 viene a mi casa permaneciendo en la cama todo el tiempo hasta que muere en julio de 1996. Mientras tanto, a mi padre le extirpan un riñón, sale del hospital en noviembre, y antes de la revisión para marzo, muere el 25 de febrero de 1996. En un intervalo de cinco meses murieron los dos, lejos de su pueblo, pero acompañados por sus hijos a los que habían dedicado toda su vida.

Mi opinión respecto al tema de la emigración está basada, sin lugar a dudas, en la experiencia vivida al respecto. Como *positivo* diré que gracias a que mi padre fue a trabajar a Alemania pudieron pagar sus deudas de la casa y los gastos ordinarios vitales de todos. Gracias a que mi padre fue a trabajar a Alemania todos mis hermanos fuimos dotados de becas dependiendo del Ministerio de Educación, primero; y del Instituto Español de Emigración después, para poder realizar unos estudios y encontrar unos trabajos que nos han permitido vivir de una manera menos sacrificada que la de ellos. Lo *negativo* que yo expongo de esta



Fotografía de la boda de mis padres, Fernando Martín Guevara y Felipa Abad Pascual (septiembre de 1953). Mis padres se casaron en Quintanar, aunque la foto se la hicieron en Madrid (*La foto eléctrica*, Fuencarral, 8), donde fueron de viaje de novios. No sabían lo que les depararía el futuro... como ninguno lo sabemos.

situación es la poca “vida familiar” que hemos hecho a lo largo de los años. Cuando empezamos a estudiar internos, solo coincidíamos en casa todos, incluido mi padre, en las vacaciones. Parece como que no teníamos vivencias comunes para poder contarnos, poco a poco se fue perdiendo el contacto y luego, cuando cada uno de mis hermanos se ha asentado en comunidades autónomas diferentes, apenas nos hemos visto algunas veces en la vida... lo que ha supuesto mantener poco o nulo contacto entre nosotros hasta hoy en día. Lo que más me enorgullece de mis padres es que con el tiempo y habiéndoles preguntado si había valido la pena su esfuerzo, mi padre respondía siempre que lo volvería a hacer...

**RELATO DE
ALEMANIA**

Desde Múnich con jamón

Esther Patrocinio Sánchez

Alba de Tormes: 3 de abril de 2010

Mientras preparo las cajas con los libros que me llevo releo los versos que Garcilaso le dedicó a la orilla del Tormes que estoy por dejar atrás.

Égloga II

*[1041] En la ribera verde y deleytosa
del sacro Tormes, dulce y claro río,
hay una vega grande y espaciosa,
verde en el medio del invierno frío,
en el otoño verde y primavera,
verde en la fuerça del ardiente estío.
Levántasse al fin della una ladera,
con proporción graciosa en el altura,
que sojuzga la vega y la ribera;
allí está sobrepuesta la espesura
de las hermosas torres, levantadas
al cielo con estraña hermosura,
no tanto por la fábrica estimadas,
aunque 'straña lavor allí se vea,
quanto por sus señores ensalçadas.
Allí se halla lo que se dessea:
virtud, linage, aver y todo quanto
bien de natura o de fortuna sea.*

Alba de Tormes: 4 de abril de 2010

Hora de la despedida: el coche pasa por el puente sobre el Tormes y pienso en Lope de Vega dejando atrás la tierra propia, en la que deja sepultadas a Belisa y a su hija.

*Adiós, Duque, y adiós Alba,
que voy, como Clicie nueva,
adonde mi sol me lleva,
pues ser por amor me salva;
adiós Tormes¹, que en presencia
de mi amor supiste tanto,
pues creciste con mi llanto,
mengua ahora con mi ausencia.*

Otra batalla de Mühlberg

19 p.m. de un día lluvioso de abril de 1547.

Fernando Álvarez de Toledo mira a su alrededor y encuentra cierto parecido entre el paisaje verde del sureste alemán a orillas del Elba y sus posesiones a la orilla del Tormes. No piensa en la batalla que está por comenzar, en su cabeza tiene claro qué debe hacer y cómo servir al Emperador Carlos V al mando de sus tropas.

19 p.m. de un día lluvioso de abril de 2010

Desde la ventanilla del taxi trato de encontrar la silueta del Allianz Arena a las afueras de Múnich, en el sureste de Alemania. No pienso en el viaje que acabo de hacer ni en lo que está por venir. Tengo claro que el trabajo manda y no todos los días se tienen oportunidades así. Atrás queda la orilla del Tormes, la silueta del castillo y las yemas de la Santa.

¹ El texto es acompañado de algunas imágenes sin identificar, además de entradas de mensajes en redes sociales que no hemos podido reproducir por su escasa calidad. (N.E.)

1547

Los príncipes protestantes del Sacro Imperio Romano Germánico se han unido en la Liga de Esmalcalda (*Schmalkalden*) para luchar contra el Emperador Carlos V, defensor del catolicismo frente a la reforma luterana. El impulsor de la Liga protestante fue el príncipe elector de Sajonia y Esmalcalda, Juan Federico en 1531 y se han aliado junto a él otros territorios como Anhalt, Bremen, Magdeburgo, Estrasburgo, Ulm, Constanza, Reutlingen, Memmingen, Lindau y Lübeck. El Duque de Alba reflexiona, él está al mando de los tercios españoles y debe tener clara la estrategia a seguir. A lo lejos en el horizonte el sol casi ha terminado de ponerse.

2010

Espanoles y alemanes no somos tan diferentes, pienso. Todos europeos y hoy día ser católico o protestante no es motivo de discusión alguna. En el siglo XVI eran otros tiempos, los luteranos confiscaron tierras a la Iglesia y Príncipes católicos, así que el Emperador tenía que mostrar su superioridad como gobernante más allá de temas de religión. Yo no tengo un ejército de 44.000 soldados de infantería y 7.000 de caballería. Me acompañan dos maletas, mi poco-mucho conocimiento del alemán, un contrato de trabajo y un hormigueo en el estómago.

24 de abril de 1547

Las tropas enemigas están a orillas del Elba cerca de Mühlberg. Han destruido los puentes y piensan que el río les protege. Pero Fernando Álvarez de Toledo ha sido más rápido. Días antes ha enviado espías a preguntar entre los campesinos y habitantes de la zona. Uno de ellos, furioso porque los protestantes le han robado los caballos explica a las tropas del Emperador dónde está el vado en el río para cruzar hasta el campamento de los protestantes. En poco tiempo los arcabuceros se han metido en el agua mientras la infantería a caballo busca una zona del río donde poder cruzar sin bajar de sus monturas mientras las barcas forman un puente improvisado sobre el Elba. El duque de Alba ordena que la caballería ligera, formada por húngaros, españoles y alemanes,

cruce al otro lado. Resultado final, Juan Federico de Sajonia es hecho prisionero junto al resto de sus tropas. Algunos años más tarde el Gran Duque dará indicaciones al pintor Cristóbal Passini sobre cómo representar este momento en la bóveda del Torreón del Homenaje en Alba de Tormes.

24 de abril de 2010

Después de algunas semanas en Alemania empiezo a entender el significado de la palabra europeo. Todo empieza una mañana de trámites en la Oficina del Censo de Múnich. Mientras nadie ha visto mi pasaporte las respuestas son siempre tan escuetas como: “Espere ahí” o “Ya le avisaremos”. A mi alrededor varias decenas de personas de otras etnias y religiones también esperan. La cosa cambia cuando me piden la documentación, ajá, pasaporte español, documentación de personal del gobierno español en el extranjero. En cuestión de minutos recibo el certificado de residencia y el permiso para trabajar en Alemania. Al salir no puedo evitar una mirada a quiénes antes que yo, ya estaban esperando por esos papeles. Ahí está la diferencia y la traducción del “ser europeo”, un carné que te permite trabajar y moverte libremente por cualquiera de los 27 estados miembros de la Unión Europea. Eso no impide, sin embargo, que haya gente que me mire en el metro con desconfianza porque no soy rubia de ojos azules. Seamos sinceros, tampoco yo acepto del todo una ciudad que maravilló a Hitler y que 33 días después de su subida al poder abrió las puertas del primer campo de concentración en la vecina población de Dachau.

25 de septiembre de 1555

Pese a la gran victoria de las tropas imperiales al mando del Gran Duque de Alba en Mühlberg es necesario firmar un tratado de paz entre el Emperador Carlos V y la Liga de Esmalcalda. La firma se produce en la ciudad de Augsburgo (Ausburg) en la región de Baviera y resuelve el conflicto de religión dividiendo el Imperio Germánico en dos confesiones, católica y protestante. El Príncipe de cada Estado elige una religión y sus súbditos son obligados a acatarla aunque si no están de acuerdo siempre pueden emigrar a otro principado.

25 de mayo de 2010

El viernes viajo hasta Ratisbona (Regensburg) intentando aprovechar uno de los pocos fines de semana con sol que habrá en las próximas semanas. Sigo siendo extranjera en tierra alemana y me doy cuenta también en las calles de esta ciudad que se parece a Salamanca. Paseando por el centro termino en la plaza principal donde la gente bebe cerveza y disfruta de la música popular de Baviera que toca un grupo sobre un improvisado escenario. Hace calor y no resisto la tentación de tomar un helado así que me coloco en la fila de la heladería italiana que tengo enfrente. Mientras espero miro a mi alrededor y descubro en la fachada del edificio enfrente una placa con un nombre en español. ¿Cómo es posible? Con mi trofeo helado de la mano me acerco para leer lo que dice: “Esta es la ventana a través de la que Carlos V vio a Bárbara Blomberg por primera vez. En esta casa nació D. Juan de Austria héroe de Lepanto”. No puedo evitar sonreír cuando vuelvo la esquina y tropiezo con la estatua de un hombre vestido al modo cervantino; D. Juan de Austria hijo ilustre de la ciudad de Ratisbona. Al final resulta que no estoy en territorio enemigo, que ya no importa de dónde vengo sino dónde estoy. Como me escribió el maestro José Sánchez Rueda: “Sigue tu camino y abre todas las mañanas tu caja de Pandora; deja escapar todos los males y quédate con la ESPERANZA de que un día cualquiera surgirá en tu vida algo extraordinario que te aparte del monótono vivir de cada día” y eso hago.

18 de abril de 2010: Múnich. Capítulo 1

Hoy mientras corría en el cementerio me he puesto a pensar. Lo primero que tengo que cambiar la música del *mp3*, aunque tiene su gracia eso de ver estelas funerarias de piedra en alemán mientras escuchas a Chambao y luego me he dado cuenta que hace demasiado tiempo que no escribo. Lo de escribir algo literario ya lo dejamos aparte porque con la mezcla germano-española que tengo encima acabaría escribiendo un trabalenguas, sino escribir para dar señales de vida. Con el maravilloso horario de trabajo que gastamos por aquí cuando tengo tiempo libre la última cosa que me apetece es conectar el ordenador, se entiende, por

eso he tardado algunos días en responder a los mensajes privados que me habéis escrito. ¿Qué puedo contaros de Múnich? Que me encanta la ciudad, no hace tan mal tiempo como pensamos (gracias a Dios no llueve todo el día) y que estoy disfrutando de las sanas costumbres alemanas como degustar todo tipo de pan integral, biológico y ecológico, los yogures naturales con fruta de verdad (nada de colorantes y conservantes), los superdesayunos, el té natural y no esas bolsas plastificadas con polvo que a saber qué contiene, la leche que sabe a leche aunque sea desnatada, el madrugar para disfrutar al máximo las horas de sol, los jardines y parques, las cervezas (todavía no he conseguido beberme una entera; te ponen medio litro). La parte más chunga... pues eso, que aquí la chunga soy yo, que me faltó poco el otro día para estamparle el pasaporte a una estúpida cajera que pensó que había robado algo solo porque no soy rubia de ojos azules. Que por cierto, el otro día en un acto con empresarios creí que me quedaba sin mano, que manera de estrujar (aquí de dar dos besos ni hablamos, con la mano por delante y a distancia). Bueno voy a terminar de aprovechar el domingo y el sol por ahí. Seguiré informando y gracias por vuestros mensajes.

3 de mayo de 2010: Múnich. Capítulo 2. "Diálogos policiales"

2.30 a.m. bajo la lluvia con un ron-cola de la mano.

- Buenas noches. ¿Vive usted aquí?
- Buenas noches. No, no vivo aquí.
- ¿Ah, es usted vecina?
- No...
- ¿Suele usted ir a sitios que no conoce de invitada con frecuencia?
- Depende... en España mucho más que aquí.
- ¿Sabe usted dónde está la entrada? ¿Es aquí?
- No, esto es el jardín, la entrada es a la vuelta.
- ¿Y estas personas que están aquí al lado, las conoce?
- No sé.

Julio de 2012: Augsburgo

Por fin hemos podido organizar un fin de semana para visitar Augsburgo. No es la sala de oro lo que más me impresiona, sino los *Fuggerei*, el primer proyecto social creada por los banqueros Fugger, los mismos que apoyaron al Emperador Carlos V. Paseando por una de sus calles descubro una puerta con el escudo imperial y me detengo ante ella. Los alemanes que me acompañan me preguntan qué hago, entonces les hablo del escudo, de Castilla y León, de los vínculos con Baviera. Para ellos Carlos V fue solo el Emperador del Imperio Germánico.

La ciudad es famosa por ser el lugar de nacimiento de Bertolt Brecht por eso nos dirigimos a su casa. Quiero ver el lugar dónde vivió sus primeros años el dramaturgo exiliado. Brecht pasó varios años fuera de Alemania tras ser perseguido por los nazis. Lo descubrí cuando fui al teatro a ver una representación de “La ópera de los tres peniques” (*Die Dreigroschenoper*). En el programa que puedes comprar antes de la representación incluían uno de los poemas que escribió durante su exilio:

Sobre la etiqueta “Emigrante” (1937)

*Siempre he creído que es falso el nombre que nos dan:
emigrantes. Eso está bien para los que dejan
su país. Pero nosotros no lo abandonamos
para escoger otras tierras. No llegamos a un lugar
para quedarnos, si posible para siempre. Simplemente
huimos; nos echaron, nos desterraron.
No será un hogar, sino un exilio el país que nos reciba.
Sin tregua, muy cerca de la frontera, esperamos
el día del regreso. Pendientes de cualquier alteración
al otro lado; preguntando con ansiedad a todos
los que llegan, sin decir ni olvidar nada.
El silencio del Sund no nos engaña². Desde aquí
escuchamos los chillidos de los campos. Nos sentimos*

² El autor podría estar refiriéndose al estrecho del Sund, que separa Dinamarca de Suecia. (N.E.)

*como el rumor de un crimen que atraviesa la cerca.
Con los zapatos rotos caminamos en la muchedumbre,
somos testigos de la vergüenza que agobia nuestra tierra.
Pero ninguno de nosotros se quedará. La última
palabra todavía no ha sido pronunciada.*

El poema me hace pensar aún más en dónde estoy y quién soy. Cuando salí de Alba de Tormes en 2010 me repetí a mí misma: Nunca olvides de dónde vienes ni adónde vas. Tras un par de años en Múnich viendo una foto tomada durante unas vacaciones escribo un microrrelato:

Balada del Emigrante

No hay baldosas amarillas que pisar cuando te marchas con la licenciatura a otra parte.

No hay clases magistrales que te hagan ver con otra luz el universo conocido.

No hay libros donde esté escrito el consejo que te hará de guía.

No hay cartas en las que ver tu destino.

No hay red social que te explique cómo será tu vida allá.

No hay vuelos de bajo coste que acepten maletas cargadas de sueños.

No hay miedos que puedas soltar como lastre antes de llegar.

No hay guías que puedan indicarte los lugares que serán más importantes.

No hay consuelo que se lleve la morriña de tu tierra los días grises ni la melancolía de las tardes soleadas.

No hay precio que poner a las emociones que te acompañarán pero tampoco hay dudas sobre las personas que compartirán contigo un trozo del camino.

Antes de regresar a Múnich de camino a la estación dos chicas del grupo deciden entrar en una tienda a comprar unas gafas de sol. Curiosamente enfrente de la tienda hay una iglesia, la de Santa Anna, y no

sé porqué decido entrar en ella, probablemente porque la temperatura será mejor que fuera en la calle. No me basta con visitar la iglesia, que al primer vistazo no parece la más espectacular de las que se encuentran en Baviera pero encontré una escalera en el muro izquierdo. Sin decir nada subo los escalones y termino en la habitación de Lutero (*Luther-Kammer*).

A través de la pequeña puerta de madera sólida se llega a la habitación donde el reformador de la Iglesia escribió sus tesis para presentarlas ante el Emperador Carlos V. Una salita pequeña, humilde donde me fijo en el escritorio y me pregunto si los muebles serán los originales o réplicas de la época. El viaje de regreso a Múnich en tren me sirve para preguntar a mis acompañantes alemanes sobre Lutero y su importancia en la historia de Alemania.

Me olvidé completamente del tema Lutero hasta que en diciembre de 2016 visité la exposición sobre la época dorada del arte español en tiempos de Velázquez. Allí en medio de todas las piezas de la exposición estaba la Santa Teresa de Gregorio Fernández.

A principios de semestre, allá por octubre decidí proponerle a mis estudiantes del curso de español en la *Ludwig-Maximilian-Universität* preparar una visita guiada en español a la exposición. Cada estudiante debía elegir una pieza de la muestra y buscar información para decidir qué iba a contarle al resto del grupo durante la visita guiada. Ninguno eligió a la Santa así que lo hice yo. Decidí explicarles sobre su origen, su obra, su papel como mujer en una Institución como la Iglesia Católica y la importancia de su herencia literaria como mística. Sin darme cuenta acabé escribiendo un microtexto que el rapsoda Toño Blázquez decidió recitar en el Ayuntamiento de Alba en el Centenario Teresiano:

Anda y anda que tu mal espantas

Arrastrando las sandalias de cuero por las calles sin asfaltar, llegaste a esta ciudad que llaman *Roma la Chica*³. Sin protestar por el

³ Sobrenombre literario con el que se conocía en la Edad Moderna a la ciudad de Salamanca. (N.E.)

cansancio ni el polvo del camino paraste a descansar en la casa de tus hermanas. “Nada te turbe, nada te espante” me repetías y yo apretaba los dientes. Cuatro leguas más decidiste caminar hasta aquella que llaman la Villa Ducal. Los señores te reclamaron, buena mujer, necesitaban de la sabia santa. Sin pausa atendiste su petición para reposar exhausta en la casa del Carmelo. “¿No me daríais, gentes de Alba, un trozo de tierra donde reposar mi cuerpo?” – preguntaste entre las fiebres. Te daremos un altar de plata y mármol, te cuidaremos bajo llave y las puertas de esta casa por ti fundada estarán siempre abiertas a tus fieles peregrinos. Allí dejaste tu cuerpo y aquí, en metal transfigurada, la esencia de tu alma andariega.

13 de marzo de 2012: Alemania no es país para viejos (solitarios)

Reflexión del día, martes y trece en marzo de 2012. Una señora llama a mi teléfono por confusión, quería hablar con otro departamento y me pide información sobre una pensión en la que poder quedarse durante medio año en cualquier pequeño pueblo de España. Le pregunto por esa petición tan extraña, qué quiere hacer porque no es lo mismo si busca un lugar al norte o al sur del país. Entonces se desata la melancolía. La señora me cuenta que a sus 70 años siente que la vida se le escapa de las manos, que no tiene nadie con quien hablar aquí, ni amigos, ni familiares. Se me ocurre que no sé cómo va a poder comunicarse en medio de la meseta en una población de varios cientos de habitantes sin hablar español y me responde que aprenderá con el tiempo, cada mañana sentada en una terraza leyendo el periódico mientras toma un café y charla con los vecinos. Trato de ponerla en situación, la vida en los pueblos de España no es una fiesta continua, la gente trabaja (los pocos afortunados que aún pueden) y el resto tampoco se sienta en las terrazas para charlar con los desconocidos y menos si son extranjeros pero ella responde, “¡Los españoles son siempre tan amables y simpáticos!”. Le recuerdo que no es lo mismo conocer un país como turista que estar allí como residente, las ciudades de la costa siguen siendo oasis irreales cargados de sueños en temporada alta. Al otro lado del teléfono suspira hondo, me pregunta qué puede hacer... no quiere ni oír hablar de seguir

en Alemania y pienso lo irónica que es la vida, la mitad de España viene a Alemania sin tener ni idea del idioma buscando trabajo y aquí los viejos se desesperan porque no tienen ni un canario enjaulado con el que charlar. Solo se me ha ocurrido hablarle de la Asociación Cultural Hispano-alemana de Múnich para ver si encuentra más gente alemana de su edad que esté interesada en hablar español. Cuelgo el teléfono pensando que este no es país para viejos y algunos días tampoco lo parece para adultos de mediana edad... dicen que Múnich es la ciudad de los solteros/as, con más de un millón y medio de hogares unifamiliares. No lo dudo. Alemania es un gran país, hay trabajo, los alemanes son responsables y trabajadores, sí todo eso es cierto ("incluidas excepciones que haberlas haylas") pero en el afán por alcanzar la productividad y el éxito profesional dejan al margen las emociones, el cariño, la expresión, la afectividad... ¡tiene narices que yo me haya dado cuenta de tales carencias! La vida es breve, ningún día dura más de 24 horas y los días que echo de menos un abrazo no puedo evitar pensar en España.

Pese a que mi trabajo como profesora de español no es a tiempo completo tengo que admitir que me llena de emociones positivas sentir que soy el puente que enlaza culturas diferentes: la alemana y la española, o mejor dicho, la castellanoleonesa y la bávara. En el semestre de verano de 2016 llevé a mi grupo de estudiantes a visitar la exposición dedicada a Sorolla, sin saber que allí me encontraría con los charros del lienzo y la fotografía del cómo se hizo. La cara de sorpresa de mis estudiantes lo dijo todo: otros trajes regionales, otras costumbres, otras tradiciones, ¿por qué no visten trajes de flamenco? – cae la pregunta y me doy cuenta del lastre de los tópicos. Una semana después cada estudiante ha elegido una comunidad autónoma para hacer una presentación en el aula ante sus compañeros. ¡España, tan pequeña en el mapa y tan llena de contrastes, colores, sensaciones y tradiciones! Siento que he logrado una victoria, en las próximas vacaciones de verano los estudiantes dejarán de pensar en Mallorca y Sevilla como únicos destinos en España.

1 de septiembre de 2013: ¿Qué he hecho yo para merecer esto? o los cachorros NPD en Alemania

Viernes por la noche, 11 pm, parada del tranvía que nos lleva del Hirschgarten al centro de Munich. Tenemos 8 minutos de espera y empezamos a oír gritos, todo normal el Bayern acaba de ganar la Supercopa de Europa contra el Chelsea (joróbate Mou) así que no nos extrañamos. Entonces se acercan a la parada del autobús, nosotros tranquilos hablando y los niños, porque entre los 7 no contaban ni 3 pelos de barba, empiezan a soltar palabrotas en español así por pasar el rato. Nosotros ni caso así que se quitan la máscara de pijitos niños de papá y sacan la esvástica a pasear. Es la hora del “malditos extranjeros parásitos que viven a costa nuestra del *Hartz IV*...” me contuve y mucho para no estamparles 1000 sopapos en la cara como 1000 son los euros que pago al mes de impuestos en este país en el que desde hace 4 años trabajo. Ninitos, gente como yo le paga las pensiones a vuestros yayos... ah no, que soy una maldita extranjera parásito... pues nada cuando haya que aclarar las cuentas al fisco alemán me haré un tatuaje con los documentos en la palma de la mano para enseñárselo a estos hijos del Führer y que me manden al grupo de los trabajos pesados que ellos están muy ocupados buscando hoteles baratos en Mallorca en los que hacer *balconing* durante las vacaciones, pero olé ellos qué patriotas y trabajadores. Señores, ¡se nota que somos Europa!

Campeones del Mundo 2010. Pocas alegrías en 2014

He podido disfrutar de las celebraciones por las dos Eurocopas y el Mundial de la selección española de fútbol. Es agradable la sensación de salir de casa en un país extranjero y sentirte en tu país en compañía de otros que hablan tu idioma y entienden tus costumbres. Cada encuentro en el *Löwenbräukeller* para ver los partidos de España se convierte en una cita esperada en todos los calendarios.

⁴ *Hartz IV* es la fórmula popular con la que se conoce la prestación al desempleo para los parados de larga duración en Alemania (tanto alemanes como extranjeros con residencia habitual en el país). (N.E.)

En 2010 fue una sorpresa, los alemanes orgullosos y seguros de sí mismos cantaban el himno de la victoria tras derrotar a Argentina. Nosotros, pequeños, menudos, oscuros de ojos y pelo no podíamos creernos el avance de nuestra selección rumbo a la final.

La semifinal España-Alemania fue diferente. Ese día los alemanes, seguros de su victoria, reservaron todas las mesas de la cervecería *Löwenbräukeller* donde se había creado el cuartel general español así que ese partido lo vimos en otros bares y restaurantes cercanos. Fue una sorpresa llegar y ver que todas las mesas estaban reservadas por y para alemanes y nos recibían con una sonrisita irónica dando por hecho que ese día terminaba el camino de La Roja en Sudáfrica.

No fue así y al día siguiente, no pocos alemanes llamaron a la Oficina de Turismo Española para confirmar que Holanda nos haría volver a casa sin trofeo. Tras la victoria española las llamadas cambiaron de tono para felicitar a España por el juego deportivo y el espíritu de equipo que habían demostrado en Sudáfrica, pero ojo que el siguiente europeo y mundial estaba cantado que serían para los germanos.

En 2014 volvimos a reunirnos en el *Löwenbräukeller* pero las alegrías fueron pocas como en el gol de Xabi Alonso que grabé rápidamente con el móvil antes de saber que pocos días más tarde estaríamos fuera del Mundial de Brasil.

Verano de 2018

Después de haber registrado la petición de nacionalidad alemana me siento inquieta. ¿Es esta mi patria? ¿Es este el lugar en el que quiero quedarme? No tengo respuesta a las grandes preguntas pero cuando me encuentro con españoles que llevan 20 años viviendo aquí y escucho cómo hablan de los grupos regionales que no han sobrevivido al paso del tiempo, a las dificultades con el idioma, a las relaciones con los alemanes a nivel laboral y emocional, me doy cuenta del peso del significado de los versos de Antonio Machado:

Extracto de Proverbios y cantares (XXIX)

*Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace el camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino
sino estelas en la mar.*

Mientras me mudo de piso me reencuentro con imágenes de los últimos 8 años y aparece la foto de mi mano en la pared del piso de Meli, una estudiante Erasmus alemana que conocí en España durante mi voluntariado en ESN Erasmus. Meli me invitó a su cumpleaños cuando supo que llegué a Múnich en 2010. Allí todos los invitados firmamos con los colores de nuestra bandera en la pared de su habitación como recuerdo de las personas, idiomas y culturas que ella conoce. Miro la foto mientras pienso que no soy la misma Esther que aterrizó en este país en abril de 2010. He crecido profesional y personalmente en esta ciudad, he conocido otras culturas e idiomas, he comparado y disfrutado de lo que esta región del país me ofrece y, a veces, si cierro los ojos el repique de las campanas de la iglesia del barrio me hace viajar hasta Alba de Tormes, y puedo ver a las cigüeñas en su nido en lo alto del campanario de los padres, indiferentes al repique de las campanas. Pase lo que pase, me repito: nunca olvides de dónde vienes para saber adónde vas.

**RELATOS DE
ARGENTINA**

Los Álvarez Castillo

Héctor Luis Bermúdez y Álvarez

*A Marichu,
ella sabe porqué*

INTRODUCCIÓN

Este es el relato de un nieto argentino sobre su familia de leoneses, que optaron por la vida, pagando el precio del desarraigo y el de ser señalados como “Prófugos” por la justicia, yéndose de su pequeño pueblo encajonado en la montaña en los Altos del Sil “donde el camino se termina”, a la inmensidad de la Pampa Argentina “donde la mirada se pierde en el horizonte”. Dejando muy jóvenes la Casa Paterna. Con mucho sacrificio hicieron sus vidas, los que se fueron como los que se quedaron; familia partida en dos, formaron sus hogares, tuvieron hijos, nietos, bisnietos y tataranietos. Las historias contadas tanto de un lado como del otro mantuvieron vivo un vínculo que, a más de cien años de la fractura familiar, hoy es bastante común la visita al pueblo de los “hijos del desarraigo”, como una peregrinación laica, con el objetivo de ir por lo menos una vez en la vida al pueblo. Pertenezco a la tercera generación, segunda nacida en Argentina, la intención del relato, sin ninguna pretensión literaria, es dejar plasmado un resumen de la cantidad de datos acumulados a través de los años, con el afán de despertar en alguno de los descendientes de la familia, la misma curiosidad y necesidad de saber que me inculcaron sin querer, las historias que escuché desde muy niño.

Salientes: el querido pueblo de mi abuelo materno y sus hermanos.

Tres Arroyos: ciudad pampeana que los cobijó, donde formaron sus familias para luego dirigirse a distintos pueblos y ciudades de la Argentina.



Arriba de izquierda a derecha: José, Benedito y Pedro Álvarez Castillo. Abajo: Restituto Castillo (primo) y Manuel y Fidel Álvarez Castillo.

ANTECEDENTES

Los nueve hermanos Álvarez Castillo, todos nacidos en Salientes, eran hijos de Francisco Marcos Álvarez y Rubio con María del Carmen Petronila Castillo y García. Francisco, apodado “el Roxo” (por ser pelirrojo), nació el 24 de abril de 1862 y falleció en 1942 a los 80 años en Salientes. Era hijo de Manuel Álvarez de la Vega y Martínez con Josefa Rubio y Fernández. Manuel (abuelo paterno), natural de Salientes, hijo de José Álvarez de la Vega y Raimunda Martínez, ambos vecinos de Salientes. Josefa (abuela paterna) nació en Vegapujín en 1822 y falleció el 21 de agosto de 1899 a los 77 años en Salientes, hija de Manuel Rubio, natural de Vegapujín, y Antonia Fernández, natural de Fasgar. María del Carmen Petronila, conocida como Carmen, nació el 31 de mayo de 1860 y falleció el 19 de febrero de 1930 en Salientes, era hija de Manuel Castillo y Pérez con Francisca García y Escudero. Manuel (abuelo materno), nació en 1831 y falleció el 2 de marzo de 1896 a los 75¹ años en Salientes, hijo de Felipe Castillo, que nació en 1792 y falleció el 11 de septiembre de 1861 a los 69 años en Salientes, con María Cristina Pérez, nacida y fallecida antes de 1861 en Salientes. Francisca (abuela materna), nacida y fallecida en

¹ El cómputo de las fechas que señala el autor debería arrojar la edad de 65 años. (N.E.)

Salientes, era hija de Pedro García, natural de Salientes, con María Escudero nacida en 1802 y fallecida el 6 de febrero de 1865, a los 62 años en Salientes.

Carmen y Francisco contraen matrimonio, el 19 de noviembre de 1885, en la iglesia parroquial de San Martín de Salientes según dice el acta: “él, mozo soltero de 24 años en situación militar de 2ª reserva hijo legítimo.... y ella soltera, labradora de su misma edad hija legítima de... quedando con este matrimonio legitimado un hijo natural llamado Benedicto habido entre los contrayentes”.

Francisco y Carmen, como se desprende del acta de matrimonio y del acta de nacimiento, tuvieron un hijo natural, Benedicto, el 18 de julio de 1885, poco después contraen matrimonio. En 1886 tienen a su segunda hija, Natalia. Él deja a Carmen y sus dos hijos con sus padres, viaja a la Argentina, llegando a Buenos Aires el 24 de octubre de 1886 en el barco *Matapan*, proveniente de La Coruña. Figura de profesión agricultor, en realidad era herrero, pero lo que se necesitaba en Argentina era gente que trabajara la tierra, así que todos eran labradores.

Según el relato que me hicieron en Salientes, viajó con otro joven del pueblo, ambos herreros, pero de herrar animales. Se emplearon en una herrería que el dueño era un artista y les enseñó el oficio, la herrería fina. Con ese bagaje de conocimiento regresa a Salientes a fines de 1887 e instala en su casa el taller. Entre sus trabajos hizo todo tipo de herramientas y utensilios, armas, cerraduras



Francisco Álvarez Rubio en Salientes.



Francisco Álvarez Rubio, Lidia y Flora Álvarez Castillo.

para puertas, etc. Además de trabajar en su oficio, Francisco era cazador; con el producto obtenía pieles y alimento extra para sus numerosos hijos. Seguramente fue un hogar en el que sufrieron carencias, su segunda hija, María, fue dada, para su crianza, a unos parientes de buena posición económica, pero a pesar de ello les deben de haber brindado mucho cariño, porque siempre que pudieron regresaron de visita y nunca escuché un comentario adverso.

RELATO

Los Álvarez Castillo eran 9 hermanos, 5 varones y 4 mujeres todos nacidos en Salientes; emigraron los cinco varones y dos mujeres, las otras dos quedaron en el pueblo. Benedicto, Natalia, Pedro, María, José, Manuel (Manolo), Florentina (Flora), Fidel y Lidia eran sus nombres. El mayor, Benedicto (mi abuelo materno), fue el primero que emigró, el que abrió el camino, es del que por razones obvias tengo más datos, es alrededor de él que se desarrollará el relato.

Para comenzar haré un pequeño resumen de la vida de cada uno de ellos.

Benedicto: nació el 18 de julio de 1885, llega a Buenos Aires el 10 de noviembre de 1903 con 18 años en el buque *Santa Fe* proveniente de La Coruña. El 19 de octubre de 1912, a los 27 años, contrae matrimonio con Juana Aiçaguer Turon (nacida el 25 de enero de 1893) argentina hija de franceses, con quien tiene 3 hijos: Héctor (2 de mayo de 1913), Etelvina, mi mamá (2 de diciembre de 1915), y Aida (11 de enero de 1918), todos casados con hijos. El 15 septiembre de 1951, a los 66 años, fallece en Buenos Aires. Está enterrado junto a su esposa en el cementerio de Tres Arroyos.

Natalia: nació en 1886, fallece en 1906 a los 20 años en Salientes, soltera sin hijos.

Pedro: nació el 19 de noviembre de 1888; llega a Buenos Aires el 23 de septiembre de 1906 con 18 años en el barco *Oravia* proveniente de La Coruña. Se casa con Francisca Peralta (nacida el 12 de febrero de 1898) con quien tiene 2 hijas, Lilian Carmen (12 de abril de 1924) y Natalia Beatriz (26 de junio de 1930); ambas se casaron y tuvieron hijos.

Enviuda (el 1 de julio de 1939) y fallece el 6 de mayo de 1943 a los 55 años en Juárez, provincia de Buenos Aires, ciudad cercana a Tres Arroyos, epicentro donde se desarrolló su vida.

María (Encarnita): nació el 10 de abril de 1892, de niña la llevan unos parientes sin hijos, de buena posición económica que la crían. Emigra a Argentina, posiblemente con su hermano Manuel de 16 años y su madrastra viuda, en el barco *Hespérides* que llega a Buenos Aires el 13 de mayo de 1912 proveniente de Vigo. Figura como nacida en León, sin edad, y ocupación: labores. Contrae matrimonio con Juan Carlos Posse Dirube, argentino, el 16 de junio de 1915 en Montevideo, Uruguay. No tuvieron hijos, su vida se desarrolla en la ciudad de Buenos Aires, donde enviuda el 10 de enero de 1941 y fallece el 10 de agosto de 1968 a los 76 años.

José: nació en 1894, llega a Buenos Aires el 28 de abril de 1912 con 18 años en el barco *Danube*, proveniente de La Coruña. Se casa probablemente en Tres Arroyos con Inés Girardi (nacida en 1907), tienen 2 hijos, Jucarpo (7 de junio de 1920) y Nilda (21 de abril de 1927). Enviuda en 1931 y se radica en Montevideo, Uruguay, donde falleció. Sus hijos vivieron en Argentina: Jucarpo, casado con hijos, y Nilda no.

Manuel (Manolo): nació el 13 de marzo de 1896, llega a Buenos Aires el 13 de mayo de 1912 en el barco *Hespérides*, probablemente con su hermana María. Contrae matrimonio con Victoria Margarita Díaz (nacida el 20 de julio de 1898) con quien tiene 5 hijos: Reinaldo Esmir (nacido en 1928), Earle Néstor (del 27 de septiembre de 1929), Lidia Noemi (29 de julio de 1931), Noelia Emilce (26 de noviembre de 1933) y Benilde Carmen (7 de junio de 1935). Se radicó en Oriente (ciudad cercana a Tres Arroyos) donde falleció en 1980 a los 84 años.

Florentina (Flora): nació en 1898, contrae matrimonio en Salientes con Fermín García Castillo, natural del mismo, en 1896². Tienen 7 hijos, todos nacidos en el pueblo: Fe, la mayor, José (11 de noviembre de 1923), Carmen (nacida en 1924), Francisco (15 de diciembre de

² Se entiende que es la fecha de nacimiento de Fermín García Castillo. (N.E.)

1928), Julián (16 de octubre de 1932), María Luz y Fermín (nacidos en 1936). Todos se casaron menos Fermín, que falleció muy pequeño. Fe, José, Francisco y Julián tuvieron hijos. Florentina se muda a León donde enviuda el 12 de agosto de 1977 y fallece el 1 de julio de 1996 a los 98 años. Está enterrada en el cementerio de Salientes.

Fidel: nació el 24 de abril de 1901, llega a la Argentina antes de 1920 y se radica en Tres arroyos. Se casa con Ángela Colavecchia Cironi (nacida en 1902) y tienen un hijo, Saúl Fidel (23 de diciembre de 1926). Enviuda en 1927, regresa a Salientes de visita y fallece en Buenos Aires.

Lidia: nació en 1907 en Salientes, emigra a la Argentina y se casa con Manuel García Colado. No tienen hijos y fallece en Buenos Aires, cuidó de su hermana María en los últimos años de su vida.

Motivos por los que vinieron... Porque era una familia con muchos hijos y se hacía muy difícil su alimentación, la segunda hija, María se la habían dado para su crianza a unos parientes. Porque las noticias referidas a un progreso económico, que recibían de los que emigraban a América eran muy alentadoras. Porque en la guerra de Marruecos, como sucede en casi todos los países, la carne de cañón es extraída de las pequeñas aldeas, dos o tres muchachos de esta, dos o tres de aquella, así no se siente el dolor de la pérdida en las grandes ciudades, que provoca descontento social dentro de los centros de poder. Sucedió en Argentina en la guerra de Malvinas; sucedió en Francia: en mi recorrido reciente por los pequeños pueblos de los ancestros de mi abuela Juana no hay cementerio que no tenga un monolito con el nombre de 5 o 6 muchachos, con el agradecimiento por haber dado la vida por la patria, durante tal o cual guerra. Es una estrategia muy usada, sobre todo cuando la guerra es lejos del terruño. Existía la posibilidad de comprar la no incorporación a la milicia, pero era muy costosa, 1500 pesetas, solo para ricos. Si uno lo compara con las 250 que costaba un pasaje a Argentina, era preferible que el hijo se vaya, quizás no lo vieran más pero sabían que estaba vivo. Existía la posibilidad cierta que le fuera bien, pudiera ayudar económicamente a los que quedaban en casa y algún día quizás volviera.

En nuestro caso el padre ya había estado, algún contacto había, seguramente el arribo no fue tan traumático como en otros casos. Como ya hemos dicho, era conveniente viajar y no pagar la excepción a la milicia, solo una cuestión de pesetas. Con el costo de una sola excepción, compraban los 5 pasajes de los varones y les sobraba dinero. El viaje debía realizarse antes de que fueran intimados por el ejército a incorporarse, en el *Boletín Oficial de la Provincia de León*, Alcaldía Constitucional de Palacios del Sil, decía así:

“No habiendo comparecido a ninguna de las operaciones del actual reemplazo de mozos que a continuación se expresan, se les cita por medio del presente para que en el término de veinte días, que les fueron concedidos por el Ayuntamiento. Se presenten ante el mismo para ser tallados y reconocidos, o acreditar dichos particulares en la forma que determina el párrafo 2º del art. 95 de la Ley de Reclutamiento; con advertencia, que de no verificarlo se les instruirá los correspondientes expedientes de prófugos y les pararán los prejuicios consiguientes”.

Los varones viajaron con 18 años o menos: Benedicto llega a Buenos Aires el 10 de noviembre de 1903 con 18 años y la intimación es en el boletín del 2 de marzo de 1905, cuando tenía 19 años; Pedro llega a Buenos Aires el 23 de septiembre de 1906 con 18 años y la intimación es en el boletín del 29 de marzo de 1909, cuando tenía 20 años; José llega a Buenos Aires el 28 de abril de 1912 con 18 años y la intimación es en el boletín del 24 de marzo de 1915, cuando tenía 20 años; Manuel llega a Buenos Aires el 13 de mayo de 1912 con 16 años y la intimación es en el boletín del 23 de marzo de 1917, cuando tenía 20 años. Es raro que tan joven viajara solo, en el mismo barco y con la misma fecha de arribo ambos provenientes de La Coruña figura María Álvarez, sin la edad, española, soltera; me lleva a pensar que es su hermana mayor, ya que esta en 1915 contrae matrimonio con un argentino. Fidel cumplió 18 años en 1918 pero no he encontrado su arribo. Quizás entró con nombre falso o disimulado, como sucedía muchas veces. El hecho es que en el boletín del 17 de marzo de 1922 está la intimación cuando tenía 20 años, junto a la de su primo Cándido Martínez Castillo, ambos llegaron a Argentina antes de la citación e hicieron su vida.

El pasaje, se obtenía en alguna de las empresas que se dedicaban a llevar a los emigrantes a América, mediante vendedores que recorrían los pueblos, relatando “las maravillas que iban a encontrar y la facilidad con la que prosperarían”. No siempre fue así, pero algo de razón tenían, porque había mucho trabajo, y a igual tarea mejor remuneración en América. La ley prohibía la emigración a América, solo se permitía hacia las



Barco *Hespérides*, en el viaje Manuel.

colonias españolas que aún quedaban, como Cuba, por lo que debía hacerse en forma clandestina³. Las compañías *Sud Atlantique* o *Générale Transatlantique* facilitaban la emigración irregular. Luego de obtener el pasaje, con poco equipaje como si fueran cerca y por poco tiempo, para no despertar sospechas, iban al puerto, generalmente La Coruña, y se embarcaban.

Una vez instalados los primeros, habiendo enviado dinero, venían los segundos y entre todos ayudaban a los próximos, formándose lo que se llamó “cadenas migratorias”, que en épocas difíciles para los que habían quedado, se les enviaba no solo dinero sino ropa y comida. A una escala mayor, los inmigrantes formaron las Sociedades Españolas de Socorros Mutuos, que como las francesas e italianas están instaladas en todas las ciudades de la Pampa, en las que se organizaban romerías y cruzadas, el dinero recaudado se enviaba. Aún hoy perduran. En mi ciudad es costumbre que la *Casa de España*, como se la conoce hoy, organice en Semana Santa una paella para juntar fondos y así solventar las múltiples actividades culturales que desarrollan durante el año. Cabe destacar que las autoridades actuales de esta *Casa* son hijos y nietos de los que vinieron. A 45 km de mi ciudad, en Mar del Plata, está el *Centro de Castilla y León*.

³ La legislación española en materia emigratoria durante el periodo de máxima emigración a América (últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX) varió sustancialmente, entre otras cuestiones porque tuvo que hacer frente a coyunturas internas e internacionales muy variables (procesos independentistas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, I Guerra Mundial, conflictos en las colonias africanas...) (N.E.)

A DÓNDE VINIERON

De Salientes a la Pampa, del pueblo encajonado en un pequeño valle, en lo alto de la vertiente meridional de la cordillera cantábrica en los altos del río Sil, criados en una comarca que desde tiempos inmemoriales tuvo que luchar contra nobles y clérigos por los escasos pastos para alimentar su ganado, con pocos animales por familia, que había que cobijar y alimentar cuando la nieve tapaba el pueblo, a la Pampa, una de las mayores praderas de mundo, con sus mil kilómetros norte-sur y ochocientos este-oeste, solo superada por la norteamericana. Si le agregamos parte de la Mesopotamia argentina más el Uruguay la extensión de la pradera llega al 1.200.000 km², más de 2 veces la superficie de España. Donde existen solo dos pequeñas sierras separadas por 500 km, de muy baja altura, el resto plano, llanura surcada por ríos, múltiples arroyos y lagunas, donde nunca nieva. Los ríos de la llanura pampeana de recorridos lentos, zigzagueantes, anchos y poco profundos, forman lagunas, hasta encontrar el lugar que les permita continuar su camino hacia el mar. La poca profundidad en algunos sitios conocidos por los lugareños y la mansedumbre de sus aguas permitían el paso del ganado, jinetes, carruajes, y más tarde los primeros automóviles, tal es así, que algunas de las principales rutas del país fueron trazadas por estos lugares, la ruta nacional N° 3 que une la ciudad de Buenos Aires con Tierra del Fuego, a través de la Patagonia pasando por Tres Arroyos, fue construida sobre el “camino del indio”.

Cuando hablo de “la Pampa” me refiero a la pradera que ocupa las provincias argentinas de Buenos Aires, La Pampa, Santa Fe, Entre Ríos, sur de Córdoba y San Luis. Describirla con palabras es igual que contarle como es el mar al que nunca lo vio, una tarea difícil, por eso recurro a un párrafo de *Radiografía de la Pampa* de Ezequiel Martínez Estrada:

“La amplitud del horizonte, que parece siempre el mismo cuando avanzamos, o el desplazamiento de toda la llanura acompañándonos, da la impresión de algo ilusorio en esta ruda realidad del campo. Aquí el campo es extensión y la extensión no parece ser otra cosa que el desdoblamiento de un infinito interior, el coloquio con Dios del viajero. Sólo la conciencia de que se anda,



Tres Arroyos.



Salientes.

la fatiga y el deseo de llegar, dan la medida de esta latitud que parece no tenerla. Es la Pampa; es la tierra en que el hombre está sólo como un ser abstracto que hubiera de recomenzar la historia de la especie – o de concluirla”⁴.

Cuando llegaron los muchachos, ya estaba dividida en campos, con millones de kilómetros de alambrados que los separaban, ya no quedaba la libertad de transitar por donde se les ocurriera. Aún quedaban gauchos e indios, que con su similitud en el vestir y costumbres se confundían, ambos hablaban castellano mezclado con palabras indias, que aún hoy se usan, como el famoso “Che” (significa *señor*) de los argentinos que lo usamos para llamar a otra persona. Para más similitud los

indios se pusieron nombres españoles como: *Bagorrita* (diminutivo de Baigorria), el *cacique* Mariano, Ceferino etc., y cambiaron la vincha⁵ y la pluma por el sombrero; pero lo que pudieron comprobar y adoptaron es la hospitalidad pampeana, el mate, un pedazo de carne y el abrigo del poncho no se le niega a nadie.

Aunque la hospitalidad ya la traían consigo, encontraron tierra fértil donde desarrollarla. Ya lo dicen los versos gauchescos: “Con su permiso via dentrar / Aunque no soy convidao / Pero en mi pago, un

⁴ Aparte de esta obra, el autor cita al final del relato las siguientes obras *Historia del gaucho (el gaucho ser y quehacer)*, de Fernando O. Assunção, *Historia del Valle de Salientes*, de Pablo García Cañón, *Los abuelos inmigrantes*, de Alberto Sarramone, las bases de datos del C.E.M.L.A. (Centro de Estudios Migratorios Latino Americanos) así como distintos números del *Boletín Oficial de la Provincia de León*. (N.E.)

⁵ Cinta de tela con la que se sujeta el pelo sobre la frente. (N.E.)

asado / No es de naides y es de todos / Yo via cantar a mi modo / Después que haiga churasquiao”⁶. En esa época la Argentina pasaba por el momento económico más floreciente de su historia, era el segundo país de América y el quinto del Mundo, conocida como el “Granero del Mundo”, hasta que con la crisis de 1930 en coincidencia con el primer golpe militar, comenzó un lento declinar que más allá de alguna recuperación circunstancial, nunca volvió a ese nivel de riqueza.

El saber leer, escribir, matemáticas y un conocimiento básico de contabilidad, fue fundamental en el progreso de los hermanos, que fueron empleados, luego comerciantes propietarios, para terminar algunos en hacendados, esto gracias a que en Salientes se contrataba un maestro que enseñaba a todos, adultos, jóvenes y niños. Años más tarde, en 1931, cuando se hizo la escuela, se la construyó con vivienda para el maestro. De modo que, en el pueblo la educación y el conocimiento eran importantes, digo esto porque era común entre los inmigrantes el analfabetismo. El lugar al que llegaron Benedicto y sus hermanos fue a Tres Arroyos, ciudad que tuvo su origen en uno de los tantos fortines que se construyeron para delimitar la frontera con los territorios aún dominados por los indios.

Breve cronología de Tres Arroyos e inserta en ella la llegada de los Álvarez Castillo:

1863. El Coronel Benito Machado hace el pedido formal para la fundación de Tres Arroyos.

1869. Primer censo, 550 habitantes.

1870. El Cacique Calfucura (Piedra Azul) arrasa Tres Arroyos, secuestra mujeres, niños y arrea miles de cabezas de ganado.

1876. El Cacique Manuel Manucura (hijo de Calfucura) nuevamente ataca Tres Arroyos.

1877. Se colocan los primeros alambrados.

1878. Se instala en Tres Arroyos don Juan Istilart, industrial.

1883. La primera escuela.

1884. Decreto de Fundación de Tres Arroyos.

⁶ Fragmento de las *Coplas del payador perseguido* de Atahualpa Yupanqui. (N.A.)

- 1886. Llega el Tren desde Benito Juárez.
- 1887. Comienza a funcionar el Consejo Deliberante, órgano legislativo de la ciudad.
- 1888. Se funda la Sociedad Española de Socorros Mutuos y llegan inmigrantes dinamarqueses y holandeses.
- 1889. Residentes franceses fundan la *Sociedad Filantrópica Francesa*.
- 1892. Primer diario: *La Voz del Pueblo*.
- 1893. Se radican los suegros de Benedicto provenientes de Benito Juárez.
- 1895. Se abre la Biblioteca Municipal.
- 1896. Sucursal del Banco Nación de la República Argentina.
- 1898. Censo de 10.423 habitantes.
- 1901. Primeros teléfonos.
- 1903. Llega Benedicto.
- 1905. Teatro Hispano Argentino.
- 1906. Llega Pedro.
- 1912. Llegan José, Manuel y María; se casa Benedicto y se adoquinan las primeras calles.
- 1914. Censo de 32.844 habitantes. Se declara ciudad.
- 1916. Comienza a construirse la Iglesia.

Este pequeño recontó⁷ de la evolución de Tres Arroyos es para demostrar que Benedicto y sus hermanos llegan a un lugar con un crecimiento demográfico y económico desenfrenado, con el miedo subyacente al ataque del indio (el ultimo 27 años antes de su llegada), y el arribo de distintas colectividades, todas atraídas por ser el principal centro triguero de la Argentina. Es totalmente cierto que el que trabajaba podía ahorrar, porque le sobraba para vivir cómodamente, y el ahorro bien invertido era progreso.

BENEDICTO

Ya vimos su nacimiento como hijo natural, y su legitimación ante la iglesia con el matrimonio de sus padres. La historia cuenta que, cuando los padres le dieron a su hermana María para la crianza y educación, a unos parientes de buena posición económica, también fue Be-

⁷ En Argentina, repaso o recapitulación. (N.E.)

nedicto, al que aparte de mandar a la escuela, como tenían joyería, le enseñaron el oficio de relojero. Algo sucedió que Benedicto regresó al pueblo, o simplemente regresó para irse a Argentina ante la amenaza del reclutamiento. El hecho es que con 18 años está desembarcando en Buenos Aires, seguramente alguien lo esperaba y fue a la zona de Tres Arroyos. En los 10 años siguientes, hasta su casamiento (1912) a los 27 años, pasa de ser de empleado a propietario.

Su esposa, Juana Aiçaguer Turon, era hija de Martin Aiçaguer Cassou, vasco nacido en Camou-Suhast (cantón de Saint Palais, Bajos Pirineos, Francia) y Rose Turon, nacida en Lay-Lamidou (cantón de Navarrenx en el Bearne francés). Ambos emigraron y se conocieron en Argentina, contrajeron matrimonio en Benito Juárez en 1889. Con las dos hijas de un primer matrimonio de Rose (María y Antonia) y las dos del segundo (Rosa y Juana, esta última recién nacida) en 1893 se radican en Tres Arroyos.

Benedicto, al casarse ya era propietario de una “Esquina de Campo” en Copetonas, a 58 km de Tres Arroyos, donde en 1911 llega el ferrocarril y en 1912 se venden los primeros lotes a los 300 españoles provenientes de Tres Arroyos. La Esquina de Campo era un salón que albergaba un almacén que proveía a los colonos (recién llegados al país), gauchos y viajeros todo lo que la naturaleza no le daba; alimentos como azúcar, yerba mate y aceite, tabaco, combustible para los faroles, herramientas, ropa de trabajo, cuerdas de guitarra, aperos para el caballo, etc. El bar, donde se despachaban bebidas, se jugaba a las cartas, se conversaba, se enteraban de las últimas noticias y se hacían pequeños negocios; además se cortaba el pelo y había una pequeña botica donde se podían comprar infusiones, vendajes y remedios, atendida



Benedicto Álvarez Castillo.

por Constantino Domínguez, español compadre de Benedicto, y responsable de que años más tarde mis padres se radicaran en Miramar, ciudad balnearia de la provincia de Buenos Aires.

En el bar, centro de reunión y esparcimiento donde confluían pobladores, que aprovechando la compra en el almacén, se tomaban una copita de ginebra para “calentar el garguero” (garganta), viajeros que estaban de paso y se detenían para descansar, tomar y comer algo, chacareros⁸ que venían por noticias y por supuesto algunos gauchos en busca de algún conchabo (trabajo temporario). Era un lugar parecido al *saloon* de las películas de cowboys, pero mucho más modesto, donde los gauchos arreglaban sus diferencias no con revólveres sino con facones (más largo que un cuchillo, más corto que una espada, del tamaño de una bayoneta, con doble filo y punta), herramienta y arma fundamental en el quehacer diario.

Contaba la abuela Juana, que un día se encontraron en el bar dos gauchos, no hubo pelea ni discusión simplemente un dialogo: “Buenas Don... Buenas... Vos sos el zurdo Gonzales... Sí y vos... El Negro Pincen, me dijeron que sos muy baqueano (hábil, diestro) con el facón.... Así dicen... Me gustaría medirme... Como guste paisano”⁹. Ahí nomás corrieron las mesas y sillas, con una mano empuñado el facón y en la otra enroscaron el poncho en el antebrazo a modo de escudo y comenzó el lance (“medirse” significaba un duelo a primera sangre, cuando uno de los contendientes recibía una pequeña herida con sangre perdía y finalizaba la disputa). Luego de varios encontronazos, el local, con una zancadilla, logró derribar al contrario que cayó boca arriba. Se subió a caballo sobre el pecho y lo inmovilizó apretándole los brazos con sus piernas. Cuando le iba a hacer un corte en la mejilla y sellar su triunfo, el del piso que no había soltado el facón, logró clavárselo en la pierna atravesándole la bota. El herido, ante el exabrupto del rival, le levantó

⁸ Perteneciente o relativo a la chacara, esto es, chacra, alquería o granja. (N.E.)

⁹ Los nombres de los gauchos del duelo son ficticios, mi abuela los nombraba, pero mi memoria, por más que la estrujé, no responde. (N.A.)

la barbilla con toda la intención de degollarlo. El griterío alertó a Benedicto que estaba en el fondo, saltó el mostrador y agarrando la tranca de la puerta le exigió al posible degollador liberar y dejar irse al casi degollado. Luego de un momento de tensión, el gaucho reflexionó y lo liberó. Cuando se calmaron los ánimos, Benedicto hizo sentar al herido, le sacó la bota, lavó, desinfectó y vendó la herida y luego lo intimó a que regresara para seguir las curaciones, limpieza de la herida y cambio de vendajes. Cuando la herida estuvo curada, al gaucho le había nacido un profundo respeto por “el Gallego” (denominación que reciben todos los españoles en Argentina sean de donde sean) que lo había tratado tan bien, de tal manera que cada tanto pasaba por el bar a charlar con “Don Benedicto”, que ya no fue más el gallego, y tomarse una ginebra. Un buen día, luego de agradecerle el haberle ahorrado unos cuantos años a la sombra (la cárcel) le dijo... “ya sabe Don... cuando tenga que matar a alguien no tiene más que decirme...”.

Este relato es para mostrar el estado semisalvaje que aún imperaba en la Pampa en aquellos años, los que venían para abrirse paso debían ser gente dura, no era para flojos de carácter. El manejo del facón entre los gauchos nacía con la vida, de pequeños los lances los hacían con palitos, cuando crecían con facones de madera y de jóvenes con su primer cuchillo. Aprendían el trabajo de cortar el cuero en lonjas, elaborar todo tipo de trenzados, para los utensilios de su trabajo principal que era el manejo del ganado y por supuesto adquirían plena conciencia de que esa herramienta indispensable era también un arma. El facón terminaba siendo una extensión del brazo y cada gaucho le daba la forma que más le gustaba, era tan personal que difícilmente había dos iguales.

Ante esta diferencia imposible de igualar, Benedicto, que tenía que tratar a diario con esos hombres simples pero muy rudos, se compró un Winchester 44 (exactamente igual al de los cowboys norteamericanos, que hoy guarda como una reliquia uno de mis hermanos). A la vista de todos, en el fondo del negocio, practicaba tiro con latas de conserva vacías. La buena puntería, su compañía inseparable en sus recorridos por el campo, y su contextura física delgada, le surgió el apodo entre el gauchaje de “el flaco del Winchester”.

Una actividad que nació casi sin querer y que le iba a cambiar la vida, sucedió en una charla en el negocio con un chacarero vecino: -“Don Benedicto, usted que es “bicho” (hábil) para los negocios, ¿no me vende la cosecha cuando vengan los del puerto?” -“¿Pero por qué yo?” -“Porque usted no se deja engatusar (engañar) por sus proveedores del almacén, sabe leer, escribir y de números; es justo y defiende a los que trabajamos, además seguramente va a sacarle unos cuantos pesos más que yo...”.

Así lo hizo, y de acuerdo al vaticinio sacó unos cuantos pesos más y le dijo: -“Bueno, amigo, aquí tiene su dinero...” -“No, don Benedicto, téngamelo usted, si yo casi todas las compras las hago aquí, además con toda esta plata no sé si llego al rancho, seguramente me pegan un palo en el camino, y voy a tener que pedirle fiado hasta la próxima cosecha...”.



Benedicto, Juana y Saúl en la puerta de la calle Brandsen n° 646 de Tres Arroyos.

Ante este planteo simple y razonable del paisano no pudo negarse, guardó el dinero y le iba descontando cuando retiraba mercadería, pero la noticia entre los chacareros se corrió como pólvora. Al poco tiempo esa actividad, con el cobro de una comisión y la venta de granos para la próxima siembra, comenzó a tener más importancia económica que el negocio. A los pequeños chacareros se les sumaron gente con más hectáreas y montos de dinero más importantes, todo basado en la confianza por la honestidad en el proceder. Esto, sumado a que el dinero debía guardarlo en un Banco, porque si no el palo se lo iban a pegar a él. El más cercano estaba en Tres Arroyos, había que tomar el tren o ir en sulky¹⁰, lo que le demandaba uno o dos

¹⁰ El sulky (voz inglesa), o sulqui, es un pequeño carruaje para uno o dos pasajeros habitualmente usado en zonas rurales de América. (N.E.)

días, los hijos ya tenían edad para ir a la escuela y ahí vivía su suegra y cuñados.

Todos estos motivos hacen que se mude con la familia a Tres Arroyos, compra una casa en la calle Brandsen n° 646 y la Esquina de Campo se la da a un pariente para que la trabajase.

Se compra un auto con el que recorre los campos, y en su casa instala el escritorio de compra y venta de cereales. Tres Arroyos, situado en el cruce de tres arroyos, es una ciudad que, como ya vimos, nació en donde estaba uno de los fortines fronterizos con los dominios del indio, que cada tanto iniciaba ataques a las poblaciones de los huincas (blancos) matando a los varones, secuestrando mujeres y niños, llevándose el ganado, sobre todo los caballos, porque se sintieron invadidos en sus territorios. Ellos no tenían el sentido de la propiedad como el europeo, ellos ansiaban poder desplazarse con total libertad por la amplia pradera, sin fronteras, mojones ni propiedades. La única propiedad que tenían era el caballo, un poco de ropa y el toldo (especie de carpa), que lo iban trasladando según las estaciones del año. Eran nómadas.

Esta libertad con la que se movían, era igual a la del gaucho, que en su inmensa mayoría eran criollos (hijos de españoles nacidos en estas tierras) porque la ley imperante les impedía acceder a puestos públicos, entonces montaban su caballo y se iban a vivir a la Pampa. Cuando eran perseguidos por la justicia, principalmente para enrolarlos en la milicia, que luchaba contra el indio, escapaban y se iban a vivir con ellos.

Esta es una incongruencia que merece un comentario, una ley absurda como la que acabo de comentar, que discriminaba a los propios hijos de españoles por el solo hecho de haber nacido aquí, posibilitó la creación de una “clase social”, el gaucho, jinetes extraordinarios, vivían sobre el caballo, tanto que eran torpes para caminar, pieza fundamental en las luchas por la independencia, es decir, los españoles fueron derrotados por los criollos, sus hijos discriminados.

Ahí no acaba la cosa, cuando Argentina fue Argentina dejó de ser un virreinato y necesitó de apropiarse de las tierras del indio, o sea las clases dirigentes de Buenos Aires vieron con buenos ojos dicho territorio, y enviaron tropas para desalojar al indio. Los soldados los

reclutaban por la fuerza en los boliches (bares) de la Pampa (cualquier parecido con el reclutamiento de mozos para la guerra de Marruecos es mera coincidencia) en su mayoría gauchos, que al encontrarse sobre un caballo en algún descuido de sus superiores desertaba, cruzaba la frontera y se iba a vivir con los indios. La cosa no tuvo solución hasta que apareció el aliado impensado, que diezmo las tribus de tal forma que no pudieron defenderse más, la viruela. Aprovechando este flagelo, el Ejército Argentino hizo un simulacro de guerra llamado “La campaña al desierto” (en esa época a la Pampa se le llamaba el desierto) donde encontró solo mujeres, niños, ancianos y así conquistó lo que restaba de la Pampa y la Patagonia.

La vida continúa, los hijos van a la escuela, los hermanos varones ya están todos en Tres Arroyos, María ya vino, se radicó en Buenos Aires



Héctor (Tito) y el Chevrolet Champion 1928 (motor 4 cilindros en línea con válvulas a la cabeza y llantas de madera).

y se casó. Las cosas van bien y el 18 de mayo de 1925 Benedicto y José compran parte del campo *Los Avenales*, 1.002 hectáreas en la Estación Barcker, Partido de Benito Juárez. Al poco tiempo, el 11 de octubre de 1927 José le vende su parte a Benedicto, que de comerciante pasa a ser hacendado y le cambia el nombre al campo por *La Etelvina*.

Su hijo mayor, Héctor, se traslada a Buenos Aires a estudiar en la prestigiosa Escuela Técnica de la

Nación “Otto Krause”. Allí tiene por compañero a un tal Félix Bermúdez de Bahía Blanca. Lo invita a pasar unos días a su casa durante las vacaciones. Ahí conoce a su familia, en especial a su hermana menor, Aida, con la que terminará casándose. Como una cosa trae a la otra, la otra hermana, Etelvina, conoce al hermano de Félix, Atilio, con el que se casará y serán mis padres, pero ese es tema de otra historia que a su tiempo será contada, porque Atilio y Félix y sus hermanos eran hijos de dos emigrantes

gallegos, pero gallegos de Galicia. Los hechos y circunstancias producen cambios en la vida de las personas.

En 1934 se realiza en Buenos Aires el 32° Congreso Eucarístico, en octubre, con la presencia de Eugenio Pacelli, futuro Papa Pío XII, primer congreso de América Latina y 3° de América. La familia de Benedicto concurre llevada por la religiosidad de Juana y queda vivamente impresionada por la magnitud de las multitudes que se congregan en los distintos actos. El principal, fue la misa realizada en el cruce de las avenidas Libertador y Sarmiento, donde se encuentra el monumento a los españoles. Se levantó una cruz de 35 metros de altura que cubría totalmente el monumento y por supuesto sus desnudos. La concurrencia se estimó en más de un millón de personas, y teniendo en cuenta que el país tenía 8 millones de habitantes, fue una cifra altísima jamás vista.

Esto sumado a que la hermana de Benedicto vivía en la ciudad, su hijo mayor estaba estudiando y Aida se recibió en el colegio secundario siendo la mejor alumna, con la sugerencia de sus profesores que debía seguir la universidad, a fines de 1935 se muda toda la familia a Buenos Aires. Con ellos va Saúl, el único hijo de Fidel, que había envidado cuando el niño no había cumplido un año, Juana y Benedicto se hicieron cargo de su crianza.

El viaje de Tres Arroyos a Buenos Aires lo realizan Héctor, Etelvina, Aida y Saúl en el automóvil del papa, un Chevrolet Champion de 1928. Fue toda una aventura recorrer los 500 km por caminos de tierra, pues la Ruta 3 comienza a pavimentarse en 1938. Cuentan que se perdieron varias veces, porque así como no existía el pavimento tampoco las señales de ningún tipo. Los jóvenes hijos fueron en automóvil, los padres en tren, único medio de transporte público existente.

Alquilan una casa en la calle Moreno 2808, que fue el centro de reunión familiar, lugar obligado de todo aquel que pasara por Buenos Aires.

Fragmento de carta que me envió Saúl Fidel Álvarez Colavecchia, hijo de Fidel (cuando dice papá se refiere a Benedicto que fue quien lo crió):

“A mediados de 1936 se declaró la guerra civil en España, que duró 3 años, y sobre su finalización se inició la segunda guerra mundial que duró hasta mayo de 1945.

La Guerra Civil Española nos trajo angustias y preocupaciones, porque allá estaban mis abuelos paternos (que nunca conocí) y dos tías, que además de las vicisitudes propias de la guerra entre hermanos, les crearon necesidades de alimentos y ropa que periódicamente salían de casa, por encomienda postal. ¡Y llegaban!

Todos los días por la mañana y por la tarde, con *La Prensa* y *Critica*, Papá seguía los acontecimientos, que los diarios ilustraban con los avances del Gral. Franco en detallados mapas. Su paso por Salientes no trajo nada trágico para la familia”.

En 1939, compran y se mudan a la casa de la calle Castro Barros 189, se casan dos hijos: Héctor con María Josefa Targise y van a vivir a la casa de Tres Arroyos, y Aida con Félix Antonio Bermúdez y van a vivir un tiempo en Montevideo, luego regresan a Buenos Aires, una vez recibida de Profesora de Filosofía y Letras se radican en Tres Arroyos. En 1946 Etelvina se casa con Atilio Anselmo Bermúdez, médico y se radican en Miramar.

El 15 de septiembre de 1951 Benedicto fallece, a los 66 años en la puerta de su casa, de un infarto. Los últimos años de su vida los vivió con el pesar porque amparado en la ley de arrendamiento, totalmente injusta, un puestero (empleado) trabajó el campo durante años pagando un alquiler irrisorio. A los hijos les demandó muchos años el juicio que permitió a Juana recuperar la propiedad y alquilarla a precios razonables. Tuve la suerte de conocer algunas personas que conocieron a mi abuelo y todas me hablaron de su bondad y rectitud.

NATALIA

Es muy poco lo que sé, solamente lo escrito en un viejo árbol genealógico hecho en un papel de envolver color marrón, que encontré ordenando la biblioteca del abuelo Benedicto, y que me prestó la abuela Juana cuando fui a vivir con ella con motivo de mi ingreso a la Universidad de Buenos Aires. Ese árbol, escrito en una reunión familiar por Saúl, hijo de Fidel y María (Encarnita), fue el comienzo de mi afición por la genealogía, en él decía: “Natalia (1886-1906)”. Falleció muy joven, pero lo suficiente para haber visto partir a su hermano mayor.

PEDRO

Fue muy compañero de Benedicto, quizás porque fue el que lo siguió. Se casó con Francisca Peralta posiblemente en Tres Arroyos, siempre habitó por la zona. Tuvo dos hijas, Lilian Carmen en Tres Arroyos y Natalia Beatriz en De la Garma, a 62 km de Tres Arroyos. Su mujer fallece a los 41 años en 1939, él se encuentra viudo con dos hijas, una de 15 y otra de 9 años. No sé bajo qué circunstancias, las dos niñas estudian en Buenos Aires en el Colegio de María Auxiliadora como medio pupilas, situado en la misma manzana detrás de la casa de Benedicto, donde iban los fines de semana y feriados.



Pedro Álvarez Castillo.

Pedro decía que por suerte había nacido varón, porque si hubiera sido mujer estaría llena de hijos, le era imposible decir que no. Era según contaba mi mamá un hombre muy afectuoso y cariñoso con un gran sentido del humor. Vivió mucho tiempo en el campo de Benedicto, encargándose de los trabajos que allí se realizaban. En el campo había varios perros a los que había puesto los siguientes nombres: Cuál, Como vos, Como quieras y Qué te importa. Ante la pregunta de cualquier desprevenido de cómo se llamaba el perro, Pedro se divertía, lo maravilloso era que respondían a sus desopilantes nombres.

Sus hijas se casaron: Lilian Carmen con Óscar Adolfo Héctor Castagneto, tuvieron dos hijas y vivieron en Buenos Aires, y Natalia Beatriz (Chicha) con Juan Cruz Arano y tuvieron dos varones, y residieron en Tandil.

Falleció a los 55 años en Juárez.

MARÍA

De niños le decíamos “Tía Chacha”. Como ya dijimos, de pequeña la llevaron para su crianza y educación unos parientes que eran dueños de una Joyería, supongo que en Madrid o alguna ciudad importante española porque su acento era “muy español”, contrastaba con el

de sus parientes de Salientes que conocí. Era muy atractiva, alegre, siempre bien arreglada, contando historias, de sus viajes (5 veces a Europa), exagerada, todos eran condes y marqueses en sus relatos. De niños, fascinados por sus historias, nos cantaba canciones que aun hoy dan vueltas en mi cabeza cuando la recuerdo:

*Dónde vas Alfonso XII
Dónde vas tu por ahí
Voy en busca de la reina
Que ayer tarde la perdí
Desde el balcón del palacio
Cuanto ha que yo la vi
Cuatro duques la llevaban
Por las calles de Madrid.*



María Álvarez Castillo (Encarnita).

Por supuesto cuando conocí la verdadera letra y su música, no pude más que sonreír, tía Chacha si no la recordaba la inventaba. Con cierta inclinación artística, pintaba al óleo, iba con su marido mucho al Teatro Colón, mi madre, que gustaba de la música y tocaba muy bien el piano, los acompañaba asiduamente.

Arribó al país para 1912, al poco tiempo, en 1915, se casa con Juan Carlos Posse Dirube en Montevideo (Uruguay), que era hijo de Juan Posse, uruguayo, y María Dirube, argentina; murió en Buenos Aires en 1941 en su casa de la calle Venezuela 2651, a 300 metros del departamento que alquiló Benedicto cuando se mudaron. Juan Carlos, apodado “Chacho”, de ahí lo de “Chacha”, era aficionado a la fotografía por lo que nos han quedado muchas “fotografías artísticas” de María. No tuvieron hijos, pero ella ya viuda, nos visitaba

para las fiestas en Miramar. El matrimonio tuvo una vida social muy activa de clase media alta. María, cuando enviudó, compró un departamento en la calle Talcahuano, donde vivió hasta su muerte.

JOSÉ

Luego de haberle vendido su parte del campo a Benedicto en 1927, viajó a Salientes, porque el 12 de septiembre de 1929 arribó al puerto de Buenos Aires en el barco *Cap. Arcona*, proveniente de Vigo. En 1931 enviuda y se radica en Montevideo, en la calle Santa Fe 1148. Es posible que se volviera a casar y falleciera en esa ciudad. Tuvo dos hijos. Jucarpo (nombre formado por las primeras letras de Juan Carlos Posse, su padrino), que se casó con Isabel Rosillo y tuvo dos hijas en Argentina, donde vivió. Fue aviador civil. Y Nilda permaneció soltera, no tuvo hijos; fue enfermera y vivió en Mar del Plata.

MANUEL (MANOLO)

Tío Manolo, así lo llamaban, lo recuerdo cuando venía de visita a casa de mis padres desde Oriente, pueblo en el que se radicó luego de casarse y tuvo sus hijos. Un hombre muy afectuoso, tranquilo, y como pude comprobar, muy querido por sus vecinos. Fue propietario de un almacén. En el transcurrir de la vida uno se encuentra ante giros impensados, que lo llenan de orgullo familiar.



Manuel Álvarez Castillo (Manolo).



Manuel Álvarez Castillo y su familia.

Soy arquitecto, vivo en Miramar. Un cliente que había construido un hotel en la zona de los Lagos en la Patagonia, había sido estafado por un colega. Me entrevistó para que le remodelara su casa, ante esto sus hijos le dijeron que estaba loco contratando otro arquitecto después de lo malo sucedido,

una situación no muy cómoda que cambió cuando en una de las reuniones previas le pregunté: “¿De dónde son ustedes?”. –“Mi mujer de Bahía Blanca y yo de Oriente...”. –“Ahh... allí vivía un tío de mi mamá que tenía un almacén...”. –“¿Cómo se llamaba?...”. –“Manuel Álvarez Castillo, le decían Manolo...”.

Abrió los ojos como el dos de oros al tiempo que decía “¡Don Manolo!...”. –“Sí, tenía un hijo y tres hijas maestras”, dije sin salir de mi sorpresa... –“Don Manolo era íntimo amigo de mi padre, el almacén está junto a nuestra casa y sus hijas fueron las que me enseñaron a leer, escribir...”. –“¿Qué casualidad, no?... –“Si sos sobrino nieto de don Manolo no necesito más referencias...”. De ahí en adelante todas fueron sonrisas y el trabajo se desarrolló con normalidad y yo agradecido al querido tío...

Su hijo mayor falleció muy pequeño, el otro varón, Néstor Earle, apodado *Baby*, se casó con Carmen Elsa Frandsen, descendiente de galeses, con quien tuvo una hija y un hijo y vivieron en Villalonga, al sur de la provincia de Buenos Aires. Sus tres hijas maestras, Lidia Noeque (Lila) se casó con Carlos Macayo, tuvieron una hija y un hijo, vivieron en Esquel, ciudad de la Patagonia donde tenían una librería; Noelia Emilce (Nelita), se casó con José Ferreiro Otero, falleció a los 25 años en Tres Arroyos sin hijos; y Benilde Carmen se casó con Omar Schena y falleció a los 50 años sin hijos.



Florentina Álvarez Castillo y su esposo.

FLORENTINA (FLORA)

Fue la única de los hermanos, sin contar a Natalia, que no emigró a la Argentina, se quedó en Salientes con sus padres, se casó con Fermín García Castillo, también de ahí, y tuvieron siete hijos, todos en el pueblo. Con los años se mudaron a León, donde fallecieron. Tía Flora, como la llamaban mi mamá y mis tíos, era siempre nombrada en las reuniones cuando se hablaba de Salientes.

Mi mamá estuvo con ella en 1978, cuando visitó el pueblo, conoció a su primo Francisco (Paco), uno de sus hijos, que le indico que vivía en León, y allá fueron con mi padre y dos de mis hermanos. Siempre añorando a sus hermanos mantuvo vivo entre sus hijos el saber que en Argentina tenían tíos y primos. Cuando llegaba carta de sus hermanos, reunía los hijos y se las leía mostrándole las fotos que les enviaban. De los siete hijos la mayor fue Fe. Se casó con Mariano Serrano García y tuvieron dos hijos: María del Carmen y Antonio, casados con hijos viven en Madrid. Donde ella falleció en 2003. José (Pepe) se casó con María Paz Peleteiro, vivían en León y tuvieron tres hijas, Hortensia, María del Carmen y Rosana, todas casadas con hijos. Carmen (Carmiña), se casó con Electo García y no tuvieron hijos. Francisco (Paco) se casó con Regina Álvarez en Salientes y tuvieron dos hijas, Benigna y Natividad. Vivieron en Salientes hasta que Paco tiene un accidente con un tractor y fallece en 1977. Su mujer e hijas se mudaron a Gijón, ambas se casaron y tuvieron hijos. Julián se casó con Amor Amigo y tuvieron dos hijos, Pablo y Julián casado y con hijos, vivieron y viven en Gijón. Falleció en 2012. María Luz (Marilú) se casó con Donato Pascual, no tuvieron hijos y viven en Madrid. Fermín murió de muy pequeño. Florentina falleció en León y sus restos están en el cementerio de Salientes.

FIDEL

El más joven de los varones, emigró seguramente entre que cumplió 18 años (1918) y que lo intimaron a presentarse al ejército (1922). Se establece en Tres Arroyos donde contrajo matrimonio con Ángela Colaveccia y Cirone, argentina, maestra, nacida en 1902 en Tres Arroyos, donde el 23 de diciembre de 1926 tienen su único hijo, Saúl Fidel. Mientras Ángela está en la escuela el pequeño queda en casa de Benedicto al cuidado de Juana y sus hijas. Rápidamente Ángela enferma y muere en 1927. Fidel deja su hijo al cuidado de la familia de su hermano



Fidel Álvarez Castillo.

mayor. Saúl Fidel se casa con Sonia Helena Contal y Julio en Bahía Blanca y tuvieron dos hijos: Martín y Soledad, ambos casados y con hijos. Fidel regresó a Salientes aproximadamente en 1930, lo atestiguan fotos que dejó de su viaje. Falleció en Buenos Aires donde vivió sus últimos años, volvió a casarse con Honoria Romero.



Lidia Álvarez Castillo.

LIDIA

Según cartas que me dejaron vivía en Salientes durante la Guerra Civil. Se casó con Manuel García Colado, español, no sé si en España o en Argentina. Emigró y acompañaron a Encarnita en su enfermedad hasta que murió. Ambos fallecieron en Argentina, no tuvieron hijos.

LA HERENCIA

Los nueve hermanos tuvieron 18 hijos, 31 nietos, 42 bisnietos y estoy contando los tataranietos que están en plena producción. De Salientes se fueron a Argentina, a la zona de Tres Arroyos, de ahí, solo unos pocos descendientes quedaron, el resto se radicaron en distintos puntos de la provincia de Buenos Aires (Tandil, Balcarce, Miramar, Laprida, Villalonga, Oriente), en la ciudad de Buenos Aires, en la Patagonia (Esquel), en la provincia de Santa Fe (Rosario), en el exterior, Canadá (Ottawa), y los que quedaron en Salientes se fueron yendo a Madrid, Lugo, Gijón, León, Orense... Al achicarse las distancias, debido al mejoramiento de los medios de transporte, se produjo un movimiento de personas en busca de trabajo que posibilitó el conocer personas de geografías cada vez más lejanas, formar parejas, matrimonios, en distintos lugares que con el devenir de las futuras generaciones será cada vez mayor. Los hermanos Álvarez Castillo jamás se les hubiera ocurrido que, viviendo en Madrid ir a Salientes por un fin de semana, sería una cosa bastante común.

EL REGRESO

El mayor impedimento para el regreso fueron las guerras, primero la de Marruecos que los convirtió, a los varones, en prófugos; luego las dos guerras Mundiales que sumieron al mundo y sobre todo Europa en un lugar inseguro, y por último la Guerra Civil que convirtió a España en el peor escenario que puede haber en un país, una guerra entre hermanos. Los que volvieron fueron María, José y Fidel, del resto tengo algunos indicios pero nada seguro. De los hijos, solo sé de la visita de mi madre en 1977. Los nietos argentinos hemos vuelto varios de Benedicto, una de Pedro y no conozco más. De los nietos españoles vuelven a sus casas en vacaciones, las que mantienen en perfecto estado.



Año nuevo de 1950, casa de Benedicto, Castro Barros 189 Buenos Aires. Parados de izquierda a derecha: Angélica (esposa de José), José (cuñado, hermano de Juana), Saúl (sobrino, hijo de Fidel), Pablo (esposo de Inés), Atilio (yerno, esposo de Etel), Félix (yerno, esposo de Aida), Luis (cuñado de Etel y Aida), Héctor (hijo), Maru (nuera, esposa de Héctor), Lilian (sobrina, hija de Pedro) y Beatriz (sobrina, hija de Pedro). Sentados de izquierda a derecha: Etel (hija), Juana (esposa), Héctor Luis en el regazo de Juana (nieto, hijo de Etel), Héctor Alberto (nieto, hijo de Héctor), Benedicto, Eduardo en el regazo de Benedicto (nieto, hijo de Etel), Jorge (sobrino de Etel y Aida, hijo de Inés), Aida (hija) e Inés (cuñada de Etel y Aida). Sentados en el piso de izquierda a derecha: José María (nieto, hijo de Héctor), Ana (nieta, hija de Aida) y Juan Carlos (nieto, hijo de Héctor).



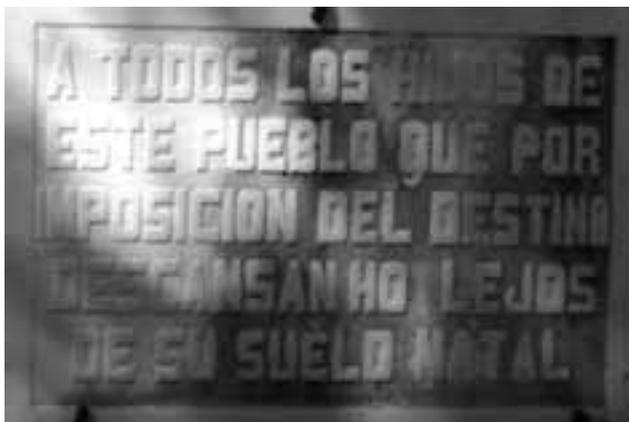
80 años de la abuela Juana (esposa de Benedicto). Miramar, casa de Etel, 25 de enero de 1973. Parados de izquierda a derecha: Raúl Atilio (nieto, hijo de Etel), Héctor Luis (nieto, hijo de Etel), José María (nieto, hijo de Héctor), Nuria (2ª mujer de Saúl), Atilio (yerno, esposo de Etel), María del Carmen (nieta, hija de Etel), Ana (esposa de Eduardo), Eduardo (nieto, hijo de Etel), Enrique Juan (nieto, hijo de Etel), Juan Carlos (nieto, hijo de Héctor), Maru (nuera, esposa de Héctor), Héctor Alberto (nieto, hijo de Héctor), Félix Saúl (nieto, hijo de Aida) y Félix (yerno, esposo de Aida). Sentados de Izq. a Der.: Etelvina (Etel, hija), Saúl (sobrino, hijo de Fidel), Juana (esposa), Héctor (hijo) y Aida (hija). Sentados en el piso: Soledad (sobrina nieta, hija de Saúl) y Martín (sobrino nieto, hijo de Saúl).

LAS REUNIONES FAMILIARES

Pieza fundamental de la cohesión familiar, lugar de encuentro anhelado, escenario de anécdotas y relatos repetidos, que por repetidos no pierden el sabor, al contrario muchas veces solicitados. Ocasión inmejorable para ver sonrisas no forzadas, espontáneas y por supuesto las fotos, arduo trabajo para reunirlos a todos, que con el paso de los años crecen en importancia, las que subsisten en el tiempo se transforman en hitos familiares irremplazables, instante glorioso que preserva la juventud y el recuerdo vivido de los que ya no están. Las hubo y las habrá mientras haya una excusa que festejar.

FINAL

Bueno, aquí termino la cosa... o no, este tipo de relatos puede sufrir modificaciones, debido a nuevos datos que vayan apareciendo en la “búsqueda infinita”, como me gusta llamarla. En algún lugar he leído, que cualquier historia está escrita, solo hace falta encontrar los datos entre los millones de papeles y fotografías que se hallan guardados en archivos de todo tipo, bibliotecas, casas de familia y unirlos convenientemente. Este relato tendría otra dimensión si lo hubiera escrito antes de mi viaje a España el año pasado (en 2017), mi recorrida [sic] por los archivos y pueblos de mis antepasados, cambió mi forma de ver las cosas. Medio en serio medio en broma, hablando con los dueños de la única posada que existe en Salientes, les dije que si accedía a los libros parroquiales y del registro civil por un tiempo, haría el árbol genealógico del pueblo, porque llegué a la conclusión que los de ahí, somos todos parientes. Una sencilla placa en la entrada al cementerio de Salientes me conmovió, porque en pocas palabras resumió el drama vivido: “A TODOS LOS HIJOS DE ESTE PUEBLO QUE POR IMPOSICIÓN DEL DESTINO, DESCANSAN HOY LEJOS DEL SUELO NATAL”.



Placa a la entrada del cementerio de Salientes.

Miramar, Prov. de Buenos Aires (Argentina).
Agosto 2018.

De Autillo de Campos a Bolívar, una bala contra el olvido

Liliana E. Fuentes Astorga

“El patrimonio cultural inmaterial incluye prácticas y expresiones vivas, heredadas de nuestros antepasados, transmitidas a nuestros descendientes como: tradiciones orales, artes escénicas, usos sociales, actos festivos, conocimientos y prácticas, relativos a la naturaleza y el universo, saberes y técnicas, vinculados a la artesanía tradicional”¹.

La importancia del patrimonio cultural inmaterial no estriba tanto en la manifestación cultural, como en el acervo de conocimientos y técnicas, que se transmiten de generación en generación, y, dado que la lista de ámbitos no es excluyente, podría aplicarse a: juegos tradicionales, tradiciones culinarias, ganadería, peregrinaciones o lugares de memoria. Y, es por ello que los relatos de una familia palentina, con los testimonios orales y escritos de sus descendientes, que aún viven en la ciudad de Bolívar, han hecho posible que quienes tuvieron que lanzarse a una nueva vida, no quedaran en el olvido.

Desde el siglo XVI, América fue la tierra de las oportunidades para millones de europeos, que se veían obligados a abandonar sus familias y sus lugares de origen. Es a partir de 1840 cuando comienza un nuevo flujo migratorio, de características y circunstancias distintas a las del período colonial que se extendió hasta la primera mitad del siglo XX, y que incluyó a unos cincuenta millones de europeos. Eran emigrantes anónimos; hombres y mujeres que abandonaron su tierra para

¹ Convención de la UNESCO para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial, adoptada por la Conferencia General de la Organización en su 32^o reunión, en octubre de 2003. Entró en vigor el 20 de abril de 2006. (N.A.)

buscar, más allá del Atlántico, una vida de trabajo y prosperidad. El escritor Ariel Dorfman, señalaba:

“Con el tiempo empecé, a darme cuenta de que las pequeñas historias personales sí importan (...) Ante la fiebre consumista, que es marca de una época, hay que defender cosas esenciales como recuperar la pequeña historia de personas y lugares. Es una forma de luchar contra el dolor que dejan los exilios y las migraciones”².

Pablo Asensio, hijo de don Mariano Asensio Vargas y de doña Regina Castro Álvarez se casó en Autillo de Campos, provincia de Palencia, el 26 de septiembre de 1908, con Damiana Cermeño, hija de don Tomás Cermeño y de doña María Herrador. Vivieron en la casa familiar de la calle Ronda N° 12. Allí, nació el primer hijo, Benito, el 21 de marzo de 1910. Los tres emprendieron el viaje en barco a la Argentina, motivados por aspiraciones de ascenso económico y social, como sucedía en la mayoría de los casos³.



Autillo de Campos, Palencia. Casa de la familia Cermeño Asensio.

Realizaron la travesía con la familia de don Juan Santos, quien muchos años más tarde llegó a ser presidente de la Cooperativa Agropecuaria de Bolívar, y volvieron a encontrarse con sus familias transcurridos algunos años.

Durante el viaje Pablo cuidó al pequeño Benito pues la madre, como tantas otras, pasó en cama enferma por efectos de la marea. Hicieron escala en Brasil. “Desde la cubierta –relata uno

de sus nietos–, los pasajeros tiraban monedas a los niños que acudían a los puertos para bucear y recoger con los dientes lo que podían...”.

² Cita posiblemente tomada de *Memorias del desierto* (Barcelona: RBA, 2004). (N.E.)

³ La autora incluye en el relato algunas fotografías familiares más aparte de las aquí reproducidas, pero la calidad de las imágenes no es suficiente para su publicación. (N.E.)

Damiana ya tenía familia esperándola en la Argentina: una hermana en Luján, otra en Trenque Lauquen. En este sentido, expresa C. Yáñez Navarro:

“Las relaciones familiares o de paisanaje, ofrecían la posibilidad de rebajar los costes de traslado, y, mediante la actuación de las redes migratorias, permitían reducir los riesgos e incertidumbres de la emigración. A través de las cadenas, el emigrante accedía a su primer trabajo, a la vivienda, a la información necesaria para moverse con posibilidades de éxito en el nuevo continente”⁴.

En un principio, se instalaron en Villa Maza, Partido de Adolfo Alsina. Antes de la llegada del ferrocarril, ese lugar era conocido como Palomita Blanca. Poblado por grupos de indios más o menos pacíficos, que se fueron incorporando al trabajo, en estancias, y modificando sus costumbres de pobladores nómadas para integrarse con los descendientes de inmigrantes, de familias mestizas.

Es importante recordar que en 1881, el Dr. J. J. Romero, ministro del presidente Julio A. Roca, le entregó al señor Saturnino E. Unzué, propietario del campo Salliqueló, un lote de 10.000 hectáreas, correspondiente a la subdivisión de tierras ganadas al indígena. Este hecho se repitió en gran parte de la Provincia de Buenos Aires y generó una inmensa demanda de mano de obra rural.

Más tarde, la familia de don Pablo Asensio se trasladó a Yutuyaco, una estación del Ferrocarril Domingo Faustino Sarmiento, de la red homónima, en el ramal que une la Estación Rivera y la ciudad de Salliqueló, del mismo partido, donde habitaba una familia conocida.

Zona de raíces bien indígenas, actualmente de campos cultivados de soja o maíz, Yutuyaco significa “aguada de la perdiz” y su modesta estación de tren, de un sólo andén, es hoy una vivienda rural a la vera de trenes de carga.

⁴ Creemos que la cita está posiblemente tomada de: YÁÑEZ GALLARDO, César. *La emigración española a América (siglos XIX y XX)*. Colombes: Fundación Archivo de Indios, 1994. (N.E.)

Al comienzo, las condiciones de vida de los jornaleros rurales fueron muy duras, con graves dificultades económicas y claras señales de inestabilidad. Para construir este paisaje familiar, cuento con la memoria de doña Carmen Asensio de Sardiña, su vida como testimonio, y la de sus hijos: Adalberto y Edgardo.

La memoria es individual, está centrada en el yo... Don Pablo Asensio era muy serio, buena persona, y, como muchos inmigrantes castellano-leoneses, logró consolidar un espacio laboral en el ámbito rural. En Yutuyaco nació la mayoría de los hijos; en total una docena: Benito,



El grupo familiar.

Secundino, Regina, María Encarnación, Julia, Ángel, Florencia, Pablo, Mariano, Damiana, Carmen y Tomás Miguel. Carmen nació el 20 de marzo de 1928.

Recuerda que la mesa era muy larga y, para las comidas, se sentaban seis a cada lado, y los padres a la cabecera. Previo a instalarse definitivamente en Bolívar, vivieron unos años en Rivera, Partido de Salliqueló. Los

mayores habían crecido y, allí, Secundino se casó con Delfina Rojas, hija de españoles también emigrados y conocidos. Su descendencia vive actualmente en la localidad de O'Higgins.

Los arrendatarios, que era el modo que tenían de mejorar, debieron soportar en muchos casos inseguridad hasta la década de 1940, cuando se procedió a la venta de las tierras, ante las presiones fiscales ejercidas por el Gobierno Nacional.

Al cabo de los años, el campo que daba trabajo a don Pablo se vendió y tuvo que trasladarse a la Colonia San Luis, en el Partido de Bolívar. Primero, se trasladó el padre con los hijos mayores, y la madre quedó con una comadre.

Recuerda Carmen que su madre bailaba la jota y, al finalizar las tareas de día, escuchaba un programa de radio titulado *Por los caminos de España*.

Con lo que pudo, don Pablo construyó la vivienda, casi siempre era un rancho de un cuerpo de madera, barro y paja con piso de tierra. Allí, todos los niños colaboraban en las tareas, que eran muy duras por falta de comodidades –limpiaban la entrada y lo dejaban bien impecable– dice Carmen. Y recuerda que un pariente los trasladó en auto de Yutuyaco al campo y pararon en la Laguna San Luis. Toda su vida transcurrió en esa estancia. Creen recordar los hijos de Carmen, que era propiedad de Sara Madero Unzué de Demaría Sala, y su administrador era don José Tinelli, abuelo del conductor de TV Marcelo Tinelli y de su hermano Emilio.

El dolor llegó muy pronto a la familia Asensio. Julia, casada con don Juan Iparraguirre, falleció a los 23 años de un derrame cerebral, a los dos meses de celebrarse su boda. Por esta pérdida, la madre quedó devastada y nunca se recuperó.

Como ha sucedido en tantas zonas rurales, por el desplazamiento poblacional hacia las ciudades, en la Colonia San Luis un día cerró el colegio y los jóvenes Asensio pasaron a la Escuela de Vallimanca. Para ello, se quedaban toda la semana con la familia Villamor, propietarios de la carnicería y muy amigos de don Pablo.

Pablo Asensio compró 1.200 hectáreas en el Paraje San Luis, y, más tarde, adquirió una casa señorial en Bolívar, en la calle Venezuela 339, donde el matrimonio vivió sus últimos días.

Esta familia fue la propietaria de la primera radio en el campo; iban los vecinos de la zona a escuchar. También fueron dueños del primer auto que, de algún modo, indicaba el ascenso socioeconómico conseguido en tantos años de trabajo. Concurrían a los bailes que se organizaban en Vallimanca y jugaban a la lotería con la familia Zabattoni.

A los 63 años, retirado ya en su casa de la ciudad, don Pablo Asensio sufrió un ataque cerebral y quedó postrado en una silla, cuidado y rodeado de su numerosa familia.

La propiedad familiar, en Bolívar, se encontraba próxima al Colegio de los Trinitarios. El Padre Francisco, que por entonces realizaba continuos viajes a España, les consiguió en su momento la documentación correspondiente, pues, según recuerdan sus nietos, estaban indocumentados. También, se interesó por la casa materna de Damiana, en Autillo de Campos, pero sin éxito, pues no le dieron información.

Doña Damiana Cermeño de Asensio sufría del hígado y falleció a los 79 años, por trastornos propios de su edad.

Quiero reconocer y agradecer a doña Carmen Asensio de Sardiña el tiempo que me dedicó, su gentileza y afecto al compartir recuerdos y emociones en su domicilio. A sus hijos, Adalberto y Edgardo, por su compromiso y responsabilidad en la difícil tarea de reunir testimonios de vida. Mi agradecimiento se extiende al resto de primos y descendientes que, de un modo u otro, colaboraron con datos o matices.

Un viaje con historia

María Paula Gallego Fernández y David Fernández Beades¹

Soy hija y nieta de zamoranos. Me crie yendo al *Centro Zamorano de Buenos Aires* desde que nací. Mis padres (que se conocieron y casaron allí) formaban parte del grupo de teatro del Centro y recuerdo todas las semanas tomarnos el colectivo 37 desde Lanús para ir a los ensayos. Íbamos los 5, mis dos hermanos mayores y yo. Los ensayos eran de noche, así que cuando llegaban las 22 horas me armaba con unas sillas una cama improvisada para poder dormir. Más tarde me cargaría mi papá a upa o con menos suerte, ya de más grande, me despertaban para ir nuevamente a la parada del 37. Cuando era chica tenía muy naturalizada la “cultura española”, en casa, en el *Zamorano*, en la casa de los tíos, se hablaba de España y de los inmigrantes, se comía paella, se halagaba el pulpo y el jamón crudo, se escuchaba música española y también la escuchaba muchas veces a mi mamá canturrear mientras lavaba ropa en el patio cosas que después aprendí eran coplas españolas. Yo en el colegio era la única hija de inmigrantes, y creo que esa “singularidad” la llevaba con bastante orgullo. Mi mamá es española, pero nunca tuvo acento, vino a los 2 años y comenzó a hablar ya en la Argentina. Mi tía, que llegó ya un poco más grande, tampoco conservaba muy claro el acento; en cambio, mi tío sí. Él sí hablaba “distinto”, se notaba su acento español, su C diferenciada de la S y de la Z, y a mí siempre me gustó escucharlo.

¹ Hay una parte del relato que, como indica la autora, es una transcripción de una conversación con David Fernández Beades. Para respetar al máximo el habla coloquial, y el espíritu y la carga emocional que se desprenden de ella, los editores han optado por modificar lo menos posible la transcripción original de la conversación. (N.E.)

Mi tío David tiene una discapacidad física: le falta un ojo. Lo perdió en un accidente en España. De esto me enteré un día, un domingo que habíamos ido a pasear con toda la familia a Chascomús. El tío sacó una foto y claro, miró al objetivo con el ojo que veía y el otro le quedó fijo. Y yo quedé medio espantada y le grité (con mis impunes siete años): “¡Ay tío qué impresión, mové ese ojo!”. Hubo risas nerviosas y me hicieron callar. Más tarde mi mamá me explicaría lo del accidente del tío. Yo no sé si fue por eso, o por muchas cosas más que han pasado en la familia, pero siempre tuve cierta predilección por ese tío, el más grande, el más alto, el más canoso. El que vivía justo arriba de mi abuelo con el que compartí solo mis primeros 3 años de vida. La cuestión es que siguió pasando el tiempo y mi tío fue siendo referencia en muchas cosas. Entonces disfrutaba yendo a visitarlo, me gustaba escucharlo, ya no solo por su acento sino por sus palabras. Me contaba muchas veces historias de la familia, de su vida en España, del abuelo, de los inicios acá en la Argentina.

Mi abuelo, Moisés Fernández, era de San Cristóbal, un pueblo del partido de Aliste, Zamora, y en 1928, con 28 años, decidió venir a Buenos Aires. Eran 6 hermanos y había uno, Bernardo, que ya había cruzado el océano; más tarde lo haría otro de los hermanos, Valentín, un fraile que se radicó en Rosario, Provincia de Santa Fe del que no se supo mucho más. Mi abuelo Moisés parece que ya viajó con mi abuela Luisa en el barco, que se conocían del pueblo (ella era de San Vitero), pero recién llegados a la Argentina se pusieron de novios y en 1933 se casaron en la Catedral de San Isidro en el norte de Buenos Aires. Comenzaron a trabajar ambos en casas de familia y recién casados reciben la noticia de que el papá de mi abuela se había enfermado. Como eran jóvenes y aún no tenían hijos deciden volver a España ya que en el pueblo había quedado sola la madre y un hermano menor de Luisa. Cuando llegaron su papá ya había fallecido y como al poco tiempo comenzó la guerra civil española cuando quisieron volver a salir del país ya no pudieron hacerlo. Intentaron irse por Portugal, sabiendo que muchos habían podido salir desde allí, pero ya era tarde. Así que conformaron su familia en San Vitero y vivieron la guerra y posguerra pasando muchas necesidades.

Tuvieron 6 hijos, pero mi mamá me cuenta que la abuela siempre decía que sólo tuvo vivos a 3 en forma simultánea. Los otros 3 fueron muriendo, uno “en el parto”; otro de tos convulsa y otro en un accidente doméstico se quemó en la cocina. Recién en 1949 pudieron volver a Buenos Aires con sus 3 hijos, David, Rosa y Paulina, y tampoco fue fácil el regreso.

Un día le pedí a mi tío David que me contase el viaje en barco y grabé la conversación, en el afán de querer resguardar lo más fiel posible aquél relato lo transcribo²:

En el año 1948, don Moisés Fernández y doña Luisa Beades, deciden salir de San Vitero, de Zamora, España, debido a las necesidades, a la miseria, que se vivía en aquel momento, deciden salir de España con dirección a Argentina, debido a que ya doña Luisa tenía un hermano en la Argentina: David Beades. La decisión, lógicamente no fue fácil porque, arrastrar una familia con pequeños, eran 3 en ese momento y los dos padres: 5, no era fácil dado los momentos económicos que teníamos. Además del tema económico, estaba lo legal. Era muy difícil que te aprobaran, porque había que solicitarlo. Si te querías venir acá, había que ir al consulado y los consulados estaban en Vigo. Entonces en aquellos tiempos trasladarse desde Zamora hasta Vigo era una odisea, había que hacer trasbordo de trenes y de otras cosas y el viaje resultaba imposible, pero había que hacerlo porque había que realizar trámites en el consulado para que la reclamación que hacía el hermano de doña Luisa tuviera sus efectos normales, pero todo eso tenía sus costos y sus inconvenientes. Eran momentos en que toda la gente quería salir de España debido a lo mal que se estaba pasando, después de una guerra civil del año 1936 a 1939, tras llovido mojado vino la segunda guerra mundial, España tenía que pagar favores a los países que la habían ayudado y prácticamente todo era contrabando. A ti te sobraba porque eras una familia, por ahí no tenías hijos y te sobraba un saco de trigo y no eras dueño de venderlo porque si lo vendías estabas

² A partir de aquí la voz de mi tío David aparecerá en cursiva para distinguirla de mis intervenciones. (N.A.)

haciendo contrabando y te agarraban y te sacaban el saco de trigo a ti, te cobraban una multa a ti y al otro que lo compró. Eso lo he vivido, lo he visto y lo he vivido yo con mis padres.

Bueno, he aquí que deciden venirse para Argentina, los trámites comienzan y el que más problemas tenía era el hijo mayor, David, o sea yo, que tenía un problema físico que era la visión de un ojo que no tenía visibilidad. Entonces a raíz de eso le ponían obstáculos de toda índole. A raíz de eso el abuelo Moisés tenía que viajar con el susodicho (risa) que sería yo a Vigo, un par de veces, no sé cuántas, no sé si era para que me vieran si era una enfermedad infecciosa, o no sé, eran requisitos muy jodidos.

- ¿Vos no te acordás si te llevaban a un médico o algo?

Tanto como eso no sé pero que yo tenía que hacer acto de presentación sí. Y bueno, entonces todos esos cablegramas que se llamaban entonces cablegramas y bueno llegó el momento, que un día un trámite hoy, mañana otro, no es que yo viajara todos los días porque era imposible, pero bueno, yo personalmente viajé dos veces y el abuelo tuvo que viajar alguna vez más. He aquí que se puso un gestor, ya desde aquella época existían los gestores, que le cobró un jamón, para que algún trámite lo agilizara mejor o se le dejaba un poder para que él pudiera pedir si faltaba alguna cosa a Argentina, y todo ese tipo de cosas.

En uno de esos viajes que viajó conmigo, que ya te digo no eran tantos. Como te decía el viaje no era nada cómodo. Había que hacer trenes en Monforte, una estación que se llamaba Monforte. O sea que desde San Vitero se tomaba un colectivo hasta Zamora y en Zamora salía el tren hasta Monforte. En Monforte había que bajarse y hacer cambio al otro tren, o hacer la combinación para el tren que iba a Vigo. Tanto de ida como de regreso. He aquí que en un viaje, vísperas de Navidad del año 48, el abuelo venía conmigo en el tren y en Monforte había que hacer el trasbordo, el abuelo conmigo hizo el trasbordo correspondiente y el abuelo fue a hacer unas compritas para el resto del viaje que todavía era bastante largo, alguna vianda. He aquí que yo me quedé en el tren solo y el abuelo se fue a hacer las compras que digo. En ese ínterin muy cortito viene un guarda muy prepotente y muy qué sé yo, y me

dice “debajo de este vagón, abajo, hay que dejarlo porque este vagón está recalentado, no puede viajar más”. Yo tenía 11 años, nunca había salido de la cáscara del huevo como se dice, pero me guiaba por dos mujeres que yo sabía venían para el lado de Zamora. Las seguí pero yo no decía nada porque uno es cohibido, no decía nada calladito la boca a ver si encima me retaban. Ahí me arrinconé en un rinconcito.

- ¿En la estación te quedaste?

No, no, en otro vagón. Me llevaron para otro vagón que era el que iba a seguir. Cuando viene mi padre va a ese vagón, no estaba, él estaba preocupado, y qué sé yo y qué sé cuánto... Mi padre se puso loco, lógicamente, a buscarme para acá y para allá. He aquí que parece que con otro señor, no sé cómo me empezaron a buscar y recorrieron el tren de punta a punta, en el que yo estaba, en el tren en que yo estaba, pero no sé si pasó el otro señor o qué sé yo, a mí no me vieron. Pero ¿qué pasó? Cuando el tren arrancó, porque el tren iba de Monforte rumbo a Zamora, yo lo veo a mi padre en la próxima estación y estaba parado en esa estación.

- ¿Y te bajaste?

¡Qué me voy a bajar! Si ya el tren estaba caminando. Cuando ya había arrancado el tren y se escuchaba papapapapa, miro en la estación y estaba el abuelo

- ¿Y ahí no hablaste igual?

¿Y a quién le iba a hablar? A las mujeres esas no le hablaba yo. Esa cohibición que uno tiene, corto.

- ¿Y qué hiciste?

Nada, el tren seguía, lloraba cuando podía, cuando me cansaba paraba y... en poco tiempo, 2 horas, 3 vino un guarda del tren y me dice “¿usted cómo se llama?”. Y yo dije “chau ahora preso acá”. Le dije el nombre, el apellido y me dijo “bueno, venga acá”. Qué pasó, mi padre fue donde corresponde ahí a la estación e hizo la denuncia. Entonces mandaron creo que se decía cablegrama el sistema morse vos que estudiaste, no me digas cómo era pero yo sé que se mandaban a todas las estaciones, a todas las terminales, que había un chico así perdido, extraviado. Me dice el guarda “venga acompañeme”. Dónde me llevará

decía yo. Yo ya vi que por lo menos, algo respiraba hondo, yo ya viste. Me llevó para la cabina del tren del que manejaba. Entonces yo no sé cómo había quedado mi padre que quedó en bajarse en otra estación que era muy nombrada y ahora en este momento no me acuerdo, porque ahí había que hacer otra combinación para Zamora porque ese tren no iba. Entonces mi padre con ese cablegrama había quedado que yo me bajara en otra estación, ah, ahora me sale: Astorga, Astorga es de León. Entonces me dijeron usted espérela acá que en el próximo expreso que venía no sé de dónde iba a venir el abuelo a buscarme. En la estación de Astorga, me dejó ahí y le dijo al guarda que vendía boletos, me dejó en la estación. Y hacía frío. Pero lo que yo traía era la comida, traía un gazpacho en un canasto como de paja, como cuando vas de pícnic, pero que iba a tener ganas de comer, nada. Y ahí me senté viste en los caños, te das cuenta en los caños de estación, a las 3 o 4 de la mañana iba a venir el expreso no sé cuánto...

- ¿Y cuántas horas tuviste que esperar eso?

Y eso me dejaron como a las 10 de la noche hasta las 3, 4 de la mañana, imagínate.

- ¿Solo?

En la ventanilla como que estaba allá un hombre que aparentemente me vigilaba. Y te voy a contar esto porque como dice el dicho “cuando uno está de malas hasta los perros lo mean”, no. Vos fijate lo que me pasó. No estoy yo acurrucadito ahí como medio un pobrecito y en Astorga parece que le había tocado la lotería como un décimo, qué sé yo, de la Nochebuena y venían 3 o 4 con un pedo, una mamura y un hijo de puta se ve que no me vio y no va y me vomita encima mío.

- Nooooo, nono...

Vos pensarás que yo te estoy... me quería morir... si fueran estos tiempos yo quizás protestaba pero ellos siguieron su fiesta. Eran 4 o 5, 3 o 4, no me acuerdo cuántos siguieron ahí también y me dejó todo vomitado y el abuelo te digo en vez de venir a las 3 vinieron y me dijeron no, no pudo venir en este pero viene en el otro. Me contaba después el abuelo, que fue a agarrar el tren y porque no sé qué le faltaba no lo dejaron agarrar ese tren tampoco, no sé qué le faltaba un pelito al boleto,

tenía toda la mierda pero no lo dejaron tomar ese tren porque no sé. Otra vez, otra combinación, no sé cómo era la cosa, la cosa es que bueno.

- ¿Y el otro tren a qué hora venía?

Y tardó como 4 horas más creo que medio amaneciendo.

- ¿Y cuándo lo viste al abuelo no lo podías creer?

Y cuando lo vi al abuelo no lo podía creer. Y bueno de ahí se hizo el día y no podíamos continuar viaje porque no había medios porque los trenes ya te digo salían hoy a las 8 de la mañana y hasta mañana o pasado, olvídate, no había micros.

- Y ahí no había teléfonos para avisarle a la abuela ni nada

El celular no estaba...

Nos tuvimos que quedar un día, fue la primera vez que yo, ya había dormido porque ya habíamos ido a Vigo y cuando íbamos a hacer los trámites estábamos en una pensión que se llamaba "El tío Bernardo" en la calle Lepanto número 19, todavía me acuerdo, en Vigo.

- ¿Existe algo de eso todavía?

No fui cuando fui a Vigo, si la calle Lepanto existe era a la salida de la estación, bajaba una calle para abajo y esta subía para arriba. Bueno hicimos noche ahí en Astorga y creo que era la primera noche que yo dormí, eran esos colchones imperiales, me parecía... Y la compañía del viejo y qué sé yo... más imperial que nada... llegamos a buen término y llegamos a casa, esa parte como que culminaría. Ese capítulo digamos...

Después viene el capítulo ya definitivo. Ya se habían aprobado todos los requisitos para viajar. El día tanto salía el barco, tenías que ir con una fecha de 3 o 4 días antes para prepararte y qué sé yo... todo eso lleva un proceso también bastante complicado porque cuando vos tenés que deshacerte de una casa siempre hay gente aprovechada como saben que vos te vas y que esto no lo podés llevar y tenés venderlo. Te digo desde una vaca hasta el yugo, los cornales, entonces la gente si vale 10 te ofrece 4 y cuando le das 4 las vas a cobrar y te dice ¡uy! pero hoy no los tengo todavía, bueno es otro, otro capítulo que merece también como un punto especial. Los abuelos estaban decididos a todo así

que ya remataron lo que pudieron, por eso muchas veces te comentaba, no sé si a vos, que tu bisabuelo era traductor y regla de comedia, tenía muchas comedias escritas hasta por él, pero no las podía traer, mi papá no las podía traer, no se podía traer todo, así que siempre quedan, muchas cosas, mucho recuerdos quedan en el vacío, no. Y bueno, y ahí vinimos con un camión, porque las cosas eran muchas, los baúles, 5 de familia, todos en un camión, en micro no podés venir con todo eso. Y bueno la tristeza de lo que uno deja atrás.

- Vos eras el más grande, el que más te dabas cuenta de todo.

(Se emociona) *Exacto, pasamos momentos muy feos, muy feos.*

- No te quiero poner mal tío.

No, no, me pongo mal porque lo vivo. Bueno llegamos a Zamora, todo bien, todo qué sé yo, tomamos el tren para Vigo. En ese entonces se usaba mucho el baúl que le decían, con todos esos baúles llegamos a Vigo con 5 días de anticipación para tomar el barco, cuando mi papá empieza con los trámites y ahí viene otro problema y grande. Nosotros parábamos en el hotel ese en la pensión que te dije allá del tío Bernardo, salía el barco a los 5 días, cuando vamos a los 5 días con todos los papeletos al barco qué sé yo.

- ¿Ya iban a embarcar?

Ya íbamos a embarcar, pero tenés que ir a confirmar al consulado, yo no lo hacía los trámites pero me imagino que eran trámites de rigor como es ahora. Cuando fue mi padre allá, 'rechazado' porque le faltaba la 'pestaña del orangután', otra vez cablegrama, no es como ahora que hablás por teléfono, cablegrama del consulado para acá también para mandar un papelucho que dijera que acá no llovía, bah, porque ellos como eran el consulado sino se tenían que hacer cargo de nuestra familia, un montón de cosas. Bueno, llegó el día de embarcarse. Luisa, Moisés y familia no pudieron embarcar y había un barco cada dos semanas o creo que todas las semanas venía un barco. Mis padres qué hicieron, a buscar, todavía me acuerdo del nombre del gestor, Honorato se llamaba el hijo de una gran puta, que le habían dado un jamón.

- No le hacía honor al nombre.

No, no le hacía honor al nombre. Fueron para encontrar a Honorato y Honorato estaba en Bilbao, estaba en la luna, a la otra semana fueron a buscar otra vez a Honorato y Honorato no estaba, porque ya uno venía con la orden de Honorato que estaba todo listo para embarcar, el nombre del barco, todo, no se pudo, al próximo. Y como Honorato no aparecía para que moviera los papeles que él sabía mejor. Llegó el día del segundo barco, y se fue el segundo barco y nada, entonces al abuelo ya le entró la desesperación porque volver no podía, no había vacas, no había casa, no había yugo, no había nada, volver para atrás no se podía volver, dinero no había para seguir pagando una pensión. Tuvimos que, tuvo el abuelo que cambiarse de esa pensión que era dentro de todo una pensión tipo hotelito y buscarse una pieza, un inquilinato, más económica y buscarse un trabajo el abuelo porque ya no había para comer, no esperarían hasta el último día, pero viste vos te das cuenta... Bueno, llegó el tercer barco y en ese si ya estaba todo arreglado y ya claro, los pobres viejos estaban desesperados porque ya no creían en nada y tras llovido mojado, tu vieja al pasarse los días cumplió años, pero eso no llegó ahí en esos momentos. Vos sabés que eso lo tengo ahí no se me vuelve a olvidar jamás, jamás. El barco salía a las 5 de la tarde, el tercero, era la una y el abuelo que se había ido a buscar los pasajes no venía y no venía, ya uno estaba decepcionado, yo en este caso no porque no llegaba a comprender la dimensión de las cosas no, pero ya mi mamá... a la 1 vino el abuelo con todo firmado. Los pobres viejos tenían algunos pesitos que tenían, pero tenían que ir a comprar unos trapitos para nosotros o algo porque se ve que no teníamos y llovía, llovía, ese día caían cántaros, a baldazos de agua. Bueno y ahí fuimos con la pobre vieja que no sé dónde nos llevaría a comprar unos trapitos y eran las 4 y media de la tarde y estábamos arriba del barco. Y ahí yo creo que ya uno respiró más hondo.

- ¿En ese tiempo de espera a vos te habían hecho volver al médico o era todo tramiterío?

No porque ya habían, yo no te sé explicar bien porque ese tema no lo manejaba pero no, eso como que lo dieron por aprobado, pero después siempre faltaba algo. Y bueno ahí embarcamos.

- ¿Y qué te acordás del barco?

Y ese es otro capítulo pero ya un poquito más, no tan mejor, pero no tan malo como el que te contaba. En el barco, te voy a explicar, eran barcos de guerra argentinos, me acuerdo los nombres y todo, el Tucumán, el Salta y no sé qué otro más. Nosotros vinimos en el Tucumán. El Tucumán tenía para que te des una idea dos camarotes, todo el barco, dos camarotes, de la mitad de esta mesa para allá iban todas las mujeres, casadas, solteras, viudas, todas las mujeres y del otro los varones, solo en el comedor se podían ver o en otras partes, se ponía uno en la puerta y a dormir las mujeres para acá y los hombres para allá. El problema es que una vez la abuela se había enfermado un poco, los mareos y qué sé yo y el abuelo no podía pasar a verla, te das cuenta qué problema, y bueno, yo del camarote no tenía mucho recuerdo porque prácticamente... te voy a contar, abajo al comedor no se podía bajar porque era nauseabundo, los comedores igual, los comedores ¿viste acá las obras cuando hacen las comidas qué se ponen? ¿Un tablón, no? Un tablón de mesa y otro tablón para sentarse. Como tenía el abuelo, abajo en la parra. Eso es lo que tenían los barcos, un tablón así y otro para sentarse, ni sillas ni nada, y ahí se ponía la sopa, cuando venía la sopa y el barco se movía a la mierda con la sopa, un olor... Entonces nosotros prácticamente nos la pasábamos arriba del barco, en la popa o proa como se dice, arriba al aire libre. Y los abuelos habían llevado, me acuerdo, 16 latas de sardinas, entonces nosotros por día comíamos una latita de sardinas, una latita, eh, algo por ahí se iba a “pescar” el postre, pero comer no se podía comer ahí, aparte que devolvías todo por los mareos, muy mal, muy mal estaba.

- ¿Venían con alguien conocido?

Sí, sí, con un matrimonio, uno de ellos vive, tiene 97 años, pero de pura casualidad veníamos con ellos, venían con una chiquita que había que cuidarla porque se metía por los ojos de buey, un desastre era, era un peligro. Y el barco, te digo en el barco no la pasamos ni bien ni mal, más bien mal porque mucho mareo; se movía mucho, eso era desastroso. Acá hay un golfo que se llama de Santa Catalina, para llegar acá al país, está ahí frente al río, no sé, uy, golfo Santa Catalina, uf, pasar eso... pero

- ¿Vos qué te acordás que pensabas ahí en el barco? ¿Querías llegar acá?

Yo ya adentro del barco como venía con la familia yo ahí ya no pensé tanto, sufría cuando dejaba aquellos recuerdos y eso, pero después ya ahí arriba era como que empezaba a ver otra película, ya era como que empezabas a ver cómo será la próxima película, aquello era lo que ya viste, ya la dejaste de lado, venía la película que ibas a ver que la anuncian la próxima película y ansioso por ver cómo es esa película, querés ver a dónde vas. De dónde venimos pero adónde vas.

- ¿Tenías alguna idea de adónde venías?

Los abuelos nos decían que por ejemplo el asunto comida y todo eso iba a estar bien, y era la pura verdad. Porque comer carne, como te decía yo, en aquellos tiempos, en San Vitero era como si un obrero tuviera que comer pulpo español ahora, comer carne allá en aquella época no se podía, un guisito con algunas patatas o frijoles, o muelas o garbanzos, lo que fuera, pero carne, lo que se dice carne no, eso era inalcanzable. Y bueno, ya te digo, el barco lo pasé ni bien ni mal, más mal por mareado. La comida uno no viene acostumbrado a esas cosas y era mala, y era mala porque era mala, el pasajero era pasajero de cuarta porque no había de quinta y lo que le daban, te daban si vino y ese tipo de cosas te daban todo lo que querías, pero no...

- ¿No hacían nada arriba del barco?

Nada, nada ¿qué iba a hacer? Estaba por ahí con alguno, charlabo con el otro.

- ¿No había ni música ni nada ahí?

¡Sí! Yo le contaba a tu papá que había un tango en 78 tenían dos canciones, dos tangos, terminaba de un lado, lo daban vuelta para el otro. Toda la música que había era esa.

- ¿Y te acordás qué tango?

Es uno que dice, tu papá sabe, pero yo el título del tango no lo sé, es uno que dice algo así: “si para tu bien te fuiste, para tu bien, te tengo que perdonar” y no me acuerdo más la letra, pero es así, y ponían ese todos los días, como TN viste (risas) y del otro lado no me acuerdo, el otro sí que no me acuerdo.

- Y nunca habías escuchado vos un tango.

No, no, nunca. Yo no había escuchado nada, no sabía ni lo que era un tocadiscos. No teníamos ni luz, ni agua corriente, ni comida, ni nada. Sobre todo vos, imagínate, lo que acá un día sin luz. Y yo que me pasó el otro día estuvimos sin luz y me acuerdo de eso.

- ¿Cuándo llegó el barco? ¿Qué recuerdo tenés de eso?

Ya cuando llegó el barco lindo recuerdo, muy lindo recuerdo porque nos estaba esperando el tío David, muchos paisanos, nos vino a esperar también para traer Máximo García porque él estaba en una posición económica para esos tiempos bastante buena y tenían su camión. Porque él tenía un reparto de galletitas que se repartían en cajas de lata y él era del mismo pueblito que nosotros, debía ser primo primero o segundo de tu bisabuelo Pablo. Una vez le dije ey, Máximo ¿no es así? ¡Hombre! Pablo Beades García.

- ¿Y cómo se enteraban ellos que ustedes finalmente llegaban en ese barco?

Por ese entonces se escribían cartas o se mandaría un cablegrama porque ya en el barco se sabe por la administración general de puertos quién había embarcado por la compañía Doderó, porque todos estos barcos pertenecían a la compañía Doderó, tendrían su lista de pasajeros cuando embarcan. Eso se sabe cuándo embarcaron a través de los cables de antes, no sé... y de ahí ya se conocían, mis padres se conocían también con los padres de Abelino y don Marcelino y don Eusebio y toda esa gente tenían un hotel, que todavía existe hoy, el "Hotel Bouchard", un hotel por horas, viste el Luna Park, bueno por la calle Bouchard hay un hotel por horas ahí entre Viamonte y Tucumán, bueno nos llevaron ahí, 3 de diciembre, un calor hacía cuando desembarcamos y nos convidaron con una cerveza. Antes de llevarnos para casa, la tía Inés y todos se habían quedado para hacer la cena y de ahí nos fuimos directamente a Olivos a vivir ahí. La gente que se quedaba en el Hotel de Inmigrante era gente que se embarcaba porque venía pedida por alguna gente del interior y por ahí esa gente no había llegado a buscarla todavía o se había retrasado o perdido.

Acá en la entrada tuve como un poquito, otro tropiezo, pero como cuando tropezás y no te caés, revisaron la papelería de nuevo, me dejaron un poquito ahí al costado y revisaron a ver cómo era el asunto, cómo había pasado, el fuerte mío era por mi culpa, te revisaban todo, te encontraban algo y no podías viajar como tipo Hitler que te rechazaba porque no era perfecto, una cosa así...

La estancia en la Argentina no fue fácil, al principio, tampoco, pero eso merece otra charla con mi tío.

Biografía de un raro palentino

Francisco Rafael Hermoso

Para mostrar que cumplo con las condiciones exigidas y explicar el título, afirmo que soy hijo de un hombre nacido dentro de una familia medianamente acomodada en un pequeño pueblo llamado Boadilla de Rioseco de la provincia de Palencia, pero yo he nacido en Filipinas, donde había ido mi padre a probar fortuna. Por el otro lado, mi madre, reconocida como española, era también nacida en Manila. Sus padres, mis abuelos maternos, –vasco él y castellana ella– habían viajado al archipiélago filipino al empezar el siglo XX para buscar mejor vida. Las leyes del lugar permitían la adopción de la ciudadanía de los progenitores. Por tal razón, a pesar de haber nacido yo el 3 de octubre de 1941 en Manila, Filipinas, que a la sazón era una colonia norteamericana, se me inscribió como español auténtico. Pocos días después de los dos meses de mi nacimiento, se inició la gran guerra del Pacífico entre Japón y los aliados. Los japoneses invadieron las islas y las controlaron por más de dos años, hasta el regreso de la armada americana con el general MacArthur y su famoso “volveremos”.

Me contaron mis padres que la guerra mostró su feroz cara durante los dos extremos: en su inicio, al invadir los japoneses las islas, y en el final, cuando los americanos recuperaron Manila. En esos dos momentos la muerte sobrevoló sobre nosotros en los bombardeos y el tartamudeo y siseo de las armas de fuego. Pero durante el lapso de la ocupación japonesa, la tragedia de la guerra fue aminorada para nuestra familia porque no se la consideró enemiga, ya que España era neutral en el conflicto bélico. Además, mi padre tenía conocimiento y trató con varios circuitos relativos a la alimentación –tema muy importante en estos casos– por lo que los japoneses le respetaron. También eso le permitió ayudar a muchos compatriotas durante la ocupación, por lo que



Frente de nuestra casa en Manila.



Mi padre, la aya china y dos hermanos. Posiblemente yo sea el niño que tiene en brazos la mujer.

luego le fuera entregada una distinción por el gobierno español. Además posibilitó que vinieran varios hermanos detrás de mí, hasta los siete que completan la familia.

Luego de finalizada la lucha, con una Manila casi destruada por el esfuerzo bélico de la recuperación, para muchos españoles fue imperioso emigrar nuevamente. Porque, además de los inconvenientes de la reconstrucción, en el archipiélago en esos días se alzaron fuertes y airadas voces reclamando la independencia filipina y se llegaba a pedir la expulsión de los blancos. Para colmo, eran los años posteriores a 1943 y nuestra Patria estaba sumida en una gran pobreza. Por ello, aunque el gobierno español envió un barco para repatriar a los españoles que desearan volver a la Península y mis progenitores eran del mismo color del gobierno del momento, mi padre optó por viajar él solo a la Argentina, el país que se mostraba como el más promisorio del mundo, con el idioma español como otra ventaja. Hemos podido inferir que llegó a Buenos Aires en el 1945, en unos años de gran actividad y cambios políticos en esta tierra sudamericana.

Mi madre y todos los niños llegamos a España en el barco que había fletado Franco y fuimos ayudados por el gobierno y los familiares de mi padre, repartiéndonos entre Madrid, Zaragoza y Boadilla de Rioseco. A mí me tocó vivir con mi madre en la capital junto a otros dos hermanos y cursé hasta el primer año de la escuela primaria, ya que luego viajamos a Buenos Aires para reunirnos con nuestro padre, lo que ocurrió en el año 1948. De ahí en más he morado en Buenos Aires. Aquí estudié, me casé en el '65, me gradué de ingeniero en el '68, tuve dos hijos, Pablo y Diego, -nacidos en los '67 y '70 respectivamente-, trabajé disfrutando mi profesión y, desde el 2006, estoy jubilado. Claramente: he desarrollado mi vida casi como un argentino nativo.

Pero quiero que se preste atención al primer período de mi vida. Hasta salir de Manila hacia Madrid, cuando yo tenía entre dos y tres años, conviví con yayas chinas e idiomas como el tagalo y el inglés. En España se me imponen



Los tres hermanos que estuvimos instalados en Madrid.



La mujer de la derecha es mi madre. Yo soy el varoncito mayor.



La familia en pleno al poco tiempo de llegar a Buenos Aires El niño de las orejas prominentes soy yo.

luego distintos modismos, costumbres y el tuteo; a la vez, se me inoculan otras esencias de la raza española sin yo percibirlo. Más tarde, a mis siete años y en la Argentina, aparece otro hablar, con una acentuación distinta y con el “che” característico. Pero esta última etapa dura casi setenta años frente a los cortos lapsos anteriores. Por eso siempre me he

preguntado por qué siendo tan argentino, al que le gusta el tango y demás características de este país, me siento español y profundamente unido a España. Sobre este tema quiero hablar ahora, porque lo considero más interesante que la simple numeración de fechas y lugares que cumplen con una biografía pero no dejan de ser circunstanciales. Sobre la primera etapa de mi vida, especialmente la referida a Manila, no tengo recuerdos válidos por mi corta edad; solo puedo apoyarme en los de mis hermanas mayores. Y, a pesar que mi madre mantuvo alguna relación con la Delegación Filipina en Buenos Aires, nunca ha pasado por mi mente que tengo algo de ese país. Sin embargo, por lo raro que le resultaba a la gente, utilicé el hecho de haber nacido en Manila para que todos me miraran con más curiosidad; me mostraba así como un espécimen anómalo, distinto, que llamaba a la atención.

La estadía en España dio lugar a los primeros recuerdos: la pequeña plaza de la Marina Española en Madrid y algunos aromas de Boadilla, pero muy poca cosa, nada que considerara importante. Pero algo me habían entregado mis padres en esos años porque yo me fui preparando para ser el caballero español que siempre deseé que vieran en mí. Eso es algo que no tenía claro en esos días y ahora creo comprender:

La fuerza de la sangre es muy fuerte, se encuentra en los vericuetos de nuestra mente –o alma– y finalmente aparece; que vivimos rodeados de fragmentos del pasado, de muchas memorias de hombres que han vivido antes. Lo percibimos, mis hijos y yo, cuando visitamos Boadilla por primera vez: sentimos que ya habíamos estado allí antes, reconociendo algunos aromas y calles; que los abuelos habían dejado algo en el pueblo que ahora se nos impregnaba; que podíamos escuchar sus viejos pasos sonando como susurros de las vidas pasadas; que era como caminar del brazo con todos ellos. Hasta nos pareció sentir que también se emocionaban al mirarnos y escudriñar, orgullosos, la prosecución de su sangre española. En Pablo fue todo tan fuertemente sentido que le impulsó a escribir un poema que hablaba de nuestro pequeño pueblo palentino.

Ahora sigamos con mi historia. En mis años de adolescencia y primera juventud, tan llenas de las nuevas sensaciones que aparecen en

la vida, poco pude analizar sobre la esencia de mi tierra. Esas disquisiciones no pueden competir contra las pulsiones juveniles: las niñas, los estudios, los amigos, la juerga, los deportes y los bailes. Sin embargo yo hablaba en dos idiomas: el de la gente del lugar en la calle y con el tuteo de los españoles dentro de la familia, como distinguiendo o recordándome mi ascendencia. Sentía que el uso de mi forma de hablar de origen debía tenerlo en mi hogar o con los que se declaraban españoles, a modo distintivo de mi persona. También utilizaba el tuteo con las mujeres porque consideraba que así el trato era más respetuoso y gentil. Y nunca dejé esa costumbre aunque a veces a mis interlocutores les pareciera forzada, o afectada.

Mi vida posterior, familiar, social y de trabajo, estuvo tan abarrotada de escenas que no distingo ninguna que haya iniciado el viraje para una nueva mirada de mi ascendencia española. Pero a los treinta años, casado y con hijos, empecé a gritar con fuerza mi origen. Regularicé en el Consulado mi situación de ciudadano y logré el pasaporte español. Aunque pedí conservar también la ciudadanía argentina para poder actuar gremialmente. Sí, a la edad en que uno ya se considera que es todo lo que en el andar de su vida ha juntado, miré por necesidad para atrás buscando explicaciones para los sentimientos de mi alma confundida por la mixtura filipina-española-argentina.

Y ya no dejé de ver las películas de España que se daban en Buenos Aires y me sorprendí llorando en algunas de ellas por las miserias y locuras de la guerra civil, cuando solo antes habían brotado mis lágrimas por un eventual amor perdido. Entonces hablé a mis hijos de esa tierra que prácticamente desconocía pero que ahora la sentía mía y que, por lo tanto, también les correspondía. Nos acercamos a los eventos y asociaciones que consideré interesantes para los jóvenes. Seguimos las peripecias del club de fútbol Deportivo Español de Buenos Aires y disfrutamos de la frescura de las expresiones de los hinchas españoles y de sus boinas, tan poco usadas aquí. Ahora veo que hice algo parecido a lo de mis padres: hablar con cariño de esa tierra aunque la recordara poco. Y aparecieron luego los frutos: pues mis hijos han seguido con unción ese respeto a lo español y también se lo han transmitido a sus hijos.

Como debía suceder, visité España casi por necesidad espiritual la primera vez; luego lo repetí –muchas veces– pero por amor renacido. Al llegar me sentí como un caballero español que retornaba a casa y que todo el pueblo de Madrid era mi familia porque hablaba con el tú. Me encantaba escuchar a las mujeres por lo rápido que lo hacían y me causaban gracia algunas omisiones de letras o sílabas que hacen su castellano tan característico. Y a pesar que me instalé en la capital, en casa de mi hermana, y había muchas tentaciones ofrecidas para ver: ciudades bellas y lugares históricos, visité a Boadilla y me dediqué junto a mi mujer a buscar las raíces paternas que el tiempo y algunas miserias humanas habían alejado. Conocimos y tratamos a nuestras tías con mutua satisfacción y otra veta de amor comenzó a funcionar en nuestra alma. Y se inició así en la familia argentina la costumbre de afirmar los lazos allende del océano y tomar el conocimiento de los lugares que antes solo revoloteaban en nuestra mente. Obviamente Palencia no fue olvidada ante tanta belleza de la Península porque la sentíamos siempre como propia. Deseo destacar unas observaciones hechas durante nuestras visitas a Palencia y a Boadilla. Mi hijo Pablo se mostró como un amplificador de mis sentimientos, siendo en muchos ámbitos de su vida de abogado tan circunspecto. Y sus hijos, mis nietos adolescentes, mostraron, junto a un debido respeto, que disfrutaban sobremanera de todas las novedades que se les presentaban. Inclusive, las comidas de cada zona, tan distintas a las de Buenos Aires, les resultaban todas sabrosas. Henchido de satisfacción entendí, entonces, que mi familia había hecho lo correcto para honrar nuestra vida e historia.

Hace ya muchos años mi hijo Pablo, con su buen manejo de las prácticas informáticas, tomó contacto con un primo perteneciente a la rama de mi abuela materna. Entonces la familia se expandió y tuvimos la posibilidad de ir a Palencia y sentir que nos recibían como nativos, reconociendo nuestra cuna. Resultó para todos muy grato. Lo anterior llevó varios dulces años. Pero hubo una grata novedad más –para mí y mi familia– que se produjo en Buenos Aires. Porque, a pesar que conocíamos la existencia de muchas agrupaciones españolas, no sabíamos la de la *Casa de Palencia* en la Argentina. Nos informamos, entonces, que

era una entidad muy joven y que actuaba febrilmente. Desde el momento que nos acercamos a ella nos dimos cuenta que agrandábamos nuestra familia con gusto, porque fuimos recibidos con mucho cariño. Mis hermanos, hijos y nietos también se hicieron socios y concurrimos a todos los actos que desarrollaba la Casa, conociendo allí el festejo tradicional del chocolate de San Antolín. Poco a poco nos hermanamos y aportamos nuestro trabajo, participando en la Comisión Directiva. Pero eso es lo circunstancial. Lo que me enseñó la relación con la *Casa de Palencia* en la Argentina fue que en las entidades españolas todos nos sentimos consanguíneos y somos bien recibidos, comprendiendo las nostalgias y los amores por la tierra de nuestros padres. Y creo que esa es una característica muy definida de los españoles, acentuada en los que han emigrado: el compatriota es un hermano de una gran familia, la española.

Siguió después la natural relación con otras entidades hermanadas en la comunidad de Castilla y León. Y así congraciamos con los zamoranos, los burgaleses, los salmantinos, los sorianos, etc. que nos recibieron con ese cariño y esa gracia que ya nos había complacido la gente de la *Casa de Palencia*. Por ello nuestro entorno familiar creció en número y en afectos. Disfrutamos de su hablar, su bonhomía, su música y, especialmente, sus comidas. Porque el emigrado no se olvida de esos aromas y sabores: son necesarios y los disfruta mucho cuando vuelven, como si se zampara cariño español dentro del cuerpo. Y aquí estamos, mi familia y yo, viviendo en la Argentina. ¡Pero somos españoles, castellanos, palentinos y boadillanos! Son muchos los amores dentro de nuestras almas, amores que se enriquecen mutuamente.

Historia por la cual los hermanos: Boni, Emilia, Pedro y Angelita López Segura, llegaron a la Argentina

Angelita López Segura

En el año 1919, España desplegaba sus tropas de ocupación en Marruecos. “La mili”, para los muchos soldados destinados en Melilla, equivalía al combate y en el peor de los casos, la muerte. Las familias y las muchachas que veían marchar hijos y novios hacia el otro lado del Estrecho de Gibraltar, quedaban sumidas en la angustiosa espera de noticias, aferradas al frágil consuelo de las cartas que a veces demoraban y otras veces dejaban de llegar, dejando entrever el peor desenlace.

Pedro López Ayuso, de Quintanar de la Sierra, provincia de Burgos, era uno de esos soldados destacados en Melilla, de los que escribía con regularidad a su familia. Cada veinte días, padre y madre compartían el alivio, siempre provisorio de saber por las cartas que Pedro estaba con vida, una vida que por otra parte describía como espantosa. Pero un día dejaron de recibir cartas y tuvieron que comenzar a resignarse a la muerte del hijo.

Pasó un tiempo y llegó el momento de que Mauro, el hermano que le seguía a Pedro, cumpla el servicio militar. Don Demetrio, su padre, no permitiría que otro hijo suyo muriera en la guerra. “Me mataron un hijo, dos no”, pensó y se puso en campaña con decisión.

Solo Dios supo cómo se las ingenió Demetrio para conseguir documentos falsos y un pasaje con destino a algún lugar de América, nadie sabía exactamente cual, para embarcar a Mauro. Lo acompañó al puerto y se quedó en el muelle desde donde vería al barco alejarse; estaba agitando la mano despidiendo a un hijo, tal vez para siempre, cuando de pronto sintió que alguien le tocaba la espalda; al darse vuelta quedó cara a cara con Pedro, el hijo que había creído muerto en la guerra.

Estaba vivo y acababa de regresar del frente. Demetrio, que tantas veces había maldecido al destino, ahora se quedó sin voz, mirando a su hijo con la emoción más intransferible de su vida. Con el corazón saliéndose por la boca, señaló apenas como podía, al hijo menor que partía en el mismo momento en que recuperaba al mayor. Tardó un buen rato en poder pronunciar un apenas audible: “En ese otro barco, se va tu hermano Mauro”.

El barco dejó a Mauro en Buenos Aires y allí se quedó. Entretanto, Pedro se casó en Quintanar de la Sierra con Susana Segura y tuvieron cuatro hijos: Boni, Emilia, Pedro y Angelita.

Al crecer las dos mayores, que tenían un sentido de la independencia asombroso para la época, lograron que las permitieran ir a Madrid a trabajar en el rubro textil, en el que eran expertas. Les fue muy bien, pero no se conformaban con la prosperidad económica, querían ir a la casa del tío Mauro a la Argentina, que tanta ilusión les despertaba. Inteligentes, trabajadoras y obstinadas, lograron el permiso familiar y detrás viajó el hermano Pedro.

En Buenos Aires, Boni y Emilia progresaron tanto que dos o tres años más tarde volvieron a Europa como turistas. Regresaron al pueblo a visitar a la familia y contaron tantas cosas lindas de Argentina que Angelita que estaba terminando el Bachiller Superior en Burgos y era la más pequeña, abrió los ojos como platos escuchándolas hablar de los salones de baile, del subterráneo, de los guateques, de los veranos en Mar del Plata. También escuchó las historias del viaje de su hermano Pedro a Córdoba y hasta vio una fotografía en la sierra rodeado de dos amigos: uno de ellos era un muchacho de nombre Teodoro del Valle de Valdivielso, que no le llamó especialmente la atención, pero... el destino habló más adelante.

Angelita comenzó a soñar con embarcarse también en la aventura de emigrar, las ganas de seguir el mismo rumbo que sus hermanas se convertían casi en obsesión. A la negativa del padre, seguían los ruegos incansables de la hija. Un día, se dio una circunstancia favorable: la prima Lila, bastante mayor de edad decidió viajar a Buenos Aires; entonces Don Pedro consintió el viaje de Angelines (así la llamaban de



Angelita en la Catedral de Burgos, junto a familiares y amigos, días antes a embarcarse. De izquierda a derecha: Pedro, Lila, Angelita y Francis Chapelet, organista amigo de la familia.



Frente al Arco de Santa María, con la Catedral de Burgos detrás.

siempre en el pueblo) y la despidió con lágrimas en los ojos.

Angelita embarcó en Bilbao acompañada, con mucho entusiasmo y confiada: tenía tres hermanos y la esperaban del otro lado del océano, en el puerto más europeo de América. Apenas instalada en el departamento familiar de Sarmiento y Pueyrredón, sus hermanas anunciaron el programa de su primera salida porteña. Al cabo del largo viaje de Angelita que había comenzado en Burgos, los hermanos le hicieron saber: “Vamos a llevarte al *Centro Burgalés*”.

Corría el año 1957, cuando Angelita se integró rápidamente a los hábitos del *Burgalés* al ser recibida muy bien por todos. Le gustaba mucho el baile, los encuentros de canto y las clases de baile español y folclore argentino. También había un grupo de mujeres que jugaban a los bolos burgaleses en cancha de tierra, a ella le enseñó a jugar Doña Constantina, abuela de Julia Hernando, con la que se encariñó mucho y después de jugar la partida de bolos, iban al salón de cartas a tomar el té y a armar la partida de canasta. Vivieron muchas cosas entrañables e inolvidables. Pero para definir como caló tan profundo en su corazón el *Centro Burgalés*, ellos lo llaman: “su segundo hogar”.



Pasaporte de Angelita, en el cual figuran sus datos personales.



Pasaporte de Angelita en el cual queda asentada la fecha de su llegada a la República Argentina, el 18 de junio de 1957



Fotografía del Grupo de Baile del *Centro Buralés*. Angelita es la muchacha sentada en el centro, en la fila inferior, con pañuelo cubriendo sus hombros.



Angelita (la tercera desde la derecha) junto a su marido Teodoro (quien sostiene la placa), aquel muchacho de la fotografía que no le llamó mucho la atención pero de quien el destino habló más adelante, acompañados por su hija, nietas y nietos políticos, en una fiesta del *Centro Buralés*.

De polizón a campeón

Daniel Ovides

En 1897, en la Alta Sanabria, concretamente en el pueblo de Lubián (Zamora), sin apenas perspectivas de futuro, poco trabajo y muchas necesidades, dos jóvenes hermanos deciden poner nuevo rumbo a sus vidas: Juan y Antonio Ovides.

Juan Ovides, mi abuelo paterno, se incorpora al ejército español como soldado artillero, participando en las guerras de Filipinas y Cuba. Una vez perdida Cuba, y como teniente, es trasladado al norte de España, a diferentes puntos con baterías de artillería, concretamente a Santoña (Santander) y Ciérbana (Vizcaya) donde nace su hijo Daniel Ovides (mi padre). Antonio Ovides, su hermano, con 16 años le comenta que se va “a hacer la América”. De este, mi tío-abuelo Antonio (1881-1970), es del que quiero escribir para demostrar que con voluntad, honestidad y valentía en la lucha por la vida, todo se puede conseguir. Una historia de ilusiones, tesón y sueños cumplidos.

En 1999 la revista *AutomovilSport.com* (*Ases y Motores*), le dedica una breve biografía que reproduzco¹.

EFEMÉRIDES RIOCUARTENSE (CÓRDOBA, ARGENTINA)

27 de febrero de 1922. El piloto riocurutense Antonio Ovides a bordo de un automóvil Studebaker-6 se adjudica el Gran Premio Argentino de Automovilismo en la gran carrera Buenos Aires-Rosario-Buenos Aires.

¹ El artículo, titulado como el presente relato, viene firmado por Darío Martínez, y puede consultarse en: <http://www.automovilsport.com/historia/2010/polizon/informa.html> (fecha de acceso: 24/10/2018). Dado que es material sujeto a derechos de autor, no se reproduce aquí. (N.E.)



Antonio Ovides, con su coche Studebaker, ganador del gran premio, año 1922, en la gran carrera Buenos Aires-Rosario-Buenos Aires, a la llegada de la gran Victoria.

En la ciudad de Córdoba (Argentina) le han dedicado una calle así como en el Autódromo Parque Ciudad de Riocuarto (Córdoba) tiene calle a su nombre en la parte oeste del Autódromo que corre paralela a la calle del gran campeón argentino Juan Manuel Fangio. En 1923 se fundó la Asociación Automóvil Club Riocuarto.

SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LA TUIZA EN LUBIÁN DE SANABRIA (ZAMORA)

Al consagrarse campeón argentino de velocidad en el año 1922 y querer agradecer a su querida Virgen los logros conseguidos, donó una gran campana para colocar en la espadaña del Santuario que me gusta visitar todos los años, en el último domingo de septiembre. En el bronce y su relieve figura: “AÑO 1924 / Donada por Antonio Ovides desde Argentina”. Hizo entrega su hermano el capitán de artillería don Juan Ovides Domínguez.



Retrato de Antonio Ovides, vestido de piloto, en una tarjeta postal de la época (anverso y reverso).

Relatos de la vida de don Gerardo Riesco

Rolando Aníbal Riesco

Mi nombre es Rolando Aníbal Riesco, tengo 41 años y estoy casado y con dos hijos. Actualmente trabajo como docente de nivel medio en la localidad de Villa Maza y de nivel Terciario en el ISFD¹ n° 146 de Salliqueló. Soy un asociado del *Centro Castilla y León* situado en la localidad de Tres Lomas, y es así como me entero de la realización del concurso V Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa, convocado por la UNED de Zamora y el Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa. Por tal motivo, y aprovechando la oportunidad del concurso me pongo a entrevistar a mi padre, don Gerardo Omar Riesco, argentino de 92 años y en referencia a su padre Gerardo Riesco, leonés fallecido en 1949.

VIDA EN ESPAÑA

Gerardo Riesco nació en Torrebarrio el 28 de diciembre de 1892, hijo de don Germán Riesco y doña Antonia Gutiérrez. De niño, el abuelo Gerardo junto a su familia se dirige a Huergas de Babia donde vivió hasta la edad de 20 años.

Algunas de las experiencias de la vida en España contadas por mi abuelo a mi padre son las siguientes: de joven, mi abuelo junto a sus hermanos buscaban troncos en la ladera de la montaña y cuidaban las ovejas en los puertos, mi padre dice que puertos son los valles donde pasaban las ovejas (valle de Somiedo entre otros)². Otra de las actividades

¹ Las siglas ISFD corresponden a Instituto Superior de Formación Docente del sistema educativo argentino. (N.E.)

² Los puertos a los que se refiere el autor no son propiamente valles, sino determinadas áreas situadas a elevada altitud en la montaña y que por sus características eran utilizadas como pastos estivales. Este aprovechamiento lo realizaban tanto los rebaños merinos trashumantes que se desplazaban anualmente como los ganados del pueblo al que pertenecían los puertos. Su explotación ganadera fue una de las mayores riquezas de muchas de estas localidades situadas en la montaña cantábrica leonesa. (N.E.)

que realizó en España fue arar con bueyes y buscar junto a su hermano mayor, Manuel Riesco, minas de carbón. Entre otros relatos contaban que las nevadas eran tan grandes y extensas en el tiempo que se juntaba hasta un metro de nieve en las puertas de sus casas, pero que el ganado no corría peligro porque estaba dentro de su morada. También se realizaban las matanzas de cerdos y era una fiesta familiar, y que cuando se moría una vaca lloraban todos. Los domingos a los jóvenes les gustaba juntarse en la taberna donde jugaban a las siete y media y conversaban un rato.

VIAJE PENOSO

En 1912, a la edad de 20 años, mi abuelo tiene que abandonar su lugar de origen y a su familia, dejando en Huergas a su madre, padre, hermano menor, Mariano Riesco, y a sus hermanas Constanza y Sofía. Solo lo acompaña Manuel Riesco (el hermano mayor). Un momento difícil para la familia, pero sin duda iban armados de gran valor y deseos de progresar. Él, junto a su hermano, y al igual que miles de coterráneos se dirigen a la Argentina, donde entonces se promovía la inmigración. Se trasladan en un barco de carga general de bandera inglesa, el cual también lleva pasajeros. Los acompañan otros leoneses de los cuales se hacen amigos, un tal Costella y Mariano Fernández, al cual llamaban “Marianón”. Tardaron como 15 días en llegar de España a la Argentina; realizaron una escala en Río de Janeiro y otra en Montevideo (Uruguay) donde el barco realizaba descargas de mercaderías.

VIDA EN LA ARGENTINA

Una vez llegados a la Argentina, Gerardo y su hermano Manuel se dirigen en tren a un pequeño lugar llamado Graciarena (a 20 kilómetros de Maza y 15 de Quenumá) donde los esperaba otro amigo coterráneo, don Julio Díaz, el cual se encontraba en este lugar desde hacía dos años, y donde él tenía un almacén de Ramos Generales. Estuvieron unos días los dos juntos y Gerardo se dedicó a trabajar, ya que a eso había venido a la Argentina.

Comenzó en el galpón del Ferrocarril Sarmiento portando bolsas

(changarín³) como se denominaba a los que hacían ese trabajo. Dado el mal comportamiento de sus ocasionales compañeros de trabajo no le quedó otra que abandonar esa tarea. Se incorpora en una chacra⁴ porque era tiempo de cosecha y se requería mucho personal para esa tarea. Era un trabajo que él conocía y le recordaba su tierra natal; aquí el trabajo era más exigente porque como comprenderán era de mayor dimensión el terreno y por ende más duradero. Una vez terminada la cosecha, se dirige al interior de la Pampa donde trabaja como hachero para el desmonte del caldén⁵, un tipo de árbol que se utilizaba para combustible de las máquinas de vapor del ferrocarril, panaderías y calefacción de las casas. Luego estos campos eran utilizados para la agricultura y principalmente la ganadería.

Su hermano Manuel, que lo había acompañado hasta entonces, decide regresar a España, ya que no se había podido adaptar a la vida en



La presente foto fue tomada en Villa Maza en 1914, poco antes de que Manuel Riesco tomara el tren hasta la capital de Buenos Aires y allí luego el barco que le llevaría a España en dicho año. En esta foto hay tres leoneses: sentado en la silla se encuentra Gerardo Riesco; de pie, del lado derecho, su hermano Manuel Riesco; y del lado izquierdo Benigno Díaz, un amigo y hermano de Francisco Díaz.

³ Según el *Diccionario* de la Real Academia Española, peón urbano o rural que se contrata temporalmente para realizar tareas menores. (N.E.)

⁴ Alquería o granja. (N.E.)

⁵ Como indica el autor del texto, el caldén es un árbol leguminoso propio de las regiones secas de Argentina. (N.E.)

la Pampa. Dada la amistad que Gerardo había entablado con los hermanos Díaz (Benigno y Francisco) se fue a trabajar con ellos a un establecimiento ganadero llamado Estancia La Elvira, de Francisco Díaz.

OBRA DE DON GERARDO

Se casó en 1923 con Rosa Saavedra, hija de gallegos con quien tuvo seis hijos: Elda Nelli, Gerardo Omar, Óscar Luis, Nora Raquel, Nilda Rosa, y Carlos Alberto. En la actualidad solo viven Gerardo Omar en la localidad de Quenumá, y Nilda Rosa en la ciudad de Carhué.

En el año 1931 deja su trabajo de peón rural, donde ya era el encargado del establecimiento, para trabajar por cuenta propia alquilando 200 hectáreas de campo y dedicándose a la ganadería, pues tenía buen manejo de rodeo. Cargó hacienda a plaza (Mercado de hacienda), lo que le permitió adquirir capital con el cual compra 100 hectáreas en el año 1942. Con ansias de progreso y aconsejado por sus consignatarios adquiere otras 400 en el partido de 9 de Julio (provincia de Buenos Aires). Lamentablemente una enfermedad terminal puso fin a su vida y fallece el 19 de noviembre de 1949.

OTRA HISTORIA

La historia de otro leonés, es la de don Mariano Riesco, el menor de los hermanos que se había quedado en España. Este leonés también viajó a la Argentina en el año 1925, y trabajó junto a su hermano Gerardo como peón de a pie.

Trajo consigo a su mujer y a una hija, y en el año 1926 nace en Argentina otro hijo varón. Tienen una herrería en Quenumá donde yo ahora estoy escribiendo estas memorias y donde años más tarde mi padre construye su casa.

En 1932 la familia completa regresa a España (Huergas de Babia, en la provincia de León) donde luego nacieron más hijos: María Luisa, Isaac y Mariano Riesco. En la actualidad solo queda en Huergas una hija de esta familia, doña María Luisa, de 84 años de edad, con quien mi padre mantiene contacto y se saludan en fechas festivas, pues pese a los años y las distancias las familias siempre se mantuvieron en contacto por cartas y por teléfono.

MI PADRE

Don Gerardo Omar Riesco, de 92 años de edad, a quien debo mi vida, con una memoria prodigiosa, fue capaz de recordar estas anécdotas que hoy escribo.

Nació el 23 de julio de 1926 en un establecimiento rural de Catriló, provincia de La Pampa. Hijo de inmigrantes españoles, paso sus primeros años en el campo donde nació –Estancia La Elvira, de Francisco Díaz, en campos de Molina Anchorena–. Luego, a los cinco años, se trasladó con toda su familia a la provincia de Buenos Aires, a un campo cercano a la localidad de Quenumá. Cursó sus estudios primarios en escuelas rurales, finalizando su 6° grado en su ciudad natal, Catriló. Durante su adolescencia y juventud se dedicó a las tareas rurales junto a su familia, siendo esta en Quenumá participe colaboradora de sus instituciones.

Dueño de una modesta industria (fábrica de baldosas y reconstituido de granito) se instala definitivamente en Quenumá, dedicándose al trabajo y a colaborar con distintas entidades, siendo integrante de diez de ellas en el transcurso de 46 años.

Se casó con Betti Mabel Arana, con quien tuvo 3 hijos: Jorge Omar, Walter Henri y Rolando Aníbal. Ha tenido también una destacada actuación pública, siendo delegado de la localidad en dos periodos y concejal en otro. Debido a su iniciativa, Quenumá cuenta hoy con el denominado *Centro Cultural Rincón de Historia*, albergando allí el museo y la biblioteca del pueblo.

A la par de toda esta intensa actividad, Riesco lleva muchísimos años –70– dedicados a estudiar e investigar minuciosamente la historia de la región y el pueblo en el que vive. Escribe un libro titulado *Cien años hacia mi pueblo*, sin dudas un trabajo en el que se recorre paso a paso lo ocurrido en Quenumá y su contexto, siendo de aquí en adelante una obra de consulta permanente. En el libro están los acontecimientos fundacionales, el devenir de las instituciones intermedias y el sentir de la gente que lo pobló.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Quiero agradecer a mi padre por su relato de vida, al *Centro Castilla y León de Tres Lomas* que mantiene siempre vivas las tradiciones españolas con su grupo de danzas y su cine-teatro.

Un cálido afecto a la familia de María Luisa, en especial a su hija María Luisa de la Hoz Riesco con quien mantengo contacto vía mail, ella me facilitó una partida de nacimiento de mi abuelo (su tío abuelo) con la cual tramité la nacionalidad española entre el año 2010 y 2011, la cual me fue otorgada definitivamente en el año 2015.

En un momento de la historia de mi vida estuve con ganas de viajar y de radicarme en España, pero esa es otra historia.

El emigrante no hace un viaje...

Un relato biográfico transgeneracional (1948–1978)

Miguel Rivas

*El emigrante no hace un viaje...
El viaje lo hace a él, al despertarlo a una nueva vida.*

DEDICATORIA

A los valerosos supervivientes del tsunami emocional que se presenta con el tiempo, y que deben afrontar tanto hijos como nietos de la emigración, forzada por la adversidad e incertidumbre, que los lleva a nacer y crecer en la cultura del país elegido por sus mayores: distinta y distante que se confrontará con la del destino elegido por ellos en el que se cuele, debate, entremezcla y pervive el ambiente ancestral que instalan quienes se van, aunque nunca acaben de irse, socavando los pilares del edificio identitario.

AMBIENTACIÓN E INTROITO

La sucesión de hechos que se relatan, denota e ilustra la peregrinación de una familia zamorana “condenada” a buscar en la emigración un salvoconducto ante el empeoramiento de la situación que se volvía insostenible en su aldea de origen, tras la conclusión de la Guerra Civil con el triunfo de los *nacionales*, encabezados por el general Francisco Franco Bahamonde.

Mucho antes, hacia el año 1923, y luego de transcurrir casi dos décadas pariendo y amamantando, una sencilla y modesta dama castellana, llamada Felipa (San Cristóbal de Aliste, Zamora), quedaba nuevamente encinta de su octavo hijo; uno (el gemelo del primer hijo varón) había ya muerto durante el parto (practicado en la casa y sin la asistencia necesaria ante la ausencia de la matrona zonal y vocacional, sustituida

habitualmente por la parienta más próxima). El que luchó (premonitorio entrenamiento) por llegar a la vida; Félix Artemio, por nombres de pila, terminaría siendo años después el soldado de la familia, al ser reclutado para la Guerra Civil (1936-39) para enfrentarse contra el bando rojo.

A decir verdad, le faltó tiempo para elegir el color contra el que arriesgar su vida al afrontar una causa que trascendía raciocinio, minaba su voluntad para abrazarla y ninguneaba tareas vitales pendientes que difería *sine die*. La logística que acompañaba a la instrucción militar se apoyaría en casas de familia captadas para la ocasión. A Félix Artemio “le tocó” la ciudad extremeña de Malpartida de Cáceres; a cuyo nombre, según coincidían todos los que allí se congregaban, le sobraba en su denominación la letra T.

Como labores previas a la “mili” forzada, el citado estrenaría juventud como pastor aventajado del rebaño familiar, docente a tiempo parcial y concejal comarcal¹. Entre su vocación multifuncional, ejercería años más tarde, de “Celestino” ante el más pequeño de los hermanos (que nacería antes de terminar aquel año de 1923) y al que acompañaría (exigiéndoselo), cuando los tiempos impondrían la huida hacia América, cuando sobrepasaba ya las 50 primaveras.

Como aún no había trabajador social en esa época para desalentar partos en serie y concienciar sobre la dificultad de criar a los que nacían, la abnegada madre de esta numerosísima familia se daba ánimos y exclamaba: -“Ya son muchos, pero si mi marido quiere y Dios me los sigue dando..., ¿qué le voy hacer? Es de muy buena esposa, madre y cristiana, criar hijos para él y herederos para el Cielo...”.

La adversidad reinante (alternaban comidas, llevándose siempre mejor ración los cuatro mayores), cargar con siete hijos y asumir el resto de las tareas propias de una casa terminó por minar su precario estado de salud. Fallecía cuando Andrés (Zuelo; de ahora en adelante, el más pequeño de la casa) aún iniciaba su escolarización sin que el

¹ La comarca, en el ámbito zamorano, no ha tenido en la etapa contemporánea ningún referente político-administrativo; por lo tanto, sería concejal de un ayuntamiento. (N.E.)

padre pudiera asumir y hacerse cargo de un hogar cuyas goteras se mantenían aún en época de sequía.

Quizá Zuelo fue el hijo que más acusó una orfandad materna que se produjo de forma temprana e imprevista (ataque de corazón certero que no esperó a que llegara el “que hacía de médico”). Acompañaba día tras día, minuto a minuto, a quien recordaría siempre como la mujer que reúne todas las virtudes que un hombre debe observar en quien quiera merecer su compañía.

A falta de madre se aplicó para, en plena pubertad, poder concluir la media docena de años de precaria educación escolar que le eran concedidos a quien mostraba, entre todos los hermanos, más gusto y dedicación por lo académico que por las tareas agrícola-ganaderas, ejercidas por sus mayores; única vía de sustento facilitada por un padre que se veía viudo y sin compañía tan temprano.

La escuela (hoy la llamaríamos rural), acogía a medio centenar de críos de todas las edades y estaba abierta a los pueblos colindantes. De relacionarse e impartir lecciones multi-asignatura se encargaba una afanosa docente, la Srta. M^a Luz, de la que destacaban, más allá de la paciencia y dedicación, sus inocultables pectorales, motivo de conversación e impacto imborrable en el recuerdo de todos los que fueron sus alumnos hasta el mismo día de hoy.

De los siete hijos, los tres más jóvenes intuían que “hacer las maletas” era imperativo de supervivencia y en tales afanes se concentraron ni bien tuvieron uso de razón. El mayor de esos tres fue quien, atendiendo el reclutamiento de una tropa eclesiástica que visitaba la zona cada verano, se mostró decidido a seguir su “repentina vocación”, asumiéndola como misión vital y vía única hacia una formación que se le negaba, o mejor dicho, se reservaba para otro perfil de niños con mayor iniciativa y talento.

El sacerdote católico que merodeaba la zona, ojeador circunstancial de niños para el seminario se entrevistó con el padre (de nombre Paulino; creyente, en apariencia) de los siete huérfanos de madre y en rápido acuerdo decidieron “reclutar” a quien, con el tiempo, profesaría votos perpetuos convirtiéndose en misionero claretiano del Corazón de María, ordenándose un lustro después en Salvatierra (Álava, País Vasco).

En tal condición, residiría en más de una docena de ciudades españolas en las que destacaría como eficiente Hermano (su apatía hacia los libros desaconsejó su carrera sacerdotal); director del rezo diario del santo rosario; responsable del huerto; impecable sastre; abnegado zapatero, de los que los confeccionan y no solamente los reparan, erigiéndose en referente de austeridad, sobriedad y de algo más indefinido, que todos dieron en llamar santidad.

Como única compensación (más allá de la espiritual de la que hizo siempre gala) recibió, en casi siete décadas de profesión, un billete aéreo de ida y vuelta a la capital argentina, ciudad en la que nacería y residiría su sobrina, hija de Zuelo, con motivo de su 1ª comunión y a la que sería cordialmente invitado. No obstante, optaría por pernoctar durante su residencia bonaerense con sus compañeros de congregación, a los que siempre reconocía como su auténtica familia, haciendo patente la frase que, por mucho que sea conocida, no siempre es honrada: “Es y será siempre de bien nacidos, ser agradecido”.

Así pues, la familia seguía reduciéndose ante la impotencia del jefe de familia que, dado el cuadro socioeconómico de la época, no podía más que aceptar la decisión de cada uno de sus hijos, impotente él en poder proporcionarles un motivo para que no dejaran la tierra y siguieran acompañándole en su azarosa y laboriosa vida. Y considerando ese inevitable goteo que traía los tiempos adversos, les llegó el turno a los dos más jóvenes que permanecían solteros y prestos a dejar el nido familiar cuando las condiciones fueran las adecuadas. Zuelo y su hermana más joven eran los que más se trataban y cuyo diálogo aparecía como el más fluido por convivencia diaria, proximidad generacional y química contrastada. Tales empatías incrementaban complicidad y un más que acuerdo implícito, sin ulterior negociación, para sellar un común destino.

La hermana de Zuelo cuidaba de él, como si fuera su madre, y de él recibía consejos que su padre nunca acostumbraría a compartir por falta de tiempo y hábito cultural en la que el diálogo filial respetaba el género: -“¡Y ya no estaba la abnegada y entregada madre para orientar y conversar con sus hijas hembras!”. Zuelo, ni corto ni perezoso, oteó

el horizonte y supo que una hermanastra (“media hermana” o “hermana de leche”, como se decía en aquella época) de su difunta madre, por nombre Dominga, había protagonizado una historia de amor que dio lugar a una crítica popular despiadada llevándole a verse expulsada de todo corrillo y reunión social. Su mayor pecado parece haber sido enamorarse de quien no pertenecía a la clase socioeconómica de la que ella provenía y eso constituía delito y condena social, según usos y formas de tales tiempos, que hoy generaría bochorno y repercusión mediática. La situación expuesta la llevó a suscribir un pacto oral con su prometido amado, llamado Domingo, que consistió en escaparse del pueblo, cada uno por su lado, hasta reencontrarse del otro lado del charco, con quien terminaría siendo su esposo en ceremonia que no tuvo invitados en una ciudad de la que Zuelo nunca había oído hablar pero que situaba muy lejana.

Se había enterado de que en tal urbe vivían muchos españoles, que habían optado por dejar pueblos y ciudades y que vivían bien al poder comer cada día, cuando en aquella España, era un hecho tan excepcional como extraordinario. Zuelo, como muchacho despierto que soñaba tomar distancia del pueblo que lo vio nacer fue sabiendo que la ciudad de destino se hallaba al otro lado del Atlántico, a 20 días de navegación, desde el puerto de Vigo (Pontevedra). Nunca había salido de su terruño pero ya iba sabiendo que para llegar hasta allí debía subir hasta la estación existente en el vecino pueblo de San Pedro de las Herrerías donde un tren de la RENFE unía su comarca natal hasta esa ciudad portuaria de la provincia de Pontevedra, ya en territorio gallego.

Indagó y nunca se dio por vencido hasta que pudo localizar las señas para redactarles una carta solicitando ayuda para acogerlos y alojarlos inicialmente. Tal misiva se convertiría en la primera que escribía en su vida y en la que raudo salivaba para fijar bien el sello y documentar intenciones, incorporando tímidamente como destino una ciudad (oída de nombre) que escribió de una vez y todo junto: *Buenosaires*. Los días de espera que mediaron entre la fecha de expedición y la eventual respuesta se hacían interminables. Tal angustia, más que ansiedad, los llevaba; mucho más a su hermana que a él, a dudar de un posible acuse de recibo y eventual

respuesta favorable para abrazar una nueva vida; nunca soñada ante la escasa viabilidad existente. La vida no sería fácil y bien que la asumían al aceptar que estarían alejados de padre y hermanos, pero por compensación imaginaban un bienestar que encantados aceptaban si se redujera a un plato caliente que por aquellos tiempos era esporádico e incierto en una España que lloraba aún a sus muertos y seguía sin levantar cabeza.

Mucho de la situación descrita obedeció al coste de la indefinición que trajo la endeble postura tomada por España al no tomar partido en la Segunda Guerra Mundial que había acabado en el año 1945, con el triunfo del bloque soviético-anglo-americano que doblegaban a un estadista alemán de origen austríaco, devenido temporalmente Führer, dadas sus megalómanas aspiraciones.

Pero el tiempo pone todo y a todos en su lugar y la anhelada respuesta llegó de forma oral por medio de un vecino del pueblo, de abundante melena, apellidado paradójicamente Calvo, que visitaba su San Cristóbal natal esos meses pre-estivales de 1948 para confirmarles que tanto Dominga (tía materna) como Domingo (su ya flamante esposo) estarían muy contentos en acogerles. El susodicho y asiduo visitante (vacacionaba anualmente en el pueblo que le había visto nacer) había hecho fortuna en el rentable mundo del tabaco, autonombrándose sin intervención real alguna como “Marqués de Alcañices” (emulando la cabecera judicial de la comarca zamorana en la que se localizaba la humilde aldea, origen y residencia de los futuros emigrantes). El nobiliario nombre (título apropiado sin la venia del Duque de Sesto, cuya opulenta residencia en Madrid se convertiría décadas después en la sede del Consejo General de la Abogacía de España) invitaba a que el hombre se pavoneara tomándolo también por identificación comercial con un claro objetivo promocional. El objetivo, según argumentaba hasta la saciedad, era el “de poder transmitir y garantizar la nobleza” que alcanzaban los que fumaban sus cigarros (puros): otra época, otros lugares que propiciaban semejante acto de autoconfianza y éxito comercial sin contrastar riesgos para la salud ni interés por indagarlo por parte de sus potenciales fumadores.

Animados por el discurrir de los hechos, Zuelo y hermana, se consagraron a la preparación del equipaje que mucho no sería pues nada

les sobraba y todo les faltaba por aquellos recónditos rincones castellanos. Lugares que formaron parte, siglos antes, del antiguo Reino de León, cuna del parlamentarismo (anterior al británico) como hoy se concibe, sin que muchos de allí hayan caído en la cuenta de sus credenciales para presumir de haber impulsado la democracia en ese rincón de Europa. Aun así, y apostando para acertar el número de días que faltaban, concentraron en un bolso lo que constituían las pertenencias de ambos, dispuestos a encarar el aspecto más escabroso de la misión que afrontaba: “¿Quién pagaría el viaje?”. Puestos a explorar distintas vías, nunca imaginaron que el primero en acercarse sería su padre quien se deshizo de lo que contaba, que cabía en un puño y que quiso hacer efectivo juntando las dos manos de los hijos; gesto que encerraba todo un mensaje que simbolizaba y valía más que las monedas que entregaba. No fue menor la sorpresa cuando al día siguiente, volvió a presentarse El Jefe (patriarca donde lo hubiera) con el importe que había recibido al vender la única vaca que le quedaba, no sin lágrimas, que humedecían sus ya arrugadas mejillas. Aun así, quedaba mucho dinero por recaudar si los dos hermanos querían compartir viaje y afrontar las primeras necesidades con las que lidiar en destino.

Permanecía aún por tierras zamoranas el auto-proclamado “Marqués de Alcañices”, cuando Zuelo, ni corto ni perezoso, aprovechó la festividad de Santiago Apóstol de ese año (Patrón de España, pero también del pueblo del que era oriundo) para transmitirle el deseo y curiosidad que supondría para él iniciarse en el mundo del tabaco. Zuelo se iba animando y encendiendo, justificándose, como quien abre el paraguas antes que llueva: -“Siempre y cuando el Marqués quisiera saber de su experiencia y recorrido”, según le dijo cuando intuía que el botón del puesto excedía el ojal de su trayectoria.

El pseudo-noble de Alcañices pasaba por ser muy admirado por los “paletillos” locales a los que se les hacía agua la boca cuando hablaban con los pocos que habían podido aspirar y concretar lo que ellos nunca se hubieran planteado. Ni más ni menos: viajar y tomar distancia de tan lúgubre entorno, lucir ostentosamente en cuello y muñecas algún que otro objeto de reluciente oro y sobrarle algún que otro kilo que tanto echaban de menos por aquellos recónditos lugares de la geografía castellana.

Entre sus aventuras y andanzas de la época adolescente, Zuelo presumía de haber incursionado como aprendiz en dicho negocio, pues había “transado”, antes de que tuviera barba, con socios portugueses que le traían muestras de inmejorable calidad. De hecho, conocía bien los cigarrillos elaborados con tabaco procedentes de la República de Angola; género que junto al café, los diamantes y el petróleo, constituían la riqueza principal del país que fue conocido en cierta época como “la Suiza portuguesa”. En esa época, como en la presente, tener gestos con vecinos y, particularmente, con quienes la vida no les había sido generosa, era motivo de lucimiento y lustre de vanidad. Hoy, sería reconocido (y condecorado) por autoridades relevantes como mecenas y/o líder social y, seguramente, también por cualquier agente social que se precie como firme y consecuente ejecutor de la llamada RSE (Responsabilidad Social Empresarial).

“El Marqués”, consciente de todo ello, no desaprovechó la oportunidad para difundir por la zona, antes de confirmarle personalmente a Zuelo, la aparente contratación permanente del joven aspirante (contrato indefinido que incluía el pago del billete,... que luego descontaría de la primera nómina). Su decidida (y repentina) apuesta por jóvenes decididos a conquistar el mundo, nacidos y criados en una tierra tan auténtica, tan orgullosa de su gente como pobre y necesitada de solemnidad, quedaba certificada y garantizada por la elocuencia de su discurso. En definitiva, al joven Zuelo vino Dios a verle y “El Marqués” a contratarle.

El claro propósito de superación (y necesidad) del joven, tan decidido como apuesto, terminó por persuadir a quien le ofrecía su primer empleo en la vida e, inesperadamente, allende los mares, en la más que atractiva capital de Argentina. Tal país destacaba en el concierto de naciones que ante la hambruna europea, presumía de ser país-granero del mundo, por su volumen productivo y por el valor que habían alcanzado cereales como el trigo y el maíz, ante la generalizada escasez tras las contiendas bélicas europeas.

No todo fue fácil, como era de suponer. Aun contando con el generoso desprendimiento paterno, costó juntar “las perras” necesarias para el segundo billete, según se llamaba a las pesetas de la época y se

requería adicionalmente organizar una cuestación extraordinaria entre parientes y allegados.

Llegar a la dichosa *Buenosaires* le insumiría a la pareja de hermanos día y medio así como transitar fugazmente por tres países, desconocidos por el atrevido dúo de músicos sin partitura, que estrenaban mundo, confirmando una incipiente curiosidad y haciendo aflorar un talento dormido como dispuesto a despertar. Ambos hermanos se estrenaban así, como discípulos de la incertidumbre, que imprimiría a fuego sus futuros años cual déspota mandatario que acostumbra a imponer sus normas a dóciles súbditos tras ejercer sus primeros años en la vida como sumisos pueblerinos.

Finalmente, el viaje de ida fue en avión, pues resultaba más económico que hacerlo en los barcos que la línea Ybarra, con sede en Bilbao, capital de la provincia vascongada de Vizcaya, ofrecía por aquellos años con notable éxito tras la espantada de europeos en general y de españoles e italianos, en particular. La ida en avión trajo consigo alguna que otra indisposición digestiva en quienes nunca habían viajado más de un par de horas en ningún otro medio que no fuera un burro los días 4 de cada mes hasta el mercadillo que ponían en el vecino municipio de San Vitero, y que les proporcionaba lo poco que podían comprar. Madrid/Cuatro Vientos, Sevilla/San Pablo, Villa Cisneros (Sáhara Occidental), Natal/Augusto Severo (Brasil), Montevideo/Carrasco (Uruguay) y Buenos Aires/Morón (Argentina) completaron el itinerario en un modesto aparato de medio centenar de plazas; un DC-4 (fabricado por la McDonnell Douglas en EE.UU.). El multimotor pertenecía a la compañía Iberia, muy popular en aquella época por ser la línea de bandera, que coronaría una travesía intercultural inimaginable para tan atrevidos polizones, cuya realidad se mezclaba con inesperados sueños que se presentaban confusos y difusos. El aparato de Iberia transportaba a dos jóvenes candidatos, dispuestos a “comerse el mundo” (postergando el manjar nacional al ignorar que llegaban al paraíso cárnico del momento), al otro lado del Atlántico, peregrinando por países y culturas desconocidas, sin que hubieran oído hablar de su existencia. Se les presentaba, por primera vez, la oportunidad

de salir del terruño ancestral que identificaban como “pueblo”, aunque no pasara de modesta aldea.

Once años discurrirían desde el año de llegada hasta 1959 para que Zuelo, a instancias de su hermano Félix Artemio; veterano de la Guerra Civil y antiguo “requeté” (casado ya desde 1946), tuvo conocimiento de la clara intención de su hermano de amañar su futuro matrimonio con la hijastra de quien era su esposa, viuda de un camarada de trinchera.

Zuela (la hijastra), era la hija biológica de Lázaro, amigo de juventud hasta que una bala de un comando enemigo lo dejó moribundo apartándolo de la vida unos días después en el municipio pacense de Monterrubio de la Serena, desde donde comunicaría el hecho a quien más tarde sería su esposa. La invitación para concretarlo habría sido hecha, según se encargó de propagar el que sería padrastro de Zuela, por el mismo amigo cuando se sintió moribundo y supo que el desenlace estaba ya próximo.

Abnegación y dedicación no faltaron en su afán de criar y educar a esa niña de siete años que estaba huérfana desde los dos, y a la que nadie hubiera imaginado convertirse sucesivamente en hijastra, sobrina y cuñada, al dar pábulo a un vínculo conyugal (con marcada influencia matriarcal, en la que fue más oyente que dicente) con su madre biológica que se prolongaría por más de seis décadas (la mitad del tiempo en territorio americano). Todo lo anticipado ambienta e inspira el relato que ilustran las próximas páginas, y en las cuales se podrá confirmar que “locura y pasión” alimentan la contradicción (Hegel ya lo había anticipado), fuente y reto de toda razón de ser; auténtica y sentida. Aun así, podrá verse también que el talento innato y la disciplina exigida se confirman como cláusulas imprescindibles de una póliza vital inédita e inspiradora, llena de aprendizaje emocional y cargada de lecciones para quienes acepten ser buenos alumnos.

DESEMBARCO PRE-CONYUGAL EN LA ARGENTINA

Entre 1948 y 1959, ya establecidos en la capital argentina, discurrieron hechos en los que Zuelo y su hermana, cual pareja tradicional

en la que los roles estaban muy bien marcados y diferenciados, fijarían el patrón conyugal a los que cada uno recurriría inevitablemente a lo largo de sus respectivas vidas. Serían sus respectivas futuras parejas testigos de inesperados hechos y conflictos que se producirían y sucederían y a los que, muchas veces, no sabrían afrontar o acertar con la solución cierta o menos dolorosa, según se verá.

Toda transmutación cultural siempre deja marca y, sobre todo, las que por conjugar calibre y calado despiertan el gen dormido. Genes, neuronas y hormonas son los responsables en potenciar el “modo supervivencia” que activa el OK de la torre de control mental. Sucede y ocurre efectivamente cuando no se tiene en cuenta condicionamiento afectivo alguno y se pone en cuarentena el “qué dirán”, pues reputación e imagen quedan aparcados ante la necesidad e indigencia que apremian.

La llegada, como era de esperar, no fue nada plácida y aunque la acogida familiar de la pareja conformada por los tíos Dominga y Domingo fuera bálsamo y elemento de contención, no todo salió (especialmente, en los primeros años) a “pedir de boca”. No fueron pocas las veces que la hermana de Zuelo intentaba persuadirlo de rectificar y desandar el camino transitado que llevó a ambos hermanos a cruzar el océano Atlántico que, coloquialmente, llamaban “El gran Charco”. El matriarcado rampante de la cultura zamorana no conseguía imponer sus tesis, aunque luego la más que observable orientación matriarcal en la familia política de ambos sobresaliera y se impusiera nítidamente.

El desembarco e integración a una gran urbe como era en ese momento Buenos Aires, capital de una de las diez economías más sólidas del mundo, según el PIB que difundían agencias y organismos especializados de la época, suponía un caldo de cultivo que ponía a prueba el talento heredado y la capacidad superadora de los hermanos zamoranos recién llegados como “emigrantes a prueba”.

El “Marqués de Alcañices” fue menos marqués de lo esperado y Zuelo no pudo satisfacer sus propias expectativas ni las de su Jefe, quizá exageradas y propias del típico español “cantamañanas”; en este caso, “aportañado” (porteño era el gentilicio que identificaba a los que nacían o crecían en la capital, próxima al puerto de Buenos Aires, y que no se

caracterizaban por su excesiva modestia). El anhelo de familiarizarse con el sector argentino del tabaco se esfumó más rápido que lo que dura una cajetilla fumada entre amigos que se citan haciéndolo reaccionar vehementemente cuando le informaron que no le harían fijo tras los primeros tres meses transcurridos, incumpliendo lo prometido. Y se quedó en la calle nomás el bueno de Zuelo, experimentando la amarga resaca que dejan los primeros tragos cuando no se ha bebido previamente: “No hay mal que por bien no venga”, repetía insistentemente para, quizá, convencerse de una lección no solicitada, y menos imaginada.

Semejante “jarro de agua fría” le hizo sacrificar la dedicación plena a la que se había consagrado por corresponder con dedicación y entrega la supuesta confianza depositada en él por el Sr. Marqués en la plaza principal (la única) de San Cristóbal; punto obligado de encuentro de su amada aldea. La pasantía resultante (a pesar de haberle sido ofrecido previamente contratación indefinida cuando hablaron en España, y hacerlo público entre las amistades que frecuentaba) había discurrido por la planta de secado y selección del tabaco que llegaba desde las provincias productoras del norte del país para luego pasar a la nave donde se situaba la cadena de tareas en las que se liaban artesanalmente e introducían en cada cajetilla. El trajín era permanente e incesante. Veinte unidades daban lugar a una cajetilla que junto a otras 99 formaban lotes que quedaban almacenados en el depósito hasta que un considerable camión (con acoplado; llamado tráiler o remolque en España) de los que fabricaba la marca americana GM (General Motors) las recogía para su posterior distribución por el territorio nacional.

Decepción y mucha ante el infausto estreno, pero también aprendizaje del que nunca se olvida; del que nunca se hubiera beneficiado por más que se esmerara. Y eso que había pasado a ser uno de los más aplicados alumnos de la escuela de su querido pueblo zamorano, dirigida por la profesora M^a Luz, cuyos rayos a la altura del pecho cegaban a precoces e inquietos adolescentes que no conseguían, ni les importaba, mirarla a los ojos.

Para Zuelo, ser benjamín de una familia que no ofrecía más que el oscuro porvenir de sobrevivir, sin saber si habría plato seguro al día siguiente, no aportaba mayor garantía a una supervivencia que

se sorteaba alimentándose de lo poco que producía el “secarral” en las que se localizaban las modestas fincas que poseía su hacendosa pero poco hacendada familia.

Nuevos contactos y la inquietud propia de quien sabe que “día que se pierde no se recupera”, lo llevaron a “patear” el adoquinado, típico de una ciudad que lo deslumbraba como cegaba por partes iguales, día tras día, hora tras hora. A pesar de las dificultades que las aceptaba como coste de inserción (llamado “derecho de piso” en la jerga porteña) perseveraba en su orgullo, sin que por su cabeza le rondara la idea de “tirar la toalla” e iniciar el camino de vuelta a casa. Tal sentimiento que no siempre era compartido por una leal e incondicional hermana, cual “Pepita Grillo” de ultramar que todo lo cuestionaba como si el inconsciente familiar de los ausentes (progenitores), indagación esperada y temor característico del clan estuviera representado en ella al 100%.

Sin hacerle caso ni tener en cuenta sus escépticas impresiones, Zuelo perseveraba en el intento y seguía luchando hasta que un buen día consiguió presentarse a una ronda de entrevistas que para ejercer como camarero del personal médico promovía un hospital municipal por el barrio porteño de “La Paternal”. Dicho distrito sería, muchos años después, muy popular, pues próximo a dicho nosocomio se erigía el estadio y ciudad deportiva pertenecientes al Club de Argentinos Juniors, equipo de primera división de la Liga Argentina en el que se daría a conocer y luego despuntaría Diego Armando Maradona.

Sin tiempo para el amor, aunque apañado y acompañado por el afecto de su hermana y tíos maternos, pasaba sus días alternando estados de ánimo que alcanzaban su nivel más bajo cuando caía en la cuenta en la dificultad de independizarse hasta no reunir un cierto colchón de pesos (moneda local).

No tener excedentes para el ahorro le impedía afrontar un alquiler para vivir junto a su hermana. Plantearse buscar, sin ahorro alguno, la más modesta vivienda que los albergara era una quimera, o bien, “pedirle peras al olmo” como también por allí se acostumbraba a expresar, repitiendo lo que en buena parte de España también se sabe y reproduce.

Zuelo recuperó la esperanza cuando fue seleccionado y contratado para iniciarse como camarero de cantina hospitalaria; puesto, sector y ámbito que ignoraba por completo y que raramente se notaba por ese intangible que en él se palpaba cuando se le conocía y comenzaba a tratársele. Fue así que el candidato a emigrante en destino desconocido por todos y todavía sin tiempo suficiente de pasar por un argentino más (el acento hispano-castellano, como flagrante evidencia), se mostraba dispuesto a darlo todo. Su pasión vital hacía que saliera indemne ante cualquier estreno y satisficiera las expectativas puestas en él por el interlocutor de turno dada la simpatía y empatía que nunca le faltaba y que, casi siempre, derrochaba.

En pocos meses, se ganó el respeto del personal médico que diariamente atendía provocando que muchos optaran por sentarse en la zona a su cargo, ni bien entraban en confianza, pues discreción y atención le caracterizaban a quien sabía que con humildad y respeto podía salir adelante y asegurar su propia supervivencia (y la de su hermana; único familiar directo en tierra de conquista). Zuelo nunca daba puntada sin hilo y el ginecólogo al que atendía cada día terminaría siendo el profesional que atendería a su futura mujer cuando teniendo confirmado su “estado de buena esperanza” (siendo el segundo intento; el primero en el continente americano) recurriría a sus servicios hasta el mismo momento del parto. El vínculo establecido trascendería con creces ese momento y consolidaría una sólida amistad personal entre ambos durante los años venideros.

Todo ese tiempo le sirvió para recuperar la autoestima (enterrando una cierta ego-estima; aceptable, quizá, como salvoconducto ante lo desconocido) que tanto resultó afectada durante su etapa en la empresa tabacalera e hizo votos para perseverar en su puesto de trabajo sin omitir encomendarse a San Cayetano, patrono del trabajo, quien era un ícono popular a nivel nacional, y a cuya parroquia rendía visita periódica. El santo de origen italiano atraía a decenas de miles de fieles cada 7 de mes, siendo el de agosto el momento de una de las romerías más numerosas de gente devota procedente de buena parte del país que llegaba al santuario que se había construido, con el apoyo popular, en el porteño barrio de Liniers, ni bien se iniciaba el siglo XX.

Permanecía también en Zuelo el hábito de rezos continuos e intensos que hacía a diario, pues la influencia y constante recuerdo de su difunta madre le removía y promovía recitar el padre nuestro y un ave maría, como lo hacía ella, al salir de casa temprano por la mañana y, también, antes de acostarse por la noche. Lo uno y lo otro lo movilizaba y lo encontraba justificado en su imaginario para implorar por un segundo trabajo que le ocupara las tardes que tenía libres, a excepción de las de domingo, día en el que su tarea era acompañar a su hermana a la misa que se oficiaba en la parroquia próxima a la casa en la que habitaban. En cada celebración dominical eran saludados y reconfortados por el Padre Stella, que décadas después sería ungido obispo por Mons. Bergoglio (luego Cardenal Bergoglio y hoy, papa Francisco), asignándolo a la diócesis de San Martín (con permanente conflictividad laboral por la concentración fabril existente) cuyo nombre fundacional honraba al prócer y no al santo.

Nuevamente, la búsqueda no fue fácil y muchas suelas de zapatos se desgastaron en el intento hasta que, curiosamente, dio con otro Sr. Calvo (mismo apellido que el del “Marqués”), como si cada posible empleador le recordara que por trabajar con ellos “se le podía caer el pelo...”. En este caso, el buen hombre quiso enseñar con el ejemplo y le dijo que tenía inmejorables referencias de su “buen hacer” y como lo veía joven y con ganas de salir adelante, le terminaría ofreciendo, para sorpresas de Zuelo, “asociarse” en pequeños hoteles que iba construyendo. Cuando se le formalizó el ofrecimiento, reaccionó entre emocionado, confuso y nervioso, exclamando sin recato alguno: -“¿Y de dónde voy a sacar tal cantidad de dinero?, si vivo al día y apenas llego a cubrir los gastos”. Fue entonces cuando el afable Sr. Calvo (nº 2) le tranquilizó diciéndole que le descontaría de su nómina, mes a mes, un pequeño porcentaje para que fuera capitalizándose, mientras podía ir cubriendo sus necesidades e ir conociendo la profesión de la que, seguramente, podría vivir de ella, siempre que le gustara.

Y Zuelo respiró, muy agradecido y expresando loas (tanto a San Cayetano como al repentino empleador) por la contratación en condiciones tan ventajosas, inesperadas e inimaginables meses atrás, que ofrecía

el tipo de vínculo que le proponía el Sr. Calvo, hombre aparentemente desinteresado y tan noble como amable, según se venía comportando. Su conducta le haría incrementar estima personal y gusto por lo bien hecho y, progresivamente, recuperar la confianza, tan desgastada por la decepción causada por el pseudo-aristócrata tabacalero. Y, finalmente, asumió como responsable de recepción en un hotel situado en el barrio de Flores (célebre hoy por haber sido el distrito en el que nació el Padre Jorge Bergoglio; novicio jesuita por aquel tiempo y hoy Papa de la Iglesia Católica) en el que, prácticamente, consumió una década en la que pudo ahorrar, independizarse (prescindiendo de su querida hermana) aunque no adentrarse mucho en su paisaje, por carecer de tiempo para hacerlo.

De igual forma, esos años le permitieron ir acumulando deseos para hacer un primer viaje a la tierra en la que lo vio nacer y en la que nunca volvería ya a reencontrarse con su padre pues había fallecido en la década en que estuvo ausente y sin que mediara abundante correspondencia dada la laxitud del sistema de correos imperante en la época.

Aunque seguía desempeñándose en dos trabajos (al hospital lo sustituyó por otro hotel, cuya propiedad era también del Sr. Calvo), Zuelo iba sacando tiempo para familiarizarse con amistades argentinas que le ayudaban a adentrarse en otras idiosincrasias ajenas al patrón zamorano que encarnaban tan bien tanto él, como su hermana y tíos. Tal situación cuestionaba ya su epicentrismo y arraigada creencia de considerar a su carácter como patrimonio universal al que todos debían tener como referencia. En tal encomio, comenzó a salir y noviar con damas locales que le permitían conocer otras formas y conductas para poder avanzar así sobre tipos de vida que contrastaban con la suya, a la vez de enriquecerla. Observaba, no obstante, hechos y dichos que no lo convencían suficientemente a la hora de tomar una decisión de “sentar cabeza” e imaginar un plan de vida con quienes eran sus interlocutoras y esporádicas amigas.

Tal evidencia tomó forma cuando, hacia 1958, decidió iniciar los preparativos para el viaje (de ida y vuelta) al terruño, cuya realización venía postergando y que inspiraría, ante todo, conocer a su compañera

para toda una vida. Y para ello, se dejó orientar por su hermano mayor y dilecto consejero, Félix Artemio, docente en sus ratos libres, concejal de la comarca durante una legislatura y pastor a cargo del rebaño que le había confiado su familia política.

Más de diez años de abnegado trabajo, con dos empleos que ocupaban todo su día, y una cuantía de ahorro derivado de ingente dedicación fueron aval suficiente para plantear el viaje soñado que siempre deseaba desde que llegó a territorio americano desde el pueblo en el que, junto a su hermana, se planteaba una pregunta que, ahora, iba encontrando respuesta: -“¿Qué podremos hacer de nuestras vidas cuando no se tienen contactos, oportunidades ni apoyos?”. No obstante, se mantenía precavido ante un eventual acontecimiento de “boda exprés”. Con casi cuarenta años, temía que ya había llegado la hora de “formar una familia”, aunque miedo, duda y deseo compartieran idéntico protagonismo y la incertidumbre volviera a visitarle como omnipresente testigo de su paso por la vida.

Semanas antes, había reservado tiempo para organizar un tour de compras para pertrecharse con el objeto de conformar un ajuar que no tuviera nada que envidiar a ningún astro del cine de la época que tanto le inspiraba: camisas de seda, trajes de Cachemira, corbatas de seda italiana, zapatos de charol; entre otros objetos de deseo y reclamo.

Fred Astaire, desde Hollywood, marcaba tendencia en el mundo y en el joven zamorano que iba descubriéndolo, prendado ante su danza y popularidad que teñía esa época e impregnaba las imágenes que llegaban a la pantalla de televisores que solo dejaban verse en los hogares argentinos más pudientes.

Aunque no lo reconociera entre sus amistades y parientes próximos que lo fueron despedir al puerto de Buenos Aires, se veía moral y socialmente obligado a mostrar palpablemente entre sus parientes y familia directa lo bien que le había ido y justificar lo acertada de la decisión de irse a “hacer las Américas”.

Y el día soñado se produjo a través de una navegación que duró 18 días y que hizo en camarote individual (la hermana había decidido cuidar el nido que compartían) recogiénolo en el puerto de destino

(Vigo, Pontevedra) sus hermanos Félix Artemio y Manuel (el misionero claretiano; que disfrutaba en aquel mes de vacaciones estivales) quienes, sorprendiéndose ni bien lo vieron por mostrarse tan seguro de sí mismo, después de recordar las condiciones en las que lo habían despedido. Ambos hermanos quedaron literalmente absortos de la elegancia que mostraba quien una década antes había dejado el pueblo vistiendo harapos, sin temor al exceso de equipaje pues había empacado lo poco que complementaba lo puesto. Quizá el detalle (que aún hoy se recuerda por el pueblo que, celosamente, guarda ese tipo de memorias) hayan sido los zapatos de blanco charol que por aquellas épocas podían verse solo en películas pues salas de proyección ni televisión eran habituales en aquellas antípodas sobreocupadas y preocupadas en sobrevivir, sin apenas distraerse.

El viaje en tren, desde el puerto gallego de Vigo hasta la localidad zamorana de Puebla de Sanabria (donde los recogería un taxi cuyo servicio había sido apalabrado días anteriores) fue tan ameno y familiar como sorprendente e incomprensible la confianza hecha por Félix Artemio al sorprendido oído de su hermano Zuelo: -“¡Ya lo conseguí! ¡No me lo puedo creer! Finalmente, ¡la hija rompió con el sobrino del cura!”. Nadie hubiera dudado que él era el destinatario e involuntario instigador pero quiso el momento y olfato que no se diera por aludido ni mostrara interés en una revelación que alentaría una decisión que produciría profundos cambios en su vida inmediata y de los que, aparentemente, no quería ser consciente. Buena parte de la jornada diurna había transcurrido cuando llegó el momento en que pudieron contemplar el crepúsculo sobre su entrañable aldea, cuyos vecinos estaban fuera de sus casas, alertados por la inminente llegada de unos de sus más queridos “hijos-pródigo”.

Era habitual darle la bienvenida al forastero que visitaba y pernoctaba en el pueblo, y mucho más si era pariente de vecinos tan conocidos. Interesarse por él y por cómo le había ido, en este caso, al “exitoso emigrante” era socialmente imperativo (aunque todos lo supieran por el cotilleo habitual que abundaba ante la carencia de noticias dado el reducido número de medios que se agotaban en el periódico que llegaba

semanalmente y la radio que pocos aún tenían). Aunque Félix Artemio ejerciera de anfitrión, su esposa (casada en primeras nupcias con quien había sido el mejor amigo del susodicho y muerto en la infausta Guerra Civil, como ya se dijo) era la que mandaba o “cortaba el bacalao”, como popularmente se decía y caracterizaba a buena parte del elenco femenino comarcal. Félix Artemio, en su condición de anfitrión ocasional, fue quien le presentó a Zuelo (su cuñado) a su hijastra de poco más de veinte años (actual sobrina) que, curiosamente, se llamaba Zuela, aludiendo al mote que distinguía a la saga que ella ahora representaba y que pasaba por ser una de las más desahogadas y solventes del pueblo en términos morales, patrimoniales y económicos.

Aunque el trato inicial fue distante, propio de quienes aún escrutan a quien observarán y diseccionarán posteriormente sin escatimar minutos, se fue distendiendo con el paso de los días. Preguntas e indagaciones correrían por cuenta de la matriarca de la casa hacia un forastero que respetuosamente atendería con la solvencia propia de quienes, por haber padecido, “saben ya curar”.

La madre de la niña Zuela era el arquetipo de la mujer castellana de la época: tan coqueta como trabajadora; analfabeta pero sabia; “mandona” aunque leal y consecuyente con sus tareas y obligaciones libremente asumidas; tan sufrida por la pérdida del marido (que también era su primo carnal) como por la muerte de dos hermanos en Cuba, por tuberculosis, y de su primer hijo, por meningitis. A pesar de todo ello, siempre se mostraba optimista y dando consejo de no desfallecer ante quien tuviera delante. Era habitual encontrarla mostrando su fe cristiana y encomiable esperanza en salir adelante que resultaba contagiosa para quienes la visitaban o conocían. Muy celosa de su hacienda y, por ello, tremendamente desconfiada a la hora de tener que repartirla si el viento arreciaba y podía hacerle “ventilar” su hacienda legítimamente heredada de sus mayores, sin mayores conflictos, por haber quedado como hija única.

Sobraban motivos entonces para entender los motivos de por qué estaba tan pendiente y movilizada ante cualquier tipo de insinuación que mozo alguno pudiera hacer. Siempre y cuando su objetivo último fuera

rondar a su hija interviniendo directamente para analizar pros y contras del candidato cuya eventual aceptación y aprobación final podrían cambiar su existencia y residencia.

Ante semejante cuadro, Zuelo se esmeraba en demostrar que tenía en su haber una década ganada en un destino, deseado ya por muchos, y que toda la adversidad padecida podía constituirse en baza ganadora para merecer la confianza de su familia política y poder impresionar mejor a tan compleja cuadrilla. Dada la ocasión, a Zuelo le venía a la memoria la sabiduría gauchesca que impregnaba su Buenos Aires adoptivo y que con muchos desengaños en materia afectiva, bien conocía: “Quien se quema con leche, cuando vea una vaca siempre llorará”.

Promediaba el año 1959 y tras el verano europeo, el otoño además de traer hojas secas anunciaba un frío invierno con abundante nieve en el que se veía poco arropado al rondarle en mente el viaje de regreso a Buenos Aires, programado para los primeros días de diciembre. No lo haría sin antes festejar su 36° cumpleaños y hacerse a la idea de afrontar el contraste con los 36 grados que el mercurio tenía de media en diciembre la ciudad que, cual madre consecuente, lo había sabido adoptar y brindado oportunidades para que, bien aprovechadas, pudieran ayudarlo a salir adelante. Y al igual que hizo una década atrás, aprovechó la fiesta de Santiago Apóstol (Patrono de España, pero también de su pueblo), para disfrutar como no lo había hecho en la década ausente, reconociendo y saludando efusivamente a todos los que se acercaban, sin desaprovechar la música contratada (sobraban orquestas tradicionales de gaita y tamboril) durante los meses de verano. “Hacer el agosto” nunca estuvo tan justificado para poder conocer a las mozas que se daban cita y, si terciaba, bailar con las más guapas que aceptaran el envite del “forastero americano” y ya popular entre los que vivían y visitaban al pueblo cuando el sol caía e invitaba a tomar “chatos de vino” en el único bar, regentado por el Sr. Ricardo, junto a su familia. Y he aquí que, cuando el sol ya se ponía, se percató de no haber invitado a bailar a Zuela, hija de anfitriona y cuñada, muy ocupada y preocupada también durante toda la tarde por la poca atención prestada al “invitado a su

casa”. No obstante, no le importaría “lucirse” si, finalmente, el “galán de Buenos Aires” se animaba y tenía el detalle de “sacarla”, aprovechando algún pasodoble de los que no paraban de interpretar (género más que popular en la época).

Finalmente, pudieron coincidir al caer la tarde, acompañándose mutuamente, insinuando un apretón de manos que anticipaba intenciones y transmitía claras pretensiones. Las semanas que siguieron a ese 25 de julio no sorprendieron a nadie y el “tonteo” dio paso a una candidatura formal que debía ser revisada y estudiada, antes de ser finalmente aprobada, por La Jefa de la casa. Lejos de amilanarse por la inminente y esperada supervisión, Zuelo fue haciéndose con su nuevo estatus, llevándolo dignamente, e ilusionado de poder “formalizar” antes de su regreso. Celeridad era un requisito tan importante como el escrutinio que su futura suegra había asumido como prerrogativa que tenía como madre/notaria (escribana, en Argentina) ante la inminencia conyugal en la que se veía inmersa su única hija. Todo iba sobre ruedas y cuando menos esperaba una intervención semejante, aprovechando el desayuno familiar en el marco de una radiante mañana estival, la madre de Zuela lo sorprendió con una pregunta que le sonó a condición infranqueable y rendición anticipada: -“¿Y cuándo cree Vd. que, junto a nuestra querida hija, podremos estar todos instalados en ese Buenos Aires?”. Si haber recibido el despido de la tabacalera fue para él un jarro de agua fría, semejante “ajusticiamiento” oral lo fue de una extremadamente congelada. Reponiéndose aún de la sorpresa que generó tan inusitada indagación, atinó a exclamar: -“¡Qué alegría me da saber que tienen ganas de pasar una temporada por allá!”.

Puestos a elucubrar el desenlace de los hechos, Zuelo tomó debida nota de estar atravesando por uno de los momentos cruciales de su vida en los que una decisión podía afectarla y transmutarla sustancial y definitivamente. Nunca imaginó que alguna de las lecturas que hacía durante los tiempos muertos que tenía trabajando en los hoteles del Sr. Calvo podrían socorrerle ante tan histórico momento e invocando a Kant (Immanuel) se dijo: -“La paciencia es la fortaleza del débil y la impaciencia, la debilidad del fuerte”. Y quedaba más que claro quiénes eran

los llamados a ejercer roles tan disímiles. Absoluta y rabiosamente contrapuestos eran los ejercidos entre quien se veía como diminuto David expuesto, sin mayores apoyos que la palmada en el hombro de algún amigo optimista, ante un Goliat femenino e implacable.

Concluía agosto y cada uno de los visitantes regresaba a sus lugares de procedencia. El comienzo del ciclo lectivo se producía hacia la primera semana de septiembre y, ni corto ni perezoso, se armó de valor para tener “una primera conversación” con tan preseleccionada interlocutora. La misma que estaba llamada (e inducida) a convertirse en la única candidata a ejercer de futura esposa y eventual madre de sus retoños (siempre quiso ser padre; quizá, para redimir a quien no había tenido tiempo de haberlo sido con él). Aprovechó que en el pueblo no hubiera “testigos” ni visitantes (no era tan extrovertido como hubiera deseado) para proponer a Zuela un plácido domingo (después de misa). Se impuso un paseo por un campo hartado de verano que terminaría en animada merienda, ambientada en mullido manto verde y basada en apetecibles bocadillos con pan del día anterior preñado de embutidos de la última matanza familiar, y que despedían un aroma que sabía a gloria.

También recordó Zuelo, fiel a sus dotes de organizador, la sed que pudiera presentarse durante el resto de la tarde, una botella de gaseosa La Familiar, popular en la comarca, siendo producida y embotellada en el mismo pueblo por parientes del lado materno de Zuela. “Romper el hielo”, no le sería fácil cuando tenía por bien sabido, que a Zuela (hija) no le permitían participar en conversaciones de ciertos temas cuando tampoco ella mostraba suficiente iniciativa para tomar parte e incidir en ellos. Por aquel momento, ya concluidos los años de escuela que pudo aprovechar, ocupaba su tiempo en tareas de costura y bordado, hacia las que había mostrado una cierta afición e interés. Tampoco daría puntada sin hilo en la vida, emulando a Zuelo, como más adelante, podrá verse confirmado. A pesar del reto, la salida al campo fue el marco que necesitaba para “separarla” de un cuadro familiar que la subsumía como la más pequeña de la casa, reduciendo la autonomía que tenía y el tiempo disponible con el que contaba para conversar animadamente con quien quería tener un aparte con ella.

Fruto de su perseverancia y deseos de clarificar su situación afectiva, consumió horas en preámbulos y características de la República Argentina convirtiéndose más en una lección de geopolítica que en el prólogo inductivo al tipo de relación que avizoraba y no azuzaba. Tanto deseaba a la sardina que no conseguía retirar su ascua de la lumbre principal. Como si viniera Dios a verle, ella misma lo interrumpe abruptamente y le espeta: -“Si es que todo va bien entre nosotros, ¿crees que la diferencia de edad será un problema o será aún más aceptar vivir luego junto a mis padres? Es que a veces no hablas claro o no entiendo bien cuando callas sin explicarte”.

Reponiéndose del vértigo causado por la inesperada salida, balbucea y dice: -“Con buena voluntad y respeto todo saldrá bien y verás que todo termina encajando. Nuestras familias se conocen por generaciones y tal complicidad será determinante”.

Concluido el día de campo con los deberes hechos, tanto Zuela como Zuelo veían que sus destinos se cruzaban irremediablemente, pero como si fueran esos destinos los que tomaban las decisiones y la pareja acompañara el proceso como simples testigos invitados para la ocasión. Contratados por las propias circunstancias actuaban cual meros figurantes o “extras” de una representación a la que debían acudir sin poder negociar “caché” ante la nula experiencia previa.

La madre de Zuela, como si sus oídos hubieran permanecido durante el día de campo junto a los protagonistas del inminente compromiso, abrió el desayuno del día siguiente con un saludo con encubierto mensaje: -“¡Muy buenos días Señor! ¿Cómo ha descansado? ¡Menudo sol asoma hoy para iluminar a quien quiera aprovecharlo!”.

Zuelo, consciente de la necesidad de estar despejado cada día, aunque no pasara por la ducha, inexistente en aquella época, tomó el guante y suelto le replicó: -“¡Desde el mismo día en que llegué de la Argentina, veo luz cada día por doquiera en esta casa y familia!”.

Ante cada intercambio de palabras veía afianzarse su aceptación y condición de candidato a “yerno”, rótulo que no le sonaba bien al oído aunque en épocas de formulismos y formalidades no podía sustraerse de ir entonándose para hacerse a la idea y con-

vencerse, progresivamente, que el pronombre “Yo” daría lugar al de “Nosotros”.

Zuela, ni corta ni perezosa, mostraba un incremento de actividad y faena en las que su único destinatario y receptor de frases, dichos y hechos era su tío Zuelo, que pasaba por ser único depositario y beneficiario. La corriente afectiva era visible y tangible y los hechos parecían precipitarse a ritmo de jota charra, danza popular típica en la zona a la que optaban mayormente los adultos y que habitualmente se escuchaba en aquella casa.

Era evidente el flechazo que tuvo la primera salida conjunta al campo en la que ella bien pudo disfrutar de lo bien que se sentía junto al galán de las pampas que, en unos años anteriores a los actuales, apenas identificaba y asociaba como tío político, hermano de Félix Artemio; padre putativo y amigo del biólogo.

El otoño se estrenaba y las hojas que caían de los árboles hacían pensar a Zuelo sobre las que tenía que redactar en su libro vital para dar forma a la obra existencial que en forma de proyecto conyugal-familiar nunca hubiera imaginado tan próxima a ser editada.

Hacia fines de ese mes de septiembre de 1959 y teniendo por marco el tradicional desayuno, ámbito y confesionario de pronunciamientos interpersonales, la madre de Zuela le dice a Zuelo: -“¡Habrás que fijar, cuanto antes, una cita con D. Isidoro para tenerlo al tanto de nuestras intenciones y decisiones!”.

Si bien nunca antes había tenido una conversación con el párroco del pueblo, Zuelo tenía por hábito, secundando lo que se acostumbraba, saludarlo cada domingo al concluir el rito semanal, al que frecuentaba desde que había llegado al pueblo y bien sabía que tarde o (más bien) temprano sería quien, en definitiva, oficiaría la misa de esponsales.

El abnegado Zuelo ya era consciente de que sugerencias y/o orientaciones de la madre de Zuela constituían un muro difícil de sortear. Accedió al envite y, de común acuerdo con su prometida, concertaron un encuentro al que no concurrieron, por tareas de labranza, los que serían sus suegros; los padres del novio eran ya difuntos y, por tanto, los únicos padrinos de la ceremonia nupcial. Tampoco asistiría

a la boda la hermana de Zuelo quien, al permanecer en Buenos Aires, habría que resumirle, los precipitados hechos que terminarían provocando en ella un cambio de estado civil tan imprevisto como nunca buscado con quien tampoco nunca hubiera imaginado. D. Isidoro que pasaba por ser el tío del novio anterior de Zuela, había demostrado inusitado interés por los contrayentes dado el tiempo dispensado y la atenta escucha que mucho impresionaron a Zuelo, llevándolo a comentárselo a la madre de Zuela, ni bien coincidieron durante la cena.

La mujer castellana, tan bien representada en la madre de Zuela, conjugaba el matrimonio perfecto entre vocación y misión: siempre ejecutaba todo lo que tenía en mente y también todo aquello para lo que estaba llamada y naturalmente dotada. “Saber casar a los hijos”, era el lema irrenunciable entre quienes representaban un matriarcado tan genuino y muchas no eran las oportunidades y alternativas que rondaran por la comarca. Tampoco eran muchos los candidatos que llegaran al recóndito pueblo y se prodigarán como “disponibles” con tanto aval y reconocimiento de tipo amistoso-familiar. Zuelo representaba ese *rara avis* que, como hijo querido del pueblo y emigrante exitoso, encarnaba el prototipo de yerno y esposo al que no se debía dejar escapar. Y en tal empeño, comprometió toda su energía que no sería poca y fácilmente identificable por quienes la conocían y confirmaban su particular chispa y dinamita para conseguir lo que se propusiera.

Consciente de “cerrar el trato” y hacerlo público, la madre de la novia y ya entusiasmada Zuela se encargaría de organizar el “ágape de presentación” a parientes y amigos, incluyendo como invitado obligado a D. Isidoro (quien abriría un plazo para las llamadas “amonestaciones”; notificación y recogida de oposición, si la hubiera). Por esa época, el Sr. Cura mandaba mucho (se le reservaba la cabecera de la mesa para ilustrarlo) y no solamente por su labor de emitir “certificados de buena conducta”, exigibles para cualquier trámite oficial, interrumpiendo *ipso facto* cualquier gestión si no se obtenía.

No se esperó mucho la señora y en pocos domingos, luego de consultar disponibilidad con el Sr. Cura, organizó la comida anunciada,

abriendo el acto con una invitación oral (tradicional por esos tiempos), dirigida a todos los presentes participándolos del feliz enlace que tenía ya cerrada la fecha (ignorada por los contrayentes).

El 7 de noviembre era la fecha elegida como día de la celebración siendo el pueblo de San Vitero el municipio escogido como sede de la celebración (templo más amplio que el existente en la aldea familiar), anunciando como menú único los típicos callos (llamados mondongo en ciertos países americanos), hechos a su manera.

Había pocas vecinas en toda la aldea que la pudieran igualar cocinándolos, constituyendo una de las especialidades en las que más se lucía, y que acostumbraba a cocinar y servir en cuenco de barro. Bollería y polvorones se ofrecerían como postre y vino casero en abundancia, para concluir con orquesta (reducida a dos vecinos que tocaban la gaita y la dulzaina, cuya ejecución no estaba al alcance de cualquiera, y en la que Zuelo se lucía, ya desde joven) y baile a seguir en la plaza mayor (única) del pueblo, hasta que se pusiera el sol (en ese mes, hacia las 6 de la tarde).

San Vitero, como sede del Ayuntamiento que agrupaba a los cuatro pueblos circundantes poseía vestigios de su pasado árabe y romano, destacando más el último evidenciado por el “verraco”, que aún se conserva en buen estado a pie del templo parroquial del centro del pueblo así como la ermita del Cristo del Campo, erigido promediando el siglo XVIII y que, durante dos días al año; el 19 de marzo y el 19 de septiembre convocaba la mayor romería de la zona. En tal romería se daban cita tratantes de ganado, comerciantes que exponían productos de lo más diverso y familias visitantes, vinculadas con los vecinos de la comarca, que se trasladaban desde sus aldeas de residencia para actualizar relación y trato, siendo presentadas a los nuevos nueras, yernos y nietos que desconocían al no haber asistido a sus respectivas bodas y/o bautizos, respectivamente².

² Tanto en la aldea de la que provenían nuestros emigrantes (San Cristóbal de Aliste), con sus famosos curanderos (Domingo y Simón como los más ilustres en tales años, continuadores de sagas familiares con

A Zuelo le quedaba casi un mes para contraer el deseado enlace y otro para regresar a su país adoptivo y, en semejante vértigo, gastaba su tiempo asumiendo que ya nada sería igual. Se debatía entre el entusiasmo que todo cambio de vida supone y el respeto que todo ello imponía, consciente de que no solamente se casaba con quien pasaría a ser su Sra. Esposa.

Modista y sastre fueron los interlocutores de excepción de la “flamante pareja” y las cuatro semanas restantes sumieron como un puñado de arena de entre las manos. Sin embargo, protagonistas e invitados se veían también, casi a diario, y pocas nuevas caras se aguardaban haciéndose todos, con el paso de los días, una idea de que la pareja estaba ya proclamada y “socialmente” aceptada.

Y llegó el día... para cumplir con el trámite. La habitación del matrimonio había sido ya adecuada pero, como era de esperar, no habría “estreno formal” hasta que todo transcurriera, según guion previsto (y costumbres vigentes), tras la bendición esperada del Sr. Cura (que impartiría D. Isidoro, oficiante y amigo de la familia) e intervención continua de la madre de la novia que “supervisaba” todo, sin que se le escapase detalle.

idénticas artes) como en la citada San Vitero (sede hoy de la denominación “Ternera de Aliste”), se daban las condiciones (eufemismo de adversidad) necesarias para que surgieran notables emprendedores. Se citan dos, con destacada progresión y trayectoria; entre muchos otros: D. Ignacio Martín Poyo, profesional reputado en psico-sociología, con pocos años por esas fechas, decidió emigrar a Francia cuando iniciaba su adolescencia para hacer la vendimia y recoger fruta cuando la campaña concluía. Con las pagas derivadas de su ingente esfuerzo, temporada tras temporada, financió sus estudios universitarios, doctorándose en la Sorbona, en el París de 1968. Ignacio, a su regreso, sería el padre de la psicología humanista en España y uno de los responsables, junto al psicólogo americano de origen chileno, Claudio Naranjo (residente en California), de introducir la terapia Gestalt en territorio español; D. René Lorenzo, huérfano de padre, su madre lo encomendó al Padre Jesús Silva Méndez, sacerdote católico que crearía en la década de los 60’ la “Ciudad de los Muchachos” en la periferia de Ourense, pionero al crear el circo-escuela de nombre homónimo y ser junto al de Moscú, precursores en prescindir de animales y cuya vigencia se extendió hasta el mismo cambio de siglo. Durante sus giras por la mitad del planeta, cada integrante se iba educando mientras contribuían a generar los recursos suficientes para financiar tan innovadora cruzada educativa. Luego de concluir estudios secundarios, dejó el Circo y se radicaría en Canadá (no sin antes conocer a su mujer, con la que coincidió trabajando en el Club Med), país en el que contratado por una bodega se adentraría en el mundo del vino, profundizando en sus secretos, poseyendo hoy una gran extensión en la que se elaboran caldos propios de amplia aceptación. (N.A.)

Todo salió a pedir de boca y la “noche de boda” fue, como era de suponer, en la misma casa de Zuela, y discurrió en la habitación principal (había solo una y las demás alternaban su uso con el de almacén de legumbres que se guardaban en la planta alta, para secar y distanciarlas de posibles depredadores) que acostumbraban a utilizar sus padres, como muestra de reconocimiento y demostración de la importancia del hecho acaecido.

Las semanas que restaban para la partida de Zuelo pasaron rápidamente hasta que la evidencia de celeridad quedaba también demostrada al mes siguiente ante la “falta de regla” de Zuela. Días después les sería confirmado que para agosto de 1960 la estrenada pareja podría exhibir la paternidad que Zuelo ya dejaba firmada.

El emigrante pertenece a una raza aparte. Quizá a esa que lo vincula a otro que, aunque pudiera nacer en un país diferente al de residencia, los une la conexión que establecen quienes quieren salir adelante a pesar de las circunstancias que le estigmatizaron y terminaron condicionando un determinado estilo de vida, solo al alcance de quienes no se conforman, con lo que encuentran al nacer.

Faltaban ya pocas semanas para la conmemoración de la pascua de Navidad y la celebración de su 36° cumpleaños fue la última verbena que compartió junto a sus amigos, familia y estrenada esposa. Ya comenzaba a cambiar sensaciones: sentía próxima a Buenos Aires; a oír música de tango y a oler a yerba mate; a imaginar carne asada al aire libre y a pampa eternamente deshabitada que seguía llamando a quienes quisieran hacerse con ella. Como quien quisiera desandar el camino recorrido, se montaba el mismo día que celebraba su primer mes de boda, en el navío denominado Cabo San Vicente que, tras poco menos de tres semanas, lo llevaría desde la costa pontevedresa de Vigo a la rioplatense de la llamada “Reina del Plata”. El viaje ya no sería como el primero, que había protagonizado hacía ya más de una década aunque fuese tan incierto en lo afectivo como antes lo había sido en lo económico; más solitario si cabe, cuando antes tenía a su hermana por confidente y ahora fuese el mar quien le ofrecía su escucha.

¿Cómo le afectaría la soledad a un hombre ya casado, camino de la paternidad? ¿Qué le pasaría por la cabeza a ese ya sosegado adulto que, en los meses que restaban hasta el reencuentro debería buscar casa y sustituir a su hermana por esposa y suegros?

Muchos interrogantes que no propiciaban, por el momento, ninguna respuesta. Muchos días de navegación aunque poco tiempo para que un cruce oceánico pudiera despejar tanta incertidumbre y dilucidar tantos otros complejos temas y cuestionamientos heredados.

Cientos de familias se daban cita en el barco, casi todas con hijos; una gran mayoría hacían el periplo por vez primera sin expectativa de fecha cierta para el regreso que, en muchos casos, no se daría nunca. Cambiaba la década y los 60' traían la música rock y un nuevo estilo de vida consagrado por un hipismo y bohemia rampante. Quizá, muchos de ellos, tendrían que asumirlo sin más tiempo que componer una propia partitura que solamente los más osados y atrevidos estarían en condiciones de ejecutar sin temor a desafinar.

Aunque formalmente estuviera casado, un año tendría por delante para traer a su familia a la vera del Río de la Plata, así como desplegar la logística necesaria para dar acogida y cobijo a quien sería la madre de sus hijos y correspondientes padres; cuñada y hermano mayor, como se viene diciendo. Aunque meses antes de que el reencuentro familiar se materializara una inesperada noticia haría mella en su ánimo. En agosto de tal año de 1960, fecha en la que salía de cuentas Zuelo, y por hechos que aún hoy; casi 60 años después siguen sin aclararse, se le comunicó epistolarmente que una niña llamada a ser la primera hija del matrimonio, dada a luz el día 20 de aquel mes estival, moría ni bien se producía el alumbramiento. Se hubiera llamado Lucía, como la hermana dilecta de Zuelo.

A Zuelo no solamente le parecía contradictorio seguir solo a pesar de su estado civil sino que su ilusión de volverse padre se desvanecía ante la impotencia de verse respondido a sus más que sentidas preguntas: –“¿Por qué? ¿Qué fue lo que pasó? ¿Había alguien que nos quiere hacer daño? ¿Quién es el responsable para dar las explicaciones que las lágrimas sustituyen? ¿Qué tendríamos que haber hecho para

depurar las responsabilidades entre quienes no supieron atender debidamente a mi mujer para que diera a luz sin consecuencias?”.

La intuición de Zuelo de que algo raro había sucedido se confirmaría décadas después. Hace unos años la familia tomó conciencia del hecho, al verificar que a la constancia del fallecimiento no le sigue el correspondiente entierro, lo que hizo que buena parte de la familia exclamara: -“¿Otra hija robada en España y nos toca a nosotros? ¿Por qué nos han engañado y obligado a vivir en la ignorancia de saber que una hija que imaginábamos muerta y que, quizá, nos estuvo necesitando, y nosotros de brazos cruzados sin poder ayudarla?”.

En conversaciones en las que la madre de Zuela (discretamente, debido al lógico pudor por hechos que nunca se aclararon y tras décadas después de la desgracia), “soltaba prenda” y dejaba caer impresiones. La cuestión fue que su hija; una joven mamá de 23 años ingresaba al centro médico, acompañada por ella, no supo afrontar las preguntas que formulaba quien tenía a su cargo clasificar a la gente como si fuese ganado. Docta en teología, pero carente de toda psicología, penalizaba y condenaba a las madres, “supuestamente” solteras de la época: -“¿Dónde está el padre de la criatura, hija mía? ¡Has estado muy inocente! y se han aprovechado de tu ignorancia. ¿No recuerdas bien con quién has estado? Pecamos por creer en las intenciones y caemos en las tentaciones y ello nos condena. ¡Ya veremos qué hacer ante tan grave ofensa a ese Dios tan justo que quiere lo mejor!”.

La respuesta propia y esperada de quienes interpretaban la voluntad divina por aquella España oscura y confesional (en la que ciertos “enviados” actuaban como agentes divinos, al “ofrecer” los hijos concebidos por humildes familias al mejor postor o amigo próximo que, generalmente, coincidían) impidió que el nacimiento llegase a buen término y que en el embarque hacia Las Américas de madre y abuelos se hiciera presente el dolor, como pasajero no invitado. De nada valió explicarle en detalle el casamiento habido y el regreso temprano de Zuelo para buscar y adecuar casa y condiciones para la familia cuando la decisión había sido tomada por inescrupulosos intermediarios provo-

cando que la pobre Lucía hoy se encuentre en paradero desconocido y sin indicios de saber cómo se podría dar con ella.

Con el paso del tiempo, y a pesar de que Zuelo como Zuela cayeran en la cuenta del supuesto delito, descartaron interponer la querrela correspondiente pues el médico interviniente vivía aún en la comarca y no deseaban alimentar conflictos cuando la vida prácticamente se consumía irreversiblemente para todos los protagonistas: implicados y afectados.

Zuelo tenía un nuevo motivo para angustiarse y anhelar; aún más, si cabía, el reencuentro con su familia cuya llegada no terminaba de confirmarse. 1960 sería elegido como año sabático (ante el cambio de escenografía y coreografía), no solicitado. El proyecto familiar comenzaba cuesta arriba y convertirse en alpinista no era ya una opción para afrontar esta nueva fase de su empinado derrotero americano.

En todo ese año, Zuelo no pudo hablar más que una vez con Zuela: el único teléfono estaba a unos 5 km de la casa familiar (en el bar-despacho de bebidas del Sr. Joaquín) y cuadrar una conferencia por el desfase horario con la República Argentina y dificultades técnicas era una tarea de titanes haciendo que el diálogo se espaciara irremisiblemente.

La llegada y reincorporación, según había pactado con el Sr. Calvo, suponía reemplazar paulatinamente a quienes temporalmente habían ejercido su puesto, tanto en el hotel del barrio de Flores (al que acudía por las mañanas) como en el de Balvanera (vecino a la casa del popular Carlos Gardel; cantante de tango, de origen francés, conocido como “El zorzal criollo”, hoy reconvertida en Casa-Museo).

En la misma zona se localizaba el tradicional mercado de abastecimiento de la ciudad, llamado precisamente “Del Abasto” –lo que sería Mercamadrid, en la capital de España–, sobre la misma avenida Corrientes, hoy transformado en un moderno centro comercial; en el cual, concluía su trajinada jornada, casi a punto de romper la medianoche.

Por cierto, desde allí y atravesando la plaza del Once o Miserere, se llegaba al *Centro Zamorano de Buenos Aires*, cuyas comidas mensuales programadas cada último domingo de mes casi nunca se perdía y

animaba a todas sus amistades a que lo acompañaran. En tales banquetes, mataba nostalgia al reencontrarse con muchos paisanos de la comarca con quienes, llegados antes o después que él, intercambiaba noticias sobre familia y vicisitudes de su tierra.

Transcurridos ya casi diez meses de su regreso de la madre patria, reunió coraje para informar a su hermana de la decisión de independizarse (y, dolorosamente, desapegarse también de ella, tomando la debida distancia ante la llegada de su flamante familia), disponiéndose a sacar tiempo para alquilar una adecuada vivienda que pudiera albergar a su mujer y suegros propiciando el confort necesario para los cuatro adultos previstos; él incluido.

De los visitantes, desconocía a dos de los tres y, confesaría luego, que nunca hubiera convivido con los padres de su mujer, sino hubiera sido condición impuesta por su suegro (que no dejaba de ser hermano mayor, y que tantas veces se lo recordaría) con el que había convivido en el hogar familiar. En realidad, los hermanos no habían dialogado lo suficiente, durante los años que mediaron entre su nacimiento e inicio de su etapa como emigrante, hacia 1948. Con el tiempo, pudo ir comprobando que su talante pasaba por ser diametralmente opuesto. Trece años los separaban y una dolorosa Guerra Civil en la que Zuelo no había participado, aunque los dos sabían que se necesitaban y debían dejar de lado químicas distintas y apetencias personales. Quedaban poco más de dos meses para el día 28 de diciembre, fecha finalmente confirmada: ¡Día de inocentes y también de inocentadas! Zuelo no contaba con tiempo de reparar en santorales ni dichos populares que lo alejaran de sus prioridades más inmediatas y perentorias.

El afanoso emigrante estaba totalmente abocado y comprometido a erigirse en noble anfitrión de su nueva estructura familiar. Se estrenaba en las virtudes que adornan a un digno dueño de casa que recibe a tan dilectos parientes con los que ejercería y simultanearía variados roles: esposo y yerno; como principales, aunque no menos importantes otros, más implícitos: tío de su mujer, cuñado de la suegra y hermano menor de su suegro. Finalmente se hizo patente el viejo adagio que pudo gritar a los cuatro vientos: -“¡Quién la persigue, la consigue!”.

Una oportunidad inmobiliaria se le presentó ante una sucesión en la que el conflicto entre hijos supuso una disminución importante del precio para permutar alquiler por una compra y cerrar una operación que aún no se creía. El codiciado inmueble se situaba en una arteria arbolada y tranquila, muy próxima en la que residían sus tíos y en la que aún permanecería unos años más, hasta contraer nupcias, su entrañable e incondicional hermana.

Con insignificantes gastos que se reducían a compras esporádicas de alimentos en los mercadillos municipales, llamadas ferias ambulantes, habituales por aquel tiempo, que solían instalarse dos veces a la semana, el doble ingreso derivado de dos empleos se iba convirtiendo en creciente ahorro. Tan favorables números, fueron los que le permitieron concretar la posibilidad, por primera vez en su vida, de convertirse en propietario de una más que confortable casa, tan merecida como deseada dado el esfuerzo acumulado. El citado inmueble se correspondía con una vivienda de aproximadamente 150 m², construidos en una parcela de unos 800, y que estaba situada en la calle De Moussy (Villa Lynch, distrito bonaerense de San Martín) en honor del naturalista y geógrafo de Angers, de nombre homónimo al del distrito (Martín, por nombre).

Dicho caballero de origen francés, Martín de Moussy, invitado en tiempos del presidente Urquiza (Justo José de), llegó a la Argentina promediando el siglo XIX, siendo contratado para redactar una magna e inédita obra (tras 20.000 km de viaje y relevamiento³, documentación y pausada redacción e ilimitada paciencia con la burocracia tempranamente instalada) que vería tardíamente la luz teniendo por título: *Descripción geográfica y estadística de la Confederación Argentina*. Pasaría siglo y medio hasta tener traducidos al castellano, hacia 2005, todos los volúmenes en los que se distribuía el encomiable trabajo de búsqueda y exploración hecho por el Profesor de Moussy y que ningún otro geógrafo nacional hubiera podido sacar tiempo para actualizar y ampliar, si cupiese.

³ Evaluación de un terreno para analizar sus características. (N.E.)

Todo lo dicho, para no omitir la falta de eficiencia administrativa que crecía proporcionalmente con el paso de los años ante el derroche y despilfarro que se hacía de los ingentes fondos que acumulaba el Estado por la bonanza cerealera ante una coyuntura internacional plagada por los conflictos bélicos que se registraban en Europa. Y tales excedentes dinerarios eran alegremente distribuidos entre los allegados al poder quienes acudían como moscas a la miel prestos a desempeñar los numerosos cuadros que reclamaba la función pública y clamaban los ciudadanos. La oferta para ocupar puestos en la Administración no se detenía multiplicando exponencialmente el número de funcionarios cuya nómina dependía de las ubres estatales. Aunque era evidente la creciente producción de granos nadie sabía a ciencia cierta cuánto duraría. En los mejores años se llegaba a tres cosechas para sorpresa de los residentes europeos en el país que no daban crédito a tanta riqueza que, sin lugar a duda, hubieran echado de menos sus antepasados y allí se dilapidaba. “Dios le da pan a quien no tiene dientes”, era el refrán que muchos pensaban y que pocos pronunciaban.

Zuelo era de los que lo confirmaba lo afirmado en silencio pues la deuda afectiva con el país de acogida era superior y pasaba por alto aludir a tanto derroche y tan poco sentido común. Había tomado el creciente hábito local de abstenerse en criticar: sabiduría en ciernes, ante hechos que vislumbraba irreversibles. Como ya lo había podido comprobar en su puesto de empleo público (Zuelo había desempeñado tareas de camarero en un hospital municipal, como ya se dijo) el organigrama local, provincial y ministerial se ramificaba sin que nadie tuviera el coraje de poner límite a semejante distracción y solapamiento de tareas y funciones.

La tendencia citada se había iniciado hacia 1930 con la fusión de las tres centrales obreras existentes (socialista, anarquista y comunista) dando lugar al nacimiento de la archi-poderosa central obrera argentina, llamada CGT (Confederación General del Trabajo) que inducía al gobierno y empresarios a la creación deliberada de puestos de trabajo, fueran o no necesarios.

El empleo público y también el privado se multiplicaban expo-

nencialmente ante la generalización de transacciones pero también por el pago político en forma de empleo que venía a compensar la militancia comprometida que había traído el peronismo desde su llegada al poder. Hasta dos ministros (Interior y Relaciones Exteriores) llegaron a situar los delegados sindicales en gabinetes peronistas.

Durante los siguientes años, la tendencia no tendría marcha atrás atravesando períodos de tiempo en los que la CGT aparentaba controlar (cobrando así su peaje por ser decisivo el voto obrero en cada contienda electoral) el mayor conglomerado político contemporáneo fundado en la República Argentina. Con los años se convertiría en fenómeno permanente de estudio, aunque las tesis sobre el tema disten mucho de coincidir en la caracterización de su éxito.

La casa de Zuelo constaba de tres habitaciones en una sola planta, dos baños y con vistoso jardín pendiente de acicalar, en el que un viejo chopo monopolizaba el espacio poblando de sombra la superficie que lo constituía. Muchas tardes-noches, a pesar del cansancio acumulado por la jornada, invitaban a Zuelo a pasearse por esa casa que más que pertenecerle por derechos adquiridos, sentía como extensión de su misma identidad. Así pues, a escasas semanas de la Navidad de 1960, Zuelo podía presumir de capitalización inmobiliaria que se producía en un momento inmejorable y oportuno donde los hubiera: “Cuando te permites lo que mereces, atraes lo que necesitas”, decían por la vieja Castilla, y Zuelo lo estaba confirmando.

Doce años habían transcurrido de su llegada, junto a su hermana, y ya podía ver justificada con creces su audaz apuesta de “hacer Las Américas” y beneficiarse de unas posibilidades con las que no hubiera podido contar nunca en su querido pueblo zamorano. Su vida le había puesto desafíos mayores y él había demostrado que era capaz de afrontarlos.

Contento pues de haber recibido (auto-obsequiado), por primera vez, un “regalo navideño” se disponía, con el apoyo incondicional de su hermana, de comprar mobiliario y menaje que cubriera las necesidades básicas que demandaría su familia política. No obstante, se abstenía de pernoctar en la “nueva residencia” hasta no poder hacerlo con su familia.

Dormitaba como podía, sin dejar de padecer su tradicional insomnio, llegando finalmente al último día en el que debía despedirse de su hermana y tíos. Se disponía a pasar página a una larga temporada de ahorro y penurias que conducía a una mudanza de residencia, hábito y costumbres que inauguraría un nuevo ciclo, precursor de familia, paternidad y muchas otras cosas que no podría nunca haber vislumbrado.

Luego de permanecer semanas pensándolo concluía en que daba la bienvenida a su familia con la satisfacción de presentar una más que decente residencia. Vivienda que podía competir perfectamente con la casa que Zuela y familia abandonaban temporalmente en el pueblo zamorano al que se veían obligados a dejar por una causa de fuerza mayor; en este caso, más afectiva que económica, al secundar a la hija que se emancipaba. Y como el ansioso que no se contiene ante el fruto maduro a punto de caer, el día D llegó por fin, y temprano se despertó, sin apenas haber pegado ojo, para coger el tranvía que unía la periferia occidental de la ciudad con el mismo centro. La línea de tranvía (vetusta pero aun operativa) lo llevaría directamente desde el barrio que residía hasta la misma dársena del puerto de Buenos Aires.

Había llegado con la suficiente antelación para ir saludando a todos los amigos y paisanos que se habían dado cita como testigos de excepción de tan magno acontecimiento. Pasados unos minutos de las 7 de la mañana, una nave bautizada con nombre y apellido: *Alberto Doder* (propiedad de la naviera argentina de apellido homónimo) con casi un millar de esperanzados emigrantes, ingresaba a la dársena asignada. El navío mencionado traía a bordo a su esposa, junto a quienes “se infiltraron”, siendo esa la condición implícita para ver la operación “con buenos ojos” consistente en autorizar nupcias con un joven Zuelo (37 años, recién cumplidos).

Trasuntando entre la emoción y la conmoción, se reconocía muy contenido, aunque mascullando lo que había logrado a esa fecha, ajustado a lo que fue siempre su impecable ética y responsabilidad correspondiente, cuyo ejercicio siempre había tenido a gala.

Se reconocía persuadido y convencido de poseer la suficiente ilusión y sosiego para sacar adelante su proyecto familiar a pesar de tener que convivir

con sus “padres políticos”. Tenía muy presente que dejaban España y Castilla por vez primera cruzando el charco sin haber cruzado antes los más cercanos Pirineos, ni mucho menos otras provincias ajenas a la que les vio nacer.

La noticia de la llegada, debido al carisma e influencia de Zuelo, había corrido como la pólvora entre parientes y emigrantes de la misma comarca, residentes todos en Buenos Aires. Muchos se dieron cita, como se dijo, y los que no habían podido se pasaron en días siguientes por la casa del amigo.

Buenos Aires (y el mundo) estaban despidiendo la década de los 50', tras una bonanza económica (no palpable a nivel mundial) pero que se veía desacelerar, recibía una nueva década e incierta, que se estrenaría con nuevas autoridades. La presidencia del Dr. Arturo Frondizi (1958-1962); el primero que intentó revertir el repelente populismo instaurado por el Gral. Perón, preconizaría una primera industrialización del país y una primera fase de desarrollismo económico asociado, impulsados casi en exclusiva desde la órbita estatal al tomar distancia de la Unión Cívica Radical (UCR), de la que había desertado. La orientación desarrollista se correspondía con una tendencia internacional hacia la contratación de grandes proyectos (infraestructuras, principalmente) instigada por las grandes potencias de la época (Norteamérica, Alemania, Francia, Japón e Inglaterra, como principales promotores) que ejercían el doble rol de proveedores industriales y financieros a la vez de irse perfilando, a cambio, en mercados finales de consumo de productos agro-ganaderos; en los que Argentina basaba su (único) poderío. Los llamados países subdesarrollados estaban llamados a secundarlos más por el interés de no desairar a los mayores compradores en la región de carne, granos y cereales que por afinidad ideológica y convicciones inherentes. Con el tiempo, todos aquellos serían identificados e internacionalmente reconocidos como países del Tercer Mundo, siendo artífices y piedra angular del movimiento No Alineado que co-lideraron, durante las décadas de la denominada Guerra Fría, el Mariscal Tito, desde la antigua Yugoslavia y Fidel Castro, desde la mayor de las Antillas, quienes se alternaron en la presidencia e influencia.

En Argentina, las políticas desarrollistas fueron alentadas desde 1958 por el presidente, D. Arturo Frondizi (como ya se dijo) y no se extendieron más allá de la legislatura que terminó en 1962. Su mano derecha en cuestiones económicas, el Dr. Rogelio Frigerio (un descendiente es hoy ministro del presidente Macri), colíder junto al presidente Frondizi del llamado movimiento desarrollista nacional, semilla del Partido Desarrollista que, a pesar del entusiasmo inicial de sus promotores, nunca más tuvo oportunidad de ser alternativa gubernamental. El Dr. Frondizi fue derrocado, confirmando esa lamentable tendencia, por un movimiento militar que impuso al presidente del Senado; un civil de origen radical y que tras una breve transición convocó elecciones de las que salió elegido el Dr. Arturo Illia. Este era médico rural de sobria presencia e impronta austera que aun todo el país recuerda por la excepcionalidad del hecho. Sería el último presidente de extracción radical, previo al Dr. Raúl Alfonsín, que no alcanzaría el poder hasta 1983 (primer dirigente electo, tras el fiasco de la Guerra de Malvinas de un año antes). Tras alternarse varios ciclos de dictadura militar, el peronismo había vuelto al poder democráticamente en 1974 (al decidir abandonar su líder natural la residencia que durante casi dos décadas ocupó en el distrito madrileño de Puerta de Hierro, cedida cortésmente por el Gral. Franco), luego de innumerables golpes de estado promovidos por militares que no se resignaban a perder el control del país.

Quizá, la moda que se impuso entre los militares de no pasar desapercibidos, la había iniciado un camarada del Ejército de Tierra, como lo era el Gral. Perón. Quizá, la propagaba la determinación corporativa en emular los pasos de un “compañero de armas” que había dejado huella indeleble en la historia reciente del país y muchos de los que le sucedieron, no estaban dispuestos a ser menos. El panorama político argentino venía condicionado, desde los 40’, por la estrella emergente y ascendente de un ambicioso militar, llamado Juan Domingo Perón. Hijo de padre desconocido, aparentemente italiano, nativo de la isla de Cerdeña (Prof. Aldo Brigaglia, Cágliari, *dixit*); en ese entonces con rango de Coronel, se mostraba dispuesto a redimir adversidad

vital y evidente carencia afectiva previa, reconvirtiéndose en político al calor de la Revolución de 1943, aceptando ser nombrado vicepresidente, a cargo de la secretaría de Trabajo y Previsión. Consciente de su escaso tirón social orquestó un segundo matrimonio con la inefable Evita (que conoció en un estreno teatral en la que asistía como público), residente en la capital, en la que apenas sobrevivía. Procedía de una familia desestructurada que habitaba en una zona rural castigada que abandonó antes de cumplir la mayoría de edad, camino de la gran ciudad. Lo dicho, hizo que muchos de los que representaban las capas sociales más carentes se vieran representadas por ella que buscó por todos los medios corresponderles solicitando crear una oficina a tal efecto, en la que se registraban más pedidos de limosna que de puestos de trabajo. El Gral. Perón se vio beneficiado por la popularidad de su joven esposa y resultó ungido y refrendado (primero en ser electo por voto universal siendo el único en la corta historia argentina en ser elegido presidente en tres períodos diferentes). Cautivó a las masas al propugnar y ver concedido por el parlamento de la época dos cuestiones trascendentales en el devenir político del país: el derecho a voto de la mujer, en un país machista por antonomasia, y la promoción del movimiento sindical como representante de la clase obrera. Fueron, en efecto, los sindicatos, los auténticos valedores electorales y germen del movimiento peronista (una fracción había fundado con el Gral. Perón el Partido Laborista), articulados en torno a la monopolítica corporación obrera, denominada CGT (Confederación General del Trabajo, como ya se definió); de la que fue muchas veces rehén y correa de concesión de favores y prebendas.

Todo lo descrito marcó a fuego el ritmo del joven país, y también del joven Zuelo, siendo tal central obrera el motor del triunfo político en años posteriores y que, hoy aún, pasa por erigirse en un cuerpo de vital influencia sobre la masa de votantes, no necesariamente asalariados, ni mucho menos afiliados al que daría en llamarse partido Justicialista (otrora, movimiento nacional peronista). Valga lo dicho para que Zuelo, en un raptó de originalidad y poesía, se dijera cuando acababa de recoger a quienes serían su clan familiar, recién estrenado:

-“Confío en que mis padres políticos no sean para mí lo que lo sindicatos están siendo para el peronismo”.

EL RETO DE *HACER LAS AMÉRICAS* EN PLAN FAMILIAR

El tiempo de viaje que mediaba entre el puerto de Buenos Aires y el barrio de Villa Lynch (Distrito de San Martín), área en la que se localizaba la casa que Zuelo venía de comprar, oscilaba entre hora y hora y media. Y el trayecto se le hizo tan largo como llegar desde su pueblo zamorano al puerto de Vigo, cuando su distancia real la triplicaba. La tensión y cansancio acumulados durante los días previos a la llegada de su esposa y suegros le habían restado tiempo para darse cuenta de los hechos. Fue duro también, verse impotente para hallar el espacio e intimidad necesarios que Zuela le reclamaba después de tan largo viaje. Peor fue ir confirmando que, a pesar de intentarlo, no podían hacerlo, dilatando el deseo de satisfacer la expectativa legítima de su esposa de desahogarse al compartir y ser preguntada por los pormenores que rodearon el alumbramiento fallido. Tal situación imprevista y nunca imaginada supuso para Zuelo ser reprendido en público por su mujer, que sería la primera aunque no la última. En este caso, encontraba por motivo la impotencia justificada que representaba para ella no tener diálogo con su marido y compañero, más allá de profundizar sobre la pérdida de una criatura; situación que debe suponer para toda mujer, un dolor difícilmente comparable con algún otro.

Zuelo había aprendido ya muchas lecciones pero, lamentablemente, con la asignatura que le traía su mujer no estaba para nada familiarizado. Le había hecho mella no haberse visto acompañada físicamente por su marido cuando rompió aguas (el sentimiento aún le escocía). Nunca imaginó tampoco tener que salir imprevistamente, junto a su madre, en dirección al hospital provincial (a 80 km de su pueblo) ante las complicaciones que había vaticinado “quien hacía de médico” y tenía nombre de emperador, aunque residente en la vecina localidad de San Vitero. Y, llegado el momento de reencuentro con quien era ya su esposo, que siempre había anhelado desde que se despidió de él hacía casi un año, no se daba en las mejores condiciones pues no era escuchada

ni mucho menos preguntada. La llegada familiar le estaba resultando agridulce y el estreno americano no se correspondía con la empatía emocional que era de esperar del Sr. Zuelo, tan progenitor como ella de la desafortunada criatura. El “adonde fueres haz lo que vieres” no era consejo conocido por quien era su mujer y por quienes la acompañaban. El aterrizaje no estaba siendo tan suave como era de esperar y la prudencia del “aporteñado” zamorano, con una década de residencia en la ciudad argentina, volvía a ser reclamada para apagar los primeros fuegos. Se producían mucho antes de lo que hubieran sido deseables y de lo que cualquier avezado bombero pudiera haber pronosticado. Zuelo asistía atónito a lo que presenciaba que iba superando con creces el escenario más surrealista que nunca pudo haber imaginado en su azarosa vida.

Entre las multitareas que había asumido sin aviso previo, estaban las siguientes: a) instruir a los integrantes de la casa para recoger temprano la leche que distribuían a domicilio sin tener que ordeñar la vaca que ya no pastaba por las cercanías; b) persuadir en el uso de la vajilla de acero inoxidable ante el reclamo de los materiales hechos de barro/arcilla con los que estaban familiarizados; y c) contribuir a la adaptación de los miembros de la casa en general y en la sustitución de radio por televisión blanco y negro que venía de adquirirse.

“Conocimiento no es lo que se recuerda sino lo que no se puede olvidar”, decía por China el maestro Confucio, e ignoramos, si Zuelo lo habría leído en América cuando, día tras día, iba ganándolo ante situaciones en las que sus emociones eran sometidas a desafíos no previstos y agudas tensiones nunca antes experimentadas. La integración deseable y la necesaria convivencia eran monstruos que pisaban fuerte y dejaban huella en el paisaje diario de Zuelo, suponiendo para él todo un reto en la perseverancia que conllevaba iniciar y mantener una relación “para toda la vida” (según credo y convicción) con su flamante esposa y estrenada familia política. Lo curioso del caso es que las rencillas y puntos de vista encontrados no surgían de aspectos económicos (como luego se explicará) que, muchas veces, son los que más mellan un relacionamiento y socialización incipiente. Apuntaban más al enfoque pueblerino y falta de experiencia en frecuentar y tratarse con quienes no se han

criado con uno y, por ende, no manejan las mismas claves y códigos. La venta de ciertas propiedades en su terruño natal ayudó a financiar el coste del traslado y también permitiría a la familia de emigrantes recién llegados aportar un monto respetable de efectivo con el que Zuelo no había podido contar cuando decidió emigrar, junto a su hermana, una década atrás.

La situación descrita agilizó la colocación y posicionamiento sociolaboral y empresarial de Félix Artemio al permitirle asociarse con otros paisanos, ya instalados en la ciudad, con los que finalmente acordó comprar una respetable casona (la primera de otras tres). Se proponían rehabilitarla con el objetivo de transformarla en una residencia de tipo colectiva (hasta una decena de personas llegaría a caber en cada habitación, en la que se situarían las cinco literas que se ponían a disposición de los futuros clientes). Tales propiedades (precursoras menos exigentes de lo que hoy podría ser la modalidad promovida por Airbnb para turistas y visitantes) obedecían a una creciente tendencia (en una urbe que no paraba de crecer) ante la escasez de hoteles económicos que pudieran afrontar quienes llegaban desde el interior del país. El tipo de alojamiento señalado, alternativamente, estaba destinado a satisfacer la demanda que tenía su origen en los familiares de pacientes residentes en provincias menos desarrolladas ante una urgencia médica de sus seres queridos. Tales traslados eran programados tras concertar cita con los médicos especialistas que, inexorablemente, optaban por ejercer su labor en los hospitales más reputados, radicados en la capital del país.

Dos años llevaba radicada con sus padres en el país de acogida cuando Zuela anunciaba al resto de familia que volvía a estar en estado de “buena esperanza” (un niño “arco iris”; el que llega a una familia tras un parto fallido). Apuntaba a que fuera varón, según cotilleos de las primeras amigas de la futura mamá, especializadas en pasar el tiempo y, en este caso, interpretar el perfil de la tripa (panza, según el término utilizado en Argentina). El futuro hijo/nieto terminaría haciendo las delicias de Félix Artemio (no había estrenado aún paternidad y ya pasaba la cincuentena) debutando como abuelo putativo. Añadiría tal título al de padrastro de la progenitora y guardián de la continuidad de una prole que,

junto a su hermano Zuelo, debía crecer en calidad pero también en número. Perpetuar el apellido era un imperativo ancestral y cultural del rincón castellano-zamorano del que procedían.

La fase de embarazo tuvo sus complicaciones y Zuela tuvo que permanecer ingresada el mes previo al parto, atendiendo indicaciones del profesional interviniente (médico al que Zuelo sirvió diariamente desayuno y almuerzo mientras prestaba servicios de camarero en el hospital municipal). Con el citado ginecólogo, seguía manteniendo una entrañable amistad convirtiéndose en su primer amigo argentino y vivo recuerdo del empleo que sucedió al frustrado paso por la empresa tabacalera del Sr. Calvo. Finalmente, todo llegó a buen puerto y en mayo de 1962 veía la luz Alberto-Miguel (era habitual por allí poner dos nombres y solo un apellido; el del padre). Resultaba contrario a lo que sucedía por Brasil, país en el que resultaba más fácil localizar e identificar a la madre para apellidar al crío que llegaba al mundo.

En el caso que nos concierne, el primer nombre fue elegido por quien sería su madrina (hija de Dominga y Domingo, matrimonio que acogió inicialmente a Zuelo y hermana) mientras que el segundo fue escogido por el padrino (sobrino de Zuelo; hija de su hermana mayor que llevaba ya unos meses en el país), que se había convertido en un hijo más hasta que se emancipó casándose con otra alistana cuya elegancia y belleza desafiaban el dicho por el que se reconocía a su aldea (Fradellos: “Pocos y feos”).

El padrino en cuestión había sido recientemente contratado como cocinero en el último hotel que había inaugurado el Sr. Calvo en el barrio de Constitución (próximo a la plaza y estación férrea homónima, desde la que partían los convoyes hacia Mar del Plata, Patagonia y resto de destinos australes del país). En el hotel aludido, Zuelo había sido promovido, por primera vez en su carrera (la hospitalidad había sustituido a la hostilidad que supuso su desembarco), a Jefe de Recepción, teniendo que ampliar su ya dilatada jornada; lo que le impediría continuar en los dos empleos que acumulaba. Como la propuesta provenía del mismo empleador que alentaba la carrera del joven hotelero, se pudo conciliar adecuadamente. Zuelo, como profesional hostelero ya convencido,

experimentaba mucha satisfacción pues lo estaban transfiriendo a un establecimiento de categoría superior y de mayor relacionamiento social, por estar próximo a oficinas de laboratorios, PYMES y corporaciones multinacionales y al edificio de lo que era Canal 13, cadena privada de TV, pionera en el país, con creciente audiencia y retransmisiones a la totalidad del territorio nacional. Directivos de tales grupos eran habituales comensales del restaurant del hotel, muy solicitado en la zona.

Zuela tuvo que permanecer unos días adicionales en el nosocomio en que dio a luz, exhibiendo un cuadro de permanente llanto, siendo derivada en los días subsiguientes al servicio de Psicología del centro para tratar lo que la ciencia médica da en llamar depresión postparto. Fue así que con el paso de los meses, la madre de Zuela, pasó a tener mayor protagonismo, si cabe, en las tareas derivadas del cuidado del niño, a saber: cambio de pañales de tela (sujetos a lavado manual diario), preparado de biberones y otros menesteres característicos que le devolvían el protagonismo que le era propio y conocido.

La casa de San Martín, aludiendo al distrito en la que se localizaban, pasó a ser la casa de “Los Zuelos” en la que domingo tras domingo se daban cita la decena de paisanos castellanos y zamoranos residentes en las proximidades, nostálgicos y melancólicos por vivir en “tierra extraña”, con la que no se hacían ni sentían aun como propia.

Les caracterizaba no tener cargas de familia, nulo interés cultural y/o artístico y una total ausencia de relaciones amistosas con residentes locales lo que, inevitablemente, les obligaba a canalizar esas carencias con parientes prestos a abrirles la puerta, por solidaridad y paisanaje. Sin mostrarse cortos ni perezosos, tales polizones de tipo afectivo se pasaban cada tarde de domingo, sin aviso previo, a jugar a las cartas (brisca, escoba de 15, y tute cabrero, como juegos que se disputaban el gusto de los visitantes), no sin antes, alquilar oídos para que los escucharan y orientaran ante la incertidumbre a la que se veían expuestos.

De hecho, Zuelo en particular pasó a ser, sin mediar cita, “asesor sentimental”, a tiempo parcial, que solía aconsejar cuando se le preguntaba sobre la “rapaza o rapaz” disponible en el pueblo del que procedía, ante el sondeo que le pedían quienes, con edad de emparentar, se planteaban

viajar y programar un “ligue adecuado”. Lo descrito se asemejaba y le recordaba intensamente su propio derrotero, cuando tras dilatada experiencia y conocimiento acumulado en la materia, renunció a la búsqueda de una dama local y optó, como era de esperar, por “una del terruño”. La diferencia estribaba en una actitud más autodidacta que la que mostraban los representantes de la generación siguiente. Cada encuentro dominical reproducía el escenario pueblerino como si el mapa social se pudiera clonar y trasplantar a la distancia. Los chicos con los chicos y las chicas con las chicas era un mandato ancestral y cultural transpuesto, análogo al que discurría por cada parroquia de la comarca zamorana. En tales espacios, durante las celebraciones religiosas, los primeros ocupaban la parte posterior, estándoles vetado ubicarse en la parte anterior, espacio reservado para las abuelas, niños, damas y señoritas. La madre de Zuelo era, además de chef, “maître” habitual al tener que confirmar el número de comensales que optaban por tomar “algo caliente” antes de irse. Además de estómago lleno, se llevaban también el alma plena. Partían con el afecto y la satisfacción de saberse escuchados al haber “soltado” cuestiones o problemas que traían como si estuvieran delante del típico confesionario aunque, en este caso, el párroco fuera Zuelo.

Los negocios familiares iban viento en popa y la acumulación de ingresos de Zuelo y suegro permitían excedentes dinerarios que alentaban un más que inminente cambio de casa. Inspiraba también el hecho de volver a tener cerca a la hermana que por esas épocas dejaba soltería y contraía enlace con apuesto caballero; socio de Félix Artemio.

En sus ratos libres, Juanito (como familiarmente, se le conocía y llamaba) ejercía de músico-lutier, cocinero y experto en catas de vino patero⁴ y subproductos derivados: aguardiente/orujo y vinagre/acetato, cuando ese era el destino que se le asignaba al vino cuya cosecha no hubiera resultado satisfactoria.

La procedencia del cuñado de Zuelo (flamante marido de su hermana) no podía dejar de ser zamorana y, más en concreto, alistana.

⁴ El vino patero es una variedad existente en Argentina, especialmente en el norte del país. (N.E.)

Tal pertenencia a la tierra era tomada y reconocida como signo de distinción y aceptación de costumbres y usos del acervo cultural heredado. Herencia que se convertiría en el más apreciable abrigo ante el invierno emocional que vivían y padecían nuestros corajudos emigrantes.

La búsqueda de casa apuntaba a la zona metropolitana de Buenos Aires, meta geográfica que ilustraba la progresión socioeconómica de toda familia que deseaba dejar la periferia suburbana para adentrarse en zona urbana. Aunque más residencial que céntrica, sobresalía por poseer una mejor red de transporte y mayor seguridad que, por aquellos tiempos, comenzaba a ser ya un factor a tener en cuenta. Promediando la búsqueda del mejor inmueble, Zuela trataba de buscar su lugar en el núcleo familiar. Se limitaba al cuidado de su pequeño hijo, marido y mayores, la lavandería familiar y a “hacer la compra” cada día (no había súper en tal época que pudiera agilizarla y espaciarla), según la lista que confeccionaba su madre cada mañana. La familia debía ajustarse al “menú” que la Sra. Zuela decidía directamente, sin consultar ni pedir opinión a ningún comensal destinatario que, sin mediar queja, disfrutaba, refección tras refección, de la calidad de sus guisos y preparaciones, cuyas recetas escondía, o bien, no explicaba lo suficiente para que, quizá, ningún otro pudiera emularla y desplazarla. A la sobreprotección que recibió Zuela durante su infancia, se añadía ahora el control logístico del hogar por parte de su madre del que le costaba desprenderse y sentir que había constituido una familia que buscaba su justa independencia. A consecuencia de todo ello, demandaba espacios privados para compartir y comunicar con quien era ya su marido. Aun así, y haciendo de tripas corazón, comenzó a disfrutar de su maternidad, cuando el niño empezó su experiencia escolar familiarizándose con los padres de los compañeritos de Alberto-Miguel que se daban cita cada mañana en el Colegio Claret de la ciudad de Buenos Aires (gestionado por la congregación de los Misioneros Hijos del Corazón de María; la misma, a la que pertenecía el hermano de Zuelo, que residía en España). La escolarización temprana del niño mejoró su sociabilidad que en años anteriores estaba limitada al entorno de paisanos y parientes que se congregaban cada fin de semana en la casa familiar cual club social abierto a quien quisiera frecuentarlo. No obstante, sentía satisfacción al ver que tan-

tos paisanos enjugaban sus penas aún a costas de que se postergara su privacidad y más que legítima intimidad.

El sentimiento expresado era de toda la familia anfitriona. Lo hacían en pos de una solidaridad que no siempre caracterizaba a otro tipo de instituciones como clubs o centros regionales en las que convergían emigrantes de otros pueblos y comarcas con los que no siempre se empatizaba o se tenían cómplices como lo eran los miembros de la familia de Zuelo.

Al continuar el buen hacer empresarial y de apartar, mes a mes, una buena proporción para el ahorro (administrado por las mujeres de la casa, en orden cronológico descendente), se aprobó en consejo familiar la conveniencia de diversificar el riesgo de concentrar la inversión en la misma ciudad: “Poner los huevos en distintas cestas”, como mandato y enseñanza recogida de sus mayores. El cambio de vivienda competiría con aquella decisión durante un tiempo. La búsqueda de un inmueble que mejor satisficiera las necesidades propias derivadas del incremento de la familia se había vuelto perentorio. Si bien podía diferirse, amenazaba ya la calidad de vida de los integrantes familiares cuyos representantes más jóvenes reclamaban más espacio y calidad de movimiento. A pesar de lo dicho, se priorizó la inversión en el predio comercial sobre el familiar al iniciar un sondeo de alternativas inmobiliarias en zonas distantes del eje metropolitano de Buenos Aires. Se trataba de identificar áreas no expuestas a la especulación rampante de precios que acosaban a la gran urbe, pero con el suficiente potencial turístico para que el retorno en términos de capitalización durante el tiempo se convirtiera en una expectativa razonable. Dibujado el escenario de actuación, Zuelo fue el estratega para poner en marcha la decisión tomada. Aunque racional, a la hora de las sumas y restas, no le faltaba intuición para “dejarse llevar” por lo inusual, paradójico, inexplorado y vinculado a lo que él daba en llamar: indicios relevantes y/o reveladores.

Quiso el destino, o mejor dicho, el oído de Zuelo que sintonizaría un día con la conversación que se producía en la cocina del hotel del barrio de Constitución en el que trabajaba. Fue así, aprovechando el desayuno que tomaba cada día sobre las siete de la mañana que reparó en

un mensaje del Chef. Acostumbraba siempre a escuchar más de lo que hablaba, pues pensaba, con evidente acierto, que lo que podía decir le quitaba tiempo a saber lo que ignoraba. El chef del hotel Lincoln (cuya identificación comercial honraba el apellido del presidente americano, a propuesta del arquitecto que permutó honorarios por porcentaje societario) se llamaba Sr. Castilla y procedía de un distrito rural, distante a unos 380 km de Buenos Aires. Tenía por nombre el de General Mada-riaga, que sería más tarde muy conocido y bastante popular, también fuera del país, por el número de hectáreas que compraría el conocido cantante español, Julio Iglesias. El simple apellido (región española a la que pertenecía la provincia de la que era oriundo, en la que nació la lengua castellana) de su colega le atraía sonora y emocionalmente y, por ello o por otra afinidad que se ignora, le escuchaba atentamente cada vez que se pronunciaba. El chef aludido acostumbraba a visitar a los suyos viajando a su pueblo cada mes y Zuelo, ni corto ni perezoso, se ofreció en uno de esos viajes previstos a acompañarlo, luego de que le fuera extendida una invitación por parte de su compañero de trabajo. Lo hizo con el propósito de animarlo a disfrutar de lo que él llamó el destino obligado en años venideros de playa para los que vivan en Buenos Aires y zonas de influencia, semejante a lo que hoy puede ser Gandía para una ingente cantidad de madrileños de clase media.

Más que familia, los zamoranos de aquella época ejercían como tribu y la ejecución de prospección y eventual inversión, más que familiar pasó a ser tribal. Y como en toda tribu habitual de la historia conocida, los que llevan a cabo la acción son los hombres de la casa. A Zuelo y Félix Artemio, se les unió el cuñado de ambos, esposo de la hermana más pequeña, cuyos esponsales habían ocurrido unos meses antes.

En este caso, el viaje de inversores reemplazó a la luna de miel del cuñado, diferida *sine die*, o mejor dicho, compensada por un eventual viaje a la madre patria que el grupo familiar también ya barruntaba (como celebración) siempre y cuando salieran airosos de su periplo y aventura financiera. A la motivación inversora, se adosó una excusa menos crematística como ser un imprevisto safari de caza, alentado por el cuñado que, a la música y el buen vino, le añadía “pegar tiros” cada

vez que podía escaparse de la ciudad y explorar esa pampa, cuyo simple nombre siempre le sedujo al hacerle imaginar extensiones ingobernables.

El llamado carpincho (jabalí salvaje, localizable a lo largo de toda la pampa húmeda, área fértil de las provincias de Buenos Aires, La Pampa y San Luis) y las llamadas colorada o martineta copetona (variedades de perdiz) eran su principal reclamo. Aunque como se verá, la febril actividad que les iría surgiendo no les dejaría tiempo de cazar ni de comer perdices, aunque fueran plenamente felices por los logros que obtendrían. Así puestos, la expedición constó de tres “cazadores”, y un ojeador: el Sr. Castilla; único conocedor de la zona e imprescindible GPS para un primer y eficiente viaje de prospección a una zona totalmente indómita y desconocida por estos curiosos e inquietos zamoranos. El automóvil Ford que llevaban se correspondía con uno del modelo Falcon; de triste recuerdo y fabricado únicamente en la Argentina. Era el tipo de vehículo que utilizarían las fuerzas de seguridad responsables de la persecución y desaparición de personas en la década de los años 80 por no comulgar con el régimen militar impuesto. Al mando del cuñado cazador, su conducción no permitió hacer el viaje en menos de ocho horas para los 400 km (la de chofer era la tarea que peor se le daba) de los que constaba un camino irregular con muchos baches cubiertos por ripio⁵ complementado con un deficiente asfalto que llegaba solo hasta donde se verificaba civilización.

El Sr. Castilla descendió antes y se quedó en su pueblo de Madariaga, cuando la noche hacía ya acto de presencia y los atrevidos exploradores asumieran continuar viaje haciendo un centenar más de kilómetros, aconsejados por el amistoso consejo del chef, para avanzar hacia la misteriosa zona cuya descripción de potencial turístico-inmobiliario los había encandilado. La villa de destino, cuyo nombre tomaba el apellido del fundador, primer habitante y pionero, D. Carlos Idaho Gesell, que había llegado hacía los primeros años de la década del 30,

⁵ Según el *Diccionario* de la Real Academia Española es un término utilizado en varios países sudamericanos que significa casquijo que se usa para pavimentar (N.E.)

en compañía de su segunda mujer. Don Carlos, como así le llamaban, era descendiente de un político alemán, que había ejercido como ministro, aunque enemistándose luego con el poder de la época. Deseoso de escaparse del ruido que ya caracterizaba a la urbe capitalina, Don Carlos “huyó” cuando descubrió el desafío que suponía domar los miles de hectáreas de dunas imperantes en la zona con las que acababa de hacerse. Lo que lo había enamorado hizo que se desenamorara hasta romper con su primera mujer ante la negativa de acompañarlo, aunque luego contribuyera a lanzar en la ciudad de Buenos Aires con el resto de la familia lo que, años después, sería *Casa Gesell*, tienda especializada en productos textiles y de ocio, dirigidos a la infancia.

Proclamada ya la madrugada, consiguieron sortear infinitos caminos de arena, sin ápice alguno de señalización, hasta alcanzar el supuesto “dorado” y se sintieron en la gloria cuando pudieron encontrar una luz que olía a posada; lugar más que necesario, dadas las horas, y ante el cansancio y rocío que generoso caía en la añorada Villa. Llegaban a un ignoto sitio del que ignoraban características y potencial, pero verían justificada su intuición, años más tarde, cuando se popularizaba el slogan que la promocionaba y les hacía recordar la clara y primera recomendación del Sr. Castilla: -“El balneario que se recomienda de amigo a amigo”. Comenzaban inmediatamente a confirmar que lo desconocido es tan atractivo como oneroso, cuando la señora de tez blanca y rubia cabellera atinó a mostrarle el billete equivalente por una noche para tres, sin pronunciar una sola palabra en el idioma de Cervantes, hablado por Zamora, Castilla y el resto de Argentina y España.

Un día soleado como los que hacen época y son motivo suficiente para dejarse calentar fue el motivo para que el intrépido trío saltara de la cama. Sin desayunar, se lanzaron a caminar por una pequeña aldea costera austral (sobre el mismo litoral del océano Atlántico bonaerense), constituida por opulentos chalets rodeados de floridos jardines vigorosos y verdosos, a pesar de no tener, sorprendentemente, tierra alguna como base. Todo era arena y de arena, también las escasas arterias que serpenteaban el tipo de edificación mencionada, barridas por una pertinaz brisa y poblado por gente bohemia y distendida, asemejándola más a la balear

Ibiza que a la valenciana Gandía (según se había mencionado como semejanza).

Una buena mayoría de habitantes y transeúntes que observaban no se correspondían con el color de tez y mediana estatura; rasgos típicos que identificaban a nuestros emigrantes y a buena parte de la población existente en la ciudad capitalina que habitaban. Por señas, gestos y perseverancia ante los primeros interlocutores, dieron con una de las dos oficinas inmobiliarias que ofrecían el tipo de propiedad que buscaban: a) pequeño hotel que pudiera ser atendido por sus dueños; b) flujo de clientela para que permaneciera abierto todo el año; y c) precio neto que evitara rehabilitación o reforma de instalaciones.

Contrariando a quien sabe que tropieza con lo que busca parecía que, en este caso, el primer hotel que se les ofreció los estuviera buscando a ellos. A tres naufragos como los descritos, no les hubiera disgustado (para zarpar a continuación), toparse con una embarcación, llamada *El Velero*: nombre comercial del establecimiento que les ofrecían. El propietario no dejaba de ser pintoresco: militar de origen teutón, terminó siendo unos de los responsables de la sala de máquinas del crucero alemán espía, de nombre *Admiral Graf Spee*, que los estrategas de Hitler tenían apostado hacia 1939, en la zona del Río de la Plata, para controlar el tráfico de mercantes. Al presentarse en el acorazado un problema mecánico de difícil reparación, el capitán recibió órdenes desde el mando alemán de hundirlo inmediatamente, desapareciendo *ipso facto* de la superficie frente a las costas de la afamada ciudad de Punta del Este (República Oriental del Uruguay). Entre los 1.055 tripulantes que protagonizaron la obligada espantada; todos quedaron huérfanos de actividad y destino, optando una minoría (siendo uno de ellos, el prominente maquinista naval que nuestro trío tenía delante) por explorar alternativas y descubrir que su vida discurriría en la Villa. Gesell, sería en años venideros, una de las ciudades de mayor desarrollo del país (convirtiéndose en municipio autónomo hacia los 80', independizándose del distrito de Madariaga que lo tutelaba desde sus orígenes).

Ante la transacción que felizmente concluían, se encontraban ya confiados en haberse profesionalizado en materia financiera al poder suplir

el rol de emigrantes por el de incipientes inversores que intentaban superar su primera prueba, sujeta al visto final del comando matriarcal que había quedado en Buenos Aires. Ninguno de los tres lo hubiera imaginado tiempo atrás poder compartir un momento semejante. Y mucho menos, teniendo del otro lado de la mesa, a un antiguo súbdito de quien hacía llamarse Führer, viéndose como un elenco de actores a prueba de una incipiente *performance* que se llamaría globalización. Décadas después, se volvería moneda corriente y, con la también digitalización, ya no sería necesario trasladarse tantos kilómetros para cerrar ese tipo de operaciones. La transacción había concluido exitosamente, como ya se explicó, y la caza de perdices y carpinchos fue sustituida por una inversión que no dejaba de ser para tal curioso trío de cazadores una pieza de “caza mayor” en una épica batida, de la que podrían presumir (y comentar luego con sus hijos y descendientes) con suficiente motivo durante toda su vida.

El fin de semana concluía de tal forma que aún se hicieron con tiempo de darse un banquete-festín en bastión alemán (no había muchas opciones de otro tipo de cocina), de curioso nombre: *Noa-Noa*. El establecimiento gastronómico se divisaba desde la propiedad adquirida que se situaba en una loma ajardinada, desde la que, a su vez, se avistaba la importancia y longitud de su vía principal, identificada con un número, el 3. Y también eran tres las partes que tomaron parte de la compra, despejando posibles celos y agravios comparativos entre el trío de ases femeninos que, expectantes, aguardaban acontecimientos desde la casa familiar. Su dueña, de inocultable apariencia germana y fuerte carácter, les trajo una carta de platos en el que no había más opción que seleccionarlos según lo atractiva que resultaran las fotos de las pocas opciones que brindaba por ignorar el idioma en el que cada una estaba descrita.

Las pocas especialidades que promocionaba parecían ser caseras y cocinadas por quien la acompañaba que ante el parecido físico, debía de ser su madre. Resultaría ser pariente o conocida del vendedor alemán pues estaba al tanto de la operación al sorprenderlos con un brindis con champaña francesa que ella misma propició, al decirles a continuación: -“¡Bravo!”. Nunca supieron si se mostraba eufórica por haber cambiado

de vecinos, o bien, se trataba de una actitud permanente que se correspondería, como suponían, a una brillante profesional, emigrante como ellos, que sabía promocionar su local ante futuros vecinos candidatos a convertirse en potenciales clientes que podrían repetir muchas veces en un futuro inmediato. Dos días, tan solo, habían resultado de los más productivos en las vidas de los tres pioneros de las inversiones castellano-zamoranas en aquella zona, virgen e indómita. Prestos a recoger bártulos en el pequeño hostel que se alojaban, recordaron que debían recoger al compañero y amigo, Sr. Castilla, en la vecina localidad de Madariaga, antes que oscureciera, en un día de domingo que, paradójicamente, se correspondía con el día de la independencia nacional. Pragmáticos como lo eran, también habían declarado a su modo la suya, al menos en lo concerniente a lo económico. En este momento, experimentaban una mayor libertad que cuando emprendían el viaje de ida percibiendo que ponían pie y dejaban huella. Mucho más profunda, si cabe, en un país que dejaba de ser ya de paso, para convertirse en la patria de sus descendientes y residencia de la familia para las siguientes décadas. El tiempo transcurrido hasta la recogida y el ocupado por la posterior llegada a la gran urbe estuvo lleno de las anécdotas que ilustraban un viaje tan singular que llegó a conmover hasta el mismo Sr. Castilla, gran inductor de la travesía, haciéndole exclamar, ni bien dejaban que se expresara, dado el cúmulo de emociones registradas: -“¡Nunca pude imaginar las consecuencias de un consejo dado y tan bien aprovechado por Vds! ¡Nunca había tenido un viaje tan corto y tan entretenido, entre mi pueblo y Buenos Aires!”.

De vuelta al hogar, traspasada ya la medianoche, las mujeres de la casa estaban aún despiertas, aunque el niño estuviera ya descansando dada la hora. Se mostraban muy atentas y pendientes de los detalles y resultados de la travesía, sin que faltara una cena contundente para la ocasión, por si el más que posible apetito cundía entre los turistas (ahora, devenidos inversores). Eficiencia y satisfacción eran los evidentes frutos de una expedición que colmaba expectativas y decisiones tomadas anteriormente por todos aunque inducidas claramente por el trío (Zuelas + cuñada) matriarcal de estrategias que administraba con eficacia la casa y

recomendaba, con acierto, proteger los excedentes dinerarios que se iban produciendo. Aunque la noche fue secuestrada por las circunstancias y el descanso resultara escaso, toda la familia tenía por costumbre despertar ni bien aclaraba el día, pues tanto Zuelo como Félix Artemio les llevaba tiempo llegar a sus sitios de trabajo al utilizar transporte público en plena hora punta. No eran menos los avatares de Alberto-Miguel y madre que también se tomaban su tiempo entre el baño diario que uno recibía y otra controlaba. Le sucedía al preceptivo desayuno previo a la recogida del autobús escolar que lo recogía cada día para llevarlo hasta el Colegio Claret de Buenos Aires, en el que completaría sus estudios primarios y secundarios, destacando por su aplicación, rendimiento y relacionamiento con autoridades, compañeros y docentes.

Tres temas secuestrarían la atención familiar de los próximos meses aunque solamente fuere el primero en el que sería “exclusividad de hombres”: a) selección del equipo para singladura de la nave adquirida (*El Velero*); b) compra de casa para mudanza familiar, con hermana y cuñado de Zuelo; y c) viaje familiar a la madre patria para reencuentro con parientes/amigos.

Zuelo tenía un caladero perfecto de candidatos que eran compañeros suyos en el hotel del barrio de Constitución en el que ya ejercía como responsable de área y en el que llegaría a presidir, décadas después. No obstante, tenía que ser cauto y extremar cautela para informar oportunamente de tal necesidad al Sr. Calvo ante la demanda de personal que exigía la primera inversión que hacía por su cuenta sin el concurso de quien tanto le había apoyado hasta la fecha. Como la llamada M-30 (hoy, calle 30) constituye la radial de Madrid, diferenciando la zona metropolitana del extrarradio, la llamada avenida del General Paz hacía lo propio con la capital argentina. El barrio más próximo al distrito en el que vivían, ni bien cruzaban la citada avenida, se llamaba Villa Devoto; zona residencial que, paradójicamente, daba nombre también al segundo presidio que, junto al de Caseros, eran los únicos dos complejos carcelarios instalados en la ciudad. Con el tiempo se convertiría igualmente en el barrio de la mansión de la familia del futbolista Diego Maradona que, cuando fue contratado por el F. C. Barcelona, ce-

dería a sus padres que residirían allí hasta que fallecieran, acompañados de los hijos que en ese momento permanecían solteros y luego, algunos, también emigrarían a España.

Varios fines de semana fueron destinados a la visita de propiedades que diversas oficinas inmobiliarias les iban ofreciendo muy interesadas en persuadir a tan exigentes clientes que daba gusto satisfacer y mantener, si fuera el caso. Transcurridos un par de meses, tuvieron la dicha de encontrar un predio de tres plantas emplazado en la calle conocida como Bahía Blanca (nombre de la ciudad bonaerense, asiento de la Armada argentina y en cuya ría se abre el Puerto del Ingeniero White, desde el que se canalizan buena parte de las exportaciones argentinas al mundo). Optaron por cederle el bajo con su correspondiente plaza de garaje (casi 200 m² edificados, incluyendo un generoso terreno en la parte posterior que transformarían en jardín y huerta) a la hermana y el cuñado, reservándose las dos plantas superiores para los dos matrimonios, junto al pequeño de la casa. Las dos plantas que pasarían a ocupar “Los Zuelos” y abuelos duplicaban superficie y contaban también con una plaza de garaje aunque no tuvieran coche (por allí se dice auto). Zuelo carecía de visión en uno de sus ojos por una infección de pequeño que no supieron curarle a tiempo, culminando con la extirpación total del lóbulo ocular. Desde aquel momento tuvo que recabar una prótesis que nunca ya abandonaría y que le impedirían tramitar un permiso de conducción. Habían decidido ceder la zona verde cedida a la hermana a cambio de una terraza panorámica con barbacoa y quincho (nombre que se le da por Argentina, Paraguay y Uruguay al cobertizo que permitía asar carne y acoger a los invitados que disfrutaban de un día de campo; en el caso que nos ocupa, en plena ciudad) y generosa vista del barrio que circundaba a la propiedad de reciente construcción (el vendedor, Sr. Pereira, había sido el constructor y primer ocupante).

Aquel año de 1964 estaba discurriendo a pedir de boca y para continuar la tendencia de abundancia que los caracterizaba, dos damas comunicaban estados de buena esperanza: Zuela, a la espera del segundo hijo y la hermana de Zuelo su estreno maternal cuando ya excedía los 45 años. Tal sucesión de noticias que incrementaban en dos el núcleo

familiar elevándolo a nueve miembros aplazaban *sine die* el comentado viaje a España y a su Zamora natal. Sobraban razones para hacerlo pues el disfrute del actual momento satisfacía y superaba el placer de una travesía que siempre podría realizarse. Aunque no se hacían estudios por aquellos tiempos para dirimir el sexo de los niños, la intuición de las “futuras-mamá” y la evaluación que amigas cotillas hacían sobre el tipo de embarazo anticipaban que serían niñas, confirmándolo efectivamente cuando ocurrió el parto. La hermana de Alberto-Miguel vio la luz días antes de la festividad navideña, inmejorable regalo que celebraba los cuatro años de llegada de suegros y esposa de Zuelo, mientras que su sobrina (hija de hermana y cuñado) llegaría al mundo en los primeros meses del año siguiente. Ambas llegaron sanas y salvas trayendo alegría y esperanza para una familia que solo pensaba en disfrutar intensamente la vida concedida y en el futuro de los que traía al mundo. Por proximidad de edad, las dos criaturas serían con el tiempo tan amigas como primas convirtiéndose en verdaderas cómplices de vida, compartiendo prácticamente la totalidad de cada jornada hasta bien avanzados sus años adolescentes cuando una decidió dejar el país antes que lo hiciera la otra. De hecho, terminarían siendo compañeras de guardería y de escuela primaria y secundaria que ofrecía el Colegio de la Santísima Virgen Niña que regentaba una congregación de monjas italianas desde inicios del siglo anterior, frente a la plaza del barrio de Villa del Parque. Se halla tan próximo a la casa en la que ambas familias vivían que el trayecto lo completaban, si la meteorología lo permitía, en agradable y distendida caminata.

Los años siguientes convertirían la residencia familiar en un “*hostel*” de corte infanto-juvenil, en el que frecuentemente se producía trasiego de compañeritos que desfilaban haciendo gala de lo que en Buenos Aires se llamaba “fiesta de pijamas”, en las que los niños disfrutaban fines de semana alternando en casas diferentes. Se aprovechaban para hacer tarea escolar como celebrar cumpleaños, aunque no siempre se tirara de una excusa determinada para llevarlas a cabo y divertirse por todo lo alto. Mientras los niños iban a lo suyo, los adultos tampoco perdían el tiempo y no dejaban de promover, domingo tras domingo, tras

la preceptiva misa a la que concurría la totalidad de familia, los encuentros iniciados en la anterior vivienda. Al juego de cartas y el diálogo habitual, se sucedían bailes y conciertos de gaita y dulzaina, animados por, Juanito, el dicharachero cuñado de Zuelo que se había hecho con la parcela cultural en un abrir y cerrar de ojos. Muchos de los visitantes venían ya de contraer enlace con paisana zamorana (siguiendo el oportuno consejo brindado por Zuelo) que se radicaba en el país. Siguiendo el protocolo, engrosaban inmediatamente la lista de los que pasaban a disfrutar de la tradicional hospitalidad ofrecida por tan generosos anfitriones, compartiendo las primeras fotos en color cuya existencia se iba popularizando por aquellos años.

Diciembre de 1965, sería la fecha de la primera temporada en la que *El Velero* abría sus puertas bajo la dirección de los nuevos propietarios y ello implicaba que la familia tuviera que desplazarse a la costa atlántica los años venideros, verano tras verano, para instalarse desde el puente de La Inmaculada hasta la primera semana de marzo. Para disfrutar en mejores condiciones de la estación estival, acostumbraban a alquilar una propiedad, cuyo propietario era también un paisano, contiguo al establecimiento que dirigirían hasta bien avanzados los '70. En tal temporada, renunciaron a la permanencia de tres meses en la zona, ya que pudieron contar con un gerente que residiría en Villa Gesell todo el año y que provenía también del hotel en el que seguían prestando sus servicios Zuelo y el chef Castilla. Las familias no descansaban ni en la playa ni en la ciudad pues se afanaban y ufanaban en aprovechar esos años en los que podían permitirse una ingente actividad que les asegurara ahorros que garantizaran un futuro tranquilo, en contraposición con el que no pudieron asegurarles sus mayores.

Con la puesta en marcha del hotel adquirido y del cambio de vivienda sustanciado, el viaje a la madre patria aparecía como el reto pendiente. Por ser el último de los programados, no dejaría de ser el menos importante en la integración y cohesión de un árbol familiar que ya contaba con tres flamantes brotes. Quizá el emigrante asume que su proceso en sí, es un bestial viaje (el destino nunca es un lugar) que no solamente se presta a hacer sino que, manso, deja que se haga en él. Más tarde, y

ahora era cuando ya lo vislumbraba, se presentaría el momento correcto para trasladar lo aprendido a hijos y nietos sobre lo que realmente significaba y de lo que iba eso que daba en llamarse emigración.

El retraso del mencionado viaje fue acertado y oportuno pues los niños crecían y se familiarizaban con más información cual turistas que leen antes la guía del destino que deciden visitar. Muchas veces se había insinuado y muchas otras se iba difiriendo pero lo cierto es que la hiperactividad, ante la cantidad de frentes abiertos, había sido el obstáculo que dejaba atrás una familia que ya emprendía el camino de forma más lenta, pero igual de segura.

Celebradas las primeras comuniones de los tres niños, siendo consecutivas pero no simultáneas (preceptivas entre los 7-9 años de edad, según costumbre imperante en los centros educativos a los que asistían) había llegado un momento inmejorable para realizar el viaje. Se ofrecería como obsequio a los niños pero resultaría memorable para toda la familia por ser el primero (y último) que pudieron hacer los nueve juntos. Se prolongaría la totalidad de los dos meses (los hombres redujeron la estancia a la mitad) del verano austral y fueron muy bien aprovechados para mostrarles a los jóvenes descendientes las raíces familiares de padres y abuelos. Y, de paso, se aprovechaba para visitar a los parientes que esperaban conocer a sus respectivos primos y sobrinos argentinos (Zuelo y hermana tenían todavía a cinco hermanos vivos; Zuela era hija única) y también para que el resto de adultos pudiera regresar, una década después, a la tierra que los había visto nacer y crecer.

Si hubiera un lema que pudiera definir a “Los Zuelos” ese sería: “No dar puntada sin hilo”. Y para muestra un botón: todo viaje supone una ingente inversión económica y de tiempo y, previamente, habían acordado no limitarlo a propósitos turísticos y de reencuentro familiar, si afloraba o pudiera surgir un “chollo” que justificara una inversión que asegurara jubilación y futuro. La lección estaba aprendida desde el mismo momento de zarpar y al igual que cuando se tomó la decisión de adquirir el hotel en la costa argentina, el ala matriarcal aconsejaba en aquel viaje no dejar de “mirar” cualquier oportunidad que diversificara el riesgo que suponía tener concentrado lo que se tenía invertido

en territorio americano. Y tanto Zuela como hija, a pesar del analfabetismo de la primera y de la poca propensión a la lectura de la segunda, conocían muy bien los avatares de un país que históricamente acusaba una inestabilidad crónica desde la interrupción democrática de 1930, a cargo del general José Félix Uriburu, autonombrándose luego presidente. Desde aquel año y cambio de década, los argentinos se irían acostumbrando a que cada militar que usurpaba la Casa Rosada (Casa de Gobierno) fuera llamado presidente de la Nación. Y que inspirara a ese cronista anónimo que llegó a ironizar la coyuntura, expresando: “No vayan tan rápido que no nos dan tiempo a desobedecer todo lo que van prohibiendo”. El golpe encabezado por Uriburu inauguraba una serie de golpes de Estado que ocurrieron sucesivamente en 1943, 1955, 1962 y 1966 y que se fueron alternando con escasos gobiernos constitucionales hasta la asonada de 1976. La misma fue orquestada por las tres fuerzas armadas conjuntas, representadas por el general Jorge Videla, el almirante Eduardo Massera y el brigadier Orlando Agosti que dio lugar a la última junta militar corporativa (Ejército de Tierra, Armada y Ejército de Aire o Fuerza Aérea) que, con un reemplazo posterior de actores, se interpuso en la intermitente democracia argentina. Fue el golpe de estado mencionado el último que la historia argentina reciente registra antes de la instauración definitiva de la democracia en 1983, al ser electo el presidente el Dr. Raúl Alfonsín (Unión Cívica Radical), nacido en Chascomús; poblado relativamente próximo a la ciudad de La Plata; capital provincial bonaerense, pero con raíces familiares en el pueblo gallego de Lalín.

El viaje del primer regreso y, por tanto, tan añorado de los nueve “turistas” se concretó finalmente promediando el mes de diciembre, el mismo año de los mundiales de fútbol de 1978 (Argentina, venía de consagrarse campeón mundial del deporte rey, por primera vez en su historia), coincidiendo con el mismo mes de llegada de la familia política de Zuelo, ocurrido en un ya lejano 1960. Casi dos décadas habían transcurrido desde el desembarco americano, siendo el *Monte Umbe*, construido por la Naviera Aznar, el navío que los transportó desde el puerto de Buenos Aires hasta el de Barcelona, tras 19 días de travesía, coronando lo que muchos sueñan y pocos concretan: “¡Volver!”.

NOTA BIOGRÁFICA DEL AUTOR

Miguel Rivas es hijo y nieto de una familia de emigrantes zamoranos afincados en la capital de la República Argentina desde el año 1948, nace el 7 de mayo de 1962 en Buenos Aires. Es miembro del equipo que gestiona la Asociación de los Amigos del Desierto, AdD, fundada por el Padre Pablo d'Ors, junto a Beatriz Canals y María Boada en 2014. Junto a Cecilia Vicente coordina tareas de comunicación y, junto a D^a. Olga Cebrián, la programación de las conferencias, cursos, talleres y seminarios en Asia e Iberoamérica. Reside en España desde el año 1988, ausentándose entre 2008 y 2011 ante el proyecto de puesta en marcha de un grado universitario en Shanghai, por encargo del gobierno chino, al grupo privado, *The Raffles Education Corporation* (con cotización en la Bolsa de la República de Singapur; ex- Colegios La Salle). Está graduado en Administración y Economía de la Empresa, ejerció desde 1988 como responsable de áreas comerciales y de calidad. Cursó estudios de post-grado relacionados con la práctica del marketing y la neurociencia aplicada a empresas. Acumula más de tres décadas como emprendedor, docente, investigador, orador, promotor de voluntariado social y consultor-jefe, a cargo de misiones y proyectos profesionales, por encargo de diversas entidades multilaterales, corporaciones públicas/privadas e instituciones educativas de países de África, Asia, Iberoamérica, Oriente Medio y UE. Persuadido por el impacto pedagógico del ejemplo y de poder esculpir lo de fuera, que sobra, molesta y afea, busca siempre que entre sus variadas audiencias e interlocutores aflore lo auténtico que cada uno lleva dentro. Generó e inspiró tal deseo, el haber sentido temprana curiosidad por el misterio de los ritos y la sabiduría derivada de la tradición y el acervo ancestral de pueblos originarios aún no extintos, constituyendo los mapuches; diezmados y esparcidos en contadas franjas de la Patagonia argentina-chilena, cordillera de Los Andes de por medio, su primera y reveladora referencia.

Tres son las generaciones que dejan huella ancestral aunque también alguna que otra cicatriz cual trofeo resultante ante heridas que han querido immortalizarse a flor de piel antes de que cualquier tatuaje le cogieran la vez. *Cuatro* son las estaciones por las que el año se da a conocer dando motivo para cubrirse hasta donde se pueda, o bien, alcanzar el más completo desnudo cuando el cuerpo se entrega a los grados del mercurio. *Cinco* son los días hábiles en los que espíritu y talento se ponen de acuerdo para cumplir con el oficio, arte o profesión por los que el nativo residente opta, generalmente, a la supervivencia. *Seis* era el número que no quiso ser nueve cuando el dígito del billete comprado esquivaba el premio mayor en la lotería ocasional que, omitiendo el adagio castellano, no anteponeía trabajo ni economía. *Siete* es el número de días que trabaja a la semana el emigrante, consciente de apostar por una incondicional entrega como señuelo a esgrimir mientras familia y salud sigan siendo aliados leales. Actitud, fortuna y sano orgullo van por dentro de los que toman al corazón por motor y al latir por impulso de la huella que dejan a su paso.



Boda de Zuelo y Zuela en Zamora, 1959; emigrantes zamoranos en Buenos Aires, Argentina, 1948-1998.



Lucía (hermana de Zuelo) y Juan (cuñado), padres de Virginia María, 1963.



Boda de Lucía, hermana de Zuelo con Juan, junto a Félix Artemio (hermano y suegro) y Sra. Zuela (suegra), 1961.



Primera Comunión de Alberto-Miguel, junto a Virginia M^a y Dora; sobrina e hijos de "Zuelos"; Buenos Aires, 1969.

De Fonfría a Miramar

Felisa Leopoldo de Toro de Turuelo

Yo, Felisa Leopoldo de Toro de Turuelo contaré a continuación una pequeña parte de lo que ha sido mi vida y desde que yo me acuerdo. Nací el día 2 de diciembre del año 1928, en un pueblo que se llama Fonfría, municipio del Partido de Alcañices de Aliste, provincia de Zamora, Reino de León.

Mi juventud fue inolvidable, estupenda, muy linda, claro siempre teniendo en cuenta la época en que transcurrió. Las chicas y los chicos nos divertíamos mucho y sobre todas las cosas, sanamente, solo con lo simple de la vida. Cuando íbamos a los bailes, lo hacíamos de día, ya que era en ese momento cuando se hacían, solamente y en ocasión de las fiestas del pueblo, era que llegaban hasta la noche. Todas las chicas éramos amigas, no había rivalidades entre nosotras, ni discriminación, no había violencia, tal vez sería porque todas teníamos acceso a las mismas pocas cosas que se conseguían en el pueblo, dado que era chico y con pocos habitantes, pero de todas formas, había bastante juventud.

Allí viví hasta que me vine a la Argentina en el año 1956. Mi familia se componía por mis padres, siete hermanos (dos varones, que eran los mayores, y cinco mujeres muy unidas y muy compañeras entre nosotras). Yo vine a este país porque mi marido, Miguel Turuelo Reguero, ya se había venido hacía un año (1955), estábamos casados por poder, un estilo de aquella época. En la práctica yo me casé con mi papá. Para mí, ese día fue muy triste, pensando que a partir de allí mi vida cambiaría y tal vez fuera para siempre, en ese momento debía tomar un rumbo lejano, desconocido y así fue.

El día 14 de septiembre de 1956 embarqué en el puerto de Vigo, Galicia, en un barco que se llamaba *Alberto Dodero*, y llegamos al

puerto de Buenos Aires el 1 de octubre de ese mismo año. Viajamos con unos primos por parte de mi marido de apellido Calvo. Ellos ahora viven en la provincia de Córdoba, en un pueblo llamado San Pedro, del cual fueron intendentes desde hace veinte años. Primero fue el padre (Lucas Calvo durante dieciséis años) y al haber fallecido este, fue sucedido, elecciones mediante, por su hija Emilia Calvo.

Acá en Argentina, con mi marido Miguel Turuelo siempre hemos vivido en Miramar, tenemos un hijo que se llama Miguel Ángel y él tiene dos hermosos e inteligentes hijos, Romina y Andrés, que son nuestro orgullo como nietos.

Cuando recién llegamos de España, vivimos en la calle 34 y esquina 9 y lo mejor que nos pudo haber pasado fue haber tenido unos vecinos tan buenos y afectuosos, los que para mí fueron mi segunda familia. Ellos se llamaban don Rafael Mejías y su esposa doña Vicenta. Con ellos me acostumbré a tomar mate y sin azúcar. Ese matrimonio, que también eran españoles y de la provincia de León, tenían siete hijos, los cuales siguieron siendo nuestros amigos, así como también algunos de sus nietos como lo es Gladys Mejías y su esposo Héctor Álvarez con sus tres hijas, quienes son una familia extraordinaria. Asimismo, hubieron [*sic*] otros vecinos que fueron muy buenos con nosotros, ofreciéndonos su cariño y su amistad, tal es la familia Juliano, de la que no nos olvidaremos nunca, lo mismo que de sus hijos, siendo una de ellos muy querida en Miramar, como lo es la esposa del doctor Di Cesare.

Luego, con el paso del tiempo y ya asentados definitivamente en esta ciudad, fuimos conociendo otros paisanos, como Consuelo y Matías Álvarez, Prudencia y Zacarías Álvarez, Rosendo, "Jesús" Álvarez, Rodríguez que se dedicaba a la carpintería, la familia Atucha que tenían almacén, Elisa y Melitón Martín que también tuvieron almacén, Manuel conocido como "el Coreano", quien en España había hecho el servicio militar con mi esposo y se reencontraron casualmente en esta ciudad y fue donde se reconocieron y recordaron aquel grato momento.

Hemos tenido muy buenos amigos, digo hemos tenido porque algunos han decidido volver a España, tal es el caso de Paco y Mercedes, y otros ya se han ido para siempre. Los que tenemos ahora nos llevamos

muy bien. Nuestra vida en Argentina ha sido bastante sacrificada, sobre todo los primeros años en los cuales tuvimos que trabajar mucho y muy duro para poder ahorrar algo de dinero y así comprarnos un terreno para poder construir nuestra propia vivienda, que era lo que anhelábamos.

Uno de los primeros trabajos que realizamos en la ciudad, fue de encargados en el edificio “Avenida”, que aún existe en la avenida Mitre casi 12, allí estuvimos poco tiempo. En ese edificio cumplió su primer año de vida nuestro hijo Miguel Ángel (año 1959).

Más adelante logramos comprar el terreno soñado y allí comenzamos, primero los planos, luego los cimientos, las paredes, el techo y así veíamos como iba creciendo la obra, ladrillo sobre ladrillo. Lo fuimos haciendo durante la noche, ya que mi marido durante el día trabajaba en otras obras, siempre en el gremio de la construcción en la empresa constructora de los hermanos Blanco. En esa época había mucho trabajo, se construyeron la mayoría de los grandes edificios de la ciudad, lo que requería que se trabajara los sábados y hasta incluso algún domingo o feriado.

La casa la construimos totalmente entre mi marido y yo, salvo la parte de la losa de cemento y el gremio de electricidad donde nos ayudaron los hermanos de Mejías (Urbano y Raúl). En esos años ellos trabajaban en ese oficio y a su vez tenían un comercio de bazar y de artículos para el hogar y electricidad, en el cual compramos todo lo necesario de ese ramo para nuestra casa. Era un negocio con gran surtido de mercadería y variedad para los tiempos que corrían.

Mientras estábamos construyendo nuestra casa, vivíamos en la calle 25 e/ 38 y 40, y desde allí, cuando consideramos que estaba en condiciones de ser habitada pero aún sin terminar, nos mudamos.

Después de unos años (año 1961), pudimos verla casi terminada, lo que podemos llamar “habitable”. Desde ese momento imaginado por siempre y hasta el día de hoy, estamos viviendo en nuestra casa ubicada en la calle 26 e/ 29 y 31.

Yo también he trabajado en las temporadas de verano. Doce de ellas en un hotel que se llama *Cit Turin*, del cual sus dueños eran Paco y Mercedes Ojea. Otro hotel donde trabajé fue *La Cibeles*, allí lo hice

menos tiempo, pero siempre muy conforme, ya que los dueños también eran muy amigos nuestros, ellos eran Matías y Consuelo Álvarez. Ambos matrimonios se volvieron a vivir definitivamente a España. Gente que extrañamos mucho porque, además de buenos amigos, son muy buenas personas. Con los amigos, hablando en general, hemos tenido suerte, siempre que los hemos necesitado han estado a nuestro lado y se han ido renovando, quiero decir que algunos se han ido, pero otros han ido ingresando en el círculo.

Después de muchos años, en 1969, volvimos a España por primera vez, a visitar nuestros familiares y también pasear y conocer algo del país, ya que nunca habíamos tenido la oportunidad de viajar dentro de él. En esta oportunidad pudimos hacerlo con nuestro hijo. Pudimos volver a ver a nuestros hermanos y a mi padre que aún vivía en el pueblo. El viaje lo hicimos durante 15 días en un barco de la Línea "C" que se llamaba *Enrico C*. Desembarcamos en el puerto de Vigo en Galicia y allí nos esperaba una gran parte de la familia. Recorrimos muchas ciudades visitando familiares y paseando durante 6 meses.

Más adelante pudimos volver nuevamente, pero en esta otra oportunidad viajamos en avión, estuvimos menos tiempo porque lo hicimos sin nuestro hijo ya que estaba por ingresar a un nuevo trabajo.

A medida que iban transcurriendo los años y hasta no hace mucho tiempo, no dejamos de trabajar. Mi esposo, como ya dije, trabajaba en la construcción de edificios y casas durante el invierno, pero durante los meses de diciembre, enero, febrero y marzo, ya que antes las temporadas de verano eran de cuatro meses, trabajó como fotógrafo en las playas de la ciudad. Bajaba a la playa a la mañana, lo hacía alrededor de las 9 o 10 hasta las 13, luego venía a casa a almorzar y volvía a las 14 hasta las 18 o más, después de esa hora continuaba en las plazas hasta ya la noche tarde.

Al principio el trabajo de revelado de las fotos que sacaba, lo daba a un laboratorio particular. Con el paso del tiempo, se fue interiorizando y aprendiendo la técnica del trabajo y así fue que compró un mínimo equipamiento para instalar su propio laboratorio en casa y de esa forma procesar sus fotografías sin dependencia de terceros.

De esta forma, fueron pasando los años hasta que la llegada de las primeras pequeñas cámaras instantáneas y luego las personales, hizo que el trabajo no fuera rentable. Fue entonces cuando llegó la hora de retirarse de la playa, después de veinte años.

Luego llega el momento de la jubilación para mí y para mi marido. Dejamos de trabajar afuera, pero seguimos trabajando en casa, ya que en una casa siempre hay mucho para hacer y más teniendo árboles frutales, plantas, algo de huerta, césped para cortar, etc.

Continuando con el tema de la amistad, hace ya un tiempo, me hice amiga de una persona a la que aprecio muchísimo, lo mismo que a su esposo e hijas. Después de haber pasado muchos años y sin habernos conocido, nos encontramos y fue allí cuando la conocí y me enteré que su padre había sido quien nos había instalado una bomba de agua cuando recién habíamos llegado a la ciudad, su nombre era Mateos Darwich. La familia que tanto aprecio y a que me refiero es la familia Chalela.

Tengo una amiga que es como si fuera parte de mi familia también, todos los domingos tomamos mate juntas y cuando algún domingo no lo hacemos se extraña mucho, se llama Angelina y es española como yo, de la misma provincia. También tengo otra amiga muy importante en mi vida, que más que amiga es una hermana, yo la quiero muchísimo y siempre estará en mi corazón, lo mismo que sus hijos, también es española y se llama Prudencia.

Así vamos llegando a estos días, donde nos encontramos cuidando de nuestra salud para así estar en condiciones de programar un viaje a nuestra tierra de nacimiento, el cual estimo que será muy pronto y en compañía de los nietos.



Fonfría.



Fonfría.



Miramar.

**RELATO DE
BRASIL**

Los Leones de Castilla

Milton Alonso Rubio

PREFACIO

Soy Milton Alonso Rubio, médico brasileño, casado con Thais y padre de tres hijos, Thalita, Cassiano y Larissa. Soy un apasionado por España, tierra de mi familia, amante de su historia, cultura y bellezas naturales. Creé hace ocho años una página en Facebook, la "Sociedad Española de Marília", enfocada en promover la cultura de la vida española. En la búsqueda de los documentos necesarios para la obtención de la doble ciudadanía, reuní un rico material, que me llevó a escribir un pequeño libro en 2012. *Tierra de Conejos* fue impreso con una tirada de 50 ejemplares y fue distribuido entre miembros de nuestra familia. El encuentro con el edicto del "V Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa", motivó el interés de mi participación y divulgar la historia que levante. Consideré que aquel libro escrito con el corazón no atendía las especificaciones del Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa de la UNED de Zamora. Entonces realicé un nuevo relato, eliminando los excesos: fragmentos largos y aburridos, las fotos con derechos de autor, pero manteniendo las esencias. Nació el entonces *Los Leones de Castilla*, un testimonio verdadero, una historia pintoresca, un buceo en la aventura propia del ser humano, en la búsqueda eterna de la felicidad.

CERRALBO. CONTEXTO GEOGRÁFICO E HISTÓRICO

Cerralbo es un pequeño pueblo ubicado a 80 km al oeste de la ciudad de Salamanca, en la Comunidad Autónoma de Castilla y León, España. Su nombre proviene del latín *Cerrus Albus*, otorgado a los romanos que allí tuvieron un campamento militar. En Cerralbo han vivido

nuestros antepasados desde el inicio del siglo XVIII, donde ha sido posible verificar los documentos en poder de la Iglesia de Nuestra Señora del Rosario de Cerralbo.

Con cerca de 900 habitantes en final del siglo XIX, Cerralbo tenía una vida sencilla, dedicada al trabajo en el campo, pero España enfrentaba dificultades muy importantes con sus colonias en especial las de Cuba, Filipinas y Marruecos que peleaban por su emancipación. El desgaste económico fue inevitable y los buques de guerra llegaban de las colonias *despejando* cientos de soldados heridos, enfermos y hambrientos. No existían hospitales para esa enorme demanda, no había empleo y el ejército reclutaba soldados cada vez más jóvenes para las batallas ya anunciando la tragedia inminente.

Miles de familias desesperadas buscaron en la inmigración su última solución para huir del desastre económico, o del reclutamiento de sus hijos.

EL CAMIÑO HACIA BRASIL

En ese escenario de conflicto surge Brasil, aceptando inmigrantes y ofreciendo abrigo para las familias interesadas en el trabajo de la cosecha del café. El gobierno brasileño hacía una campaña en los países europeos trayendo mano de obra para la plantación de café. La verdad es que después de la abolición de la esclavitud en Brasil, no había trabajadores suficientes para la cosecha del café, además, de eso se pagaba el viaje desde España hasta la llegada a las granjas. Mientras tanto para el viaje se usaban barcos de carga mal acondicionados para el transporte de pasajeros, con poca higiene y la comida de pésima calidad, y solo se daban cuenta cuando ya estaban en alta mar.

Muchos de estos buques venían de Italia, país también en crisis, cargados de inmigrantes franceses, alemanes e italianos. El viaje, con duración de catorce a veintidós días, dependiendo de las corrientes oceánicas, tornándose una prueba de resistencia para los niños y para los mayores. No ha sido una tarea fácil pero lo que todos esperaban ansiosos, era que surgiera en el horizonte oceánico, las primeras señales de tierra de aquella que sería su nueva tierra, de trabajo, de paz, un sueño.

Con la llegada al puerto de Santos, destino final en Brasil, y con el ánimo restablecido, los primeros obstáculos fueron apareciendo en la nueva tierra: las diferencias lingüísticas, el paso a través de la inmigración, la subida a la sierra en tren y la llegada a la *Hospedaria dos Imigrantes* en São Paulo. Las familias esperaban allí, donde el nuevo patrón los conduciría hacia las granjas de café.

El número de inmigrantes que se había sometido a estos procesos era enorme, de 1893 a 1928, pasaron por la *Hospedaria* en São Paulo 1.500.000 personas, y según las estadísticas, hasta el año 1972, ya habían entrado cerca de 720.000 españoles, la tercera colonia en Brasil, solo quedando atrás de las colonias portuguesas e italianas. En su mayoría eran andaluces con el 65%, después los provenientes de Castilla y León que eran 12%, luego los catalanes y los gallegos, etc¹.

La convivencia de los inmigrantes españoles en Brasil sería difícil debido a varios factores. La lengua, aunque similar, era bien diferente, la plantación de café desconocida, no se parecía en nada de lo que se cultivaba en Europa. La alimentación muy distinta fue otro obstáculo, y el principal, los inmigrantes jamás soportaron ser tratados como esclavos. Los agricultores no se adaptaban también a la nueva forma del trabajador (inmigrante). Estas cosas molestaron profundamente a los gobiernos español y alemán, impidiendo la inmigración subvencionada a partir del año de 1910, acusando los agricultores brasileños por los malos tratos a sus ciudadanos. Los trabajadores se comprometían a permanecer en el oficio como mínimo cuatro años cobrando un sueldo mínimo, pudiendo posteriormente establecer otra clase de asociación con el agricultor o marchar para las ciudades, donde ya se podría conseguir algún otro oficio mejor que el rural.

¹ Según los expertos, aunque estos datos fluctúan durante el periodo de “emigración en masa”, en general se estima que el principal contingente de inmigrantes españoles procedía de Galicia -con destino a las regiones cafetaleras-, seguido de los andaluces y, en tercer lugar, por los oriundos de la actual Castilla y León, especialmente de sus provincias más occidentales (CÁNOVAS, Marília K. *Imigrantes espanhóis na Paulicéia. Trabalho e sociabilidade urbana, 1890-1922*. São Paulo: Universidade de S. Paulo, 2007, p. 78 ss). (N.E.)

LA FAMILIA DE MI ABUELO

Alrededor del año 1880, Cerralbo, casi frontera con Portugal, era una pequeña “villa” totalmente centrada en la actividad rural con campesinos que vivían allí en sus pocas calles, con casas de piedra y muchas macetas colgadas en sus tapias, o en sus fincas asociados al Marquesado de Cerralbo, un rico hacendado de la región. La vida muy tranquila se resumía al trabajo en el campo, y a la familia con visitas a los parientes, charla con amigos, misa en la Iglesia de Nuestra Señora del Rosario los domingos, o un recorrido por los campos que serpenteaba un río de aguas limpias, el Huebra. Fue en ese escenario que Clemente Alonso Prieto contrajo matrimonio con Joanna [sic] Gómez. De esa unión nació un niño a quien le dieron el nombre de Manuel Alonso Gómez, el 21 de agosto del año 1883, mi abuelo. Él había completado cuatro años, cuando Joanna, su madre falleció. Después de un tiempo Clemente contrae matrimonio con la joven Zeferina, quien luego ha dado otros hermanos a Manuel.

ALONSO: LA HISTORIA DE UN APELLIDO

Al inicio del siglo XVIII, en España es común la práctica del pastoreo estacional o trashumancia. Los pastores salían de sus casas, con

una mula, algunos perros y provisiones para unos meses, llevaban sus animales durante meses por los pastos. Partían hacia las montañas por meses regresando para sus hogares para vender la creación, luego partían hacia las llanuras calientes más al sur, durante el invierno. Generalmente los animales seleccionados eran cabras, ovejas, ganado o caballos.

Del pueblo de Lores, al norte de Palencia, también una ciudad de la región de Castilla y



Certificado de nacimiento de Manuel Alonso Gómez.

León, el pastor trashumante Fernando Alonso, sale para otro paseo de invierno hacia el sur. Era el año 1737 y Fernando realiza el tradicional descanso en la villa de Cerralbo y se enamora de María Santos. Él decide abandonar en definitivo la vida nómada trashumante, para con ella contraer matrimonio dos años después y allí vivir para siempre.



Certificado de matrimonio de Fernando Alonso.

De ese matrimonio se originó un hijo llamado Juan Alonso, que casado con Cathalina Vicente en el año 1762, dio a luz a Martín Alonso que contrajo matrimonio con Isabel Vicente, que tuvo un hijo, Juan Alonso, que se casa con Tomasa Prieto, generando a Clemente Alonso Prieto, que se casa con Juana Gómez y que origina a Manuel Alonso Gómez, mi abuelo. Vale la pena recordar que todos estos matrimonios y bautismos se realizaron en la Iglesia Nuestra Señora del Rosario, Cerralbo.

LA VENIDA DE LA FAMILIA ALONSO

Clemente Alonso Prieto, junto con su segunda esposa, Zeferina, también optaron por irse a Brasil como la mejor opción de una nueva vida. Vinieron como inmigrantes y se establecieron en una granja de café cerca de la ciudad de Franca en el interior de la provincia de São Paulo.

Manuel trabajaba en la propiedad, y su ahínco y determinación llamaron la atención de José Pedro de Faria, uno de los propietarios de la granja. Se establece entre ellos una gran amistad, y José Pedro lo tiene como un hijo, enseñándole todo lo que sabía de los negocios al “españolito”. A sus dieciocho años Manuel fue nombrado el encargado de enviar los rebaños o tropas que se vendían en la región y Minas Gerais, la provincia vecina.

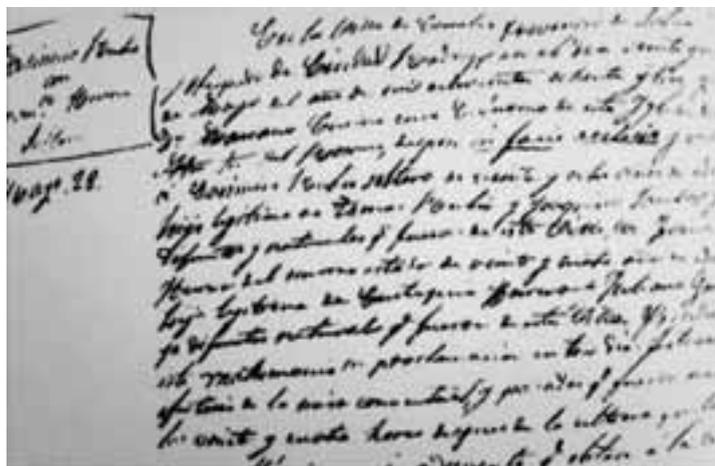
RUBIO HERRERO: LA FAMILIA DE MI ABUELA

Francisca Herrero García, la hermosa hija de Eustaquio Herrero y Juliana García era la nieta de uno de los hombres más destacados de la ciudad de Cerralbo, don Juan Manuel García, el cirujano oficial de Villa. Ella soñaba conocer lugares más distantes y Salamanca, la capital

provincial, parecía el lugar ideal. Una ciudad en que había una Universidad, con los estudiantes que venían de todo el país, considerada la más antigua de España, que poseía palacios, la maravillosa Plaza Mayor, la catedral de estilo gótico, y el Puente Romano. Se estableció en la calle de los Padilleros nº 15, situada a menos de 150 metros de la Plaza Mayor, y pronto comenzó a trabajar como acompañante en uno de los palacios nobles de la ciudad. Su oficio para la marquesa incluía preparar el desayuno, horas peinándole el pelo, la elección de vestidos, paseos, almuerzos y fiestas. Un mundo nuevo y fascinante para Francisca.



Casimiro y Francisca.



Certificado de matrimonio de Casimiro y Francisca.

Su presencia ha atraído la atención del hijo de la marquesa, el cual tuvo un flechazo por la hermosa cerralbeña y sacudió su corazón. De esta atracción, lo inevitable sucedió. Una tarde en que la señora no estaba en el palacio, los jóvenes consumaron sus deseos, originando como consecuencia de este acto, el nacimiento de un niño, meses después. Joaquim [sic] Julio Rogelio nació el 20 de mayo del año 1880, en la calle Padilleros, fue bautizado en la Iglesia de San Boal, Salamanca, pero no estaba registrado como hijo del noble seductor. En realidad el

joven estaba prometido a una señorita de la nobleza, y el involucramiento con Francisca sería indeseable. Este nacimiento hizo que Francisca volviese a Cerralbo llevando el pequeño Joaquim. De regreso hacia Cerralbo, con veintitrés años, un hijo para criar y sin los padres, Francisca se enamoró de un joven de la villa. Casimiro pronto también se enamoró y con veintiocho años, se casó con Francisca.

El 28 de mayo de 1883, en el altar de la Iglesia de Nuestra Señora del Rosario, en Cerralbo, los dos sellaron la unión, y feliz Casimiro, relevó el hecho de Francisca ya ser madre de un niño de tres años. Al contrario, lo adoptó como hijo legítimo, dándole su apellido y lo hizo para alegría de Francisca. La unión proporcionó la llegada de una niña que vino al mundo el 23 de enero del año 1884, Joaquina, mi abuela.

Vinieron después: Ángela, Frutuoso, Pilar y Antonio. La familia Rubio Herrero se formó y los niños crecían fuertes y felices en Cerralbo, donde todos se conocían o estaban relacionados, pero sin sospechar los profundos cambios en sus vidas que estaban por venir. Para los chicos



Certificado de nacimiento de Joaquina.

había la escuela, la misa en la iglesia en los domingos, jugaban mucho con sus amiguitos por las calles de la vecindad y los campos llenos de olivos. Había también el río Huebra refrescante en el verano convirtiéndose en una carretera de hielo en invierno, donde se podía jugar, caminar y resbalarse a través de él. La sorpresa del caer de la nieve, produciendo gran alegría y creando imágenes y emociones que permanecerían por siempre en la memoria de la pequeña Joaquina.

LA VENIDA DE LA FAMILIA RUBIO HERRERO

Como lo hemos dicho, finales del siglo XIX llegó, y termina la vida feliz de la mayoría de los españoles. En las familias o amigos, el asunto era solo uno: huir de allí. Algunas familias ya se habían marchado de Cerralbo hacia Brasil o Argentina. La llegada de Joaquim Julio a los catorce años trajo una preocupación a sus padres. En los años siguientes la convocación de Joaquim al ejército vendría y la ida para las guerras era cierto. Una cosa era fundamental para Francisca: Joaquim Julio no iría a la guerra. Francisca dijo a Casimiro que quería dejar Cerralbo hacia Brasil lo más antes posible y para la sorpresa de Casimiro, ella fue hasta un mueble en la habitación y volvió con un pequeño cofre, que después de abierto, había una colección de monedas de oro, Libras Esterlinas. Sí, había muchas.

El espanto de Casimiro solo desapareció cuando Francisca explicó que esa suma en oro oculto había sido dada a ella por la familia de la marquesa para ser utilizada en el momento adecuado, y en favor de la vida del joven Joaquim Julio. Sin duda alguna el momento había llegado. Hicieron de inmediato los preparativos, trayendo lo mínimo necesario para los niños y sobre todo ocultando toda aquella fortuna en monedas que se cosieron pacientemente en la barra de la falda, y en otras ropas de Francisca, así se convirtió en un oro seguro. Ha sido la manera que encontraron para escapar de robos, algo común en los navíos.

Los billetes fueron comprados y en la despedida de la familia que quedaba a los parientes y amigos les decían: Así que terminen las guerras, regresamos. El viaje fue muy difícil, pero también para todos los inmigrantes con grupos de cientos de personas de diferentes nacio-

nalidades. Los niños corrían por todo el navío, indiferentes a los problemas que enfrentaban los adultos con sus temores de un país desconocido y una nueva vida.

La llegada al puerto de Santos, después el tren hacia São Paulo, una ciudad con 150.000 habitantes, sorprendía a todos. Era realmente un mundo nuevo. Se han quedado en la Posada de los Inmigrantes en el barrio de Moóca y en dos semanas hacia Franca, una ciudad del interior del Estado de São Paulo. El pueblo tenía tierras fértiles y más baratas, ya que estaba muy lejos de la capital, 400 km. En Crystaes una “villa” al lado de Franca, que se veía en tamaño y la topografía con Cerralbo, tenía al final de la calle de la estación de tren, a sólo 3 km, en la primera entrada a la derecha, una gleba de tierra que fue adquirida por Casimiro y Francisca.

Casimiro, joven y acostumbrado a la vida del campo pronto se puso a trabajar, golpeando las ramas y ya haciendo la plantación de más de lo que hacía en la región: el café, no sin antes también preparar a los pastos donde colocaría el ganado. Para los que no se molestan y tienen la voluntad de triunfar, los frutos de esta dedicación comenzaron a florecer, así fueron multiplicándose las inversiones hechas en la tierra.

Francisca cuidaba a los hijos, pero con un especial cuidado con Joaquim Julio: existía un comprometimiento con el padre del joven para que nada le faltara. Todo ese progreso y el desarrollo eran buenos, pero la añoranza traía la voluntad de la pareja, de volver a España y hasta ya habían mismo decidido por el regreso, pero Casimiro fallece inesperadamente.

Mal había cumplido sus cuarenta y cinco años, se ha muerto trayendo tristeza y cambio en el destino de la familia Rubio Herrero. Francisca se vistió de luto y con un sorprendente dominio de la situación, decidió que no regresaría más a España y, así se hizo cargo de los negocios y de la familia como una verdadera matriarca, no se casó más, a pesar que estuviese con cuarenta y pocos años.

LA FAMILIA ALONSO RUBIO

En uno de sus viajes con el rebaño, pasando por la Villa de Crystaes, Manuel Alonso se detuvo para el descanso nocturno, en la

granja de la viuda Francisca Herrero. Por la noche, cerca de la hoguera, los hijos de la viuda Francisca conversan con los visitantes y descubren con alegría que Manuel proviene de la misma ciudad de España, Cerralbo. Entre las hijas de Francisca, la que le ha llamado más la atención ha sido Joaquina, la de 17 años. La pasión fue instantánea y Manuel un joven muy alto, se enamoró de la pequeña Joaquina. La historia aquí se repitió como en el año 1737, en Cerralbo, Fernando Alonso también conoce la futura compañera, en medio del viaje de la trashumancia.



Matrimonio de manuel y Joaquina, mis abuelos.

En febrero de 1905 en el altar de la Iglesia Nuestra Señora de la Concepción, en la ciudad de Franca, teniendo como padrino Zé Pedro de Faria y con la presencia de toda la familia de Francisca Herrero García, la madre de la novia, el padre del novio Clemente Alonso, Zeferina y todos los hijos, y muchos amigos, se unieron las dos familias que habían venido de la misma Cerralbo. Manuel y Joaquina estaban casados, como si de la provincia de Salamanca jamás hubieran salido.

Francisca dio como regalo de matrimonio a la pareja, Joaquina y Manuel, una pequeña propiedad rural para el inicio de sus vidas. Manuel,

ahora, trabajando en su propia tierra, y lo hacía aún con más dedicación.

La determinación fue su característica y hacía crecer su patrimonio. Llegaba la primogénita de la familia en el año 1905. Una niña llamada Maria y luego vinieron Francisca (Torva), Joana y Thomazia (Tata). Con la llegada de Casimiro, el primer hijo trajo tanta alegría a Manuel, que fueron tres días de fiestas para celebrar el hecho.

Ya estamos en el 12 de junio del año 1917, el día que nace otro hijo, Manoel, mi padre. Luego vinieron Joaquina (Tina), Zeiferina (Zeife) y Adélia (Niña), en total nueve hijos.

Francisca, mi bisabuela, como una marquesa, también pasaba horas arreglándose los pelos y no le gustaba que los nietos le llamasen de abuela sino de *madriña* (un pequeño pecado, no quería envejecer). Manoel, con pocos años ya tenía una función, de llevar la leche recogida por la mañana, en el corral para la *madriña* Francisca. El resto de su tiempo lo pasaba jugando futbol en el campo cerca de la estación de tren, o cazando pajaritos, sus dos pasiones. La vida pasaba feliz, eran tiempos de bonanza.

De Catanduva, una ciudad cerca de Crystaes, llegó un chico llamado Rahil, y se enamoró por Maria, la primera hija. La pareja se casó y juntos fueron a vivir en la ciudad de Catanduva. Manuel y Joaquina no satisfechos con la separación de la hija, deciden vender la granja de Crystaes y se aventuran por la ciudad de la hija. Él cambió de ramo y creó entonces la *Casa São Paulo*, una gran tienda en Catanduva donde se vendía de todo: desde cereales, telas, calzados, bebidas hasta gasolina o gasóleo. Eran diez puertas en una de las avenidas centrales, muy cerca de la Avenida Brasil, la principal. La inexperiencia en la actividad, ha llevado al rotundo y desastroso fracaso, una desagradable sorpresa para Manuel. Él todavía intentaba ahorrar algo de lo que le quedaba, y decide abrir una sucursal en la ciudad de Gália, a 150 km de Catanduva, alrededor del año 1926. Ha colocado para gestionar el almacén, su segunda hija y su joven marido. Francisca acababa de casarse con Manuel Alves, pero otra vez la derrocada [*sic*] vino a golpearle a la puerta. Llegó entonces la bancarrota total de empresa, quizás debido a la falta de experiencia de administrar de la joven pareja. Se ha agriado así, dos grandes fracasos económicos con consecuencias determinantes en sus vidas.

LA VENIDA HACIA LA CIUDAD DE MARÍLIA

En el año 1926, Manuel, mi abuelo, y su cuñado Joaquim Julio vinieron juntos a conocer Marília, una ciudad que se abría en la cima de la Sierra de Agudos. Estaba localizada a 425 km al oeste de la capital, São Paulo, donde cientos de trabajadores abrían en una selva virgen, donde, en las picaduras después serían colocadas las vías de los ferrocarriles de la inglesa “Companhia Paulista”. Ellos se depararon con la

ciudad que se formó con solo una estación de tren, bares, cobertizos y muchos pistoleros, concluyendo que no era posible traer a sus respectivas familias.

Dos años más tarde, en 1928, llegó en definitiva, cautivados por el fervor y el dinamismo de la nueva región de tierras fértiles, baratas, buen clima, y un gran futuro. Marília también terminó atrayendo inmigrantes de diversos países, como italianos, japoneses, árabes y gente de todo Brasil, especialmente del nordeste de Brasil, todos con un objetivo: construir una nueva ciudad. Joaquim Julio que trajo todo su dinero, compró varias propiedades en la región, llegando a ser un hacendado muy conocido.

Mi abuelo Manuel, con lo que quedó de los negocios, compró un camión y recorría los cultivos de la región comprando: patatas, judías y arroz para revender en un almacén de madera, que construyó en la Calle XV de Noviembre número 58, donde en los fondos acomodó toda la familia.



Primera graduación de la escuela de la ciudad con Manoel, 1932.



Acta de Fundación de la Sociedad Española de Marfilia.

Al año siguiente, ya levantaba un almacén en albañilería, con una casa mejor en los fondos, todo sobre una base con baldrame² hecha de arcilla, que sus hijos ayudaron amasar con los pies y que al secar permitió levantar las paredes.

Bien construido, valientemente resiste incluso hoy día, con su fachada original, pero con las puertas modernizadas, y el número 347,

² Un tipo de cimentación para pequeños edificios. (N.E.)



Primera reunión de establecimiento de la *Sociedad Española de Marília*, junio de 1932.

todavía firme como el deseo de vencer de la familia Alonso Rubio.

La pareja Manuel y Joaquina todavía tenía los niños Thomazia, Casimiro, Manoel, Joaquina, Zeife y Adelia para el cuidado. Los más nuevos estudiaban en una escuela que quedaba en la Avenida Sampaio Vidal, a dos cuadras de allí. Las niñas ayudaban a la madre en casa,

y los hijos al padre, y pronto, a los trece años, Casimiro y Manezinho ya ayudaban, hasta conduciendo el camión del padre.

La ciudad cautivó a todos, más y más gente llegó para instalarse, un El Dorado. Luego había sido una colonia real de españoles y sus familias. Y era la voluntad de todos los que formaron un club con una sola nacionalidad, la española. Con cerca de 30 españoles, la primera reunión para el establecimiento de la *Sociedad Española de Marília*, tuvo lugar en junio de 1932, la ciudad tenía tres años, y fue celebrada en el almacén de Manuel Alonso Gómez, un hecho mencionado en el acta de fundación, con agradecimiento por su espíritu “patriótico”.



Manoel y los ayudantes de *Armazéns Radio*, Marília.

LOS DIFÍCILES AÑOS 30 Y 40

La vida caminaba hacia la recuperación y la estabilidad en la nueva ciudad, cuando a mediados de julio de 1933, Manuel amaneció con fiebre y desobedeciendo los consejos de su esposa Joaquina, se marchó al trabajo. Hacía frío

y llovía, sin embargo fue, y luego regresó a casa, ardía en fiebre y poco se pudo hacer en ese momento, no había antibióticos. Falleció a las 15:30 del día trece, dejando a Joaquina sola, rodeada de hijos y lo peor: con pocos recursos, o sea, un salón de dos puertas con una casa en la parte de atrás y un camión.

Mi abuela Joaquina no se dejó abatir. Luchadora, salió adelante. Se puso a hacer lo que era uno de sus talentos: cocinar para los demás, y fue así que la solicitaban para hacer comidas, cenas o fiestas que se celebraban en las mejores casas de la ciudad. Preparaba lechonas, pavos, cabras y pollos, que al horno, tenían sabor y aroma inolvidables, un hecho a mí reportado por una persona de época



Manoel y Lourdes, mis padres.



Tía Maria, Irene, Tía Thomazia, Tía Adélia, Maria José, Walter, Cida, Lourdes, Dulce, Manoel y Abuela Joaquina.

con lágrimas en los ojos. Pasteles y dulces de todas las especies deleitándose a quienes los probasen. Realizaba en las largas noches trabajos en ganchillo, como grandes juegos de mesa con dibujos geométricos que surgían de su propia cabeza por arte de magia, toallitas, blusas y sombreros blancos que después se secaban al sol almidonados, hermosos y perfectos.

Thomazia pasó a dar clases en el salón de su padre y fue contratada por el ayuntamiento de la ciudad como maestra del primer año. Por muchos largos años había sido su “Externato Modelo”, por donde pasaron gran parte de los niños de la ciudad, que allí fueran alfabetizados. Thomazia no se casó. Casimiro pasó a trabajar en el ayuntamiento de la ciudad, en el sector contable.

Manoel, mi padre, llamado cariñosamente por la familia y los amigos por “Manezinho”, tenía visión para los negocios, aprendido, cuando doña Joaquina le ha puesto pollos vivos para vender en la acera, en el centro de la ciudad, y cuando aparecían interesados, avergonzado, decía que no estaban a la venta.

Lección aprendida en los años siguientes a la pérdida de su padre, luego se puso a trabajar en las grandes casas comerciales de secos y mojados, y ya a los 30 años se convirtió en encargado de *Armazéns Radio*, que en la época era el más grande de la ciudad. Se casó con Maria de Lourdes, una cajera del mismo establecimiento, y que había ganado su corazón por siempre.

Fue así que doña Joaquina Rubio Herrero, española, natural de Cerralbo, viuda de Manuel Alonso Gómez, madre de nueve hijos, tuvo como última y solitaria carga, completar la creación de sus hijos menores de edad, y lo hizo con mucho trabajo y dedicación. Con la misión aún por terminar, a finales de la década de los cincuenta, era posible verla en su pequeña casa de la calle Operários, y en la parte de atrás de la Escuelita de la tía Thomazia, con su largo pelo blanco atado con ramonas en coque, sentada en su silla favorita, gafas con montura dorada, y haciendo toallitas de ganchillo, cantando canciones en castellano de su niñez casi inaudible. Como testigo, el perro Bidu, y las numerosas macetas de flores

colgadas en la tapia de madera en frente de la puerta a la cocina, como en las casas de España de su niñez. En esos momentos nadie se atrevía molestarla, reinaba una agradable sensación de paz, todos sabíamos que ella estaba feliz.

LOS AÑOS 50

En 1950, Manoel, mi padre, compró un terreno en la Av. Santo Antonio con la calle Operários para construir nuestra casa, y la abuela se quedó con parte de él, para construir también la escuelita de tía Thomazia y su casa en los fondos. Fuimos vecinos, durante todos los años cincuenta, con un portón en la valla que nos unía. Con esta facilidad, compartimos de su vida como nadie.

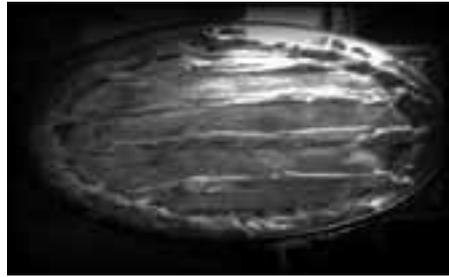


Dulce, Tía Thomazia con Zezinho, Adelaide, Wilson, Milton y Jose Maria; años 50 en nuestra casa.

La abuela a menudo recibía la visita de la hija Maria, de Catanduva, con los cigarrillos en los dedos y lista para hacer comentarios graciosos y divertidos, y a degustar el puchero que la abuela Joaquina le hacía, y claro nosotros aún más. Tía Tina y tía Niña siempre aparecían con algún hijo o más, y la pequeña casa de la abuela quedaba siempre llena de gente y de felicidad.

Soltera, tía Thomazia tenía una personalidad interesante. Daba a sus sobrinos atenciones solo dispensadas a hijos y los invitaba siempre para que la acompañaran a las sesiones en el Cine Marília. Algunas veces visitaba a la tumba del padre y del hermano, entonces ya fallecido, en el cementerio, en aquellas mañanas claras, con el sol frío de otoño, al sonido del viento tumbando los cipreses. Una visita extraña, callada, sin tristeza perceptible, como a un pariente que no se ve desde hace mucho tiempo, una imagen inolvidable.

Algunas veces, acompañada por un hijo, Pilar venía de Santa Cruz do Rio Pardo, la hermana de la abuela Joaquina, vestida de negro y cabellos muy blancos, y solo hablaban en castellano. Joaquim Julio falleció en 1956, y luego vio a doña Joaquina hervir toda la ropa en peroles de tintura negra, y por el hermano guardar luto un año.



“Torta de la abuela Joaquina”.

La llegada de la Navidad trajo un sabor de fiesta y alegría, y muchas veces en la casa de los Souto, celebrábamos juntos. Bajo carpas de lonas de camión, comíase mucha lechona y pollos asados, los niños tomaban guaraná (gaseosa de Brasil), los adultos bebían vino y cerveza. Más tarde, con el efecto del vino, comenzaban a cantar músicas españolas, y después de alguna insistencia, la abuela Joaquina y Doña Rosa bailaban al estilo flamenco. Con el brazo levantado como si estuvieran tocando las castañuelas, la otra mano asegurando la falda con movimientos oscilantes y los pies ensayando un zapateado, las dos españolas más viejas eran admiradas y alrededor los niños las imitaban divirtiéndose. Veíamos los adultos jugando como a los niños, imitando la torada, acompañados de un grito general de “olé”, que era cada vez más alto en cada embestida del “toro”. Disfrutaban con la alegría que era cargada del aroma de la nostalgia. Una añoranza, de un tiempo que no vivieron, añoranza aprendida con los más viejos, añoranza de una España desconocida y muy lejana de la mayoría de aquellas personas, pero irremediablemente atrapada a sus corazones.

La abuela Joaquina a menudo nos hacía bocadillos con salami cortado bien delgado, que siempre lo tenía acopiado, en un panecillo de agua con achicoria bien cortada, sazonada con aceite, sal, limón, ¡muy exquisito! Sin hablar del plato en que ella se ha superado en el que se destacó y dejó su huella: la “Torta de la abuela Joaquina”: con palmito, arveja, tomate, cebolla, todo cubierto con queso media curación, envuelto en una

pasta crocante. Ha enseñado sus secretos y recetas para mi madre, así no perdimos de vista y el sabor de algunas de sus maravillas. La receta de la “Torta de la abuela Joaquina” ya ha sido publicada y ahora, irónicamente, nietos, bisnietos y tataranietos y anónimos la degustan, ¡y se sorprenden al saber que la abuela Joaquina ha existido de verdad!

La abuela Joaquina descansó de esta larga y admirable jornada,



Gran Panel de los Pioneros de Marília.
Museo de História.



Detalle del Gran Panel de los Pioneros de Marília. Museo de História.

en diciembre de 1965, después de años postrada en la cama, como consecuencia de la isquemia cerebral y sus complicaciones. Finalmente, ella usó el traje de terciopelo, que durante casi toda la vida, se mantuvo sin utilizar en la custodia del cajón del armario, esperando la ocasión, que sólo ocurrió a los 81 años, aunque los papeles mostraban 77 años.

LA VIDA CONTINÚA...

Maria, se casó con Rahil Calixto y creó cuatro hijos: Irene, Dulce Aparecida, Walter Aparecido y Maria Jose. Francisca, se casó con Manoel Alves y tuvo tres hijos: Dirce, Denisart y Delazir. Joana, que siempre decían haber sido muy bonita, se murió muy joven y soltera. Thomazia fue maestra y fiel compañera de su madre, no se casó, y se ha

jubilado como reconocida alfabetizadora de los niños de su tiempo, en cuyos bancos pasaron futuros médicos, ingenieros, maestros, alcaldes, de lo que tenía mucho orgullo. Thomazia, era casi una extensión de la abuela Joaquina, almas siamesas. Casimiro se casó con Ana Grejo Alonso, tuvo una hija, Adelaide. Él murió temprano del corazón, en 1948. Manoel se casó con Maria de Lourdes Alonso y tuvo tres hijos: Dulce, Dayse y yo, Milton. Joaquina se casó con João Souto, y tuvo tres hijos: José Maria, Wilson y Marizilda. Zeiferina se casó con João Valderrama y no tuvo hijos. Adélia se casó con José Geronimo Gimenez y tuvo seis hijos: José, Rodrigo, Gilmar, Rosângela, Casimiro y João Batista. Esos veinte nietos, dieron origen a docenas de bisnietos que hoy suman a otros tantos tataranietos, y que se unirán a cientos de personas que, por supuesto, en el futuro vendrán.

Hoy en Marília, en el Museo de História, figura Manuel Alonso Gómez en el gran panel de los pioneros de la ciudad, que se multiplican, y se desarrolló como él nunca había soñado, así como sus descendientes, que jamás conoció, que se multiplicaron por las tierras paulistas.

Cerralbo, la ciudad de donde vinieron todos sigue siendo pequeña como al final del siglo XIX, tal vez el mayor legado que la ciudad ha dejado, casi una vocación, sería la contribución a la formación de muchas otras ciudades, y de tan diferentes países. Da fe de que el foro de la ciudad en la web y las redes sociales, donde marcan muchos Herreros de Argentina como Rubios, Garcías, Sánchez, Sevillanos, Prietos, Gómez, Santolinos o Alonsos de Brasil y Cuba y de toda España, se refieren a Cerralbo con cariño.

EL AGASAJO

La idea de este informe se produjo por casualidad, a través de la búsqueda de documentos de los abuelos para obtener la nacionalidad española, me di cuenta de que no sabía nada acerca de quién nos dio origen, y no conservábamos ningún documento relevante. La única información real la encontré en el Registro de Salamanca, en un viaje a España en 2009, donde hojeando el libro de nacimientos hallé a Joaquina Rubio Herrero. Del abuelo Manuel es cierto no sabí-

amos ni siquiera el lugar exacto de su nacimiento. La única puerta se cerró, pero “de la estaca cero”³, pacientemente durante tres años coleccioné indicios, recogí consejos de la información familiar y de parientes lejanos, con mucha suerte, conseguí recoger datos y como un rompecabezas, determinar el origen y la trayectoria de las familias Alonso y Rubio de España, hasta la formación de la familia Alonso Rubio y sus descendientes en Brasil. Descubrí una historia verdaderamente inesperada y fascinante, y formé una trayectoria que abarca 300 años de la familia, que no merecía ser dejada por contar, y que no se perdiera una vez más por siempre. Omití los nombres y detalles en los que era necesario para evitar herir susceptibilidades y junté a todo esto las impresiones de un niño que observó la escena de estos inmigrantes españoles, sus hijos y nietos, durante los años 50.

Aunque haya recibido la ciudadanía española, la verdad es que el mayor regalo fue el rescate de la historia familiar y hacer un tributo a nuestros bisabuelos, Casimiro Rubio y Francisca Herrero, y Clemente Alonso y su esposa Zeferina, que se atrevieron a entrar en lo desconocido, y traer sus hijos Joaquina y Manuel a Brasil. Navegar fue necesario...

ABUELO MANUEL

La vida no quiso que los nietos tuvieran la compañía del abuelo Manuel, y que está traducida libremente por un retrato de un joven con traje y un bigote gallardo, colgado en la pared de la casa de la abuela. También sucedían las tradicionales visitas a su tumba en el Día de los Muertos, donde muchos nietos unidos e inquietos corrían sin parar entre la multitud por los callejones estrechos del cementerio. Con las narices cargadas del olor fuerte de las flores y de las velas, observaban incrédulos las comidas sobre las tumbas de los inmigrantes japoneses. Se asomaban asustados al osario, y componiendo el ramo con exageración,

³ Españolización de la expresión lusa “da estaca zero”, que viene a significar “comenzar de cero”, “volver al punto de salida”. (N.E.)



Abuelo Manuel.



Abuela Joaquina.



El autor del relato.



Mural de algunos de los descendientes actuales de la familia Alonso Rubio.

el sonido de las oraciones en la Cruz, y el ruido de las monedas en el calderoncito de limosna del Asilo São Vicente de Paula.

Todo esto dejó un aura distante y melancólica unida a su imagen, que espero haber adquirido vida, color, y una nueva sensación en las mentes y corazones de aquellos que ya cargaban en su ADN⁴.

ABUELA JOAQUINA

La abuela Joaquina, más que nunca encarna el coraje y la determinación para llevar a cabo la misión de completar la creación de su familia. Jamás se desanimó ante las dificultades que la vida le almacenó. Sin profesión y poco estudio hizo de su corazón e intuición el designio de su vida. Con muchos éxitos y pocos errores marcó en el inconsciente de los hijos y nietos la voluntad de vencer, y la discreción. ¡Sus grandes tesoros!

LA IMAGEN QUE QUEDÓ

Quedó la imagen de una viejita con ropa oscura, el pelo muy blanco, rodeada de media docena de nietos, contando historias de su infancia en España o en Crystaes. Tantos pastos, toros, ladrones y fantasmas, y la señal de que algunos habrían quedado con miedo de la historia, decía riendo al sacudir el brazo con su pellejo en el aire: “¡No tengas miedo, mira la fuerza de la abuela!”. ¡Y nos reíamos todos, sin imaginar lo fuerte que ella era de verdad!

⁴ El autor aporta un árbol genealógico que no ha sido posible reproducir por la escasa calidad de la imagen. También incluye una “bibliografía informal” compuesta de enlaces web y otras referencias sobre las fuentes y testimonios en los que apoya su trabajo. (N.E.)

**RELATOS DE
CUBA**

**D. Manuel Domínguez Sánchez, decano de la emigración
castellana y leonesa (Carrera Larga,
Guantánamo, Cuba)**

Benjamín Berdión Martínez
Manuel (Manolito) Domínguez

*Dedicatoria a Pedro Díaz Marrero:
La amistad de la infancia, si se
mantiene en el tiempo, es una
amistad eterna, así era la nuestra.*

A MANERA DE JUSTIFICACIÓN

Los Premios de la emigración Castellano-Leonesa son una idea de gran importancia para la historia de Castilla y León y de toda España; buscar en la memoria de los que tuvieron que dejar su terruño, la familia y los amigos por una vida mejor, se inscribe con “letras doradas” en los anales del espíritu de castellanos y leoneses y de todos los españoles. Tuve la oportunidad de participar en el I Premio de la Emigración Castellana y Leonesa, en la convocatoria librada por la Asociación Castellana y Leonesa de Cuba, ganando el primer lugar, por lo que se me otorgó el correspondiente certificado y la posibilidad de concursar en el I Premio de la comunidad Castellana y Leonesa. El trabajo hizo referencia a la partida de mi padre a América, por una causa diferente a la económica: no participar en la “guerra” que libraba España en África. Estuvo acompañado de su hermana María Esperanza, por ser menor de edad. Participé en el III Premio con un escrito sobre la visita realizada a la familia de España; fue una experiencia formidable, ver todo lo que nuestro padre nos contaba. Podemos decir que es una familia con los

principios y condiciones morales, que siempre nos inculcó. El IV Premio nos sorprendió; tenía la deuda con la tía María Esperanza, que sacrificó su vida por acompañar a su hermano, fue premiada y logró una familia con las características que los abuelos y el resto de la familia apoyaron. Estando en la ciudad de Miami, acompañado de Manuel (Manolito) Domínguez, amigo de la infancia y nieto de Manuel Domínguez, aquel zamorano que, en la segunda década del siglo XX, colaboró con sus familiares y amigos, acogiéndolos con techo, comida y trabajo, en Carrera Larga, Tiguabos, Guantánamo, acordamos escribir algunos aspectos de su vida y obra. Ese es el compromiso de participar en el V Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa, así pensamos saldar nuestra deuda con el decano de los emigrantes en esta parte del país.

ALGUNOS ASPECTOS SOBRE MANUEL DOMÍNGUEZ Y SUS FAMILIARES EN ESPAÑA

Manuel Domínguez Sánchez, de Toro, en Zamora, nació en 1898. En su pueblo una de las hermanas, Cándida, se casó con Antonio Berdión (oficial del ejército). Tuvieron varios hijos, de los cuales podemos nombrar a Germán, Filomena, Antonio y Matilde. Sobre los sobrinos, Germán y Matilde, comentaremos posteriormente ya que existe información que los vincula con nuestro protagonista. Antonio emigró a la Argentina. En 1920 Domínguez emigra a Cuba, ya para esta fecha está terminado el ferrocarril, lo que le permite viajar en el mismo desde La Habana hasta Oriente, San Luis, punto donde debe hacer trasbordo para continuar a Guantánamo y quedarse en un lugar intermedio, Carrera Larga, su destino final. Para 1923, ya Domínguez está posesionado de un gran comercio, un negocio que vende todo tipo de productos, comidas, bebidas, ropas..., en definitiva todo lo que el ser humano necesita, en el mejor sentido de la palabra. La ubicación de este poblado, en una encrucijada de caminos y de tipos de actividades económicas, como son la caña de azúcar y el café y otros lugares importantes como Sempre, Cuneira y Tiguabos, lo hacen un sitio trascendente.

MANUEL DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ CREA SU FAMILIA EN CARRERA LARGA

1923 tuvo una gran importancia para nuestro invitado. Se produjeron hechos significativos, en primer lugar recibió a un familiar muy cercano, su sobrino Germán Berdión Domínguez, para trabajar junto a él en su magnífica distribuidora de productos. En segundo lugar, su matrimonio con Teresa Peña, y, en tercer lugar, la visita realizada a su pueblo natal, donde otros familiares solicitaron su colaboración para viajar a Cuba. En



Boda de Teresa Peña y Manuel Domínguez, 1923.

En 1925, después que José Berdión le pidiera recibir a su hijo Benjamín Berdión Seisdedos en Cuba, el que, colaboró con Domínguez entre los años 1925-1929, lo que permitió que hoy escribiera estas líneas de agradecimiento.

Todos los seres humanos tenemos claros y oscuros en nuestras vidas. El crecimiento económico de Manuel Domínguez Sánchez fue alto en pocos años. En 1928 se produjo un hecho de consecuencias graves: un incendio destruyó todo el comercio que había logrado con esfuerzos extraordinarios. Corrió el peligro de daño personal, ya que padecía de serios problemas visuales que le obligaban a utilizar gruesos cristales oculares; por tal motivo se vio amenazado por el incendio.

En 1929, Benjamín Berdión Seisdedos abrió su propio negocio, en el mismo pueblo de Carrera Larga, en la vía principal, que comunica con otras comunidades. En este periodo Germán Berdión Domínguez se trasladó a otro pueblo cercano, Tiguabos, creando su negocio, una botica (farmacia como se conoce en nuestro medio), y ya se empieza a ver lo útil de la colaboración con sus compatriotas. Para 1935 Benjamín ya había construido el local de su negocio y la casa de vivienda, en ese



Vivienda de la familia Berdión Martínez, en Carrera Larga. Enrique Berdión Martínez, nacido en esta casa en 1939, acompañado de la actual propietaria. Foto tomada en 2010, durante una visita al terruño, por el autor.



Isabel Berdión Mayor, hija de Germán, sobrino de Manuel Domínguez Sánchez. Foto tomada en Guantánamo, el 30 de enero de 2006, centenario del nacimiento de Benjamín Berdión Seisdedos, padre del autor.

año contrajo matrimonio con Ennata Graciela Martínez Ceiro. En otro momento se ha descrito la historia de su familia, por lo que no haremos referencia a ello; solo diremos lo que tiene relación con Domínguez. Manuel Domínguez y Teresa Peña fueron los padrinos de la boda de Benjamín, la que tuvo una resonancia en toda la comarca, por la crónica realizada por un periodista, describiéndola, donde menciona los asistentes a la misma.

Posterior al incendio Manuel Domínguez fomentó un negocio más pequeño, donde se vendía quincallería en general y la actividad de correo de toda la comarca, de gran utilidad pública.

Germán Berdión Domínguez, hijo de Antonio Berdión y Cándida Domínguez, hermana de Manuel Domínguez Sánchez, también formó su familia; se casó con Luciana Mayor Velázquez, de cuya unión nacieron cinco hijos: un varón, que falleció a edad temprana por una cardiopatía congénita, y cuatro hembras de las cuales con la que más contacto tenemos es con Isabel Berdión

Mayor, la que participa en las reuniones de primos con cierta frecuencia. Es la madre de Idolkis Argüelles Berdión, una periodista con voz auto-

rizada. Con una hermana de Germán, Matilde Berdión Domínguez, que vivía en Toro, Zamora, hablé en 2010; me impresionó que, al preguntarle por la familia de su hermano en Cuba, me respondió con lucidez y actualidad, se refirió al fallecimiento de Julio, su sobrino que había ocurrido en la adolescencia.

Hemos visto un primer aspecto altruista de Domínguez, pasamos al segundo y más importante de su vida como ser humano. Después del incendio y la pérdida de todos sus bienes, construyó una tienda o distribuidora de productos múltiples, más pequeña que la anterior, que le permitiera mantener su familia, la cual estaba formada por su esposa y cuatro hijos, dos varones y dos hembras. Las hembras eran Cuca y Gladys, los varones Manuel (Manolo) y José (Pepín). Debo comentar que María (Cuca) fue considerada la mujer más bella de toda la comarca, desde Sempre hasta Tiguabos incluyendo los poblados más distantes como Monterus y San José, sin dejar de mencionar los Torteros, Limoncito, Lajas y otros. Manuel (Manolo) Domínguez Peña, es el padre de Manuel (Manolito) Domínguez, nieto de nuestro consagrado que, cuando niños, jugábamos a los bueyes con botellas de canecas, un tipo de botellas de cerveza de Europa, que se distribuía en la década de los cuarenta y cincuenta. También sustraíamos los platanitos (plátanos fruta) a Manuelico, amigo de la casa, junto con Pedro Díaz, amigo recientemente fallecido.



Matrimonio de Gladys, hija de Manuel Domínguez, con José Aladro; el altar se erigió en la casa.



Boda de José (Pepín), el altar se erigió también en el hogar de los Domínguez Peña, en Carrera Larga.

El tercero de los hijos que se casó fue José (Pepín) y, al igual que Gladys, la boda se realizó en el hogar de Carrera Larga, pues para esa época no había iglesia en el pueblo. Como se aprecia, el segundo de los aspectos que se comenta ha sido cumplido con creces y a la usanza española. Tiene una familia, hijos, nietos los que se adaptan a la sociedad cubana con felicidad y amor. En visita realizada en 2010 al terruño pude hablar con Pepín, que ya estaba en un estado de salud delicado. A los 3 meses falleció.



Cuca, hija de Manuel Domínguez Sánchez. Foto tomada, en visita a Jurisdicción, Guantánamo, por el autor.

Al año siguiente, siguiendo sugerencias de Manuel (Manolito), visité a Gladys y Cuca en su residencia de Jurisdicción, Guantánamo, donde tomé foto de Cuca y pude hablar con Gladys, ambas hijas de Manuel Domínguez Sánchez. Con la hija de Gladys coordiné una visita posterior para conocer un bisnieto de nuestro gran amigo Domínguez.

Hemos visto otro aspecto de Manuel Domínguez, el familiar, aunque él era familiar con los que no éramos sus familiares. Recuerdo con cariño cuando mi padre me llevaba de la mano a visitarlo, su vientre prominente y sus espejuelos con gruesos cristales, trataba de agradarme, me daba caramelos y con cariño me llamaba Min, como me dicen, o sea un diminutivo de Benjamín. Otra cosa que recuerdo era la forma singular que tenía de tomar el café, lo derramaba en el platillo, el cual movía con un leve temblor de la mano, esto ocurría en los primeros años de la década de los cincuenta del siglo XX.

Pasamos a otro aspecto de la vida de Domínguez: se ocupaba del correo de la comarca, o sea recibía y enviaba toda la correspondencia de Carrera Larga y sus poblados cercanos y lejanos, sin pago por el Estado. Por sus manos pasaron las cartas que enviaron mis abuelos a su hijo Benjamín, sus hermanos desde la década del veinte del siglo XX,

hasta los años sesenta, incluyendo la enviada por el hermano Manuel Berdión Seisdedos que emigró a los Estados Unidos de América, antes de 1925. Esta función de responsable de la correspondencia lo convertía en un personaje del pueblo, donde todos acudían por motivos de comunicación. Su casa está ubicada frente a la estación de trenes, donde pasan los carros que llevan la caña de azúcar y los de pasaje entre San Luis y Guantánamo.

En los años cincuenta del siglo XX, Manuel Domínguez emprendió otra tarea en beneficio a sus conciudadanos, me refiero al “Comité pro Luz de Carrera Larga”. Había un letrero pintado en la pared de cinc del patio de nuestra casa, parte de esta historia ya ha sido contada, por lo que solo referiré los aspectos que tienen relación con él. Tuvo la idea original, aportó parte del dinero inicial para sorteos posteriores con el objetivo de obtener dinero, fue el presidente del Comité, y frente a su casa se realizó el acto de Inauguración de la Luz Eléctrica en Carrera Larga, el 21 de abril de 1954, fiesta de San Anselmo, patrono de Tigubos, que también se celebra en nuestro pueblo.

Deseo hacer patente mi agradecimiento a Manuel (Manolito) Domínguez, Pedro Díaz Marrero (fallecido) a quien dedico este trabajo, y al Dr. José Manuel Castillo Martínez, fundador de la Inauguración de la Luz Eléctrica en Carrera Larga, que asistió al entierro del candil; amigos de la infancia, los que guardamos gratos recuerdos de admiración a Manuel Domínguez Sánchez, que hacemos evidentes al escribir estas líneas en su honor.

Recuerdos imborrables

Simeón Campos Cifuentes

Quien subscribe, Simeón Campos Cifuentes, con el fin de enriquecer el historial de los emigrantes españoles a Cuba, en particular los naturales de la población de Galende, provincia de Zamora, de la cual es originaria mi madre, Segunda Cifuentes Prada, deseo compartir en este trabajo mis memorias, valiéndome de los recuerdos imborrables de nuestra familia entre España y Cuba, que conservo gracias a las anécdotas que me transmitieron mi madre zamorana y mis hermanos cubanos.

Como consta en la partida de bautismo de la Diócesis de Astorga, que me remitió D. Juan García Prada, desde el Archivo Parroquial de San Mamés, en Galende, el Libro 3, folio 142 vuelto, n° 139 refiere que nuestra madre nació el 6 de julio de 1902 y fue bautizada el 13 de julio de ese mismo año. De padre incógnito, y madre llamada Paula Cifuentes Prada, natural de Galende; siendo sus abuelos maternos Nicolás Cifuentes y Josefa Prada, naturales de Quintana de Sanabria y Galende.

Partiendo de estos antecedentes, expongo los siguientes datos: ella emigró en el año 1926 a Cuba por consecuencia de la situación precaria que existía en esa época en toda España, política y económicamente, más aún por ser descendiente de labriegos trabajadores del campo que dependían del salario que obtenían solo en las temporadas de cosecha, así como de la siembra de productos menores para la subsistencia y algún que otro animal, gallinas, ovejas, etcétera. Por lo que se vio en la necesidad de emigrar para poder ayudar a la familia y buscar otros horizontes.

Llegó a La Habana por vía marítima, contratada por una familia de buena posición, como criada (mucama) para el cuidado de los niños



Segunda Cifuentes Prada.



Serafín Norberto Campos.

de esa familia, así como de la limpieza y otros quehaceres de la casa; dicha familia residía en el reparto Vedado.

Por otra parte, mi padre Serafín Norberto Campos trabajaba de chofer particular de una señora americana millonaria, María de Jot, que residía en una mansión en

el Country Club, reparto Cubanacán. Allí también se ocupaba de mantener el cuidado y alimentación de los animales que esta tenía, un cocodrilo y un gorila, cuando ella viajaba al exterior. Dicha americana solía visitar con frecuencia a la familia para la cual trabajaba mi madre en la casa de El Vedado, por lo cual mi padre también frecuentaba esa casa en función de chofer por lo que así se conocieron mi madre y mi padre, con el tiempo estrecharon relaciones y finalmente se enamoraron. Ella me



Mi padre en función de chofer.



Simeón Campos Cifuentes.

contó en una ocasión, siendo yo adolescente, que en esa casa donde prestaba servicios visitaban personalidades de buena posición económica y uno de ellos se enamoró de ella y le ofreció matrimonio, pero ella no lo aceptó porque –me dijo estas palabras con gran sentimiento– “yo estaba enamorada del mulatico”.

Transcurrido un tiempo ellos contraen matrimonio, según certificado del Juzgado Municipal de Puentes Grandes, n° 1208, recibo 1163, que dice que en el folio 32 del tomo 13 de la Sección de Matrimonios aparece en acta con número 30, que en la ciudad de La Habana, a las 11 y 20 minutos de la mañana del día 10 de agosto de 1928, ante el doctor Arturo Gracia Ruiz, juez municipal de Puentes Grandes, y de César Gracia Solía y Valdez, comparecen con el fin de celebrar matrimonio, Serafín Norberto Campos, 27 años de edad, natural de Colón, y Segunda Cifuentes Prada, natural de Galende, León, España, de 24 años de edad. Resultado de dicho matrimonio surgieron cuatro varones y una hembra, en orden consecutivo: Norberto, Bartolo Rodolfo, Braulio, Aida, y Siméón, que tengo 75 años; siendo ya fallecidos Norberto, Bartolo Rodolfo y Braulio.



Mi madre cuidando un niño de la familia con que trabajaba.



Mis dos hermanos mayores de visita en España.



Certificado de la Secretaría de Estado de la República de Cuba, emitido el 25 de mayo de 1932.

Mi madre tuvo la posibilidad de viajar a España en 1932, después de 6 años de haber emigrado. Fue acompañada por mis dos hermanos mayores, pues los otros tres no habíamos nacido. Según consta en los documentos que se han conservado por la familia, como este certificado de la Secretaría de Estado de la República de Cuba, emitido el 25 de mayo de ese propio año 1932.

Aunque hay algunos documentos que no conservo porque otros familiares los han



Pasaporte con foto de mi madre y de mis hermanos mayores Norberto y Bartolomé Rodolfo, con fecha 24 de mayo de 1936.

utilizado para acogerse a la ciudadanía española, y no los he podido recuperar, a no ser algunas notas que cogí cuando estuvieron en mi poder, con datos de los elementos que consideraré más importantes. Por ejemplo, el Pasaporte 47/384, con fotos de mi madre y de mis hermanos mayores Norberto y Bartolo Rodolfo, con fecha 24 de mayo de 1936.

También en este relato me acojo a la información de los certificados expedidos por Emigración y Extranjería así como otros datos, pero básicamente a las anécdotas contadas por mis hermanos mayores ya fallecidos, Norberto, Bartolo Rodolfo y Braulio, así como mi hermana Aida que aún vive.

Los recuerdos que mi madre comentó conmigo fue sobre todo en mis años de adolescencia, ya que a partir de esa edad entre los estudios de la escuela y las actividades juveniles nos relacionábamos menos. Luego, en mi edad más madura comencé a trabajar en el Buró Comercial Industrial como tenedor de libro con el gerente de dicha entidad particular que se dedicaba a llevar los libros de contabilidad a distintos comercios menores, cafeterías, bodegas, farmacias, etcétera, trabajo que eran afín con mis estudios en la Escuela de Comercio de Marianao donde viví un tiempo con mi abuela por parte de padre que vivía en Buena Vista.

Después del triunfo de la Revolución en Cuba me incorporé a las Milicias Estudiantiles y demás actividades que se desarrollaban en esa época, en los años 1961 y 1962 se fue deteriorando aquel Buró Comercial Industrial por la pérdida de clientes. Entonces por la Milicia



Mi abuela Paula Cifuentes con mis hermanos de visita en España.



Paula Cifuentes con mi madre y mi tía Marta Baltazar antes de emigrar.

Nacional Revolucionaria me propusieron trabajar como mecanógrafo en la Jefatura del Batallón 121, lo cual acepté, y después me designaron como Jefe de Armamento del Batallón que pasó a ser parte de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, como Unidad Militar. Y del año 1963 al 1965 pasé la Escuela de Cadetes General Antonio Maceo en Ceiba del Agua, continuando trabajando en las Fuerzas Armadas hasta el año 1990 que me jubilé con el grado de Teniente Coronel.

Por lo que durante ese tiempo transcurrido hasta el fallecimiento de mi madre el 16 de mayo de 1967 a la edad de 59 años no disponíamos del tiempo necesario para profundizar sobre sus vivencias realmente. Ella durante un período de tiempo mantuvo correspondencia con su madre, su hermana Marta Baltazar y un tío llamado Rizo, pero muy inestable y demoraban mucho las cartas que a veces ni llegaban, o con un atraso de hasta de meses porque no había cartero para la zona de campo donde vivíamos.

Sufrió mucho cuando supo de la muerte de su madre, pues no pudo viajar nuevamente a España, solo en la ocasión que referí anteriormente, llegando a hacerse nulo el intercambio de la correspondencia entre la familia de España y la de Cuba, tras su fallecimiento y posteriormente la muerte de mi padre, en el año 1988, época en que tampoco mis hermanos mayores se ocuparon en mantener ese vínculo familiar.

Durante su estancia en Cuba antes de viajar a España con mis dos hermanos mayores, y posteriormente a su regreso, mi madre vivió su vida conyugal en varias zonas de campo en la periferia de la ciudad de La Habana: en El Rosario, ahora llamado La Solitario, en Carretera del Lucero, del Reparto Buenos Aires, Finca Santa Rosa Kilómetro 9, Lucero Habana, ahora llamada calle Crescencio Varona, donde mantuvo las tradiciones y costumbres castellanas en la medida de sus posibilidades, tales como roturar la tierra con tridente, rastrillo, guataca¹, y posteriormente hacía canteros donde sembraba verduras, hortalizas, como tomate, zanahoria, lechuga, habichuela, en correspondencia con la época

¹ Azada corta que se usa para limpiar de hierbas y otras labores menores en huertos y tierras de labor. (N.E.)



Fotografías tomadas en la residencia habanera de la millonaria americana para la que trabajaba mi padre de chofer.



de siembra que requería cada producto.

Además atendía algunos árboles frutales, marañón², guayaba y otros para consumo de la casa, también mantenía la crianza de dos o tres gallinas, y en una ocasión hasta una vaca, la pastoreaba y ordeñaba con gran destreza garantizando de esta forma nuestra alimentación.

Algo muy curioso que nunca olvidaré, es ver cómo de la mata de algodón nuestra madre recogía el producto seco, le sacaba las

² Árbol (y su fruto) propio del Caribe y América Central también conocido como anacardo, cajú o merey. (N.E.)



Panteón de la *Colonia Zamorana* en el Cementerio de Colón (La Habana).

semillas y hacía una bola con el algodón ya limpio y de esa bola cogía una hebra con una mano y con el dedo gordo y el pulgar procesaba la hebra e iba saliendo como un hilo algo grueso y con la otra mano simultáneamente enrollaba en una aguja preparada de doce pulgadas de largo aproximado con una punta de alambrón y un cabo de madera semi-ovalado apoyado en el suelo la giraba como un trompo dando vuelta y enrollaba en la misma el algodón ya en forma de hilo, y con él nos tejía suéteres, abrigos, gorras y boinas entre otras cosas. También se hacía vestidos tejidos, blusas, manteles, tapetes, etcétera para consumo nuestro. De la carne de cerdo cogía un pedazo, lo salaba, le daba tratamiento al sol, vapor

de la cocina y lo hacía tocino o unto, algo parecido al tocino que servía para echarle al potaje, con la sangre agregándole distintas especies y con la propia tripa procesada hacía morcilla. Por otra parte, hacía uso de la medicina verde (remedios caseros) para curarnos de distintos padecimientos, catarro, heridas, granos, por ejemplo con el apasote, bejuco ubí, caña santa, salvia, jarabes de la tripa de güira y otros³.

Mientras desarrollaba las labores hogareñas, lavado, planchado y otros, solía cantar canciones españolas, coplas, flamencos... Tenía una voz bella, melodiosa, con distintas tonalidades; en ocasiones se acompañaba con el uso de castañuelas y pandereta, a veces reflejando su angustia por la separación de parte de sus seres queridos, y la añoranza al no poder verlos nuevamente.

³ Diferentes especies vegetales que se dan en la isla de Cuba y que se aprovechan, como el autor indica, para tratamientos de medicina tradicional y en rituales religiosos sincréticos. (N.E.)

Hasta aquí mi pequeño aporte para contribuir a la conformación del historial de la emigración de españoles a Cuba, con la esperanza que un día pueda visitar la tierra querida de mi madre, que la siento mía también, y dejar plasmado igualmente en



Actividad de tradiciones gastronómicas en la Casa de Zamora.

esta narración mi agradecimiento eterno al párroco de la Diócesis de Astorga, Juan García Prada, que Dios lo tenga en la gloria, por haberme enviado la partida de bautismo de nuestra madre, por su gestión propia, siendo fundamental para la vinculación familiar, y acercarnos a nuestras raíces españolas, en particular de Castilla y León.

Como zamorano de origen, pude acogerme a mi otra ciudadanía, la española, y confraternizar con los demás emigrantes y descendientes a través de las actividades que desarrollan los asociados tanto de la *Agrupación de Castilla y León de Cuba*⁴, como por la *Colonia Zamorana de La Habana*⁵.

Agradezco mucho el trabajo de la Junta de Castilla y León, junto a la UNED de Zamora, que por tantos años han apoyado a los emigrantes y sus familiares en las asociaciones que por su dedicación y entusiasmo han mantenido por medio de múltiples actividades, siempre aportado iniciativas creadoras para seguir enriqueciendo nuestro acervo hispanocubano y mantener viva la memoria de la emigración castellana y leonesa en la Isla llena de recuerdos imborrables.

⁴ En puridad, *Agrupación de Sociedades Castellanas y Leonesas de Cuba*. (N.E.)

⁵ Su nombre oficial es *Colonia Zamorana de Cuba*. (N.E.)

Santiago Núñez García (Noceda del Bierzo, 26/10/1900 - Madrid, 12/04/1986)

María del Carmen Carmona Núñez

En aquel idílico paisaje de Noceda, pensaba ya desde niño “Santiago tu llegarás a viejo”. Demostró buena disposición a estudiar, de manera que el sacerdote Isidro, que además era primo, habló con su madre para llevárselo a estudiar a las Escuelas Catedralicias de Astorga. Se le preparó el ajuar con traje y zapatos. Todo dispuesto cuando llega la gran gripe de 1913 y lamentablemente se lleva a Isidro, mueren tantos que esperaban turno para el entierro encima de la nieve. Había que pastorear el ganado, ovejas y vacas lecheras. En una ocasión, estando alejado del pueblo oyó voces de niñas pidiendo auxilio, gritaban “Lobos, lobos” así que agarró su vara de mando del ganado y blandiéndolo por alto y saltando y gritando, se fue hacia ellas consiguiendo espantar a los lobos que ya tenían a las dos niñas acorraladas. Ellas recordarían esto toda su vida. Cazaba pardales con trampas de hilos para comer y se reía de su hermana mayor que se llenaba con uno solo de ellos.

Su futuro se tambaleó cuando llaman a quintos para acudir a la Guerra del Rif en África, en 1921. No está dispuesto a ir a la guerra. No se le había perdido nada en África. Un vecino, un hombre enorme, volvió de esta guerra traumatizado, contaba cómo se hizo sus necesidades encima al ver que no había escapatoria a la muerte. Por aquel tiempo ya era normal ver que la gente emigrara a América, dos hermanos suyos emigraron a Argentina, nunca regresaron. Así que agarra su maleta de estudiante toma el tren a La Coruña y allí embarca hacia Cuba. En el barco se encontró con otros jóvenes, en su mayoría gallegos y asturianos, desertores en busca de un nuevo horizonte.



Santiago Núñez García.

Al llegar a Cuba les registran y les distribuyen según sus conocimientos. Santiago vestía correctamente su traje, era un joven alto, moreno y bien parecido, en la cola mientras espera turno de destino, un hombre la recorre despacio observándolos, y al llegar a su altura le agarra del hombro y le dice “Tú, acompáñame”. Aquí comienza su aventura en Nueva York, en los grandes almacenes necesitaban jóvenes dependientes y fue contratado, al mismo tiempo estudiaba inglés en los ratos libres. Compartía apartamento con otro español¹.

Todo era increíble, podía ver a la venta electrodomésticos como neveras, lavadoras, radios, cámaras de fotos, que tardarían 50 años en llegar a España. Llegó a adquirir algún artículo, como radio y cámara de fotos, así como seis trajes de lino. Pero la Iª Guerra Mundial acecha y obligan a todos los jóvenes emigrantes a nacionalizarse americanos, se rumorea que los primeros que van a ir a la Guerra son los nuevos nacionalizados y Santiago renuncia a ser americano. No había desertado de una guerra para entrar en otra. Así que regresa a Cuba.

En La Habana estuvo al servicio de un gran señor, hasta que en una ocasión en la que servía el café en bandeja, se asustó al sonar el teléfono en la casa, algo muy insólito para él, y



Aparato de radio que Santiago Núñez adquiere durante su estancia en Nueva York.

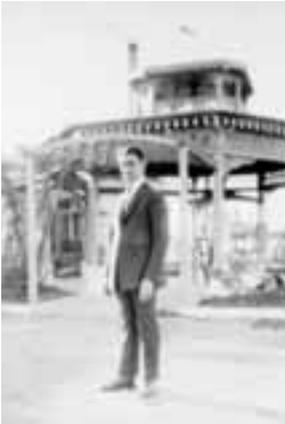
¹ En la página www.libertyellisfoundation.org se puede ver su ficha de entrada en 1922, barco *Ponce*. (N.A.)



Desde el barco.



En Cuba.



En Cuba.



En Cuba.

se le cayó todo al suelo de manera que fue despedido. Después entró de portero en el Gran Casino Nacional de Cuba, el Montecarlo de América, trabajando con su buen amigo Basilio, y además de contar con más amigos, nunca fue fumador ni le gustaba el alcohol. Por allí pasaba la flor y nata de Norteamérica y de Cuba. Fueron tiempos felices.

Siempre hablaría de cómo zurcía una chica de allí, tan bien que no se veía el roto. Y siempre me he preguntado si sólo se acordaba de ella por eso.

Pero añoraba su tierra, no pudo despedirse de su madre, que por un enfriamiento, le sorprendió una tormenta, le sobrevino la muerte con menos de 50 años, se decía de ella que su belleza, su pelo, su porte y sus manos no tenían parangón en El Bierzo, no parecía aldeana sino señora. Así que cuando la dictadura de Primo de Rivera dio la posibilidad de regresar a los desertores pagando una multa de mil pesetas, no se lo pensó y se embarcó de regreso con un enorme baúl negro con todas las pertenencias.



Baúl que Santiago Núñez se trajo de su estancia emigratoria en América.



Fotografía tomada en Toledo, donde Santiago Núñez estuvo destinado por trabajo a su regreso de América.



Carmen y su padre.

Llegó a su pueblo montado en un precioso caballo, ilusión propia de quien quiere demostrar a todos que le ha ido bien. Pagó deudas sobre las tierras, hipotecadas después de años duros sin hijos varones. Su estancia sería breve. Se va a Madrid donde ya vivían los más ricos del pueblo, les visita y le proponen trabajar en Banesto, así que acepta, y se va destinado a Toledo, compró libros para instruirse de historia, filosofía, álgebra, lengua, medicina...

En uno de los viajes a Madrid aprovecha para visitar estos amigos, y allí se encuentra subida a una escalera limpiando la lámpara del salón, con pañuelo en la cabeza y ropa de trabajo, a una jovencita, vecina de enfrente de su pueblo natal, Carmen, que cuando se fue Santiago ella era aún una niña. Carmen se lamentó de que la viera en esas condiciones. Pero lo cierto es que Santiago se fijó en ella, en sus verdes ojos y su cabello rizado natural.

Enseguida comenzaron a salir, con intención de casarse, así que cuando el cura le preguntó si mantenía relaciones con la novia, Santiago le cogió de la sotana y le dijo, que qué se había creído, que la quería para casarse y la tenía que respetar.

La boda se celebró en Noceda, con muchos invitados, vinieron cocineros y músicos contratados expresamente para la ocasión. Y luego se fueron a vivir a Colmenar Viejo, población de Madrid, destinado en el Banesto de allí, y con domicilio en una casa con terraza acristalada en la Plaza del Ayuntamiento, que todavía existe.

A la hora de nacer su primera hija, Carmen quiso que el parto tuviera lugar cerca de sus tías. Su madre no podía estar, pues murió al nacer ella. Así que María de los Ángeles, nació en el pueblo, en Noceda, en 1930, y enseguida volvieron a Colmenar Viejo. Y al nacer su segunda hija, M^a Bella, y su tercera hija, M^a Carmen, acudieron a un hospital en Madrid. Decía Santiago que hubiera querido tener un hijo varón, para ello probó todas las técnicas conocidas y no le dieron resultado.



Carmen y Santiago.

Se trasladaron nuevamente, esta vez a El Escorial, a la calle Pozas, 20, un primer piso, los Reyes Magos dejaban los regalos en el balcón cuando subía a caballo la Cabalgata.

Como director de la sucursal del banco tenía que bajar periódicamente a la calle Alcalá, a la sede de Banesto, a rendir cuentas, y alguna



En El Escorial.



Con el Maestro Alonso.

vez se llevaba con él a su hija mayor, Angelines. Esta niña pudo entrar, acompañando a su padre, en el Banco de España y ver muy de cerca la cámara que custodiaba el oro de España.

También bajaba a Madrid para colaborar en lo que sería la Sociedad de Autores Españoles, Santiago acudía a los estrenos de cine para luego informar. A las películas de Disney, se llevaba a sus hijas mayores.

Tuvo el privilegio de ser amigo del Maestro Alonso², se reunirían en Madrid o en El Escorial, y para las comuniones de M^a Ángeles y M^a Bella recibieron de él, un retrato de niña de cada una.

Fue amigo también de las autoridades de El Escorial, pero la amistad mayor fue con el Prior del Monasterio. A Angelines le gustaba mucho acompañar a su padre al Monasterio para ver la Biblioteca, no para leer, sino por lo impresionante de la misma, y tuvo la suerte de celebrar su primera comunión en una pequeña y exquisita capilla de uso de los monjes.



Primera Comunión de Angelines.

Tenían sirvienta, pero ante la sospecha de que le faltaban joyas a Carmen, la pidieron que enseñara la cántara de la leche cuando salía a buscarla y en ella encontraron un collar de perlas. La despidieron y decidieron valerse sin ella. Cuando Carmen dio a luz la tercera niña,

² Se refiere a Francisco Alonso (1887-1948), compositor de música popular, presidente de la Sociedad General de Autores de España entre 1947 y 1948. (N.E.)

enfermó y era Angelines quien subida a una silla fregaba los cacharros. Las niñas estudiaron en un colegio de monjas, la hija mayor, guardaba grato recuerdo, la enseñaron la enciclopedia, y coser y bordar, y las dos cosas las haría muy bien; M^a Bella, más viva, no olvidará que la decían, “cada vez que te portas mal, tendremos que pinchar un alfiler al Sagrado Corazón de Jesús”. Ambas vestían bien, tenían abrigos, varios zapatos, botas katiuskas para la lluvia y paraguas de niña. Dispusieron de carricoche en esa época. También juguetes como muñecas, cocinas, armarios, camitas, muebles de acero y tela, casita de muñecas (esta desapareció en el camión de mudanzas en el traslado posterior a la guerra).

Un día paseando por la carretera se escapó un toro y Santiago agarró a las niñas, las echó en la cuneta y las tapó con su cuerpo, las pidió que no hicieran ningún ruido a pesar del miedo para que no se fijara en ellos, y acertó, porque se fue tranquilamente.

Su felicidad se vio rota por una carta recibida desde el pueblo natal dirigida a Santiago en la que acusaba a su hermana de tener una adolescencia un poco casquivana en el pueblo, provocó una crisis que a punto estuvo de destruir el matrimonio, pero quedó de manifiesto la poca credibilidad y la mucha envidia de la mujer que la enviaba.

Santiago que había huido de dos guerras se vería atrapado en El Escorial por una tercera, que parecía iba a durar unos días pero se extendió tres años. Con su trabajo, y una familia, no se planteó emigrar,



Juguetes y paraguas de las niñas.



La casa del pueblo.

afortunadamente las bombas no caían allí por respeto al Monasterio como obra monumental de nuestro Patrimonio Histórico. Pero el hambre era patente, allí no llegaba alimento, así que había que subir al monte y competir por encontrar setas, o caminar por las vías del tren hasta un pueblo vecino donde comprar leche para sus hijas. En una

ocasión volviendo por las vías, después de varios kilómetros andando a sus espaldas, tuvo la mala suerte de resbalar y caer, rompiéndose las botellas de cristal que llevaba, una en cada bolsillo y echándose a perder toda la leche. Ese día lloró de impotencia.

El hambre fue tal que en 1939 ya no podían resistir más, el bloqueo era absoluto y no había nada que comer, las hijas tumbadas en la cama por orden de su madre, para no consumir fuerzas, no las tenían para levantarse ni para decir mamá, pensaron que la muerte les alcanzaría en breve. Y justo cuando las esperanzas de vivir ya les abandonaban, terminó la Guerra y llegaron camiones del ejército con pan blanco, habían comido pan de centeno en el mejor de los casos, comieron pan hasta que se pusieron malas. Más adelante supo que de su pueblo natal partió un hombre cercano a la autora de la carta para acabar con su vida aprovechando la guerra, pero no llegó, cayó en el camino.

Una epidemia de varicela afectó a las tres hijas, se les administró una inyección, la penicilina aún no se había inventado, pero la menor de sus hijas, Carmen, con tres años no lo pudo soportar y falleció. Durante muchos años conservaron un cuento de caperucita roja, rasgado por ella en su enfermedad, no pudieron regañarla.

Al terminar la guerra, el dinero no valía, y la gente acudía a cambiarlo al Banco. Santiago a todos se lo cambió, incluso a aquel que lo había guardado bajo una baldosa y al sacarlo era un amasijo de papel mojado. Pero llegó la orden superior de que los que no habían participado en la gue-

rra no tenían derecho a ocupar los cargos y tenían que dejar esos puestos. Quizás a la hora de firmar, no fue bien asesorado, porque no pidió excedencia y ello le impidió volver algún día. Así que, sin trabajo, con una familia, en una postguerra de racionamiento, decidió hacer la mudanza con todo, y marcharse a su pueblo natal, a Noceda del Bierzo, donde ambos poseían tierras y Carmen una casa³. Santiago heredó una habitación, el cuarto del moro, así llamado por tener bajo la ventana una cara esculpida en piedra, y el cuarto de debajo, hoy garaje. Se tenía la costumbre de repartir a todos los hijos una habitación para que tuvieran un techo. Se las dio a sus hermanas. Entre los dos juntaron una hijuela en tierras.

Nada más llegar Santiago buscó quien le vendiera leche para sus hijas, pero nadie quiso hacerlo, tenían comprometida la venta, y solo si estabas enfermo tenías derecho a tomarla, lo mismo con el agua medicinal que se traía de la fuente de El Rubio⁴. Tuvo que comprar una cabra. Las tierras había que labrarlas, cultivó hasta en la ladera de la montaña, y consiguió garbanzos muy tiernos, se ganó el apodo de destripa terruños. En zonas hoy abandonadas de secano se sembraba el trigo, y en la zona de regadío no quedaba un centímetro por sembrar con tal de que no faltara el alimento.

³ La casa en la que se asentaron le tocó a Carmen en herencia, es la mitad de una casa mayor, construida con los mejores materiales de la tierra, piedra, madera de nogal y de castaño, y adobe para tabiques. La poseedora de la otra mitad, Tina, cuenta que su abuela, que hoy tendría 125 años, ya le decía su abuela que no sabía quién la había construido, lo que lleva a pensar en sus 300 años de antigüedad. Dos posibles versiones de su construcción, una es que pudiera ser en origen un monasterio, al lado de la ermita de San Isidoro, hoy viviendas en una esquina de la plaza de San Isidro y a escasos metros del conjunto. La escalera, el salón, la cocina y el horno son de buenas dimensiones, el horno ya no existe pero tenía una cruz tallada en la piedra para bendecir el pan. El conjunto del edificio tenía además varias habitaciones (en la parte de Tina), establo para ganado, pajar para guardar el grano, y lo que hoy es servidumbre de paso mantiene huellas de haber tenido portones gigantes delante y detrás, decía mi madre que por allí entraba un hombre de pie subido al carro. Y la otra, que la construyera Francisco con el dinero ganado en la Corte. Se dice que el tatarabuelo Francisco había sido guardaespaldas del rey Alfonso XII, otras fuentes dicen de Fernando VII. Estando al servicio de un duque, posiblemente el duque de Sesto, acudió con él a jugar lanzando una herradura, según cuentan, el rey pidió a Francisco, hombre corpulento en cuyos pantalones cabían dos hombres, que tirara la herradura, Francisco por no ofender la tiró más cerca que la del Rey, pero este le pidió que tirara con todas sus fuerzas y así lo hizo. Se perdió la herradura según unas fuentes, y según otras mandaron poner un testigo para recordar la proeza, y Francisco pasó al servicio del Rey hasta el fallecimiento del monarca. Regresó a Noceda, y con el dinero ahorrado compró una finca desde la plaza de San Isidro hasta el río. La mitad de Carmen se conserva en sus materiales originales, incluido el tejado (vigas de madera, tablas de nogal y tejas de pizarra originales) que sigue resistiendo el paso del tiempo. (N.A.)

⁴ Hoy visitable www.excursionesyrutasporcastillayleon.com/ruta-las-fuentes-medicinales/. (N.A.)



Excursiones a las fuentes, años 40 (fotografía de la izquierda). Angelines, Flora y Felisa (escritoras y mecenas de la residencia de ancianos) y la más pequeña Encarna, futura alcaldesa, años 50 (fotografía de la derecha).

Consiguió Santiago conciliar el riego entre los tres barrios de los que se compone el pueblo, debido a su configuración lineal en una calle de tres kilómetros, y muchos vecinos, hasta la construcción de la carretera a La Coruña tenía más habitantes que Cacabelos. Hasta ese momento había que subir los tres kilómetros a buscar el turno del riego cada vez que se requería regar. Consiguió que se establecieran turnos de riego de obligado cumplimiento, el que acababa avisaba al siguiente en vecindad y así sucesivamente. Y ese sistema ha permanecido hasta entrado el siglo XXI, en que debido a los pocos vecinos que hacen uso del riego se ha perdido. Hoy discurre el agua abundantemente por las presas gracias al pantano que filtra sus aguas desde el otro lado de la sierra, pero antes de esto el agua era un bien escaso.

A Angelines aquellas montañas que hoy vemos hermosas le parecieron venirse encima y estar en el fin del mundo, al verle los pendientes una niña se los tiró al suelo y se los rompió. Con un aspecto casi medieval, calles de tierra y boñigos, presas de riego al pie de todas las casas, había que ir a la fuente a por agua; no había letrinas, tocaba bañarse en grandes palanganas, sí había lavabo de porcelana y espejo. La cocina era de carbón que a la vez servía de calefacción en invierno. Angelines no quería estar allí, hasta que encontró amigas de su edad, como Consuelo que había nacido el mismo día y año que ella, amigas de por vida.

La dureza del trabajo del campo no impedía a los vecinos disfrutar. Cuentan que según llegaban a la plaza, soltaban la azada y se ponían a bailar. Santiago sacaba al balcón la radio que compró en Nueva York y todos a bailar en la plaza de San Isidro.

Angelines debido a su buena educación ayudaba en el colegio a la maestra. Un día volviendo del colegio confesó a su madre que esos eran los años más felices de su vida. Pero Santiago veía crecer a sus hijas de niñas a jovencitas y pensó en la vida las esperaba allí. Así que decidió viajar a Madrid, y visitar a su amigo el Maestro Alonso para pedirle ayuda a encontrar un trabajo, y le dieron la fatal noticia de su fallecimiento. Regresó cabizbajo a Noceda. Con las esperanzas ya rotas llegó una carta de su amigo Basilio, tenía una mercería, “Mercería Basil”, en la calle Fernán-



Consuelo, Angelines y M^a Bella.

dez de la Hoz, 70, en el barrio de Chamberí con mucha demanda de las señoras del barrio y del de Salamanca, y solo tenía una dependienta. Les ofreció trabajo a sus dos hijas y les ayudó a buscar vivienda de alquiler a pocos metros de la tienda⁵. Entonces estaba en las afueras y se jugaba al futbol en los hoy Nuevos Ministerios.

A su edad Santiago no tenía fácil trabajar, hacía suplencias en porterías o vigilancias. Sus hijas fueron habilidosas para hacerse ropa, en especial Angelines, forraban botones y hacían arreglos para sacar un sobresueldo con el que contar, pues entregaban el sueldo en casa, y para evitar que les regatearan en el precio, decían que lo mandaban hacer a

⁵ La casa había sido construida antes de la guerra y paralizada en poco más de cimientos sirvió de refugio a soldados en la guerra. Luego un doctor se la regaló a su esposa para que la alquilara por viviendas. Posteriormente se dio opción a compra a los inquilinos. (N.A.)



En Noceda.

una señora. Disfrutaron de su juventud en Madrid, iban a guateques, las invitaban en la tienda a los estrenos como el lanzamiento de la Coca-Cola, iban a la Hípica donde las retrataban entre las chicas guapas, y de vacaciones por todas playas de España con el grupo de Hermandades. Se casaron con más de 34 y 36 años, cuando todos pensaban que

ya no sería posible, con un granadino y un gallego, las dos fueron afortunadas. Tuvieron hijo e hija una, y un hijo otra.

A Santiago le diagnosticaron cáncer de colon en 1967, desahuciado le enviaron a casa. Para aliviar los dolores llamaron al médico de familia y le recetó aceite de oliva⁶. Como última voluntad había pedido a su hija Angelines que si su segundo hijo era niña la pusiera el nombre de M^a Carmen por su niña fallecida, y se cumplió su voluntad, pero no falleció, empezó a mejorar con sus nuevos hábitos, cucharada de aceite, limonada, agua con bicarbonato, superó la fecha en dieciocho años. Empleó su tiempo en pintar a acuarela y coleccionar sellos.

Se fue cinco años antes Carmen, once años más joven que él, falleció en la cocina de un ictus, mientras Santiago bajaba al portal a despedir el cuerpo de otra vecina fallecida, al regresar estaba en el

⁶ El marido de Angelines, que era de Granada, le brindó el mejor aceite de oliva virgen extra. (N.A.)



En Nuevos Ministerios, Madrid.



Revista *Galope*, mayo 1954, recuadro superior derecho.



Santiago con Angelines y sus nietos, año 1968.



Angelines en Santander.

suelo inerte, y solo pensó ya en acompañarla, compró un panteón en el Cementerio de San Isidro en Madrid para que se les enterrara juntos, hecho que sucedió cinco años después⁷.

⁷ Sólo vive M^a Bella, se encuentra en una residencia de Guadarrama, Madrid, después de que un ladrón la atracara en el ascensor y la quitara sus joyas y la dejara inválida. Su marido Luis murió al poco de los hechos.



El matrimonio y dos de sus hijas.



María Bella.



Angelines.



Santiago Núñez García.

Angelines y su marido Víctor fallecieron ambos en 2009. (N.A.)

¡Cómo pesan los recuerdos!

Julio Jesús Cubría Peregrino

Ese es el río Omaña, señala mi primo Julio Iglesias Cubría y agrega: -“En sus aguas limpias y puras se bañaba tu padre junto a otros familiares incluyendo a mi madre. La casa donde nacieron nuestros padres es aquella que ves allí, entre aquellos árboles”. Mientras hablaba iba señalando los lugares a los que se refería. De esa manera me iba introduciendo en el conocimiento de la infancia de mi padre aprovechando para ello el viaje a León que en el 2013 realicé gracias al *Programa Añoranza*. En la habitación del hotel donde me hospedaba, allí a solas, venían a mi mente los recuerdos de mis padres, sus anécdotas, vivencias y las experiencias en mi infancia y adolescencia que me fueron trasladando. ¡Cómo pesan los recuerdos! Venían a mi mente uno tras otro. Mi madre preocupada le preguntaba: -“Pepe, Pepe, ¿dónde estarán los niños? Llueve muy fuerte, el ruido es intenso”.

La casa donde habitan con sus tres hijos es muy similar a las otras del reparto Martínez, aldeaño al central: paredes y piso de madera, techo de zinc que al choque de la lluvia produce un ruido fuerte, característico, e invita a dormir. La casa está ubicada en un área de aproximadamente media hectárea. Al frente de ella, una frondosa mata de almendras cuyos frutos los niños comen, y un jardín sembrado de flores diversas que dan un grato aroma y bello aspecto al entorno. Entre las flores pululan abejas, cigarras, zunzunes¹, otros pajaritos y sobre todo mariposas, con gran variedad de colores. Al fondo y a los flancos,

¹ En Cuba, una especie de colibrí. (N.E.)

frutales: mango verdín, corazón y mamey, guanábana, coco, toronja, ciruela, naranja, mandarina, granada. La casa tiene portal, sala, tres dormitorios, cocina, comedor, letrina (a unos cincuenta metros). No hay agua corriente, sino un pozo artesiano. Tampoco luz eléctrica, solo lámparas de kerosene. Una radio de baterías donde se oyen noticias, novelas y aventuras que son el pasatiempo nocturno de la familia. Los momentos estelares: el programa del detective chino Fu Manchú, *Los tres Villalobos* y *Leonardo Moncada*². Amueblada humildemente, en la sala un sofá y dos balances de madera, en la cocina una mesa con cuatro taburetes de cuero, las camas muy rústicas. En el cuarto principal se destaca un armario también de madera. Fuera de la casa, conformando un mundo polícromo y bullanguero: gallinas, gallos, patos, todos con sus respectivas crías. En este ambiente han crecido sus hijos. Subiendo árboles, comiendo sus frutos, jugando a los escondidos, trompo, quimbumbia, pelota, con sus vecinos formando parte de un medio sano, sin pensar en el futuro, silvestres como las plantas y los animales, tímidos y desconfiados ante lo desconocido. Así se criaron, con el alimento y la ropa imprescindibles, bajo la tierna mirada de los padres, centrada la esperanza en que el futuro no depare a sus muchachos las vicisitudes que les tocó vivir a ellos. La lluvia continúa, se repite la pregunta “¿dónde estarán los niños?”.

“Fueron a casa de tu hermana Néstar, lo más probable es que se estén bañando bajo el aguacero. Bien sabes que eso les encanta, responde Pepe”.

Mientras los padres se preocupan, los niños y amigos, efectivamente, juegan bajo la lluvia, se imaginan y forman diques, represan el agua, la desvían a otros sitios, hacen figuras y pelotas de fango que se tiran unos a otros. Se ensucian todo lo que pueden, se divierten, ríen, están felices. Bañarse bajo un aguacero y jugar en este, es uno de los divertimentos más placenteros que los niños disfrutaban. Quien no lo ha experimentado no podría imaginarlo ni comprenderlo jamás. Cuando cesa la lluvia, la mezcla del barro y el agua les ha ensuciado toda la ropa.

² Seriales radiofónicos emitidos en Cuba en los años 40 del pasado siglo, muy populares. (N.E.)

Las horas han pasado sin que se hayan percatado, está oscureciendo, viene la preocupación, hay que regresar a casa. ¿Qué dirán los padres? Sobre todo la madre, que es más severa.

-“Cachita, ¡regañaste muy fuerte a los niños!”, dice el padre.

-“Sí, los castigué, fue mucho el tiempo que estuvieron debajo de ese diluvio, puede hacerles daño. ¿Te imaginas si se enferman cómo la vamos a pasar?”.

La situación en el país en general es crítica. La configuración del Central Francisco donde viven es similar a la de otras tantas pequeñas poblaciones que deben su existencia a la caña de azúcar.

En 1899 el grupo fundado por el español Manuel Rionda levantó el Central Francisco en la provincia de Camagüey, bajo la dirección de la empresa norteamericana Francisco Sugar Company. El punto esencial de esta región es el central, alrededor del cual gira la vida económica, política y social del territorio. En la fábrica trabaja el grueso de los obreros. Las locomotoras trasladan la caña al central desde las colonias colindantes, propiedad de grandes y pequeños colonos donde los macheteros y obreros agrícolas trabajan. Muchos son haitianos o hijos de estos nacidos en Cuba. Las condiciones de vida son pésimas. El central está enclavado en el llamado batey³. Conforman la parte más activa de la población. Allí radica la tienda, donde los trabajadores se empeñan en el tiempo muerto; un cine, la farmacia, la escuela primaria, el hospital, sendos clubes, uno para blancos, otro para negros, cuatro o cinco calles principales, un pequeño parque. Las mejores casas están habitadas por los “americanos”, el administrador del central y las otras familias de mayores recursos, según la categoría de sus empleos. Luego vienen los barrios más cercanos: “Los Mangos”, “La Estancia”, “El Uno”, el reparto “Martínez”, “La Aurora”, “La Carretera”, y, más alejadas, las colonias, como “Sitio Viejo”, todos pequeños poblados cuya vida gira alrededor de los campos de caña y la actividad agrícola rudimentaria.

³ Poblado; lugar ocupado por las casas de vivienda, calderas, barracones, almacenes en los ingenios y demás fincas de campo de las Antillas. (N.E.)

En el período de la zafra azucarera el central toma vida, ruge, muele, bota humo constantemente y con esto el bagacillo, que es el residuo del bagazo utilizado como energía, se traslada a varios kilómetros de distancia penetrando por puertas y ventanas, por cualquier rendija. La comida se llena de bagacillo, la ropa y el cuerpo de las personas se llenan de este hollín. Para donde bata el aire, hacia allá va el bagacillo como una maldición. Los que tienen recursos lo esquivan con aditamentos en puertas y ventanas. La cercanía al central alivia, de cierta manera, el aguacero de tizne. El resto del pueblo no tiene posibilidades de escapar. Además de ensuciar la ropa y cuanto alcanza a su alrededor, penetra por las fosas nasales a los pulmones, cae también en los ojos. Este período, que dura de tres a cuatro meses, es el esperado, año tras año, por la población. Es la forma de lograr algún dinero, mejorar un poco la situación, hay trabajo, el central se activa, rugen y pitan con un sonido característico las locomotoras. Se crea un ambiente de cierta prosperidad, de esperanza. Cuando llega el tiempo muerto (que es la mayoría del año), el semblante cambia, la desesperanza abunda, solo hay trabajo eventualmente para unos pocos. Vuelven a acumularse las deudas; en la tienda del central, en la bodega del gallego, que a mucho refunfuñar da un crédito sobre la base de lo que ganarán en la próxima zafra, pagas y vuelve el mismo ciclo, siempre endeudado. La miseria es grande, la población en general en estado deprimente, hambre, malnutrición, enfermedades, falta de hospitales y pocas posibilidades de acceso a estos y a la medicina. Estas son las preocupaciones de la madre, que continúa ensimismada en sus pensamientos:

-“Apenas tenemos dinero para la comida y la ropa. ¿Cómo pagar un médico y comprar las medicinas? Sería terrible que se nos enfermaran los muchachos. Se acerca la Navidad, el fin de año, el día de los Reyes. Cada año nos va peor. Siento una tristeza muy grande, ni siquiera un juguete vamos a poder comprar a nuestros hijos”.

Mientras esta conversación tiene lugar, se escucha por la radio la canción de moda: Benny Moré, el *Bárbaro del Ritmo*, canta “Francisco Guayabal, / qué bueno está, / Francisco Guayabal...”, y después el locutor comienza a transmitir los resultados del sorteo de la Lotería

Nacional, que se está llevando a cabo en la segunda semana de diciembre de 1949, y da a conocer los números ganadores con el tercero, segundo y primer premio.

El locutor canta: -“34550 premiado en 25.000 pesos / 34550 premiado en 25.000 pesos / Tercer premio. 94865 premiado en 50.000 pesos. / 94865 premiado en 50.000 pesos / Segundo premio / 36731 premiado en 100.000 pesos / 36731 premiado en 100.000 pesos / Primer premio...”.

Repite: -“El Premio Gordo es el 36731: tres, seis, siete, tres, uno. 36731 premiado en 100.000 pesos”.

-“Calla Cacha, no oí bien cuál es el número ganador”.

-“36731, premiado en 100.000 pesos”, repite el locutor.

Pepe da un brinco en la cama, abre sus ojos enormemente, se acerca a la radio con un nerviosismo muy grande. 36731, tres, seis, siete, tres, uno, premiado en 100.000 pesos.

-“Ese es mi número, ese es mi número”, grita loco de alegría, “Cacha, ese es mi número”.

Busca el pantalón que está tirado en uno de los taburetes, lo registra y saca las treinta fracciones de billetes de la lotería, los revisa uno a uno y expresa: -“Somos ricos. Nos hemos sacado 30 mil pesos”.

Cacha se levanta y como loca corre hacia la cerca que la separa de su vecina más cercana: -“Amelia, Amelia, Pepe se sacó la lotería”.

Y Amelia entonces dice: -“La Virgen de la Caridad te oyó. Ahora mismo le enciendo una vela para ver si me toca el premio gordo a mí también”.

Los niños no atinan a comprender, pero la alegría que reflejan sus padres los contagia, y hablaban sin parar, brincaban, cantaban. La noticia corrió como pólvora por toda la comunidad, en la barbería, tienda, calles, bares, en el central, los amigos felicitaban a Pepe, muchos pensando que la posibilidad de la suerte también podría llegar a ellos. Durante días la noticia más importante fue esa, llegó hasta la directiva del *Club de los Blancos*, analizaron el acontecimiento, la importancia que la familia adquiriría para la vida social del central era de un peso muy alto, por tanto no se podía perder esa oportunidad y una invitación de

inmediato fue cursada para que Pepe y su familia pasaran a formar parte de esa institución tan prestigiosa. *El Club de los Blancos* estaba ubicado en una amplia casa de mampostería y de este eran miembros las personas de la raza blanca con determinada posición económica, incluyendo sus familiares. Sus principales figuras eran el administrador del central, el directivo del Banco, algunos trabajadores de la oficina del ingenio, los médicos, el farmacéutico, el maestro, algunos colonos y dueños de tienda y el cura del pueblo. Mientras la invitación venía en camino, Pepe y Cacha hacían planes. En realidad no estaban preparados para asimilar el golpe de suerte que les había tocado. Espontáneamente brotó la gratitud para quién vendió el billete. Se le regalaría una fracción y así podría contar con 1.000 pesos. Esto le aligeraría la carga que le daba la vida. Para el compadre y paisano Antonio, su mejor amigo, con quien habían compartido tantos problemas y dificultades, seis fracciones de billete, monto con el que podría emprender el negocio que tanto había deseado: comprar un carretón, varios mulos y dedicarse a la venta de carbón. La idea de volver a España, exitosos, no podía esperar, ¡hacía tantos años que habían dejado el terruño!

-“Podré ver nuevamente a mi madre, hermanos y hermanas y demás familiares”, decía Pepe. En el momento que se hacían estas reflexiones, llegó un mensajero con la carta de invitación.

-“¿Cacha, qué dice esa carta? ¿De quién es?”.

-“Es del club del central, dice que sería un honor que te hicieras miembro del Club”.

Pepe quedó pensativo, reflexionó: -“¿Cuántas veces he pasado por ese lugar? Siempre me han mirado como un ser inferior, pareciera como si la pobreza apestara y te mantienen a distancia. Mis amigos, con quienes he compartido buenos y malos momentos, no resisten ese club y no podrían entrar a menos que se sacaran la lotería igual que yo. ¿Qué pensarán cuando me vean jugando dominó ahí? ¿Qué dirán de mí?”. Y como si se lo estuviera diciendo a la Directiva del Club, dijo en voz alta: -“Qué se vayan a la porra, ahí no entro”.

Y salió caminando deprisa en busca de su amigo Antonio, quien se encontraba en el reparto “Los Mangos”. Antonio, un hombre fuerte,

emigrante también de origen español, paisano de Pepe, casado con la hermana de Cacha, era su mejor amigo, con él quería discutir sus planes. Le contó sus deseos de viajar a España, no entraría en el club, y luego que detallaran y discutieran acerca de los planes, le dio los seis pedazos de billetes. Antonio le dijo: -“No jodas hombre, esto es más de lo que yo necesito, vamos a celebrar”.

Se dirigieron al bar y allí estuvieron hasta que llegó la noche. Después de habilitarse de lo necesario, la familia se trasladó a La Habana para emprender el viaje. Al llegar a la capital, el asombro de quienes nunca habían salido de aquel humilde y lejano lugar era grande. Cantidad de personas que caminaban por las aceras, ómnibus, autos, vendedores en cada una de las esquinas, anuncios, luces. Controlados muy cercanamente por los padres que temían algún accidente, los niños se sentían como amarrados. Aquella ropa que nunca antes habían usado, el peligro de las calles, todo les era ajeno.

Al más pequeño el ruido de las bocinas de los autos lo asustaron y corrió para cruzar la calle y un auto le dio un leve golpe lanzándolo al pavimento. Antonio, como loco, y gritando expresiones fuertes: “puta de tu madre (...) me cago en el corazón de la virgen”, sacó al chofer del auto y le propinó un fuerte puñetazo tirándolo al piso. La gente lo aguantaba e intentaba calmarlo, pero Antonio quería seguir golpeando. Afortunadamente el accidente solo le provocó al niño leves rasguños. El más lesionado resultó ser el desafortunado chofer.

En el hotel, se siente un olor característico procedente de la refinería cercana, es el olor a gas, mezclado con el salitre. Al día siguiente la familia se traslada al aeropuerto: el vuelo sale en horas de la mañana. El aparato, un avión Britannia, cuatro motores, de hélices, cuyo nombre, *Estrella de Cuba*, será el encargado de hacer la travesía, hará escala en las Islas Azores antes de llegar a su destino final, Madrid. Ya en pleno vuelo, con el suave ronronear de los motores, Pepe, dulcemente, toma la mano de Cacha, cierra los ojos, y deja correr sus pensamientos, hasta remontarse años atrás.

En su aldea natal, El Castillo, situada en el kilómetro 52 de la carretera que sale de León y llega a Villablino, recuerda su casa de piedra,

rústica, su pueblo pequeño, rodeado de verdes montes y praderas. El río Omaña, que toma su nombre de la comarca que cruza, sus aguas cristalinas y frías donde habitan las truchas que nadando divertidamente, van a parar a los anzuelos de diestros aldeanos convertidos en habilidosos pescadores, que conocen mejor que nadie el comportamiento de las truchas. Su padre, Esteban, de estatura mediana, fuerte. La situación económica le hizo emigrar a la Argentina y lo llevó a él cuando tenía diez años. Allí estuvieron cuatro o cinco años. De aquel viaje sacaron malas experiencias y tuvieron que regresar.

De nuevo a trabajar en la fragua, como ayudante de herrero. Machacando hierro ardiente, cosa peligrosa que ponía en el más alto nivel el genio de su padre quien por cualquier descuido, error, o pieza que saliera mal, le gritaba y sin querer, humillaba. Hombre bueno y sencillo cuando se enfadaba se transformaba, ofendía y decía palabras demasiado fuertes y hería el orgullo juvenil ¿Cómo su padre había aprendido el oficio de moldear el hierro a través del fuego? ¿Por qué ese escudo de armas en azul, con una cruz de oro que guardaba con tanto celo en el baúl? Oh, la historia... Sus antepasados en el siglo XVII, provenientes de Flandes, se habían establecido en Santander. ¿Qué habría sido de ellos? Si la historia contara:

-“Majestad ¿Se ha puesto a pensar los comentarios que suscitará en la Corte la decisión que usted piensa tomar?”, pregunta el Consejero al rey Felipe VII⁴. El Rey reflexiona y dice:

-“La costumbre genera las tradiciones. Las normas no hacen compatible el trabajo manual con la nobleza de sangre; es la tradición, según la época en la que nos ha tocado vivir, pero si no fuese por familias como estas que han prestado sus servicios como operarios en las Reales Fábricas de Artillería de La Cavada, Santa Bárbara y Liérganes, hoy no existiría esa nobleza, en gran parte se debe a ellas su existencia.

⁴ La referencia al monarca español es errónea; el autor debe referirse a Felipe V, rey que, en 1710 otorga el denominado Fuero de Artillería, jurisdicción separada para los operarios de las reales fábricas de armas y que implicaba para aquellos, la consideración social de hidalgos. (N.E.)

La artillería que hoy defiende a la gran España, lo cual la hace invencible, es el resultado del esfuerzo, habilidad y dedicación de estas familias. Por ello, no habrá fuerza, ni mucho menos comentarios banales que impidan que por Real Cédula se les conceda privilegios de hidalguía para ellos, sus hijos y descendientes y su escudo de armas que sea en azur con una cruz de oro. Ay de aquel que ose cuestionar esta decisión, pues demostraría una gran ingratitud hacia aquellos que lo han dado todo por la sobrevivencia del poderío de nuestra Patria”.

Oh, sí, de sus antepasados le venían las cualidades a su padre, por ello contaba con tanta facilidad, daba la forma que deseaba al metal y cual artista lo transformaba, no en cañones, sino en instrumentos de trabajo para las labores agrícolas.

Los aldeanos trasladándose al campo, cultivan la vid. Las mujeres con porrones en sus cabezas van al manantial a buscar agua. La nieve, el frío que cala los huesos, sobre todo cuando no hay el alimento necesario. La desesperanza es todo lo que el futuro le depara, se marchita la juventud, el tiempo pasa, no hay porvenir. Estamos en 1915, cumple diecisiete años. Está llegando a la edad del servicio militar, en cualquier momento pueden llamarlo a filas, enviarlo a un punto lejano, desconocido, por tanto no queda alternativa y toma la decisión:

-“Madre, marchó hacia Cuba, a buscar fortuna, otros horizontes. Allá me abriré paso, se encuentra trabajo fácil, acumularé un capital y regresaré en unos años. Aquí no se puede vivir, no hay esperanzas”.

Su madre, Antera María, con el llanto en los ojos lo mira y piensa, ¡cuánto desearía impedir ese viaje! Las cosas no son tan fáciles como su hijo imagina. Quién sabe si volvería a verlo.

-“Tendría que hacer lo que otros -sigue diciendo Pepe-, ir a un seminario y estudiar sacerdocio buscando una salida, pero no tengo vocación para ello”.

La madre lo mira con ternura y con un nudo en la garganta, aguantando las lágrimas prestas a brotar, y con un dolor profundo que solo una madre puede entender, abraza a su hijo, le da un beso, su anuencia y el dinero necesario para que efectúe el viaje. Antera María ve alejarse el carretón tirado por mulos. Su hijo Pepe, con su ropa descolorida,

su boina y alpargatas y una pequeña caja donde lleva sus pertenencias, cosas que han recogido para él, se marcha rumbo a León, luego tomará un tren hacia Vigo, aquella ciudad de origen romano, destruida en el 937 por Almanzor y repoblada en 1170 por Fernando II, convertida en un puerto pesquero de importancia y donde tomará el barco que lo llevaría a La Habana.

El olor a salitre, a pescado, se introduce en todas las partes de su cuerpo. Sentado en el suelo junto a otros jóvenes que seguirán su mismo destino, fuma un cigarrillo. Está nervioso y ansioso de empezar el viaje. En cuanto llegue a tierra cubana cambiará su suerte, encontrará trabajo, acumulará una pequeña fortuna y regresará a su terruño natal como un triunfador. No es mucho pedir a la vida, son sus sueños de juventud, otros esperan más. Cuando regrese, piensa, Vigo se habrá transformado, el pescado será hecho conservas en las industrias que se instalarán y quizás se construya un edificio majestuoso con figura de buque en la propia bahía donde los visitantes, y sobre todo las parejas, podrán disfrutar, y divertirse: comer, beber, bailar, cantar.

La sirena del *Monte Ayala* inunda el ambiente, llaman a abordar. Han terminado de cargar las mercancías y enseres, la carga principal, ahora toca el turno a los pasajeros quienes lentamente, uno a uno, después de ser revisados sus boletos de abordaje, van subiendo a la cubierta del barco a través de las pasarelas. Después de los viajeros que tienen boletos de primera clase y se ubican en el primer piso, el más cómodo, subirán los de segunda y tercera categoría que es donde se encuentra él. Arrancan los motores, se eleva el ancla, se desatan los cabos, enfila la proa del barco hacia el horizonte, allá donde se une el cielo con el mar. Comienza a navegar el gigantesco buque. Poco a poco va quedando atrás la tierra y los seres más queridos. Las costas cada vez más distantes, hasta que desaparecen. Solo se ve agua, inmensas cantidades de agua, sol durante el día, nubes o un cielo azul, oscuridad en la noche. Aquel barco que parecía un gigante cuando fue abordado en el puerto, ahora ante la inmensidad y la fuerza del mar parece un elemento insignificante, bamboleado y a merced de las olas como si fuera un pequeño papel.

¿Qué profundidad, qué grandeza, qué misterios guardarán sus fondos, que débiles somos ante tanta potencia, cuánto nos falta por saber,

por conocer de nosotros mismos, de los elementos que nos rodean? ¡Qué valor el de aquellos pioneros que se abalanzaron sobre estos mares, qué decisión, qué confianza en sus juicios, qué convicción, qué fuerza tan grande los impulsó! Descubrieron nuevas tierras, la historia los puso en un lugar cimero.

-“No aspiro a tanto, solo a encontrar una vida feliz”.

Pasaron los días. Unos treinta. No pasó muy mal el viaje pues el encuentro casual de aquellos papeles que eran del Capitán, quien agradecidamente y habiéndole tomado aprecio le propuso que durante la travesía lo apoyara en algunas tareas, le permitió contar con mejores condiciones de alojamiento y comida que la de sus paisanos de tercera clase. Empieza a correr el rumor de que al día siguiente se arribará a las costas de Cuba y que en horas de la noche anclarán en el puerto de La Habana. El corazón palpita. Lo usual, temer a lo desconocido, a lo que nos espera. El dinero es escaso. ¿Qué rumbo tomará su vida de ahora en adelante? ¿Qué pensarían aquellos primeros navegantes cuando Rodrigo de Triana gritó desde lo alto “Tierra a la vista”? ¿Temerían también a lo desconocido? Ellos fueron afortunados pues al pisar aquella tierra Colón dijo que era la tierra más hermosa que ojos humanos habían visto y se llenaron de gloria.

A las ocho de la noche arribó el buque a la bahía de La Habana. Comenzaron a bajar los pasajeros. Papeles en regla, fuerza de trabajo barata era bien recibida, no hubo dificultades en la aduana.

-“Pepe, Pepe, despierta, están anunciando que vamos a aterrizar en Madrid...”.

-“Señores pasajeros, dentro de breves instantes aterrizaremos en el aeropuerto Barajas de la ciudad de Madrid. Cubana de Aviación les desea una feliz estancia. Favor ajustarse los cinturones y no fumar hasta que los motores de la nave no se hayan apagado”.

Era el 11 de abril de 1950. Allí estaban, ansiosos, esperando, uno de los hermanos de Pepe: Eliseo, sacerdote, y su hermana María junto a su esposo Manolo. Lo usual, abrazos, besos, expresiones de alegría al llevarse a cabo el encuentro. No podían faltar algunas lágrimas. Esa noche se pasó en Madrid. Al día siguiente fue el cumpleaños del segundo

de los niños y se picó una torta, que engulleron rápidamente. La familia quería llegar al lugar de origen lo más pronto posible, por lo que tomaron un tren hasta León y más tarde alquilaron un coche hasta El Castillo. En León se unió a la comitiva otro hermano de Pepe, Publio, también sacerdote.

El reencuentro en El Castillo fue mucho más emotivo. ¡Cuánta alegría la de aquella madre! Besaba a su hijo y a aquellos nietos cubanitos, que conocía por vez primera con mucha ternura y se desvivía en atenciones. Nevaba y el frío era intenso.

-“Esteban, antes de morir -dijo la madre con llanto en los ojos-, el último pensamiento lo dedicó a ti, hijo mío”.

Cachita temblaba de pies a cabeza. Aquella situación inesperada obligó a avivar el fuego para tratar de aliviarle el frío. Los niños, encantados y, a la vez, asombrados. Era la primera vez que veían caer la nieve y vestirse de blanco los campos. Lo comparaban con la lluvia y el fango cubano. Era muy extraño, no lo olvidarían nunca. Vecinos y amigos fueron a dar la bienvenida. A los paisanos de Pepe, amigos de la infancia, les brillaban los ojos de admiración. Uno de la aldea se había ido y había vuelto como un triunfador. Eso era todo un acontecimiento, había que celebrarlo y así espontáneamente surgió la fiesta. Bebida, comida, música y sobre todo vino abundante que brotaba de aquellas botas de cuero, cuya parte delantera se acercaba a la boca y luego con la mano izquierda apretabas en su centro y salía el chorro abundante y corría por la garganta con un sabor exquisito del vino preparado por las manos expertas de aquellos aldeanos. Un viejo amigo preguntó a Pepe si se acordaba de bailar la jota. Este que ya tenía un buen nivel de alcohol encima contestó: -“Claro, hombre, lo que bien se aprende no se olvida nunca”.

Sonaron los compases de la pieza y Pepe se dejó guiar remon-tándose a sus años mozos y bailó despertando gritos de júbilo de sus co-terráneos, pues aún mantenía la pureza española en los movimientos que aplicaba al baile.

El Castillo no había cambiado mucho. Parecía que el tiempo no hubiera pasado. Algunas nuevas edificaciones, pero las mismas casas rústicas se mantenían y la pobreza era evidente. La casa donde pernoctaban

era la primera a la derecha según se va al pueblo, distante unos seis metros de la carretera. Planta baja y piso alto. La puerta situada en el centro da paso a un corto pasillo: a sus lados hay dos puertas; una, a la derecha, da entrada a una habitación o sala de recibir; la de la izquierda da paso a la cocina, donde habitualmente se come y hay un horno para cocer el pan. Subiendo las escaleras se llega a otro pasillo con puertas a un lado y otro que dan a respectivas habitaciones con sus ventanas al frente. El pasillo tiene balcón al frente, también entre ventanas. De modo que todo el frente de la casa tiene cuatro ventanas a los lados respectivamente de la puerta y del balcón. La casa estaba montada sobre troncos de madera con un amplio espacio debajo de esta. En tiempo de frío el ganado se guarece en este sótano, especie de corral casero que además se utilizaba para realizar las labores de ordeño correspondiente. Salía la leche espumosa, exquisita. Con métodos rústicos se elaboraba queso y mantequilla.

En este ambiente bucólico los niños se sentían a sus anchas. Corrían y jugaban por el campo, muy similar a como lo hacían en el central. Hicieron amigos, jugaban a tirarse flechas unos a otros, una de estas fue a parar a la frente de un niño español, lo cual dio un poco de fama de traviosos a los cubanitos. Aquellos inmensos campos de vid, los grandes racimos de uvas que colgaban cual zarcillos de mujer, despertaban la imaginación infantil y sin hacer caso a los letreros de “uvas envenenadas”, entraban al campo y se deleitaban con las frutas. Pepe iba a diario a jugar, lo llamaban “bolos”, pelota de madera redonda que se lanzaba y rodaba por la tierra hasta una raya, a una distancia aproximada de quince metros. El que más cercano llevara la pelota a la raya era quien ganaba. El vino corría diariamente de forma abundante.

El tío Publio parecía un personaje bíblico. Alto, bonachón, se paseaba con su sotana. Tenía malas pulgas, regañaba y daba sus cocotazos de vez en cuando, pero era un hombre bueno, ¡cómo le gustaba el vino y el juego! Tal vez abrazó los hábitos no por vocación sino por razón económica, la necesidad. Luego no se deshizo de estos pues era deshacerse de un modo de vida que conlleva sacrificios, pero da estabilidad material. Los días en El Castillo pasaron volando como suele siempre

sucedier con los tiempos alegres y felices. A los niños el frío no les hacía mella, el poder de adaptación natural del ser humano, en ellos, fue espontáneo, se divertían, jugaban, no paraban nunca. Cachita no resistía, continuaba con el frío del primer día, ponía los pies tan cercanos a la estufa que prácticamente los tenía dentro de la candela y hubo ocasiones en que las chispas le quemaban las medias de lana que cubrían sus pies. Esta situación y el tiempo ya transcurrido hizo que la familia retornara a León. Allí se alojaron en la casa de María, la hermana de Pepe. Su esposo Manolo tenía una tienda de venta de madreñas (zapatos de madera con dibujos muy bellos) que se usaban entonces para evitar el agua, la humedad y estaban muy de moda en aquella época. María era una mujer de dotes extraordinarias, firme y de una gran voluntad y disposición, emprendedora. Durante la guerra civil española incursionaba en el territorio de ambos contendientes e intercambiaba productos con ellos. La situación la obligaba, pues tenía que dar de comer a sus hijos. ¿Cuántas vicisitudes, molestias y vericuetos no habrá tenido que sortear para haber sobrevivido?

León es una ciudad bella y tranquila. En particular ofrece un espectáculo de su hermosa catedral del más puro estilo gótico, la iglesia de San Isidoro –Panteón de Reyes– de estilo románico, el gran Hostal de San Marcos, que a sus visitantes más distinguidos provee sus preferencias y gustos y también están los elegantes y variados comercios, sobre todo en la calle Ordoño II. En León los muchachos practicaron el deporte nacional español, el balompié. Era común este juego y muy sencillo de practicar pues solo necesitaban una pelota, una calle o puerta cualquiera para utilizarla como portería. El balompié en España es como la pelota en Cuba, todos lo conocen y alguna vez en la vida lo han practicado. Había otros juegos un poco más peligrosos. La Catedral de León tiene vitrales que, además de su pureza artística y su hermosura, son valiosos. En la plaza de esta Catedral jugaban los cubanitos con sus dos primos, que la casualidad quiso que llevaran sus mismos nombres, Julio y José. La diferencia estribaba en que en el caso de los españoles Julio era el mayor y en el caso de los cubanos, lo era José.

Los Julios se unían contra los Josés y se caían a pedradas sin medir las consecuencias de la posible rotura de uno o más de estos vitrales, lo

que podía haber empeñado a las familias por años. Alguien fue con el cuento a los tíos españoles y cuando llegaron fueron castigados. El castigo visto a la luz moderna era un tanto exagerado. Los arrodillaron con los brazos extendidos en forma de cruz y en cada mano pusieron una de aquellas hermosas madreñas, que pesarían un aproximado de una libra cada una. A los pocos minutos comienza un dolor que se va tornando irresistible y aunque no lo quieras, no puedes resistir y el brazo baja; antes que descienda totalmente, la tía, vigilante, te daba un correa y tenías que volver a subirlo. A José, el cubanito, que era el más bellaco, le tocó la peor parte, pues lo mantuvieron un poco más de tiempo en esta posición. Este fue el único castigo que tuvieron que soportar en España, los momentos felices fueron muchos más. Promovido por la madre, un domingo en una misa pública del padre Gregorio, agustino, el tío Eliseo administró a los muchachos la primera comunión. De León la familia se trasladó a Gijón donde disfrutaron de las delicias de esta ciudad, incluyendo sus playas. Luego fueron a Valladolid.

Después de haber pasado unos siete meses en España, *La Estrella de Oriente*, un avión cuatrimotor de hélices, Britannia, similar al que los llevó, los trajo de regreso a Cuba. La noche anterior, Pepe no logró conciliar el sueño. A su lado Cacha dormía plácidamente. Pensaba sobre los días maravillosos pasados en su tierra natal, sus familiares, viejos amigos, los ruegos para que se quedara, las ofertas de trabajo. El hecho de que posiblemente no volvería más.

España viviría para siempre en su corazón, en sus recuerdos, pero él y su familia pertenecían a otro mundo, eran cubanos. Esta tierra, con su sol y las delicias de su gente lo habían cautivado y él, sencillamente, como muchos otros, se había “aplatanado”. Remontó nuevamente su pensamiento hasta su primera llegada a Cuba, cuando tenía diecisiete o dieciocho años. Recordaba que cuando dio sus documentos al oficial de Inmigración en el puerto de La Habana, como calmadamente los revisó, le miró al rostro y, finalmente, pegó el cuño y dijo jocosamente: -“Ojalá tengas suerte, galleguito, que encuentres un buen trabajo y una mulata que te ponga a gozar”.

Salió de aquel recinto y, mientras esperaba a su paisano Antonio, trató de interpretar lo que quiso decir el cubano aquel con lo de la mulata, pero no llegó a comprenderlo. Ahora sonreía socarrona y pícaramente: el tiempo se había encargado de esclarecerle el significado de aquellas palabras.

Al recordar esta anécdota sonreí: mi padre Nicolás José Cubría Bardón falleció el 2 de enero 1975 en Camagüey, provincia de Cuba. Era hombre natural, sencillo, gustaba tararear aquella canción española “Francisco Alegre, corazón mío...” y recordaba cada cierto tiempo su terruño, su gente, tal vez sin quererlo despertó en sus hijos el sentimiento hacia su tierra natal. Hoy somos miembros de la *Colonia Leonesa* y nos sentimos orgullosos de ser parte de esta asociación, porque sobre todo, nos permite de cierta manera rendirle nuestros recuerdos y homenaje a quien fue, junto a nuestra madre, nuestro creador.

Un médico de Riomanzanas en Cuba, 1879-1898

Ramón Fidalgo Castellanos

*A mi abuelo Feliciano y a Riomanzanas,
el pueblo que le vio nacer.*

PRESENTACIÓN

A principios del año 2014 terminé de escribir mi libro *De Peralejo a Mal Tiempo*; en él se narra la vida de mi abuelo materno Ramón Castellanos Cedeño, soldado del Ejército Libertador durante la guerra por la independencia de Cuba en 1895-1898. Al mostrarle el libro a mi primo Octavio Fidalgo, este me manifestó: -“Ramón, ¿por qué no escribes, con la misma idea, un libro en el que se narre la vida de nuestro abuelo Feliciano Fidalgo, médico mayor del Ejército Español durante esa misma guerra? Si te decides yo puedo aportarte varios documentos que poseo”. En definitiva le contesté que lo haría y me retiré de su casa con los documentos del abuelo Fidalgo¹.

Escribir el libro *De Peralejo a Mal Tiempo* para mí, que no soy escritor ni historiador fue difícil, pero no hay dudas que tuve varios factores que me ayudaron, en primer lugar haber conocido a abuelo Ramón, que guiado por él visité el terreno en que se desarrolló el combate de Mal Tiempo y caminé de su mano los pueblos de San Fernando y Cruces. Si sumamos a esto que siempre me ha gustado estudiar la Historia de Cuba, conozco como la palma de mi mano La Habana, ciudad en la

¹ Esta amplia biografía se acompaña de abundante información gráfica que, por no tener calidad suficiente, no ha podido ser finalmente reproducida. (N.E.)

que nací hace ya muchos años y además pude investigar en varios archivos y bibliotecas, en resumen, fuentes de información tuve muchas y buenas.

Para este libro, que pudiera llamarse como segunda parte de la saga, todo fue más difícil y representó un tremendo reto. En primer lugar no conocí a mis abuelos Feliciano y Antonia, no he visitado España, la historia de ese país que conocía era muy elemental y por supuesto no he tenido acceso directo a bibliotecas y archivos españoles. De Feliciano Fidalgo supe mediante mis primos de Santiago de Cuba que vivieron junto a mi abuela Antonia, que regresó a Cuba con cuatro de sus hijos en 1911. El poseer la hoja de servicios de mi abuelo, que envió a mi primo Octavio el Archivo Militar de Segovia, me permitió conocer los rasgos generales de su paso por el ejército español durante más de cuarenta años. Por otra parte mi abuela Antonia que vivió junto a su hijo Eugenio en Santiago de Cuba hasta su muerte ocurrida en 1939, contó a sus nietos muchos aspectos de su vida, narraciones que llegaron a mí mediante mis primos santiagueros y me permitieron, sumándole el estudio de los documentos que poseo, escribir acerca de la vida de mi abuelo Feliciano. Para lograr mi propósito, siguiendo la tónica del primer libro, o sea, describir el hecho histórico y exponer cómo vivió mi abuelo en ese momento, tomé como base lo descrito por varios historiadores hispanistas, en particular en tres libros: la *Historia Mínima de España* de la profesora Áurea Martínez Fernández, la *Historia de España moderna y contemporánea* de la profesora María del Carmen Alba Moreno y *Ejército y Política en España* de Daniel R. Headrick, además empleé toda la información que pude obtener del documental *Riomanzanas: Jardín de Aliste* que me envió el zamorano Lucas de La Fuente y el libro *Un siglo en papel* que me facilitó el gaditano Juan Vaca Ramos. También recibí el apoyo de la historiadora española la licenciada María del Carmen Andreu Escribano.

Mi agradecimiento para todas las personas e instituciones que me proporcionaron información, facilitaron que la obtuviera o me alentaron constantemente, como mi esposa Marta Lamelas Díaz, el coronel (R) René González Barrios; el historiador de la ciudad de Bayamo, el

compañero Ludin Fonseca; las compañeras de la Sala Cubana de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, que con extraordinaria paciencia y eficacia me ayudaron a buscar muchos documentos; al ingeniero Manuel Consuegra; al Archivo Militar de Segovia en España que nos envió fotocopias de varios documentos; a la familia Menéndez que me revisó el libro; a mi querido amigo el Coronel (R) Armando Miralles Calvo; a mí viejo y querido amigo Marcelino Ben Castillo. Ellos me permitieron escribir este libro.

El libro lo estructuré en ocho momentos de la Historia de España entre 1850 y 1898: el reinado de Isabel II entre 1850 y 1868; la etapa liberal-progresista de 1854 a 1856; el bienio moderado de 1856 a 1858; el Ejército y la Revolución del general Juan Prim y Prats; el Ejército y la primera República; el Ejército y la restauración Borbónica; El Ejército y la guerra colonial en Cuba de 1895 a 1898. También se incluyen algunas consideraciones acerca del Cuerpo de Sanidad Militar y el servicio prestado por éste durante la guerra en Cuba y por último la vida de mi abuelo de 1899 a 1909 en la isla de Menorca. Las plumillas son obra de mi amigo Marcelino Ben Castillo que las realizó a partir de un esquema elaborado por el capitán de artillería español Severo Gómez Núñez en su reseña del combate de Peralejo².

FELICIANO FIDALGO Y CASAS, EN PRIMERA PERSONA

Estoy con mi familia en la pequeña ciudad de Mahón capital de la isla de Menorca, corre el año 1909 y ya tengo 59 años, en general me siento bien de salud, aunque sigo padeciendo del corazón; Antonia está bien de salud y mis hijos se puede decir que son todos hombres hechos y derechos, de ellos el mayor, que es Román, ya tiene 22 años y vive en Barcelona donde tiene empleo como marinero de un buque mercante; los otros cuatro viven con nosotros en esta pequeña isla, donde me desempeñé como director o jefe de servicios del Hospital Militar durante más de diez años. Antonia me ha insistido en los últimos años para que

² *La acción de Peralejo*. La Habana, 1895. (N.E.).

escriba mis memorias de forma que nuestros hijos y sus descendientes puedan conocer el origen de la familia. Aprovecho que dejé de ser el director del Hospital Militar y me he decidido a escribir lo que bien recuerdo, me apoyaré en Antonia que tiene una memoria prodigiosa, además poseo una copia de mi hoja de servicios que solicité, así como otros documentos y muchos recortes de periódicos. La idea para escribir es asociar mi vida a distintos momentos de la historia de mi país entre 1850 y 1909. Espero que mis hijos y sus descendientes puedan leer este cuaderno.

Comencemos por el reinado de Isabel II. Su largo reinado pasó por dos regencias, la de su madre y la del general Espartero hasta 1843. A partir de esa fecha, con solo 13 años, fue reconocida reina en propiedad. Su reinado puede dividirse en tres etapas diferentes: una primera desde 1843 hasta 1854, conocida como la “mimosa década”³, en la que predominaron los moderados al frente del gobierno. Una segunda etapa, entre 1854 y 1856, en la cual los progresistas llevaron las riendas del poder y promulgaron un grupo de leyes que propiciaron cambios importantes para el desarrollo de la economía en la dirección capitalista. Y una tercera, desde 1856 hasta 1868, en la cual se dividió el poder político, fundamentalmente, entre militares moderados como fueron los generales Narváez y O’Donnell, y no se eliminaron las principales medidas económicas del periodo anterior, aunque se limitaron los derechos ciudadanos alcanzados. Con la proclamación de la mayoría de edad de Isabel, el general Narváez se convirtió en el hombre fuerte del momento y quedó al frente del gobierno. En 1846 Narváez representaba los grandes intereses de los terratenientes, partidarios de una monarquía constitucional muy conservadora, este gobierno reprimió con gran fuerza a los progresistas. De estos años data la organización de los ministerios, la designación de gobernadores civiles al frente de los ayuntamientos como delegados del rey, se modernizó el sistema fiscal y se estableció la peseta

³ El autor parece confundirse con la *Década Ominosa* (1823-1833), periodo del reinado de Fernando VII en el que se restaura el Absolutismo. (N.E.)

como moneda patrón del Estado, además la monarquía española apoyó el restablecimiento del poder papal. El general Narváez fue sustituido en el gobierno en 1851 por Juan Bravo Murillo que intentó alejar a los militares del poder y frenar a la nobleza. Creyó que podría ejercer el poder con una dictadura civil a semejanza de la francesa. Logró imponer un grupo de leyes favorables al desarrollo burgués como la Ley sobre los ferrocarriles, la de reconversión de la deuda pública y otras. A todas estas, la reina, por el alejamiento permanente de su cónyuge, se rodeaba de favoritos, alguno de los cuales compartían su alcoba, como el general Francisco Serrano que unos años más tarde sería uno de los que contribuiría a destronarla.

Es en este contexto, que a las 6 de la mañana del día 10 de junio de 1850, nací en Riomanzanas siendo el cuarto hijo legítimo y de primer matrimonio de Román Fidalgo y Eusebia Casas. Al bautizarme, ese mismo día, el cura párroco del pueblo me puso por nombre Feliciano.

RIOMANZANAS, MI PEQUEÑO PUEBLO

Para que conozcan la ubicación del lugar en que nací, es conveniente comenzar por definir algunos conceptos que los geógrafos españoles han expresado al definir el territorio que ocupa España. La insularidad de parte del territorio español, la proximidad al mar de unas zonas y el alejamiento de otras, las barreras montañosas que accidentan y alejan más el interior de las influencias marítimas, las distintas características que se dan en el litoral peninsular, las modificaciones que todo ello impone al clima, condiciones hidrográficas, edáficas y para las relaciones humanas que de ello se derivan y las de explotación del subsuelo, forman un conjunto de fuertes contrastes internos. Se pueden distinguir cuatro grandes regiones que se relacionan más con el clima: la atlántica, la interior peninsular, la más mediterránea y la canaria⁴. Riomanzanas era, y aún es, un pequeño pueblo situado en la comarca de

⁴ Cuando no se indique lo contrario, son notas del autor Ángel Cabo, en su libro *Condicionamientos Geográficos*. (N.A.)

Aliste, perteneciente al municipio de Figueruela de Arriba. Se encuentra a 89 kilómetros de la ciudad de Zamora, capital de la provincia española del mismo nombre perteneciente a la Región de León según el Real Decreto de 1833 en lo que se denomina “región interior peninsular”, caracterizada por su clima, de precipitaciones muy inferiores a la región atlántica y temperaturas que presentan mucha oscilación, es decir mayor diferencia entre la mensual más baja y la estival más cálida. Los inviernos son en ella más crudos, con heladas fuertes y prolongadas y la sequedad del verano hace más alta la evaporación. Se trata de un clima de claros matices continentales.

La primera noticia escrita de Riomanzanas viene de 1186 y consiste en las escrituras de la donación que hiciera un caballero de las propiedades que poseían en el pueblo tanto él como su hijo. En esa época la región de Aliste era una zona en continua disputa entre los reinos de León y Portugal motivado, entre otras cuestiones, por la indefinición de fronteras, lo que se ponía de manifiesto en que los dos monarcas tenían intereses a ambos lados de la frontera. Además la región de Aliste, en lo eclesiástico, perteneció al arzobispado de Braga, en Portugal, hasta principio del siglo XIII en que pasó a la jurisdicción de Astorga de acuerdo a una Bula papal. En 1297 fue que quedaron fijadas las fronteras definitivas en esta zona.

Cuando nací en 1850, el pueblo de Riomanzanas disponía de 34 edificaciones entre ellas la Iglesia y un total de 115 habitantes, en 1900 alcanzó su mayor esplendor con unos 245 habitantes y 105 edificaciones. En España, en el curso del siglo XIX, la población se multiplicó por dos: de 11 millones de habitantes en 1808, pasó a 18,5 millones en 1900. Este crecimiento era más el resultado de una fuerte natalidad que de la prolongación de la esperanza de vida, que se mantenía inferior a la media europea. Para sus habitantes este pequeño pueblo era como un viejo arcón, con sus recuerdos atesorados dentro. Enclavado en un valle rodeado por las montañas de la Sierra de Culebra es, además, un lugar exótico conocido también como parte del llamado Jardín de Aliste. Su ubicación geográfica amable, pero difícil según los pueblerinos, le proporcionaba un excelente clima y buenas tierras pardas que aseguraban

cosechas fructíferas de trigo, centeno, lino y de diversos frutos; atravesaba el pueblo el río que le da nombre al mismo, en sus riberas había árboles de todo tipo pero abundaban en particular los negrillos, las urces, los castaños y los sauces llorones. En las orillas del río las mujeres lavaban la ropa, los hombres pescaban barbos y algunos hombres, con el mimbre que crecía a las orillas del río, tejían cestos para almacenar los productos de las cosechas; este río que tantos beneficios traía al pueblo, en ocasiones con sus crecidas derrumbaba alguno de los puentes que lo cruzaban. Un arroyo llamado Fontano corría también por el pueblo y se entroncaba con el río Manzanas. Por cierto, sobre el Fontano existía un puente, al parecer de origen romano, que siempre aguantó los embates del agua y el tiempo. Un camino polvoriento rodeado por grandes castaños, daba acceso al pueblo; cada año los vecinos al concluir las fiestas patronales, formados y organizados por su consejo vecinal, lo reparaban, al terminar, generalmente festejaban el éxito de su trabajo.

En las regiones del noroeste peninsular predominó una cultura habitacional en forma circular llamada cultura de los castros, de fuerte influencia celta, similar a las de Irlanda, Escocia, el norte de Inglaterra y norte de Francia. Con el tiempo se fueron extendiendo hacia el sur, razón por la que se supone que los celtas habitaron el valle de Riomanzanas. De esa época data el Castro allí ubicado que tiene alrededor de 2.500 años de antigüedad. Los Castros eran recintos amurallados cuya finalidad era proteger a las personas con sus pertenencias; al que nos referimos, tiene un perímetro de 355 metros y algo más de 0,5 hectáreas de superficie. Lo circundaba una muralla con un grosor de 2,5 metros, solamente visible en 1850 en algunos tramos de la parte norte que es donde mejor se conservaba. Para asaltar el recinto había que salvar los siguientes obstáculos: un foso de 7 metros de ancho, un terraplén, un campo de piedras hincadas, un segundo foso y finalmente la muralla de 3,5 metros de altura. En el año 1850 el área se hallaba poblada de distintos árboles como jaras y urces.

La situación de aislamiento del pueblo permitió la conservación de sus valores naturales y arquitectónicos. Lo caracterizaban sus casas de piedra de color ocre, muchas de las cuales poseían un piso inferior

para proteger los animales y el superior, con amplios balcones, donde vivían las personas, todas las casas contaban con techos de pizarra gris, parras en sus fachadas y patios, esto último, unido a la gran cantidad de árboles, hacían que en el pueblo todo fuera verdor la mayor parte del año. Unían las viviendas, callejuelas escabrosas y estrechas por las que circulaban carretones tirados por vacas o bueyes y los pueblerinos, sobre sus burros, transitaban en todas las direcciones. La principal calle del pueblo, llamada calle de Arriba, llevaba de la Iglesia parroquial al puente romano situado a la salida del pueblo, precisamente en esa calle existía uno de los vestigios de la época romana consistente en la parte superior de una lápida ubicada en la fachada de la casa de Juan Crespo. Además existían tres calles más, conocidas como calle Otero, calle Cancilla y calle Fontano, en esta última existía en la fachada de una de sus casas una inscripción dando constancia de la existencia del administrador de la Aduana, lo que da cuenta de la prosperidad del pueblo en ese momento.

Frecuentemente amenazado por incendios forestales que se originaban en la montaña y eran iniciados en ocasiones por rayos, los hombres y mujeres tenían que estar listos para salir a combatirlos y proteger su pueblo, después de los incendios un aspecto desolador se adueñaba del valle y de la región en general. Los vecinos tenían como referencia, a la hora de proteger al pueblo, el incendio que destruyó al pueblo de Santa Cruz vecino de Riomanzanas, pero ubicado en plena sierra. Este pueblo eminentemente agrícola vivía de lo que cosechaba en su fértil valle de tierras pardas y bien fertilizadas por el arrastre de las montañas; allí, en lo que los pueblerinos llamaban la Era de Abajo, se cultivaban el famoso trigo tremesino que se vendía incluso en Braganza (Portugal) y la cebada. Como regla al final del verano aún se trabajaba en la cosecha de las mieses y en el mismo campo se llevaba a cabo la *maja* del trigo. Una vez limpios los granos se transportaban en carretas, generalmente tiradas por vacas, hacia las tenadas. Una de las características de la cosecha era el carácter colectivo con que se realizaba y pudiera afirmarse que el pueblo actuaba como una gran familia. En el pueblo existían seis molinos ubicados a la orilla del río para aprovechar sus aguas en el movimiento de las muelas, uno de los molineros era mi padre, Román Fidalgo.

El molino había pertenecido a la familia por más de un siglo; según los pobladores en los molinos no solo se trituraban los resultados de la siega, también se trituraban las esperanzas de ellos y les expongo un ejemplo. En 1850 los campesinos de España, continuaban dependiendo de los señoríos laicos o eclesiásticos y por tanto sometidos a múltiples tributos, servicios y abusos que convertían a la agricultura en muchas regiones como semi-feudal. En el caso de Riomanzanas todos sus habitantes fueron cruelmente explotados: ellos, después de una larga lucha, que perdieron por supuesto, se vieron obligados a partir de 1845 a llegar a un acuerdo, con los descendientes del Marqués de Alcañices, plasmado en una escritura de concordia que se firmó ese propio año, mediante la cual el consejo de vecinos de Riomanzanas había de pagar obligatoriamente un tributo por renta de foros y de terrenos⁵ en el mes de septiembre de cada año, los derechos señoriales que ascendían a: 21 fanegas⁶, 11 celemines y 2 cuartillas de centeno además de 146 reales y 6 maravedíes.

Además de cultivar la Era de Abajo, existía el área que los pueblerinos llamaban La Vega en que se cultivaban las legumbres, el lino y las parras. El lino de la región llegó a tener tanta fama que Riomanzanas tuvo su propio telar, ya desaparecido, y vendió su fino lino en varias regiones de Zamora y Portugal. La Vega era cuidada contra la acción de los jabalíes que poblaban en gran cantidad la región y que incursionaban en la misma, ocasionando grandes daños en los sembrados. Además existían los llamados Huertos en los que se cultivaban flores. Con relación a las parras, en agosto su verdor se iba tiñendo de rojo con la maduración de las uvas y su recogida, que se iniciaba a mediados de septiembre, se cubría de la mística que rodea esa cosecha en muchos lugares. Riomanzanas no era un lugar en que se celebraran con repique de campanas el éxito de la vendimia, pero producía un buen vino que era

⁵ Esta situación perduro hasta que en 1932 se aprobó, en la Segunda República, la Ley de Reforma Agraria, por la que quedaron abolidas y sin derecho a indemnización todas las prestaciones en metálico o en especie provenientes de derechos señoriales aunque estuvieran ratificados por concordia. (N.A.)

⁶ Unidad de medida española empleada tanto para medir volumen como superficie. Una fanega era igual a 55,5 litros; cinco fanegas de cultivos eran igual a una hectárea. (N.A.)

suficiente para abastecer sus necesidades; en el pueblo la familia de Lucio, se encargaba de construir y componer las cubas y toneles para elaborar y conservar sus vinos.

Era costumbre que los pastores, labradores y carreteros alabaran cada uno su oficio mientras se trasladaban a los campos en sus burros; los niños por su parte, como regla, atendían los rebaños de corderos y cabras. Desde mediados de septiembre, con la participación de todos los pobladores, se iniciaba la cosecha de las frutas. Con el mes de agosto llegaba la fiesta de Nuestra Señora del Rosario que se celebra el día 15 de ese mes⁷. La fiesta comenzaba con la misa celebrada en la iglesia, después se realizaba una procesión que recorría las estrechas y enrevesadas calles del pueblo. Para culminar se realizaban las fiestas con juegos, competencias, música y bailes típicos; en una de las competencias los niños, con los ojos vendados y armados de un palo, rompían pucheros de barro rellenos con golosinas. La gaita zamorana simbolizaba al pueblo de Riomanzanas y amenizaba las fiestas. Las mujeres jóvenes lucían sus mejores galas con hermosos mantones floridos mientras las mayores conservaban la tradición y vestían de negro con grandes pañolones del mismo color.

Las legumbres y cereales eran la base de la alimentación de los pueblerinos, se consumían también la carne de cerdo, de carnero o el pescado del río, un plato típico que mi madre elaboraba a menudo y que a todos nos gustaba, era el arroz con panceta, hoy más conocido como “arroz a la zamorana”. Caminar por el pueblo permitía al transeúnte sentir los vivificantes olores de las comidas típicas de la región que brotaban de las cocinas; sentir el inconfundible aroma del pan de centeno de la panadería de Octavio; observar a las mujeres sentadas en la puerta de sus viviendas, en la paz de las callejuelas solitarias, desgranando las habas producidas en los huertos o escuchar el ruido del martillo del herrero que reparaba o construía los arados romanos, verdaderas reliquias, que asegurarían las cosechas.

⁷ El autor debe referirse a la festividad de la Asunción de la Virgen, también conocida como la “Virgen de Agosto”, muy extendida en los países católicos de habla hispana. (N.E.)

No siempre en Navidad llegaban las nieves a los techos grises de las casas. La paz de Belén llegaba al pueblo el 5 de enero con la aproximación de los tres reyes magos que traían, cuando se podía, algunos magros regalos. En ocasiones con ellos llegaban las nieves que teñían los techos de blanco, la belleza del pueblo cubierto de blanco era grande. Con la nieve o las lluvias las calles del pueblo se convertían en verdaderos lodazales. Con frecuencia, los puertos de montaña, por los que se establecía el enlace con el exterior, se cerraban al tránsito de las carretas varios días durante la parte más cruda del invierno y Riomanzanas quedaba entonces incomunicado.

En enero se celebraban las fiestas de San Antón, en las que había la costumbre de honrar al santo no trabajando ese día con los animales que eran bendecidos por el cura párroco del pueblo mientras transitaban frente a la iglesia. Después llegaban las celebraciones de San Fabián y San Sebastián. Con la llegada del invierno en las viviendas se quemaba la jara o la retama traídas en carretas desde la montaña cercana. Por las noches cerca del fuego de los hogares, mientras se asaban las castañas, las familias reunidas, contaban historietas de todo tipo en las que no podían faltar las hazañas de su lucha contra los lobos ibéricos, jabalíes o los incendios forestales; la ocasión era propicia para consumir, cuando era posible, alguna chocolatada, tomar el vino de la tierra o alguna infusión endulzada con la rica miel producida en sus colmenas. Por último les comento que los naturales vendían sus mercancías en pueblos cercanos como Villardecervos, Mombuey, Alcañices y Braganza; el trato con los demás pueblos, incluido los portugueses, hacían de los hombres de Riomanzanas un tipo distinto a los demás del país de Aliste. El pueblo estaba habilitado para exportar frutos y efectos del país, libres de derecho, con documentación de la Aduana de Alcañices y contaba con un granero municipal.

Fue en este pequeño y bello pueblo en el que yo nací; en ocasiones me remonto en el tiempo y me veo caminando de la mano de mi padre o montado sobre mi borrico, transitando por las estrechas calles; jugando en el Castro y luchando contra los presuntos invasores; pescando barbos con abuelo Bentura [*sic*] en el río Manzanas o reunido con

la familia alrededor del fuego comiendo castañas asadas mientras escuchaba los cuentos de los mayores u observando a mi madre hilar en la vieja rueca el vellón de las ovejas para tejer después los abrigos de la familia. Son tiempos que recuerdo con cariño y también nostalgia.

ETAPA LIBERAL - PROGRESISTA DE 1854 A 1856

La situación económica y política en España llevo a un nuevo pronunciamiento militar en junio de 1854 dirigido por los generales Dulce, Serrano y O'Donnell con vista a cambiar el gobierno. A los militares los apoyaron algunos civiles como el joven Antonio Cánovas del Castillo que redactó el “Manifiesto de Manzanares” en el que se exigía la separación de la camarilla que rodeaba el trono, la convocatoria de nuevas cortes, la rebaja de impuestos, la autonomía de los municipios además de nuevas leyes electorales y de imprenta. El pueblo apoyó la sublevación y se crearon juntas revolucionarias en las principales ciudades y las incipientes organizaciones obreras salieron de la clandestinidad, siendo la primera vez que se manifestaban con espíritu de clase social. Ante la situación, Isabel II nombro al general O'Donnell jefe de Gobierno y en julio llamo al general Espartero, que representaba a los liberales progresistas, para que se hiciera cargo del gobierno y salvara al trono. Espartero nombro a O'Donnell, representante de los liberales moderados, ministro de la Guerra. En el enfrentamiento entre liberales y moderados, triunfaron los moderados y Espartero se sometió a la influencia de ellos. El gobierno de Espartero logró que se disolviesen las juntas provinciales y convocó a las Cortes constituyentes. Estas cortes emitieron leyes de corte liberal, como la Ley de bancos, la de ferrocarriles, la nueva desamortización de las tierras y otras. Con ellas se fue estructurando un Estado centralizado y a la vez se propició el desarrollo capitalista. En 1855 estalló en Barcelona el primer movimiento huelguístico de carácter político y Espartero envió las tropas para aplastarlo, con lo cual se debilitaba el gobierno liberal.

La situación económica era el problema más difícil. Para solventarla, las Cortes aprobaron en 1855 la Ley de Desamortización General, por medio de la cual se ponían a la venta las tierras de la iglesia, las tierras

de los municipios y las tierras realengas. Como consecuencia de ello los campesinos perdieron el derecho de laborar las tierras comunales y en las tierras de propios, que fueron expropiadas y puestas a la venta en pública subasta. Los terratenientes y la burguesía liberal adquirieron estas tierras. El campesinado se perjudicó dejando de apoyar al gobierno liberal. En 1856 el General Espartero se vio obligado por la Reina a presentar su dimisión y fue sustituido por el General O'Donnell, lo que no fue aceptado por las Cortes que ordenaron la resistencia con el apoyo de la Milicia Nacional. Durante tres días hubo un levantamiento popular en las principales ciudades que fueron vencidas por las fuerzas del gobierno moderado.

EL BIENIO MODERADO DE 1856 A 1858

A mediados de 1856 concluía el bienio progresista. Durante los tres meses que se mantuvo O'Donnell en el poder (julio a octubre de 1856), el gobierno tuvo que atender fundamentalmente a la pacificación del país, evitando en lo posible la represión. Para descontentos ya era suficiente con los que había. Así que para contentar a los progresistas se anunció una reforma de la milicia nacional, aunque un poco después fue disuelta. Al mismo tiempo para atraer a los moderados se restableció la Constitución de 1845 a la que se añadió un acta adicional. O'Donnell fue relevado por Narváez y en el año que duró el mandato de este último lo más destacable fue la Ley de Instrucción Pública (conocida como *Ley Moyano*).

FIGUERUELA DE ARRIBA, EN LA ESCUELA PRIMARIA DE 1856 A 1862

Les expliqué cómo era Riomanzanas en 1850, es posible que se percataran que no toqué el tema de la enseñanza y es que en mi pueblo no existían escuelas. En esa época España seguía sumida en el atraso tecnológico, industrial y social. Con relación a los demás países de la llamada Europa Occidental se había quedado rezagada y el analfabetismo plagaba el país, razón por la cual no es de extrañar que en Riomanzanas para estudiar hubiese que ir hasta Figueruela de Arriba, Alcañices o Zamora, la capital provincial.

Yo era el más pequeño de mis hermanos y cuando nací, Román, mi hermano mayor, ya trabajaba en el molino; por ese camino transitaríamos todos, seríamos parte del ejército de analfabetos, más fáciles de explotar por los señorones que nos asolaban. Mi madre contribuyó a cambiar mi destino y luchó por que yo estudiara; fui, y me apena decirlo, un niño que aprendía con facilidad y sabía aplicar los conocimientos adquiridos, razón por la cual mis padres decidieron en 1856, enviarme a la casa de tía Amelia en Figueruela de Arriba para que asistiera a la escuela primaria. Figueruela de Arriba era la cabecera del municipio del mismo nombre, el camino intramontano que lo unía con Riomanzanas era de unas cinco leguas y corría entre el bosque de altos pinos. En 1856 contaba con unos 400 habitantes que se dedicaban a la agricultura. Tía Amelia vivía con su familia en una modesta casa y Juan, su esposo, tenía una pequeña parcela de tierra; allí junto a mis dos primos, viví hasta 1862 en que terminé la escuela primaria y regresé a Riomanzanas, ya con 12 años, edad suficiente para comenzar a trabajar. En la escuela me fue bien, a decir verdad nunca fui bruto y la maestra y mis tíos me apoyaron con amor de hijo; además de estudiar trabajé duro en la parcela de tío Juan donde aprendí a cultivar la tierra con amor, que es cuando mejores resultados se obtienen.

Durante los siguientes años del reinado de Isabel II, hasta 1868, el gobierno estuvo a cargo, con intervalos de tiempo y alguno que otro gobernante, de los generales O'Donnell y Narváez que fueron su soporte principal. La milicia nacional fue disuelta y se aplicó una fuerte censura de prensa, además de una represión violenta desatada contra cualquier intento de reclamación popular. En junio de 1858, agotado el proyecto moderado, ante la inestabilidad política que existía, el general Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena, se hizo cargo nuevamente del gobierno para poner en marcha el proyecto de la Unión Liberal. Este general había sido Capitán General de la Isla de Cuba desde 1843 hasta 1848, tiempo que aprovechó para establecer fuertes vínculos con la oligarquía azucarera y comercial de la Isla y casarse con una rica viuda. De O'Donnell les cuento algo que a su vez escuché en Cuba cuando llegué en 1879 y me interesé por quienes habían sido capitanes generales. Un día, pase-

ando por la bella Alameda de Paula que corre por el lado oeste de la bahía de La Habana, me detuve a ver un monumento allí levantado y uno de mis acompañantes me contó lo siguiente: -“En las afueras de La Habana existía un precioso lugar conocido como la Quinta de Los Molinos, allí se había construido una casa quinta como residencia de verano de los capitanes generales y para los que cesaban en el cargo mientras esperaban regresar a España. Cuando Federico Roncali, conde de Alcoy, se hizo cargo del gobierno en 1848 para suceder al general O’Donnell, el conde de Lucena le jugó una mala pasada, justificada al parecer pues el relevo le llegó antes de lo previsto y sin causa aparente. O’Donnell no solo recibió a Roncali con evidente desprecio y no cambió con él más de una docena de palabras durante la ceremonia de traspaso del mando, sino que le dejó vacío el Palacio de los Capitanes Generales, salvo el Salón del Trono y las dos piezas principales donde todo lucía su esplendor, en el resto de las habitaciones faltaba no solo lo que representaba el lujo y la comodidad también cargó con los objetos más indispensables para la vida, fue como si la mansión acabara de sufrir los efectos de una mudada. Algo de cierto había, pues el general O’Donnell, a quien apodaban el *Leopardo de Lucena*, antes de cesar en el cargo se había establecido, junto a su familia en la Quinta de los Molinos y se había empeñado en convertirla en un lugar digno para el primer funcionario de la colonia, por lo cual se llevó del Palacio de los Capitanes Generales hasta los clavos. Cuando la Condesa de Alcoy, como dueña de la casa, recorrió el palacio comprobó que no disponían ella y su esposo ni tan siquiera de una cama donde descansar. Para evitar tener que pasar su primera noche sentados en una butaca del Salón del Trono, el conde y la condesa tuvieron que acudir a don Pancho Marty, un avisgado catalán que había llegado a Cuba pobre como una rata y se había enriquecido gracias a la trata negrera y al trabajo de los presos a quienes explotaba a su favor y que ajeno al protocolo visitaba el palacio cuando le venía en ganas. Marty se pintaba como ninguno para resolver este problema, solución que redundaría en su influencia y valimiento”. -“Cosas de don Leopoldo, señora, todo se arreglará, dijo Marty a la condesa”. Les he contado la anécdota para que ustedes conozcan cómo eran los personajes

que nos gobernaban y como decía un criollo amigo mío: “Saquen ustedes sus propias conclusiones”.

El gobierno de O’Donnell duró varios años, lo que garantizó cierta estabilidad política y pudo neutralizar la oposición liberal haciendo participar en el gobierno a liberales moderados y liberales progresistas. Con vistas a recuperar prestigio internacional, O’Donnell emprendió una política colonialista, al participar al lado de Francia en las empresas de Indochina y México, además de incorporar nuevos dominios en el norte de África, todo ello con grandes gastos de dinero y hombres. Otra experiencia española en las antiguas colonias fue la guerra de 1863 a 1866 en el Pacífico, contra Perú, Ecuador y Chile, la que dejó una pésima impresión en las Repúblicas Latinoamericanas. Con todos estos gastos el Tesoro Público se fue reduciendo, lo que propició la sustitución del general O’Donnell en 1863. Le siguieron una serie de gobiernos moderados, hasta terminar con el regreso del general Narváez. La oposición a la monarquía de Isabel II, se fue delimitando en dos vertientes fundamentales, los liberales progresistas que trataban de eliminar del trono a Isabel II, pero mantener la monarquía, entre los que se encontraban generales como Francisco Serrano y Juan Prim. Por su parte los republicanos consideraban que había llegado el momento de acabar con la institución monárquica, como Francisco Pi y Margall, Emilio Castelar y otros. Ante la compleja situación, la reina se vio obligada a sustituir a Narváez por O’Donnell.

Por mi parte, cuando regresé en 1862 a mi casa en Riomanzanas me puse a trabajar con mi padre en el molino, apoyándolo en particular en las cuentas. No obstante yo quería seguir estudiando y la ocasión se presentó en 1863 cuando mis padres accedieron que fuera a estudiar al Instituto de Segunda Enseñanza en la ciudad de Zamora capital de la provincia.

EN ZAMORA, A LA SEGUNDA ENSEÑANZA

La ciudad de Zamora es la capital de la provincia del mismo nombre, cuando llegué a ella en 1863 tendría unos 13.000 habitantes, me pareció inmensa con sus grandes edificaciones, calles empedradas,

bellos parques y en particular sus bien conservadas murallas. En esa época ya estaban construyendo la línea del ferrocarril que fue inaugurado en 1864 junto con su gran estación y que, en 1865 me permitió viajar por primera vez en tren. Zamora ostenta el título de “Muy noble y leal” otorgado en 1446 y que los zamoranos llevamos con orgullo, la ciudad se encuentra erigida en el curso medio del río Duero con una configuración longitudinal a lo largo del mismo y su paisaje es llano. El núcleo principal del centro urbano, que en buena parte estaba rodeado de las murallas, se alza sobre una meseta rocosa emplazada al borde del río lo que le valió el sobrenombre “la Bien Cercada”. En 1809 los zamoranos se levantaron en armas contra los franceses y en la batalla de Villagodio les infligieron numerosas bajas, de ello recuerda el bello obelisco erigido en 1818 para rendirle honor a los que combatieron allí.

La Real Orden del 12 de julio de 1846 dio lugar en Zamora a la creación del Instituto Provincial de Segunda Enseñanza que empezó a funcionar el día 7 de octubre de ese mismo año en una edificación contigua a la Iglesia de la Concepción, sobre el antiguo Convento de San Francisco. Allí estudié durante tres años y me gradué de bachiller en 1866.

Durante el tiempo que permanecí en Zamora viví en el barrio de Olivares, llamado también como Arrabal de Olivares y en ocasiones como barrio de San Claudio de Olivares; este barrio está ubicado en la margen derecha del río Duero, en la época medieval a este lugar se accedía por la puerta de la muralla conocida como de Olivares, a orillas del río. Las calles del barrio eran estrechas pero casi todas empedradas, las viviendas construidas en su mayoría de mampostería o del llamado mampuesto, con paredes medianeras, las fachadas con grandes ventanas, sin amplias balconadas como era común en mi pueblo y pintadas en su mayoría de blanca cal o color ocre. En una cota inferior, a orillas del río Duero se encontraban las llamadas Aceñas que es el nombre que se da a los molinos de granos cuando se encuentran movidos por las aguas de ríos caudalosos, como era el caso. El barrio de Olivares se estructuraba en torno a la parroquia de San Claudio de Olivares y su actividad principal era artesanal, centrándose principalmente en la alfarería que, aunque

en declive, aún perduraba cuando visité con mi familia a Zamora en 1905. Precisamente en la casa-alfarería de mi padrino don Manuel Bertolo, viví los tres años que duraron mis estudios de bachillerato, don Manuel experto alfarero y muy amigo de papá, era oriundo de San Pedro de Parada en Galicia, pero ha vivido prácticamente su vida entera en Zamora junto a su esposa Margarite, de origen francés, lo que me permitió aprender ese idioma durante el tiempo que viví junto a ellos. A Margarite la recuerdo mucho, cuando se ponía brava con mi padrino, solo le hablaba en francés, este le respondía en gallego y yo..., me reía mucho, pero aprendía idiomas.

A mí siempre me ha encantado el gran patrimonio arquitectónico de la ciudad de Zamora y me sentía muy a gusto durante mis caminatas al instituto, o cuando simplemente paseaba, disfrutaba mucho de la vista que ofrecían sus grandes edificaciones como la Catedral con su famosa cúpula con escamas, las bellas iglesias, los parques, palacios, las partes de la muralla que aún se conservaban y los puentes, en particular el Puente de Piedra erigido en el siglo XIII que ha aguantado las grandes riadas del Duero, pero que, entre 1905 y 1906 fue objeto de reformas que le mutilaron una parte importante de su belleza cuando eliminaron, entre otras partes, las grandes torres que custodiaban sus dos entradas, todo en vistas a “modernizarlo” dijeron los promotores de las reformas. Aquí les hago el comentario que hizo acerca de estas reformas don Manuel Gómez Moreno que las calificó, y cito: “Como un nuevo atentado artístico seguido de impunidad silenciosa”. También, digo yo, fue un atentado contra la historia de la ciudad. Tanto me gusta Zamora que durante años he tratado de convencer a Antonia y a los muchachos de ir a vivir allí en cuanto me retire del Ejército, ya veremos, pues todos quieren regresar a Cuba.

EL AGOTAMIENTO DEL MODELO MODERADO, HACIA LA REVOLUCIÓN

En enero de 1866 se sublevó en Villarejo de Salvanés el general Juan Prim convertido al progresismo, pero ante su fracaso tuvo que exiliarse, aunque este hecho aumentó su popularidad e influencia. Ese mismo año una insurrección de sargentos en el cuartel de San Gil, con

apoyo de los sectores populares de Madrid también fracasó. Por presiones de la reina fueron fusilados 66 artilleros lo que provocó la caída del gobierno de O'Donnell que se exilió en Francia donde murió en 1867. El general Narváez ocupó nuevamente el Gobierno, desplegando una férrea dictadura hasta su muerte en 1868. Con la muerte de O'Donnell y Narváez la monarquía de Isabel II perdió a sus dos principales defensores y todo quedó listo para la Revolución del General Prim.

EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN 1866

El ejército español estaba organizado según el patrón de las grandes potencias europeas. El regimiento era la unidad base, este se podía componer de varios batallones y estos de compañías. Fue en la 6ª Compañía del 2º Batallón de Infantería del Regimiento de la Constitución en Zamora, donde ingresé como soldado voluntario el 6 de septiembre de 1866, solo habían transcurrido dos meses del levantamiento de los sargentos en el Cuartel de San Gil en Madrid que fue violentamente reprimido y que el general Juan Prim saliera al exilio. Cuando ingresé al ejército lo hice con la íntima aspiración de llegar a ser oficial de artillería, lo que era una meta muy difícil. Yo fui un soldado atípico, pues había cursado la segunda enseñanza en el Instituto de Bachillerato, aunque solicité ser destinado a la artillería, fui enviado a un regimiento de infantería por lo que no comencé por donde yo aspiraba. Mis padres estuvieron en contra de mi decisión pues aspiraban a que fuera a estudiar en una universidad, pero no me convencieron y les expliqué que no se preocuparan, que sería oficial y que trataría de seguir estudiando. Los primeros meses fueron duros, pero al igual que el resto de los soldados yo estaba acostumbrado a trabajar muy fuerte en el campo y los pude sobrellevar. La instrucción de soldado que recibí fue muy ligera, hice buenas migas con mis compañeros, y ya a finales de 1866, aprovechando que en los patios de los cuarteles se enseñaba a leer y escribir a los soldados, que en su casi totalidad eran analfabetos, cooperé con los oficiales en esa tarea y me fue bien, pues logré enseñar a leer y escribir a no pocos soldados, cabos y sargentos.

El médico del batallón, teniendo en cuenta la instrucción que yo poseía, ya en marzo de 1867 me empleó como sanitario y desde esa fecha ya no me separé, durante más de cuarenta años, del Cuerpo de Sanidad Militar del Ejército Español al que aún pertenezco. El Regimiento de la Constitución (nº 29), había sido creado en 1812 al terminar, luego de tres años, la ocupación francesa. Según el reglamento vigente en esa época, la edad para entrar al ejército era de 20 años, pero no era de extrañar que muchos jóvenes, de las clases más pobres, con menos edad ingresaran al ejército buscando la oportunidad de mejorar su vida y asegurar un mejor futuro. Al ejército como regla entraban los reclutas llamados por el Servicio Militar, para servir entre doce y catorce meses en tiempo de paz. Con relación a los oficiales y generales la situación de la edad de ingreso era otra, así por ejemplo la mitad de los generales entraron al ejército antes de los 15 años, dos tercios antes de los 16 y tres cuartos antes de los 17. Por término medio los que ingresaban al ejército antes de los 15 años era producto de las influencias; el salto de soldado a oficial era extremadamente difícil y esa era mi meta. Las dos mayores armas eran la infantería y la caballería conocidas como armas generales, además estaban la artillería, ingenieros y los estados mayores conocidas como armas facultativas. La sanidad militar, a la que me vinculé casi desde el principio, era un cuerpo auxiliar aunque en algunos textos se alude a ella como un arma menor.

La instrucción de los soldados era muy deficiente, el servicio militar, que duraba entre doce y catorce meses en tiempo de paz, se cumplía básicamente en los patios de los cuarteles donde enseñaban a leer y escribir, religión y moral; la instrucción militar se limitaba a algo de orden cerrado y al conocimiento del armamento en uso. Las maniobras eran rarísimas, por ejemplo entre 1866 y 1879 año en que fui destinado a servir en Cuba no se realizó ni una sola. En la época en que ingresé al Regimiento de Infantería de la Constitución hubo guerras suficientes para mantener al ejército ocupado, pero la falta de preparación militar de las tropas influyó negativamente en las campañas, de eso me daría cuenta cuando participé entre 1872 y 1874 en varias batallas de la última guerra carlista y posteriormente en Cuba, lugar en que los soldados que

comenzaron a ser enviados a la guerra en 1868 y posteriormente en 1895, iban con una mínima preparación militar, por no decir que ninguna, lo que elevaba el número de bajas, algunos estudiosos del tema calculaban que el 50% de ellas eran producto de ello. La cuenta estaba clara, los hombres que reenganchaban eran caros, los reclutas baratos, mientras otras potencias europeas enviaban a sus guerras coloniales a soldados voluntarios, España enviaba reclutas. El ejército español tenía muchos generales, pero aún más oficiales que los necesarios. Existían tres clases de oficiales: oficiales profesionales (artillería, infantería, caballería, ingeniería y otros), oficiales asimilados (los de sanidad militar, intendencia, jurídicos, y otros cuerpos auxiliares), y oficiales de reserva (existían tres tipos: pagados, sin paga y con paga reducida).

En algunas partes de estas notas ustedes leerán que se dice que me otorgaron tal empleo; les explico. El ejército tenía como política que ciertos oficiales poseyeran una categoría llamada, empleo y también poseían una categoría superior llamada, grado. Para los oficiales existían empleos personales y empleos del ejército. Era política del ejército que los oficiales no se arraigaran en un lugar, principalmente por motivos de carácter político, como es lógico esto era muy malo para ellos, pues no les permitía crear una familia y perjudicaba su preparación profesional, sino vean mi caso que estuve destinado en tantos lugares de la geografía española que casi la conocí completa, lo que permitió conocer a fondo mi país pero me separó de mi familia y casi no me dejó hacer amistades. Los tenientes eran los peor tratados, la pobreza era la característica de la vida de los oficiales, paga corta que en ocasiones se retrasaba. Con su sueldo, el oficial tenía que pagar su vestuario y caballo, además de la obligación de contribuir a los gastos comunes del regimiento o costear su viaje cuando era trasladado; si era un joven teniente con familia el problema era grave. A partir de 1870 la paga mejoró y se situó igual al resto de los ejércitos de Europa⁸. El problema era cobrar el sueldo en tiempo. Siendo médico aprendí, con los golpes, que en un

⁸ El autor introduce aquí una tabla de salarios militares de la época. (N.E.)

hospital militar cabecera de una provincia, se podía recibir el sueldo con cierta regularidad; en un hospital militar que estuviera en un pueblo aislado ya se retrasaba; en una columna o en un batallón en operaciones, se retrasaba más, y si cumplías el servicio en una enfermería aislada, como me sucedió a mí en varias ocasiones, cobrar era muy difícil. Hay que agregar que en ocasiones el sueldo era complementado con gratificaciones anuales como me sucedió a mí en 1905, que por Real Orden de 21 de noviembre me concedieron una gratificación anual de 720 pesetas por haber cumplido diez años de efectividad en el empleo. Termino el tema de los sueldos explicándoles que si el oficial pasaba a la situación de reemplazo, solo recibía el 50%.

En marzo de 1867 me trasladaron del Regimiento de la Constitución en Zamora hacia la Brigada Sanitaria de Madrid. Ir a servir en la capital era bueno pues conocería la gran ciudad, pero me alejé de mi familia y de mi pueblo, en la Brigada Sanitaria fui destinado a la 2ª Compañía Sanitaria; en ella estuve como sanitario varios años y participé como les dije anteriormente en algunas de las batallas y combates de la tercera guerra carlista lo que me sirvió en mi aprendizaje, de esto les contaré más adelante, así que volvamos al País. La crisis económica de 1868 contribuyó a exacerbar la crisis política que venía desde principios de los 60.

La reina Isabel, muchacha hermosa en otros tiempos, era en 1868 una mujer gruesa y ordinaria, ignorante y sin educación, metida en intrigas y servida por cortesanos cada vez más necios. Su camarilla estaba formada por galanes, para satisfacer sus pasiones y por clérigos para lavar sus pecados. Poco podía entender los problemas del País, los progresistas eran su pesadilla, las pocas personas inteligentes de la corte no conseguían hacerse oír. La Reina era incapaz de ver que más tarde o más temprano los progresistas llegarían al levantamiento y quizás a la revolución. A mediados de los 60 la polarización de la política era irreversible. Los progresistas necesitaban a un general y hallaron a Juan Prim y Prats, hombre surgido de la modesta clase media nacido en 1814, a los 19 años se alistó como soldado en un regimiento de la milicia para luchar contra los carlistas, se distinguió y logró ascender a oficial. Al terminar

la guerra era ya coronel con solo 26 años, tres años más tarde era general. Se distinguió en la guerra de Marruecos y al concluir la misma, era considerado el general más valiente de España. Había algo más que valentía en este general, era liberal pero odiaba cualquier idea socialista y le gustaba vivir a lo rico. Cuando estuvo en Puerto Rico proclamó su infame *Código Negro*; tuvo varios fracasos en sus intentos de golpe militar entre ellos el de enero de 1866 cuando trató de derrocar a los moderados, deponer a la reina y convocar a cortes, no obstante persistió. En agosto de 1868 un grupo de generales moderados y unionistas acosados por el gobierno contactaron con Prim, y un grupo de políticos civiles estuvieron dispuestos a aliarse también con él. Otros civiles, como Pi y Margall por ejemplo, exigían además la constitución de una república, que Prim no quería.

EL EJÉRCITO Y LA REVOLUCIÓN DEL GENERAL JUAN PRIM Y PRATS DE 1868 A 1870

La revolución del 17 de septiembre se inició en Cádiz, allí la población era liberal y apoyaba a los rebeldes. Tres fuerzas luchaban por el poder: la corte y el antiguo poder; los generales rebeldes y los políticos de la llamada izquierda que en las ciudades organizaban juntas. En definitiva las dos primeras fuerzas lucharon y la tercera miró desde la barrera. Por supuesto ganaron los generales rebeldes, que después de la batalla del Puente de Alcolea, favorable a sus armas, hallaron libre el camino a Madrid. Los que hicieron la Revolución la proclamaron “Gloriosa Revolución de Septiembre”. La Reina huyó a Francia y algunos de sus adictos no tuvieron esa oportunidad, razón por la que acudieron a buscar refugio en distintas embajadas. ¿Recuerdan al general Serrano, el mismo que le hacía la corte a la Reina? Este general formó el gobierno y nombró a Prim Ministro de la Guerra, aunque este último era el poder real. Los demócratas quedaron fuera. Los resultados de la Revolución de Prim se pueden sintetizar en que se produjeron tres cambios: los conservadores fueron sustituidos por los liberales de la calle; se restablecieron relaciones “normales” entre militares y civiles y el levantamiento creó grandes esperanzas en las masas que despertaron de su letargo, aunque esperaban, lo que no llegó.

La revolución de Prim fue en definitiva como la mayoría de las revoluciones militares del pasado: gobierno centralizado bajo la dirección de unos generales conservadores. Un mes después de la Revolución Septembrina de Prim, el 10 de octubre de 1868, se produce el alzamiento del insurrecto Carlos Manuel de Céspedes en un lugar llamado La Demajagua y comienza la guerra libertadora en Cuba. Cuando conocí de esta guerra, lo menos que yo me imaginé fue que diez años después iría a servir a Cuba, por eso les expongo a continuación el resumen que acerca de este tema hizo un historiador español y que considero retrata muy bien la situación durante el Sexenio Revolucionario en España de 1868 a 1874: “La cuestión cubana es el resultado de la confluencia de tres procesos paralelos: colonialista, autonomista e imperialista. El primero va encaminado a perpetuar la presencia española en Cuba y se torna cada vez más anacrónico, al resistirse a toda iniciativa reformista. La corriente autonomista, más tarde independentista, con precursores tan notables como Félix Varela y José Antonio Saco, toma cuerpo a raíz de la supresión de la provincialidad cubana. Por último la corriente imperialista se vincula a los Estados Unidos y su objetivo final no es otro que la anexión de la Isla”⁹. El asunto que a lo largo de todo este periodo polarizó una vez más una parte considerable de la atención y esfuerzos de la diplomacia española, fue la cuestión cubana que no tardó en convertirse, junto con el levantamiento carlista y en mayor medida que la insurrección cantonal, en un cáncer que consumió los recursos económicos del país y contribuyó considerablemente a su inestabilidad política, devorando gobiernos y propiciando los sucesivos cambios de regímenes políticos. En suma, y como quedó apuntado, la cuestión cubana fue uno de los aspectos que devoró la Revolución Septembrina, contribuyendo así decisivamente al fracaso de la experiencia democrática y al advenimiento de la Restauración borbónica.

Prim llegó a ser muy popular en el Ejército y entre la población,

⁹ El autor del relato toma esta cita de VILAR, Juan B. “Aproximación a las relaciones internacionales de España (1834-1874)”, *Historia Contemporánea*, 2007, n° 34, p. 28 (N.E.).

en particular en la región de Barcelona, tenía un partido bien organizado y fama de valiente. No obstante el ejército era el único elemento de confianza para su régimen; en definitiva él estaba por la monarquía, no por la república que querían algunos de los seguidores de la revolución, con ese fin se dedicó a buscar un rey que encontró en Amadeo de Saboya, hijo del rey de Italia. Prim se buscó muchos enemigos y fue asesinado el 20 de diciembre de 1870; el crimen, como tantos otros, quedó sin ser solucionado. Amadeo se quedó de pronto sin su soporte principal.

EL EJÉRCITO Y LA PRIMERA REPÚBLICA

El período que siguió a la muerte de Prim fue confuso, caracterizado por rebeliones, la tercera guerra carlista, y la lucha de facciones que estrangularon al país y propiciaron la reorganización de las fuerzas más reaccionarias. El ejército no apoyó a Amadeo aunque el general Serrano lo hizo aproximadamente durante un año. En 1872, la lealtad del ejército se resquebrajó, se dejó en suspenso el Código Militar, se permitía a los oficiales castigar de inmediato, incluso fusilar a los soldados. Esta situación promovió desorden en las tropas, los oficiales dejaron de mandar y renunciaron en ocasiones a imponer el orden. La situación creada fue aprovechada por los agentes borbones para acercarse a oficiales y generales y también por los llamados carlistas, que iniciaron la llamada tercera guerra carlista.

En esa época yo me encontraba sirviendo como Sargento 2º en la 2ª Compañía de la Brigada Sanitaria de Madrid y participé durante varios años en algunas de las batallas que se desarrollaron contra los carlistas. De ellas les relato que mi compañía estuvo en la Batalla de Oroquieta en mayo de 1872, comandaba nuestras tropas el general Moriones. Los combates comenzaron con el ataque de nuestras tropas a la localidad de Oroquieta situada al noroeste de Navarra y a unos 30 kilómetros de Pamplona. Al inicio de la batalla los carlistas pudieron resistir, incluso recibieron algunos refuerzos, pero la artillería nuestra hizo estragos en sus filas de tal magnitud, que resultaron decisivos y los carlistas huyeron. Allí se hicieron más de 700 prisioneros, don Carlos tuvo que escapar a Francia y no regresó durante un año; en estos combates

nuestras tropas tuvieron muy pocas bajas y el número de heridos que atendimos también no fue muy numeroso. Para mí todo fue un gran impacto, pues nunca había participado en un combate y atender los heridos directamente en el campo de batalla fue una ardua tarea que me ayudó en mi formación como sanitario y futuro médico.

En 1872 la guerra en Cuba se incrementó. Al margen del conflicto antillano que continuaba y seguía creando un claro conflicto militar y político, hay que referir la maniobra republicana que en su acción parlamentaria no dejaría de presionar para dividir a los partidos monárquicos y hacer imposible el reinado de Amadeo. Esto explica que se presentaran a las elecciones de 1872 en coalición con los radicales. En el empeño por conseguir el aislamiento de Amadeo también jugaron un papel importante los hombres de Cánovas del Castillo que preparaban el regreso del hijo de Isabel II. El monarca sin posibilidad de crear un gobierno fuerte para resolver estos difíciles problemas, abdicó el 2 de febrero de 1873. En esta situación convulsa el 11 de febrero de 1873 el Congreso y el Senado, reunidos conjuntamente, tras la abdicación de Amadeo, proclamaron la República. Solo la Primera República promulgó las leyes de redención de foros (20 de agosto y 16 de septiembre de 1873) pero, como dice el refrán, poco dura la alegría en casa del pobre, un decreto promulgado el 20 de febrero de 1874 del gobierno del General Serrano, suspendió la ejecución de dicha ley.

A inicios de 1874 la compañía sanitaria en la que seguía destacado volvió a ser enviada a prestar su servicio en varias batallas de las que se realizaban en la llamada tercera guerra carlista. Se dice por los historiadores militares que 1874, a pesar de algunas victorias obtenidas por los carlistas, fue el año que decidió el curso de la guerra, pues se unieron varios factores que ayudaron a crear condiciones que permitieron a nuestro ejército organizarse y concentrar sus tropas en la lucha contra los carlistas, uno de esos factores fue el golpe de Sagunto, que dio el general Martínez Campos a fines de ese propio año que propició que muchos carlistas moderados se pasasen a nuestro bando y desmoralizó a los carlistas. Una de las batallas en las que participó mi compañía fue el sitio de Bilbao por las tropas carlistas entre los meses de febrero a mayo de

1874, que culminó con una gran derrota para ellos. La batalla se inició a finales de febrero cuando los carlistas pudieron concluir el cerco de la ciudad y comenzaron el bombardeo de Bilbao con su artillería que no respetó iglesias ni hospitales; estos bombardeos se complementaron con el intento de asaltar las posiciones de nuestras tropas, que eran mucho menor en su número. Nuestras tropas intentaron en varias oportunidades romper el cerco lo que no se logró y el hambre comenzó a ser un serio problema, por fin el 29 de abril se logró el éxito en romper el cerco cuando nuestras tropas lograron una victoria en Somorrostro, de ahí en adelante todo fue mal para los carlistas y el primero de mayo se retiró el último de sus batallones lo que propició que el día dos entraran nuestras tropas a la localidad de Bilbao, entre ellas mi compañía que formaba parte de los refuerzos. Esta fue una batalla con grandes bajas para ambos bandos, se calcularon en varios miles, y el trabajo de la Sanidad Militar fue intenso, establecimos numerosas enfermerías, tanto en lugares improvisados como en iglesias, hospitales, conventos o en grandes edificaciones de la villa. Desde el punto de vista profesional para mí hubo un antes y un después de Bilbao, pues junto a los médicos y sanitarios trabajé como nunca para salvar la vida a decenas y decenas de personas tanto militares, como paisanos, de nuestras tropas o de las enemigas.

Sería la última acción combativa en la que participé en España, pues a mediados de ese año el mando de la Sanidad Militar me concedió el privilegio de presentarme al Curso Preparatorio para ingresar en la Facultad de Medicina de Madrid. Recuerdo perfectamente el momento en que mi jefe de compañía sanitaria me comunicó que debía presentarme al Curso Preparatorio, que sería la antesala del ingreso a la Facultad de Medicina. A fuer de ser sincero, no podía creer que tuviese tanta suerte; de inmediato les escribí a mis padres y marché a Madrid donde matriculé, con vista a prepararme para los exámenes, las asignaturas de Historia Natural, Física y Química. En julio de 1875 realicé los exámenes de oposición, entre 100 candidatos obtuve el número 53 y matriculé en el primer curso de medicina, por fin iba a ser médico.

La Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid¹⁰ es una de las subdivisiones académicas de esa institución; está localizada en la famosa calle de Atocha, lugar privilegiado por cuanto además de encontrarse cerca del centro de Madrid, está al lado del Hospital General y caminando llegábamos al llamado Edificio Histórico situado en la calle de San Bernardo. De este edificio recuerdo su bello Paraninfo donde se realizaban actividades solemnes, sitio que visité en múltiples ocasiones al igual que su biblioteca, lugar en que, por sus excelentes condiciones, me gustaba estudiar. El edificio para la facultad se construyó en el solar del Hospital de la Pasión entre 1831 y 1840; en 1845 pasó a denominarse Facultad de Medicina de San Carlos tras la separación de la Facultad de Ciencias Médicas en las Facultades de Medicina y Farmacia, en aquellos momentos era la facultad que más médicos graduaba y contaba con gran prestigio. En ese famoso centro estudiaría el hijo del pequeño pueblo de Riomanzanas: Feliciano Fidalgo y Casas.

EL EJÉRCITO Y LA RESTAURACIÓN BORBÓNICA

Ya desde 1873 el general Martínez Campos y otros militares venían conspirando. En diciembre de 1874 se reunieron en Sagunto el general Dabán y el general Martínez Campos y este último se dirigió a la tropa para proclamar rey de España a Alfonso XII; otro golpe militar iba a cambiar el curso de la vida nacional, de ahí en adelante se le fueron sumando otros generales y se terminó la República (11 de febrero de 1873 a diciembre de 1874) que murió asfixiada por sus propios errores, siendo el principal de ellos el no haberse conectado con el pueblo, provocando que muchas personas pensaran que un golpe militar, seguido de la restauración, solucionaría los problemas del país. Mirándolo tantos años después les puedo decir que fui uno de los simpatizantes de la república, aunque no la apoyé directamente; en realidad el pueblo y las clases bajas del ejército miraron con fría indiferencia el golpe y la

¹⁰ Desde 1850 hasta 1943 se conocería como *Universidad Central*, después como *Universidad de Madrid* y, finalmente, en 1970 recibió su designación actual. (N.E.)

restauración de los borbones ya que les habían hecho creer que con la restauración de la monarquía terminaría inmediatamente la guerra carlista y que los soldados serían licenciados, pero no fue hasta el 28 de febrero de 1876 que Carlos VII cruzó la frontera con Francia y en marzo se dio por terminada la guerra. La restauración fue en lo superficial una imitación del modelo liberal clásico de la Gran Bretaña (un rey, el parlamento con la cámara de diputados electiva y el senado designado, así como un gabinete responsable ante el rey). El ejército se comportó con discreción poco habitual y el jefe del gabinete, el señor Cánovas del Castillo, intentó apartarlo para lo cual realizó una purga de generales y se dictaron a principio de 1875, primero una Real Orden que proclamaba en un decreto que los militares deberíamos dejar de participar en la lucha entre partidos, estando también los generales obligados a ello, además se dictó una orden del Ministro de la Guerra que prohibía a los oficiales y soldados participar en la vida pública.

En 1875, encontrándome estudiando medicina en la Facultad de Madrid, continuó la guerra carlista; de las batallas desarrolladas les cuento que en los combates para ocupar Orlot [*sic*] en marzo y en el sitio de Seo de Urgel, localidades ubicadas al norte de la península y muy próximas a la frontera con Francia, que culminó con su ocupación por nuestras tropas en agosto de ese propio año, se destacó el general Arsenio Martínez Campos que logró con esas victorias en noviembre de ese propio año terminara la lucha en Cataluña y propició que en marzo de 1876 concluyera la tercera guerra carlista con la derrota en toda la línea de sus tropas y la asimilación de los carlistas, sin hacer agravios al vencido. La victoria sobre los carlistas legitimó aún más el gobierno de la Restauración que se vio reforzado con la promulgación de la Constitución de 1876. Ojalá nunca más vuelva la guerra civil a nuestra amada patria.

La terminación de la guerra carlista permitió que los esfuerzos se concentraran en la guerra de Cuba y en 1877 enviaron a la Isla al general Martínez Campos, héroe de la guerra carlista y del golpe, contra la República en Sagunto. La misión que le dieron: terminar la guerra en Cuba, lo que pudo hacer en 1878 con la llamada Paz del Zanjón, que logró, entre otras cuestiones, prometiendo a los insurrectos la autonomía

y la abolición de la esclavitud, que por supuesto, el gobierno español no cumplió. Cuando concluyeron las acciones contra los carlistas yo me encontraba concentrado en mis estudios de medicina y el 2 de julio de 1877, justo casi cuando había cumplido los veinte y siete años, me gradué en la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid como licenciado en Medicina y Cirugía y el 20 de noviembre de ese propio año me expidieron el título que me autorizaba a ejercer libremente la ocupación de médico y cirujano según prescribían las leyes y reglamentos, como un tesoro conservo entre mis cosas ese título.

En mi tiempo de estudiante de medicina fue que pude conocer bien a Madrid, capital de mi amada patria, ya era una gran ciudad que podía competir con cualquiera de las capitales europeas, en esa época tendría unos 400.000 habitantes, cuando escribo estas líneas en 1909 me dicen que se acerca a los 600.000. A mí, hijo de un pequeño y remoto pueblecito, la gran ciudad me deslumbró con sus enormes y bellos palacios, teatros, plazas, paseos, parques, monumentos, museos y su principal tesoro, los madrileños, tan desenfadados y alegres. Yo cada vez que pude caminé mucho por la ciudad, y en compañía de mis compañeros de curso, visitaba algún café donde hacíamos tertulias o asistía a teatros, en particular el de la Zarzuela, situado en la calle de Jovellanos, la edificación era bonita y majestuosa, decían que había sido construida al estilo de la *Scala* de Milán: en forma de herradura con tres alturas de palcos; este teatro se convirtió en el lugar central de Madrid donde se interpretaban la piezas maestras de la zarzuela, principalmente grande o de dos actos, de ellas recuerdo *La Monja Alférez* que tanto nos gustó y que vi en varias oportunidades. Allí conocí, mediante una de mis compañeras de estudio en la facultad, que era su sobrina, al escenógrafo principal del teatro don Néstor González y Montenegro que nos mantenía informados acerca de los estrenos y sus características. En 1909 supe que un incendio destruyó el teatro, es una lástima, ojalá puedan reconstruirlo.

Una vez graduado en la Universidad, continué por breve tiempo el servicio ordinario en la Brigada Sanitaria hasta que presté los ejercicios de oposición y por Real Orden de 29 de noviembre de 1877 fui

nombrado oficial médico, alumno de la Academia de Sanidad Militar con asimilación de alférez de ejército y sueldo anual de mil novecientas pesetas en arreglo a lo dispuesto en el artículo 89 del Reglamento de la citada Academia que había sido creada en 1876 como parte de las reformas que se habían efectuado en el ejército. Para mí fue como una bendición, pues continuar con los estudios me permitió aumentar mi calificación y después de un año más de estudios, por Real Orden de 4 de julio de 1878 y a consecuencia de haber hecho con aprovechamiento el curso, fui nombrado médico segundo (teniente), al fin se había cumplido mi sueño cuando ingresé como soldado voluntario en el Regimiento de la Constitución en Zamora: ya era médico y además oficial del ejército español. No obstante me quedaba una meta, pasar de la categoría de licenciado a la de doctor, para eso tendría que vencer tres asignaturas que se exigían: Historia de la Medicina, Análisis Químico y la Histología Normal y Patológica, además de presentar una tesis con un tema escogido por mí, esto me obligó a estudiar en forma autodidacta con los libros que pude conseguir y la ayuda de mis antiguos profesores.

Quise regresar a Riomanzanas y mostrar a mis padres lo que había logrado con su apoyo, pero me fue imposible, pues me encontraba en lo que se conocía como en expectación de colocación, hasta que el 15 de julio de 1878 por orden del Oficial Facultado de Sanidad Militar fui destinado al Hospital Militar del Peñón de Vélez de la Gomera, esto era en el Marruecos español, donde me presenté el 2 de agosto de 1878. Este fue mi primer empleo como médico segundo; busquen en el mapa el lugar al que me enviaron y verán lo lejos e inhóspito. Este peñón es un diminuto islote rocoso que se encuentra situado en el norte de África, a unos 126 kilómetros al oeste de Melilla y 117 al sudeste de Ceuta, tiene una extensión de unos 250 metros de largo y en su parte más ancha no tiene más de 100 metros, está a 90 metros sobre el nivel del mar. Cuando llegué estaba habitado solamente por los efectivos de un batallón de infantería y una batería de artillería, ubicados en una fortaleza construida en la elevación mayor de las dos que constituyen el Peñón, de este les comento además, que carecía de agua y de vegetación, el agua para beber debía ser transportada desde tierra firme o desde Málaga cuando hubo

enfrentamientos militares; para crear reservas existían amplios aljibes que almacenaban el agua de lluvia. El Peñón está separado de Marruecos por una lengua de tierra de poco más de 100 metros de ancho lo que constituye una pequeña frontera. Desde el punto de vista militar carecía de importancia y se comentaba que se había propuesto su abandono. Nuestra pequeña guarnición convivía pacíficamente con la población marroquí situada en tierra firme, lo que nos permitía comprar alimentos y otros medios necesarios. Llamar hospital al lugar al que fui asignado era un eufemismo, en realidad se podía considerar una enfermería ubicada en una pequeña edificación, pero a decir verdad estaba limpia y ordenada. Me puse a trabajar de inmediato y como todo alumno recién egresado, traté de aplicar lo aprendido y en particular las experiencias que, como sanitario, adquirí del médico del batallón de infantería cuando estuve en el Regimiento de la Constitución en Zamora.

Las enfermedades que me encontré fueron principalmente las fiebres palúdicas y la disentería, esta última como resultado de la mala calidad del agua de consumo. Por suerte para mí, en el Peñón de Vélez de la Gomera solo estuve unos tres meses pues, por disposición del Señor Director General del Cuerpo de Sanidad Militar de 19 de octubre de 1878 fue destinado al 1^{er} Batallón del Regimiento de Infantería de Zamora, pero no se confundan por el nombre, el batallón estaba destacado en la villa de Durango, en el País Vasco. La noticia me sorprendió pero me alegró saber que volvería a la península y en particular al norte, más cerca de mi pueblo y familia. A mediados de diciembre de 1878 me despedí del Peñón con un permiso que se me concedió, para solucionar problemas personales, viajé en un vapor-correo a Cádiz y de allí a mi querida Zamora, ansioso por llegar a Riomanzanas para encontrarme con mis padres y hermanos.

Después de un largo tiempo sin verlos, iba con un título de licenciado en Medicina y Cirugía, nunca he sabido si fui el primer médico de mi pueblo, pero sí debo haber estado entre los primeros, lo que llenaba de orgullo a mi familia. Llegué a Riomanzanas en los días finales de diciembre y puedo decir que todos me recibieron con mucha alegría, ese año el invierno se anticipó con sus nevadas y a mi llegada pude ver

lo bello que era ver todo el pueblo cubierto de blanco. De la familia les digo que abuelo Bentura había muerto hacía años, mis padres, más viejos, aún fuertes y mis hermanos todos bien con sus familias formadas y trabajando en el molino de papá. Pasé todo un mes en mi pueblo que prácticamente no había cambiado, recordé mi infancia y en particular mi madre se desveló por atenderme, no fueron pocas las veladas alrededor del fuego del hogar comiendo castañas asadas y tomando el chocolate que llevé. Fue un mes maravilloso, pero como decía papá, todo lo bueno acaba rápido y regresé al servicio; no podía imaginar que sería la última vez que vería a mis padres, pues siete meses después, sin oportunidad de pasar antes por Riomanzanas, fui enviado a servir en la Isla de Cuba donde permanecí, sin regresar a España, durante casi diez años.

En febrero viajé a la villa de Durango, un municipio importante de Vizcaya, al norte de la península, donde me presenté en el 1^{er} Batallón de Infantería el 1 de marzo de 1879. Durango era una pequeña localidad que ocupaba un espacio abierto en la orilla izquierda del río Ibaizábal, lo circundan por el sur y el este una crestería que conforma una vista muy hermosa de picos nevados, en esa época el pueblo no tendría más de dos mil habitantes, en la actualidad sé que ha crecido, tanto en población como su economía. Mi batallón se encontraba en una gran edificación en el extremo este de la localidad muy cerca del río, el servicio allí fue bueno pues las tropas estaban en buen estado de salud, pienso que debido al clima, a la alimentación y la fuerte constitución física de los pobladores de la región. Prestando mi servicio en Durango, se me concedió el empleo de médico primero (capitán) de ultramar con destino al Ejército de la Isla de Cuba por permuta con don Rafael Catalán y Castellanos. Aquí es bueno hacer un paréntesis para explicarles que estando en Durango, visité Madrid para presentar en la Academia de Sanidad Militar mi tesis *Tratamiento de las fiebres palúdicas en las tropas* y realizar exámenes de las tres asignaturas que les señalé anteriormente, el 24 de octubre de 1879 verifiqué el ejercicio del grado de doctor en Medicina y Cirugía con la calificación de “Sobresaliente”. Con mi título en la mano regresé a Durango con vista a entregar el cargo y salir hacia lo desconocido... Cuba.

Desde Bilbao, el 30 de octubre de 1879 embarqué en un vapor-correo. Como contaba con mis primeros ahorros, viaje en primera; era la primera vez que cruzaría la ancha mar, ese mes no era bueno para viajar por el Atlántico, pues estábamos en plena temporada ciclónica, pero excepto unos pocos días, en que la mar estuvo muy agitada, el viaje fue bueno, me permitió apreciar la belleza del amplio océano, sus peces voladores, los delfines haciendo piruetas alrededor del vapor, las medusas flotando y contemplar las noches estrelladas. Por fin, después de hacer escala en San Juan de Puerto Rico, el 30 de noviembre de 1879 llegué a mi destino, La Habana. La entrada a su puerto es impresionante, imponentes fortalezas, cientos de embarcaciones y las edificaciones de la ciudad con mucho colorido. Cuando logré desembarcar, una multitud de muchachos esperaban por los viajeros para proponerles donde alojarse, yo traía la recomendación de buscar alojamiento en la Fonda del Caballo Blanco y pedí a un jovencito que me condujera a ella, que según me habían explicado se encontraba en la zona de intramuros de la ciudad, por fin después de mucho caminar encontramos la fonda y pude alojarme. Al otro día me presenté en la Jefatura de Sanidad Militar, junto a tres médicos que viajaron conmigo, después de una larga espera fuimos atendidos por el subinspector de Sanidad Militar, ese día aprendí mi primera lección en la Isla: yo era el único de los que nos presentamos que no llevaba una carta de recomendación y las plazas vacantes las fueron otorgando, según la recomendación que llevaras. Así, las mejores plazas en la capital de la isla o en buenas dependencias no me fueron otorgadas a mí, que fui destinado por el Excelentísimo Señor Comandante en Jefe el 5 de diciembre de 1879 al Hospital Militar de Santiago de Cuba finalizando el año en marcha para mi destino.

Cuando les contaba acerca de la vida de los oficiales en el ejército español, les explicaba que la política, en general, era que los oficiales no se asentaran mucho tiempo en un lugar, esta medida los perjudicaba por cuanto se les hacía muy difícil formar familia, por no decir que imposible, una muestra de ello soy yo, que después de graduarme solo estuve tres meses en El Peñón, siete en Durango y de pronto

me enviaron a Cuba, lugar en que pasó algo parecido, decenas de lugares de servicio durante mi permanencia allí, esto no solo era malo para la vida personal del oficial, también era malo para su superación profesional, por cuanto, cuando comenzaba a tener experiencia, era trasladado; al final de mi vida, cuando soy un viejo, es que he estado en el mismo hospital durante varios años.

MI VIAJE A LA ISLA DE CUBA EN 1879, LARGOS AÑOS DE SERVICIO

Cuando viajé a Cuba, la estabilidad política que se produjo en España, provocó cierto auge económico hacia finales de 1880, así, por poner un ejemplo, prosperó la agricultura en Valencia y Cataluña no así en el centro, que quedó estancada. Como les decía llegué a La Habana el 30 de noviembre de 1879, estuve allí casi un mes, esperando buque para trasladarme al hospital militar de Cuba que era mi destino final. ¿Cómo era La Habana que me encontré? La entrada al puerto se realiza por un largo y profundo canal que da acceso a la bahía de bolsa. A la izquierda del canal se observa la fortaleza de los Tres Reyes Magos del Morro construida sobre un risco y más conocida por los habaneros simplemente como *El Morro*; a continuación, ocupando una elevación desde la cual se domina por completo la ciudad, se encuentra la enorme fortaleza de San Carlos de la Cabaña, que se dice es la mayor construida por los españoles en América, tan grande y costosa fue su construcción que se cuenta que cuando se construyó entre 1764 y 1774, el Rey Carlos III se paraba en las afueras de su palacio en Madrid con un catalejo y mirando al occidente, cuando le preguntaban ¿qué mira su majestad?, contestaba: “estoy buscando la fortaleza de San Carlos en La Habana que, por lo que ha costado, debe verse desde aquí”. Siguiendo por el canal de entrada, pero a la derecha, frente al Morro, se encuentra el Castillo de la Punta y frente a San Carlos de la Cabaña se encuentra el Castillo de la Fuerza; en total son cuatro las fortalezas que custodian la entrada a la ciudad y existen dos más para protegerla desde tierra.

Cuando el barco fondea en la amplia bahía, o en uno de sus muelles, La Habana queda al oeste. El día de mi llegada, después de los

trámites de rigor, cuando por fin pude desembarcar, mi primera impresión fue que había llegado a Cádiz, tanto por el trazado de sus calles, plazas y paseos así como por la arquitectura de la mayoría de sus edificaciones y el inmenso mar de un color azul muy particular que baña su costa norte, ambas ciudades tienen un gran parecido, la diferencia estaba dada, en lo fundamental, por sus habitantes y la mezcla de culturas que allí existían, decía un gaditano muy amigo mío que el parecido de ambas ciudades podría ser mayor si en Cádiz hubiesen personas de la raza negra que pregonaran sus productos en las calles y si en La Habana hubiese un poco más de salero, en resumen, La Habana que vi era y es bella, luz y colores, eso es lo que observé. En definitiva estuve más de quince días en La Habana lo que me permitió recorrerla, a mí me encantó pasear por la Alameda de Paula que bordea una parte del puerto; recorrer el Paseo de Tacón con sus dos calles adoquinadas y su centro arbolado; asistir al teatro Tacón, visitar la plaza de Armas con su estatua de Carlos III situada frente al Palacio del Capitán General; caminar sus llamativas calles como la de los Mercaderes, de los Oficios, del Obispo con sus magníficos comercios o la de O'Reilly donde en su número 64 esquina a Compostela encontré al zamorano J. A. Suárez con su negocio de fotografía, de allí conservo una de las pocas fotos mías tomadas en Cuba. Los días que pasé en la capital de la Isla fueron muy buenos y la conocí un poco, en mis futuras estancias amplí mi conocimiento de la ciudad y sus alrededores, de ello les contaré. Cuando llegué a Cuba, la Isla tenía 1.509.291 habitantes según el censo de 1877 y La Habana unos 190.000.

En la segunda quincena de diciembre embarqué en un vapor-coorre que se dirigía a Santiago de Cuba, el vapor hizo varias escalas, de las que destaco el puerto de Cienfuegos, el puerto de Casilda y el del Manzanillo, por fin después de casi quince días de travesía llegué el 1 de enero de 1880 a mi destino, el puerto de Santiago de Cuba. Al igual que en La Habana, al entrar a la abrigada bahía de Santiago lo primero que observa el viajero es su impresionante Castillo de San Pedro de la Roca o simplemente el Castillo del Morro, construido en 1636 en la cúspide de una elevación que domina una vasta área, lo cual facilita la defensa de la ciudad. La ciudad forma parte de las primeras siete villas

fundadas por Diego Velázquez, cuando llegué tendría unos 40.000 habitantes, sus edificaciones fueron creciendo al fondo de su bahía y está rodeada, en tierra firme, por montañas lo que condiciona su clima cálido y húmedo; posee un relieve irregular y sus calles, muchas de ellas adoquinadas o empedradas, son empinadas. Muchas de las viviendas eran de adobe, con techos a dos aguas, soportería de madera y cubiertas con tejas de cerámica roja, amplios ventanales y algunas casas en sus patios poseían bellos jardines. Las grandes edificaciones eran construidas de recia piedra de cantería, fuertemente influenciadas por la arquitectura española, pero edificadas para soportar los sismos frecuentes en esta parte de la Isla. Sus habitantes se enorgullecen de conservar con celo, la que se considera la vivienda más antigua de la isla de Cuba que habitó Diego Velázquez. Si en La Habana me impresionaron sus edificaciones, en Cuba lo que más llamó mi atención fueron su gente, que tengo la impresión son su mayor tesoro; de ellos puedo decir que son desenfadados, hospitalarios como no he visto en ningún lugar y muy alegres.

Una vez desembarcado, fui directamente al hospital militar; este se encuentra lejos del puerto, en la cúspide de una colina que va elevándose desde el mismo puerto. El hospital ocupa una gran edificación, construida con piedra de cantería y techos de madera con tejas de barro cocido, era muy amplio, tenía 2.000 camas y sus salas, edificadas en amplios pabellones, como parte del gran edificio central, para aproximadamente 100 enfermos cada uno, era de unas 60 varas de largo por 10 de ancho con ventanas superiores e inferiores para facilitar su ventilación. Además contaba con las edificaciones para la dirección y el aparato administrativo, incluyendo los médicos, los salones de operaciones, la central de esterilización, la cocina, el local de la guarnición y los aljibes. El lugar en que había sido construido el hospital era bueno, pues lo batían brisas marinas y estaba alejado de focos de infección, todo lo contrario del Hospital Militar de San Ambrosio en La Habana que estaba construido al lado de la parte más sucia de la bahía y en un área pantanosa. El director del hospital me asignó a la clínica de enfermos de fiebre amarilla, para mí fue un choque brusco con la realidad enfrentarme, solo con el apoyo de dos sanitarios, a casi cien pacientes afectados por esa

terrible enfermedad para la cual no existía un tratamiento en particular, pero con la ayuda de Dios y trabajando sin descanso salí adelante y me alegraba mucho cada vez que daba alta a un paciente. Durante el tiempo que estuve sirviendo en el hospital, permanecí alojado en una pequeña edificación que tenían con ese fin.

A principio de junio de 1880 fui llamado a la sede del Departamento Oriental y me comunicaron que, según orden del Comandante General, había sido destinado para hacerme cargo de la Enfermería de un lugar conocido por Remanganagua, me explicaron que sería por un breve tiempo y regresaría al hospital militar y así fue, en agosto estaba nuevamente en mi sala. Ese año 1880 fue de muchas bajas en nuestras tropas por la fiebre amarilla, según las estadísticas del doctor Cerezo hubo 1470 enfermos de los que 578 murieron (un 39%), cifra alarmante para un ejército que en esa época no tenía más de 14.000 hombres sobre las armas, esto volvería a repetirse en 1895. La causa principal de tantas muertes era en lo fundamental, algo que desgraciadamente vería como se repetiría constantemente durante mis casi veinte años en la Isla, no se diagnosticaba a tiempo la enfermedad y cuando el enfermo llegaba al hospital, en la mayoría de los casos era muy tarde.

A finales de 1880 por disposición del Excmo. Sr. Capitán General fui destinado al Hospital Militar de Gibara, este hospital era prácticamente nuevo, había sido construido entre 1877 y 1878 a finales de la guerra de los diez años para lo que se emplearon al iniciar las obras, según los diarios de la época, 6.000 duros y posteriormente para terminarlo otros 15.000 que era una cifra considerable en esa época, me imagino que algo de ese dinero debe haberse robado. Yo seguí prestando servicio en el Hospital Militar de Cuba en espera de un buque que se dirigiera a Gibara, no fue hasta mediados de enero de 1881 que me comunicaron que saldría en esa dirección un vapor-correo, embarqué y el 17 de enero de 1881 llegué al puerto de Gibara. La primera impresión fue muy buena, encontré una pequeña ciudad, bien trazada, limpia y con una rica brisa marina que refresca sus días; además desde la villa se observa una bella vista de su mar y de las elevaciones al otro lado de la bahía entre ellas, la famosa Silla de Gibara. Cuando llegué, la población

de la ciudad era de unas 8.000 almas y cosmopolita, habitada por gran número de canarios, de peninsulares, por otros europeos y por personas procedentes de distintos países de América y tierras de África. Su partido pedáneo era el más rico y próspero de la jurisdicción holguinera. Me explicaron que durante la guerra la población creció pues muchas personas se mudaron a la villa buscando la protección en el sistema defensivo creado por el ejército, que resultó ser un bastión inexpugnable de nuestras armas durante esa contienda. El hospital era pequeño, pero, como les comenté anteriormente, prácticamente nuevo, el personal de tropas ingresado era poco y rápidamente me adapté a su sistema de trabajo, pero mi alegría duró muy poco, pues como se dice en mi pueblo “no logré calentar el asiento” ya que el 14 de febrero de 1881 fui destinado, cumpliendo disposición del Capitán General, como médico del 1^{er} Batallón del Regimiento de Infantería denominado de La Habana, este se encontraba en la ciudad de Holguín, por suerte muy cerca de Gibara.

Unos meses después, como la guerra había terminado hacía ya tres años, muchos oficiales, entre ellos yo, según disposición del Capitán General de fecha 15 de junio, pasamos a la categoría de cuadro de reemplazo por excedente, con el inconveniente que solo cobraría el 50% de mi sueldo. Para los oficiales estar en situación de excedente era muy difícil y muchos de ellos arruinaban su vida con los tres males de la oficialidad en general: las mujeres, el juego y la bebida, yo por mi parte aproveché el tiempo y me incorporé como voluntario al hospital militar. Lo único bueno para contar de ese año de 1881 fue que por Real Orden del 25 de junio me fue concedida la Cruz Blanca de 1^a Clase del Mérito Militar en permuta de la sencilla que se me otorgó por Real Orden del 15 de Septiembre de 1876.

ALA CIUDAD DE BAYAMO, POR PRIMERA VEZ

Yo solicité de inmediato regresar a la Península, pero no se me concedió. En esta situación de incertidumbre transcurrió el año y no fue hasta marzo de 1882 que me destinaron como médico del 1^{er} Batallón del Regimiento de Infantería denominado de España, cuya sede se encontraba en la ciudad de Bayamo. Así fue que un día del propio mes de

marzo me vi cabalgando junto a un convoy de suministros que había arribado por el puerto de Gibara y se dirigía a Bayamo distante unas 17 leguas de Holguín. El territorio entre Holguín y Bayamo es llano y lo atraviesa el río más grande de la Isla, llamado Cauto, la región está poblada por grandes bosques y también grandes extensiones de tierra dedicada a la ganadería, que es uno de los rubros fuertes de la economía en ella. Después de pasar el Cauto comienza a divisarse la gran cadena montañosa que existe al sur de Bayamo que se conoce como Sierra Maestra, el paisaje, como todos los que he visto en Cuba es espléndido, a pesar que era época de seca, todo estaba muy verde, de ese verde en varias tonalidades que hace tan bella la floresta tropical. El viaje lo hicimos en dos jornadas, la primera hasta el lugar de paso del Cauto, allí el río, que a pesar de la época de seca tenía gran caudal, corre como 30 varas por debajo del nivel del camino en ambas riberas, todo parece indicar que a lo largo de miles de años las aguas han ido horadando el terreno y se hace difícil el acceso. A la mañana siguiente cruzamos el río en unas balsas y continuamos la marcha; antes del atardecer estábamos entrando a la ciudad denominada San Salvador de Bayamo. Esta, fundada por el adelantado Diego Velázquez en noviembre de 1513, algunas personas dicen que fue en 1512, es una de las siete primeras villas creadas en la Isla y en 1837 había recibido el título de ciudad, era famosa por haber sido tomada por los insurrectos en octubre de 1868, que, al mando de Carlos Manuel de Céspedes, se habían alzado contra la corona española y la incendiaron en enero de 1869, antes que nuestras tropas la retomaran.

La ciudad era pequeña, cuando llegué, tendría aproximadamente unas 10.000 almas, de ellas 4.000 blancas y el resto de color. Está construida en la orilla norte del río del mismo nombre, sobre una especie de pequeña meseta que la protege de las riadas frecuentes del mismo. Su planta es irregular y alargada, adaptándose a la sinuosidad del río en esa región, sus calles principales están empedradas con cantos rodados del río que los lugareños llaman chinas pelonas y las aceras están construidas con ladrillos o losas de barro cocido, en sus calles llamó mucho mi atención los labriegos que iban por ellas con una o dos vacas y las ordeñaban

según el pedido de leche que les hiciera el vecino. De Bayamo parten caminos que la vinculan con Santiago de Cuba que se encuentra al este, a unas 32 leguas; al puerto del Manzanillo, distante unas 14 leguas al sur; a Puerto Príncipe situado al oeste, a unas 83 leguas y La Habana que se encuentra al oeste a 198 leguas.

Se cuenta que en tiempos tan lejanos como 1516 hubo una crecida de grandes proporciones que provocó una gran barra en el río Cauto y quedaron encerradas muchas embarcaciones de gran porte en el río Bayamo, que hasta ese momento fue navegable, perjudicando mucho la ciudad, que basaba su economía en la venta de sus productos que eran transportados en embarcaciones que lo surcaban. Las edificaciones eran, y son aún, en su mayoría de una o dos plantas y de las 1.400, que aproximadamente se calcula tenía la ciudad, unas 600 eran de mampostería y el resto están construidas con un sistema llamado de embarrado que no es más que una estructura de junquillos y horcones de madera unidos entre sí por bejucos y cubiertos posteriormente con barro, al final se les da como terminación a las paredes, un revoque con una argamasa de cal y arena, la techumbre casi siempre es de hojas de la palma real o de tejas de barro, estas viviendas, cuando son bien construidas, resisten mejor los frecuentes terremotos que afectan a toda la región oriental de la Isla. En general las viviendas y edificaciones están pintadas de vivos colores que le dan un toque de belleza a la ciudad, muy distinta a los colores ocres o blancos que predominan en España.

Las viviendas se caracterizan además por sus amplios ventanales protegidos por rejas de hierro, de maderas torneadas o mixtas y muchas de ellas cuentan con patios interiores en los que hay plantadas flores y otras plantas ornamentales. A mi llegada habían transcurrido 13 años desde que la ciudad fue incendiada, y ya se habían reconstruido la mayoría de las edificaciones que fueron destruidas por el fuego, aunque aún se observaban sus huellas en algunos lugares de la ciudad. La economía de la región se basaba en la agricultura y la ganadería; se producía azúcar para lo cual existían más de 50 pequeños ingenios, se cosechaba un buen café, algo de cacao, maíz, tubérculos, muchas frutas y maderas preciosas en sus inmensos bosques. La ganadería por su parte era muy

fuerte y se observaban grandes rebaños de reses, en esa época se calculaba que existían más de 85.000 cabezas. Existían muy buenos caballos y se criaban los cerdos y ovejos. Una característica del Bayamo que conocí fue la simpar alegría de sus habitantes y la necesidad de esparcimiento que se reflejaba en sus fiestas populares, de renombre en toda la provincia, aún recuerdo las más importantes: la de los Santos Reyes, Corpus Christie, San Salvador, Santiago, San Pedro, la Noche Buena, Santa Cristina y en particular recuerdo la de Santa Ana, en estas fiestas que se celebraban a finales de julio, además de los saraos correspondientes, cada bayamés pudiente, se paseaba por la ciudad con su mejor caballo bellamente enjaezado.

El cuartel del Regimiento de Infantería se encontraba casi en el centro de la ciudad, sus edificaciones abarcaban una manzana completa entre las calles de La Virgen de Regla, la calle de San Joaquín, la calle de la Gloria y el callejón de la Calle Grande, a unas 400 varas de la Plaza de Isabel II. Al otro día de mi llegada me presenté al Jefe del Batallón de Infantería y me hice cargo de su Servicio de Sanidad Militar. En los días que escribo estas líneas, he consultado mucho con mi esposa Antonia Valerino y Máximo, bayamesa en cuerpo y alma según sus propias palabras, con ella conversaba que, de los casi veinte años que duró mi estancia en Cuba, en Bayamo estuve en ocasiones un mes y en otras hasta dos años completos entre 1882 y 1898, cuando la evacuaron nuestras tropas al ser derrotadas en la guerra contra los insurrectos y al final, contra ellos y los norteamericanos, que ese año intervinieron para llevarse el gato al agua, léase, quedarse con la posesión de la Isla de Cuba, tierra que siempre desearon.

Desde mi primera vez, la ciudad me gustó y en particular su gente muy hospitalarias y gentiles, como mi vida transcurrió entre el cuartel y el hospital, me acostumbré a caminar por sus calles y plazas lo que me permitió conocer a muchas personas, entre ellas a la que sería mi esposa, a la que conocí durante un paseo por la Plaza de Isabel II. Las bayamesas, como yo las recuerdo, tenían como sello característico el pelo y los ojos negros y una bella tez, sin embargo Antonia es de pelo y ojos castaños y tez muy blanca, yo quedé prendado de ella desde la

primera vez que la vi, era hija de don Arturo Valerino, y doña María Máximo, ricos hacendados que poseían ganado, un pequeño ingenio azucarero en la zona del Manzanillo y un tejtar casi al lado de su vivienda en la calle de la Cruz Verde, en la parte sur de la ciudad; solo les digo que en septiembre de 1884 regresé a pedir la mano de Antonia y el 1 de abril de 1886 nos casamos en la iglesia mayor de Bayamo y hasta hoy, de ese tema les contaré después.

Durante mi primera estancia en Bayamo, don Arturo Valerino, me regaló un plano topográfico de la ciudad y sus alrededores que fue confeccionado alrededor de 1850. Cuando más contento estaba en Bayamo, en agosto de 1882 me comunicaron en la guarnición, que el Capitán General había dispuesto que viajara a La Habana pues había sido nombrado como cajero en la Brigada Sanitaria. Yo me estaba acostumbrando a cambiar de cargo como de camisa, pero siempre dentro de la prestación de mis servicios como médico, pero aquella designación me dejó perplejo. No había remedio, tuve que ir a La Habana a ser cajero, las órdenes se cumplen y no se discuten, me habían enseñado. Me despedí de Antonia y su familia, marché al Manzanillo, donde me alojé en la casona que don Arturo Valerino poseía allí, esperé por un vapor-correo y a mediados de agosto me incorporé a mi nuevo cargo en la Brigada Sanitaria que estaba dislocada en la Fortaleza de la Cabaña. De pronto tuve que empezar a sacar cuentas, administrar presupuestos que no alcanzaban, impedir que los bribones me robaran y en particular, a rendir cuentas de los gastos y de las existencias de duros y pesetas en la Tesorería, allí terminé el año y si no tuve problemas, no hay dudas que fue por el apoyo del personal que trabajaba conmigo, en particular el contador principal don Julio García Delgado, un sevillano de ley que fue mi mano derecha. Les comento que en abril del 83 hubo en La Habana un brote de varias enfermedades al unísono, además de escasez de médicos y me ofrecí en forma voluntaria para prestar servicios en el Hospital Militar donde estuve hasta finales de mayo de ese mismo año en que regresé a la Brigada Sanitaria como cajero. Papá decía que cortando huevos se aprende a capar y eso fue lo que sucedió conmigo, sacando cuentas aprendí a administrar los presupuestos de la Brigada Sanitaria,

sin dejar de estudiar todo lo relacionado con la medicina que caía en mis manos, allí estuve hasta que a mediados de 1884 entregué satisfactoriamente el cargo a un cajero de verdad.

De mi época en La Fortaleza de la Cabaña guardo buen recuerdo y los invito, si quieren ver una vista espectacular de La Habana, que se sienten una tarde en su muro que da a la bahía. En resumen, para alegría mía, regresé a mi trabajo como médico y me hice cargo en julio del 84 de una clínica en el Hospital Militar de La Habana. Como les conté anteriormente, cuando estuve destacado en Bayamo en 1882, durante un paseo por la Plaza de Isabel II, conocí a la que sería mi esposa, Antonia Valerino y Máximo, en aquel momento ninguno de los dos pensamos que seríamos novios y mucho menos que llegaríamos a casarnos y vivir juntos durante tantos años. En aquella ocasión, Antonia que es de fácil conversación y muy culta, buscaba la oportunidad cada vez que nos encontrábamos, y entablábamos conversación de muchos temas: literatura, música, teatro, costumbres de los bayameses y otros muchos temas, yo que nunca he sido muy conversador le seguía la rima y así llegamos a profundizar una amistad que con el tiempo se convirtió en amor. Existían varios temas que nos acercaban, uno de ellos era la literatura, pues ambos teníamos en común ser lectores apasionados, en este tema las conversaciones eran extensas, ella me hablaba de los escritores y poetas criollos como la Avellaneda y de sus obras como la novela *Sab* que trataba el tema de la esclavitud; también me hablaba del excelente escritor Cirilo Villaverde del que prefería su novela *La loma del Ángel* de ella me decía que, si quería conocer por dentro La Habana de 1830, tenía que leerla. Yo, cuando ella me daba oportunidad, le hablaba del Siglo de Oro español y sus autores como Lope de Vega o Cervantes o de los autores españoles contemporáneos como Benito Pérez Galdós y su obra cumbre *Episodios Nacionales* de este gran novelista, cronista y dramaturgo le explicaba que al igual que yo debía leer al escritor criollo Villaverde, ella, si quería conocer el alma de los españoles, tenía que leer los *Episodios Nacionales* de Galdós y en particular su primera serie, escrita con maestría inigualable entre 1873 y 1875, que describe como nadie el alma de los españoles, así también me conocería mejor a mí, que me

sentí al leerlos, como si yo fuera Gabriel Araceli, el protagonista de la serie.

En aquella oportunidad solo estuve destacado en Bayamo seis meses, razón por la cual seguimos tratándonos por carta y en una de ellas, le expresé que me sentía enamorado de ella y que si estaba de acuerdo, solicitaría licencia e iría a Bayamo a pedir su mano, me contestó afirmativamente. De ahí en adelante todo fue muy rápido, a finales de agosto de 1884 me concedieron una licencia por 28 días para asuntos propios, embarqué en La Habana en un vapor-correo y en los primeros días de septiembre desembarqué en el Manzanillo, de allí partí a Bayamo, a enfrentarme a don Arturo Valerino y doña María Máximo, la meta: obtener su consentimiento para nuestro noviazgo. A don Arturo, un valenciano de armas tomar, lo había conocido en 1882 y en realidad me trató con deferencia y mucha cortesía, en aquella ocasión me regaló un mapa de la ciudad y visitamos su espléndida finca de ganado vacuno situada al norte de Bayamo que se encontraba en recuperación de los estragos de la guerra, allí supe que tenía otras propiedades y la vivienda en el Manzanillo, que ya conocía desde mi primera visita. Ese día en la finca me mostró sus caballos andaluces que eran motivo de orgullo personal, era una caballada de más de veinte animales donde predominaban los de color negro, aunque también los había de color tordo. Esos bellos y fuertes caballos los empleaba para trabajar en la finca, pero los mejores, después de un fuerte entrenamiento, solo los tenía, en correspondencia con la tradición, para mostrarlos el día de Santa Ana en las calles de la ciudad y por supuesto, competir con los demás; hasta yo llegué a pasear por la ciudad en compañía de don Arturo un 26 de julio, montados sobre caballos andaluces de color negro como el azabache y bellamente enjaezados que se lucían mostrando el paso español.

Si ustedes han pedido la mano de su novia, sabrán lo embarazosa que es esa situación, yo, que había participado en varias batallas militares, a decir verdad, estaba que me temblaban un poco las piernas la noche en que me presenté en la casa de Antonia, por suerte para mí, doña María, mujer muy desenfadada me ayudó y pude salir del trance con la aprobación del noviazgo. En Bayamo estuve casi un mes y todo fue

felicidad para Antonia y para mí, paseamos, fuimos de baile y cenamos en su casa en varias oportunidades. En octubre, cuando me presenté nuevamente en el hospital militar de San Ambrosio en La Habana, era un hombre nuevo. Rápidamente me dediqué a tratar de convencer al Sub-inspector de Sanidad Militar para que me trasladaran a Bayamo lo que logré, y siempre se lo agradecí, en enero de 1885 cuando se produjo una reorganización del Cuerpo de Sanidad Militar y fui trasladado al hospital militar de Bayamo, pero no a un cargo de médico, fui destinado como jefe de detall que era un oficial que se dedicaba a realizar las compras para el hospital, esto no me gustó ni un poquito, pero era la única forma de estar en Bayamo.

Excepto en la actualidad, que llevo varios años en Mahón, fue la ocasión en que más tiempo estuve destacado en el mismo lugar, para Antonia y para mí fue una época de plena felicidad. Como jefe de detall, estuve todo el año 85; en noviembre de ese propio año murió el Rey Alfonso XII lo que fue muy doloroso para todos nosotros, fue un buen rey, al morir contaba con solo 28 años y por tanto reinó muy poco, pese a lo cual supo ganarse el cariño del pueblo. Al siguiente año me fue concedido el empleo de médico primero en el propio hospital y pude dedicarme por completo a una de sus clínicas. Tanto tiempo en Bayamo me permitió preparar la boda con Antonia y el 1 de abril de 1886 nos casamos en la Iglesia mayor de Bayamo. Como es de suponer don Arturo y doña María quisieron, para su única hija, una boda por todo lo alto y así fue, el jolgorio comenzó antes de la boda y terminó un día después. Antonia, con su bello vestido de novia, fue a la iglesia en una volanta bellamente engalanada y escoltada por sus amigas, en la puerta de la iglesia la esperaba don Arturo que la condujo al altar, allí me la entregó y comenzó la ceremonia. A la iglesia asistieron las familias más encumbradas de la ciudad y sus alrededores y hasta del Manzanillo asistieron amigos de la familia. De la iglesia fuimos a la casa donde hubo una gran fiesta. Tanto Antonia como yo guardamos gratos recuerdos de nuestra boda.

ANTONIA

Ya les conté como conocí a mi esposa Antonia Valerino y Máximo, cuando nos casamos ella tenía apenas 20 años, bella como una

flor de su jardín, autodidacta por excelencia, con pensamiento propio y capaz de defenderlo con pasión. Además posee una cualidad de la que carezco, sabe administrar nuestro dinero mejor que yo, si no fuera por ella, que siempre tiene una reserva y sabe cuándo y cuánto podemos gastar, las necesidades que hubiésemos pasado serían muchas, en particular durante nuestra vida en España. Con relación a la Isla de Cuba, su amado país, siempre pensó que debía ser libre y no me lo ocultó. Cuando escribo estas líneas, han pasado más de veinte años y nos amamos igual que el primer día, gracias a ella nuestros hijos recibieron una adecuada educación escolar y formal que les permitirá enfrentar los retos de la vida. Para que tengan una idea de su carácter les cuento una pequeña historia íntima:

En 1851 un abogado bayamés de apellido Fornaris, en colaboración con el que sería en octubre de 1868 cabecilla de la insurrección Carlos Manuel de Céspedes, compuso una canción romántica para su novia, Antonia se la sabía de memoria y cuando quería mortificarme, me la cantaba bajito, solo para nosotros dos, ustedes se preguntarán y cómo podía mortificarme una canción romántica, la respuesta es sencilla, es que esa canción fue la base para componer el himno de guerra de los insurrectos en 1868. La canción original decía: “¿No recuerdas gentil bayamesa / que tú fuiste mi sol refulgente, / y risueño en tu lánguida frente / blando beso imprimí con ardor? / ¿No recuerdas qué un tiempo dichoso / me extasié con tu pura belleza, / y en tu seno doblé mi cabeza / moribundo de dicha y amor? / Ven, asoma a tu reja sonriendo; / ven, y escucha, amorosa, mi canto; / ven, no duermas, acude a mi llanto; / pon alivio a mi negro dolor. / Recordando las glorias pasadas, / disipemos, mi bien, la tristeza; / y doblemos los dos la cabeza / moribundos de dicha y amor”.

Volvamos a lo que les contaba, mi felicidad duró hasta enero de 1887, ese día dispuso el Excelentísimo Señor Capitán General, que yo pasara en comisión a la Plaza de Santiago de Cuba con el objetivo de hacerme cargo de la asistencia de los enfermos y otros servicios del 2º Batallón del Regimiento de Infantería de España a causa de hallarse enfermo el médico propietario, incorporándome a dicha plaza el 24 de febrero. En junio de ese propio año, ya recuperado, se reincorporó el

médico propietario a su cargo y yo, para alegría de todos, regresé a Bayamo, para hacerme cargo de la Jefatura de Servicios del hospital militar, empleo que desempeñé hasta septiembre de 1888. En la casa todo iba bien, había nacido nuestro primogénito al que pusimos por nombre Román en honor a mi padre, nosotros seguíamos viviendo en la casa de los padres de Antonia; de la casa de la familia Valerino en Bayamo les diré que había sido reconstruida después del incendio de la ciudad en enero de 1869, era toda de maderas preciosas, incluso su piso, las grandes ventanas estaban protegidas por rejas de hierro forjado y todo el techo estaba cubierto con tejas de barro cocido. La vivienda contaba con un gran sala para recibir visitas y otra más pequeña para el uso diario de la familia, por ambos costados tenía dos grandes alas en las que se encontraban las habitaciones y las dependencias de servicio rodeando a un jardín con flores, plantas medicinales y aromáticas, al fondo de la casa se encontraba el patio con árboles frutales y un aljibe. La casa tenía una singularidad, en una parte de ella existía un sótano en el que se curaban y almacenaban los mosaicos que se producían en el tejear de la familia; aún se conserva la casona en Bayamo, espero volver a verla, era una bella casa.

DE REGRESO A LA PENÍNSULA

Tanto a Antonia como a mí nos gustaba la idea de comprar una casa para nuestra familia pero, a don Arturo no había quien le hablara de mudarnos, argumentaba que doña María y él, qué iban a hacer solos en una casa tan grande y vaya que tenía razón pues, por Real Orden del 18 de septiembre de 1888, se dispuso que yo debía regresar a la Península a continuar mis servicios allí; les aseguro, que tanto don Arturo como yo, hicimos innumerables gestiones para que me quedara en la Isla, pero todas fueron infructuosas. Ante la situación creada discutimos mucho en la familia qué hacer, si trasladarme con Antonia y Román, a lo que tenía derecho, o viajar yo solo y crear condiciones para que ellos hicieran el viaje; en definitiva acordamos que lo mejor era que viajara solo y cuando creara las condiciones de vivienda, enviara a buscar a mi familia. A principio de noviembre del 88, embarqué en el vapor-correo *Ciudad de Cádiz* en el puerto del Manzanillo, de allí viajamos a La Habana

y de esta a Cádiz lugar en que desembarqué a mediados de diciembre. En la guarnición de la ciudad me transmitieron la orden de presentarme en Madrid, donde, en situación de reemplazo estuve nada menos que hasta el 26 de enero del 89, que fue cuando el Director General del Cuerpo de Sanidad Militar tuvo a bien disponer que prestara mis servicios en el 2º Batallón del Regimiento de Infantería de Bailén con cuartel en Soria, pequeña ciudad ubicada a orillas del río Duero en su curso alto del frío norte peninsular y que formaba parte de la región de Castilla La Vieja. Del lobo, un pelo, por lo menos estaré relativamente cerca de Zamora pensé yo.

Hacia Soria marché en los primeros días de febrero del 89, aún esa ciudad no contaba con ferrocarril, pues no fue hasta 1892 que se inauguró la línea Soria-Torralba, lo que permitió el enlace con Madrid. En definitiva viajé en ferrocarril hasta la pequeña localidad de Torralba y de allí, por una carretera de geografía complicada, marché a mi destino. En el batallón de infantería, al que me presenté el 10 de febrero del 89, no tuve tiempo prácticamente ni de conocer a su personal pues el día 16 de ese mismo mes el Director General del Cuerpo de Sanidad dispuso que me hiciera cargo de la jefatura de sanidad y de la clínica de visitas del Hospital Cívico-Militar de la ciudad. Para contarles del lugar en que presté mis servicios, quiero comenzar señalando que no siempre lo grande es bueno y bonito, pues la ciudad de Soria era y es pequeña, pero muy bella y con una rica historia. Cuando llegué Soria tendría unos 5.000 habitantes y ahora en 1909 tiene unos 7.500. A mí, además de su hospital cívico-militar, que me agradó, me gustaron las edificaciones religiosas que eran muchas, los monumentos, paseos, alamedas, plazas, las murallas, el castillo y el río Duero, todo mostraba, además del impresionante paisaje, la rica historia de aquella ciudad que nos llegaba desde la época romana. Precisamente de esa época visité las ruinas de la famosa Numancia, de la que tanto había escuchado, están a unos siete kilómetros al norte de Soria; seguramente ustedes conocen que los numantinos representaron el amor a la libertad y el valor de los celtíberos que resistieron durante años el asedio de los romanos, incluso derrotaron a algunas de sus mejores legiones y un lugar, donde la mayoría de sus habitantes prefirió la muerte, antes que ser esclavos nuevamente, lección de nuestro pasado que no podemos olvidar.

Ustedes me perdonan si, en ocasiones, exaltó las bellezas de mi país, al que amo profundamente y, por tanto, no me canso de describir cómo lo he visto y sentido. Sigamos en Soria, que era de lo que veníamos hablando; estando sirviendo en esa ciudad, por fin, la jefatura de la Sanidad Militar, tuvo a bien que yo permaneciera en un lugar un tiempo prudencial y me permitiera compenetrarme con el empleo, superarme mediante el estudio, conocer el territorio en que prestaba mis servicios y lo más importante vivir junto a mi naciente familia, en total estuve allí desde febrero de 1889 hasta septiembre de 1891, ello me permitió crear las condiciones mínimas para que Antonia y Román viajaran a la Península. Yo pensé mucho el enviar a buscarlos y en particular en cómo resistirían el invierno en la región de Soria que es muy largo y frío, con años en que las heladas superan los 90 días, pero Antonia en sus cartas me explicaba que la juventud y los deseos de estar juntos podrían más que el crudo invierno y así fue que en julio de 1889, en el vapor-correo *Alfonso XII* viajaron ella y Román a Bilbao donde yo los esperé; de la llegada de mi familia a la Península, solo decirles que fue como si hubiese salido el sol después de muchos días de tormentas.

El viaje a Soria fue azaroso pues lo hicimos en coche por caminos y carreteras no muy buenas, por suerte era verano y además no llovió, en la ciudad yo había previsto estar los primeros días en una pensión situada en la Plaza de San Esteban donde fuimos recibidos y tratados muy bien. Unos días después, y con la activa participación de Antonia logramos terminar de acondicionar un piso que contaba con cuatro habitaciones y algo que era para nosotros todo un lujo, disponíamos de agua corriente y gas; el piso lo había alquilado por una mensualidad de 8 duros y se encontraba en la primera planta de un edificio situado en la Plaza del Rosel y San Blas; allí se iniciaba la parte más estrecha de la famosa calle del Collado, que era la arteria comercial más popular y concurrida de Soria en esa época. La Plaza del Rosel y San Blas, pero que todos llamaban “La Tarta” se encuentra en un lugar muy céntrico de la ciudad de Soria, tiene una planta irregular rodeada de edificios de tres o cuatro plantas muy parecidos entre sí; en su centro se encontraba un monumento dedicado a los Doce Linajes, cuya forma semeja a la de una

tarta, de ahí el sobrenombre. El edificio en que habitábamos era de cuatro plantas con balcones pequeños y enrejados con hierro forjado. La buena ubicación de nuestra vivienda nos permitía, con mucha facilidad, ir de mercado, al café o visitar el *Círculo de Amistad Numancia*, más conocido como *El Casino*, lugar en que hice numerosas amistades durante los dos años que vivimos en Soria.

En Soria simultanéé dos empleos, aunque vale esclarecer que me pagaban por uno solo, era Jefe de Sanidad Militar de la Zona Militar y al mismo tiempo jefe de la Clínica de visita del Hospital Cívico-Militar de la misma. Aunque el trabajo era bastante pude realizarlo en forma satisfactoria, generalmente pasaba las mañanas en el hospital, atendiendo a los enfermos que llegaban y pasando revista en la clínica y las tardes las dedicaba al trabajo en la Jefatura de la Zona Militar. Las enfermedades más comunes que teníamos que enfrentar eran la fiebre tifoidea, la viruela, la neumonía, la tuberculosis y en el verano la disentería. De esas enfermedades, la fiebre tifoidea, que no debemos confundir con el tifus, se consideraba que era endémica de la nación producida por el consumo de agua no potable, de verduras y hortalizas que eran regadas con aguas residuales y la desatención a la recogida de basuras, en esa época en España el 80% de los pueblos carecía de agua potable. No obstante la mayor mortalidad se producía por las enfermedades respiratorias y mayor aún por la tuberculosis y bronquitis que prosperaban por el bajo desarrollo y escasa organización sanitaria existente.

El hospital que me encontré, estaba ubicado en una edificación que podría calificar de satisfactoria, pero la higiene en general había que mejorarla. Mis colegas de trabajo cooperaron conmigo desde el principio, yo trabajé a gusto en aquel pequeño hospital que tenía unas 100 camas, suficientes para la pequeña cantidad de tropas y población que debía atender. Al cumplimiento de mis deberes en el hospital solo falté de abril a junio de 1889 en la ocasión en que fui nombrado para realizar el reconocimiento médico de los quintos del llamado a la Zona Militar de Soria y para la misma tarea, en el llamado a los quintos de reemplazo de la Diputación de la Provincia, fuera de esta tarea siempre estuve en mi hospital y la Jefatura de Sanidad. La estabilidad lograda durante los

años 1889 a junio de 1891, me permitió dedicar algún tiempo a la familia, no fueron pocas las ocasiones en que salíamos de paseo por la Alameda de La Dehesa que en realidad era, y considero aún lo sea, un gran jardín dentro de una ciudad, que por demás se encontraba en su mismo centro, pasear por allí era algo muy reconfortante, eran cientos las especies vegetales existentes además muy bien dispuestas y atendidas; recuerdo perfectamente a Román, ya con tres años, correr libremente por una especie de pradera que existía en uno de sus parques. En verano asistíamos a las márgenes del Duero y aunque sus aguas para Antonia eran muy frías, en ocasiones llegamos a bañarnos. Nuestra felicidad fue mayor aún, cuando a principio de 1891 nació nuestro segundo hijo al que llamamos Feliciano, en honor a mí, por supuesto. En esa época por Real Orden de 12 de febrero de 1889 fui declarado apto para el ascenso, aunque tuve que esperar hasta enero de 1897 para que me fuera concedido el empleo de Médico Mayor (comandante).

¿A FILIPINAS?

En junio de 1891, fui llamado a la jefatura de la Zona Militar y me comunicaron que por Real Orden de 19 de junio había sido destinado al Ejército de Filipinas, la noticia fue como si me hubiesen dado un mazazo en plena cara, no podía creer que la jefatura de la Sanidad Militar, a la que me había dirigido por escrito agradeciendo la oportunidad de traer a mi familia desde Cuba y logrado una cierta estabilidad en mi vida personal, hubiese decidido enviarme a Filipinas. A Antonia no me atreví a explicar lo inexplicable, me limité a esperar para entregar el empleo y preparar condiciones para enviar hacia Cuba a la familia, no habían transcurrido seis días y me volvió el alma al cuerpo, cuando me dieron a conocer que el día 24 de junio se había emitido la Real Orden rectificando la anterior y que mi destino era el Ejército de Cuba. Ese día, de la jefatura, salí directamente a mi casa y fue entonces que le expliqué a Antonia lo que había sucedido, para que contarles la alegría que nos inundó, ella, porque regresaba a su amada Isla y yo, porque no me separaría de mi familia.

DE REGRESO A CUBA

Ya en agosto del 91, habíamos liquidado todo en Soria y marchado a Barcelona, donde abordamos el vapor-correo *Alfonso XII*. En el vapor el viaje fue bueno pues pude pagarlo en primera clase y no hubo mal tiempo a pesar de viajar en la temporada de los temidos ciclones. El 5 de septiembre entramos en La Habana donde estuvimos esperando un buque que nos condujera al Manzanillo para dejar la familia en Bayamo y dirigirme yo a la guarnición de Victoria de la Tunas, donde había sido destinado como médico primero del 2º Batallón del Regimiento de Infantería de Tarragona. En el puerto del Manzanillo nos estaban esperando los padres de Antonia y su hermano, la alegría del encuentro fue indescriptible, los abuelos no sabían qué hacer para agrandar a los nietos. Pasados unos días partimos a Bayamo donde quedaron Antonia y los muchachos y yo seguí a Victoria de las Tunas. Esta etapa de finales de 1891 y hasta principio de 1895 fue muy buena para la familia, nacieron nuestros hijos Eusebio en 1892 y Telémaco en 1894, ya en plena guerra, nació mi hijo Eugenio en 1896 con lo que se completó la sección.

En Victoria de las Tunas solo estuve destacado hasta diciembre de 1891 que me incorporé al hospital de Bayamo alternando mis servicios allí con otros, pero siempre en el Distrito de Bayamo. En el país había paz, como resultado de ello las tropas españolas disminuyeron en número considerablemente, razón por lo cual muchos hospitales militares dejaron de ser necesarios y fueron cerrados, entre ellos el de Bayamo. Con el propósito de no tener que regresar a la península, en junio del 93, me dieron la posibilidad de pasar a ser supernumerario sin sueldo que no era más que pasar a la vida de paisano, mientras la situación del servicio no lo exigiere. Acepté y tuve la posibilidad de ejercer mi profesión de médico-cirujano. Con el apoyo del padre de Antonia, inauguré un consultorio en Bayamo y allí estuve trabajando, con no mucha clientela, hasta junio del 94 en que compré una vivienda en el pueblo llamado Palma Soriano, situado a la vera del Camino Real, no muy lejos de Bayamo, y allí monté mi nuevo consultorio, varios amigos me habían insistido en que, por el auge de la producción de azúcar y café en esa

región y existir pocos médicos, en ese pueblo me podía ir bien. Ya en julio del 94 teníamos montado el consultorio y nos habíamos trasladado, esta decisión que tomé fue mala y la familia fue la que la pagó cara.

EL EJÉRCITO Y LA GUERRA COLONIAL EN CUBA DE 1895 A 1898

Los últimos veinte años del siglo XIX constituyeron la era del nuevo imperialismo, primero Francia, Gran Bretaña, Alemania y Rusia y posteriormente Italia, Japón y los EE.UU., extendieron su influencia, su comercio, sus ejércitos y marinas por las zonas más indefensas. España, que se contentaba con mantener los restos de su imperio, no se sumó al movimiento, por el contrario, sus posesiones se convirtieron en el objeto de la codicia de los demás. Increíblemente España no aprendió nada en sus guerras coloniales, en Cuba y Filipinas, sus mayores colonias, todo iba de mal en peor. A continuación les expongo los aspectos que considero más importantes de los acontecidos durante el mando de los tres capitanes generales que tuvo Cuba en el periodo 1895-1898. El primero fue el Capitán General Arsenio Martínez Campos, desde abril de 1895 hasta enero de 1896.

El año 1895 comenzó normal, por lo menos así pesaba yo, que no creía que la guerra en Cuba se reiniciaría el 24 de febrero de ese año y mucho menos en un pequeño pueblo llamado Baire tan cerca de mi casa. Como les conté anteriormente estaba en condición de supernumerario sin sueldo y vivía en un pueblo situado en el camino real a Cuba, llamado Palma Soriano, donde había comprado una vivienda que me servía además como consultorio. Mi vida en el pequeño poblado iba bastante bien, tuve una buena aceptación como médico y contaba con gran demanda de mis servicios. De acuerdo a lo establecido en las condiciones de supernumerario, que detallaban claramente que sería en situación, en que el servicio no me requiriera, después de consultar con Antonia y su familia, me presenté en abril a la comandancia en la ciudad de Cuba y ya el 6 de mayo recibí la orden que expresaba que el Excmo. Señor Comandante en Jefe dispuso que: “el médico primero, Don Feliciano Fidalgo y Casas, causará alta en la primera revista de junio en vista de

haberse ofrecido voluntariamente a prestar sus servicios por cuanto las actuales circunstancias por las que atraviesa la Isla, había sido destinado para las eventualidades del servicio en Santiago de Cuba adjudicándole el sueldo de su clase del crédito extraordinario de la guerra”. El Gobierno español envió en abril de 1895 a la Isla como Capitán General a Arsenio Martínez Campos, con la convicción que, al igual que en 1878, terminaría la guerra rápidamente, aunque pienso que para el General estaba claro que sería muy difícil, por no decir imposible, que lograra convencer a los insurrectos con algo parecido al Pacto del Zanjón, que dio por concluida la guerra del 78, pues lo que él prometió a los insurrectos, el gobierno español no lo cumplió. El General Martínez Campos, con gran experiencia militar y política, entre sus primeras medidas organizativas decidió emitir una Orden general donde se planteaba que con motivo de la llegada de 22 batallones a la Isla de Cuba, aconsejaba dar otra organización a este Ejército¹¹. Esta organización, con la llegada de más fuerzas y la ampliación de la guerra hacia la región occidental de Cuba, fue adaptándose a la situación imperante. Para la Sanidad Militar se aprovechó al máximo la división territorial por provincias, que no cambió durante la contienda. Cada provincia tuvo un Jefe de Sanidad Militar de la categoría de Coronel. Anteriormente, en abril de ese propio año, el Capitán General había dispuesto que el Departamento Oriental, en el que trabajé la mayor parte de los casi 20 años que estuve en Cuba, se dividiera en tres distritos militares: *Primer Distrito*: Santiago de Cuba, Guantánamo y Baracoa; *Segundo Distrito*: Bayamo, Jiguaní y Manzanillo; y *Tercer Distrito*: Holguín, Victoria de las Tunas y Gibara.

En abril de 1895 traté de vender la vivienda que poseía en la Palma de Soriano y que mi familia regresara a Bayamo, por cuanto no consideraba seguro que se quedaran ellos solos en un pueblo pequeño y del que seguramente yo estaría muy lejano, no se sabía por cuanto tiempo, pero no tuve oportunidad de hacerlo y el día 7 de mayo tuve que partir hacia Cuba formando parte de una columna de infantería que se

¹¹ El autor extracta el articulado de dicha orden militar, que no reproducimos por ser conocido. (N.E.)

dirigía a esa ciudad. Después de presentarme al Sub-inspector de Sanidad Militar del Departamento Oriental, conocí que, hasta nueva orden, había sido destinado como médico primero en el hospital militar en la parte de clínica. Me plantearon que por el tiempo que llevaba en la Isla conocía las enfermedades más comunes y podía ser de gran ayuda. El hospital lo conocía bien pues había servido en él en varias ocasiones, la primera vez fue a mi llegada en 1879, estaba prácticamente igual a como lo recordaba pues no se realizaron mejoras en su infraestructura, por suerte está construido en un lugar alto, fresco y lejos de la costa lo que era bueno para los enfermos, en total disponía de unas 2.000 camas, lo que siempre consideramos algunos médicos una cifra muy grande de camas para un hospital, pues lo hacía inmanejable. No fue hasta noviembre de 1897, que a instancias del general Blanco, en una Real Orden, se dispuso en su punto n° 4 “Instalar nuevos hospitales, ampliar los existentes y reducir los que hoy excedan de mil enfermos, distribuyendo el excedente de este número en otros hospitales existentes o de nueva creación”. La clínica que me asignaron se encontraba en una gran barraca de unas 60 varas de largo por 10 de ancho, era de sólida mampostería, techo con soportería de madera cubierta con tejas criollas, ventanas grandes en la parte superior de la paredes y en la de abajo lo que facilitaba la ventilación, contaba además en su interior con un tabique para aislar a los enfermos contagiosos, la higiene era mala y los enfermos estaban hacinados pues eran más de cien los hospitalizados, la mayoría por fiebre amarilla que fue el azote de nuestras tropas en particular en esa época de grandes lluvias. En la Isla de Cuba existen dos periodos climáticos claramente definidos, el de la lluvia de mayo a octubre y el de la seca de noviembre a abril. En definitiva, en el hospital militar solo estuve unos días pues debido a la falta de médicos en las columnas y batallones en operaciones, fui destinado a servir en el Batallón de Ingenieros de don Luis Pardo cuya misión era restablecer las líneas telegráficas, destruidas por los insurrectos, en el camino real a Bayamo.

En general, 1895 fue duro para mí, pues pasé prácticamente todo el año en acciones combativas como médico de varias columnas o batallones; pude comprobar lo dura que era la campaña para las tropas no

preparadas adecuadamente desde el punto de vista militar y por supuesto, no adaptadas al severo clima de la Isla. Las tropas, compulsadas a realizar continuas marchas y contramarchas, soportar aguaceros torrenciales que no les permitían dormir y con un vestuario inadecuado, en particular los soldados, que hacía que la ropa se secara lentamente sobre el cuerpo provocando su enfriamiento; si le sumamos a esto los caminos infernales, la carencia de agua limpia para beber, las raciones de alimentos escasas, que en no pocas ocasiones nos provocaba hambre y las plagas de mosquitos que hacían la vida imposible, ustedes se podrán imaginar cómo era la vida en las columnas durante las operaciones y por qué tuvimos decenas de miles de muertos. A estas penurias se añadía la guerra implacable de desgaste que nos hacían los insurrectos. Participé en muchas acciones combativas, narrar cada una de ellas se hace difícil, pues, en no pocas ocasiones tuve que dejar de atender a los heridos para participar directamente en el combate con el uso de mi sable o un arma de fuego. Les narraré mis impresiones del mayor combate en que participé directamente los días 13 y 14 de julio de 1895, comandado nada menos que por el General Martínez Campos, al que me he referido reiteradamente en este cuaderno: A mediados de junio de ese propio año yo había terminado de participar, como médico, en las acciones del Batallón de Ingenieros comandado por Don Luis Pardo y fui enviado, por orden del Capitán General, a la ciudad del Manzanillo con vista a incorporarme, como médico primero, a la brigada del general don Fidel Alonso de Santocildes, ya en ese momento todos pensábamos que la guerra duraría muy poco pues había muerto el cabecilla insurrecto don José Martí y se decía que en ese mismo combate había sido herido de muerte el cabecilla principal Máximo Gómez, pero todo aconteció al revés, la guerra se acrecentó.

Volvamos a mi viaje al Manzanillo, llegué a la ciudad en los primeros días de julio de 1895 a bordo de la goleta *Amalia*, me presenté de inmediato al general Santocildes, siendo destinado por este para que sirviera en un batallón de infantería. Los primeros días de julio, los dediqué a revisar la situación del batallón y en particular a preparar los sanitarios y medios necesarios para una marcha. El día 10 de julio nos informó el

general Santocildes que llegaría próximamente a Manzanillo el capitán general don Arsenio Martínez Campos a bordo del vapor *Villaverde*, y que nuestras fuerzas se adelantarían, por orden del Jefe de la División el general Lachambre, para esperarlo en un poblado llamado Veguitas y desde allí, lo custodiaríamos hasta Bayamo que era el destino final de su viaje, nos ordenó prepararnos de inmediato para la marcha. Ya fuera de la reunión de orientación, escuché el rumor que el general Martínez Campos venía a destituir al jefe de la plaza de Bayamo, coronel Vara del Rey, pero estos eran rumores de cuartel. Las fuerzas del general Santocildes con las que yo marché estaban compuestas por una compañía del 2º Batallón de Isabel La Católica, otra del 1º Batallón formada con personal de varias compañías y unos 80 guerrilleros al mando del capitán Travesi; en total éramos unos 400 hombres.

Pasé el día 10 de julio preparando a mis subordinados para la marcha, supervisé los botiquines, camillas y demás recursos necesarios para el viaje. A todas estas, no habíamos combatido y ya teníamos decenas de enfermos padeciendo fiebre amarilla, paludismo, disentería, tuberculosis y sarna, todos los enfermos de mi batallón, que así lo ameritaban, quedaron hospitalizados en Manzanillo. Les comento que para determinar que un soldado fuera ingresado en el hospital había que hacer bien el diagnóstico, pues algunos simulaban estar enfermos. Con relación a los insurrectos habíamos recibido información, de nuestros espías, que confirmaban que estos, al mando del cabecilla Maceo, estaban en la región por donde debíamos transitar y eran una partida de 2.000 hombres; a todos nos pareció, incluyendo al general Santocildes una cifra exagerada. Con todo listo para la marcha, me acosté temprano pues saldríamos antes del amanecer. El 11 de julio salimos a las 4 de la madrugada rumbo a Veguitas por el Camino Real a Bayamo, la región por la que transitaríamos era llana y muy arbolada. Producto de la intensa lluvia y lo difícil que se hacía la marcha, el general Santocildes decidió que nos detuviéramos en un lugar conocido por El Caño. Allí nos alcanzó el general Martínez Campos en la mañana del día 12 de julio, este había llegado según lo previsto a las 10 de la noche del día 11 a bordo del vapor *Villaverde* y había partido casi de inmediato a nuestro

encuentro, iba escoltado por una columna de unos 400 hombres. Unidas las dos fuerzas, éramos unos 800 hombres, salimos de El Caño y el propio día 12 en horas de la tarde llegamos al pequeño poblado de Veguitas, la marcha había sido muy difícil por el estado del camino y todos estábamos muy cansados.

Mirándolo tantos años después puedo decir que el plan que tenía el general Martínez Campos era atolondrado, por no decir otra cosa, en esencia consistía en avanzar él solo con su columna por el Camino Real hacia Bayamo y la nuestra hacerlo por el camino llamado de Arriba, aquello no había quien lo entendiera, dividir las fuerzas ante el enemigo que conocíamos nos acechaba. La inteligencia confirmó que el cabecilla Maceo estaba en la región con grandes fuerzas de infantería y caballería, aquí los espías la habían elevado a 3.000 hombres bien armados, yo lo seguía dudando pues había clara tendencia a la exageración. En Veguitas se nos incorporaron doscientos cincuenta hombres del 6º Peninsular y ya de noche llegaron a marcha forzada, las fuerzas restantes del 2º Batallón de Isabel La Católica con unos cuatrocientos hombres más. En total éramos una fuerza de unos mil quinientos hombres, ya teníamos fuerzas y medios suficientes para el combate.

Por conducto de nuestro jefe de batallón supe que el general Martínez Campos, quería seguir rumbo a Bayamo de inmediato, pero la información brindada por algunos vecinos, acerca de la presencia de insurrectos en la región del Camino Real, lo convenció de hacer noche allí. Además una acaudalada vecina nombrada doña María de la Masa, envió por su cuenta una partida de supuestos vendedores ambulantes a la zona donde se suponía estaban los insurrectos y estos lograron, increíblemente, estar en todas las posiciones de emboscadas que tenían los insurrectos y en el monte donde se encontraba la impedimenta; los insurrectos los dejaron regresar a Veguitas, donde confirmaron que el mismo cabecilla Maceo, que los interrogó personalmente, era el jefe. Con la información obtenida, el general Santocildes, trató de convencer al general Martínez Campos de no seguir la marcha por el Camino Real y sorprender a los insurrectos por su retaguardia tomando el llamado Camino de Arriba, este no aceptó y reiteró la orden de iniciar él mismo

la marcha con su columna por el Camino Real, y después lo haría la nuestra por el otro camino y se llegaría a Bayamo en una sola jornada. Como dije anteriormente me daba la impresión que era un plan disparatado; uno de los jefes de batallón me comentó poco antes de salir que el general Santocildes le había expresado: “algo muy grave me va a pasar con ese hombre”; fue como un mal presagio de lo que sucedería: su propia muerte.

El día 13 de julio salimos al amanecer, tal y como se planeó por el general Martínez Campos, primero su columna marcharía por el Camino Real con los 400 hombres de su escolta y unos minutos después, por el llamado Camino de Arriba, en la dirección de Valenzuela-Solís, marcharía la columna del general Santocildes con un poco más de 1.000 hombres, con la orden de no acudir en auxilio del General en Jefe a menos que hubiese un combate serio. Hay que decir que si se producía tal combate, no cabía la menor duda, Santocildes llegaría tarde con sus fuerzas, pero esa era la orden. Temprano llovió ligeramente y el camino seguía siendo un infierno, nuestra columna iba a marcha forzada y pronto alcanzamos, antes de llegar al río Buey, a la del general Martínez Campos, todo con el ánimo de proteger al General en Jefe, este, al ver a nuestro general, lo recriminó y le reiteró la orden a lo que Santocildes, soportando el chaparrón de improperios, contestó que el camino no se bifurcaba hasta pasar el río Buey, razón por la que le proponía marchar juntos hasta ese lugar. Al pasar el río Buey nuestra columna se separó y comenzamos la marcha por el Camino de Arriba, un rato después, habríamos caminado no más de 30 minutos, un jinete llegó con una orden de Martínez Campos en la que planteaba a Santocildes retroceder y encontrarse con él en el paso del río; realizamos la contramarcha y al llegar al paso, supimos la razón del cambio de órdenes; resultó que la descubierta que había organizado la dama de Veguitas, doña María de la Masa, había regresado de su exploración y dio cuenta al general Martínez Campos de las posiciones que ocupaban los insurrectos comandados por Maceo, incluyendo la ubicación de la impedimenta. Los hombres que aportaron la información eran los mismos que pasando por vendedores ambulantes habían estado anteriormente en el campamento de los insurrectos.

A partir de aquí fue que el general Martínez Campos actuó como el militar que era, unió todas las fuerzas, cedió el mando de la columna al general Santocildes y la columna compuesta por unos 1.500 hombres continuó la marcha por el Camino Real en previsión de ser atacada en cualquier momento por fuerzas insurrectas. Además decidió que el teniente coronel San Martín, con una compañía de infantería, tomara el Camino de Arriba en su flanco derecho con vista a sorprender y atacar la impedimenta de los insurrectos. No habrían caminado una legua las tropas de San Martín cuando escuchamos el ruido lejano del fuego de fusilería, después sabríamos que habían sorprendido y atacado la impedimenta de los insurrectos en un lugar conocido por La Caoba, allí se produjo un error de apreciación por parte de Maceo, pues al parecer pensó que toda nuestra columna marchaba por el Camino de Arriba y en rescate de su impedimenta lanzó su caballería, produciéndose un recio combate en que los insurrectos sufrieron muchas bajas y las fuerzas de San Martín fueron obligadas a salir al Camino Real buscando la protección de la columna principal. Mientras tanto, nuestra columna había avanzado y cayó bajo el fuego de los insurrectos emboscados a ambos lados del camino, en determinados momentos la situación fue muy grave para nuestras tropas, que estaban siendo casi fusiladas a mansalva por los insurrectos, pero que los repelían con vigor y valentía extraordinaria; si algo, y es mi apreciación, nos salvó fueron las recias cercas de alambres espinosos que nos separaban, pues impidieron a la caballería enemiga emplear su táctica de avanzar sobre nuestros cuadros con sus temidos machetes. En el intercambio de fuego dentro del área del camino cercado, fue herido mortalmente el general Santocildes, que murió casi instantáneamente a pesar que fue atendido de inmediato por el doctor Semprún.

Al final nuestra columna, ya comandada por el general Martínez Campos, pudo salir del camino cercado y alejarse del lugar, pero sin dejar de combatir. El trabajo de la sanidad militar fue intenso, tuvimos muchos muertos y heridos, solo les digo que nuestros médicos y sanitarios se portaron valientemente y lograron salvar muchas vidas en medio

del fuego de ambos contendientes¹². Así fue más o menos el combate, que nosotros llamamos de Valenzuela y los cubanos de Peralejo, es una exageración decir que el cabecilla Maceo comandaba unos 7.000 efectivos, por lo que pude observar directamente, considero, sin contar la impedimenta desarmada que sorprendimos en su área de vivaqueo, que no eran más de 1.000 los insurrectos armados que nos atacaron, si llegan a tener tal cantidad de hombres armados, el resultado del combate hubiese sido desastroso para nuestras armas, incluso no tomaron de antemano el vado sobre el río Mabay, por donde pasamos sin dificultades. Por último les aseguro que nuestros soldados se portaron valientemente, que el capitán general don Arsenio Martínez Campos asumió el mando de la columna a la muerte del general Santocildes y actuando con inteligencia y valentía personal, supo cómo sacarnos de aquel atolladero. Les comento que en esa época ya el general Martínez Campos tenía 64 años de edad.

La actitud del personal de la Sanidad Militar resultó encomiable y fueron muchas las vidas que salvamos, aunque por la cantidad de heridos no pudimos llegar a todos, una muestra de mi afirmación anterior fue la muerte en combate del sanitario sargento primero Sebastián Hinojosa cuando intentaba acudir en ayuda de un soldado herido. Nuestras pérdidas fueron grandes y la cifra de muertos y heridos aportada por el capitán Gómez solo se refieren a los que rescatamos y pudimos llevar con nosotros, en el campo quedaron numerosos muertos y heridos, además de armamento, acémilas, botiquines y otros medios que tuvimos que abandonar, no hay otra forma de decirlo, esa es la verdad, aunque nos duela. Por cierto mi alforja, que entre otras cosas contenía mi diario, estaba bajo la custodia de uno de mis sanitarios y este la extravió, pues al parecer la colocó en un botiquín que fue abandonado. Las pérdidas de los insurrectos, por supuesto solo las imaginamos y las cifras que aparecieron en los periódicos eran especulaciones, el general Martínez

¹² En este punto, el autor continúa el relato extractando literalmente la descripción que hace de la batalla Severo Gómez, oficial y testigo de los hechos, en su obra referenciada en la nota 2. (N.E.)

Campos en su parte al Ministerio de la Guerra en Madrid las cifró en unos 300. Unos días después supe que los insurrectos y pacíficos que habitaban en la región de las acciones combativas, habían atendido a algunos de nuestros heridos y los llevaron a la ya famosa habitante de Ve-
guitas, doña María de la Masa. Una vez llegados a Bayamo, nos incorporamos al hospital militar para atender a los heridos y preparándonos para rechazar a los insurrectos, pues se pensaba que atacarían la ciudad, lo que no ocurrió. Pronto comenzaron a llegar los refuerzos desde Cuba, Manzanillo y Holguín. No habían transcurrido quince días del combate de Valenzuela y ya estaba sirviendo en otra columna, en este caso en la del general Arsenio Linares Pombo, con la que realicé marchas de aprovisionamiento.

En septiembre de 1895 fui destinado por orden del Capitán General a servir en el Hospital Militar de Mayarí donde terminé el año. Mientras tanto, la guerra iba creciendo en su dimensión en el resto de la Isla, ya en agosto de 1895 se combatía en la región central, lugar al que habían arribado varios cabecillas de esa zona como Serafín Sánchez. Con relación a la Sanidad Militar, se había logrado reabrir o crear un gran número de hospitales militares. Al respecto en octubre del 95 el periódico *La Lucha* publicaba que el general Martínez Campos había declarado al *Times* de Londres que: “Desde el punto de vista de la salud de las tropas, la situación se presentaba mejor, aunque la fiebre amarilla continuaba haciendo estragos en Santiago de Cuba. Los rebeldes andan escasos de armas y municiones”. Y ese mismo mes de octubre del 95 el jefe del gobierno español el señor Cánovas del Castillo declaraba: “Que el general Martínez Campos le escribió que con el último envío de tropas, no eran necesarias más para barrer a los rebeldes. Que el gobierno está preparado para seguir enviando refuerzos. Que la revolución se dominará por la fuerza de las armas. Que la guerra terminará en el invierno”. Lo que no dijo de que año, esto último es de mi cosecha, no del periódico.

En junio el capitán general Martínez Campos había solicitado grandes refuerzos, que según el diario *La Lucha* del 28 de junio de 1895 ascendían a 14 batallones de infantería, seis regimientos de caballería,

dos baterías de artillería de montaña y un regimiento de artillería rodada. Ya en el *Diario del Ejército* del 3 de septiembre de 1895 se anunciaba la llegada de esos refuerzos. La guerra en Cuba supuso que entre 1895 y 1896 España enviara a Cuba un contingente de tropas ascendente a 200.000 hombres, que llegarían en 1898 a cerca de 300.000, además de no menos de 70.000 voluntarios e innumerables recursos, todo para enfrentar a unos cuantos miles de insurrectos; la correlación de fuerzas a nuestro favor era enorme y no pudimos ganar la guerra. Por su parte los insurrectos, después de la acción de Valenzuela, incrementaron sus acciones y en octubre de 1895, desde el mismo lugar en que se entrevistaron en 1878 el general Martínez Campos y Antonio Maceo, cuando nuestro general trató y no logró convencerlo de unirse al Pacto del Zanjón, salieron numerosas fuerzas insurrectas para llevar la guerra al occidente de Cuba. En los primeros días de enero de 1896 ya se encontraban en la región de Matanzas y poco tiempo después ya se combatía en Pinar del Río, extremo occidental de la Isla, los insurrectos lograron llevar la guerra a toda la isla.

El segundo Capitán General fue Valeriano Weyler y Nicolau, desde febrero de 1896 hasta octubre de 1897. En enero de 1896 el gobierno español decidió sustituir al general Martínez Campos, Capitán General de Cuba, por el general Valeriano Weyler, que el 17 de febrero asumió sus funciones; este llegaba con órdenes de terminar la guerra como fuera. En el corto periodo que fungió como capitán general, fue relevado en octubre de 1897, solo logró frenar un poco la guerra en la región occidental de la isla, cuando se produjo la muerte del cabecilla Antonio Maceo en una escaramuza cerca de La Habana en diciembre de 1896; mientras tanto, en las regiones central y oriental las fuerzas insurrectas siguieron ocupando y actuando en vastas regiones, en esos lugares nuestras tropas apenas salían de las ciudades y poblados a los cuales, según pasaba el tiempo, se hacía cada vez más difícil llevar los abastecimientos. Desde mi punto de vista la guerra iba mal para nosotros, que estábamos a la defensiva, todo era cuestión de tiempo y los insurrectos lo sabían.

Hace poco conocí de una carta que envió el 25 de julio de 1895 el general Martínez Campos al jefe del gobierno señor Cánovas del Cas-

tillo que planteaba: “Podría reconcentrar las familias de los campos en las poblaciones, pero necesitaría mucha fuerza para defenderlos; ya que son pocos en el interior los que quieren ser voluntarios; segundo, la miseria y el hambre serían horribles, y me vería precisado a dar ración, y en la última guerra llegué a dar 40.000 diarias, aislaría los poblados del campo, pero no impediría el espionaje; me lo harían las mujeres y los chicos; tal vez llegue a ello, pero en un caso supremo, y creo que no tengo condiciones para el caso. Solo Weyler las tiene en España”. Y terminaba: “Reflexione usted, mi querido amigo, y si, hablando con él, el sistema lo prefiere, usted no vacile en que me reemplace, pero yo tengo creencias que son superiores a todo y me impiden los fusilamientos y otros actos análogos”. No conozco si el Señor Cánovas habló con el general Weyler de la carta del general Martínez Campos, pero lo que sí es cierto es que una de las medidas que tomó el general Weyler para “ganar la guerra” fue ordenar la llamada reconcentración de los labriegos y sus familias en las ciudades y pueblos, bajo la suposición que los insurrectos, al no tener el apoyo de los labriegos, serían derrotados rápidamente. Esta cruel política provocó la muerte por hambre y enfermedades de decenas de miles de niños, mujeres y ancianos hacinados en pueblos y ciudades, sin posibilidades de alimentarse y curar sus enfermedades, nunca se conocerán las cifras exactas de los fallecidos por esta barbarie. Lo que sí sabemos es que el general Weyler lo único que logró fue que los criollos nos odiaran con más fuerza y que en otras latitudes pensarán muy mal del ejército español. Un ejemplo de ello fue los Estados Unidos, donde los periodistas tuvieron un caldo de cultivo ideal para realizar una feroz campaña contra nuestro país, que contribuyó en buena medida, junto a la voladura, por los mismos norteamericanos, en el puerto habanero del acorazado *Maine*, a la posterior intervención de ese país en la guerra.

En noviembre de 1896 fui ascendido por antigüedad a médico mayor (comandante) con el sueldo de 5.000 pesetas. Mi último ascenso había sido en 1879. Aunque siempre me declararon apto para el ascenso, tuve que esperar 17 años para ser médico mayor. A partir de 1896 y prácticamente durante el resto de la guerra, hasta su conclusión con nuestra derrota en agosto de 1898, no fui destinado a servir en las

columnas, excepto en abril-mayo de 1898 cuando serví como Jefe de Servicios de Sanidad en la columna del coronel don Manuel Ruiz, que evacuó nuestras tropas de la ciudad de Bayamo. Esos años los serví en hospitales y enfermerías militares en varias localidades, casi siempre alejado de mi familia la cual, gracias a Dios, pude lograr que fuera llevada a Bayamo en una columna de aprovisionamiento comandada por el general Arsenio Linares Pombo en los primeros días de junio de 1895. En 1896 la parte más intensa de la guerra se había desplazado al occidente de la Isla, donde combatían los principales cabecillas insurrectos, Gómez y Maceo y en el Departamento Oriental, nuestras tropas salían en limitadas ocasiones de las ciudades y pueblos, limitándose a realizar operaciones de aprovisionamiento de las guarniciones. En estas condiciones nuestros gobernantes, que parece ser que vivían en la Luna, seguían declarando “que inevitablemente vencerán las armas españolas en Cuba”¹³. En diciembre de 1896 fue muerto en combate el cabecilla Antonio Maceo en la provincia de La Habana, al igual que cuando murió don José Martí, todos pensamos que el golpe para los insurrectos había sido tan grande que podía terminar la guerra, pero, nos equivocamos, quedó el viejo Gómez, que era el jefe máximo de la insurrección y la guerra continuó. No cabe duda que el golpe fue grande, pues Maceo, además de ser un bravo guerrero, era el brazo derecho de Gómez.

Durante todo el año 1896, continúe mis servicios en el hospital militar del poblado de Mayarí, como encargado de la clínica primera de medicina, además me hice cargo de la Jefatura de Servicios. Esta fue una época en que tuve que combatir a los insurrectos con el fusil en la mano en varias ocasiones, una en el barrio llamado Chavaleta y en otra en el poblado de Baquetudo, cerca de Mayarí, había que dormir con el fusil al lado de la cama, pues los insurrectos estaban envalentonados, a todas estas seguía yo con la angustia de no saber de la familia. Por suerte, en los primeros días de febrero de 1897, por disposición del Capitán General, dejé de prestar servicios en Mayarí y pasé al hospital militar de

¹³ Periódico *El Constitucional*, 12 de noviembre de 1896. (N.A.)

Bayamo. Hacía mucho tiempo que no podía ver a la familia, mi llegada a la casa fue una sorpresa para todos, pues no hubo manera de avisarles, como es lógico fue grande la alegría. En general la situación militar en la ciudad no era buena, la guerra no tenía para cuando acabar; en esa época, por lo menos en el Departamento Oriental, nuestras tropas no salían, prácticamente de las ciudades y pueblos fortificados, los insurrectos, de hecho eran dueños de los campos y nuestras columnas fundamentalmente actuaban protegiendo convoyes de suministros, incluso para el abastecimiento a Bayamo se volvió a emplear el río Cauto a gran costo, pues los pequeños convoyes de barcos debían ser protegidos por columnas que marchaban por las márgenes del río, aun así, eran atacados por los insurrectos que llegaron a hundir cañoneras con el empleo de minas sumergidas, combinadas con el empleo de un cañón, como le ocurrió al cañonero *Relámpago* en enero de 1897.

La situación se complejizó [*sic*] aún más cuando en agosto de 1897 conocimos la noticia del asesinato del presidente del gobierno don Antonio Cánovas del Castillo a manos de un anarquista; la pérdida fue dolorosa para España y representó un cambio en la política hacia la guerra en Cuba, pues al entrar al Gobierno el liberal Práxedes Mateo Sagasta en octubre de ese propio año, la primera medida que tomó fue la sustitución del general Valeriano Weyler como Capitán General en Cuba. De Cánovas y Sagasta les comento que fueron cabeza de los conservadores y liberales respectivamente, que se repartieron “pacíficamente” el poder a partir de 1881... con la anuencia del Rey: entraba uno y salía el otro. Volviendo al tema de la sustitución del general Weyler, poco tiempo antes de que se produjera, un titular de un periódico de Madrid decía: “El general Weyler tiene ganada la guerra”. A esta prensa cabría preguntar ¿Si el general estaba ganando la guerra, por qué lo sustituían? A un general victorioso no se le sustituye, ¿Qué ustedes creen?

El tercer capitán general fue Ramón Blanco, en su segundo periodo, desde octubre de 1897 hasta la derrota de España en agosto de 1898. El general Blanco y Erenas fue nombrado Capitán General de la isla de Cuba por Práxedes Mateo Sagasta, presidente del Consejo de Ministros, con la esperanza que pudiera pacificar a Cuba. El general Blanco

era conocido de todos, pues había sido Capitán General en el periodo 1879 a 1881, precisamente en la época en que me incorporé al ejército de la Isla. Con el general Blanco no llegó la paz, se inició el fatídico 1898 que todos conocemos como: “año del desastre”. En enero de 1898 por fin se decidió, por parte de nuestro gobierno, otorgar la autonomía a Cuba, pero era tarde. En la Isla, por supuesto, los insurrectos se opusieron, pues no era la libertad por la que habían luchado, por otra parte muchos españoles tampoco estaban de acuerdo, pues querían a la Isla como colonia que les proporcionara riquezas. En el año 1898, los hechos militares y políticos se desarrollaron a un ritmo tan rápido que no daba tiempo a pensar, trataré de resumirlos. En enero, sin previo aviso y con su prepotencia característica, hizo entrada en el puerto de La Habana el acorazado de segunda clase *Maine*, perteneciente a la marina de Estados Unidos; su objetivo: “proteger los intereses estadounidenses”. En respuesta el Gobierno español envió de la misma forma un navío de guerra a Nueva York. No obstante la prepotencia, el Capitán General atendió al capitán del buque y se comentaba que habían hecho buenas migas.

La situación en Bayamo a principios de 1898 era muy difícil, tanto, que se llegó a pensar que lo mejor era abandonar la plaza y precisamente en abril y mayo de ese año, serví como jefe de Servicios de Sanidad en la columna del coronel don Manuel Ruiz, que evacuó nuestras tropas de la ciudad de Bayamo. La evacuación la iniciamos en abril hacia la región de Holguín, conduciendo enfermos y pertrechos, la marcha fue difícil pues tuvimos que combatir en tres ocasiones, resultando el mayor de los combates el ocurrido en la región de Melones, lugar en que le ocasionamos muchas bajas a los insurrectos, al parecer pertenecientes a las fuerzas de Calixto García, nosotros también tuvimos muchas bajas, en definitiva entregamos los heridos en el hospital militar de Mayarí, que yo conocía muy bien, y regresamos en el mes de mayo a Bayamo, después de dos meses de largas marchas y combates. Mientras tanto, la hacienda que poseía en Bayamo don Arturo, el padre de Antonia, había sido destruida por completo y la situación de asegurar los abastecimientos para la casa era muy difícil, razón por la cual realizamos un consejo de familia para decidir qué hacer; la decisión que tomamos fue trasladar

la familia a Manzanillo, pues allí quedaba aún parte de la otra hacienda en pie y la condición de puerto de la ciudad era más propicia para recibir abastecimientos y lo principal, la familia poseía una buena vivienda dentro de la ciudad. De inmediato coordinamos con la guarnición y en el retorno de un convoy de suministros, salió nuestra familia hacia Manzanillo, llegando, gracias a Dios, todos bien el 15 de febrero de 1898, esta noticia me tranquilizó y pude concentrarme en mis labores en el hospital militar y otros servicios que presté en enfermerías y columnas.

El mismo día que llegó mi familia a Manzanillo, hubo una explosión a bordo del acorazado *Maine* que seguía fondeado en el puerto de La Habana; los norteamericanos formaron su propia comisión que rápidamente determinó que la explosión se había producido desde afuera del navío, provocada por una mina. Una comisión que formaron nuestras autoridades llegó a la conclusión que la explosión se originó desde la parte interior del navío y argumentaba que si hubiera sido una mina colocada fuera, se hubiera visto la columna de agua, según esta comisión la explosión pudo tener origen en las calderas. Yo siempre he sido de los convencidos que la explosión fue en el interior de la nave, provocada deliberadamente por los norteamericanos. En los Estados Unidos se incrementó la campaña de prensa contra nuestro país, al que responsabilizaron por la catástrofe, buscando a toda forma el pretexto para inmiscuirse en la guerra de Cuba y apoderarse de nuestras posesiones coloniales que tanto ansiaban. En abril nos estaban bloqueando con sus escuadras navales y ese mismo mes bombardearon Matanzas, después bombardearían varias ciudades más, entre ellas Manzanillo el 16 de julio encontrándome yo sirviendo en su hospital militar. A principio de junio, con el apoyo de los insurrectos cubanos, sin el cual no hubiesen podido hacerlo, una fuerza considerable de marines desembarcó al este de la ciudad de Santiago de Cuba y se produjeron fuertes combates en El Caney y la Loma de San Juan, en los que contaron con la participación de numerosas fuerzas del cabecilla Calixto García. En todos los combates nuestras tropas tuvieron una valerosa actuación, comandadas por el valeroso general Don Arsenio Linares Pombo, bajo cuyo mando estuve en varias columnas de operaciones.

A todas estas y burlando el bloqueo naval había arribado al puerto de Santiago de Cuba la escuadra naval del almirante Pascual Cervera con buques de guerra que eran insuficientes y anticuados para enfrentarse a la escuadra norteamericana. No obstante el 3 de julio la escuadra salió, a pleno día, del puerto para enfrentarse a los norteamericanos, con resultados catastróficos para nuestras armas al ser destruida por completo; mucho se ha discutido el tema. Como ustedes saben las derrotas son huérfanas y criticar desde lejos es fácil, no obstante, muchos oficiales nos preguntamos: ¿por qué el almirante decidió salir a pleno día del puerto? ¿Por qué salieron los buques de uno en uno? ¿Por qué no se desemplazaron los cañones de los buques y con ellos, más los marinos, participar en la batalla terrestre para defender la ciudad? Lo que sí está claro es que los marinos españoles lucharon en forma desigual, pero con valentía inigualable.

Fíjense que los militares de Estados Unidos desembarcaron por la región oriental que era donde menos fuerzas teníamos, ¿por qué no concentramos un gran contingente de fuerzas allí? Tiempo hubo: en ningún otro lugar intentaron desembarcar. El día 16 de julio de 1898 se rindió la Plaza de Santiago de Cuba y el 20 de agosto se dieron por terminadas las acciones militares en toda la Isla, solo habían transcurrido siete meses desde la entrada del *Maine* en el puerto de La Habana. A mí me dolió en el alma la derrota, en particular, porque fue ante los norteamericanos, aquí les quiero contar algo que solo es un botón de muestra de lo que les espera a los cubanos bajo la bota de los estadounidenses. Después de la victoria, el jefe de las tropas de Estados Unidos en Santiago de Cuba, prepotente e insolente como son los sajones, no permitió que los insurrectos entraran a la ciudad de Santiago de Cuba, lo increíble es que el apoyo de Calixto García y sus fuerzas fue decisivo en los combates. El 10 de diciembre de 1898 se firmaron los acuerdos de París mediante los cuales se reconocía la independencia de Cuba y cedíamos a Puerto Rico, Las Filipinas y Guam a los Estados Unidos por la suma de veinte millones de dólares.

Al termino de las acciones combativas yo me encontraba en Manzanillo, Antonia y yo estábamos de acuerdo en repatriarnos y vivir

en la península, en Cuba se quedarían sus padres y hermano a fin de trabajar en la recuperación de la hacienda de Bayamo y del pequeño ingenio de Manzanillo, yo me adelantaría para crear condiciones y poderlos recibir dignamente. Así las cosas, en septiembre fui enviado a La Habana, lo que pude hacer en un buque y serví desde el mismo día de mi llegada hasta diciembre de 1898 en el Hospital Militar Alfonso XIII.

EL FIN DE LA GUERRA EN CUBA, MI REGRESO A ESPAÑA EN DICIEMBRE DE 1898

Mi llegada a La Habana en los primeros días de septiembre de 1898, no fue como en las ocasiones anteriores, llegué como integrante de un ejército derrotado, la situación en la ciudad era tensa, llevaba órdenes de presentarme en el hospital militar Alfonso XIII y así la cumplí. Este hospital había sido construido en las alturas que se encuentran próximas al Castillo del Príncipe, el lugar era excelente y las instalaciones, aunque algunas fueron construidas con carácter provisional, eran buenas. El Hospital Militar Alfonso XIII se fundó el 23 de enero de 1896; tengo entendido que después allí funcionó el hospital del ejército de ocupación norteamericano y hoy funciona un hospital civil cubano con el nombre de Calixto García. El director me situó como encargado de la clínica de infecciones y heridos del hospital. Los tres meses que estuve en el hospital fueron de duro trabajo, los enfermos eran muchos y los recursos, producto del bloqueo de los norteamericanos, eran pocos, aun así fueron muchos los compatriotas salvados. A finales de noviembre me ordenaron que preparara condiciones para embarcar cuatrocientos enfermos en el vapor-correo *Los Andes* con vista a atenderlos durante el viaje hacia la Península. Con la familia mantuve comunicaciones regularmente mediante el telégrafo, todos estaban seguros en Manzanillo y trabajando fuerte para recuperar la hacienda. A la preparación del vapor para el viaje dedicamos casi diez días, acondicionamos las salas para los soldados, para los oficiales, los salones para curas y operaciones de urgencia, los baños, los retretes, la farmacia, las instalaciones para los filtros de agua y muchos elementos más; el día 29 de noviembre dimos por concluida la tarea. Más adelante en el libro de Larra y Cerezo aparece una explicación

detallada de una sala de un buque-hospital. Les comento que en esos días asumió la Capitanía General de la Isla de Cuba, Adolfo Jiménez que gobernó hasta el 1 de enero de 1899 cuando entregó la plaza a las fuerzas de ocupación norteamericanas.

Por fin el día 1 de diciembre de 1898 partí a mi amado país, después de casi veinte años en Cuba, atrás quedaba mi familia, pasaría casi un año sin verla. El viaje fue muy duro pues eran casi 400 enfermos, no fueron pocos los soldados y oficiales que murieron en el viaje, era muy doloroso ver morir a un compañero de armas cuando iba de regreso a su Patria. Después de varias escalas el 7 de enero de 1899 llegamos a nuestro destino final, Cartagena, en la costa mediterránea.

ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DEL CUERPO DE SANIDAD MILITAR Y EL SERVICIO PRESTADO POR ESTE DURANTE LA GUERRA EN CUBA

La guerra de independencia de Cuba supuso para nuestro país destinar a dicha contienda un considerable número de fuerzas y recursos que lo agotaron por completo; dentro de ellos la Sanidad Militar requirió un presupuesto enorme, pues en Cuba el contingente de nuestras tropas no solo estaba expuesto a recibir heridas por las armas de guerra, sino que se enfrentaba además a las condiciones de la naturaleza tropical de esa Isla que propiciaba muchas enfermedades y diezmaban más las tropas, que los propios combates realizados. Las lluvias torrenciales, las plagas de mosquitos, la falta de agua potable y en general las miasmas, fueron nuestro principal enemigo, si sumamos a esto la guerra de desgaste que nos impuso nuestro enemigo, ahí están las causas de la gran cantidad de bajas que sufrimos. Para no irme muy lejos del tema de los presupuestos y gastos de la Sanidad Militar, les expongo, según los estudios del doctor Larra Cerezo, la cifra gastada solo en medicamentos e insumos médicos, 3.059.456 de pesetas hasta enero de 1898 y el mismo autor calculaba los gastos de hospitalización pagados por el Tesoro español en 9.000.000 de duros (un duro igual a cinco pesetas). Los efectos del clima se agravaban con las continuas marchas y contramarchas que debían realizar las tropas, prácticamente sin descanso, bajo el fuerte sol

del trópico y en ocasiones interrumpidas por fuertes aguaceros, muchas de estas marchas se realizaban por regiones boscosas, con pantanos provocados por las lluvias donde el lodo les llegaba a las rodillas a los soldados y plagados de mosquitos. Al finalizar la marcha, el soldado mojado hasta el tuétano y sin ropa seca para cambiarse, lo que propiciaba el rápido enfriamiento del cuerpo, no tenía la posibilidad de conciliar el sueño y reponer sus fuerzas para la próxima jornada o combate y en muchas ocasiones cuando lo lograba, los insurrectos irrumpían en los alrededores del campamento tiroteando el área para agudizar el cansancio de los soldados. Comenzaré mis consideraciones por el vestuario.

EL VESTUARIO DEL SOLDADO

Como una solución al problema de la ropa del soldado, se propuso el cambio de las telas que se empleaban en la confección del vestuario, lino y dril, por telas más frescas que se secaran rápido. Además se analizó la conveniencia de volver a confeccionarlos en Cuba como se había hecho tradicionalmente y no en la Península como se comenzó a hacer a mediados de 1895, según mi punto de vista, para beneficiar a los comerciantes españoles. En definitiva, a pesar de los estudios y propuestas, todo quedó igual y el soldado siguió desamparado, dotado de un vestuario y calzado de mala calidad. Veán como el *Diario del Ejército* trataba este tema en septiembre de 1895 y cito: “El Vestuario: Ha terminado la confección del vestuario de rayadillo que se destina a la fuerzas que formando el tercer cuerpo de Ejército han de enviarse a Cuba en los meses de octubre y noviembre próximos. Según nuestros informes, se ha construido mucho más vestuario de rayadillo del que ahora hace falta en previsión de que el envío de nuevos refuerzos lo hiciera necesario”. Observen que no se habla de la calidad. O este otro en que se acudía a la caridad pública para la solución del tema del vestuario y cito al *Diario del Ejército* del propio mes de septiembre de 1895: “Para evitar esta enfermedad (el periodista se refiere al paludismo) más terrible en efecto que la fiebre amarilla, aunque menos alarmante, porque mina con lentitud la salud del soldado, el ilustre médico militar Señor Hernández Poggio, aconsejaba con interés el uso de un ancho cinturón o camiseta de

franela. Y como oficialmente en el vestido reglamentario del soldado no se puede atender a todos los casos, estimamos que la Asociación de la Cruz Roja ahorraría muchas vidas de los soldados de la patria, si se dedicase una buena parte de lo que se recaude en adquirir dicha prenda para las fuerzas en operaciones”. Al final del artículo titulado *La Higiene del Soldado*, el periodista ponía el dedo en la llaga: en la medicina, es mejor prevenir la enfermedad y que esta no ocurra, que curarla, vean lo que decía: “Es muy bueno que se gaste mucho dinero en material sanitario y medicamentos, pero es infinitamente mejor poner todos los medios para conservar la salud del ejército”.

En resumen, tanto nosotros, el personal de la Sanidad Militar, como la prensa, propusimos soluciones al problema del vestuario del soldado, pero a finales de 1897 aún se continuaba discutiendo el tema y terminó la guerra sin solucionarse, les muestro unos recortes del *Diario del Ejército* de 1897 que son ilustrativos.

LA ALIMENTACIÓN DEL SOLDADO

Los problemas de la alimentación del soldado, también incidieron negativamente en su debilitamiento. Acostumbrado a consumir en la Patria comidas ricas en grasas, propicias para el clima frío, al arribar a Cuba el cambio en su alimentación era radical, no solo por el clima y las costumbres alimenticias en la Isla, sino por las limitaciones que imponía la lejanía, la falta de recursos financieros y materiales así como, por qué no decirlo, por el robo de los alimentos que realizaban algunos oficiales y hasta los propios cocineros. Les aseguro que alimentar adecuadamente a un soldado que debía combatir o los que se reponían en un hospital para volver al combate, era una tarea titánica de todos los jefes. Les pongo un ejemplo de cualquiera de los hospitales en que serví; en el *Reglamento y Plan de Alimentación para los Hospitales Militares*, se establecía que las comidas generales de los enfermos deberían ser tres; el desayuno, la comida y la cena. Del antes citado *Reglamento* les pongo un ejemplo de normas para una ración de sopa de un enfermo: 87 gramos de pan, 259 gramos de carne, 29 gramos de garbanzos y 115 gramos de arroz. Además, manteca, tocino y para el desayuno, 29 gramos

de chocolate, multipliquen y sabrán los productos alimenticios que había que comprar para una ración de un solo día en un hospital como el de Santiago de Cuba que llegó a tener 2.000 camas ocupadas por enfermos; solo en carne eran aproximadamente 500 kilogramos para un día, yo que tuve la oportunidad de desempeñar el cargo de jefe de detall en el hospital militar de Bayamo les aseguro que, con el presupuesto disponible, era imposible adquirir los productos para satisfacer las necesidades. Para las tropas en operaciones era aún más complejo el abastecimiento con víveres por las distancias que tenían que recorrer los convoyes desde los centros de abastecimiento lo que obligaba a los jefes de las tropas a comprar a comerciantes españoles o criollos que vendían productos de mala calidad o simplemente en mal estado, además de propiciar la especulación. Una solución que se halló fue la creación de las llamadas *factorías*, distribuidas por toda la Isla, en las que los jefes de detall podían adquirir los productos alimenticios para las tropas en base al salario de estas, que por cierto, en ocasiones pasaban varios meses y no se pagaba a las tropas. Les ofrecí los datos de una norma para un hospital, en las tropas la ración típica, cuando se podía, consistía en arroz blanco, alguna legumbre, tubérculos, acompañado de una pequeña ración de chorizo o sardina y alguna galleta de mala calidad. Un complemento que hubiese sido muy bueno sería el haber consumido frutas y vegetales del país, a lo cual siempre presté atención y aconsejé comer, pero la falta de conocimientos y hábitos de consumo, impedía su aprovechamiento.

Con relación a la alimentación, el Inspector de Sanidad Militar Cesáreo Sánchez de Losada planteó, en reiteradas oportunidades, que al ser imposible suministrar al soldado la suficiente cantidad de comida fresca para mantener la salud, era necesario que este consumiera abundante cantidad de frutas y vegetales, procurando asimismo que, ante la falta de carne fresca, al menos la consumiera enlatada. Les expongo una nota de un periódico madrileño del 29 de septiembre de 1895, que trataba el tema de la carne en conserva: “El gobierno español tomó la decisión de adquirir carne en conserva. Las columnas en operaciones tienen que racionar la comida y esto les impide combatir” y ponía como ejemplo un combate en la región de Najasa que no se pudo continuar por

falta de comida. El problema de la comida para las tropas nos persiguió toda la guerra, y no se solucionó. En noviembre de 1897 *Diario del Ejército* publicó una serie de artículos donde abordaba el tema, les cito un párrafo de uno de ellos: “Basta mirar a la mayor parte de los soldados enfermos, para diagnosticar la enfermedad del 80 por ciento de ellos. Observando su caras demacradas, de facciones angulosas, barba puntiaguda, color térreo, labios pálidos, mirada triste, voz desfallecida, paso lento y trémulo, movimientos torpes y músculos secos, inmediatamente se imagina el observador, la causa que ha dado origen a esa ruina orgánica”.

EL ABASTECIMIENTO DE AGUA

Otro problema vital para que un soldado mantuviera una salud adecuada era el consumo de agua potable; durante mi estancia en las tropas de operaciones no fueron pocos los casos que tuve que atender a muchos enfermos por disentería debido al consumo de cualquier agua estancada o no, pero casi siempre contaminada. Yo siempre recomendé al jefe de la tropa en la que me encontraba sirviendo, escoger el área del campamento donde se iba a vivaquear en las inmediaciones de un pozo criollo, que la mayoría de los labriegos poseían, pero no siempre era posible; una solución que se estudio fue la adquisición de filtros de agua. Casi todo el año 1895, la prensa trato este tema, en septiembre por ejemplo una noticia publicada en el *Diario del Ejército* decía: “Filtros para Cuba. En el salón de ayudantes del ministerio de la Guerra, se reunieron los generales Azcárraga y Novoa, el inspector de Sanidad señor Espaia, y el personal del Instituto Anatomico-patológico de sanidad militar, para analizar un filtro sistema Brieger, presentado por el señor Basabe. Se hizo la prueba de llenar el filtro con agua encenagada saliendo esta transparente. El filtro que pesa solo siete kilogramos, da diez litros de agua por minuto”. Por ejemplo el 23 de septiembre de 1895 en el *Diario del Ejército* se decía: “Ha presentado la casa Recarte de Madrid tres modelos de filtros individuales que serán reconocidos por el ministro de la Guerra y el personal facultativo de Sanidad Militar. Hasta la fecha se han presentado al ministro de la Guerra doce modelos, la mayoría de fabricantes españoles. Sin embargo se cree que el que mejores condiciones reúne, es

el filtro alemán Breyer”. Unos días después el mismo diario publicaba otra noticia que decía: “Filtro Breyer: En vista de los resultados obtenidos en las experiencias practicadas en el Instituto Anatómico-patológico de Sanidad Militar con el filtro Breyer, y del informe remitido por aquel centro, se adquieren por dicho Instituto, 40 ejemplares con destino al ejército de operaciones de la isla, y su importe de 8.000 pesetas se abonará con cargo al crédito extraordinario señalado para las atenciones de campaña”.

La solución de los filtros no fue efectiva, 40 filtros para la numerosa tropa en Cuba era una cifra insignificante, hasta el propio Inspector General de Sanidad Militar el doctor Cesáreo Fernández de Losada reconoció la importancia de esta medida cuando expresó: “De haberse garantizado la utilización de filtros de agua se habría evitado que el soldado ingiriera aguas estancadas y en mal estado, con los trastornos que ello provocaba”. En definitiva los soldados siguieron tomando agua de ríos o estancadas en pantanos sin ningún tratamiento y la disentería nos continuó azotando.

LAS PRINCIPALES ENFERMEDADES

La acción conjunta de factores como el clima, las continuas marchas, las dificultades para la alimentación, el consumo de agua no potable y el uso del vestuario inadecuado, fueron elementos que incidieron en el debilitamiento de nuestros soldados, generando la aparición de enfermedades propias del trópico que los diezmaron sin piedad. Esta situación favorecedora de enfermedades, y las numerosas bajas que nos causaron, fueron ampliamente divulgadas en los partes oficiales y la prensa de la época. En no pocas ocasiones, las cifras acerca de la mortalidad en las tropas a causa de enfermedades o epidemias fueron divulgadas a nuestra conveniencia, para justificar las bajas en un ejército muy superior en hombres y armamento a los insurrectos y subestimando las acciones de este, aunque no es menos cierto que las bajas producidas por las enfermedades y epidemias siempre fueron mayores que las producidas por las armas de nuestro enemigo. En cuanto a enfermedades la causa principal de las bajas se produjo por la fiebre amarilla seguida del paludismo, la disentería y no podían subestimarse las producidas por la fiebre tifoidea y la tuberculosis.

El predominio de muertes por la fiebre amarilla sobre otras enfermedades durante toda la guerra, es fácilmente comprensible por la existencia en Cuba de grandes plagas de mosquitos y nuestra incapacidad para descubrir que ese era el agente transmisor, tal y como lo había investigado e informado el sabio de origen criollo don Carlos Juan Finlay, que tan temprano como en 1881 lo había descubierto y alertado, tengo la impresión, que ser un médico de origen criollo, contribuyó a que se desconociera este gran descubrimiento. Tendrían que intervenir los norteamericanos en la contienda y comenzar a sufrir, al igual que nosotros, innumerables bajas, para que acudieran a los estudios de Finlay, que trataron ellos de atribuirse su descubrimiento, para que comenzara a combatirse el mosquito y no las miasmas como afirmábamos nosotros, entre ellos yo. Me quito el sombrero ante Finlay. Por otra parte, la base del tratamiento era, ante todo, empírica, tratando de diagnosticar la enfermedad en sus comienzos, correspondiendo después el proceso a aplicar a toda infección, para finalizar con la cura de las perturbaciones complementarias ocasionadas por la enfermedad. Al respecto decía el médico inglés M. Stocker en la revista de Sanidad Militar: “No hay tratamiento especial para la fiebre amarilla, no hay más que tener la fortuna de diagnosticar bien, y adelantarse con el tratamiento, a las complicaciones que son las que matan”.

El paludismo también hizo grandes estragos entre nuestras tropas; se manifestaba frecuentemente con fiebres intermitentes, por lo que era común que se confundiera con un simple resfriado y el afectado continuase cumpliendo con su misión, como si tal cosa, haciendo sobrehumanos esfuerzos por no desfallecer, hasta que al cabo de pocos meses el paludismo, en su estado más crítico, engendraba con su anemia característica una depauperación del organismo y graves lesiones viscerales, de tal gravedad que el enfermo caía en un estado de caquexia palúdica, como le sucedió al doctor Santiago Ramón y Cajal, que durante la guerra anterior (1868-1878) sirvió en el ejército español en Cuba como médico primero y terminó siendo repatriado con el diagnóstico de caquexia palúdica, que por suerte no le costó la vida, como le sucedía a muchos de los que terminaban con ella. Ramón y Cajal, orgullo de nuestro país, cuyos trabajos y aportaciones a las neurociencias fueron reco-

nocidos en 1906 con la concesión del Premio Nobel en Fisiología o Medicina por su trabajo sobre la estructura del sistema nervioso.

A mediados de 1895 servía yo como médico primero en el Hospital Militar de Santiago de Cuba. Los soldados e incluso oficiales llegaban tan depauperados al hospital que, con el apoyo del Sub-inspector de Sanidad Militar del Departamento Oriental, elaboramos, entre el médico segundo Rafael A. Soto Vázquez y yo, una información estadística para uso de los jefes y médicos en la que expresábamos que en la región oriental morían el 25% de los enfermos con fiebre amarilla, pero si eran enviados a tiempo al hospital solo moría el 10% de los que ingresaban; igual situación se presentaba con el paludismo que en total morían un 7% de los enfermos, pero de los que ingresaban a tiempo al hospital solo moría el 1%. En 1896 en el Departamento Oriental hubieron 4.979 casos de fiebre amarilla y de ellos murieron 1.412, o sea el 28%, fue peor que en 1895 cuando elaboramos la estadística.

La disentería, la fiebre tifoidea y la tuberculosis, también afectaron a las tropas a causa de los problemas relacionados con la humedad, la mala alimentación y el consumo de agua no potable, sin embargo la cantidad de casos reportados fue mucho menor que las anteriormente citadas¹⁴. La precaria situación sanitaria de las tropas no mejoró durante los años 1897 y 1898, sino todo lo contrario y continuaron siendo las enfermedades la primera causa de muertes. Es necesario señalar que los soldados de infantería al ser los más numerosos y por tanto más expuestos, tanto a las condiciones climáticas como a los encuentros armados con los insurrectos, fueron los que tuvieron el mayor número de las bajas y los siguieron la caballería, las guerrillas y el cuerpo de ingenieros.

Algunos autores de la época ofrecen cifras generales sobre las muertes acaecidas durante el desarrollo de la guerra en Cuba, Manuel

¹⁴ A continuación el autor extrae datos epidemiológicos de dos obras de “mi amigo el doctor Ángel de Larra Cerezo, que fue director de varios hospitales militares en La Habana” tituladas *Les hôpitaux militaires de l'île de Cuba et notamment l'hôpital d'Alphonse XIII de la Havane pendant la guerre actuelle* (Madrid, 1898), y *Campaña Sanitaria en la guerra de Cuba. Apuntes estadísticos de 1896* (Madrid, 1901) que omitiremos aquí. (N.E.)

Baraja Montano en su libro *La Guerra de Cuba a través del Diario de Cádiz*, a partir de cifras parciales ofrecidas por otros autores y datos de prensa, plantea un número total de 45.000 fallecidos entre 1895 y 1897 de ellos correspondieron 13.000 a fiebre amarilla, 2.000 a acciones armadas (el 4%), y el resto por otras enfermedades y diversas causas. Ciertas o no, las cifras, como planteó el doctor Larra y Cerezo eran aterradoras, consulten la estadística elaborada por él y vean que solo por fiebre amarilla entre 1895 y el primer semestre de 1897 hubo 11.366 muertes por esa causa.

MEDIDAS SANITARIAS TOMADAS POR NUESTRO EJÉRCITO Y EL GOBIERNO ESPAÑOL

La difícil situación obligó tanto a nuestro Ejército como al Gobierno a estudiar y llevar a cabo acciones para mejorar la situación sanitaria en el teatro de operaciones en Cuba, en particular las encaminadas a disminuir el número de enfermos y mejorar la atención a ellos y a los heridos en combate. Una de ellas fue el completamiento del personal médico y farmacéutico del Cuerpo de Sanidad Militar, ya en julio de 1895 el capitán general Arsenio Martínez Campos, hacía un pedido a la Península y debido a la intensidad que tomaba la guerra, se promulgó una convocatoria por parte del Ministerio de la Guerra para cubrir plazas en el Ejército de Cuba, incluso con médicos civiles ocupando plazas de militares, esta política se continuó durante toda la guerra y cubrió parte de nuestras necesidades, digo parte, pues en algunos momentos llegamos a tener más jefes que personal médico.

Era muy común que los soldados destacados en las poblaciones, acudieran a la enfermería a los primeros síntomas de la enfermedad, no así los que estaban en operaciones, sin tener un médico al que acudir, razón por lo cual quedaban más expuestos y aumentaba la posibilidad de muerte para ellos. Con vistas a solucionar esto, cuando llegamos a tener más médicos militares y civiles, se dispuso que cada columna o batallón saliera de operaciones con al menos un médico para prestar los primeros auxilios a las tropas de inmediato, aumentando así las expectativas de sobrevivir a los enfermos y heridos en combate. Aun así no

siempre se lograba que los jefes de tropas, en particular los jefes de batallones, enviaran a tiempo a los hospitales sus enfermos y en no pocas ocasiones estos morían durante el traslado. Otra de las medidas que se dispuso fue que los batallones expedicionarios que fueran enviados a Cuba, llevaran un botiquín de campaña con sus respectivos arreos y accesorios, mochilas de ambulancia y camillas completas, así como que cada escuadrón llevara, independientemente, una bolsa sanitaria de grupo, una bolsa de ambulancia y dos camillas completas. Por otra parte en los lugares en que se encontraban grandes concentraciones de tropas, se adoptaron medidas para higienizar el área, construir zanjas para el desagüe de las aguas estancadas y se concentraron allí medios sanitarios y personal de la Sanidad Militar.

Con similares intenciones de mejorar la situación en el mes de agosto de 1897 se creó la Inspección General de Beneficencia y Sanidad Civil de la Isla, que era encabezada por el inspector general de Sanidad Militar Cesáreo Fernández de Lozada y cuya misión principal era contribuir a mejorar la situación higiénica en el país y en particular en La Habana. Muchas de estas medidas, incluyendo otras, como la construcción de sanatorios y hospitales, quedaron en un intento, pues la falta de presupuesto en ocasiones y los numerosos gastos que deparaba la guerra, hacía que el dinero se destinara a gastos más apremiantes como eran la compra de diversos suministros, armamento y municiones¹⁵.

MI VIDA EN MAHÓN Y VILLACARLOS DE 1899 A 1910

Cuando el 25 de enero de 1897 recibí la Real Orden donde se disponía que con motivo de mi ascenso a Médico Mayor (Comandante), tendría como destino el hospital militar de Mahón, en comisión en Cuba, pensé que era un error que se corregiría o que simplemente me nombraban

¹⁵ En este punto el autor hace un exhaustivo resumen del contenido de las obras de Larra y Cerezo referidos al sistema sanitario militar español en Cuba incluyendo una descripción pormenorizada de instalaciones (particularmente las del Hospital Militar Alfonso XIII de La Habana), suministros, tratamientos, etc, que, ciertamente, “dan una idea del trabajo del Cuerpo de Sanidad Militar en la Isla de Cuba durante la guerra”, pero no reproducimos aquí al no aportar información sobre el protagonista del relato. (N.E.)

allí por una cuestión burocrática, pues no podía comprender que en recompensa a mis servicios y al ascenso me enviarían a una remota y pequeña isla en el mar Mediterráneo llamada Menorca, cuya capital se denomina Mahón. Tarde comprendí que no había sido un error y que allí continuaría prestando servicios en la Sanidad Militar. Las islas Baleares son una Capitanía General española compuesta por las islas e islotes del archipiélago balear, se encuentran situadas en el mar Mediterráneo frente a las costas orientales de la península ibérica a unos 75 kilómetros de Valencia. Su capital es Palma de Mallorca. Son cinco, las mayores islas del archipiélago: Mallorca, Menorca, Cabrera, Ibiza y Formentera; además existen varios islotes entre los que se encuentran Dragonera, Conejera, Espalmador y Espardell. Menorca, es el territorio español más oriental y el primer lugar donde amanece en España; está situada a unos 35 kilómetros al este de Mallorca, es una pequeña y baja isla, cuya mayor elevación sobre el nivel del mar la constituye la Montaña del Toro con 358 metros de altitud, tiene 701 kilómetros cuadrados y su clima, típicamente mediterráneo, es bueno, no hay ni mucho frío, ni calor excesivo; 16,7° C es el promedio anual de la temperatura. El verano suele ser seco y caluroso y las lluvias, a veces torrenciales, generalmente llegan en el otoño. El catalán es el idioma oficial aunque se habla el menorquín que es una variedad dialectal de este. En marzo de 1899, cuando llegué a esta región, el archipiélago contaba con 311.179 habitantes y Menorca con unos 10.000. El archipiélago, por su estratégica ubicación geográfica, siempre fue codiciado por los ingleses que ocuparon en 1708 a Menorca y, dado su magnífico puerto natural, convirtieron a Mahón en capital de la isla, en detrimento de Ciudadela que lo fue hasta esa época; en 1802 mediante el Tratado de Amiens, Menorca fue devuelta a España.

Mahón aún conserva en sus edificaciones la huella de la dominación extranjera, en particular la inglesa, siendo singular la blancura de muchos de sus edificios y casas, las calles están bien trazadas y se caracterizan por su limpieza. La pequeña ciudad está edificada sobre profundos desniveles, al contrario de Ciudadela que es prácticamente llana. Una de las huellas más importantes de la dominación británica se

encuentra en la arquitectura, los británicos fundaron la ciudad de Georgetown, ahora Villacarlos, a la entrada del puerto natural de Mahón en la que se conservan edificios construidos según el estilo georgiano del siglo XVIII inglés, asimismo es muy frecuente encontrar en Menorca, las edificaciones, especialmente en Mahón y Villacarlos, con las típicas ventanas de guillotina inglesas; también la influencia anglosajona se puede notar en el vocabulario y las expresiones del catalán de la isla, que contiene docenas de anglicismos y en el campo, que cambió radicalmente después de la llegada de los británicos a la isla. En 1802 cuando Menorca fue devuelta a España, por supuesto, se cambió el nombre a Georgetown, por ¡Real Villa de San Carlos! que la población abrevió a Villacarlos, en catalán *Es Castell* que significa *El Castillo*.

Durante la ocupación, los ingleses construyeron un Hospital Militar en un pequeño islote de forma triangular y unos 900 metros de perímetro existente dentro del puerto de Mahón, conocido como Isla del Rey situado frente al poblado de Villacarlos, precisamente allí fijamos nuestra residencia, por cuanto con solo cruzar el puente estaba en mi casa, nunca he estado tan cerca de ella durante tanto tiempo. El hospital, con algunas mejoras, que se comenzaron en 1843, cuando nuestros ingenieros restauraron su ala norte, aún está en uso. Cuando me presenté en el hospital el 25 de marzo de 1899, fui nombrado jefe del Servicio de Clínica. La edificación, construida por los ingleses, es básicamente un amplio edificio central de dos pisos en forma de U alrededor de un gran jardín, todo edificado al estilo de los arquitectos ingleses, los locales del edificio son sencillos, espaciosos, ventilados y sus paredes de gruesa mampostería; cuando se hicieron las reformas en 1843 se construyeron en el ala sur del islote las edificaciones para el almacenaje y la capellanía. Al islote lo une con la tierra firme un puente de madera en bastante mal estado por lo que era más seguro transportar a los enfermos en embarcaciones que podían atracar en los dos pequeños muelles que poseía la isla. Como curiosidad les digo que en catalán es llamado el islote: “illa de s’Hospital” o “illa de Rei”.

Los ingleses construyeron en Villacarlos una espaciosa Plaza de Armas rodeada de cuarteles; a mi llegada la isla de Menorca contaba

con un Regimiento de Infantería con cuartel en la Plaza antes mencionada y en la Fortaleza de Isabel II o de la Mola, construida a mediados del siglo XIX en la boca del puerto frente al Castillo de San Felipe. Casi desde su inauguración en 1875, la Fortaleza de la Mola ya no correspondía a los requerimientos militares de la época, el desarrollo de la artillería naval, en los grandes buques de guerra, la hizo vieja, antes de tiempo pues era un enorme blanco muy fácil de batir a gran distancia. En ese momento era más práctico ubicar la artillería terrestre, dedicada a defender las costas, en trincheras bien construidas y difíciles de descubrir por el enemigo, por esa razón cuando llegué a la isla, hacía pocos años que se habían acondicionado posiciones, fuera de la fortaleza, para ubicar artillería moderna de más de cuarenta kilómetros de alcance.

Como les dije, llegué al puerto de Mahón en marzo de 1899; al presentarme en el hospital militar fui designado como su jefe de servicios y para atender visitas de clínica, este hecho fue de mi agrado pues siempre he preferido la atención directa de los pacientes. De inmediato me di a la tarea de encontrar en Villacarlos una casa para mi familia y unos meses después, muy cerca de la Plaza de la Explanada, pude alquilar una con las características adecuadas para vivir con cierta comodidad, aunque no disponía de agua corriente, tenía un buen pozo, era muy espaciosa, contaba con un gran patio muy arbolado y lo más importante, estaba relativamente cerca de mi hospital; acondicionándola estuve varios meses y en abril de 1900, llegó mi familia, por fin estábamos juntos y en paz. Coincidiendo con mi llegada a Mahón, se me concedió por Real Orden la Cruz de 1ª Clase del Mérito Militar con distintivo rojo en recompensa del comportamiento observado y servicios prestados durante el bombardeo de Manzanillo en julio de 1898.

Cuando comenzó el nuevo siglo continúe encargado de la Jefatura de Servicios y visitas de clínica hasta que en febrero me designaron accidentalmente, producto de la repentina enfermedad del Director, como jefe de sanidad de la Plaza y director del Hospital Militar, cargo que desempeñé hasta septiembre de ese propio año que regresé a mis labores habituales en la clínica, atendiendo los servicios de cirugía, heridos, venéreas y oftálmicos. Nuestro hospital prestaba sus servicios a las tropas

destacadas en la isla que, durante mi ya larga estancia aquí, nunca han excedido de 2.000 el número de hombres sobre las armas destacados en ella; además atendíamos a sus familiares. Las enfermedades eran las comunes a la península: la fiebre tifoidea, la viruela, la neumonía y la tuberculosis; un aspecto que había que tener en cuenta era mantener la alerta ante las enfermedades que podían propagarse debido al envío, desde la península, de enfermos de cólera y otros hacia la Isla del Lazareto. Con el inicio del siglo mi vida en la isla se normalizó, el trabajo era, por supuesto, más sencillo que en Cuba, tenía a mi familia, una casa, y el sueldo alcanzaba para vivir modestamente. Un problema que no pudimos solucionar fue que los muchachos cursaran la segunda enseñanza, pues, aunque desde 1891 se inauguró el Instituto Libre de Enseñanza Media que tenía carácter provincial, los costos eran prohibitivos para nuestra familia, en definitiva, todos mis hijos terminaron la escuela primaria y con ese nivel se quedaron.

En marzo de 1901 la Reina Regente, María Cristina, encargó al ya conocido Sagasta la formación de un nuevo gobierno, al asumir el cargo este declaró que dotaría al ejército de nuevo material. De lo nuevo, lo que me tocó a mí fue que, a finales de ese mismo año, según Real Orden de 21 de diciembre, quedé en situación de excedente, esto representó de inmediato un duro golpe para la familia, pues mi sueldo, de por sí modesto, fue rebajado de inmediato al 50%; les aseguro que tuvimos que hacer malabares para vivir, por suerte para nosotros, en abril de 1902, según Real Orden, me nombraron director del hospital militar y jefe de sanidad de la Plaza.

En mayo de 1902, acontecieron dos hechos importantes, el día 17 de ese mes, al cumplir los dieciséis años juró la Constitución el nuevo Rey, Alfonso XIII. Pocos días después, el 20 de mayo de 1902 se fueron los americanos de Cuba y entregaron el país a don Tomás Estrada Palma, primer presidente electo; claro, dejaron en la Constitución cubana una llamada *Enmienda Platt* que les otorga el derecho a intervenir en la Isla cada vez que lo consideren, además se quedaron con magníficas bahías para carboneras de sus barcos de guerra e incluyeron otros aspectos denigrantes para Cuba como el que establece que la Isla de Pinos queda

omitida de los límites territoriales del país propuestos por la Constitución. Por otra parte los norteamericanos se anexaron a Puerto Rico y las Filipinas, y en julio de ese propio año se hicieron con el Canal de Panamá por 220 millones de francos, a ese paso se harán dueños del continente americano.

Director de un hospital nunca había sido, pero alguna experiencia adquirí trabajando en muchos hospitales, tanto en España como en Cuba, ello me permitió administrar el hospital satisfactoriamente, sin dejar de brindar consultas o participar directamente en la atención a los enfermos ingresados, considero que mi conducta en general me granjeó el respeto de mis colegas, de los empleados del hospital y de mis superiores jerárquicos. Como director simultanéé el cargo con el de jefe de sanidad de la plaza, esto me obligaba a realizar visitas de inspección a los cuarteles y demás instalaciones militares para comprobar su situación higiénica, la alimentación de las tropas y otros aspectos relacionados con la sanidad. De las ocasiones en que fui director del hospital les comento que lo que más dolores de cabeza me causó, fue administrar adecuadamente el escaso presupuesto y en ocasiones la falta del dinero para pagar los sueldos al personal a mi subordinado. Por lo demás mi vida estaba regularizada de tal modo, que se convirtió en ir de la casa al hospital, de este a los cuarteles y en la noche de vuelta a la casa. Ocasionalmente, cuando no trabajaba un domingo, nos íbamos a la playa o a pasear por Mahón. Vivimos en esta pequeña isla prácticamente aislados, que no es un aislamiento total, gracias a la prensa que nos llega con cierta regularidad desde Barcelona o Valencia, ella nos permite enterarnos de lo que ocurre tanto en la península como en el mundo; no puedo dejar de mencionar la *Revista de Sanidad Militar* que me permite, tanto a mí como a mis colegas, mantenernos actualizados acerca de los adelantos de la medicina y la situación en general de nuestro servicio en el país. Antonia y yo seguimos siendo lectores apasionados y tenemos una gran colección de libros y periódicos; esa condición me permite hacer algunos comentarios de la situación en mi país en estos primeros años del nuevo siglo, son solo apuntes, espero que les sirva para incentivar su interés por el estudio de la rica historia de nuestro amado país.

Con el inicio del siglo XX y el reinado de Alfonso XIII, aunque España sigue siendo un país pobre y eminentemente rural, donde la mitad de su población activa trabaja en la agricultura y la tierra sigue siendo el instrumento más importante de dominación social, se inició un lento movimiento que conduce hacia la industrialización. Según la prensa, en 1900 aparecieron registrados en el censo, más obreros industriales que artesanos, en particular creció la industria metalúrgica en las provincias vascas, se comenta que allí, las navieras y los bancos son empresas dinámicas. Por otra parte el crecimiento de los ferrocarriles ha permitido crear un amplio mercado nacional y el comercio exterior ha crecido más rápido que en otros países europeos como Italia y Francia, sin embargo la balanza de pagos sigue siendo deficitaria y algunos afirman que es un mal crónico de la nación. Con relación a la agricultura, el país sigue presentando bajos niveles de productividad y un evidente atraso tecnológico respecto a la mayoría de los países europeos. Otra muestra de nuestro atraso es una nota que publicó en 1903 el *Diario de Cádiz* y la cito: “El analfabetismo en España: en 1860 el 19,97% de sus habitantes sabía leer, en 1877 sabía leer el 24,38%, en 1877 [sic] sabía leer el 28,49% y en 1900 sabía leer el 33,45%”. De esto se puede traducir que, en 1900, el 66,55% de la población española era analfabeta.

Del ejército a comienzos de este siglo, heredero de pronunciamientos liberales durante el siglo anterior, tengo la impresión, de acuerdo a lo que observo, se orienta hacia el conservadurismo. En estos años, el final de las guerras carlistas y la pérdida de las colonias han provocado un exceso de oficiales lo que bloquea la carrera de muchos de ellos, esta situación la he sufrido en carne propia, pues en varias ocasiones, he quedado en situación de excedente. Otro aspecto a resaltar es la convocatoria, cada vez más frecuente, del ejército, para reprimir las protestas tumultuosas que se realizan en las grandes ciudades, este indebido empleo del ejército está provocando su alejamiento de la monarquía.

En 1903 ingresó en la escuela primaria Eugenio mi hijo más pequeño y simultáneamente se me fue el mayor, Román, que cumplió 16 años, el tiempo pasó volando, ya era un hombre, a esa edad me incorporé yo al ejército le manifesté el día de su cumpleaños, vea usted padre, yo

quiero ser marino, me contestó. A partir de ese momento me di a la tarea de contactar con el capitán de un barco que realizaba viajes a Mallorca y Barcelona y lo enrolamos como grumete a mediados de ese año. Cuando escribo estas líneas, ya es marinero de una gran embarcación en Barcelona y vive en una pensión en esa ciudad, cada vez que le es posible nos visita. Los demás muchachos, gracias a Dios, están bien, cursan la enseñanza primaria, gozan de buena salud, se van acostumbrando a la isla y ya todos hablamos el menorquín. Como vivimos junto al mar, todos hemos aprendido a pescar y el pescado, junto al famoso queso de Menorca, es parte esencial de nuestra dieta alimentaria. Un día me comunicaron que se había producido un cambio de organización en el ejército, según mis notas fue en agosto de 1904, como resultado de ello, cesé como director del Hospital Militar y pasé a ser nuevamente jefe del Servicio de Clínica. Si les soy sincero, no lo sentí, pues el sueldo era el mismo y podía dedicarme por completo a la atención directa de los enfermos, que siempre me ha gustado más que los trabajos de oficina. En 1904 murió en su palacio en París la reina Isabel II, de la que les escribí al principio de estas notas; otra noticia importante aparecida en la prensa ese año fue la relacionada con la entrada en vigor el domingo 11 de septiembre de la Ley del descanso dominical, esperemos que se cumpla.

En 1905, vendimos la casa en Villacarlos y nos mudamos para un piso que alquilé en el mismo centro de Mahón, con la ventaja de contar con electricidad y agua corriente, allí la vida para Antonia y los muchachos ha sido un poco más placentera y pudimos buscar algunos lugares para que los niños aprendan algún oficio, según vayan terminando la escuela primaria; la mudanza al único que perjudicó un poco fue a mí que me he alejado del hospital, pero digo un poco, pues ahora vivo como a tres kilómetros de distancia lo cual no es mucho, en ocasiones realizo el viaje en coche, en otras, en una embarcación de las que surca la bahía prestando ese servicio; además, aunque no muy a menudo, también realizo el viaje caminando, lo que es muy bueno para la salud y no son más de cuarenta minutos de caminata hasta el muelle de Villacarlos. En agosto de ese mismo año por Real Orden, fui declarado “Apto para el ascenso”, aspecto que no les he comentado era muy importante

para un oficial, por cuanto, si en tres ocasiones consecutivas, no eras declarado apto, podías ser licenciado de inmediato. La prensa de junio de 1905 nos trajo la mala noticia del atentado con bomba, que se llevó a cabo en París contra el rey Alfonso XIII, gracias a Dios, salió ileso.

Al cabo de estar siete años en Menorca, sin haber salido ni en una ocasión de la isla, me decidí y solicité, en el verano de 1905, una licencia por treinta días para ventilar asuntos personales, unas semanas después me fue concedida. Antonia y yo habíamos madurado la idea de emplear los ahorros que ella había acumulado, como tesorera de la familia, para realizar un viaje que nos permitiera visitar a mis hermanos en Riomanzanas y que la familia conociera la península, en particular Zamora, Madrid y Barcelona. La noticia alegró a los muchachos que por fin iban a salir de nuestra isla, en julio compramos los pasajes; el plan que elaboramos Antonia y yo era, embarcar directo a Barcelona, seguir viaje a Madrid en ferrocarril, de allí a Zamora y finalizar en Riomanzanas, al regreso visitaríamos, durante dos o tres días, en orden inverso esas ciudades. A mediados de julio de 1905 embarcamos en un vapor hacia Barcelona, la travesía fue buena ya que hubo mar tranquila, mucho sol y lo mejor, fue rápida pues solo hay que recorrer unos 150 kilómetros; en el puerto nos esperaba mi hijo Román que ya había comprado pasajes a Madrid para el próximo día, gracias al ferrocarril, que ya enlazaba prácticamente a toda España, en tres días llegamos a Zamora, de acuerdo a lo planificado.

Zamora, mi bella ciudad, por fin la veía después de varios años, a la llegada fuimos directo al Barrio de Olivares donde nos alojamos en una pensión que nos recomendó mi padrino don Manuel Bertolo muy amigo de papá, oriundo de San Pedro de Parada en Galicia, pero que es, según dice, zamorano por naturaleza; seguramente recordarán que en casa de don Manuel estuve viviendo varios años, cuando estudié en el Instituto de Segunda Enseñanza de Zamora. Al día siguiente, ya descansados del largo viaje, mientras yo coordinaba para trasladarnos a Riomanzanas, el resto de la familia, bajo la guía de una hija de don Manuel, visitó la ciudad que les encantó, tanto por sus bellos edificios y parques como por el trato amable de su gente. Durante el recorrido los muchachos

no dejaron de probar las almendras garapiñadas que se expendían en los puestos diseminados por la ciudad. Zamora en 1905 tendría unos 17.000 habitantes lo que representaba un ligero decrecimiento con relación a 1900, la razón, al parecer era resultado de la emigración de la población más joven hacia ciudades mayores y más industrializadas como Barcelona, por citar un ejemplo. Al día siguiente de nuestra llegada mi padrino nos preparó un cena espléndida que contempló muchos de los platos tradicionales de Zamora como el arroz a la zamorana, chicharos en escabeche, barbos asados, chorizos y aunque no estábamos en Semana Santa preparó sopa de ajo que él sabía me gustaba mucho, todo acompañado de buen vino y con una repostería al final excelente donde nos brindó pastas zamoranas; los muchachos y Antonia quedaron gratamente impresionados.

Coordinado el viaje a Riomanzanas, el día 20 de julio partimos en coche hacia Alcañices y de allí a mi pueblo en carreta, aunque el viaje fue difícil, para los muchachos lo nuevo representaba una aventura, el paso entre los bosques de pinos en la montaña fue lo que más les gustó, constantemente me preguntaban por los famosos lobos ibéricos y los jabalíes de los que yo les había contado, pero no encontramos ni uno solo. La llegada al pueblo fue sumamente grata para todos, a mí me emocionó ver nuevamente a mi amado pueblo. Riomanzanas, alrededor del año 1900 tuvo su mayor población, con unas 245 almas, pero cuando la visitamos en 1905, como otros tantos pueblos pequeños y perdidos en la inmensidad de la Sierra de la Culebra, había comenzado a perder habitantes, cuando escribo estas notas he conocido que la tendencia al decrecimiento poblacional ha continuado marcándola. Yo no había tenido forma de avisar a mis hermanos el día exacto de nuestra llegada, conocían que los visitaríamos, pero no cuándo, así que los sorprendimos. Bentura, mi hermano mayor, que continuaba viviendo en la casa de nuestros padres, estaba en el molino, que medio derrengado aún trabajaba. Eugenio, mi hermano menor, había formado su propia familia y tenía su casa muy cerca, mi cuñada les avisó de inmediato y en unas horas estábamos toda la familia Fidalgo en la casa de papá y mamá. Al día siguiente de nuestra llegada fuimos al cementerio a la tumba familiar, allí

recordamos con mucho amor a nuestros padres y abuelos, que nos dieron la vida y nos hicieron personas decentes. Los días pasaron, como todo lo bueno, muy rápidos, pero nos dio tiempo de ir a pescar barbos, a cazar jabalíes que no vimos, a pasear por la era, por los huertos y a visitar a todos mis vecinos. Por las noches, aunque era verano, encendíamos el hogar para asar castañas, tomar chocolate y hacer cuentos, yo, de la guerra en Cuba y mi vida en Menorca y mis hermanos de su vida en el pueblo. Como es lógico los que mejor la pasaron fueron los muchachos que junto a sus primos hermanos, se divertieron de lo lindo. La despedida, como todas, fue triste, han transcurrido cinco años y no hemos podido regresar al pueblo.

Tal y como lo habíamos planificado, a nuestro regreso estuvimos tres días en Madrid, nos alojamos en una pensión, que yo conocía de mis tiempos de estudiante, en la calle San Bernardo muy cerca del centro de la ciudad. Madrid había cambiado mucho desde la época en que estudié medicina, la población había crecido y ya tenía más de medio millón de habitantes, también habían crecido las grandes calles y la ciudad contaba con un buen sistema de transportes que permitía recorrerla toda rápidamente. Por supuesto visitamos la Facultad de Medicina y el Edificio Histórico de la Universidad Complutense donde les expliqué a los muchachos cómo defendí y obtuve allí mi título de Doctor en Medicina. Los tres días fueron bien aprovechados, además de visitar lugares de interés, nos encontramos con algunos de mis viejos amigos. De Madrid fuimos a Barcelona y haciendo pinitos con las pesetas que nos quedaban, pudimos recorrer la bella Ciudad Condal con sus grandes parques, jardines urbanos y bellas edificaciones; yo quise conocer el estado de la obra del célebre arquitecto Antonio Gaudí conocida como *La Sagrada Familia* que llevaba varios años en construcción y que según este, serían muchos más lo que demoraría en terminarse, a la obra llevé la familia y conservo una foto de ese momento. Algo que nos llamó la atención a todos fue ver los coches con motor en sustitución de los caballos, hacían un gran ruido y se desplazaban a mucha mayor velocidad que los coches tradicionales, como medio de transporte nosotros usamos el tranvía eléctrico que estaba muy desarrollado. En una ocasión abordamos el llamado

Tranvía Azul que nos llevó a la Plaza del Funicular en la falda del monte Tibidabo; allí por primera vez montamos en un aparato llamado funicular que, mediante cables aéreos, nos transportó a la cima del monte, que domina la ciudad con sus 500 metros de altura, allí existe un gran parque de atracciones donde jugamos bolos, observamos la ciudad mediante telescopios, ese día en el parque fue esplendoroso, lo pasamos muy bien. El último día, guiados por Román, mi hijo mayor, caminamos por la famosa Rambla ya con iluminación eléctrica y también visitamos el Parque de la Ciudadela con su bella cascada; fueron tres muy buenos días. A mediados de agosto regresamos a Mahón, que después de haber estado en varias grandes ciudades, nos dio la impresión era más pequeña que cuando nos fuimos de licencia; en Mahón nos esperaba mi trabajo, la escuela para los muchachos, y el trabajo diario de la incansable Antonia para lidiar con cinco hombres en casa.

Sin darnos cuenta nos llegó el año 1906, yo seguí ocupando el cargo de jefe de Servicios y de Visitas del hospital militar; en noviembre me llegó la buena nueva: por Real Orden del 21 de ese mismo mes, se me concedió la gratificación anual de 720 pesetas por haber cumplido diez años de efectividad en el empleo, pesetas que no nos venían mal, en particular ahora que estábamos ahorrando para viajar a Cuba, meta difícil, pues un pasaje costaba 205 pesetas en tercera clase y 550 en primera, en definitiva aún no hemos podido realizar ese sueño, pero no renunciamos. En noviembre de 1906, mediante la prensa, nos enteramos que Cuba había sido ocupada nuevamente por los norteamericanos. Según las noticias se había producido una guerra civil que provocó el presidente Estrada Palma al reelegirse mediante un fraude descomunal, ante el desorden Estrada Palma renunció y solicitó la intervención de los norteamericanos, que rápidamente intervinieron militarmente el país. La intervención duró hasta el 28 de enero de 1909, cuando “entregaron el mando” al presidente electo José Miguel Gómez, veremos cuánto tardan en intervenir nuevamente, lo más preocupante es que, existan cubanos que quieran la anexión, contra ellos tienen que luchar los buenos cubanos.

De estos últimos años, no tengo mucho que contarles, he seguido como Jefe de Servicios y volví a ocupar la dirección del hospital durante

un año aproximadamente, la familia está bien, en la escuela primaria solo nos queda Eugenio, los tres restantes aprenden distintos oficios en el puerto de Mahón, y Román, mi hijo mayor, ya es oficial de cubierta en un gran buque mercante basado en Barcelona. En 1907 se creó la Escuela Superior de Comercio en Mallorca y mi hijo Feliciano quiere ir a estudiar en ella, Antonia y yo estamos haciendo cálculos financieros para ver si lo podemos costear.

La situación de la sanidad militar y la sanidad en general en Menorca es satisfactoria y trabajamos porque se mantenga así, a ello contribuye sin lugar a dudas, además del trabajo del personal, el aislamiento de la isla y la fuerte constitución física de los lugareños; otra situación existe en la Península donde la sanidad presenta una precaria situación¹⁶.

Queridos hijos, pensando en cómo concluir este cuaderno de notas escrito para ustedes, volví a leer un discurso del Doctor Santiago Ramón y Cajal, pronunciado después del desastre de las guerras coloniales en 1898 que tiene plena vigencia y nos insta a luchar: “Aquel desfallecimiento de la voluntad, que fue general en las clases cultas de la nación, sacóme del laboratorio, llevándome meses después, cuando la conciencia nacional sacudió su estupor, a la palestra política”. Era la reacción contra la España oficial del *Desastre del 98*. Cajal propuso acometer la tan ansiada regeneración con el ánimo esforzado y redentor del ingenioso hidalgo, aplicado al trabajo científico y técnico para impulsar el desarrollo del país, en vez de regeneración, los políticos que nos gobiernan actualmente nos han llevado a una nueva guerra colonial, es increíble. Cuando escribo estas líneas en 1909 y aún están frescas las huellas del desastre del 98, se inició en el mes de julio, la llamada Guerra de Melilla, pequeño enclave militar español en el norte de África; para completar las fuerzas militares que participarían se llamaron reservistas lo que provocó la conocida como Semana Trágica en Barcelona, que resumidamente les expongo. El 26 de julio se declaró la huelga general

¹⁶ El autor introduce aquí una estadística sobre las enfermedades más comunes en España en 1906 tomadas del *Diario de Cádiz*. (N.E.)

en Cataluña; en octubre se proclamó la llamada revolución anarquista en Barcelona cuyo promotor fue Francisco Ferrer que fue capturado y condenado a muerte. La sedición fue sofocada con una fuerte represión dirigida, entre otros, por el famoso general Valeriano Weyler, a la sazón capitán general de Cataluña. En noviembre de 1909 el ministro de la Guerra, el general Luque, anunció que España había vencido, fue una victoria pírrica pues tuvimos, según he conocido, miles de bajas para quedarnos con Melilla.

Quiero terminar mis notas con un comentario: es una pena que no hayamos contado con gobernantes que supieran administrar adecuadamente nuestras riquezas y las hayan dilapidado de tal forma, que han propiciado que nos quedáramos rezagados cuando se nos compara con otros países europeos, un ejemplo de ello es la educación, donde en el año 1900 teníamos un 66,5% de personas analfabetas; en la atrasada agricultura donde aún hay rasgos feudales, como es el caso de pago obligatorio, a verdaderos señores feudales, de tributos por renta de foros y de terrenos; la débil industrialización o la pobreza que se observa en campos y ciudades. Es bueno preguntarnos ¿dónde fueron las inmensas riquezas en oro y plata que provenían de las colonias? Si investigan, seguramente encontrarán las respuesta: la mayor parte del oro y la plata está en manos de los banqueros ingleses, alemanes, holandeses y de otros países del norte europeo que la recibieron como pago de nuestras deudas y les sirvió para nutrir su capital original y en definitiva para que esos países se desarrollaran y el nuestro siga plagado de pobreza.

EPÍLOGO

Esta última parte del cuaderno escrito por mi esposo, Don Feliciano Fidalgo y Casas, lo escribo yo, Antonia Valerino y Máximo en mi casa de Manzanillo en 1912. El año 1910 resultó trágico para la familia, en marzo, mi esposo que continuaba trabajando como jefe de servicio en el Hospital Militar, solicitó un permiso de quince días, para visitar a nuestro hijo Román en la ciudad de Barcelona, al amanecer del día 4 de marzo embarcamos en Mahón en un pequeño buque que ese mismo día, en horas de la noche, llegó al puerto de Barcelona donde nos esperaba

Román, que nos condujo a su casa. Los primeros días en la ciudad fueron bien, paseamos y realizamos algunas visitas, el día 15 de marzo, Feliciano, que hacía ya unos años tenía débil su corazón, se sintió mal y nos pidió lo condujéramos al hospital, donde recibió ingreso de inmediato y a pesar de los esfuerzos de los médicos, falleció de un paro cardíaco en la mañana del día 16 de marzo. De más está decir el golpe que recibió nuestra pequeña familia, fue muy grande, después de la ceremonia fúnebre realizada en Barcelona, mi esposo fue sepultado en el panteón militar del cementerio de Barcelona y nosotros regresamos a Mahón. Después de pasar casi un año, sin el amparo de mi esposo, con el apoyo de mis padres y de las autoridades militares de Menorca, pude regresar a Cuba en 1911, acompañada de cuatro de nuestros hijos, en Barcelona quedó Román que ya tenía su vida propia. En Cuba me recibieron mis padres con mucho amor y estamos viviendo, por el momento, en Manzanillo, aunque en Bayamo sigue la gran casa de madera y el tejear de papá. Los muchachos bien, a todos le hemos encontrado que hacer y los dos mayores trabajan en el tejear de Bayamo.

DIARIO DEL MÉDICO PRIMERO DEL CUERPO DE SANIDAD MILITAR DEL EJÉRCITO DE S.M. DON FELICIANO FIDALGO CASAS EN LA CAMPAÑA DE CUBA. INICIADO: 5 DE MAYO; TERMINADO: AÑO 1895¹⁷

5 de mayo. Hoy comienzo este diario, en él anotaré los hechos principales de la contienda, que espero sea corta, contamos para ello con la fortaleza de nuestro ejército comandado por el Excelentísimo Señor Capitán General Don Arsenio Martínez Campos que ya venció a los insurrectos en 1878 y tanta gloria ha dado a nuestro país. El 24 de febrero, según nos comunicaron, varias partidas de insurrectos se alzaron en armas en la región de Baire y atacaron ese poblado, muy cerca del poblado de Palma Soriano donde se encuentra mi familia, por suerte ya

¹⁷ No tenemos constancia de que este “Diario” que se reproduce aquí sea un documento conservado en el seno de la familia del autor o forme parte de su original estilo narrativo. (N.E.)

hay fuerzas batiéndolos en todos los lugares, espero que esta vez la guerra no dure 10 años; por otra parte los principales cabecillas no están en la Isla aunque supe que los hermanos Maceo desembarcaron por la región de Duaba en Baracoa y no han sido muertos o apresados. Yo recibí la misión de presentarme de inmediato en Cuba¹⁸ a fin de colaborar en la preparación del Hospital Militar y eventualidades del servicio adjudicándoseme el sueldo de mi clase del crédito extraordinario de la guerra. Ese hospital lo conozco bien pues en él serví recién llegado a Cuba en 1880.

La salida de mi casa no fue fácil, allí dejé a Antonia con los muchachos, la vida para ellos, si no logramos derrotar rápidamente a los insurrectos, será difícil, por otra parte me voy muy preocupado, pues ella, como criolla al fin, tiene ideas alocadas y esto le puede traer problemas¹⁹. Creo que lo mejor es que regresen a Bayamo con su familia donde estarán mejor atendidos y más seguros, tengo que lograr que esto sea así, Dios los proteja. Al amanecer inicié la marcha formando parte de una pequeña fuerza de infantería. Cabalgando por el Camino Real que une a Palma Soriano²⁰ con Cuba, observé las verdes montañas que lo rodean y me vino a la mente mi querido pueblo de Riomanzanas, que también está rodeado de montañas, cuánto diera porque mi familia se encontrara a seguro allá junto a mis padres, extraño mucho a mi pueblo con sus casas de piedras, sus calles de tierra y piedras por donde circulan las vacas y los carretones, sus bellos parrales y los grandes castaños en flor. Solo es un sueño, nosotros estamos aquí, con este calor infernal, la terrible humedad, los mosquitos y las enfermedades que nos causaron en la guerra anterior más bajas que los insurrectos. De noche llegamos a la localidad de El Cobre, hicimos la marcha sin dificultades y aquí descansaremos para continuar temprano hacia Cuba.

¹⁸ En el *Diario* se emplea *Cuba* para denominar a Santiago de Cuba. (N.A.)

¹⁹ En francés en el original [*sic*]. (N.A.)

²⁰ En el *Diario* se emplea indistintamente Palma Soriano o La Palma de Soriano para denominar a ese pueblo. (N.A.)

Día 7. Llegué a Cuba ya de noche, por suerte no tuvimos encuentros con partidas de insurrectos, este camino entre montañas y espesos bosques se presta para emboscadas, al parecer no hay insurrectos en esta región. Me contó el médico mayor Orihuela que en la guerra del 68-78 acostumbraban a emboscar en estos caminos a nuestras fuerzas y con los llamados machetes, causaban terribles heridas a nuestros soldados. Bien entrada la noche por fin llegué al Hospital Militar, que de tal solo tiene el nombre. Escribo estas líneas, sentado en la cama que me asignaron, mañana será otro día que espero, si Dios quiere, sea mejor que este. Debo madrugar pues me tengo que presentar al Sub-inspector médico de Santiago de Cuba.

8 de mayo. Temprano en la mañana me presenté al Sub-inspector de Sanidad Militar, hasta nueva orden, serviré como médico en el hospital, en la parte de clínica. Me plantearon que por el tiempo que llevo en Cuba conozco las enfermedades propias de la isla y puedo ser de gran ayuda, viviré en el mismo hospital. El hospital lo conozco bien pues serví en él en varias ocasiones, la primera vez fue a mi llegada a la Isla de Cuba a finales de 1879, hace ya casi veinte años y no se han efectuado mejoras, por suerte está construido en un lugar alto, fresco y lejos de la costa, en total dispone de unas 2.000 camas. La clínica que atenderé se encuentra en un gran barracón de unas 60 varas de largo por 10 de ancho, es de solida mampostería, las ventanas son grandes y están en la parte superior de la paredes y en la de abajo, lo que facilita la ventilación, cuenta en su interior con un tabique para aislar a los enfermos contagiosos, no obstante la higiene en general es mala pues faltan medios para la limpieza y desinfección, por otra parte los enfermos están hacinados pues hay 100 hospitalizados, la mayoría por fiebre amarilla que es el azote de nuestras tropas, en particular en esta época de grandes lluvias.

9 de mayo. Como es mi costumbre levantarme temprano, llegué antes de amanecer y me incorporé a mi primer día de trabajo. La clínica, a mí asignada, tiene 100 catres y la mayoría están ocupados por enfermos con fiebre amarilla (son 45) además hay enfermos de paludismo y otras causas. Conmigo trabajará el médico segundo Rafael A. Soto Vázquez oriundo de Cádiz, y nos apoyan dos sanitarios. Pasé revista a cada

enfermo y tomé medidas para la higienización del área. El rancho deja mucho que desear y hay escasez de medicamentos. Muy agotado y ya tarde en la noche me retiré a descansar y escribir estas líneas, lo mejor del día es que tuve noticias de Antonia y los muchachos.

10 de mayo. Mucho trabajo, tuvimos dos soldados fallecidos por fiebre amarilla, hasta ahora esa enfermedad como tal no tiene tratamiento con medicamentos, lo que hacemos es rehidratar al enfermo, estar atentos a la hipotensión, darles una alimentación lo mejor posible y descanso, la quinina no es efectiva en estos casos, no así para los palúdicos en que sí es efectiva, de ahí la importancia de diagnosticar bien y que los enfermos sean enviados al hospital a tiempo, lo que no siempre se hace. Hoy hablamos mucho el médico segundo Soto Vázquez y yo de la fiebre amarilla, pues conocemos sus síntomas y el cuadro clínico que presentan los enfermos pero no sabemos cómo se transmite de un enfermo a otro, Soto, al igual que muchos médicos considera que se adquiere producto de las miasmas, pero yo no pienso así, creo que la causa es otra, le expliqué que hay un médico criollo de apellido Finlay que desde 1881 está diciendo que los mosquitos son el agente transmisor, este tema es muy importante de investigar, pero las autoridades no le prestan atención y el número de bajas es enorme. Le escribí a Antonia como respuesta a su carta de ayer, le expliqué que estoy coordinando para que salgan hacia Bayamo.

11 de mayo. Día de mucho trabajo, continuamos higienizando el área, Tuvimos que improvisar 10 catres más pues llegaron nuevos enfermos y no había espacio disponible para ellos. El Sub-inspector de Sanidad Militar visitó el hospital.

12 de mayo. No tengo mucho que anotar, como todos, fue un día duro. Atendí a un soldado oriundo de Riomanzanas, por suerte para él es paludismo lo que tiene, le aseguré que vería nuevamente el terruño, hablamos como es lógico de nuestro pueblo que hace tantos años no veo, por supuesto conoce a mis familia y yo a la suya, se llama Lucas de la Fuente, lo atenderé con esmero. Le escribí a Antonia explicándole que tendrá que esperar unos días más para el traslado a Bayamo.

13 de mayo. Llegué temprano al pabellón y pasé revista a los enfermos. Hoy estuve en la cocina para conocer de cerca la preparación de los alimentos, el área deja mucho que desear tanto por su higiene como por los alimentos que se preparan, Hoy leyendo el *Diario del Ejército* que nos llega desde La Habana, pude leer un artículo acerca de la alimentación del soldado y las normas para ello, que lejos está nuestro hospital de lo que allí se dice.

14 de mayo. Día normal, si es posible que en tiempo de guerra algo pueda ser llamado así. Pasé revista a los enfermos, dimos cuatro altas médicas. Revisé y actualicé los documentos de mi clínica.

15 de mayo. Hoy en la mañana me llamó el Director del Hospital Militar para comunicarme que por disposición del ESCG²¹, fui destinado a prestar mis servicios al Batallón de Ingenieros comandado por don José Pardo, debo presentarme mañana en la localidad llamada El Cobre, lugar en que se encuentran los ingenieros. La noticia me sorprendió pues hacia solo siete días me había incorporado al hospital, me explicaron que hay escasez de médicos en las tropas, serviré donde haga falta; del servicio en condiciones de combate tengo la experiencia de haber participado en la última guerra carlista.

16 de mayo. Al mediodía me presenté al Jefe del Batallón de Ingenieros, me causó buena impresión, me explicó la tarea que tenemos de recomponer las líneas telegráficas, que son destruidas por los insurrectos u otras causas, considera que estaremos un mes, por lo menos, en el cumplimiento de esta misión. Iniciaremos los trabajos entre El Cobre y Palma Soriano. Recorrí el campamento y contacté con los sanitarios para preparar el botiquín de campaña y conocer qué medicamentos y otros enseres tendremos, comprobé que son básicamente quinina, iodo, bolsas de vendas y un mínimo de instrumental quirúrgico de campaña, además tenemos dos camillas completas. Esta es una época mala para salir en marchas pues llueve a cántaros y los soldados enferman con facilidad diezmos por la fiebre amarilla, el paludismo, el

²¹ Debe leerse "Excmo. Sr. Capitán General". (N.E.)

tifus, la disentería y otras enfermedades que adquieren con facilidad. Es mi primera experiencia en Cuba en una acción combativa.

17 de mayo. Temprano en la mañana iniciamos la marcha, el batallón de ingenieros cuenta con unos 150 componentes divididos en dos compañías, secciones y la jefatura. El jefe del batallón me dio la impresión que conoce su oficio y se nota que sus subordinados lo respetan. Marchamos con precaución pues nos informaron que en esta región actúa la partida de insurrectos del cabecilla Quintín Banderas. El primer tramo a reparar entre El Cobre y Palma Soriano tiene muchos postes derribados y falta de alambre en algunos sectores. Atendí a varios soldados con fiebre. Por suerte no llovió ni tuvimos encuentros con el enemigo.

18 de mayo. Llovió copiosamente, entre el calor, el fango, las plagas de mosquitos y el estar alerta ante los posibles ataques del enemigo, se puede decir que el día fue malo. No obstante pudimos recomponer un tramo de línea telegráfica de unas 200 varas. Pude observar a los soldados tomando aguas estancadas, sin saber que es la causa principal de la disentería y otras enfermedades, recomendé al jefe del batallón que es necesario hacer el campamento cerca de un pozo para que bebamos agua de mayor calidad. Enviamos tres soldados enfermos hacia El Cobre, no fue fácil convencer al jefe del batallón que me decía que los soldados fingen estar enfermos; uno de los problemas que tenemos los médicos es el diagnóstico a tiempo de las enfermedades, en ocasiones el paludismo se puede confundir con un simple resfriado y el enfermo sigue trabajando como si tal, los estados febriles se repiten y al cabo de unos meses, con la anemia característica de esta enfermedad, su cuerpo se depaupera y cae en lo que se denomina caquexia palúdica, que le puede costar la vida y cuando menos quedar inutilizado para el servicio. Hoy dormiremos mal, estamos empapados hasta los huesos, yo tengo una capa que me cubre algo de la lluvia, pero los soldados tienen un capote que no protege nada. Mañana será otro día, Dios nos proteja.

19 de mayo. Hoy en cuanto amaneció y pude ver el panorama que nos rodeaba, después de la fuerte lluvia de anoche, recordé la parte de una tonada que se canta en mi pueblo y que dice: “Esta noche ha llovido, mañana hay barro / pobre del carretero que va en el carro...”. En

nuestra situación se pudiera parafrasear la tonada diciendo: “Esta noche ha llovido, mañana hay barro / pobre de los soldados que no irán en carro / ellos irán caminando, dejando sus zapatos enterrados en el barro...”.

Aquí en Cuba le dicen al barro, fango o fanguero, según la cantidad, y eso era lo que nos rodeaba, un gran fanguero. El día fue tremendo pues se lo pasó lloviendo y no pudimos avanzar en los trabajos. Junto a los sanitarios revisamos la tropa y la calidad del rancho que se le dio. Mañana, si Dios quiere, debe ser mejor el día.

20 de mayo. Hoy, gracias a Dios, no llovió, pero hizo un calor tremendo que junto a la humedad, hacen la campaña más difícil. Seguimos sin detectar al enemigo. Tenemos varios enfermos con disentería, no tengo otro tratamiento para ellos que no sea la rehidratación y darles infusiones con hierbas criollas, que por suerte para ellos y para mí, después de servir largos años en Cuba aprendí a usar.

21 de mayo. Hoy conocí de la muerte en combate el pasado día 19 del cabecilla insurrecto Don José Martí, fue durante una acción al norte de Jaguaní en el lugar donde confluyen los ríos Cauto y Contra maestre nos explicó el jefe del batallón que por nuestra parte el jefe de las fuerzas fue Jiménez de Sandoval, además nos dijo que el cabecilla Máximo Gómez había resultado herido grave y con estas dos bajas, el golpe para los insurrectos ha sido tan grande que la paz llegará pronto, Dios lo quiera.

22 de mayo. Hoy estuve pensando en lo diferente de ser médico en un batallón que sale a cumplir una tarea en campaña bajo el peligro de ser atacado por el enemigo en cualquier momento y el trabajo rutinario del hospital que, aunque muy duro, no puede compararse con el trabajo en campaña, creo que me gusta más esta opción que tengo ahora. Ya hemos terminado de recomponer tres sectores de líneas telegráficas, espero que los insurrectos no las destruyan nuevamente.

23 de mayo. Fue un día de duro bregar para la tropa, yo recorrí el área de trabajo y supervisé la elaboración del rancho para los soldados. La región donde trabajamos es abrupta y el bosque muy denso, es extraordinario el tamaño de los árboles, hay una cantidad de aves cantoras impresionante. En estos días hemos logrado tomar agua de un

pozo perteneciente a un labriego, solo con esta medida disminuyeron las diarreas, pero en cuanto nos traslademos del área y perdamos el pozo, todo comenzará nuevamente, es una tragedia.

24 de mayo. Hoy avanzamos en el trabajo, recompusimos unas 300 varas de líneas telegráficas, los soldados y oficiales trabajaron fuerte, mañana nos trasladaremos hacia otra área de trabajo, veremos si encontramos un pozo. Temprano dejamos todo preparado para la marcha y descansamos pues saldremos al amanecer.

25 de mayo. Al amanecer formamos columna y marchamos a otra área distante una legua del lugar en que nos encontrábamos, no hay labriegos en el lugar, no obstante pasa un arroyuelo al parecer con aguas limpias, el no tener agua apta para beber es un problema que nos obsesiona como personal de la sanidad militar, pues de seguro tendremos casos de disentería. En esta área hay muchos postes en el suelo y faltan cables, habrá que trabajar fuerte. Tenemos varios soldados y un oficial con fiebre.

26 de mayo. Buen avance en la recomposición de líneas, increíblemente hace varios días que no llueve. Los soldados con fiebre no mejoraron, por los síntomas es paludismo lo que los afecta, si siguen así tendremos que enviarlos a la enfermería de Palma que ya ésta más cerca que la del Cobre.

27 de mayo. Día de buen avance en los trabajos, el jefe del batallón decidió enviar los enfermos al pueblo de Palma. Por lo demás no hay mucho que contar,

28 de mayo. Enviamos, con una escolta compuesta por un oficial y dos soldados, los soldados con fiebre hacia la enfermería de Palma, espero lleguen a tiempo, Dios los proteja. Llovió muy fuerte no avanzamos en el trabajo de recomposición de líneas. Los otros dos soldados con fiebre, producto del paludismo, mejoraron con el tratamiento a base de quinina, hay que seguir de cerca sus casos para que no empeoren.

29 de mayo. A pesar de las malas condiciones del terreno, producto de las lluvias de ayer, logramos avanzar en los trabajos de recomposición, si seguimos con este ritmo de trabajo en cinco días estaremos en Palma y seguramente podré ver a la familia.

30 de mayo. Nos van quedando pocas provisiones de boca, como hay partidas de insurrectos en la zona el jefe del batallón no ha querido enviar al jefe del detall a la factoría de Palma para hacer compras de víveres, me explicó que en tres o cuatro días estaremos en Palma o muy cerca y entonces compraremos. Hay que hacer labor entre la tropa para que consuman frutas, en esta época la cantidad de mangos, bananos y otras frutas que hay en esta región es grande, si la tropa las consumiera su alimentación mejoraría, hay que seguir insistiendo, a la par que se adquieren víveres y se mejora el rancho. Uno de los alimentos que faltan en la ración diaria es la carne, pues es muy difícil adquirir carne fresca durante las operaciones; si hubiese carne en conserva, que brilla por su ausencia, sería otra cosa. El jefe del batallón me explicó que se propuso, por la jefatura del Departamento Oriental comprar carne en conserva, pero hay que esperar por el presupuesto que otorgue el Gobierno, ojalá no demoren mucho. La alimentación de las tropas es un martirio, los que están lejos no la sufren.

31 de mayo. No llovió, logramos avanzar en los trabajos, nos queda como una legua para llegar al pueblo de la Palma de Soriano, en el lugar en que trabajamos, al estar más cerca de nuestra guarnición, la línea está mejor conservada, no tenemos tropas con fiebre aunque sigue afectándonos la disentería.

1 de junio. Gracias a Dios, hace varios días que no llueve, avanzamos en los trabajos que nos restan, mañana debemos terminar.

2 de junio. Anoche, ya muy tarde, cuando descansábamos en nuestras hamacas, una partida de insurrectos tiroteó en dos ocasiones el área del campamento lo que nos impidió dormir, esta es una táctica que están empleando para desgastar aún más a nuestras tropas, que, ante el temor de un ataque en regla, no pueden descansar; por suerte no se reportaron bajas. Cuando esto sucede los soldados y oficiales no tienen ánimo para trabajar, Dios nos ayude y esta noche podamos dormir.

3 de junio. En esta área, al este del poblado de Palma, terminamos los trabajos de recomposición de líneas telegráficas. Nos trasladaremos mañana temprano al próximo punto que también será en el Camino Real. Pero al oeste de la Palma de Soriano, en dirección al puerto de Bayamo,

haremos alto a la salida del poblado y descansaremos allí. Atendí a los soldados con fiebre y preparamos todo para la marcha. Descansé temprano.

4 de junio. Al amanecer formamos columna y marchamos hacia Palma Soriano a la que llegamos después del mediodía, hicimos el área de vivaqueo en un claro a la salida oeste del poblado pero relativamente cerca de la guarnición. Como nos quedan pocas provisiones de boca, el jefe del detall, visitará la factoría para comprar los productos necesarios para el rancho de la tropa. El jefe del batallón que conoce que mi familia vive aquí, me autorizó a pasar la noche en la casa, encontré bien a la familia que se puso muy contenta con mi llegada. Estas notas son las únicas de mi diario que he escrito en casa.

5 de junio. De madrugada me despedí de los míos y dejé coordinado todo para que salgan hacia Bayamo la próxima semana, aprovechando que marchará hacia ese lugar una fuerte columna al mando del Señor General Arsenio Linares Pombo. La casa se quedará bajo la custodia por un amigo con la misión de venderla.

Temprano formamos columna y partimos hacia nuestra nueva área de trabajos. Cuando estábamos pasando el río Buey-Barranca tuvimos un encuentro con el enemigo, que nos sorprendió cuando la avanzada trataba de cruzar el vado, hicieron fuego de fusil contra ellos, por nuestra parte desde la orilla que ocupábamos hicimos fuego cerrado sobre el bosque desde donde nos disparaban. Durante la acción tuvimos solo dos heridos y al parecer el enemigo tuvo varias bajas entre heridos y muertos, esto lo digo por los rastros de sangre hallados cuando exploramos en el bosque desde donde nos dispararon.

Atendí de inmediato a los heridos, uno recibió un disparo de fusil que atravesó su brazo, pero puede sanar sin problemas, el otro fue herido gravemente en el pecho, después de atenderlo le propuse al jefe del batallón enviarlo a la enfermería de la Palma en cuanto sea posible.

El Jefe del batallón considera que la partida que nos atacó era comandada por el cabecilla Quintín Banderas y que son los mismos que tirotearon el área del campamento hace unos días. En la tarde llegamos al área nueva de vivaqueo y cuando escribo estas notas, ya las compañías están en su sitio, la enfermería como es costumbre, cerca del jefe del

batallón. Ojalá podamos descansar para continuar trabajando mañana. Habrá que estar muy alertas, Dios nos ayude.

6 de junio Hoy se incorporó el jefe del detall con las compras realizadas en Palma, ya estamos distante del pueblo unas tres leguas. Acerca de la alimentación de la tropa continuó haciendo, junto a otros oficiales y los sanitarios, una labor educativa entre los soldados para que consuman frutas tropicales que son abundantes en esta época pero que no las comen por desconocimiento, en particular me refiero a mangos y a guineos, que es como le dicen por aquí a los bananos, ambas frutas abundan en esta época del año.

Salió hacia Palma el soldado herido, lo atendí lo mejor que pude, logré controlar la hemorragia y suturé adecuadamente la herida, su situación es grave, al parecer la herida fue producida por una bala de rémington, es posible que no llegue vivo a la enfermería, lo despedí con una tristeza inmensa pues es casi un niño, es del último reemplazo en incorporarse al batallón. Por lo demás continuamos con los trabajos en las líneas y previendo el ataque de los insurrectos.

Anoche, ya muy tarde, cuando descansábamos en nuestras hamacas, una partida de ellos volvió a tirotear en dos ocasiones el área del campamento lo que nos impidió dormir, por lo que se observa continuarán empleando esta táctica de desgaste y vaya que lo logran, lo más importante fue que no tuvimos bajas.

7 de junio. Hoy fue mi último día con el batallón de ingenieros, se incorporó en el empleo como médico del batallón el Médico Segundo Don Francisco Madruga, natural de Sevilla, le hice entrega formal del cargo. Recibí la orden de reincorporarme nuevamente al Hospital Militar [HM] de Cuba. Mañana partiré en compañía de un oficial de ingenieros y dos soldados que retornan al Cobre en busca de medios y materiales para el trabajo en las líneas telegráficas. Descansaré temprano, todos se despidieron de mí con cariño, el Jefe del Batallón, me expresó que no hubiese querido que me fuera, en realidad nos llevamos muy bien y se ganó en pocos días mi respeto y admiración, es un magnifico oficial de ingenieros que conoce a fondo su trabajo, por mi parte le aseguré, y es verdad, que me hubiese gustado más quedarme en el batallón. Dios los proteja.

8 de junio. Salimos al amanecer, pasamos por Palma Soriano a media mañana, aproveché y sorprendí a Antonia y los muchachos, solo pasé por la casa para que supieran que iba de regreso al HM en Cuba, no estuve allí ni una hora. Antes de almuerzo salimos del pueblo, marchamos sin dificultades y llegamos al Cobre al anoecer, me preparé para salir al amanecer; voy solo hacia Cuba, espero no tener encuentros con el enemigo. Estoy muy cansado del viaje, se nota que ya estoy un poco viejo.

9 de junio. Salí al amanecer como estaba previsto, en definitiva no marché solo pues otro oficial iba en la misma dirección, me informó que por este camino hasta Cuba no han existido, hasta la fecha, acciones de los insurrectos. Llegue al HM de Cuba ya en la tarde, hice el viaje bien, tengo un buen caballo y el camino estaba en buen estado, pues hace unos días no llueve, me presenté de inmediato al Director y me comunicó que me espera mi sala nuevamente. Le escribí a Antonia, hace días que no sé de ella y los muchachos.

10 de junio. Hoy cumplí 45 años, Antonia debe estar triste pues en los últimos años siempre hemos estado juntos por esta fecha. Es increíble cómo pasa el tiempo de rápido y mientras más viejos somos, más rápido pasa y digo esto pues han pasado 16 años desde que llegué a Cuba y me parece que fue ayer. El Director del HM y otros médicos me felicitaron. Temprano, como de costumbre fui a mi sala, allí continúa prestando su servicio el médico segundo Rafael A. Soto Vázquez que me recibió con mucha alegría pues se había quedado él solo atendiendo a casi 100 enfermos. Soto me informó acerca de la situación de cada uno y juntos pasamos visita, hoy me enteré que a Soto le llaman Elías, no sé por qué pero lo importante es que nos llevamos muy bien. En general la situación es parecida a la que dejé. Trabajaré fuerte.

11 de junio. Hoy visitó nuevamente el HM el Sub-inspector de Sanidad Militar, durante su paso por nuestro pabellón le expliqué que el médico segundo Soto Vázquez y yo estamos tratando de elaborar una estadística acerca de la ocurrencia de las enfermedades principales que azotan a nuestras tropas en el territorio del Departamento Oriental, y las muertes que se producen tanto en los HM como en los civiles y en las

tropas en campaña, con esos datos pensamos elaborar un material informativo que ayude a convencer a los jefes y médicos acerca de la importancia del diagnóstico e ingreso en las instalaciones de la sanidad militar o civil de los afectados con el tiempo suficiente para salvar sus vidas; que le solicitábamos su apoyo para obtener los datos; nos contestó que le interesaba el estudio y que haría todo lo posible por tener todos los datos y los enviaría al HM.

12 de junio. Nada importante que anotar, pasé visita a mis enfermos y dimos el alta a dos soldados, cómo nos alegran las altas que damos. Ya en la tarde asistí al encuentro semanal con el Director del HM. Me retiré temprano para leer un libro nuevo que nos llegó acerca del tratamiento del paludismo. Para mantenerse, por lo menos, actualizado hay que leer y estudiar constantemente, aunque es difícil aquí dedicar tiempo para eso.

13 de junio. Buen día, pasé revista temprano en mi clínica. Tenemos varios enfermos en franco proceso de mejoría. Me retiré temprano, pues el Director del hospital me invitó a cenar.

14 de junio. Hoy no tengo mucho que anotar en mi cuaderno, fue un día normal. Anoche cené en la casa del Director del hospital, pase una velada agradable tanto él como su familia son unas bellas personas, para mí que prácticamente no salgo del hospital fue una buena oportunidad de pasar un rato agradable, menos de la guerra, conversamos de todos los temas posibles.

15 de junio. Buen día, recibí noticias de Antonia y los muchachos, llegaron bien a Bayamo, es una tremenda preocupación que me quito de encima, allí con sus padres, estará a buen recaudo, que Dios los proteja.

16 de junio. Por recomendación mía, el Director del HM tuvo a bien concederle siete días de Licencia al médico segundo Soto Vázquez con vista a solucionar asuntos personales, me explicó Soto que va a pedir la mano de una muchacha que conoció aquí en Cuba, que piensan casarse el próximo año, le deseé suerte. Para mí serán días duros pues tenemos más de 100 enfermos, la mayoría con FA [fiebre amarilla].

17 de junio. En la revisión que lleva a cabo el Director del hospital a la preparación del desayuno, la comida y la cena de los enfermos y en

la que me ha dado participación, estuvimos analizando el incumplimiento del Reglamento y Plan de Alimentación para los hospitales militares, el jefe del detall, nos explicó que con el presupuesto actual es imposible cumplir las normas para las raciones y nos puso de ejemplo la carne fresca, para una ración diaria de 259 gramos por los 1.573 enfermos que tenemos, son 407 kilogramos de carne limpia en un día, para tener esa cantidad de carne limpia es necesario comprar dos toros, algo imposible. La explicación parecía convincente, pero lo cierto es que para que un enfermo se recupere además de cuidados y medicamentos necesita comida y la que estamos suministrando es insuficiente. El Director volverá a informar al Sub-inspector de Sanidad.

18 de junio. Mucho trabajo en la clínica, ahora comprendo mejor al médico segundo Soto, que se quejaba cuando estaba solo. Hay que trabajar y no quejarse. Me fui muy tarde a descasar.

19 de junio. No tengo mucho que destacar, hoy trabajé mucho, al igual que los dos sanitarios, estos jóvenes son unos héroes anónimos en ocasiones no los recompensamos adecuadamente. No conozco que nos hayan aumentado el presupuesto para las compras de víveres, pero hoy la ración de carne de la sopa aumentó un poquito, será que además de aumento de presupuesto, nos falta control u otra cosa.

20 de junio. Hoy dimos dos altas de enfermos de FA, la experiencia muestra que si estamos atentos a la hipotensión, a rehidratar al enfermo y que este descanse adecuadamente tiene grandes posibilidades de salvarse, en nuestro hospital, en general, solo mueren el 10% de los que ingresan, en las tropas y en las enfermerías este número puede llegar al 50%. Tenemos que seguir estudiando la enfermedad y en particular como se transmite de un enfermo a otro.

21 de junio. Día de mucho trabajo, como todos. Escribí a Antonia, me retiré muy agotado.

22 de junio. Parece que Antonia y yo tenemos transmisión de pensamiento, ayer le escribí y hoy recibí carta suya, por supuesto tiene casi un mes de escrita pero algo es mejor que nada, espero con paciencia que un día no muy lejano, me dejen trabajar en Bayamo y estar a su lado y al de nuestros hijos nuevamente.

23 de junio. Menos mal que mañana regresa el médico segundo Soto. Hoy visitó la clínica el Director del Hospital, siempre es bueno que nos visite, además que el ojo del amo engorda el caballo, el de afuera ve más que el de adentro, esto casi es un axioma.

24 de junio. Se incorporó, muy feliz, el médico segundo Soto, me dijo que le fue bien. Con la llegada de Soto, el trabajo se comparte y por qué no, se hace mejor. Por lo demás hoy tuvimos la dicha de dar varias altas, qué alegría dar alta a un enfermo.

25 de junio. Hoy falleció en nuestro HM por fiebre amarilla, el comandante del cuerpo de estado mayor Don José Dueñas, esta enfermedad no reconoce jerarquías, yo conocía al comandante Dueñas, hace solo pocos días me había encontrado con él y se veía, al parecer fuerte y sano, Dios lo tenga en la gloria. La enfermedad no respeta jerarquías, yo después de todo, he navegado con suerte, llegué a Cuba en 1879 y nunca me he enfermado, de un dolor de muelas o de cabeza y algún que otro resfriado no he pasado, que Dios me siga protegiendo.

26 de junio. Asistí al cementerio a las exequias del Comandante Dueñas, se le rindieron los honores pertinentes, por la cantidad de paisanos y militares que asistieron se nota que era una persona querida por muchos. En el *Diario del Ejército* publicaron un artículo muy bueno acerca de este gran oficial.

27 de junio. Hoy fue un día malo, tuvimos dos muertes por FA. No tengo mucho de que escribir, trabajé en el informe que estamos elaborando.

28 de junio. El Sub-inspector de Sanidad Militar nos envió los datos de los enfermos y muertes producidas por las principales enfermedades en el Departamento Oriental de la Isla, con ellos, más nuestra propia estadística, elaboraremos el informe comparativo. Por lo demás el día normal, pase visita, dimos cuatro altas e ingresamos seis. La prensa informa que el cabecilla Maceo se dirige al Manzanillo con grandes fuerzas y en el periódico *La Lucha* se dice que el general Martínez Campos pidió como refuerzo 14 batallones de infantería, 6 regimientos de caballería, dos baterías de artillería de montaña y un regimiento de artillería rodada. Hacía falta que hubiera pedido recursos para la Sanidad Militar [SM].

29 de junio. Buen día, hoy salieron de alta varios soldados, trabajamos para que sea así, se descubrió a un cocinero robando comida, no se la sanción que se le impondrá, que Dios me perdone, pero robar la comida de un enfermo debía pagarse con la vida.

30 de junio. La cantidad de enfermos por fiebre amarilla continúa aumentando, la época de lluvias y nuestra incapacidad para evitar su propagación es la causa principal. Los datos que nos aportó el Sub-inspector de Sanidad Militar, nos permitió que Soto y yo actualizáramos nuestros datos estadísticos: en el Departamento Oriental mueren un 25% de los afectados por fiebre amarilla, pero en nuestro hospital solo mueren el 10% de los enfermos que ingresan por esta misma causa. En el caso del paludismo en todo el Departamento mueren el 7% de los enfermos pero si ingresan a tiempo en el hospital solo muere el 1%. Estos datos confirman que la FA es causa principal de las muertes de nuestros soldados y oficiales y la importancia del diagnóstico precoz y envío a tiempo de los afectados a los hospitales. Incluiremos en el sistema de registro a las demás enfermedades que afectan a las tropas y enviaremos el informe al Director del HM y por supuesto al Sub-inspector de Sanidad Militar. Tenemos que convencer a todos, que lo primero es, prevenir la enfermedad, ahora dedicamos casi todos los recursos a curar y no a prevenir.

1 de julio, lunes. Terminamos el informe y lo enviamos al Sub-inspector de Sanidad Militar y al Director del Hospital Militar, tanto Soto como yo esperamos puedan usarlo en beneficio de nuestro servicio.

2 de julio, martes. El director del HM me comunicó que por órdenes del ESCG fui designado para reforzar el Servicio de Sanidad Militar en la Brigada del General de Brigada Don Fidel A. de Santocildes dislocada en el puerto del Manzanillo, además que el día 4 sale del puerto la goleta *Amalia* con ese destino y puedo embarcar en ella. La clínica debo entregarla al médico segundo Soto Vázquez. La noticia me gustó pues ya he dicho que prefiero las tropas, al que no le gustó fue a Soto que sabe se quedará solo. El resto del día pasé visita a los enfermos y me preparé para el viaje. Como es mi costumbre descansé temprano.

3 de julio, miércoles. Me despedí de mis colegas en el HM, el médico segundo Soto Vázquez queda solo en la sala, le aseguré que nos encontraremos nuevamente y le pedí terminar la estadística de las enfermedades y enviarla. Escribí a Antonia y me retiré a descansar.

4 de julio, jueves. Al amanecer llegué al puerto de Cuba, embarqué en la goleta *Amalia* y no había pasado una hora cuando partimos hacia Manzanillo, la salida del puerto de Cuba es hermosa, el Morro es impresionante. Ya en alta mar me informó el capitán de la nave que antes del anochecer, con el favor de Dios, estaríamos en Manzanillo y parece que será así pues ya tenemos a vista la ciudad. La goleta es de las llamadas de dos palos, tiene una esbelta línea y es muy marinera, puede avanzar, con el viento a favor, a 6 o 7 nudos, a pesar que estamos en época de ciclones el viaje fue bueno, con la mar tranquila y fuerte viento del sureste. La travesía hasta el Manzanillo se hace por la costa sur de la región oriental de la Isla, el mar aquí es de color azul intenso, según me explicó el capitán en esta región hay una gran fosa marina que es la razón del color muy oscuro de las aguas. Mirando hacia el norte la vista de la cadena montañosa de la Sierra Maestra, que bordea la costa hasta Cabo Cruz, es de impresionante belleza, las montañas casi tocan el agua en muchos lugares; un poco antes de llegar al Cabo, se observan a todo lo largo de la costa enormes terrazas marinas que van subiendo, desde el mar hacia las montañas, como si fueran escalones de una gigantesca escalera de puro arrecife. Una parte del viaje lo hicimos acompañados de los imprescindibles delfines, que abundan en esta región del mar Caribe. Estas notas las he tomado en la embarcación un poco antes de llegar, la vista del Manzanillo es muy bonita, desde el mar se observa una pequeña ciudad que a partir de la costa va elevándose, pues está construida en una especie de colina. En el puerto me despedí del capitán y le deseé suerte, pues en unos días sigue a La Habana.

5 de julio, viernes. Ayer, a mi llegada, fui directamente a la guarnición de Manzanillo para saber del general Santocildes, me explicaron que podría verlo en la mañana. Temprano me presenté al general, este me comunicó que debía incorporarme al Batallón de Isabel La Católica perteneciente a la Brigada bajo su comando. Me presenté al mediodía

al jefe del batallón, conocí la situación del personal y de las fuerzas que integrarán la avanzada. Temprano me retiré a descansar.

6 de julio, sábado. Hoy temprano recorrí las instalaciones del batallón, atendí los soldados que presentan problemas de salud. Me interesé por la preparación del rancho para la tropa. Escribí a Antonia y temprano me retiré a descansar.

7 de julio, domingo. Visité el HM para conocer la situación de los enfermos de mi batallón allí hospitalizados, además conocer con qué medios pueden apoyarnos para la marcha. Aproveché y visité la casa de Arturo el hermano mayor de Antonia que está cerca de la Plaza de Armas, además pude recorrer Manzanillo que es una pequeña ciudad a orillas del golfo de Guacanayabo, bonita y fresca por las brisas marinas que la refrescan, la pesca es abundante y sus habitantes tienen predilección por un pez que se llama liseta. Casi en el centro de la ciudad, muy cerca de la plaza principal, existe un pequeño teatro donde me contaron actuó el cabecilla de la insurrección contra España en octubre de 1868 nombrado Carlos Manuel de Céspedes. Al regresar informé al jefe del batallón de mis gestiones. Pase revista a las compañías en unión del médico segundo. Recibí una carta de Antonia que me alegró el día, es la primera que recibo después de su traslado a Bayamo. Espero verla pronto.

8 de julio, lunes. No tengo mucho que contar, pasé revista a los enfermos que no están hospitalizados, decidí proponer al Jefe del Batallón enviar tres de ellos al HM para que evalúen allí su ingreso. Al atardecer di un breve recorrido por el centro de la ciudad con vista a conocerla un poco más, almorcé con Arturo en la casona que poseen los Valerino aquí.

9 de julio, martes. Continué con la preparación del personal de sanidad militar con que contaré para la marcha, recibí del HM bolsas de vendas del nuevo modelo, algo es algo.

10 de julio, miércoles. Nos informó el general Santocildes, que mañana llegará a Manzanillo el General Martínez Campos a bordo del vapor *Villaverde*, que nuestras fuerzas se adelantarán, por orden del Jefe de la división el general Lachambre y lo esperaremos en Veguitas y desde allí lo custodiaremos hasta Bayamo que es el destino final de su



Escena de la guerra de Cuba. Dibujo a plumilla de D. Marcelino Ben Castillo, amigo del autor.



Feliciano Fidalgo y Casas. Dibujo a plumilla de D. Marcelino Ben Castillo, amigo del autor.



Feliciano Fidalgo y Casas; fotografía tomada en La Habana en 1894.



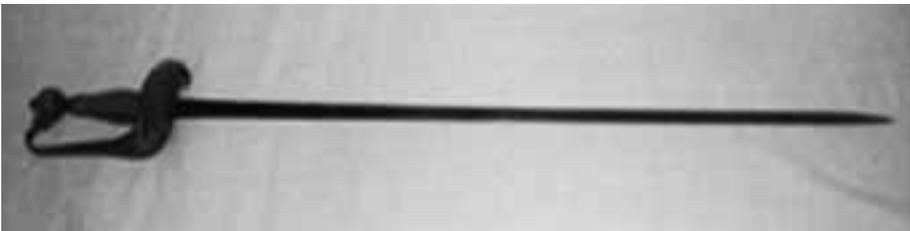
Antonia Valerino y Máximo; fotografía tomada en Manzanillo en 1913.



Certificación literal de la partida de bautismo de Feliciano Fidalgo Casas.



Hoja de servicios de Feliciano Fidalgo y Casas como médico militar.



Sable de oficial de Feliciano Fidalgo que trajo a Cuba su viuda en 1911.

viaje, escuché el rumor que vino a destituir al jefe de la plaza de Bayamo, Coronel Vara del Rey.

Las fuerzas del general Santocildes la componen una compañía del 2º Batallón de Isabel La Católica, otra del 1º batallón, formada con personal de varias compañías, y unos 80 guerrilleros al mando del capitán

Travesi, en total somos unos 400 hombres. Pasé el día preparando a mis subordinados para la marcha, supervisé los botiquines, camillas y demás recursos necesarios para el viaje. No hemos combatido y ya tenemos decenas de enfermos padeciendo fiebre amarilla, paludismo, disentería, tisis y sarna, todos quedaron hospitalizados en Manzanillo. Algunos soldados simulan estar enfermos, tenemos que realizar muy bien los diagnósticos.

Recibimos confidencias acerca de los insurrectos, que al mando del cabecilla Maceo están en la región por donde debemos transitar, dicen nuestros espías que son una partida de unos 2.000 hombres, me parece exagerada la cifra.

Me acosté temprano pues saldremos antes del amanecer, hace días que no sé de Antonia, ¿qué será de ella y los muchachos? Rezo para que estén bien, me consuela saber que pronto los veré en Bayamo.

11 de julio, jueves. Salimos a las 4 de la madrugada rumbo a Veiguitas en el camino real a Bayamo. Producto de la intensa lluvia nos detuvimos en el poblado del Caño, aquí esperaremos al general Martínez Campos. La marcha fue difícil, el camino era un infierno pues llovió y las carretas avanzaban con mucha dificultad. Le suma a esto, que íbamos con el temor que los insurrectos nos atacaran, lo que no sucedió. La inteligencia informó que el cabecilla Maceo está en la región con grandes fuerzas de infantería y caballería ahora dicen que son más de tres mil, yo lo dudo pues hay tendencia a la exageración.

Revisé todos los botiquines y resto de los medios, en realidad nos faltan recursos para atender a los enfermos y heridos con la calidad requerida. En esta ocasión solo tengo quinina, bolsas de vendas del último modelo que contienen vendajes antisépticos, gasas y algodón; además un mínimo de material quirúrgico, iodo y algunas hierbas medicinales de las que nunca me desprendo. Me acostaré temprano pues saldremos al amanecer. Dios nos proteja.

Día 12 de julio, viernes. En el Caño nos alcanzó a media mañana el general Martínez Campos con una columna de unos 400 hombres, él llegó a Manzanillo en el Villaverde cerca de las 10 de la noche de ayer día 11. Cuando llegó quería seguir él solo con su escota. El

general Santocildes lo convenció de que lo mejor era que saliéramos juntas las dos fuerzas, formando una sola columna, hacia Veguitas. El plan que tenía era (atolondrado²²) avanzar solo con su columna y la nuestra por otro camino.

Salimos cerca de la 11 de la mañana, el camino fue un infierno por las lluvias. Por la tarde llegamos a Veguitas, este en realidad es un pequeño caserío, las tropas vivaquearon y se tomaron medidas de defensa ante el posible ataque de insurrectos. En Veguitas se nos incorporaron doscientos cincuenta hombres del 6° Peninsular y ya de noche llegaron a marcha forzada, las fuerzas restantes del 2° Batallón de Isabel La Católica con unos cuatrocientos hombres más. En total somos una fuerza de mil quinientos hombres.

Supe que el General Martínez Campos, quería seguir rumbo a Bayamo, pero la información brindada por algunos vecinos, acerca de la presencia de insurrectos en la región del camino real, lo convenció de hacer noche allí. Además una acaudalada vecina nombrada Doña María de la Masa, envió por su cuenta una partida de supuestos vendedores ambulantes a la zona donde se suponía estaban los insurrectos y estos lograron, increíblemente, estar en todas las posiciones de emboscadas que tenían los insurrectos y en el monte donde se encontraba la impedimenta, los dejaron regresar a Veguitas, donde confirmaron que el mismo cabecilla Maceo, que los interrogó personalmente, es el jefe.

Con la información obtenida, el General Santocildes, trató de convencer al General Martínez Campos de no seguir la marcha por el Camino Real y sorprender a los insurrectos por su retaguardia, este no aceptó y reiteró la orden de iniciar él mismo la marcha con su columna por el camino real y después, lo hará la nuestra por el otro camino, es un plan disparatado.

De todas maneras, si todo sale bien, batiremos a los insurrectos, que nos esperan solo por el camino real y los derrotaremos. Descansamos temprano pues saldremos antes del amanecer, que Dios nos proteja.

²² En francés en el original. (N.A.)

(Nota del autor: aquí termina abruptamente lo que fuera parte de un diario; este fue encontrado por un miembro del Ejército Libertador en el campo de batalla de Peralejo, abandonado por los españoles junto a un botiquín²³).



Disposición aumentando la pensión a Antonia Valerino y Máximo a 1.250 pesetas. Julio de 1929.



Orden nombrando a Feliciano Fidalgo Casas caballero de primera clase a la Orden del Mérito Militar por los servicios prestados hasta diciembre de 1896.

²³ El autor incluye a partir de aquí y hasta el final del relato, a modo de anexo, una amplia descripción de las acciones bélicas conocidas como *Combate de Peralejo* (12 y 13 de julio de 1895) extractada de *Cuba. Crónicas de la guerra*, de José Miró Argenter (La Habana, 1942, 2 vols.), de *Mis primeros treinta años*, de Manuel Piedra Martel (La Habana, 1945), y de los esquemas de la batalla realizados por el historiador español Severo Gómez Núñez (véase nota 2). (N.E.)

El desconocido abuelo español

Aida Hernández González y José Hernández González

Este breve relato es un homenaje largamente aplazado a nuestro abuelo materno. Sin duda la convocatoria del *V Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa* fue el estímulo que nos hacía falta, por lo que le estamos muy agradecidos al Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa de la UNED de Zamora. Sabíamos que en algún momento teníamos que hacerlo. Se lo debíamos a nuestra madre. Nos hemos basado en nuestros recuerdos de charlas y reuniones familiares, pero sobre todo, de las evidencias físicas que hemos conservado, como son las certificaciones y las escrituras notariales, para que nuestro relato no se aparte de la realidad. Al estudiarlas y cotejarlas entre ellas, hemos podido determinar exactamente las fechas de los acontecimientos y a la vez comprender sus razones. En algunas es notable el grado de deterioro, motivado por el paso del tiempo, ya que tienen un siglo de antigüedad, y en otras, las condiciones de conservación no fueron las más adecuadas. No obstante, son todavía legibles y válidas para el estudio.

Por la investigación realizada, pudimos conocer el marco histórico en el que tuvieron lugar los hechos narrados y su probable implicación en el devenir de nuestra familia, por lo que hemos asumido como ciertos algunos procederes no completamente verificados, pero fuera de toda duda razonable. El paso de los años y los rumores que inevitablemente acompañan a las historias contadas, son los peores enemigos de la verdad. Hemos omitido todo evento que no hayamos podido confirmar, o que fuera francamente especulativo.

Agradecemos infinitamente al escritor español Ángel Fierro del Valle, muy conocedor de la emigración leonesa, la revisión de este trabajo. Es nuestro mayor deseo que este relato sea útil para la investigación

que se pretende realizar, pero es tal nuestra satisfacción, que por el solo hecho de escribirlo ya nos consideramos gratamente recompensados.

No lo conocimos y ni siquiera nuestra madre lo pudo conocer. Y no porque fuera uno de esos hombres que se distancia de la familia que formó, para no verse involucrado en los deberes de la paternidad. Es que sencillamente su corazón perdió el combate con un infarto que acabó con su vida el jueves 20 de noviembre de 1930, cuando nuestra progenitora apenas tenía tres años y tal vez, en la bruma de sus noventa y uno, aún le eche en cara a la vida el porqué la privó de su padre en edad tan temprana, que ni siquiera le permitió tener el pobre consuelo de su recuerdo.

Para nosotros fue siempre “el abuelo español”, que a veces cobraba vida en nuestras mentes mirando su única foto en el álbum familiar y cuando nuestra abuela materna nos contaba algo o nuestra madre repetía lo que a su vez había escuchado. Y nada más. En la vorágine de la infancia y la juventud no se mira hacia atrás; hay mucho camino por delante y el pasado importa poco. Pero si se tiene la suerte de llegar a la edad donde se ha formado familia, se ha cumplido un proyecto de vida y se nos han ido por diferentes causas los seres queridos, nos damos cuenta de que ahora, de alguna manera también somos parte del pasado y se va cerrando sobre nosotros ese maravilloso círculo vital que nos acerca a los que nos antecedieron. Nos sentimos cada vez más identificados con ellos y de pronto entonces reconocemos cuánto les debemos. A los que nos acompañaron durante muchos años siempre tuvimos la oportunidad de hacerles saber nuestra gratitud, pero con el abuelo esto no fue posible.

Nunca pudimos escuchar su voz contándonos sus vivencias y quehaceres, sentados sobre sus piernas en un atardecer cualquiera. Nunca sentimos sus caricias. Pero aún así le debemos la mejor madre del mundo y con ella el orgullo de su sangre española. Sea entonces este breve relato un homenaje a su memoria: “Toda forma de emigración genera de por sí, inevitablemente, una especie de disturbio del equilibrio” (Stefan Zweig).

NUESTROS PRIMEROS FAMILIARES EMIGRANTES

Muy mal lo estaría pasando el bisabuelo Elías cuando decidió alejarse de su Cármenes natal, en la Montaña Central de la provincia de León (España) y emigrar a Cuba. La palabra emigrar ha tenido para los cubanos un significado especial. En la actualidad muchos de nuestros familiares y amigos han escogido emigrar en una época en que ya no es tan fácil hacerlo como en los tiempos del bisabuelo Elías. Ahora nos viene a la mente las charlas de sobremesa de Isidro, nuestro abuelo paterno quien con la proverbial reiteración de los ancianos nos contaba una y otra vez, lo fácil que era viajar a España en 1912. Solo bastaba sacar un pasaje en el vapor *Marqués de Comillas* y cruzar el Atlántico. También nos contaba cómo todo cambió a partir de la primera guerra mundial, cuando las naciones empezaron a mirarse con recelo y a exigir visas y pasaportes. Realmente no le dábamos mucho crédito a lo que nos decía, porque para entonces –y aún hoy–, emigrar desde Cuba a cualquier país era algo muy complicado. Sin embargo, no mucho tiempo después de su muerte, cayó en nuestras manos un libro de Stefan Zweig, titulado *El mundo de ayer*, donde pudimos leer, con la avidez que nos daba la emoción de sentir que el abuelo Isidro nunca nos había mentado, el párrafo revelador que citamos textualmente:

“En efecto, no hay, probablemente, nada que ponga en mayor evidencia la caída inmensa que sufrió el mundo desde la primera guerra mundial, como la restricción de la libertad de movimiento del hombre y la reducción de su derecho a la libertad. Antes de 1914, el mundo pertenecía a todos los hombres. Cada cual iba a donde le placía y permanecía allí mientras le gustaba. No se conocían permisos ni prohibiciones y siempre me hace gracia el asombro de la gente joven cuando cuento que antes de 1914 viajaba a la India y a Estados Unidos sin poseer pasaporte ni haber visto jamás semejante instrumento. Se subía y bajaba de los trenes y vapores sin preguntar ni ser preguntado; no había que llenar uno solo de los centenares de formularios que hoy se exigen. No había autorizaciones, ni visados, ni clase alguna de molestias”.

Ahora entendemos lo factible que le fue al bisabuelo Elías enro- larse en este viaje, pues estaba aún lejos la debacle de la guerra. Seguramente le favoreció la Real Orden Circular del 16 de septiembre de

1853 regulando la emigración a las colonias y Estados de América y la Ley para el fomento de la emigración a las Antillas de julio de 1884 y otras disposiciones más que favorecieron el éxodo, llegando incluso con la Real Orden del 8 de abril de 1903 a suprimir la necesidad de pasaporte; se expedían pasaje con la sola exhibición de la cédula personal. Los motivos que tenía para decidirse a emigrar eran como los de todos sus paisanos. Así lo resume el escritor Ángel Fierro en su libro *La Tercia y Arbas. Donde la niebla se hace luz*:

“Después de la pérdida de las colonias de ultramar, cuyo proceso finalizó en 1898, con la entrega a EE.UU. de Cuba y Filipinas, el territorio de Los Argüellos registraba una alta ocupación demográfica, excesiva incluso para garantizar una supervivencia digna. Como consecuencia, el territorio se vio obligado a dar salida a la población excedentaria y muchos varones decidieron buscar en la emigración mejores horizontes económicos. Esta diáspora poblacional viene registrada en los censos y señalan un período de desplazamientos masivos, a partir de 1910.

El grueso de emigrantes pertenece al noroeste de España, y en particular a gallegos, asturianos, santanderinos y leoneses de la Montaña Central. Por lo que respecta a la provincia de León, los pueblos de las cuencas altas del Curueño (Valdelugeros), Torío (Cármenes) y Bernesga (Villamanín), protagonizaron una emigración a gran escala, que llegó a dejar sin hombres jóvenes a muchos de ellos. (En Canseco, por ejemplo, solo quedó un vecino sin embarcar). Los países de destino fueron, por orden de importancia, Argentina, Cuba y México”.

Sin duda la precariedad económica de aquellos tiempos fue el factor principal que impulsó a Elías y a muchos de sus coterráneos a buscar nuevos horizontes y probablemente de alguna amistad, tomó el consejo de viajar hacia la mayor de las Antillas. Pero ¿a qué país llega el bisabuelo en el entorno del año de 1900? Cuba acababa de librar una guerra por su independencia y estaba literalmente destruida. La reciente lucha llevada a cabo por los mambises con su táctica incendiaria que consistía en arrasar y quemar todos los lugares por donde operaban, dejó el campo en ruinas y con él a sus habitantes. La concentración de la población, decretada por las autoridades coloniales y llevada a cabo por el capitán general Valeriano Weyler, dio como resultado el confinamiento

del campesinado en los pueblos. Su objetivo era dejar el campo sin los hombres necesarios para cultivarlo, privando así al mambisado, de colaboradores y de los suministros necesarios para continuar la lucha. Los cultivos estaban abandonados, los campesinos vagaban por las zonas urbanas, donde habían sido obligados a trasladarse, la miseria y la insalubridad eran el caldo de cultivo de epidemias como la fiebre amarilla, el cólera y otras enfermedades, que elevarían los índices de mortalidad de una población que alcanzaba poco más del millón y medio de habitantes. Poco podía producir en esas circunstancias la industria azucarera, mientras que los demás cultivos estaban colapsados. Pero Elías llegaba al lugar adecuado en el momento preciso.

Los Estados Unidos de América, que se habían involucrado en la guerra contra España, al finalizar esta, impusieron un gobierno militar interventor que implementaba en esos años una política de reconstrucción en los campos de la salud y la educación y apoyaba la rehabilitación de la producción azucarera y de los cultivos en general. Lo más significativo fue el saneamiento que incluyó la campaña para erradicar la fiebre amarilla además de otras medidas sanitarias. En los casi tres años que duró la intervención estadounidense se dictaron varias órdenes militares, pero la que más repercusión tuvo fue la del 5 de marzo de 1902 que liberalizó la propiedad de la tierra, regulando los deslindes y divisiones de las haciendas, hatos y corrales, cuestión primordial para la expansión de la agricultura. A partir de 1902, alentados por las autoridades interventoras, los gobiernos republicanos se ocuparon de garantizar las inversiones de capital, poniendo en práctica políticas de construcción y reconstrucción de infraestructuras, no solo en el campo, donde la atención se centraba en la construcción de ferrocarriles y viales, lo que se complementaba con las obras de mejoras en los puertos, sino también en las ciudades, con la realización de obras de ingeniería municipal, alcantarillado, pavimentación, abastecimiento de agua, edificios públicos, etc. En las primeras décadas del siglo XX Cuba se convirtió en un país relativamente moderno; los distintos sectores de la economía tuvieron un notable desarrollo, fruto de la inversión extranjera y el capital interno. No obstante, en el entramado económico mundial a la Isla le estaba reservado

el papel de suministrador de materias primas, lo que determinaría su pobre desarrollo industrial.

Todo esto propició que nuestro bisabuelo pudiera encontrar rápidamente, en un ambiente de razonable salubridad y ávido de fuerza de trabajo, una ocupación como obrero agrícola, labor esta que conocía muy bien, ya que se puede leer en la partida de nacimiento de su hijo, nuestro abuelo, que en su natal España era de ocupación labrador. Y es en las inmediaciones del pueblo de San Cristóbal, provincia de Pinar del Río, donde fija su residencia, dedicándose al cultivo del tabaco. ¿Pero por qué precisamente en este lugar y ese cultivo? Una posible explicación sería que las principales zonas productoras de materia prima para la elaboración del tabaco estaban en las provincias de La Habana y Pinar del Río y eran propiedad de coroneles y altos mandatarios de los batallones de voluntarios, que por afinidad eran más propclives a emplear mano de obra española y además, el laboreo del cultivo del tabaco pudo resultarle más atractivo que los cortes de caña, labor esta que desconocía.

La situación social y laboral en La Habana en esos años era algo convulsa. Se producían disturbios y huelgas, como la de los aprendices de 1902 y otras, culpándose a los inmigrantes extranjeros como sus incitadores, ya que un número importante de anarquistas españoles se habían asentado en La Habana. Es lógico entonces que nuestro inmigrante, hombre de paz y dedicado a su trabajo, buscara un lugar más tranquilo y lo halló en esa apacible localidad.

Para el bisabuelo, la vida comenzaba a sonreírle. Tenía trabajo y el clima tropical le borraba de la memoria el frío invierno de las montañas del pueblo natal. Era un sueño. Pero algo fundamental le faltaba y era su familia, su esposa y sus hijos. Don Elías González Orejas había contraído matrimonio canónico con Doña Antonia Gutiérrez Orejas en el Distrito de La Vecilla en la provincia de León (España) el día 29 de octubre del año 1879. Fruto de este matrimonio le habían nacido dos hijos: José González Gutiérrez el día 24 de enero de 1882, y Geminiano González Gutiérrez (nuestro abuelo) el día 21 de abril de 1891, ambos en el pueblo de Cármenes (León, España).

Y he aquí que nuestro bisabuelo Elías, como buen padre de familia, a inicios del año mil novecientos dos, toma la decisión más trascendental de su vida y le escribe a la bisabuela Antonia para que venda su casa y animales y emprenda el viaje a Cuba y empezar una nueva vida. La política migratoria le favorecía en esos momentos, ya que se alentaba la entrada de colonos blancos, acompañados de sus familias para que se asentaran definitivamente en la isla. Así lo promulgó la Liga Agraria, que por el decreto del 6 de noviembre de 1902 quedaría encargada de todo lo relacionado con la inmigración. Al propio tiempo, los intelectuales y reformistas cubanos se inclinaron en su mayoría por la inmigración blanca. De esta forma el color de la piel determinaría las políticas inmigratorias durante la época republicana.

¡Qué momento más trascendental para los bisabuelos! Él, asumiendo la responsabilidad de sostener una familia en un país donde había arribado recientemente y que sin duda no conocía aún; ella, lanzándose a una aventura transoceánica con su hijo mayor, un joven de tan solo veinte años y su hijo menor, un niño de once años. Se sabe que estos viajes eran una odisea migratoria, donde los pasajeros sufrían toda clase de injusticias de parte de gentes inescrupulosas que se aprovechaban de la ingenuidad y la desesperación de los emigrantes. Una vez embarcados no eran pocas las dificultades que enfrentaban. Basta leer el catálogo de consejos que Leopoldo D'Ozouville de Bardou y Cruz-Álvarez ofrece en la tutela del emigrante español. En él se exponen los problemas higiénicos y sanitarios, la inseguridad personal, los mareos inherentes de la travesía y la falta de comodidades en general, al extremo de recomendar que todos debían llevar una silla de viaje. Una moderna publicación española llama a la epopeya de los Indianos *El Viaje de los valientes*, e indica que sus protagonistas solo sacaban billete de ida. Sin duda se puede deducir que la travesía era un calvario que debían soportar los viajantes durante dos o tres semanas. Pero no era el único.

Con seguridad nuestra familia tuvo que pasar la dura prueba que le imponía el campamento de Triscornia, que había sido creado en 1900 a semejanza a los de Nueva York y la isla de Ellis. Allí debían ingresar los emigrantes a su llegada como una medida de protección ante el posible

contagio de enfermedades, al mismo tiempo que se garantizaba la entrada de población blanca. Todo parece indicar que era en realidad un campo de concentración, donde sus ocupantes estaban sometidos a las arbitrariedades de sus administradores. Aunque en principio la idea del control sanitario parece razonable, el hecho de coexistir funcionarios con poder y ciudadanos vulnerables y necesitados trajo consigo fatal e inevitablemente el surgimiento del atropello, el abuso y la corrupción.

Miguel Barnet lo expone en su novela *Gallego*:

“Triscornia fue un campo de reubicación carente de recursos y facilidades. Ahí se enviaba a los viajeros de todas partes del mundo. Particularmente cruel y abusivo fue el trato que siempre se les dio allí a los emigrantes españoles, asiáticos y judíos. Triscornia fue un antro de delincuencia y corrupción. Sus administradores hicieron fortuna con el negocio de los permisos de entrada al país. Triscornia es parte de la leyenda negra de la inmigración en Cuba”.

Por todo esto nos llena de orgullo reconocer el temple de la bisabuela Antonia, en aquel momento. En el año que ella embarcó hacia Cuba, eran muy pocas las mujeres que lo hacían. Nos dice Ángel Fierro en su libro *Arbolio. Diccionario coloquial*:

“Esta emigración fue generalizada en la Montaña Central leonesa. Afectó sobre todo a jóvenes y hombres, pues fueron escasísimas las mujeres que hicieron el viaje a las Américas”.

El reencuentro en esta tierra de promisión debió ser muy emotivo y sería muy grande la ilusión y esperanza en los corazones de esta familia leonesa recién llegada. Pero no había tiempo para el descanso y la meditación; había mucho trabajo por hacer. Antonia acondicionando el nuevo hogar, José ayudando a su padre en el campo, Geminiano estudiando y aprovechando las oportunidades de las nuevas políticas de instrucción y la apertura de escuelas y el bisabuelo Elías poniendo su mayor empeño para sacar adelante la familia. Lo hizo con tantos bríos que le nació al año siguiente su tercer hijo, Miguel González Gutiérrez en el pueblo de Candelaria, localidad muy cercana a San Cristóbal en la Provincia de Pinar del Río, el día doce de enero de mil novecientos tres.

Y así, sorteando guerras y alzamientos, como la de los miembros del partido liberal, tras el intento de reelección por el presidente de la República, Tomás Estrada Palma, que provocó la segunda intervención militar norteamericana entre 1906 y 1909, la sublevación de los integrantes del partido de los independientes de color en mayo de 1912, ahogada en sangre por el entonces presidente José Miguel Gómez y los desastres naturales provocados por los huracanes y otras contingencias..., nuestra familia de emigrantes se fue abriendo paso.

También tuvieron que enfrentar la situación creada tras la primera guerra mundial y la posterior promulgación de la ley de espionaje el 3 de agosto de 1918, que afectaba a todos aquellos “ciudadanos o súbditos de naciones neutrales en una guerra internacional en que Cuba figure como beligerante”, lo que constituía una clara alusión a los españoles residentes en Cuba. Por aquel entonces se tenía la percepción de que los únicos causantes de los conflictos laborales eran los extranjeros, situación que no era exclusiva de Cuba: en toda América Latina era común culpar de estos problemas a los inmigrantes que procedían de Europa, donde estaba muy radicalizada la lucha social y de clases.

NUESTRO DESCONOCIDO ABUELO ESPAÑOL

Todas estas adversidades las afrontaron con éxito, gracias a la unidad monolítica de la familia, guiada ahora por la inteligencia de Geminiano, nuestro desconocido abuelo español.

Muy aplicado en sus estudios, tenía una innata destreza para la actividad comercial y un sexto sentido para descubrir las oportunidades de negocios. Tan temprano como en 1914, con tan solo 23 años, convence a su padre para comprar acciones en una compañía de extracción de petróleo recién constituida denominada “La Nacional”, radicada en San Luis Potosí (México) y adquieren cientos de estas al portador, por valor de un peso. Ya desde fecha tan temprana fue capaz de vislumbrar la enorme importancia que tendría el petróleo y cómo se incrementarían notablemente el valor de esas acciones con los años.

Supo aprovechar la situación económica favorable que convirtió a Cuba en la principal proveedora mundial de azúcar, al quedar destruidos

los cultivos de remolacha azucarera en Europa, por la primera guerra mundial. Esto hizo subir momentáneamente los precios del azúcar mejorando la situación económica y con ella la consumación de buenos negocios, de tal manera que en 1918 compra un terreno en San Cristóbal, Pinar del Río como consta en la escritura de compra-venta n° 68 otorgada el 10 de junio de 1918 en la villa de Candelaria y en la cual planeaba erigir su casa. Y es que ya en aquella fecha su mente y su alma le pertenecían a una joven mujer, que conoció en San Cristóbal y que tenía por nombre Clara Blanco Santos, “Clara la Bella”, como también la conocían en el pueblo, nuestra abuela. Como era usual para la época, el noviazgo era dilatado, siendo menester que el futuro esposo contara con medios económicos suficientes para garantizar una vida digna a la desposada, amén de contar con un domicilio para albergar a la futura familia. Con este objetivo el abuelo pone manos a la obra y construye una casa de techo de tejas, portal con columnas, paredes de mampostería y piso de cemento, en la esquina que forman las calles Mercado y San Cristóbal, en el pueblo de igual nombre. Ya había cumplido y tomó por esposa a nuestra abuela el 16 de febrero de 1922. En un alarde de salud reproductiva le nacen a esta pareja cinco hijos en cinco años; Lidia Pilar, Clara Julia, Geminiano Luis, y en un parto gemelar, María Zoraida y Aida Soria González Blanco; esta última nuestra madre. Los abuelos tenían ante sí una ardua tarea, para afrontar el repentino crecimiento de la familia.

La situación económica del país era ahora tensa por los bajos precios del azúcar, ya que se había recuperado la producción en Europa, al punto de decretar el país la restricción azucarera en 1926, lo que limitaba la producción de los centrales en un 10% con el fin de estabilizar los precios. No obstante, para aminorar los efectos que provocaría la restricción se ideó un Plan de Obras Públicas para ofrecer empleos y oportunidades de negocios. Un ejemplo de ello fue la construcción de la carretera central a lo largo de toda la Isla, situación que fue otra vez aprovechada por el abuelo, como buen comerciante que era. Así fue haciéndose un modesto capital, para invertir en lo que él consideraba iba a ser su gran negocio, que era abrir un establecimiento o bodega al borde de la recién inaugurada carretera central.

Pero comenzando el año de 1929, el día 14 de marzo y de forma repentina muere el bisabuelo Elías, cuando era mejor su situación económica, como lo demuestra la escritura número 112 del 1 de mayo de 1928, donde mediante carta de pago y cancelación de crédito se libraba de todas sus deudas. En ella aparecía ya como “propietario”. Fue el preludio del cruel destino que le deparaba a la familia.

El abuelo se repone rápidamente de la muerte de su padre. Hay mucho por hacer y muchas bocas que alimentar. Se convierte en representante legal de su madre Antonia, heredera de los bienes de su padre y con prisa febril, tal vez presintiendo que su salud no lo acompañaría por mucho tiempo, logra convertir a su madre mediante las escrituras 192 y 193 de marzo de 1930, en propietaria del paño de terreno de la hacienda “San Francisco de Paula” alias “Sitio de Herrera”, situada en el término municipal de San Cristóbal, con una superficie equivalente a tres hectáreas. Dentro de esta finca se encuentra la bodega que linda con la recientemente estrenada carretera central y una casa de curar tabacos, como se muestra en la copia azul del plano de una de las escrituras. Ya vislumbra el formidable negocio que tiene ante sí. La bodega se convertiría en parada obligada para todo aquel que necesite alimentos o bebidas para continuar viaje. Además, al estar cerca del camino hacia las lomas de la cordillera de Guaniguanico, era el punto ideal de encuentro de los arrieros, que llevaban sus productos hacia la carretera.

Pero desde hace tiempo, otro negocio, esta vez de más envergadura, ocupa su atención. Se entera de un lote de joyas a muy buen precio que están vendiéndose fuera de Cuba. Analiza los riesgos y beneficios y toma la decisión de comprarlas. Pero necesita dinero para la inversión y es tal su determinación que consigue un préstamo con garantía hipotecaria sobre la casa de su madre en San Cristóbal, mediante escritura notarial número setenta y seis del tres de septiembre de 1930. Ya tiene el dinero para el viaje y la compra de las joyas, pero él no puede ausentarse: tiene que supervisar personalmente las modificaciones que le están haciendo a su bodega y le encarga a su hermano soltero José que viaje a Chile y cierre el negocio. José sin dilación emprende el viaje en el mes de octubre.

Y nuevamente el destino reclama otra vida y en esta ocasión será la de nuestro propio abuelo. El día 20 de noviembre de 1930, en el año de sus aspiraciones y esperanzas, a la una de la tarde su corazón dejó de latir, subido en el techo de la bodega de sus sueños. Momentos antes un amigo del pueblo, al verlo trabajar tan duro le gritó: -“¡Geminiano, tú no quieres a tu familia, vete a descansar!”. Se lo trajeron a la abuela Clara ya cadáver. ¡Qué momento más terrible, donde al dolor de la pérdida se añade la premonición de un futuro incierto! ¡Cuánto habrá tardado nuestra abuela en comprender que ahora ella pasaba de ser el ama de casa acomodada y bien casada, que criaba exclusivamente de sus hijos auxiliada por una cuidadora, a ser una viuda sin trabajo y con cinco hijos que mantener!

EL NUEVO RUMBO FAMILIAR

Cuando depositan al abuelo en un panteón del cementerio local, están enterrando también al capitán de la nave familiar, que ya sin rumbo quedaría al paio. Logran comunicarse con José en Chile para que no cierre el trato y salve el dinero de la hipoteca. Regresa sin las joyas, pero trae consigo parte del dinero y de paso a la que sería su mujer, la chilena Bienvenida Terra Tapia. El tío abuelo Miguel no pudo sobreponerse a la pérdida casi simultánea de su padre y hermano y buscó la enajenación en el alcohol que lo consumió y lo llevó a la muerte en 1935, dejando una hija de tres años.

La bisabuela Antonia pasó sus últimos años acosada por acreedores –fruto de haber hipotecado la casa para la inversión que quería hacer nuestro abuelo y que se malogró por su muerte temprana y por malos manejos financieros después–, y de los que supo sabiamente defenderse, como lo demuestra la escritura de Cancelación número 37 expedida a su favor el 15 de julio de 1936. Pero las pérdidas familiares ya habían hecho mella en su salud y muere al año siguiente.

La herencia de la bisabuela es repartida por adjudicación proporcional entre su hijo José; la viuda de su hijo Miguel, en representación de su nieta y la viuda de su hijo Geminiano, nuestra abuela, en representación de sus cinco nietos. Básicamente dividen entre los tres el paño de tierra de tres hectáreas. Como dice la escritura de otorgamiento “las participaciones hereditarias tienen escaso valor”.

La abuela Clara afrontó con valentía la prueba que le impuso la vida. Durante el día trabajaba en el campo y en las noches cosía ropa por encargo. Con el dinero de la herencia de su suegra compró una vaca y bien saben las familias pobres del campo lo que este animal significa en la alimentación de sus integrantes. Nuestra madre siempre nos repetía, “éramos pobres, pero no pasábamos hambre”. Eran muchos niños para mantener y su hermana Eustacia, maestra de escuela y que no tenía hijos, se ofreció a criar a una de las hijas de la cual era madrina y que resultó ser nuestra madre, a la que cuidó y educó con esmero.

A los diez años de la muerte de su primer esposo, nuestra abuela contrae nuevas nupcias, esta vez con un hombre del pueblo, José de Sola. Tuvieron una hija, Josefina, y todo pareció ir bien por un tiempo, pero como al decir de César Vallejo, “hay golpes en la vida que son como del odio de Dios”, otra vez la desgracia se abatió sobre la familia. Agobiado por las deudas José se quita la vida con un disparo en el pecho sobre el lecho de su dormitorio. Mientras trataba de apagar a manotazos el fuego de su camisa incendiada, la abuela Clara seguramente pensó que esto no podía estarle sucediendo a ella. Nuevamente quedaba viuda y con otra niña pequeña. Nunca más se volvió a casar. Años más tarde se radicó en La Habana y tuvo una larga vida, falleciendo en 1990 a la edad de 90 años.

Los hijos de su primer matrimonio con nuestro abuelo también se asentaron en la capital, excepto una hija que vivió y murió en el año 2004 en su pueblo natal de San Cristóbal. Dos hijas emigraron del país, una hacia los Estados Unidos en 1960, radicándose en La Florida, donde falleció en 1991 y otra invirtiendo el sentido del viaje original de su padre: viajó hacia España, donde llegó en 1984, siendo una mujer ya madura y sin conocer a nadie allí, estableciéndose finalmente en la isla canaria de Lanzarote, hasta su fallecimiento en el año 2006. El único hijo varón dejó de existir en La Habana en 1981. Solo nuestra madre nos acompaña aún, aunque por su avanzada edad ya no puede comunicarse con nosotros.

Es significativo que para inicios de la década de 1940 y al morir el tío abuelo José sin descendencia, ya no existía ninguno de los cuatro emigrantes originales. La muerte temprana de sus principales baluartes privó de un mejor desenvolvimiento a nuestra familia leonesa, pero

además la suerte también fue esquiva: las acciones en la compañía de petróleo mexicana que prometían ganancias sustanciales no les dejó un centavo. En los años de la década de 1930 Lázaro Cárdenas, presidente de México intervino y nacionalizó la industria del petróleo. ¡Adiós acciones! Aunque se promulgó un edicto en el que daban un plazo para que los propietarios de estas se presentaran para ser recompensados, nadie de la familia se presentó a reclamar y el edicto caducó. Es posible que no tuvieran la solvencia necesaria para realizar el viaje, o, sencillamente, no se enteraron y todo se perdió.

Después de 30 años de trabajar duramente, construido familias, ser dueños de casas, propietarios de fincas y haber ejecutado proyectos de negocios que debían reportarles una estabilidad económica, en poco más de 10 años habían dejado de existir todos los integrantes de la familia leonesa original.

El evento más dramático fue la muerte en apenas un año de los dos pilares fundamentales: Elías, el bisabuelo, con el que empezó todo; el hombre sin miedo a emigrar hacia cualquier país, porque confiaba en el valor de sus manos acostumbradas al trabajo y Geminiano, nuestro abuelo, el más instruido y organizado, la persona con esa visión de negocio capaz de ver oportunidades donde otros solo ven riesgos.

Puede ser que la presión de ser inmigrantes en los duros años fundacionales del país haya perjudicado la salud de toda la familia, pero fundamentalmente la de nuestro abuelo. La guerra entre cubanos y españoles había terminado recientemente y las pasiones y odios acumulados durante tantos años, aún no estaban del todo olvidadas. Las personas con elevadas ansias de mejorar tienen una gran preocupación por el futuro. Por estar bien informadas de los acontecimientos del país, viven bajo un profundo estrés, agravado por esa falta de armonía consigo mismo que da no tener bajo los pies el suelo patrio. A la luz de los conocimientos actuales, ahora sabemos cuán dañinos pueden resultar para la salud, los conflictos emocionales no resueltos. El extranjero puede llegar a sentir que debe dar gracias por el aire que respira, en perjuicio de un pueblo que le es ajeno.

Por eso, la tranquilidad se busca a través de la independencia económica que da el trabajo intenso, robándole horas al descanso y descuidando

a menudo la alimentación adecuada. Todas estas circunstancias pudieron limitar la vida del abuelo a solo 39 años y tal vez influir negativamente en todos. Es significativo que ningún integrante de la familia, excepto Miguel, que nació en Cuba, hiciera el menor intento de acogerse a la nacionalidad cubana. La palabra “gallego” fue siempre utilizada en Cuba para denominar de una forma peyorativa a todos los emigrantes españoles, e incluso a sus descendientes, nacidos aquí, que fueran fenotípicamente similares a estos. En todos sus trámites a través de los años se lee “súbdito español”, calificación que en aquellos años podía significar la expulsión del país, como de hecho ocurrió con no pocos bajo el calificativo de “extranjeros perniciosos”. Sería este un acto de rebeldía por alguna discriminación que sufrieron o un elevado sentido patriótico o incluso ambas. No lo sabemos.

Pero el mundo se benefició con esa pléyade de hombres y mujeres que no tuvieron miedo a la vida, que consideraron a todo el planeta como su gran patria y que desembarcaron en lejanas tierras llevando en sus valijas sus escasas pertenencias y como única garantía de supervivencia su dedicación al trabajo. Mucho les debe este país a hombres como aquellos. Sociedades de beneficencias, clínicas mutuales asequibles al pueblo, tiendas, fábricas de alimentos, bodegas, jardines, ferrocarriles, construcciones que son joyas de la arquitectura y sobre todo la elevadísima moral fundada en el trabajo honrado, fueron solo alguna de sus aportaciones poco reconocidas en la actualidad, o más bien injustamente olvidadas. Historias que precisan un relator.

Para terminar esta breve evocación familiar, alrededor de la figura de nuestro abuelo emigrante, a quien no tuvimos la suerte de conocer en vida, quisiéramos dedicarle unas emocionadas palabras: *¡Abuelo! Pasado un tiempo, cuando Dios lo quiera, nos encontraremos y será hermoso conocer de tus labios la verdadera historia de tu vida, que hoy solamente hemos podido evocar. Hasta entonces, querido abuelo, ¡descansa en paz!* (Aida y José)¹.

¹ En este punto los autores introducen una relación bibliográfica y de “fuentes consultadas”. (N.E.)



El abuelo, Geminiano González Gutiérrez.



La abuela, Clara Blanco Santos.



Genograma ascendente por línea materna de los autores.



Certificado de nacimiento del abuelo, Geminiano González Gutiérrez.



Acciones de la compañía de petróleos La Nacional, radicada en San Luis Potosí (México).


 REPUBLICA DE MEXICO
 GOBIERNO DEL ESTADO CIVIL
CERTIFICACION DE MATRIMONIO

Para ser celebrada en Territorio Nacional EXCELSA
 Para ser celebrada en Zona Libre GRAVADA
 LET No. 13 DE 4-4-44



INSCRIPCION... Registra en el Libro Civil de San Cristóbal
 Tomo 4 Folio 595 Provincia San Luis Potosí Municipio San Cristóbal

DATOS DEL CONTRAYENTE

Nombre (el) y apellido Geminiano González Gutiérrez
 Lugar de nacimiento San Luis Potosí Fecha de nacimiento 29 años
 Nombre (el) y apellido del padre Blas
 Nombre (el) y apellido de la madre Antonia

DATOS DE LA CONTRAYENTE

Nombre (el) y apellido Clara Blanco Santos
 Lugar de nacimiento San Cristóbal Fecha de nacimiento 21 años

Certificado de matrimonio de Geminiano González Gutiérrez y Clara Blanco Santos en febrero de 1922.



Certificado de nacimiento de Aida Soria González Blanco del año 1927, madre de los autores.



Fragmento de la declaración de herederos de Elías González Orejas.



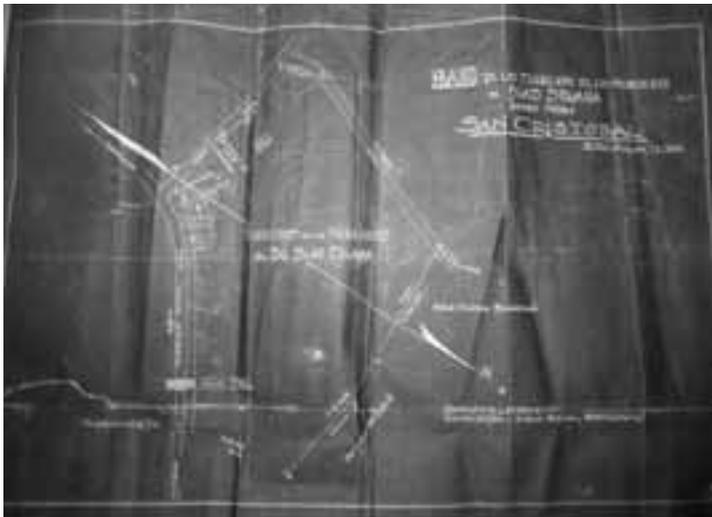
Escritura nº 112 de Carta de pago y cancelación de crédito.



Escritura n° 192 de fecha 29 de marzo de 1930.



Escritura de compra-venta de Terreno n° 68, 10 de junio de 1918 (portada).



Plano de una escritura en el que se puede apreciar la bodega (en el cruce superior de la carretera principal).



Escritura nº 193 de fecha 31 de marzo de 1930.



Escritura nº 76 de septiembre de 1930.



Escritura nº 37 de 15 de julio de 1936 de cancelación de deuda.

Papá Peña

Orlando Peña Romero

PREFACIO

Antes de entrar en materia debo aclarar varios aspectos los cuales no pienso ni por un momento enumerarlos. Este trabajo no pretende ser una joya de la literatura hispana ni mucho menos, porque mi forma de redactar es muy sui géneris y en casos puede chocar con los esquemas establecidos por la Academia u otros criterios literarios.

También la encuadernación es un producto de reciclado pues como todo está tan carito, decidí tomar y mejorar algo que mi esposa iba a desechar por obsolescencia.

Pero al tocar tantas anécdotas que pudieran provocar sonrisas, es la vida real. Yo también me he reído de estas cosas insólitas que han pasado dentro del matrimonio de mis padres, pero también, hay partes que me han emocionado sensiblemente y sobre todo, me han hecho recordar otras que si las expongo tendría que, en lugar de un testimonio, hacer un tratado psicosocial de una persona, que es como somos todos cuando nos individualizamos: increíbles. Gracias

PAPÁ PEÑA

Felipe Casimiro Peña Juárez, que así se nombraba mi señor padre, nació el 4 de abril de 1909 en Valladolid (Papá¹ lo pronunciaba *Valladolid*), hijo natural de Anacleta y Jesús (vizcaíno y nada que ver con el del pesebre), pero luego de cortísimo tiempo mis abuelos contrajeron nupcias

¹ Debido a los juegos de palabras que emplea el autor, se ha conservado la mayúscula inicial en palabras como Padre, Madre, etc, tal y como aparece en el original. (N.E.)

y legitimaron mediante registro bautismal en la iglesia parroquial San Nicolás de Bari, al flamante niño que, un montón de años después, sería mi Papito querido.

Su madre, mejor dicho su Mamá, o lo que es lo mismo mi abuela (a la que nunca conocí), era una bordadora exquisita que nació y murió en Madrid muy cerca, según mi Padre, de la casa donde falleció también don Cristóbal Colón², o por lo menos eso me dijeron mis mayores. La carta, cuyo sobre ribeteado en negro con el anuncio de su deceso, la recibió mi Padre un año después del deceso, pues España estaba bajo la censura de Paquito Franco. En ese infausto día llegamos a la casa mi Madre y yo y nos sorprendimos al verlo tan temprano en la casa, sentado en un sillón con la carta en la mano, la cual, extendió a mi Madre sin pronunciar palabra, y más tarde nos invitó a comer en un restaurante chino y nos fuimos para el teatro. Así cerró mi Padre este triste día para él y por consiguiente para todos.

Mi Abuelo, era un artista (por lo que pude conocer un poco bohemio e irresponsable), se dedicaba a la escultura y, para vivir, tallaba esos muebles conocidos en Cuba como Renacimiento Español.

¿Por qué de lo anterior? Pues nada, Abuelo cargó con Abuelita y sus tres hijos para Paraguay (dos varones y una hembra) a trabajar en un aserradero de maderos y como es natural, tallando muebles, que al parecer lo hacía muy bien, pero allí lo sorprende la famosa guerra del Chaco y, ni corto ni perezoso, cruzó el río Paraná y con su impedimenta a cuestas llegó a la Argentina, o lo que es lo mismo, a la tierra prometida, pero no sé cómo se enredó en no sé qué problemas y embarcó hacia Cuba. Luego, al decir de mi Padre, y no sé por qué jodida razón, dejó a los dos varones en tierra cubana y reembarcó de regreso a España situando su residencia, ¡dónde sino!, en Madrid; aquí le pierdo la pista al Abuelo, pues mi Padre jamás volvió a hablarme de él.

Permítame señor lector o lectora (si es que esto lo llega a leer alguien) una aclaración antes de continuar, mi Papito no se caracterizaba

² Cristóbal Colón falleció en la ciudad de Valladolid en mayo de 1506 (N.E.).

por ser ni locuaz ni comunicativo y mucho menos sobre su familia. Por ejemplo cuando yo nací dos vetustas tías de rancia estirpe hispana, visitaron el Hospital para verme y, de regalo, me trajeron tres naranjas de la China. Esto ofendió tanto a mi Padre que utilizando la cubanía que había adquirido en 1936 legalmente para poder trabajar en Cuba por el famoso 30%, las envió sin sello de correo para el mismísimo “carajo” y ahí perdí dos parientas, porque jamás él las perdonó ni yo las volví a ver.

Volviendo al Viejo (nunca me dirigí a él de esta manera, por eso aún conservo mi integridad física), en La Habana consiguió un trabajo de mensajero de una farmacia para cuyo quehacer le facilitaron una bicicleta de un solo pedal (bueno, algo es algo) lo que fue un buen comienzo para él.

Su hermano menor, Cecilio (que aunque no era marino sí era tremendo “barco”³), al parecer heredero de la veta artística de su progenitor, poco después comenzó a trabajar como masillero en las obras del Capitolio Nacional.

Pero a ese muchacho le gustaban en exceso las habaneras de piel canela y por cierto era un poco débil a la carne, así que todo lo que ganaba se quedaba en la nada o lo mucho de sus correrías, al punto que una noche mi Padre llegó al cuarto que tenían alquilado en San Miguel y Lucena y con cierta sorpresa (pues él ya lo conocía por otras fechorías) encontró que lo dejó, como se dice “en cueros”. Papá lógicamente montó en un soberana cólera y días más tarde lo embarcó para la Madre Patria sin excusas ni pretextos.

Pero el asunto no quedó ahí, a los pocos meses el Tío (¡qué tío!) se montó (de polizón) en el *Marqués de Comillas* (uno de los *steamship*) que hacía los viajes Vigo-La Habana; al llegar a puerto fue detectado por las autoridades aduaneras y como el muchacho no podía llamar a su hermanito querido, o sea a mi Padre, llamó a las dos tías de marras. Pero sin embargo, como estas conocían también el “pañó” dejaron que lo deportaran y nada le dijeron a mi Padre, que si bien estaba encabronado

³ En Cuba, forma figurada para referirse a alguien perezoso, poco diligente. (N.E.)

por lo de las tres naranjas, ahora les pedía la cabeza, porque a la larga o a la corta era su hermano menor.

Bien, para terminar con el Tío, conocí que ya en España no sé en qué se metió que fue a dar a la Legión Extranjera, en esos tiempos dicen, que si salías vivo se sobreescribían todos los delitos que hubieras cometido. Pues una vez militar, hizo la campaña de Marruecos y siendo ya Capitán en su unidad (parece que era duro el Tío), cuando la República, cayó en la banda del Generalísimo Paco Franco y fallece participando en la toma de Madrid, cuando una granada le vació el abdomen.

Retorno a mi Padre: señores no me lo creerán, era el hombre más idealista y soñador que yo he conocido. Pero también le gustaba el *Partagás Ovalado*, cigarro que los jóvenes de la época le decíamos “rompe pecho”, además le gustaba la cerveza *Cristal* (a mí la *Hatuey*), era del club de pelota *Habana* (yo del *Almendares*), tenía una letra preciosa y dibujaba los cartelitos del precio de los zapatos que la peletería *La Defensa* (de Monte y Someruelos) ponía en vidriera, él fue en ese centro el mejor dependiente y líder sindical.

Aquí debo intercalar una anécdota clásica del quehacer en la sociedad de consumo como dicen ahora: al salir yo de la escuela, mi Madre comenzó a enviarme a la peletería con una merienda para mi Padre, un sube y baja (café con leche y pan con mantequilla). Yo se lo llevaba a la trastienda y él lo disfrutaba y mucho más cuando yo, su hijo predilecto (el único), se lo llevaba. Un día, un trabajador y amigo de él me pidió si le podría traer lo mismo del café de enfrente, y yo que siempre fui buena gente, accedí. Pero cuál fue mi sorpresa, aquel tío me dio 10 centavos de propina y esto me embulló y ya no ponía mala cara para llevarle la merienda al viejo en lugar de jugar pelota, sino que apuraba a Mami. Bueno, el fin de esta historia, me estaba buscando un buen dinero hasta que mi Padre y el dueño de la peletería se enteraron y pusieron un camarero para ello, y yo quedé “cesante” de inmediato y con un buen rapolvo de mi señor Padre que no permitía esas libertades mías. Bueno, un problema de época y de respeto.

Papá Peña tenía tres vicios fuertes, su esposa (mi Madre) y digo así porque jamás miró, por lo menos delante mío a una mujer, salvo el

día antes de mi primer casamiento, en el Hotel Riviera, al pasar de una mulata que, por su espectacular porte, si Papi no la mira yo hubiera dudado de su condición varonil. El segundo vicio fuerte lo fue la pesca, nunca dejó de ir a pescar un domingo (siempre me llevaba). Inclusive el dueño de la peletería donde trabajaba, por su trabajo, seriedad y competencia le propuso interesarlo en la firma (asociarlo) pero como tenía que ir algunos domingos declinó la jugosa oferta (mamita por poco lo mata). Así era él, genio y figura. Pero su tercer vicio, y esto sí era malo, se aficionó al juego, buscando siempre una salida para las deudas y el mejoramiento de la vida de su familia. Lo peor de este vicio era que Papá fue el tipo más fatal que conocí, es decir, cobarde para ganar y valiente para perder. Él jugaba en el “palacio de los Gritos”, es decir el Frontón Jai Alai y el Habana Madrid. Quiso además que yo fuera pelotari y soñaba verme con la cesta en la mano y que además siguiera su vida, es decir en el giro de la peletería pero yo, conociendo el negocio desde que nací, le dije: -“Papi, el día que los zapatos se lleven en la cabeza, ese día seré peletero”. Y lo de pelotari, como me enteré que la pelotica era de tripa de pato más dura que el granito y que ya a un pelotari le habían vaciado un ojo, “*the same*”⁴, “naranjas”, que es lo mismo que NO.

Conocí que mi Padre, en la década del 30, había abierto una peletería en la calzada de Jesús del Monte a la cual bautizó con el nombre de El Paquete Barcelonés. No sé por qué, ya que él nunca cortó con los montañeses y menos con los galaicos, y ello lo tuve siempre claro cuando un día le dije cariñosamente “Gallego” y “por poco me cuesta mi corta existencia”. Santo y bueno. Papá era vallisoletano y a todo dar español. Sobre esto nunca entendí por qué amaba tanto a España y cuando le preguntaba ¿por qué no iba de visita a su tierra natal? Su respuesta era rápida y tajante: “A buscar qué”.

Una cosa sí tenía, era de muy buen comer. Cada vez que podía nos llevaba a cenar al Cantón, detrás del hoy Hotel Parque Central o a comer el mejor “*filet mignon*” de Cuba en el restaurante La Moda en la

⁴ Expresión inglesa que significa “lo mismo”; en este contexto, “en resumen”. (N.E.)

calle Águila u otro cerca del Parque del Cristo, Las Maravillas, que por cierto era de chinos.

Su matrimonio duró hasta su muerte. Es decir, el “hasta que la muerte nos separe” juró y cumplió. Sobre esto hay algo interesante, mi abuela Vitalia Valdés (era hija de la Casa Cuna) no dejaba a mi madre Esperanza ni a sol ni a sombra en lo referido al noviazgo y por fin se produjo, por la vía civil, el matrimonio, porque Papito aunque era temeroso de Dios no podía ver a los curas ni en fotografía (él en España había estudiado en escuela Salesiana, vaya Vd. a saber qué pasó). Luego, a los 5 años de matrimonio, cuando yo vine al mundo, se conoció que el notario que ofició el matrimonio no lo oficializó debidamente y por tanto, Papi y Mami estuvieron 5 años viviendo en concubinato, para que vean. Este caso todo es un asunto de puntos de vista, realmente yo nunca supe cómo mi abuela tomó este “pequeño incidente”.

Papi, en cuanto al matrimonio, considero que mostró ser un santo, porque Mami no sabía ni freír un huevo, al punto que un día hizo un arroz con pollo y no limpió la molleja; sin embargo a Papi le encantó, pobrecillo, lo que debe haber sufrido, pero el amor lo tolera todo.

Así sucedió también cuando llegó del trabajo un día, y notó que su llave no entraba en la cerradura que durante años abría y por tanto tocó la puerta; su asombro no pudo ser mayor al ver salir a un hombre totalmente desconocido. Entonces anonadado y pensando lo peor le pregunta que quién era y qué hacía allí. El hombre calmado le pregunta: -“¿Vd. es el esposo de la Sra. Esperanza?”. A la respuesta afirmativa, le extiende la mano y le da un papel con la dirección en la que de ahora en adelante viviría, pues Mamita se había mudado para la calle Someruelos sin decirle nada. Sigue el amor ¡qué amor!

Y si aún queda dudas del aguante de mi Padre, lo fue aquel día en que veníamos en una guagua y al presentársele a Mamá un fuerte dolor abdominal (KK) descendió conmigo y pidió permiso en la tienda que estaba al lado de Lámparas Quesada en San Lázaro e Infanta y me dejó en la puerta; demoraba y al salir, muy nerviosa, me volvió a tomar del brazo y me dijo: -“¡Dios mío qué he hecho!”. El chisme: Mami tomó los 10 pesos de la comida de la semana y los dio de fondo

(“*down payment*”⁵) y compró un flamante refrigerador marca *Leonard*, que duró como 40 años. Ahí sí presencié una bronquita entre ellos, con palabras duras como: -“Espe... ¡tú estás loca!” A mi juicio, yo creo que sí.

Pero la última locura de Mamita lo fue: yo estando en la Escuela Militar de Instructores Revolucionarios del EIR en Tiscornia, me llaman a la puerta y allí encuentro a mi Padre muy compungido, y tembloroso de emoción me dice: -“¡Ay mi hijo, tu Madre!”. Imaginen mi reacción, yo creí lo peor, y no era otra cosa que Mami, entonces maestra, había arrancado para Oriente como alfabetizadora y le dejó al Viejo una escueta nota como si hubiera ido a la bodega⁶. ¡Pero Papito una vez más se lo perdonó!

El tiempo pasó y mi Padre se aburrió de ser peletero e incursionó en el oficio de vendedor (viajante), con muy buenos resultados si no fuera por el juego que todo o casi todo se lo llevaba, porque, ¡insisto!, era un perdedor nato y lo peor, no se daba cuenta. Su fuerte eran los zapatos de mujer y representó a varias fábricas, sobre todo a una fábrica ubicada en San Indalecio en Santos Suarez (yo creo que La Habana es una de las ciudades del mundo que más santos tiene en las calles), la marca *Floridette*, vendía muchísimo y yo, los sábados era el cobrador. Con 12 años, sábados de tener conmigo en un sobre carmelita de nylon hasta 10,000.00 pesos. Imagínese amigo lector, qué confianza tenía mi Padre en mí. Él nunca supo que en el proceso del cobro hacía un alto en el “*ten cent*” Woolworth⁷ de Galiano y San Rafael, para gastarme el peso que me daba de mesada semanalmente en un helado u otra chuchería.

Y así transcurría su y nuestra vida, en familia, pocas discusiones, mucha ayuda mutua y por sobre todo Mamá Esperanza era la que llevaba la voz cantante en la casa y podrán darse cuenta en la situación

⁵ Expresión inglesa que significa “pago inicial”, “adelanto”. (N.E.)

⁶ En Cuba y otros países americanos, nombre que recibe el almacén o tienda de géneros diversos, incluidos los de alimentación. (N.E.)

⁷ La Woolworth es una compañía norteamericana de distribución fundada en 1878 que fue pionera en una fórmula de venta minorista conocida como de a “cinco y diez centavos”. (N.E.)

de *somenage*⁸ o depresión, para potabilizar el término, en que mi Padre cayó producto de mi nombramiento como diplomático en el Reino de Marruecos, al que tuve que viajar por tiempo con mi esposa y Laurita, mi hija de 7 años, a la cual idolatraba. Pues bien cuando él regresó de despedirme del aeropuerto, se sentó en su sillón de la sala delante del retrato de la niña y estuvo varios días así, hasta que mi Madre lo estremejó de tal forma, que volvió prácticamente a la realidad. Lo que quiero expresar es su capacidad infinita de amar.

Volviendo a su vida laboral, en el 60 increíblemente mi Padre es cesanteado por un individuo que al parecer tenía tal potestad. Esto fue un duro golpe para él, que toda su vida la había dedicado al calzado, pero al verlo así tenía que hacer algo y lo hice, claro, valiéndome de algunos medios a los que yo tenía acceso en esa época, logré que lo nombraran en un Departamento de Control de la Calidad. Profundo conocedor de la materia y del mercado, en un round de inspección cerró tres fábricas de calzado. A ello la reacción fue inmediata, el propio Ministro de Comercio Interior “bajo el principio que había que producir para el pueblo”, lo trasladó para el sector de distribución en el que trabajó hasta su jubilación con el salario completo, porque obtuvo el galardón de la ley 270, pues era un excelente trabajador.

Su salud comenzó a declinar cuando, en esos tiempos luego de orinar sangre en un trabajo voluntario, un tremendo competente y humano urólogo le detectó un tumor entre el uréter y el riñón, la cosa estaba seria: cáncer. Ingresó, pues, para operación en el Hospital Nacional. Yo por mi parte y en mi trabajo, había hecho amistad con un diplomático español (inmigrante luego de la República) que ejerció de embajador cubano en Atenas (Grecia) y que se caracterizaba por tener un genio de mil demonios, pero que a su vez era un verdadero genio en términos de cultura e historia. Y por casualidad me entero que el día anterior había ingresado en el mismo hospital que mi Padre con un problema de próstata y la premonición me atacó, y raudo y veloz fui al hospital. Ya era

⁸ Posiblemente el autor aluda a un estado de *surmenage*, agotamiento crónico. (N.E.)

tarde, ambos habían chocado y combatido en la sala de urología con disparos de orinales, patos y cuñas. Pero al intervenir yo, logré hacerlos amigos.

Mi Padre duró 10 años más, pero lo más desgarrador para mí fue que estando solos en casa, por señas, me indicó que al día siguiente le iban a operar y cortar la mitad de lo que más aprecia un hombre, juro que no exploté en llanto porque me lo dijo con la entereza de un hombre de acero.



Papá Peña y Mamá Esperanza (1935).

Al final, estando todos de vacaciones en Varadero le fui a buscar para tomar algo y mi Madre me dijo que había salido para bañarse en la playa. Al sentir que la temperatura había cambiado bruscamente un algo me empujó a buscarlo para evitar que se metiera en el agua. Fue también tarde, a partir de ese fatídico momento de su vida empeoró su salud al punto que de Varadero fuimos al Hospital Docente Calixto García y allí duró una semana. Pero aún me cuestiono, por qué horas antes de morir me preguntó: -“¿Y USTEDES QUÉ VAN A HACER?”.

Una señora que me vio, me dijo: -“hijo, no sufras, él se sentó en la silla de hierro de al lado de la cama, miró al frente y expiró como un pollito, sin sufrir”.

EPÍLOGO

Entré al hospital con un ser humano enfermo y con qué salí, con una toalla, una máquina de afeitar, un par de chancletas viejas y un vacío tan grande que aún me emociono al recordar su pregunta nuevamente: -“¿y ustedes qué van hacer?”. Eso y mucho más fue ese español, un hombre de a pie que acogió y fue acogido por Cuba como uno más, es decir como la mayoría de nosotros. Pero lo único que me reprocho es no haber insistido en conocer más sobre mi familia española, quizás porque antes del 59 la mía de Cuba era *muyyy* numerosa y ello me satisfacía.

A ti, Papá Peña.

Cómo recuperé mis orígenes castellano-leoneses

Andrés Santos González

INTRODUCCIÓN¹

Una persona, un país o un conglomerado humano, lo son cuando conocen su historia, donde se recogen sus antecedentes, hechos, leyendas, idioma, costumbres, religión, cultura y tradiciones, sus héroes y patriotas, así como hábitos alimentarios y de vestimenta que los caracteriza como seres racionales y con ella se sienten identificados y los distingue.

Todos vivimos de sus recuerdos, basados en sus orígenes, de la educación recibida en su hogar y del medio que le tocó vivir con su influencia de hábitos, costumbres, cultura, modismos e idiosincrasia, con ello va forjándose su propia personalidad durante su vida y posteriormente esta se la va transmitiendo a su descendencia con matices propios.

Sin historia no sabemos quiénes somos ni de dónde venimos, con ella se vive y se lucha por ideales, forja su personalidad y defiende sus principios que perduran durante su vida.

En mi caso describiré las etapas que transité hasta lograr el rescate total de mis raíces castellano-leonesas, que presentaré con mi relato donde mis padres y su influencia vital son los protagonistas y narrar cómo pude vencer los obstáculos que la vida me puso y que me separaban de mis orígenes cuando aún era muy joven. Mis padres, inmigrantes que un día cruzaron el Atlántico y formaron parte de generaciones de españoles de principios del siglo XX [que llegaron] a la mayor isla de las Antillas, es decir Cuba.

¹ Esta narración lleva como subtítulo “Relato del proceso de rescate de mis raíces castellanas en etapas difíciles en Cuba”. (N.E.)

La educación y cultura española, es sin duda la mejor herencia que he recibido de mis padres y a ellos se lo dedico de todo corazón, pienso que con este relato se pueden ver reflejadas varias generaciones de cubanos que, como yo, hemos sido producto de la emigración española y que hoy queremos tanto a Cuba como a España.

Mi casa era para mí, como vivir en España estando en La Habana, el típico acento español de mis abuelos y padres con sus hábitos y costumbres me hacía vivir en dos sitios a la vez, en España dentro de la casa y en Cuba al traspasar el umbral de la puerta.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS DE LA EMIGRACIÓN ESPAÑOLA A CUBA

Después de cesar la dominación española de Cuba y desde las primeras décadas del siglo XX, decir La Habana y Cuba, en cualquier rincón de España era sinónimo de prosperidad y de lugar para triunfar, dada la situación precaria de la economía española de la época, principalmente en los pequeños pueblos castellano-leoneses donde prevalecía una economía rural. Las noticias que llegaban de Cuba eran prometedoras y era una quimera el poder emigrar para hacer fortuna y bienestar para ellos y su familia. Es de destacar que la emigración española era la mejor vista por los criollos, no era el caso de otras oleadas de inmigrantes que con otras culturas, idioma y tradiciones no se pudieron agrupar a los cubanos con tanta facilidad como los hispanos. Debemos recordar que, abolido el status de colonia, en Cuba se hablaba el mismo idioma, la misma cultura y salvo segmentos de la población criolla que recordaban los traumas y excesos que habían ocurrido producto de las tres guerras por la independencia cubana, hacia el español no había rechazo y sí simpatía en el pueblo.

Al final de la Guerra del 1895, las tropas independentistas cubanas tenían agotadas a las tropas españolas y fue la abrupta intervención del Ejército de Estados Unidos quienes derrotaron a las tropas españolas y con su intervención quedó abolido en Cuba el status de colonia de España para pasar a serlo de Estados Unidos. Mediante el Tratado de París de 1899 los Estados Unidos en su nuevo papel de potencia vencedora,

hizo prevalecer su papel de nuevo gendarme universal, impuso a España la retirada de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y otras dependencias españolas. Así quedó concluida formalmente la dominación española en Cuba.

Una década después comienza una nueva oleada de emigrantes españoles, esta de índole económica, los cuales eran principalmente jóvenes que venían con un gran sueño de prosperar a costa del trabajo y el sudor en las más disímiles profesiones. Esa emigración pudo poco a poco entremezclarse con la población cubana, hasta llegar a fusionarse formando familia e integrándose de diversas formas y maneras. La sociedad cubana era una mezcla del criollo, los descendientes de esclavos africanos y el gallego, en el teatro bufo tan popular en la época se representaba esto de forma magistral y que quedó para la historia plasmado en el filme cubano *La bella del Alhambra*².

MIS PADRES

Mi padre, Andrés Santos Villa, nació el 30 de noviembre de 1903 en el pueblo de Villómar, término municipal de Mansilla de las Mulas, provincia de León. Era el mayor de cinco hermanos, su padre jornalero y su madre ama de casa a duras penas podían sostener la economía familiar, por tanto, desde muy temprano mi padre tuvo que dejar la escuela y comenzar a trabajar como pastor de ovejas, oficio de los chavales de los pequeños pueblos rurales. De repente apareció un tío asentado en Cuba, que contaba con un negocio que le permitió visitar a su familia con aires de emprendedor y vecino de una gran ciudad como era La Habana de esos años, vestido a la usanza de una urbe cosmopolita, próspera y moderna, que al llegar al pueblo donde salió un día “con una mano delante y otra detrás”, distaba mucho quien fue y quien era ahora, por lo que, en el modesto pueblo de jornaleros y pastores, lo recibían como

² Film estrenado en 1989, producido por el ICAIC, bajo la dirección de Enrique Pineda Barnet, a partir de la novela *Canción de Rachel*, de Miguel Barnet, ambientados ambos en la Cuba de los años 1920 y 1930. (N.E.)

un triunfador. Estas imágenes hacían que muchos jóvenes querían emigrar para prosperar como él y salir del *pueblín* que no le daba mayores atractivos de ser jornalero y llegar a la “tierra prometida”, es decir La Habana, para prosperar y regresar triunfante como ese tío.

Esos “tíos” generalmente solterones, querían llevarse a un “*sobrín*” para que le cuidara su negocio como también para hacerlos trabajar duramente para su propio provecho, con el idílico fin de ser en el futuro su hombre de confianza que le cuidara su negocio. Y es así que de la noche a la mañana mi padre se ve envuelto en los preparativos del viaje a la añorada Habana, donde embarca por el puerto de Santander un 20 de junio de 1920 sin haber cumplido aún los 17 años. Trabajó unos años con el tío hasta que comenzó a laborar en otros sitios que le ofrecieran más remuneración y más independencia, ya que el tío no solo era su representante sino su más severo patrón, hasta que al tío le llegó la “morriña” y se quiso regresar a España, con su fortuna, traspasándole su negocio mediando su pago en metálico.

Desde muy joven comenzó a conocer Cuba y su gente, se integró rápidamente en la *Colonia Leonesa*, donde fue socio por más de 65 años, ocupando cargos en su Junta Directiva. Con la *Colonia* participa en múltiples romerías, fiestas y actividades sociales y en ocasiones apoyaba con comestibles, como la imprescindible empanada, tanto en el *Círculo Leonés* y la *Agrupación de Sociedades Castellanas* que tuvo una gran sede social impresionante para su época.

Desarrolló el negocio e instaló restaurant de productos españoles donde además se degustaban los mejores vinos de la Madre Patria, llegando incluso a embotellar vinos, etiquetándolo con marca propia, para deleite de todos los clientes, que encontraban en este Mesón muy famoso todo lo que la Madre Patria tenía y valía. Siempre se acordó de sus padres y hermanos, haciendo regularmente remesas en metálico y en especie, en momentos difíciles, enviando ropa de cama, jabón y otros productos muy escasos en España en los años duros de la Guerra Civil, que ayudaron a la familia en su economía familiar.

Mi madre, Teodora González Díez, nacida en un pequeño pueblo leonés llamado Corniero perteneciente al municipio de Crémenes, también en la provincia de León, el 2 de noviembre de 1920.

Una historia común es que también un tío apareció, pero esta vez fue su madre la que embulló a su esposo para venirse con su pequeña hija de ocho años a emigrar a La Habana. Y así emprendieron los tres el viaje con la esperanza de prosperar y salir de una buena vez con la vida sin grandes perspectivas en el pequeñísimo pueblo a orillas de las montañas. Ese tío también solterón, sin embargo tenía mejor posición, tenía varias casas de vecindad en arriendo y vivía de ello. En su casa se instaló la familia, mi abuelo comenzó a trabajar en el giro de carnicería y mi abuela a cuidar al tío ya mayor y de la casa. Mi madre entonces pudo recibir una mejor educación que la que pudiera haber recibido en España, pues llegó a graduarse de maestra y aprendió varios oficios, entre ellos bordado, taquigrafía y mecanografía, que se impartían en las academias de las sociedades castellanas³ y que la prepararon para la vida.

Comenzó a trabajar de maestra, oficio muy apreciado, y como toda joven, muy guapa por cierto, comenzó a participar con la atenta mirada de su madre, en los bailes de las sociedades españolas. Como todos sus paisanos emigrados se inscribieron en la *Colonia Leonesa* y es allí, en una de las romerías, donde conocí a mi padre, que pese a ser de más edad que ella, era un galán apreciado para toda joven casadera. El noviazgo duró lo que era usual para su época, es decir dilatado, hasta que se casaron en el año 1946, formando una pareja feliz y pronto estrenaron piso. A los pocos años nació mi hermana, en 1949, y yo en 1951.

MIS PRIMERAS INFLUENCIAS ESPAÑOLAS

En el seno familiar es donde escucho todo lo español desde mi primera infancia, donde se combinan recuerdos contados por mis padres y abuelos, fotos, documentos. Las visitas de sus paisanos, donde era reiterativo la añoranza a su tierra.

La comida en casa era totalmente castellana, mi padre además en su restaurant típico español sus principales platos eran españoles.

³ El autor posiblemente se refiera al *Plantel Cervantes*, centro formativo dependiente del *Centro Castellano de la Habana*. (N.E)

Todas mis vivencias en mi niñez y juventud eran en el marco de lo español. Con esto me voy formando y me identificó con la inmigración castellano-leonesa.

PRINCIPALES INFLUENCIAS DE LA EMIGRACIÓN ESPAÑOLA EN CUBA

Las sociedades españolas tuvieron un desarrollo como ninguna otra en Cuba, son ejemplos vivos los centros *Gallego*, *Asturiano* y el *Castellano* entre otras importantes sedes sociales, verdaderas joyas de la arquitectura que hoy son sedes de importantes centros culturales de La Habana, así como clínicas y hospitales. También había escuelas y academias, asilos, y panteones que no eran exclusivas para el oriundo español sino para sus descendientes. Estas sociedades y colonias organizaban romerías, bailes, fiestas sociales, banquetes, misas... Fueron allí donde se fueron fortaleciendo los lazos fraternales con los asociados y sus descendientes como con ninguna otra emigración llegada a la Isla.

Los españoles fueron prosperando a duro trabajar con el sudor y esfuerzo, dejando sus raíces en Cuba, aunque siempre tuvieron en mente el retorno, hacían remesas monetarias de ayuda a sus familiares, muchos poco a poco se fueron “aplatanando”, nombre genérico que en Cuba significa la asimilación progresiva y lenta de los españoles a la nueva tierra que una vez vinieron con sueños de hacer capital y retornar a su terruño, pero nunca perdieron sus raíces y tradiciones. El poeta cubano Miguel Barnet escribió un libro nombrado *Gallego*, que luego se hizo un filme⁴, que narra magistralmente todo el proceso de la emigración española en Cuba hasta la asimilación de ese “gallego” por la propia familia cubana que gestó, y donde ese personaje ficticio que ejemplifica a muchos y que llega a decir lo que es una realidad en muchísimos emigrantes españoles que tienen dos patrias. Es un reflejo de cuánto se asimilaron en Cuba, sin perder sus raíces hispánicas.

⁴ La novela se publicó en 1983 y el film homónimo, bajo coproducción cubano-española, fue dirigido por Manuel Octavio Gómez y estrenada en 1988. (N.E.)

Recuerdo desde pequeño en casa de los abuelos maternos había un cuadro con una reproducción de la geografía de la región leonesa donde se reflejaban los distintos pueblos. Era de color verde y las inscripciones con los nombres y accidentes geográficos importantes, confeccionado por un paisano con nostalgia de su tierra, esa es una imagen que yo observaba repetidamente. En casa las comidas, costumbres y hábitos eran típicamente castellanos. Mi abuela era una estupenda cocinera y nos deleitaba a toda la familia con sus guisos, especialmente el cocido español, que era un plato casi obligado los fines de semana.

Para ambientar más la casa, recuerdo nítidamente que el juego de comedor era del estilo renacimiento español, con reproducciones a relieve de caballeros españoles tocados con casco militar, además de otras cosas tan intrascendentes como un par de “madreñas”, calzado rural de la comarca leonesa, que me resultaban tan extrañas que me costaba trabajo pensar que fuesen usadas realmente. La casa estaba llena de detalles, el abuelo con su boina y su navaja, que representaban las costumbres de su tierra. En la casa se elaboraba charcutería propia como en el pueblo, pues mis abuelos decían, “Carne en calceta para el que la meta”, refiriéndose a la calidad de los productos que ellos hacían y las costumbres de sus pueblos. Recuerdo con mucho agrado las navidades y días de Reyes donde se invitaba a amigos y parientes a compartir todo un festín de comidas y golosinas de todo tipo.

La fortuna de la lotería sorprendió a mi padre y pudo al fin dar el viaje añorado a España a mediados de 1950, lo cual sin proponérselo rememoró lo que antes había hecho su tío, ir a su pueblo después de 30 años hecho un hombre de negocios, vestido a la usanza de América en una España que estaba aún con los problemas económicos producto de la cruenta guerra civil y la posguerra que dejó a Europa en un estado deplorable y los efectos se sentían también en España con mucho rigor. Todos recuerdan esa etapa de escasez de todo tipo.

Mis padres estuvieron siete meses en España, donde pudieron conocerla mucho mejor. Al regresar mi padre, dejó a sus padres y hermanos en mejor situación económica, le compró una pequeña huerta, dejando una grata confraternidad entre sus hermanos y familiares.

Por motivos de negocio mi padre tuvo que regresar primero por vía marítima, quedando en España mi madre y mi hermana, regresando estas por vía aérea, después y al cabo de unos meses nació yo para fortuna de toda la familia, pero la “semilla” fue sembrada en España.

Relataré los aspectos de mi primera infancia y los recuerdos de la educación y cultura que nos transmitieron mis padres y abuelos, trataré de narrar estos aspectos de mi vida con esa simbiosis de nacer en Cuba y tener la nostalgia de España y el progresivo rescate de mis orígenes pese a la etapa que me distanció de ello por circunstancias de la etapa que me tocó vivir. En este mi relato alerto a los lectores que muchas cosas no podrán entenderlas a cabalidad, pues solo viviéndolas y sufriendolas se comprenden, como es mi caso.

Vivimos una etapa muy convulsa donde hubo un distanciamiento de mis orígenes producto de los radicales cambios ocurridos en Cuba a principios de 1959, donde hubo cambios en todas las esferas de la vida y las estructuras de la sociedad. Se cambiaron las relaciones económicas, políticas, educacionales, religiosas y sociales, lo que fue traumático en muchas capas de la población, es por ello que existen millones de cubanos dispersos por todo el mundo y se revirtió la característica de país receptor de emigrantes a emisor por razones políticas y/o económicas.

Los cambios afectaron de sobremanera a las personas e instituciones españolas, llámese colegios, centros de salud, negocios, y propiedades, hasta las sedes sociales entre otras muchas esferas de la vida que afectó sobremanera la estabilidad de todo lo español, aunque no fue el objetivo de la Revolución, pero quedó muy debilitado todo lo español. En mi caso, con un solo ejemplo, yo que habiendo transitado mis primeros años escolares en escuelas españolas religiosas, entre ellas los Hermanos Maristas, de golpe y porrazo me vi envuelto en escuelas públicas, alejándome de la educación religiosa y cayendo en un nuevo formato totalmente diferente, llegando a tal extremo que tuve en el quinto grado una educación rodeada de marchas e himnos, mediante un coro infantil con los himnos de los países socialistas, nuestra aula llena de banderas, estandartes principalmente rusos; otra cultura para mí. Nos llevaban a cantar sus himnos y marchas a las embajadas de esos países

y en actos trascendentales como la visita de alguna personalidad, recuerdo muy especialmente el primer circo ruso y cuando visitó Cuba el primer cosmonauta ruso, Yuri Gagarin, y luego German Titov entre otros. Nos llevaban a cantar y relacionarnos con esa nueva cultura. Todavía hoy día puedo cantar claramente los himnos nacionales de Rusia y China. Fue un choque transcultural muy fuerte que abarcó todo. En mi seno familiar, las intervenciones de sus negocios sin compensación, afectó totalmente a mi padre y abuelos, cambiándolo todo a mi alrededor. Mi familia se fue menguando con retornos a España, fallecimientos y el círculo de paisanos que había a mi alrededor languidecía, la cultura española se me cerró a mi alrededor de forma brusca y acentuada desde mi temprana adolescencia.

Con el tiempo vino el Servicio Militar Obligatorio con apenas 16 años, con su carga política asociada. Vinieron tiempos muy duros, pues nos mandaron a cortar caña en tres ocasiones por meses a la provincia de Camagüey en condiciones sumamente difíciles, viviendo en barracones, durmiendo en hamacas, sin luz eléctrica, agua y sin las más mínimas condiciones, incluso en una etapa en casillas de ferrocarril con literas para dormir en lugares inhóspitos de Camagüey, con unas condiciones muy difíciles, rodeados de mosquitos y sobre todo [lejos] de mi hogar y familia.

Recuerdo al término de la primera vez, mi abuela apenas me conoció a mi regreso, por haber perdido considerable peso. Creo haber dado suficientes elementos para poder imaginarse, los bruscos cambios de todo tipo que me ocurrieron en pocos años, todo fue muy violento en mi mente y cuerpo.

Lo español en esa etapa para mí se diluía rápidamente, pues mis padres, abuelos y los paisanos que rodeaban mi familia se fueron perdiendo por los años, con los achaques y la muerte, el no poder hacer nada. El retorno fue solo para los más jóvenes y capaces, los mayores ya no tenían condiciones para volver a empezar, el resto se volvió un espectador de ver cómo todo se derrumbaba a su alrededor, sin poder hacer nada.

Yo también veía que algunos amigos míos contemporáneos sus padres se los llevaron de Cuba y tuve que enrolarme con otros muy distintos a todo lo anterior, tuve que aprender a convivir en otras realidades, no había alternativa, adaptarse o perecer.

Para mí no tenía alternativa, tuve que adaptarme a los cambios y tratar de superarme para lograr un nivel de vida. Luego de mi baja en el Servicio Militar, y mi especialización como radiotelegrafista, me enrolaron en la Flota Cubana de Pesca.

La vida continuó su curso inexorablemente y cambió todo para mí. No obstante, solo con mi menguada familia dejó un hilo que no me dejaba escapar de su influencia. Vinieron periodos becado, servicio militar y los barcos, me alejaban de mi entorno, sin embargo, mi padre mantuvo su influencia y me llevaba a las reuniones de la *Colonia Leonesa* y eso marcó el cordón umbilical que me ataba a mis raíces.

Con el tiempo llegué a ser su Secretario Social y Tesorero, posteriormente en otras sociedades castellanas, pues escaseaban los jóvenes que se acercaban a ellas, donde la inmensa membresía eran personas de la tercera edad. Los jóvenes no veían atractivas sus actividades, en sus reuniones principalmente se hablaba de ayuda a los socios más necesitados, enfermos y del panteón social que de otras cosas, no era atractivo para ellos y se iba languideciendo en asociados. Las actividades sociales era muy difícil organizarlas por la escasez de abastecimientos para hacerlas, no había local social donde realizarlas, era una etapa muy difícil.

Los largos períodos fuera de casa, incluidos estudios en Rusia y sus consecuencias, que me alejó nuevamente de mi cordón umbilical, parecía que perdía mis raíces, pues el medio no ayudaba a mantenerlo vivo.

No obstante, logré derrumbar muros que se habían levantado de mis raíces y las tradiciones, del amor por España y Castilla-León, pese a múltiples obstáculos de todo tipo que en momentos fueron tensos. Pero la tenacidad de mi estirpe española supo sobreponerse y salió victoriosa y hoy muestra su pujanza manteniendo vivas las tradiciones españolas de diversas formas y amor tanto a España como a Cuba.

OTRAS INFLUENCIAS INDIRECTAS

Debo decir que el matrimonio de mis padres duró 28 años hasta que abruptamente mi madre falleció en el año 1974 a la edad de 50 años, dejando a mi padre viudo y a nosotros sus hijos con un vacío difícil de llenar.

Mi padre era un conversador nato, dicharachero, con muchos refranes castellanos, siempre dispuesto a conversar. Tuvo muy buenas relaciones con sus amigos y vecinos, con todos se llevaba muy bien, con sus hijos y nietos sentía profunda idolatría y era una persona que pese a llegar a tener 86 años era una persona que daba gusto tenerlo entre nosotros.

Fui testigo además del aprecio que sentían sus hermanos por él ya mayor, y la anécdota contada del abuelo paterno que decía: “el buen hijo Andrés”, refiriéndose a mi padre con mucho orgullo. Lo contaron dos de mis tíos cuando lo visitaron aquí en la década del 80 del siglo pasado, mi tía-madrina Leonisa y mi tío Fidencio, franciscano que dedicó su vida eclesiástica a la docencia.

Fue un reencuentro con mi familia paterna de primera mano y con españoles recién llegados que ya no contaban las anécdotas de tantos años atrás contadas por mis padres y abuelos, sino la España moderna y próspera que no conocíamos y que era un contraste con los difíciles tiempos que pasábamos en Cuba.

Por insistencia de sus hermanos, mi padre ya con 78 años fue de visita a España en el año 1988, financiando estos el viaje y su estancia. A su regreso anécdotas y fotos de ese viaje lleno de recuerdos y cariño vimos como querían al “buen hermano Andrés”. No obstante, ya su cuerpo cansado no aguantaba los rigores del frío invierno, acostumbrado su cuerpo y su mente a Cuba y su clima, de sus hijos y nietas que había dejado, de esta tierra que lo acogió desde muy joven.

Ese viaje me trajo una visión nueva de otra España, nos dio un nuevo mensaje de la nueva España que no conocíamos y que necesitábamos descubrir, donde los adelantos de todo tipo y situación económica eran superiores a los que teníamos en Cuba.

Debo aclarar a todos que en Cuba poder viajar al exterior es sumamente difícil y es conocido los traumas por ello, esto es bien distinto para cualquier persona del mundo, pues desde la obtención de divisas para el billete, era necesario un engorroso permiso de salida gubernamental y muchas gestiones, aquí todo era muy difícil.

NUEVAS INFLUENCIAS RECIBIDAS

En las campañas pesqueras, primero por mares cercanos, luego vino mi oportunidad de salir a campañas más lejanas. Primero al África, en dos ocasiones, donde solo podía ver que en Cuba se estaba mejor que en ese continente. Esa era mi referencia.

Pero luego estando en África me enrolaron en un barco comprado de uso a España, donde como parte de la tripulación había 5 españoles. Esos eran tan diferentes a mi referencia de los españoles en Cuba, todos ancianos con escasos recursos económicos y consumiéndose en sus recuerdos por su tierra. Estos eran más jóvenes, con un espíritu emprendedor, con recursos económicos y para mí fue un choque tremendo el conocer a la España contemporánea a través de ellos. Inesperadamente laborando en ese barco en África, recibo la sorpresa e inesperada muerte de mi madre en 1974 y me envían días después de regreso vía aérea, con la inesperada escala en Madrid.

Lo insólito es que mis tíos paternos conocían por mi padre de mi escala, e hicieron una larga espera por mi llegada. Sin embargo no nos conocíamos, además yo desconocía que me esperaban en Madrid-Barajas. Por fortuna funcionó el magnetismo familiar, pues yo reconocí a mi tío por el parecido con mi padre, este a su vez también sacó algo y rápidamente me preguntó mi nombre y me contestó: “Joder, si yo soy tu tío”. Para sorpresa mía además de él estaban otras dos tías y rápidamente con profunda emoción por un lado por la lamentable repentina muerte de mi madre y el encuentro familiar fue lo suficiente para estar toda la noche hablándonos y contándonos cosas.

Esa estancia duró solo un día donde conocí por primera vez Madrid, pero sobre todo a mi familia, unos personalmente otros por teléfono, pero fue una grata estancia pese al motivo de mi visita. Mi llegada a La Habana fue penosa por el trauma familiar sufrido, pero más el conocer la decisión de mi abuela materna de regresar definitivamente a España, con lo que quedaba inesperadamente solo, pues vivía con ella en su casa, un verdadero trauma.

La inexorable vida continuó, me casé, tuve hijos, estudié, me hice Ingeniero y posteriormente tuve la dicha de viajar a España en otras

ocasiones por cuestiones de trabajo y cursar estudio de postgrados. Fue allí que comencé a encontrarme conmigo mismo y mis raíces, que cada vez crecían más.

Recuerdo la primera vez, en 1989, un viaje para cursar un adiestramiento en Pamplona. Y al llegar a Madrid, encontrándome en la estación de trenes de Chamartín, llamo por teléfono a mi primo-hermano del alma José Francisco, anunciándole que estaba en Madrid. Él no lo quería creer en principio, luego me dijo que por motivos de trabajo no podía ir de inmediato; sin embargo, su esposa e hija fueron a verme y de nuevo funcionó el magnetismo familiar, pues ella me identificó del grupo de personas que aguardaban abordar el tren. Más tarde el encuentro con Pepe fue fabuloso, aunque rápido por la salida de mi tren, pero posteriormente me llevó por primera vez a León a conocer otros familiares. Ese viaje duró 45 días y me sentía tan bien en España que muchos fines de semana viajaba desde Pamplona a León por ómnibus o tren. Me movía por media España con toda naturalidad y seguridad, pues me encontraba sumamente a gusto.

Recuerdo nítidamente que cada vez que pasaba por un pueblo me extasiaba mirando los letreros con los nombres de los pueblos, no podía creer lo que estaba viendo, era como un sueño hecho realidad. Recuerdo que cuando vi por primera vez la señalización del pueblo de Cistierna en la carretera comencé a llorar a cántaros, no pude contenerme, mis primos y familia, aunque me comprendían me decían que viviera el momento con emoción. El encuentro con mis tíos, primos y demás familiares fue de especial emoción. Ver la casa de los abuelos, ver en primera persona las cosas que tanto había visto de fotos desde niño, era una emoción infinita que me hacía sentir eufórico y no quería ni dormir para poder admirar. No paraba de hablar con todos ellos, quería verlo todo, sentirlo y vivirlo intensamente. Con mi primo Pepe recorrimos los parajes de la comarca leonesa, subimos a las elevaciones y hablamos largamente por diversos lugares viendo los paisajes leoneses. Recorrimos lugares típicos como el río Esla, las minas de carbón de Sabero, el pantano de Riaño con su fabulosa obra hidráulica. Fuimos de pesca al río, degustando en las tardes de domingo la típica tortilla de patatas, el

chorizo y la trucha, bebimos vino en bota como un *camping* con la familia. Eso me recordaba similares fotos en los mismos parajes con los mismos protagonistas, solo cambiaba mis padres por mí, el resto todo igual, era increíble pero real.

Recuerdo con muchísimo cariño que al ir al pueblo de mi madre, Corniero, en el municipio de Crémenes, al llegar cerca de la casa, vi contremendo sobresalto que un vecino calzaba las “madreñas” y su boina, igual que las que había en casa de mis abuelos. Todo era tan real lo que me estaba pasando, preguntando nos encontramos a un primo de mi madre que no sabía cómo abrazarme y besarme con profundo cariño, enseñándome la casa de los abuelos maternos, qué emoción. Recuerdo con especial cariño un encuentro con la esposa de mi tío paterno que habían vivido en Cuba y ayudó a nuestra crianza, ella no podía creer que estuviera allí pues reitero salir de Cuba era sumamente difícil y me preguntaba cómo has podido. Posteriormente estuvimos en casa de otros familiares por parte de mi madre en el mismo Cistierna.

Usaba la bicicleta de un primo y ya me saludaban en el pueblo, pues me habían visto con mis tíos y primos, diciendo que bien le va con la bicicleta, no sabiendo ellos que en Cuba, producto de la situación económica y la falta de transporte, la bicicleta era casi el medio normal de moverse por muchos kilómetros y ese entrenamiento me sirvió de mucho. Esos paseos me ayudaron a conocer de primera mano esos lugares tan entrañables por mí mismo: Sabero, Vidanes, Prado de la Guzpeña entre otros pueblos y lugares. Para mí todo era como una película que se repetía en mi mente con mis recuerdos, para mí todo era curioso e interesante. Me movía como pez en el agua, por ejemplo, al llegar a algún bar y pedir un chato de vino o una caña de cerveza y al ponerme la correspondiente tapa muy variada y sabrosa, ante mis comentarios y acento extranjero rápidamente me hacían coro haciéndome preguntas de todo tipo sobre Cuba, quedando todos tan satisfechos que, en ocasiones, volvía a esos sitios y una visita corta se convertía en larga, saliendo realzado mi espíritu, mi cuerpo y mi alma.

He viajado a España en otras ocasiones, por razones de trabajo y personales, conocí amistades, como las de Poyales del Hoyo, provincia

de Ávila, donde he estado varias temporadas y donde me aclimaté con mucha facilidad. Ese pueblo tiene un interesante contraste entre lo moderno y lo antiguo que para mí resulta extraordinario, el estar en las fiestas de pueblo donde se conserva lo autóctono, con sus bailes típicos, sus comidas, la cultura del higo [*sic*] y del aceite de oliva, las fiestas con toros, las peñas culturales, todo unido con las ventajas de la vida moderna es un contraste muy bonito e interesante. Luego trabajé varios años en instalaciones hoteleras con administración de importantes cadenas hoteleras españolas y reforzó de alguna forma la imagen de España en mí.

Mi hijo Ernesto Alejandro se marchó a España en el 2007 y vivió 7 años allá, y en una etapa vivió en Palma de Mallorca, donde por espacio de dos años convivimos junto con mi esposa. Una etapa maravillosa pero la situación económica me obligó al retorno por falta de empleo para mí y mi esposa.

La vida me ha dado la satisfacción por haber podido conocer los pueblos de mis padres y a mi familia, además de la inmensa fortuna y dicha que he tenido de conocer los lugares donde nacieron y vivieron, los pequeños pueblos rurales pertenecientes a la Comunidad de Castilla y León y otros sitios, haciéndome yo cada vez más español.

Hace 20 años recuperé la ciudadanía española de origen y ahora no soy solo español de alma y sentimiento sino de hecho y de derecho. Haciendo una simbiosis entre lo cubano por un lado y el español que llevo dentro, quisiera vivir en España y en Cuba a la misma vez, creo que ese legado es el resumen de mi relato donde mi experiencia denota cuán profundo caló España en mí y pese a situaciones difíciles recuperar muy profundamente mis raíces de forma plena y total. Hoy puedo repetir la frase del poeta Miguel Hernández, “No me siento extranjero en ningún lugar”, y cuando estoy en Cuba, añoro España y viceversa. Con inmenso orgullo puedo contar que fui invitado a la recepción con motivo de la visita a Cuba de Su Majestad Juan Carlos I, donde tuve la oportunidad de estrecharle su mano y sostener un breve diálogo, eso para mí tiene un significado muy especial.

RESUMEN

Especial mención debo hacer a las sociedades españolas, en especial a la mía, la *Colonia Leonesa de Cuba* y la *Agrupación de Sociedades Castellanas*, siendo ya socio cincuentenario, ellas han influenciado muchísimo en mí. Esta tradición la he pasado a su vez a mis hijos, que también me siguieron los pasos en la pasión por España y tienen con orgullo su nacionalidad, así como sus dos hijas. Esto también es extensible con mi hermana ya fallecida y mis sobrinas, que llevan dentro el espíritu español, incluso un sobrino nieto da clases de gaita y bailes típicos, por lo que somos una familia con mucho arraigo y apego a todo lo español, como muchas en Cuba.

Mantener este amor por España entre las nuevas generaciones de cubanos es el mejor homenaje que podemos hacer a nuestros padres, que un día cruzaron el inmenso Atlántico con sueños de prosperidad y sembraron una semilla que se ha multiplicado en muchos miles de cubanos, que quieren a España no como antigua metrópoli colonial sino como lo que es, la Madre Patria. Que se mantenga este amor a España y a Castilla y León por siempre es mi mayor deseo, y mientras tenga un ápice de vida, lucharé en el marco de las sociedades castellano-leonesas para que se mantenga vivo el espíritu y la estirpe española en esta tierra que soñaron nuestros padres⁵.

⁵ Como complemento a este relato se acompaña un dossier de fotos digitalizadas donde se caracteriza todo este pasaje, no solo son fotos familiares de gran valor para mí, esto enriquece de sobremanera este relato (N.A.)



Mis abuelos paternos.



Mis padres muy jóvenes.



Mis padres.



Con mis tíos paternos en Cistierna.



Brindando en Palma de Mallorca.



En Malorca haciendo barbacoa.



Palmanova, Mallorca.



En Palma de Mallorca.



Pescando en el río Esla.



Pantano de Riaño.



En Riaño con mi primo Pepe.



Con mi esposa y cuñada en Riaño.



En un *camping* en Cistierna.



En La Coruña.



Papá paga la cena en La Coruña.



En familia.



Feliz con mi esposa.



Con mi hijo en La Coruña.



Con mi esposa en Segovia.



Con mi hijo en Poyales del Hoyo.



El Retiro. Madrid.



Plaza Mayor de Madrid con mis primos.



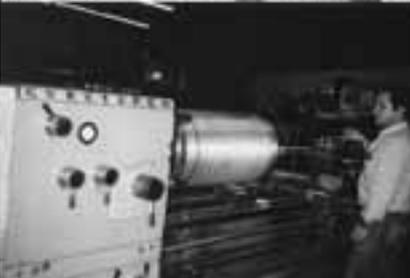
Con mi primo Pepe en Madrid.



Con mi primo Pepe en Madrid.



Murallas de Ávila.



En España con mi amigo Eloy en Ávila y en un taller mecánico.



Comiendo en Ávila con amigos.



Con mi tía política.



En Pamplona con mi profesor.



Tapendo con un amigo en Salamanca.



Yo con parte de la familia en Segovia.



Ganadores concurso sobre la emigración leonesa en 2008.

Relato de la vida de un emigrante fundador del *Club Villarino de La Habana*

Laureano Sendín Martín¹

BREVE ITINERARIO VITAL DEL AUTOR

Nacido en Cuba donde siempre he vivido, los principales trabajos realizados en los primeros 30 años de mi vida laboral, fueron trabajos de Ingeniería Industrial en la Especialidad de Controles Automáticos, los últimos 25 años trabajé como Especialista “A” en Mantenimiento y Reparación en el Transporte Automotor con el Grupo CUBANACAN, S.A. del MINTUR². Soy hijo de Nicolás Sendín Martín, socio fundador del *Club Villarino de La Habana*, al cual pertenezco desde el año 1958 –hace 60 años–; llevo como miembro de la Junta Directiva 16 años. He dado tres viajes a España: el primero en el año 2010³, el segundo en el año 2013 y el último en el año 2016⁴; en todos he estado en la provincia de Salamanca, el pueblo de Villarino de los Aires, Bilbao, Santander, Badajoz, Oviedo y Madrid, donde he podido conocer a toda nuestra familia. Me encuentro actualmente trabajando en la confección de las memorias de los 100 años de la fundación del *Club Villarino de La Habana*, lo cual esperamos terminar el año 2019.

¹ Figura como “colaborador” del autor del relato Antonio Sendín Orozco. En el original se incluyen algunas fotografías que se repiten en el otro relato y en una colección de fotografías, ambos de su autoría, publicados en el presente volumen. En la medida de lo posible, se han tratado de evitar aquí duplicidades y reiteraciones entre esta triple participación y las otras del autor en anteriores convocatorias del *Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa*. (N.E.)

² Siglas del Ministerio de Turismo de la República de Cuba. (N.E.)

³ Narrado por el autor del relato y otros en: “Memorias de un viaje al pueblo de Villarino de los Aires...”, en: Juan Andrés Blanco Rodríguez, ed. principal. *IV Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa*.

⁴ La narración de este viaje se incluye en el presente volumen bajo el título: “Memorias de un viaje hecho por un hijo y un nieto de un villarinense”. (N.E.)

NICOLÁS SENDÍN MARTÍN

Esta es una historia contada por nuestro padre y nuestra madre durante muchos años. Según ellos hubo muchos españoles, que emigraron en el siglo XIX y principios del siglo XX, principalmente al país argentino y a la Isla de Cuba, también a otras partes de América y a otros



Sr. Nicolás Sendín Martín (mi padre). Emigrante villarinense, fundador del Club Villarino de La Habana.

países del mundo, buscando una mejor vida y poder ayudar a sus familias que dejaban atrás, venían muchos de ellos como polizontes en los barcos, porque en aquellos momentos no podían pagar ni el pasaje. Se evadían de su tierra natal, para no verse obligados a participar en la guerra que se producía en ese momento de la historia, que se encontraban viviendo y que para nosotros hoy representa la historia de nuestros orígenes como sus descendientes directos. Dedico esta historia al ejemplo de nuestro padre y nuestra madre que ya no están, Nicolás Sendín Martín y Marta Martín Hernández, los cuales no me permitieron nunca olvidar nuestras raíces y nuestro terruño, así como de dónde somos y de dónde vinimos, después de

los años y oír a nuestros padres como siempre lo hacían, me veo obligado e inspirado en nombre de nuestro padre, puro villarinense, a escribir todas sus *Memorias* las cuales he podido conocer⁵.

⁵ En este punto el autor reproduce literalmente la biografía de su padre incluida en: SENDÍN, Laureano et alii. "Dos familias de Villarino de los Aires que emigraron a Cuba", en: Juan Andrés Blanco Rodríguez, José María Bragado Toranzo y Arsenio Dacosta, eds. *II Premio de la Emigración Castellana y Leonesa*. Zamora: Junta de Castilla y León / UNED Zamora, 2011, pág. 722 ss. Parte de la información familiar aportada en esta ocasión también se refleja en SENDÍN, Laureano. "Mi familia en Cuba", en: Juan Andrés Blanco Rodríguez y José María Bragado Toranzo, eds. *I Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa. Vol. III*. Zamora: Junta de Castilla y León / UNED Zamora, 2009, págs. 325-334. (N.E.)

EL CLUB VILLARINO DE LA HABANA

El 8 de noviembre del 1919 se constituyó el *Club Villarino*, para que “quedara perpetuo el recuerdo del pueblo de Villarino, en Cuba y como cohesión entre los Villarinenses”. La sociedad celebra todos los años varias actividades en el año como el “Día de los Niños”, presentación de la “Escuela de Baile Español”, el “Día de San Roque”, la Misa en el Panteón del Cementerio de Colón por el “Día de San Roque”, un “Día en Castilla y León”, la celebración de cada aniversario de la Fundación del Club y la “Actividad por el Día del Emigrante”. Actualmente se celebran cada seis meses un “Cumple Años Colectivo” para los nacidos en el Primer Semestre y después para los nacidos en el Segundo Semestre. En el *Club Villarino* durante el año se realizan sistemáticamente la Junta General de Asociados una vez por año y la reunión Mensual de la Junta Directiva. El local social del *Club Villarino de La Habana* está sito en calle 58# 3301 Esq. Ave 33, Reparto Almendares, Municipio Playa, Provincia La Habana, Cuba⁶.

INAUGURACIÓN DEL EDIFICIO SOCIAL

Ante esa obra tan grandiosa de construir el edificio social, justo era que se viera revestida de una inauguración solemne. Como así se hizo el día 26 de agosto del año 1928, por medio de la elocuente oración del Padre Santiago G. Amigó, fue bendecido el edificio social, siendo



Fotografía tomada el día de la inauguración y bendición del edificio social (26 de agosto del año 1928).

⁶ En este punto el autor reproduce literalmente una amplia reseña sobre la fundación y desarrollo del *Club Villarino* tomada de: SENDÍN, Laureano et alii. “Dos familias de Villarino de los Aires que emigraron a Cuba”, ob. cit., pág. 723 ss. Se evita repetir aquel texto y las fotos ya reproducidas junto al mismo. (N.E.)



Junta Directiva del Club Villarino. Año 1926. El primero sentado por la izquierda es Nicolás Sendín Martín.



Junta Directiva del Club Villarino. Año 1927. El segundo parado por la izquierda es Nicolás Sendín Martín.



Junta Directiva en el periodo del año 1929. Sentados de izquierda a derecha: Juan Santos Parra, José Notario Campos, Manuel Petisco Seisdedos, Antonio M. Martín Herrero y Claudio Luelmo Díez. Parados de izquierda a derecha: Higinio Martín Sánchez, Miguel Sendín Martín, Manuel Marcio García, Nicolás Sendín Martín, Manuel Grande Sánchez, Manuel Iglesias Luis y José Vila Vila.

la madrina del mismo la señora Cándida Gómez de Petisco. La concurrencia fue muy numerosa, encontrándose distintas personalidades de la nación y de la colonia española, que pronunciaron elocuentes discursos alusivos al acto. También se celebró un banquete al que asistieron más de trescientos comensales, terminándose el acto con un grandioso baile.

CONSTRUCCIÓN DEL PANTEÓN SOCIAL

Ya las deudas que la Sociedad había adquirido estaban casi completamente saldadas, y para consolidar a sus asociados y aumentarlos, surge la idea del Sr. Antonio M. Martín Herrero de construir un Panteón Social, por medio de una emisión de bonos sin intereses, para ser redimidos cuando la economía social lo permitiera. La idea del Sr. Martín Herrero tuvo una acogida unánime entre la masa social. Solamente un espíritu dinámico como el de esta Junta Directiva podía pretender realizar semejante obra, ya que los fondos sociales existentes eran de \$28,13. Pero como ya se ha dicho en otras ocasiones, cualquier obra que haya que realizar por grande que esta sea, y sin fondos sociales, solo es privativo del *Club Villarino*. ¡Valga a ese pequeño

grupo de hombres, que casi desde su fundación los vemos en plena actividad social, engrandeciendo con sus esfuerzos a la Sociedad!

Como es de suponer, ya el *Club Villarino* podía garantizar cualquier operación, puesto que tenía capital en bienes muebles e inmuebles para responder, previa la autorización de las tres cuartas parte de sus socios fundadores existentes, según determina el Reglamento Social. Y así lo hicieron, después de ser acordado en Junta General una emisión de cien bonos de \$25,00 cada uno, con la garantía colateral del edificio social. Este acuerdo fue ratificado en todas sus partes por las tres cuartas partes de los socios fundadores existentes, para construir el panteón Social en el Cementerio de Colón, sin que estos bonos devengaran intereses y fueran sorteados de acuerdo con la economía social. Y para ese efecto se nombró una Comisión encargada de comprar el terreno, integrada por los señores: José Grande Martín, Manuel Iglesias Luis, Antonio M. Martín Herrero y Antonio Luis Mayor, adquiriendo cincuenta y seis metros cuadrados, con un costo de \$ 560,00 pesos.

Pero las condiciones económicas de la Sociedad no permitían pagar al contado dicho terreno, y con el propósito de pagarlo a plazos, se nombró otra Comisión integrada por los señores: Antonio M. Martín Herrero, Claudio Luelmo Díez y José Grande Martín, para que se entrevistaran con el excelentísimo señor Arzobispo de La Habana, obteniéndose un resultado favorable de pagar \$100,00 de entrada y el resto a plazos de \$20,00 mensuales, y esto cuando la situación económica de la Sociedad lo permitiera.

El día 14 de agosto de 1938 se colocó la primera piedra, como símbolo de dar comienzo a la obra de construcción, levantándose la correspondiente acta con los señores asistentes, como era una ritual costumbre. No pocas personas dijeron que la primera piedra se colocaba bien, que la peor era la última, y que la construcción del Panteón Social era una utopía. Por una parte, justo era pensar para esos señores que una Sociedad, que la componían solo ochenta asociados, pudiera realizar tamaña obra; pero por otra parte dejaron entrever el desconocimiento cabal del calibre de sus dirigentes y de lo que ellos eran capaces. A principios del mes de octubre del propio año se empezó la referida obra, nombrándose al efecto



Panteón Social en el Cementerio de Colón.



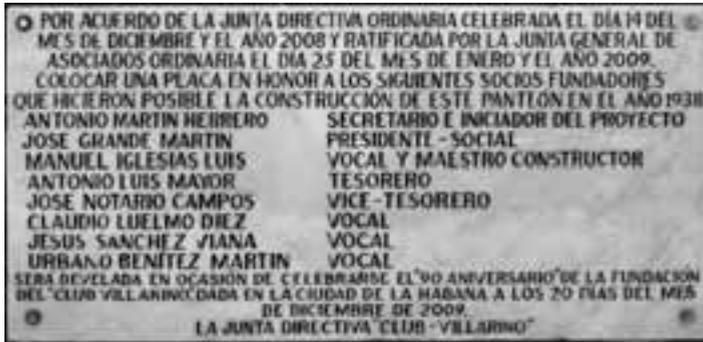
En el Panteón del Club Villarino construido en el Cementerio de Colón tenemos la efigie de "San Roque", patrón del pueblo de Villarino de los Aires.

una Comisión de Obras, integrada por los señores: José Grande Martín, Antonio Luis Mayor, Manuel Iglesias Luis, José Notario Campos, Claudio Luelmo Díez, Jesús Sánchez Viana, Urbano Benítez Martín y Antonio M. Martín Herrero, con amplios poderes, y estos convinieron en hacer la obra por administración, bajo la dirección del señor Manuel Iglesias Luis.

A finales del mes de noviembre del mismo año quedó terminado, componiéndose de 34 nichos y 68 osarios de los mayores construidos en el Cementerio de Colón, siendo la admiración de los señores asociados y de todos cuantos lo visitan. ¡Ya se había colocado la última piedra, lo que parecía una utopía se había convertido en una realidad material! Merece mención las gestiones realizadas por el señor Antonio Luis Mayor en beneficio de la construcción del Pan-

teón Social, ya que algunos materiales fueron donados, por el señor Ingeniero Cristóbal Díaz. Al igual que los contribuyentes voluntarios para la adquisición del San Roque, colocado en el Panteón Social, toda la Sociedad quedó profundamente agradecida.

El día 4 de diciembre de 1938, con una misa solemne fue bendecido, revistiendo todas las características inherentes al acto, donde asistieron distintas personalidades de la Nación y de la Colonia Española. Por la tarde, ese mismo día 4 de diciembre de 1938, se sirvió un espléndido banquete en el Edificio Social donde asistieron más de doscientas personas. Acto seguido, se redactó un Reglamento para el Panteón Social, estipulando los derechos de sus asociados y familiares,



Placa en honor a socios fundadores que hicieron posible la construcción del Panteón en el año 1938.

así como también celebrar una misa anual en el mismo día de la conmemoración de San Roque, y mandar una ofrenda floral para los fallecidos el día de los Fieles Difuntos.

FIESTAS Y OTRAS ACTIVIDADES DEL CLUB VILLARINO

El *Club Villarino* celebraba al principio de su creación todos los años el día de San Roque en los Jardines de la Tropical o de la Polar, allí danzaban y bailaban todos los socios al ritmo de la flauta y el tamborín. Esta tradición se mantuvo hasta los años 1960 desde la fundación del Club. Lo que sucede es que a partir de los sesenta se comienza a realizar en el local del *Club Villarino* en vez de celebrarse en los Jardines de la Tropical o de la Polar, como fue tradición por muchos años del 1920 al 1960. También como tradición se celebra una misa en el Panteón del *Club Villarino* en el Cementerio de Colón, siempre en el mes de agosto todos los años.



Maestro Constructor del Panteón Social: Sr. Manuel Iglesias Luis.



Fotografía tomada el día de la inauguración de la ampliación y reparación del edificio social (25 de junio de 1950) con todos los asociados. El niño parado en el extremo derecho de la foto es Laureanito Sendín Martín, el autor de esta memoria.



Vocal Vitalicio Sr. Nicolás Sendín Martín.

El 25 de junio de 1950, con la inauguración de la ampliación y reparación del Edificio Social, fueron entregadas fotografías a los expresidentes y a los señores Manuel Marcio García y Francisco Hernández Cruz; otra al Ayuntamiento de Villarino y por último la otra a la *Sociedad Recreativa Villarinense*. Además se mandó a encuadrar otra para que se colocara en el Edificio Social, la cual se encuentra todavía en el año 2018.

EL SR. NICOLÁS SENDÍN MARTÍN Y EL CLUB VILLARINO⁷

El Sr. Nicolás Sendín Martín fue una piedra angular del *Club Villarino* durante una parte fundamental de la historia de esta sociedad. Como un resumen de las tareas realizadas por él en esta asociación podemos decir que al morir ostentaba el título de Vocal Vitalicio por más de 15 años (fue el 2º asociado en ser nombrado Vocal Vitalicio en el año 1945), habiendo participado en la directiva por más de 30 años. Además, ocupó por cuatro años consecutivos la Vicepresidencia (elegido en el año 1931 se mantuvo hasta 1934), dos años de Vicesecretario y participó

⁷ En este punto se reúnen las notas dispersas del autor acerca de la actividad de su padre como directivo del *Club Villarino*. (N.E.)

en la Comisión creada para la construcción de las cinco escuelas del pueblo de Villarino de los Aires.

Como socio hizo un gran trabajo y tuvo una gran participación por mantener las raíces de todos los emigrantes del pueblo de Villarino de los Aires en Cuba. Participó, junto a un reducido grupo de paisanos, en las luchas y sacrificios por mantener y engrandecer esta Sociedad.

El Sr. Nicolás Sendín Martín falleció el 20 de julio de 1958, esta fue una pérdida irreparable, la cual causó un profundo dolor entre la Junta Directiva, así como a la masa social, ya que, con su deceso, perdía la Sociedad uno de los luchadores más tenaces hasta esa fecha. Fue sepultado



Señores Socios Fundadores que llevan más de 20 años de asociados en el año 1944. El número 7 (tercero de la segunda fila superior) es Nicolás Sendín Martín.



Comité Pro Escuelas de Villarino en Cuba. El tercero por la izquierda es Nicolás Sendín Martín.



Cinco escuelas de Villarino construidas con ayuda del Club.

en el Panteón del Club Villarino, en el Cementerio de Colón, donde reposan sus restos.

Así quedaba recogido el duelo en la Junta Directiva Extraordinaria, celebrada el 8 de agosto de 1958 donde participaron los Vocales Natos y Vitalicios en funciones, el Sr. Presidente dio a conocer el objeto de dicha Junta, dar cumplimiento al Art. 68 del Reglamento nombrando un Vocal Vitalicio, en sustitución del Socio y Vocal Vitalicio fallecido el 20 de Julio de 1958, Sr. Nicolás Sendín Martín, dicho Vocal de acuerdo con el mencionado Artículo, tiene que ser nombrado por los Vocales Natos y Vitalicios en funciones, seguidamente se solicitó ponerse de pie y guardar un minuto de silencio a su memoria.

Memorias de un viaje hecho por un hijo y un nieto de un villarinense

Laureano Sendín Martín¹

INTRODUCCIÓN Y AGRADECIMIENTO²

Año 2018. Circunstancias de su redacción: un anhelo nuestro de más de 77 años, el cual siempre fue inculcado por nuestros padres, que siempre mantuviera con nuestros ancestros las mejores relaciones y que no olvidara nunca nuestras raíces españolas, así como que cuando pudiera visitara, la provincia de Salamanca y el pueblo de Villarino de los Aires, donde nacieron todos nuestros antepasados: bisabuelos, abuelos, padres, tíos, primos y el resto de toda nuestra familia, así como los pueblos cercanos como son: Trabanca, Almendra y Pereña de la Rivera. A mis abuelos, padres, tíos y primos que ya no están; y para esas personas como mi esposa, hijos y nietos que han sabido ayudarme y ser complacientes en muchos difíciles momentos. Y, en especial a todos aquellos como nuestros primos, que han vivido siempre en Salamanca, Bilbao, Segovia, Valladolid y mayoritariamente en el pueblo de Villarino de los Aires, los cuales han tenido siempre una palabra de aliento, un documento a mano, una visita a algunas de las bellezas de Villarino de los Aires, o una puntualización de varios detalles para poder hacer este relato y tomar varias fotografías. También a todos los paisanos y vecinos del pueblo que con su ayuda, hemos podido fotografiar muchos lugares y personas para poder confeccionar el final de este trabajo. Muchas gracias a todos, de corazón.

¹ Ha colaborado en la elaboración de este relato Antonio Sendín Orozco. (N.A.)

² Para facilitar la lectura del relato, se extrae lo más señalado de su contenido respetando lo esencial referente al viaje y a la familia. Se reproducen algunas de las fotografías aportadas por el autor eliminando las duplicadas, las reiterativas y las que, por motivos técnicos, no presentaban una calidad suficiente para su impresión en papel. (N.E.)

Nuestro más emocionado y profundo agradecimiento a todos los primos, principalmente a: Carmen Francia Martín y a su esposo Víctor Grande Benito, a sus hijos (Víctor Grande Francia, Agustina Dávila, Mari Carmen Grande Francia, Antonio Parra Ullán, José Miguel Grande Francia y Elizabeth Pavón Valentín), así como a Juan Calvo Martín, Carmen Calvo Martín, Mercedes Martín y su esposo Antonio, que siempre todos han vivido en España. En este relato autobiográfico hemos tratado de hacer, una descripción lo más exacta posible de todo lo que hemos podido conocer, observar y vivir durante unos diez días de nuestro viaje, el cual nunca será olvidado por toda la vida, de este hijo de una familia de emigrantes del pueblo de Villarino de los Aires, que murieron en Cuba y siempre con el anhelo de que conociéramos nuestro terruño y nuestra familia, y al cabo de 77 años lo pudimos lograr.



Ing. Laureano Sendín Martín.
Vocal Vitalicio del *Club Villarino de La Habana*.



Ing. Antonio Sendín Orozco
(mi hijo). 2º Vicepresidente
del *Club Villarino de La Habana*.



Sra. Marta Martín Hernández (mi madre). Emigrante villarinense.

MUNICIPIO DE VILLARINO DE LOS AIRES: *PUERTA DE LA RIBERA. VILLARINENSES*

Municipio situado en el extremo noroeste de la provincia de Salamanca, a 85 km de la capital. Pertenece a la comarca de La Ribera o de Las Arribes del Duero. La superficie del término municipal es de 102,64 km², con 1.339 personas censadas, incluidos los vecinos de Cabeza de Framontanos y una densidad de población de menos de 13 hab./km². Posee suelos delgados sobre sustrato de granitos y gneises. Por el norte discurre el río Tormes, sirviendo de límite con Zamora junto con la ribera de Pa-

sadera y el arroyo Rebollar, por el noroeste el río Duero, limitando con Portugal y por el sur la ribera de Cabeza de Iruelos. El pueblo se encuentra en el borde de la penillanura donde Las Arribes del río Duero, alcanzan 300 metros de altura. A 5 km. al este de la localidad, que tiene una altitud de 605 metros sobre el nivel del mar, se encuentra el monte Tábano o Madroñera con una altitud de 746 metros. Los montes con mayor altitud son: Greas y Cotorrito con 805 metros. Participa del microclima de carácter mediterráneo, común a toda la comarca, con cultivos apropiados a estas condiciones climáticas (viñedos, olivos y frutales). Su término está comprendido en el Parque Natural de Las Arribes del Duero. Conserva las características de los pueblos ribereños, con las calles inclinadas y las bodegas. Unido al pueblo de Villarino se encuentra el poblado de Iberduero, con casas ajardinadas, denominado “La Rachita”.

Este pueblo posee varias cooperativas; vitivinícola (elaboración de vinos y crianza de ganado), de Agricultores, Ganaderos y producción de Aceite. Talleres de todo tipo (del pan) y comercios minoristas (de alimentación, de electrodomésticos, de muebles, etc.). En total unos 25 establecimientos comerciales y alrededor de 20 empresas privadas. Sus botas de cuero, para introducir el vino, son muy apreciadas a nivel nacional. En toda la provincia de Salamanca tienen fama sus bodegas. Este núcleo rural charro con una idiosincrasia característica que, a la postre, es su verdadera señal de identidad, esto refleja perfectamente el aislamiento al que los habitantes de este pueblo estuvieron sometidos durante cientos de años.

EL VIAJE

Viernes 17 de junio del 2016. Salimos a las 4:00 p.m. rumbo a la terminal del bus de Santander, llegamos a las 4:15 p.m. y el bus llegó a las 4:25 p.m. Se montaron todos los pasajeros y a las 4:30 p.m. salió rumbo a Salamanca. Tony se quedó en Santander con Alfredo hasta el martes o miércoles de la próxima semana.

Este bus en el que monté tenía en la pizarra: Santander, Torrelavega, Reinosa, Palencia, Valladolid y Salamanca. El bus a la salida de Santander cogió la autovía A-67 haciendo la primera parada en Torrelavega a las 5:00 p.m. para dejar pasaje, la segunda parada en Reinosa a las 5:50



Terminal del bus de Santander en la salida hacia la ciudad de Salamanca.

p.m. Después paró en Aguilar del Campoo a las 6:20 p.m., la cuarta parada fue en Herrera de Pisuerga a las 6:45 p.m., la quinta parada en Palencia a las 7:50 p.m. Aquí cambió de autovía cogiendo rumbo a Valladolid donde llegó a las 8:30 p.m. Paró momentáneamente y dejó varios pasajeros, continuó rumbo a Salamanca donde por fin llegó a las 10:00 p.m.

Allí estaban esperándome los primos Carmen Francia Martín y José Miguel Grande Francia. Una emoción grande para los tres, se nos saltaron las lágrimas nuevamente con este nuevo encuentro entre familias que hemos vivido tan distantes tantos años.

José Miguel me montó las maletas en el auto y fuimos a casa de Carmen Francia Martín y Víctor Grande Benito. Llegamos a las 10:10 p.m. Cuando entramos a casa de Carmen le entregué una botella de ron Habana Club 7 años a José Miguel y otra para Víctor. Carmen puso la mesa y me comí una sopa de carne de res, una tortilla de papas, pan, un vaso de vino tinto y al final algunas frutas.

Cuando terminamos de comer estuvimos viendo las fotos que llevé de Cuba del viaje anterior realizado en el año 2013. También estuvimos viendo los libros del *II Premio de la Emigración Castellana y Leonesa* y del *IV Premio de la Emigración Castellana y Leonesa*, ambos publicados por la UNED de Zamora y donde hay dos artículos elaborados por mí. A las 12:00 de la noche me bañé y me acosté durmiendo toda la noche con una temperatura muy agradable. Dormí en el mismo cuarto que en los viajes anteriores y en la misma cama.

Sábado 18 de junio del 2016. Me levanté a las 9:00 a.m., me asecé y nos desayunamos con todo muy bueno: café, leche, galletas y un panqué³ muy rico. Carmen salió a comprar algunas cosas y Víctor y yo salimos a

³ Término derivado de un anglicismo y que designa un tipo de bizcocho (N.E.).

las 10:00 a.m. al Club de Jubilados que hay a dos cuadras de casa de Carmen. En este Club se reúnen todos los días muchos jubilados y jubiladas para leer el periódico, tomar café con leche, una cerveza o una copa de vino, degustar un pincho o comer algo. Aquí también juegan a la baraja y otros juegos. En este Club hay más de dos mil asociados inscriptos los cuales pagan 5 euros al año, una gran parte van muy a menudo a esta instalación.

Regresamos a la 1:30 p.m. a casa de Carmen, ella nos esperaba para almorzar un exquisito bistec de res con papas fritas, una ensalada de col salcochada, después un pedazo de chorizo y queso blanco y un poco de vino tinto; al final frutas: todo muy sabroso. Después del almuerzo estuvimos viendo fotos que tiene Carmen en un álbum, entre ellas había una foto de mi padre y mi madre cuando estaba embarazada de mí, quiere esto decir que esta foto fue de finales del año 1938. Carmen me la regaló, me dijo “llévatela para Cuba”. Al llegar a Cuba Rosaida mi esposa buscó un cuadrito y la montó, se encuentra ya en nuestro cuarto en casa, para poder verlos todos los días a los dos padres tan queridos.

A las 6:00 p.m. llegaron del viaje que habían realizado a Cádiz a ver a Martica, Mari Carmen Grande Francia, Antonio Parra Ullán, Víctor Grande Francia y Agustina Dávalos. Nos saludamos con un fuerte abrazo a los cuatros y un beso grandote para Mari Carmen y Agustina. Unos minutos después llegó José Miguel con sus dos hijas: Clara y Carlota. Clara me preguntó que por qué yo hablaba distinto a ellos. Le expliqué que así se habla en Cuba. Estuvimos conversando un gran rato y posteriormente se marcharon todos a las 8:30 p.m. Carmen terminó la comida a las 10:00 p.m. y cenamos muy bien. Después estuvimos viendo en la tele un partido



La cantina del Club de Jubilados donde se encuentran varios jubilados comiendo un pincho y tomando un trago.

de futbol de Portugal con Austria el cual terminó cero a cero. A las 11:30 p.m. me bañé y me acosté a dormir.

Domingo 19 de junio del 2016. Me levanté a las 9:00 a.m. Me aseé, comí un rico desayuno y me puse a ver la tele. Al poco rato salimos Víctor Grande y yo a caminar por Salamanca. Entramos en una cafetería y Víctor me invitó a una copa de vino. Salimos nuevamente a continuar caminando y llegamos a las 11:00 a.m. al Club de Jubilados y nos tomamos otra copa de vino y estuvimos leyendo los periódicos. A las 11:30 a.m. llegaron al Club Mari Carmen Grande y Antonio Parra, poco tiempo después llegaron Víctor Grande (hijo) y Agustina Dávila. Salimos del Club de Jubilados a la 1:20 p.m. a caminar por Salamanca y Víctor hijo nos invitó a una cafetería donde comimos unos pinchos y una cerveza cada uno de nosotros.



Foto tomada en la terraza de una cafetería de Salamanca.

Seguidamente a las 2:00 p.m. fuimos a casa de Carmen para almorzar una paella con todos los hierros: pollo, carne, huevos, camarones, langosta, ostras y otras cosas más. Terminamos de almorzar a las 3:00 p.m. y nos quedamos conversando Carmen, Víctor,

Mari Carmen, Toño y yo. Salimos a las 7:00 p.m. a dar un paseo por cerca de la casa de Carmen en Salamanca donde yo tiré varias fotos. Toño nos invitó a una cafetería a tomar algo y comer un pincho, allí estuvimos más de 45 minutos, llegando poco tiempo después Víctor hijo y Agus, también pidieron una cerveza y un pincho. Esta cafetería está frente al edificio donde tienen el apartamento Laura y Martica. Víctor y Agus se despidieron de mí y se marcharon, ya que el próximo lunes van a Madrid para llevar a Laura al médico pues Iñigo su esposo salía de viaje. Regresamos a casa de Carmen y en el recorrido tiramos varias fotos a los edificios que encontramos en el camino. Al llegar

cenamos y después estuvimos viendo la tele hasta las 12:30 p.m. Después me bañé y me acosté.

Lunes 20 de junio del 2016. Me levanté a las 9:00 a.m. y desayuné como todos los días. Salimos con Víctor a una Tienda de Chinos que está cerca de la casa de Carmen, pero no encontramos una correa para la máquina de coser de Rosaida. Volvimos a casa de Carmen, y cuando estuvimos un rato esperando a José Miguel fotografiamos dentro de casa el comedor, la sala y el balcón. Después llegó José Miguel a las 10:30 a.m. para llevar el auto de Víctor al Centro de Inspección. Allí le entregaron los papeles de la Inspección y el sello, para poner en el parabrisas hasta el mes de mayo del 2017. Este auto Nissan tiene más de 10 años y por tanto tiene que pasarlo por la Inspección todos los años. Cobran 50 euros anuales.

Regresamos a las 11:30 a.m. a casa de Carmen. Ella había salido a comprar algo y estaba frente al edificio sentada en un banco. Posteriormente salimos como todos los días con Víctor al Club de Jubilados. Allí estuvimos tomándonos una copa de vino tinto y leyendo los periódicos que hay allí. Salimos a la 1:50 p.m. con rumbo a casa de Carmen para almorzar. A las 2:30 p.m. almorzamos una comida exquisita, como siempre: paella, bistec de res, pan, vino tinto y frutas. Al final terminamos a las 3:00 p.m.

Estuvimos viendo la tele y a las 6:00 p.m. llegaron Toño y Mari Carmen y salimos a dar un paseo por Salamanca. Cerca de la casa de Carmen, cuando habíamos caminado unas cuadras, aparecieron José Miguel y Elizabeth con la niña Clara. Continuamos caminando y Mari Carmen fue a donar sangre. A las 6:45 p.m. se marcharon José Miguel, Elizabeth y Clara. Víctor padre y yo estuvimos sentados en un banco esperando a Mari Carmen, Toño y Carmen que habían ido juntos a donde iba hacer la donación de sangre Mari Carmen Grande Francia. En el recorrido realizado tiramos varias fotos a los edificios por donde pasamos. A las 9:00 p.m. volvimos a casa de Carmen, al llegar se despidieron Toño y Mari Carmen, que se iban para su casa. Subimos y Carmen preparó la comida: una tortilla de papas muy sabrosa, un bistec de res, pan, vino tinto y una manzana grandísima. Terminamos a las 10:30 p.m. y estuvimos viendo en la tele el futbol. Después me bañé y me acosté a las 12:30 de la noche.

Martes 21 de junio del 2016. Me levanté a las 9:00 a.m. y me aseeé. Después desayuné como siempre. Terminé a las 9:30 a.m. escribiendo todo lo sucedido el día anterior. A las 10:30 a.m. salimos como todos los días Víctor y yo al Club de los Jubilados. Esto es una costumbre diaria de Víctor, que va a tomar una copa de vino y a leer el periódico. Pasamos por el Centro Municipal de Mayores (Asociación de Mayores de Pizarrales). Salimos a las 12:30 p.m. y fuimos a una tienda de chinos cerca de la casa de Carmen donde hice unas compras. Volvimos para casa de Carmen a almorzar, estuvimos viendo la tele y a las 2:30 p.m. almorzamos. El almuerzo como siempre exquisito. Nos pusimos a ver la tele y a las 6:40 p.m. Carmen puso una merienda (café con leche y unos dulces muy sabrosos). A las 7:00 p.m. llegaron Toño y Mari Carmen y nos pusimos todos a ver la tele y a las 9:00 p.m. a ver el partido de Croacia y España el cual perdió España (2 a 1). Posteriormente, a las 10:00 p.m. Carmen puso la comida, como siempre exquisita. Antes de marcharse, Mari Carmen llamó a Tony y yo hablé con él. Me dijo que Rosaida y el resto de la familia en Cuba todos están bien. A las 11:00 p.m. se marcharon Toño y Mari Carmen y a las 11:30 p.m. me fui a bañar. Me acosté a las 12:00 de la noche.

Miércoles 22 de junio del 2016. Me levanté a las 9:00 a.m. y desayuné como siempre (café con leche, un panqué muy sabroso y galletas de dulce). Cuando terminé a las 10:00 a.m. salimos Carmen y yo a casa de Mari Carmen. Llegamos a las 10:20 a.m. Llamamos a Juan Andrés Blanco (el director de la UNED de Zamora) y me dijo que estaba en Zamora, y que él había visto parte de la información que yo le había mandado y que él me avisaría el lunes a ver si nos podemos ver. De todas formas él va a Cuba en el mes de septiembre y trataremos de vernos allá en Cuba.

Regresamos a casa de Carmen a las 11:00 a.m. y a las 11:30 a.m. regresó Víctor que se había ido a pelar. Me invitó a ir al Club de Jubilados, como es costumbre nos tomamos una copa de vino tinto y estuvimos leyendo los periódicos. Estuvimos hasta la 1:30 p.m. y regresamos a casa de Carmen para almorzar. A las 2:30 p.m. Carmen nos sirvió un plato grandísimo de lentejas, pan, una costilla grande de puerco con papas fritas, vino tinto y un plátano de fruta. Terminamos a las 3:00 p.m. y estuvimos viendo la tele hasta las 6:00 p.m. que llegaron Toño y Mari Carmen, quienes me

invitaron a dar nuevamente un paseo por Salamanca.

Fuimos a la Plaza Mayor de Salamanca donde nos encontramos con José Miguel, Carlota y una prima de ella. Las dos niñas iban a bailar a las 7:00 p.m. en la Plaza. Allí había una banda de chavales tocando música joven, todos bailaron casi media hora, y a las 7:30 p.m. José Miguel se



José Miguel y las niñas bailando en la Plaza Mayor.

marchó con las dos niñas y fueron para una piscina a bañarse las dos niñas. Salimos caminando Toño, Mari Carmen, Carmen, Víctor y yo seguidamente Toño nos invitó a comernos un pincho y tomar una cerveza en una cafetería cerca de la Plaza Mayor.

Llegamos a casa de Carmen a las 9:00 p.m., subimos, me bañé y después comimos unas ruedas de merluza, pan, vino tinto, lascas de chorizo, jamón y queso blanco. Terminamos a las 10:30 p.m. Después, a las 12:00 de la noche me acosté.

Jueves 23 de junio del 2016. Me levanté a las 8:45 a.m. Fui al baño y me asecé. Después desayuné como de costumbre, todo muy bueno. A las 10:30 a.m. fuimos Víctor y yo igual que todos los días al Club de Jubilados. Carmen había salido al mercado a buscar algo de comida para llevar a Villarino en el viaje. En el Club nos tomamos una copa de vino tinto y estuvimos leyendo el periódico. Salimos a las 12:00 del mediodía y caminamos cerca, entramos en un bar y Víctor me invitó a una copa de vino, la tomamos y después regresamos a casa de Carmen esperando a que llegue Tony que viene de Santander a la 1:00 p.m. Nos pusimos a ver la tele, Tony llegó a



Foto en la cafetería que está debajo del edificio donde viven Víctor y Agus.



La casa de Carmen y Víctor en el pueblo de Villarino.

las 3:00 p.m. Lo fueron a buscar Toño y Mari Carmen, llegó a casa de Carmen donde lo estábamos esperando para almorzar. Comimos unos macarrones con chorizo de lo más sabroso, pan, vino tinto y lascas de pechuga de pollo empanizadas, todo exquisito como

La casa de Juan Calvo Martín.

siempre. Terminamos a las 3:30 p.m. A esa hora llegó Víctor hijo y nos invitó a dar un paseo por Salamanca, pasó por una tienda, paró y me compró una cafetera y él la pagó. Seguimos a una cafetería que está debajo del edificio donde viven Víctor y Agus. Allí llegamos Tony, yo, Mari Carmen, Víctor y Agus, después llegó Toño. Nos comimos unos pinchos y tomamos unas cervezas. Cuando estábamos allí llegó José Miguel con Elizabeth, Carlota y Clara, después llegó Jorge, el hijo de Toño y Mari Carmen.

A las 9:00 p.m. se marchó Jorge y poco después nos despedimos de José Miguel y Elizabeth y volvimos con Víctor hijo, Agus, Toño, Mari Carmen, Tony y yo a casa de Carmen, allí nos esperaba Carmen para comer a las 10:00 p.m. Comimos unas lascas de pechuga de pollo, de chorizo, de jamón y de queso blanco, pan y vino tinto. Por último un plátano fruta para Tony y otro para mí. Estuvimos viendo la tele y a las 12:00 de la noche nos bañamos y nos acostamos Tony y yo.

Viernes 24 de junio del 2016. Nos levantamos a las 9:00



Laureano Sendín Martín y José Martín Montes.



Víctor y Juan Calvo con otros paisanos jugando a las cartas.



La residencia para los ancianos que no tienen ayuda familiar y viven en el pueblo de Villarino de los Aires.



Placas conmemorativas en la fachada del Ayuntamiento de Villarino de los Aires.



La prima Carmen Calvo Martín. La hija de Tía Teresa.

a.m. y nos desayunamos como de costumbre. Terminamos a las 9:30 a.m. Carmen y Víctor padre estaban preparando para ir al pueblo de Villarino, saldríamos a las 11:00 a.m. cuando llegaran Toño y Mari Carmen. Antes de salir fuimos a una Tienda de Chinos cerca de la casa de Carmen y Tony compró manillas plásticas para los relojes, y yo compré una también.

Salimos de Salamanca a las 11:00 a.m. Tony se fue en el auto de Toño y yo fui con Carmen y Víctor en el auto de Víctor. Llegamos al pueblo de Villarino de los Aires a las 12:20 p.m. y estuvimos esperando un rato para almorzar. Vimos un poco de tele. A las 2:30 p.m. llegaron Víctor hijo y Agus, y a las 3:00 p.m. llegaron Iñigo y Laura. Nos saludamos, con un gran abrazo y un beso grandote para Laura que no la veíamos desde el viaje del año 2010. Después del almuerzo, Tony se quedó en la casa y yo



Familia casi completa de los hermanos de nuestra madre: Tía Teresa, Tía Joaquina, Tío Juan, Tío Manuel y Tío José.



La casa de Manuel Marcio en Villarino de los Aires.



Las sobrinas de Joaquina, la esposa de Manuel Marcio.



Foto en casa de Víctor hijo y Agus donde estamos: Tony y yo, Laura, Iñigo, Carmen y Víctor padre, Mari Carmen y Toño y un paisano amigo de la familia el cual vive en la casa de al lado de Vitín y Agus.

bajé al pueblo con Víctor padre, cuando íbamos llegando al pueblo Víctor hijo nos recogió y nos llevó a una cafetería. Allí me brindó un café y vimos al antiguo alcalde del pueblo, el Sr. José Martín Montes. Conversamos bastante de los problemas que existen en el pueblo de Villarino. Allí había llegado Víctor y también el primo Juan Calvo Martín y se pusieron a jugar a la baraja con otros paisanos.

Salí de la cafetería a las 3:30 p.m. y me dirigí a la Residencia a ver a Carmen Calvo Martín, la hermana de Juan Calvo Martín. Ella había bajado a su casa al pueblo y hasta allí fui, le entregué las fotos que llevábamos de Cuba del viaje anterior en 2013. Carmen se puso muy sentimental por la muerte de su hermano Manuel Calvo Martín que fue en el

año 2014, nos enseñó varias fotos de la familia y sacamos fotos de todas ellas para llevarlas para Cuba. Estuvimos un buen rato en su casa conversando de toda la familia, me preguntó que si Tony había venido, le dije que lo llevaría al día siguiente. Salí de casa de Carmen a las 7:00 p.m. Estuve hablando un buen rato con unos paisanos, recordando cosas de los emigrantes del pueblo de Villarino que emigraron para Cuba. A las 8:00 p.m. tratamos de ver a la esposa del primo José Martín, hijo de Tío Manuel, pero no la pudimos ver.



Monumento a don Antonio Santos Ullán.



Sra. María Victoria Figueira Quintel con Tony y Laureano.



Después pasamos por casa de Manuel Marcio García y paramos a hablar con las sobrinas de Joaquina, la esposa de Marcio. Allí tiramos algunas fotos, una de ellas me preguntó que si yo había conocido a Manuel



Antonio Sendín Orozco y Laureano Sendín Martín frente al Ayuntamiento de Villarino.

Marcio, le dije que sí, cuando yo tenía 10 o 12 años lo conocí en el *Club Villarino de La Habana*.

Posteriormente a las 8:20 p.m. subí a casa de Carmen para comer. En el recorrido hacia la casa de Carmen le tiré varias fotos a las casas, que se encuentran en la calle de entrada del pueblo de Villarino, estas son residencias todas muy bonitas y con jardines con muchas flores. Esperamos un poco y a las 10:00 p.m. Carmen y Mari Carmen se lucieron con la comida: unas albóndigas muy exquisitas de carne de res, pan y vino tinto; seguidamente lascas de jamón, chorizo y queso y por último un plátano fruta grandísimo muy sabroso. Posteriormente a las 11:00 p.m. fuimos a casa de Víctor hijo y Agus, donde nos brindaron un café y posteriormente unos tragos de bebida muy sabrosa. Estuvimos hablando con Iñigo, el esposo de Laura. Allí estuvimos hasta las 2:30 de la madrugada: Toño, Mari Carmen, Carmen, Víctor padre, Tony y yo, a esa hora volvimos a casa de Carmen para acostarnos. Tony se bañó y yo me acosté pues estaba bastante cansado del ajetreo de todo el día.

Sábado 25 de junio del 2016. Nos levantamos a las 10:30 a.m. y nos desayunamos como siempre leche con café, pan con mantequilla, panqué y galletas de dulce, todo muy rico y sabroso. Terminamos a las 11:00 a.m. y bajamos al pueblo con Víctor y Carmen en el auto de Víctor padre. Allí en el pueblo Carmen y yo entramos en la Tienda Laura, donde compré algunos artículos para la comida. En esta tienda tiré varias fotos de la cantidad de productos, es increíble la cantidad que tienen en tan poco espacio.

Todo tipo de embutidos, varios ahumados, chorizos, morcillas, latas de carne de todo tipo, jamón, quesos de todo tipo, bebidas, jugos, refrescos, galletas y otros tipos de golosinas.

Cuando salí de la tienda Tony y yo bajamos caminando al pueblo, por una calle que lo atraviesa y tiramos varias fotos. En el trayecto vimos un monumento a la memoria de don Antonio Santos Ullán.



José Martín, su esposa y Laureano Sendín Martín (foto tirada el año 2013).



Foto del almuerzo en casa de Vitín y Agus (aparecen: Agus, Laura, Antonio, Iñigo, Laureano, Carmen, Víctor padre, Mari Carmen y Toño).



En la foto aparece Carmen Francia Martín, Víctor Grande Benito, Mercedes Martín, Antonio (esposo de Mercedes Martín), Laureano Sendín Martín, Antonio Sendín Orozco y Víctor Grande Francia.

Después llegamos a la Oficina del Turismo, a un costado del Ayuntamiento, allí estuvimos hablando con la Sra. María Victoria Figueira Quintela, que es la empleada de la Oficina en el pueblo. Nos enseñó todo lo que tienen allí de propaganda y nos regaló a Tony y a mí dos jarritas con la efigie del *burro de Villarino*. En el intercambio le entregué toda la información que tenemos elaborada para el libro del centenario de la fundación del Club Villarino de La Habana, que se cumplirá el año 2019, y estamos trabajando para ver si el Sr. Juan Andrés Blanco, director de la UNED, lo puede editar en Zamora.

Cuando salimos de la Oficina de Turismo fuimos al Ayuntamiento y se encontraba cerrado. No había ningún empleado y no pudimos ver a nadie. Le llevamos la información de todo el trabajo elaborado para el Centenario de la Fundación del *Club Villarino de La Habana*. Allí nos tiramos algunas fotos. Más tarde fuimos a casa de la prima Carmen Calvo Martín, la hija de Tía Teresa, y no la pudimos ver, estaba para la Residencia.



La familia completa almorzando: la comida exquisita.



Nuevas escuelas fabricadas en el pueblo de Villarino de los Aires por la Junta en el año 2006.

Seguimos caminando y tocamos en casa del primo José Martín, hijo de Tío Manuel, el cual había fallecido en el año 2014, allí vimos a su esposa y estuvimos un rato hablando con ella y le entregué dos fotos que llevamos, las cuales había sacado en el viaje anterior de 2013, cuando estuvimos con ellos ese año, la esposa nos enseñó algunas fotos las cuales retrató.

Salimos a la 1:00 p.m. y llegamos a casa de Carmen para esperar el almuerzo. Agus y Víctor hijo nos invitaron a almorzar a las 3:00 p.m. un almuerzo estupendo, una paella con todos los ingredientes comprendidos: langosta, camarones, carne de puerco, de res, de pollo, almejas, etc., pan, vino tinto y después cachete de res guisado. Y por último un lomo asado con queso. Algo como para recordar siempre. Al final dulces finos, frutas, café y un trago de aguardiente que estaba exquisito. Estuvimos un rato haciendo sobremesa y a las 5:00 p.m. yo volví para casa de Carmen. Tony se quedó allí conectado con Cuba a través del wifi.

Yo bajé a las 6:00 p.m. para la piscina y tiré varias fotos, también a la cancha de jugar al tenis, la cual en su parte trasera tiene unos aditamentos para escalar. Allí retratamos a varios niños que estaban escalando y algunos mayores, entre ellos una mujer que debe tener más de 60 años y escaló hasta el final en la parte superior, poco más de 10 metros de altura. Estando en la cancha de tenis llegué a buscarnos José Miguel y me dijo que había llegado Mercedita Martín, la hija de Tío Juanito, y su esposo Antonio. Fuimos inmediatamente para casa de Carmen y los vimos, otro encuentro muy emocionante, le entregué tres fotos que habíamos sacado en el viaje anterior en el año 2013 en Salamanca. Seguidamente tiramos algunas fotos con el grupo. Después a las 7:30 p.m. Antonio, el esposo de Mercedita, nos invitó a ir al bar de la piscina a tomar un trago y comer un

pincho. Tony fue con nosotros también, allí tiramos varias fotos también. Posteriormente a las 8:00 p.m. ellos se marcharon para Valladolid donde viven.

Nosotros quedamos en casa de Carmen conversando y viendo alguna información, que llevamos en las memorias con la micro que tiene José Miguel. Allí estuvo también Carlota, Víctor hijo y Tony. A las 10:00 p.m. Carmen y Mari Carmen prepararon la comida como siempre exquisita: unas croquetas de jamón, pan, vino tinto, lascas de jamón, chorizo, queso y por último frutas. Estuvimos viendo la tele hasta la 11:30 p.m. Fui al baño y después me acosté. Otro día bastante cargado de visitas y otras cosas.

Domingo 26 de junio del 2016. Día de las elecciones en España. Me levanté a las 9:30 a.m. y desayuné. Cuando Clara se levantó preguntando por Tony, él se levantó a las 10:00 a.m. Víctor padre bajó a las votaciones y nosotros nos quedamos viendo la tele, después a las 10:30 a.m. Víctor nos invitó al bar cafetería Corcho que hay en el pueblo a tomar algo y comernos un pincho. Allí estaban Iñigo y Laura, Vitín y Agus y un amigo de la familia, y las dos niñas Carlota y Clara. También estaban José Miguel y Elizabeth, allí estuvimos un rato grande y después subimos al bar de la piscina. Cuando salimos del bar de la piscina a las 2:30 p.m. volvimos a casa de Carmen donde nos tenían preparado un banquete: costillas de res a la parrilla, costillas de puerco, un pincho con carne de puerco, lascas de jamón, chorizo, pan, vino tinto, ensalada de lechuga tipo americana, y otras cosas más. Al final nos comimos unas paleticas de helado muy sabrosas. Al final a las 4:30 p.m. abrieron las botellas de ron cubano, que llevamos Tony y yo y estuvimos un gran rato tomando el ron cubano: Toño, Vitín, José Miguel, Víctor padre, Iñigo, Tony, yo, Agus, Mari Carmen, Carmen, Elizabeth y Laura.

A las 6:30 p.m. bajamos al pueblo con Víctor padre y también bajó Toño, Mari Carmen y Carmen, los cuales fueron al colegio electoral a ejercer las votaciones, donde tiramos varias fotos. Víctor nos invitó nuevamente al bar y allí nos tomamos unos tragos. Tony se había quedado en casa de Carmen durmiendo. Posteriormente Toño fue a la Residencia a ver a su tío.

Nosotros fuimos a un parque con las dos niñas, pasamos por cerca de las nuevas escuelas del pueblo de Villarino, que ha hecho la Junta de Castilla y León en el año 2006, después que derrumbaron las 5 escuelas que se habían hecho en el año 1927 con la ayuda de los asociados del *Club Villarino de La Habana*. Allí tiramos varias fotos.

A las 7:30 p.m. volvimos para casa de Carmen y a las 10:00 p.m. comimos como siempre una exquisita comida: un pincho con carne de puerco, trozos de chorizo, costillas de puerco, mucho pan y vino tinto elaborado en la bodega que tiene Víctor padre en su casa en el pueblo de Villarino de los Aires. Después de la comida estuvimos viendo el partido de futbol entre Hungría y Bélgica. Poco más tarde estuvimos viendo el resultado de las elecciones donde ganó el PP con el Sr. Mariano Rajoy, el segundo lugar para el PSOE con el Sr. Pedro Sánchez, el tercero Podemos con el Sr. Pablo Iglesias y por último el cuarto Ciudadanos con el Sr. Albert Rivera. Hasta aquí nuestro viaje realizado en el año 2016.

**RELATOS DE
ESPAÑA**

Historias de mi peregrinar por tierras de mi Castilla

Antonio Sánchez Madrid

UN MACOTERANO ENTRE LOS PEREGRINOS DE SANTA TERESA DE JESÚS

Fue en ese año 2015¹ que se nos fue, poco a poco, año que estoy recordando muchas andanzas de mi 75 años de mi vida con mi familia, y muy especial en las vacaciones de verano en mi Macotera. Como ustedes saben ese 2015 hemos cumplido el V Centenario de esta nuestra ilustre castellana santa Teresa de Jesús, se han hecho muchas peregrinaciones de la cuna al sepulcro entre donde nació Ávila y, donde murió, Alba de Tormes, muchas de estas peregrinaciones han pasado por nuestra querida Macotera; pues bien, este humilde macoterano os quiere contar algo de sus vivencias con esa buena gente. Fue el agosto del 2013 cuando el sacerdote don José M^a Blas Rodríguez con su grupo de Arrieros de Fuenterroble de Salvatierra hicieron la ruta de la cuna al sepulcro entre Ávila y Alba de Tormes pasando por nuestra querida Macotera. El agosto del 2014 hicieron la misma ruta las peregrinaciones dirigidas por el sacerdote carmelita don Antonio González López y el macoterano diputado por Salamanca don Antonio Gómez Bueno, los caminos fueron marcados con mojones, los azulejos en las fachadas de nuestro pueblo marcaban las direcciones Ávila-Alba, y Alba-Ávila, y ahora ya os quiero contar las vivencias y alegrías que hemos tenido mi esposa Manola y yo en el mes y medio que hemos estado ese verano en mi pueblo. Llegamos a Macotera el sábado día uno de agosto y, como muchos de ustedes saben, hay que ordenar un poco la

¹ El presente trabajo está compuesto por varias piezas literarias redactadas entre 2015 y 2018. Independientemente del momento histórico que se narra en cada caso, se ha conservado el orden de presentación del autor. Le damos título de la miscelánea tomándolo de una de las piezas que lo componen. (N.E.)

casa pues estaba de todo un año cerrada; nos saludamos con los vecinos que están todo el año en el pueblo y salimos a comprar algo de provisiones para ir llenando el frigorífico. Llegó el domingo, día de precepto, decidimos ir a misa por la tarde cosa que al entrar en la iglesia nos llevamos una gran alegría, pues un grupo de peregrinos de la Pastoral Universitaria de Madrid que estaban haciendo el camino teresiano entre Alba y Ávila. El sacerdote que venía con el grupo, don Jesús Zurita, ofició la Eucaristía; dentro del grupo de peregrinos venían varios músicos que habían tocado años atrás en las eucaristías celebradas por su santidad el Papa Benedicto XVI en la base de Cuatro Vientos Madrid, tocaron y cantaron sus canciones en nuestra iglesia; los macoteranos allí presentes nos mirábamos unos a los otros con gran emoción, al salir de la iglesia recordábamos la solemnidad de aquellos jueves que brillaban más que el sol en nuestra iglesia de Nuestra Señora del Castillo. Pernoctaron una noche en el pabellón deportivo, pero antes de irse a dormir les enseñamos el Museo, nuestras calles y la ermita de nuestra querida Virgen de la Encina. El lunes me levanté temprano y, les regalé lo mismo que hizo aquel muchacho del Evangelio, en este caso fueron cinco panes y cinco cajas de perronillas² para que se las comieran en el camino. Aprovecho para decirles que a los grupos de peregrinos que he tenido la suerte de participar con ellos en algunos tramos del camino lindando con nuestro pueblo, les hemos regalado lo mismo.

Estos peregrinos de Madrid me comentaron si les podía indicar el camino para dirigirse a Mancera de Abajo, les dije con mucho gusto que sí. Salimos con dirección para que vieran nuestra Plaza de Toros, nueva, las piscinas, el paseo marítimo [*sic*] con dirección casa de la Señora "Pinta" y Juan "el Colorado"³, cogimos el camino Carra Mancera con dirección Las Boganas y Charco de la Vacá; llevábamos poco rato andando

² La *perronilla* o *perrunilla* es dulce tradicional salmantino, posiblemente de origen conventual, que conforma una pasta seca a base de manteca de cerco, azúcar, harina, almendras y otros ingredientes. (N.E.)

³ Como en otros muchos pueblos castellanos, en Macotera está muy extendido el uso de mote o sobrenombres tanto individuales como familiares sin que comporten necesariamente un sentido peyorativo. El propio autor se refiere a sí mismo como "el Corto". Véase, CUESTA HERNÁNDEZ, Eutimio. *Macotera, sus gentes, usos y costumbres*. Salamanca, 2004.

cuando un peregrino miró hacia atrás y, me preguntó por lo que se divisaba en lo alto de aquel ceno, hicimos un alto en el camino y les expliqué que era un monumento al Corazón de Jesús muy parecido al que tenían ellos en Madrid; rezamos un Padrenuestro y, seguimos el camino hacia delante, y al llegar a la Charca la Vacá me despedí de ellos, no sin antes recitarles unos versos de Juan "Machaca", Grandeza de Macotera, y desearles que llegaran con bien a Ávila.

Han pasado varios grupos de peregrinos unos con dirección Ávila, otros dirección Alba, de Murcia capital llegaron una mañana un centenar, iban dirección Tordillos, hablando con uno de ellos me dijo que tenía familia en Sabadell, primo carnal del padre del futbolista Cristian Tello que jugó en el Barcelona y, ahora está con el portero Casillas en el equipo del Oporto. Yo le dije que somos vecinos y le he visto jugar en los equipos de mi barrio de Sabadell. Vísperas de San Roque llegaron varios grupos y gente individual. Rezaba en los carteles que para el día diez de septiembre llegaría a Macotera la XVI Ruta Carreteril, Cabaña Real de Carreteros, de Burgos, Soria, Gredos, un grupo de peregrinos acompañados por dos carretas tiradas por dos parejas de bueyes preciosos, tres de ellos rojos color caramelo y, uno jardo⁴, quiero decirlos amigos lectores del programa de la emigración que yo cuando contemplaba aquel cartel con aquellos bueyes tirando aquellas carretas se me fue la mente hacia atrás recordando los años cincuenta y, sesenta en nuestra querida Macotera aquellas yuntas de bueyes del Señor Ricardo: "el Monsas", "el Millonario" y "el Piconero", de la Señora Beatriz: la "Pepina", "el Morucho" y "el Zenón", de Gregorio y M^a Antonia: "Adrianes", "el Jardo" y el "Malbaloco", "Morrito" y "el Conejo", "de Facó", "de Rosa", "el Lagartijo" y "Cantiner", los rojos y blancos de Miguel de la Paz, la de "los Fachendas", que fui muchos días a llevarlos y a buscarlos al prado, y otras muchas parejas de rumiantes que estarán en la mente de muchos españoles de mi generación labrando aquellas tierras fértiles de nuestra querida España. Según mi familia me recordaron que las vacaciones se me acababan a último de

⁴ Aplicado al pelaje del ganado bovino, animal de color blanco con manchas negras. (N.E.)

agosto, así que yo no sabía qué hacer. Pensando pensando, un buen día de madrugada me salí a pasear por las calles de Macotera; eran las ocho y media de la mañana cuando paseaba por la plaza de la Leña, a esa hora tocaba la campana de la ermita de la Virgen de la Encina, entré a rezarle una salve y a pedirle que intercediera ante mi familia para que nos pudiéramos quedar mi esposa y yo hasta mediados de septiembre pues hacía varios años que no nos quedábamos a la fiesta de la Virgen del ocho de septiembre; lo conseguimos, así que mi esposa y yo hemos disfrutado de la fiesta de nuestra Patrona, y también de los peregrinos que llegaron con bueyes y carros a nuestro pueblo.

Todas, estas historia y, anécdotas que cuento a mis nietos [que] me llenan de alegría y emoción, pues es mi nieto Pablo que con sus trece añitos, Lucia con diez y Helena con cinco, cuando vienen a mi casa me preguntan -“abuelo, por qué desde que te jubilaste el año 2000 te gusta escribir historias de estos dos pueblos”. -“Pues mira, majo, porque son dos pueblos muy bonitos y las personas que habitamos en ellos es buena gente y muy trabajadora, a más a más, han tenido unos intercambios comerciales muy importantes por las lanas de las ovejas, Sabadell y Terrassa, han sido y son dos pueblos donde las industrias textiles son muy fuertes; también [en] Macotera tuvo [sic] mucho auge las ovejas y la lana. Recuerdo de niño y de mozo aquellos pastores con los que me encontré yo como zagal pastoreando aquellas piaras⁵ de ovejas por los pagos de mi pueblo, y aquellos chalanés⁶ laneros comprando los vellones de lana de las ovejas, la merina de Extremadura, la entrefina de Castilla y León, y la churra de Aragón. Todos aquellos miles de kilos de lana que sorteaban, y allí se encontraba tu abuela Manola siempre pegada aquellos *zeazos*⁷ clasificando por tipos cada vellón, después se lavaban en los ríos, en Macotera en el río Margañan, en Alba de Tormes en el río que lleva su nombre,

⁵ En sentido estricto actualmente se utiliza para designar a la manada de cerdos, pero antiguamente se extendía a cualquier grupo de ganado doméstico. (N.E.)

⁶ En Castilla, antiguamente, comerciante, especialmente de ganado. (N.E.)

⁷ De cedazo, útil campesino para cribar cereales u otras materias primas de origen agrícola o ganadero. (N.E.)

en el Pardo en el río Manzanares. Todos estos trabajos los hacíamos los obreros a mano; después llegaron los años sesenta y en Macotera se montaron varios lavaderos mecánicos; después toda la lana lavada se transportaba en camiones bien a Béjar bien a Salamanca, y a estos dos pueblos antes mencionados, que tenían montada toda la industria textil. Mis otras respuestas que le doy a mis nietos es por los consejos que me han dado tus padres como médicos que son para que haga gimnasia mental. Ellos, mis hijos, fueron los que me regalaron un ordenador para que escriba historias de nuestras vivencias; tardé bastante tiempo en aprender a escribir un poco, pues de niño fui muy poco a la escuela y, tanto tu abuela como yo tuvimos que trabajar mucho para sacar la casa a delante y dar estudios a vuestros padres”.

LOS CUATROS GRANDES DEL TORO: HAY QUÉ PENA DE NO VERLOS

Corríamos un centenar de muchachos los últimos días del mes de agosto del año 1947 por aquellas calles empinadas de mi barrio de Macotera jugando al toro y, cantando “Manolete, Manolete, si no sabes torear, pa qué te metes”; pues bien, se ha cumplido el día 4 de julio de este 2017 el centenario del su nacimiento y, este mismo año el día 28 de agosto el setenta aniversario de su muerte. Fue un toro de la famosa ganadería sevillana de don Eduardo Miura, de nombre “Islero”, que acabó en la Plaza de Toros de Linares con el torero más grande que ha habido en España, Manuel Laureano Rodríguez Sánchez “Manolete”. Son muchas las preguntas y las respuestas que al paso de estos años este viejo aficionado a los toros me he hecho. De todos es bien sabido que en esta mi querida Macotera ha habido y hay gran afición al toro fiero, y cómo llegó la noticia [a] aquellos niños de ayer de la muerte del torero más grande que a dado el siglo XX. Era [a] la zona de las Aceras, Pajar de los Pobres, Fuente el Carril, Puente de la Calle Honda y el Porquero donde iban y venían mucha cantidad de animales, unos para llevarlos a los prados a pastar la yerbas,

otros a darles careo⁸ por los barbechos, y en los cuartos de plaza que echaban la gente que llevaban el ganado por las mañanas y al recogerlo por la tarde comentaban los temas de actualidad, y como no el tema de la muerte de Manolete fue uno de lo que comentaban varios días, recuerdo algunos ganaderos, chalanos y arreadores del ganado que me viene ahora a la memoria que en esos entornos hablaban de los temas del toro; los Boleles, Binatos, Biscochos, Juanpericos, Peinetas, Alemanes y otros muchos que al llevar el ganado a pastorear se apuntaban “al cuarto de plaza”⁹, como decía mi tía Pascualina. Los niños de entonces almacenamos en nuestro pequeño cerebro el tema que ahora estamos recordando, fue un tema también de hablar por las noches al fresco en las calles, en San Roque con sus tradicionales encierros, en el mes de Septiembre con sus ferias de Peñaranda y Salamanca. Recordando ahora algunas anécdotas que me contó mi padre cómo por entonces se las apañaban las familias con alguna mentirijilla a los vecinos para ir a la capital charra a ver las corridas de toros, mi padre me contaba que al ser el hijo único y sus padres muy aficionados a los toros, mi abuela Beatriz les decía a las vecinas alguna mentira piadosa cuando marchaba a la capital charra para disimular que se iban a los toros. Al regreso de la feria haciendo calceta en la solanera se lo reían con las vecinas: -“Nos hemos gastados los céntimos que llevábamos en la fratiquera¹⁰ en la ciudad del Tormes y, ahora tenemos que pasar el resto del mes de septiembre más duro que la cuesta del mes de enero”.

Los poetas de entonces escribieron grandes poemas y, los cantaores de la copla se unieron para homenajear al *Califa de Córdoba*, Quintero, León y Quiroga escribieron para que le pusiera voz Juanita Reina en los grandes teatros "Capote de grana y oro, alegre como una rosa que esta delante del toro igual que una mariposa". Al gitano de Salamanca, Rafael Farina, le escribieron Ochaíta, Valerio y Solano *Las campanas de Linares*: “Son clarines de la Aurora /

⁸ Acción de dar de comer y beber a un rebaño trashumante o trasterminante. (N.E.)

⁹ Expresión local macoterana que significa quedarse a charlar un rato. (N.E.)

¹⁰ Pequeño bolso de tela o cuero, a modo de monedero, propio del traje regional femenino charro. (N.E.)

que a la gente calaina¹¹ / las campanitas tesoro / de esta tierra de la minas. / Torero, / ¡ay, de Linares los toreros! / Lloran lágrimas a mares, / ya se apagaron los “olés”¹² / y la muerte por Linares, va encendiendo sus faroles”.

Tengo grandes amigos jiennenses de esas tierras de olivos con sus troncos retorcidos: de Linares, Andújar, Iberos, Martos y La Carolina; cuando se reúnen aquí en Sabadell para celebrar la fiesta de su Virgen de la Cabeza me cuentan cuando se presentó el Gitano de Salamanca¹³ con su capa castellana en la plaza de toros de Linares llena de público hasta la bandera, resonaron los aplausos asta en el fondo de las minas y, al acabar el espectáculo lo sacaron a hombros de la plaza por todo el pueblo. Otro cantaor de la copla, Juanito Valdenama, [cantó] *Los cuatro puntales*; los autores fueron Marcos Manuel y Valderrama: “Juan Belmonte, Joselito, / Rafael el Gallo Hechicero / y, un Manuel, Manuel Rodríguez “Manolete”, / ¡qué torero!” / Los cuatro grandes del toro / ¡ay qué pena de no verlos! / Cartel de feria exclusivo del empresario del Cielo”.

Amigos de Macotera y, aficionados al toro fiero, estos recuerdos y homenaje a los pintores que reflejan con sus pinceles en los carteles de las ferias, los poetas escribiendo verso para los cantaores de la copla dedicada a los toreros, los escritores y fotógrafos, con su pluma y su cámara dejando miles de libros para el recuerdo de nuestras memorias, y al capote de San Roque que en manos de esos aficionados al toro que tiene mi Macotera. De los libros del Cossío he sacado estos versos al famoso torero Antonio Sánchez "Tato": “Hoy sin temor de mentir, y tras afán singular, bien / puede el labio decir, que Cádiz vuelve a gozar, / porque te vuelve a aplaudir. / Disípese tu dolor, si / se la corte la trama, pudo inspirarte temor, eso te da / más valor, y acrecienta más tu fama. / Pues por tan infame ardid / no pasaste tú el primero, / que en desaprobada lid hizo / lo mismo Madrid con Montes y el Chiclanero”.

¹¹ En la canción original, estrenada en 1956, aparece como “encalamina”, figuración de los pasos sobre el pavimento. (N.E.)

¹² En la versión original, “soles”. (N.E.)

¹³ Alude de nuevo al salmantino Rafael Antonio Salazar Motos, más conocido como Rafael Farina (1923-1995). (N.E.)

OTRA SANTA DE NOMBRE TERESA EN SABADELL

Corría el 1 de agosto del año 1986 cuando llegaron a Sabadell unas monjitas hijas de la caridad, que les llamaban las hermanas de Calcuta; pues bien, entre ellas una se hacía llamar madre Teresa de Calcuta, para atender a los más pobres y, desheredados que en los grandes pueblos y ciudades suelen haber, su primera casa fue en la barriada de Torre Romeo, parece ser que la casa se les quedaba pequeña para poder atender a los que allí se acercaban a pedir un plato de comida caliente; gente de bien de este pueblo lanero les dejaron una casa en la Gran Vía y, un local cerca de la iglesia del Salvador donde estas misioneras de la caridad fueron criando raíces hasta el día de hoy que se han hecho su nueva casa cerca del puente de río Ripoll de la carretera que nos conduce al Santuario de la Madre de Dios de la Salud. Han pasado 30 años en que mi familia y yo tuvimos la gran suerte de saludar aquí en Sabadell a esta mujer de mirada tierna y arrugas en su cara y, que ahora después de muerta se nos ha ido al Cielo, la tenemos en los altares con el nombre de santa Teresa de Calcuta.

Llegó a esta mi barriada de Cifuentes de Sabadell, una mujer por el mes de abril del año 1987, mendigando y durmiendo en los portales de los bloques de pisos de este mi barrio; pues bien, los que madrugábamos para ir a trabajar comentábamos -“Esta buena mujer, ¿qué es de su vida?”. La dábamos de comer algo de lo que la buena mujer nos pedía, la preguntábamos por su familia o por donde había vivido. Nada nos respondía, así que tuvimos que hablar con la asistente social del barrio y la Policía Urbana para que indagaran como esta buena mujer estaba sola y abandonada.

Venia de trabajar a las dos de la tarde, mi esposa mis suegros y, mis hijos, me comentaban "la abuela sigue aquí con nosotros". -“¡Bueno, bueno, ya se arreglará el problema". Esta figura me evoca en aquellos años cuando estaba viviendo cerca del Pajar de los Pobres, junto a la Fuente el Carril de Macotera; llegaban aquellas personas con hambre de siete leguas y era aleccionador observar a las familias samaritanas de ese barrio de la Fuente del Carril, les ofrecían algo de comer de lo poco que tenían.

Un día de buena mañana esta buena mujer desaparece de este mi barrio; llego el mes de mayo, donde solemos celebrar la fiesta de la Virgen de la Salud en su Santuario, allí en la montaña; suele acudir todo el pueblo

de Sabadell; unos en coches, otros en autobús; salimos toda mi familia en el autobús hacia la Romería y tuvimos la gran suerte de que, en unas de las paradas, que hacia el autobús, montaron las monjitas de Calcuta con un grupo de pobres que ellas atendían en su casa, entre ellos iba la buena mujer que un tiempo atrás habíamos atendido en este mi barrio. Al vernos la buena mujer en el autobús vino a saludarnos y a darnos las gracias por aquellos días que estuvo en nuestro barrio, tuvimos la suerte que aquel día estaba de visita en Sabadell la madre Teresa de Calcuta y, acompañó a sus hijas y sus pobres que esas misioneras de la caridad atienden en este pueblo lanero a la romería de la Virgen de la Salud. La saludamos y, en el saludo le regaló a mi esposa Manola un escrito con su cara amable y unos poemas que al leerlos nos da la sensación que estamos leyendo los Mandamientos que el Señor mandó a Moisés grabar en la Montaña Sagrada. Toda esta historia nos llena de alegría en este año 2016 en el que su santidad el Papa Francisco ha clausurado con el año de la misericordia y el perdón; también que su Santidad haya elevado a los altares con el nombre de santa Teresa de Calcuta.

Buenos amigos de Castilla y León, el poema que esta monja y, ahora ya Santa le regaló a mi esposa Manola, os lo hago llegar como un regalo tan bonito de esta mujer que estuvo entre nosotros este pasado siglo XX y, que ya la tenemos en el almanaque el día 5 de septiembre de este año 2017 como santa Teresa de Calcuta. Hablando de Santa Teresa, aprovecho para recordarnos la buena noticia que nos a echo llegar su santidad el Papa Francisco, como al caer en domingo 15 de octubre del 2017, festividad de santa Teresa de Jesús, será Año Teresiano, me da la sensación que algo bonito será este 2017 y años venideros en aquellas tierras castellanas y sus pueblos de Ávila y Salamanca entre los que se encuentra el mío, Macotera¹⁴.

¹⁴ En este punto, el autor reproduce el poema *¿Cuál es?*, de Agnes Gonxha Bojaxhiu, también conocida como Madre Teresa de Calcuta (1910-1997), monja, misionera y activista católica. (N.E.)

UNA MOZA DEL BARRIO DE SANTA ANA Y UN MOZO DEL BARRIO DE LA FUENTE DEL CARRIL

Corría el año 1960 cuando en un pueblo de la provincia de Salamanca, la villa de Macotera, una moza de 16 años del barrio de Santa Ana, de nombre Manola, y un mozo de 20 años del barrio de la Fuente del Carril, de nombre Antonio, empezaron unas relaciones de amistad como cosa natural de vida de dos jóvenes, una moza y un mozo; pues bien, al paso de dos años el mozo se tuvo que ir a cumplir con el servicio militar a Madrid y, aquella amistad quedó un poco mermada, puesto que hasta los cinco meses no me dieron permiso para ir al pueblo. Os cuento: a muchos de los cuarenta quintos que salimos de Macotera para hacer la mili les tocó a Salamanca; a Salamanca marchó por entonces a trabajar Manola, por ahí digamos no tuve suerte, pues de haberme tocado a hacer la mili en Salamanca nos hubiéramos visto muchos días. Con el primer permiso que me dieron para ir al pueblo, tampoco tuve buena suerte pues me lo dieron el 20 de agosto, donde las fiestas de la Virgen y San Roque las celebramos del 14 al 19 de agosto, fechas que siempre son bonitas para ir relacionándose una pareja de jóvenes; pues bien, como el permiso fue de un mes, estuve en Macotera hasta el 20 de septiembre. En septiembre hay una fecha que es el 8, día que celebramos los macoteranos la fiesta de nuestra patrona, la Virgen de la Encina; el día 7 por la noche se celebraba la hoguera en honor a la Virgen, donde los mozos solíamos saltar la hoguera. Al saltar la hoguera, la moza que yo había pretendido pasear y bailar con ella antes de irme a la mili me aplaudía; me acerqué a ella, y fue el principio de empezar unas relaciones de novios y, después de regresar otra vez al cuartel nos empezamos a escribir cartas, cosa que los soldados lo agradecíamos mucho y más cuando eran las cartas de la novia; y a esperar que me dieran otro permiso para Navidad.

Cumplí el servicio militar y, marché licenciado hacia mi pueblo Macotera un 16 de julio del año 1963; allí estuve trabajando en las recogidas de los cereales hasta el 30 de agosto de ese mismo año. De todos es bien sabido que los días que se empleaban en la recogida de los cereales los domingos no solíamos hacer fiesta, sólo el 18 de julio, el 25 Santiago y el 15 de agosto día de la Virgen de la Encina y el 16, 17 y 18, días de

nuestro Patrón San Roque. Estas fiestas que con tanto cariño recordamos al día de hoy mi esposa y yo, y que dio fruto para aquellas relaciones de novios quedaran selladas para un día casarnos.

Como son unas historias y unas vivencias tan bonitas que queremos contar a nuestros hijos y nietos, esta segunda parte pertenece a mi otro querido pueblo Sabadell, a Sabadell me vine a trabajar a una empresa textil un 30 de agosto del año 1963; en esta ciudad lanera las vacaciones de verano nos daban tres semanas, de mediados de julio al tres de agosto, así como diría un castizo “otra pena más”, puesto que cuando llegaba a Macotera de vacaciones Manola mi novia estaba segando con su padre y hermanos y solo nos podíamos ver las fiestas antes mencionadas del 18 de julio y el 25, Santiago. El primer año me quedé hasta el 20 de agosto para poder pasar los *San Roques* en Macotera con mi novia. Cuando regreso de vacaciones a Sabadell hubo bronca y pitos por no cumplir las ordenanzas laborales y, me castigaron con unos días de desempleo y sueldo. Queremos decir que fueron las fiestas de San Roque más bonitas que al día de hoy recordamos tu madre –abuela- y, yo. Después de todos estos acontecimientos que os hemos contado, fueron cinco años de Manola trabajando en Macotera y yo en Sabadell; sólo nos comunicábamos por cartas y nos veíamos una vez al año, pero con la ilusión de ir preparando para que un día llegara la hora de casarnos, que fue un 27 de julio de 1968, de esta fecha contada de ocho años de preparación para el sacramento del matrimonio. Llega ahora la de los cincuenta años del matrimonio que decimos -y muy bien- la de las bodas de oro; pues bien, lo primero que queremos dar gracias a Dios por haber querido que llegara este día tan bonito para podernos reunir toda la familia en nuestra querida Macotera.

En cincuenta años hay muchas cosas que contar, y es verdad, tirando un poco de memoria, vamos a contar las más bonitas que son muchas, lo primero el día de nuestra boda, fue en la iglesia de Nuestra Señora del Castillo de la villa de Macotera, Salamanca. El Sacerdote que nos unió en el Sacramento del matrimonio don Ignacio Pinto, un sacerdote joven que había llegado por entonces a nuestro pueblo; en la ceremonia religiosa tuvimos el honor con nuestras familias que nos honrara con su presencia el señor Gobernador Civil de Salamanca. Después el banquete lo celebramos

en el salón que había en el pueblo para el baile y el cine; la comida, recordamos, paella, cordero guisado, merluza rebozada, tarta, helado, café y, puro. El baile lo amenizó la orquesta macoterana de *Los Ercas*; estuvimos bailando hasta las tantas de la noche. La luna de miel la celebramos en Macotera, en sus fiestas patronales, de la Virgen y nuestro patrón San Roque. Cumplí las vacaciones que me habían dado y nos vinimos para Sabadell. En Sabadell, montamos el nuevo hogar con mi esposa Manola, el fruto de nuestro matrimonio en este nuestro segundo pueblo Sabadell han sido de dos hijos preciosos, Antonio y María y, ahora después de 50 años casados, tres preciosos nietos: Pablo, Lucia y, Helena.

En estos 50 años de casados esperábamos con mucha ilusión que llegaran las vacaciones del verano para ir a dar una vuelta al pueblo de nuestros amores, Macotera. Los viajes los hacíamos bien en tren o en autocar, los primeros años se hacía largo el viaje tanto por tren como por autocar, ahora ya con el tren AVE hasta Madrid la cosa van muy bien. Cuando nacieron nuestros hijos y los llevábamos de vacaciones al pueblo todo era una ilusión y una alegría por ir al pueblo a ver a sus abuelos; una de las ilusiones que más les hacía era cuando llegábamos a Peñaranda de Bracamonte y se empezaba a divisar el Monumento del Sagrado Corazón de Jesús. Está bonito al día de hoy recordar las andanzas del barrio de Santa Ana y, ahora el de la Fuente del Carril. Quiero dar las gracias a un santanero de bien, don José Flores Martín por dedicarle un poema a ese barrio donde tenemos ahora nuestra segunda residencia, mi esposa, mis hijos y nietos, y yo. Y en agradecimiento a ese barrio tan castizo y santanero, un buen día, este que os escribe le hice este poema al barrio de Santa Ana.

A LA FUENTE DEL CARRIL,
por José Flores Martín

*Dime ¿dónde vas morena?
¿dónde vas macoterana?
Dime ¿dónde vas lucero
a las dos de la mañana?*

*Voy a la Fuentecarril
a beber un vaso de agua
que dicen que es muy buena
a las dos de la mañana.*

*Dime ¿dónde vas estrella
¿dónde vas macoterana?
Mira que es sospechoso
a las dos de la mañana.*

*Voy a la Fuentecarril
a beber sus frescas aguas
que dicen que son saludables
y alivian todas las ansias.*

**BARRIO DE SANTA ANA,
por Antonio Sánchez Madrid, “el Corto”**

*Barrio de san Joaquín y Santa Ana,
barrio de una copla inmortal,
barrio de un maestro y un poeta,
barrio de un escuela y un hospital.*

*Barrio que preside la Virgen,
barrio de gente con solera,
barrio una ermita fue su origen,
barrio de mi Macotera.*

*Barrio donde afanaron mis abuelos,
barrio donde jugó mi mujer,
barrio que yo quiero con anhelos,
barrio que cada año yo quiero ver.*

HISTORIAS DE MI PEREGRINAR POR TIERRAS DE MI CASTILLA

Quiero contaros los acontecimientos que he vivido este año 2004 en el mes de agosto en Macotera. En primer lugar os contaré lo de los peregrinos (en este año, Año Santo Compostelano), que han caminado por la Ruta de la Plata, entre Sevilla y Santiago de Compostela, pasando por algunos pueblos de Castilla. Pues bien, al llegar a primeros de agosto a Macotera, me encontré con unos amigos que estaban preparando la peregrinación entre unos pueblos y lugares que habían estado estos amigos nuestros que tenemos en el cielo: san Juan de la Cruz, santa Teresa de Jesús, la Madre Maravillas¹⁵, y el Padre Nieto¹⁶. El día 5 de Agosto, fue el primer encuentro de peregrinos en Duruelo, en el convento que fundase san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús, y donde estuvo la Madre Maravillas y donde ahora hay unas monjitas que rezan por todos nosotros.

Antes de nada, quisiera dar las gracias a unas personas que me ayudaron a llegar al convento de Duruelo, primero fue el padre de la joven poeta Maite Sánchez Caballo, que me llevó de Macotera a Salmoral, de Salmoral a Mancera un buen samaritano, y de Mancera a Duruelo me enseñó el camino “Lorenzo el Pondera”. Cuando iba caminando por ese camino, vi pasar el autocar que traía los peregrinos de todas partes del mundo, al mirar hacia atrás, vi un coche averiado que estaba echando humo, me acerqué a preguntarle al señor que le pasaba a su coche, cual sería mi sorpresa, que al levantar el buen señor la cabeza, era don José María Blas Rodríguez, más conocido como el Padre Blas; le ayudé a echar agua al radiador y cuando el viejo coche pudo continuar el camino, me preguntó que dónde iba, yo le dije que vivía en Sabadell, y que estaba de vacaciones en Macotera, y que quería ir a Duruelo y ayudar a los carreros, me invitó a montar con él, en el coche, y al poco rato nos presentamos en Duruelo.

¹⁵ Nombre popular con el que se conoce a la monja y mística católica María Maravillas Pidal y Chico de Guzmán (1891-1974), canonizada en 2003. Es venerada en Macotera y su comarca porque refundó el convento de Carmelitas Descalzas de Mancera de Abajo. (N.E.)

¹⁶ Manuel García Nieto (1894-1974), sacerdote y docente jesuita oriundo de Macotera, en proceso de canonización. (N.E.)

Lo primero que hicimos fue entrar en la ermita (que regentan las monjas de clausura) y dar Gracias a Dios por haber llegado con bien. Ya en el camino me había comentado que querían estar con las gentes de todos esos pueblos con la imagen del Apóstol que traían en un carro y con todos los peregrinos que se iban agregando de todos los pueblos. El rato que estuvimos en aquel entorno tan acogedor, fue para todos los peregrinos que nos encontramos allí algo inolvidable, las monjitas nos obsequiaron con cánticos que me recordaban cuando de pequeño estuve en las escuelas del hospital de Santa Ana, con sor Elena, sor Rafaela, sor Dorotea, sor Rosario y sor Concepción; también nos obsequiaron con una cruz para que siguiéramos con ella el camino; alguien pensó que había que darles las gracias por todo aquello. Y fue entonces cuando desde los peregrinos que venían del sur de España, surgió la idea de cantarles la Salve Rociera, los aplausos que nos dieron las monjitas, y el redoblar de las campanas duró hasta bien entrado el camino que nos condujo a Mancera. 30 kilómetros de paisaje, que para la gente de otros lugares les parecía un desierto, los castellanos que íbamos nos daban alegría ver el gran pajonal, síntoma de la gran cosecha que habían dado aquellas tierras. Hubo una anécdota que nos hizo pasar un poco de miedo, durante el camino, nos encontrábamos con cercados de ganado morucho que se espantaban al ver los carros y los peregrinos, pero cuál sería la sorpresa que una vaca que tenía un ternero recién nacido, nos miraba con gana de arrancarse, por un momento nos pasó por la mente el poner los carros como en las películas del Oeste para librarnos de una posible embestida de la vaca. Pasado el miedo, cuando hacíamos algún descanso lo aprovechábamos para dar gracias al Apóstol por el capote que nos echó ante la morucha.

El primer pueblo que nos dio la bienvenida fue Mancera, al llegar a la plaza del pueblo, desenganchamos los burros de los carros, y a continuación las autoridades del pueblo nos condujeron al ayuntamiento, donde nos obsequiaron con un buen aperitivo, después nos desplazamos al convento de las monjas de clausura, donde rezamos y pedimos por el bien de la humanidad, yo tuve la suerte de saludarme con sor Teresa Sánchez, “Coñita”. ¡Qué alegría se notaba en la conversación en la que recordábamos cuando éramos niños! Nuestras andanzas por la calle Las Aceras y

sobre todo en la Fuente el Carril y el Pajar de los Pobres. Las campanas de las torres no dejaban de repicar, mientras en la plaza del pueblo nos íbamos saludando con todos los vecinos del pueblo donde se encontraban también algunos macoteranos casados con mujeres de ese pueblo, entre ellos me encontré con mi amigo Roque “el Bico” y comentamos la cantidad de periodistas de la *Agencia Efe*, de los periódicos de Salamanca. ¡Cuántas fotografías nos harían mientras dábamos de comer a los burros!. Alguien dio la orden de partir hacia Salmoral; pues bien, con las energías que habían tomado, enganchamos los burros a los carros y ¡a tomar las de Villadiego camino a Salmoral!, como diría nuestro amigo “el Peque”.

Los cánticos se intercaban por regiones, los del sur con sevillanas, la colonia salmantina con “Salamanca la Blanca” y algún fandanguillo de nuestro inolvidable Rafael Farina, los del Bierro a su patrona la Virgen de la Encina, con la colonia catalana, tarareamos un fandanguillo a la Moreneta, que dice así: “Por qué dudas de mi color, aunque soy moreno claro, por qué dudas de mi color, la Virgen con ser morena tubo al Hijo de Dios más blanco que la azucena”. Cuando nos dimos cuenta divisábamos Salmoral; eran las 2 de la tarde y ya nos tenía preparado el banquete con embutidos de la tierra y una gran ensaladilla rusa. Después de comer fuimos a visitar la iglesia y el pueblo, con la gente comentábamos qué pueblos tan pequeños y qué joyas tenían de iglesias.

A partir de las 5 de la tarde salíamos hacia Malpartida, al llegar nos recibieron con repiques de campanas y cánticos que se entrelazaban con la pareja de músicos que venían en el segundo carro, después de tomar refrescos y pastas, partimos hacia Alaraz; quisiera resaltar algo muy bonito que vimos al salir de Malpartida, un muro de piedras de cantería entrelazadas con pesebreras y pilas de dar agua a los ganados, toda una joya digna de ver. La tarde ya iba cayendo y el cansancio se notaba en los peregrinos y en los burros y, como el camino se iba enfilando hacia arriba y las torres de Alaraz no se divisaban, nos hacíamos las mismas exclamaciones que hacían los que iban en las tres caravelas de Cristóbal Colón que querían ver tierra, y nosotros torres; por fin los que nos escoltaban a caballo gritaron –“¡Torre a la vista!, y dijeron –“¡Alaraz dos kilómetros y cuesta abajo! Pues bien, a la entrada a Alaraz se notaba que estaban en fiestas, y

se nos vino a la mente la película del gran Pepe Isbert, *Bienvenido Mr. Marshall*, la plaza estaba llena de gente, los instrumentos de las orquestas poniéndolos a punto para la verbena de la noche, pusimos los siete carros en batería quitando los aparejos a los burros y los llevamos a las corralizas, les dimos de beber y pienso para que pasaran la noche, a continuación volvimos para la plaza y cogimos la estatua del Apóstol y la introdujimos en la iglesia, el sacerdote (hermano de don Rafael Pascual), nos dio la bienvenida, nos enseñó la iglesia, que era otra joya de Castilla.

Quisiera desde estas líneas dar las gracias a unos hijos de Alaraz que han sido con sus camiones y autocares los que por algunas rutas de la peregrinación los que transportaban a los peregrinos, los burros y los carros de un pueblo a otro. Allá sobre las 11 de la noche nos condujeron a un colegio donde nos tenían preparado el banquete con más de 30 tostones recién sacados del horno -¡qué pasada de comida!- y de comentar lo bien que lo estábamos pasando los peregrinos con las buenas gentes que nos recibían en cada pueblo. De Macotera vino Ricardo Bautista Bueno a buscar a su señora, que es de Peñaranda, y sus hermanas y yo nos fuimos a dormir a nuestro pueblo. Petri Bautista Bueno, macoterana, siguió toda la ruta hasta Santiago de Compostela. El día 6 de agosto partieron de Alaraz por Santiago de la Puebla para llegar por la tarde a Macotera, de este, mi pueblo no sé cómo empezar a contar las emociones que vivimos, pues fueron muchas y muy bonitas: el primer encuentro con los peregrinos en el Corazón de Jesús, pero antes de subir al Corazón de Jesús salimos por todos los caminos de la Huerta del Tío Ventura “el Zarzero”, camino que ahora es carretera de Salmoral camino de la Charca la Vaca, pues por unos momentos se nos venían a la mente los años 50, los encierros de “la Carrallano”.

Cuando ya se estaba escondiendo el sol se empezaron a divisar tres jinetes dando escolta a los peregrinos para dirigirse a la casa de la Tía Pinta y subir la carretera para llegar al Corazón de Jesús. Ya en el enclave de esta tierra, ladera sagrada, fueron los momentos más emotivos y llenos de grandes recuerdos. Don Rafael Pascual, párroco de Macotera, nos dio la bienvenida y nos recordó con gran cariño al Padre Nieto. El sacerdote don José María Blas Rodríguez nos comentó que se encontraban muy felices entre nosotros.

El ayuntamiento nos comentó que era un día muy feliz para todas las familias macoteranas que durante esas fechas nos encontrábamos en el pueblo. En la residencia de El Cerro habíamos preparado algo para invitarles, el vino en la célebre garrafa de medio cántaro, servido con las antiguas jarras de barro, el agua en los botijos, y las inolvidables perronillas que nuestros antepasados tenían a bien ofrecer en cuanto pasábamos el umbral de sus puertas –“¡toma un mantecado y una pinta de vino!”-. También se les obsequió con las estampas del Corazón de Jesús que nos había regalado don Juan Sánchez Niñez en el 50 aniversario de los monumentos del Corazón de Jesús y María. El sol ya se estaba escondiendo por la mesa de Alba, cuando se empezó a desfilar para la plaza mayor, al entrar en la calle Camino Peñaranda un carro nos dio un pequeño susto, el burro Pécore se tropezó y cayó de bruces, pero nada, eran pocos los metros que faltaban para llegar a la plaza, se les desenganchó a los burros de los carros y se les pusieron en batería justo en la plaza del Cardenal Cuesta, la estatua del Apóstol la metimos en la Iglesia para a continuación hacer las vísperas en honor al Padre Nieto. Por la noche los grupos de dulzainas, los charros “Virgen de la Encina”, *paleos*¹⁷ de Cespedosa, y el grupo Mayalde, nos obsequiaron con lo mejor de su repertorio, el reloj del ayuntamiento iba marcando las horas, las doce, la una, las dos... y la gente poco a poco se iba a casa a descansar, muchas familias recogimos en nuestra casa a peregrinos.

El día 7 de agosto a las ocho de la mañana tuvimos la Santa Misa, en la iglesia de Nuestra Señora del Castillo, oficiada por el Padre Blas y, a continuación el Ayuntamiento nos obsequió con un gran almuerzo, en el Cristo de las Batallas despedimos a los peregrinos, camino de Gajates, no sin antes hacer una plegaria al Santo Cristo. El grupo de macoteranos que representamos a las familias macoteranas les obsequiamos con una carta, cinco panes, unas botellas de vino y cinco cajas de perronillas para que los peregrinos que llegaran a Santiago se las ofrecieran al Apóstol¹⁸.

¹⁷ Grupo tradicional de danzantes que golpean unos bastones cortos durante la ejecución del baile. (N.E.)

¹⁸ En este punto el autor reproduce dos poemas de Juan “Machaca”, uno en honor al Padre Nieto y otro titulado *Grandeza de Macotera*, publicados en ZABALLOS JIMÉNEZ, Juan Francisco. *Poemas al calor de la lumbre: mi pueblo y su poesía*. Salamanca, 1984; y, del mismo autor, *Con voz quebrada*. Salamanca, 1997. (N.E.)

La emigración en Bercianos de Valverde (Zamora)

Fermín de Vega Parra y M^a del Carmen de Vega Diéguez

Ortega y Gasset expone (en un artículo en el diario *El Sol*) que la *migración* es el desplazamiento desde un territorio a otro lejano separado de aquel por un tercer espacio donde el animal no reside nunca. La *migración* humana es un concepto amplio que abarca tanto la *emigración* como la *inmigración*. La *emigración* -que puede ser exterior e interior- consiste en dejar el lugar de origen con el objetivo de establecerse en otro país (*emigración exterior*), región, ciudad o municipios nacionales (*emigración interior*), de manera temporal o definitiva. Las *inmigraciones* la entrada en el país o lugar a donde llega y reside. En conclusión, una misma persona puede ser emigrante e inmigrante. Emigrante, en el país que sale, inmigrante en el que llega.

Las causas que motivan estos desplazamientos humanos son varias, pero las más pujantes son las económicas, las políticas, las religiosas y las guerras. Podíamos decir que estas son causas próximas, amargamente vividas, a las que hay que añadir, en el caso de la emigración española al Nuevo Continente, una lejana, de atracción, desconocida, basada en el sueño de encontrar El Dorado en las tierras descubiertas, que pondrían fin a sus miserias. Pero ¡ay! esta ilusión se vio trocada, con frecuencia, en más sinsabores que los que dejaban desde el mismo momento de la partida a ultramar, ya que las agencias de emigración, que eran las que normalmente gestionaban los documentos y permisos administrativos y sanitarios que legalmente se les exigían, no siempre lo hicieron noblemente, sino con lucro, incrementando considerablemente los gastos del pasaje. Ya en el puerto, la fecha de embarque, a veces, se prolongaba más de lo debido, lo cual suponía más gastos y ansiedad. Muchos compatriotas, llevados por ese afán de mejorar, emigraron

de una manera ilegal; unos, cegados por el deseo de encontrar el maná; otros, por desconocimiento y buena fe, confiados en las falaces promesas de auténticos mafiosos (como está sucediendo en el s. XXI con las personas del Tercer Mundo y países del este de Europa), que los dejaban sin pluma y cacareando, cobrándoles cantidades infinitamente superiores al coste de los papeles y el pasaje. Y si los descubrían, los entregaban a la justicia que, en el mejor de los casos, los devolvía a España con lo puesto.

Esta emigración ultramarina comenzó en la primera mitad del siglo XIX, con anterioridad a 1853, periodo en que el número de emigrantes fue poco numeroso. Ese año, la reina Isabel II publica una Real Orden Circular que regula la emigración hacia América y las colonias españolas, con el fin de acabar con los abusos a los que los sometían todo ese mundo sin escrúpulos.

No corrieron mejor suerte los que se desplazaron a finales del siglo de una manera masiva (entre 1891 y 1895 es cuando se registra la mayor emigración de zamoranos a los países latinoamericanos, principalmente a Brasil y Argentina¹) y los que lo hicieron durante los veinte primeros años del s. XX en los que la emigración es de gran intensidad, dirigida a Cuba y Argentina como países prioritarios.

Muchos hacían la travesía en barcos que alojaban hasta 1.500 pasajeros, lo que nos da una idea de la incomodidad por hacinamiento, a lo que hay que añadir, para más escarnio, además del precio abusivo, que los dejaba en la inopia, la vejación y el mal trato por parte de las compañías navieras, desde el mismo momento del embarque y durante la travesía, todo lo cual los llevó a percatarse, ya en la zozobra del viaje, de que los habían engañado y estafado.

¹ Según los datos de emigración estatales desglosados por provincias (para aquellas anualidades que así aparecen recogidos), será durante el primer tercio del siglo XX cuando la provincia de Zamora presente las cifras más elevadas de salidas hacia América. Al final del relato, los autores incluyen estas dos referencias bibliográficas consultadas por ellos: ALONSO VALDÉS, Coralia; BLANCO RODRÍGUEZ, Juan Andrés. *Zamoranos en Cuba*. Zamora: UNED-Zamora, 2007; y MARTÍN FERRERO, María de los Ángeles. *La emigración zamorana a Europa en la segunda mitad del siglo XX*. Zamora: Semuret, 2008. (N.E.)

No les fue mejor en los países de llegada. En Argentina y Brasil, los trataron como a los negros durante la esclavitud². Tanto es así que la prensa española dio cuenta de estos acerbos vejámenes de una manera crítica.

Todo este maremágnum, impropio de la condición humana, hizo que los distintos gobiernos regularan la emigración con órdenes que informaban a los españoles acerca de la emigración a países extranjeros (Real Orden del 11 de julio de 1891); leyes -la primera fue la Ley de Emigración de 21 de diciembre de 1907-, en la que se explicita el concepto de emigrante, o la del 20 de diciembre de 1924, que, además de garantizarle protección adecuada durante el viaje y el país de destino, les aseguraba en todo momento tutela y protección jurídica; decretos, como el del 30 de octubre de 1934, el cual obligaba a los emigrantes a presentar la documentación que les acreditase como tales en el momento de embarcar. La Ley de Emigración del 20 de diciembre de 1924, fue reestablecida en el año 1946 de modo que permitía la salida de España si se presentaba una *carta de llamada* o un *contrato de trabajo*.

En los 15 años comprendidos entre 1960 y 1975, se produjo una segunda oleada en la que dejan sus lares unos siete millones de españoles para irse a trabajar al extranjero, de los que tres millones, aproximadamente, lo hicieron a naciones europeas, Francia, Alemania, Suiza y Holanda con preferencia, y dentro del país a Vascongadas, Asturias, Cataluña y Madrid, provincias con un mayor desarrollo industrial y económico.

Era necesario regular esta ingente cantidad de emigrantes de una manera adecuada para evitar males pasados y garantizar un trabajo y vida digna en el país de llegada, a tal efecto, la Ley del 17 de julio de 1956 crea el Instituto Español de Emigración con la “doble finalidad de proporcionar trabajo y prosperidad a los emigrantes y promover la utilidad y el progreso de las naciones que los acogen”.

² Aunque es cierto que hubo casos atestiguados en los que existieron abusos en las sociedades de acogida de los emigrantes, no debe ni generalizarse ni exagerarse a este respecto con situaciones como la de la esclavitud (N.E.).

Es esta una emigración protegida o “emigración asistida”, ya que el Instituto Español de Emigración proporciona puesto de trabajo, facilita información de forma gratuita, cumplimenta los documentos y concede ayudas. A pesar de todo, sigue habiendo una “emigración encubierta” o ilegal, en la que la picaresca hace acto de presencia, y el emigrante se camufla como estudiante o turista para después quedarse en el país.

Con la idea de acabar con todas estas tropelías, la Jefatura del Estado publica el 23 de diciembre de 1960 la Ley de Bases de Ordenación de la Emigración y, dos años más tarde (el 15 de mayo de 1962), el Ministerio de Trabajo dicta un Decreto Ley sobre la ordenación de la Emigración; en 1963 se regula la emigración a Alemania; en 1964, a Francia, y en 1971 -el 15 de noviembre para ser exactos- se redacta la Ley de Emigración con la pretensión de evitar el fraude a los trabajadores. No fueron suficientes estas leyes y decretos, ya que un fenómeno tan masivo y diverso a tantas naciones se prestaba a todo tipo de anomalías, por consiguiente se siguen promulgando leyes que regulan esta emigración al extranjero.

Y llegamos, por fin, al momento histórico en el que España y Portugal ingresan en la Comunidad Europea, el 1 de enero de 1986, y firman el Tratado de Maastrich, el 7 de febrero de 1992, lo que permite que se regularice la libre Circulación de Trabajadores de la Unión Europea.

El flujo migratorio disminuyó considerablemente con la recesión económica de los años setenta y, como consecuencia, se produjo la vuelta de los trabajadores emigrados a sus países de origen, algunos -entre ellos los de Bercianos- volvieron al terruño, otros fijaron su residencia en capitales de provincia y pueblos de España. Cabe señalar que también se dio otro tipo de desplazamiento a otros pueblos de la provincia, normalmente próximos, impuesto por traslados matrimoniales.

En Bercianos, la emigración fue, más que un desplazamiento, una huida por necesidad económica, porque la tierra que no produce lo suficiente para mantener los hijos que pare, los expulsa por el mundo adelante en busca de un lugar en el que puedan llevar una vida más dignamente humana. La de Bercianos, árida, liega, repartida, además, en

pequeños minifundios de entre 2 y 20 celemines, es decir, 550 y 5.700 m², *arañados* con el arado romano, regados con el *cigüeñal*, el caldero y el sudor de la frente, sólo producía cuatro *pipas* de centeno, tres de trigo, dos arrobas de patatas y un kilo de legumbres; por consiguiente, sus hijos -los más jóvenes y fornidos- tuvieron que *coger el pendingue* y *tocar chancleta* con lo puesto, embarcarse en el puerto de Vigo y cruzar el *charco*, así se decía, para mejorar su existencia y la de sus familias que permanecían aquejados por los mares.

No fue un viaje de placer o por espíritu aventurero, fue un éxodo, una diáspora, una huida. Huían con el cuerpo, la mente, el corazón y el alma permanecían enraizados en la miseria. Esmeralda García Crespo nos contó cómo su tía Martina mantuvo -la última noche que pasó en Bercianos- a Eusebia -hermana de Esmeralda-, que era una niña, apretujada entre sus brazos, fundida con su corazón, sin poder conciliar el sueño, llorando por dentro de sufrimiento porque intuía que no la volvería a ver, como así sucedió, y en la niñez de su sobrina dejaba la suya, toda la ternura, lo que más la unía y ataba a la tierra *sonce*³ y sequiza que la parió. Una tierra en la que para más inri no tenía tierras para trabajar.

Por lo que hemos podido rastrear, la emigración en Bercianos se remonta a finales del s. XIX y principios del s. XX a los Estados Unidos de América del Norte y países de América Latina.

Después de estar varias noches recorriendo el pueblo casa por casa, dándole vueltas a la memoria, confeccionamos una lista con todos los nombres de los que recordábamos que habían emigrado, bien porque los conocíamos o bien porque habíamos oído hablar de ellos. Ultimada la lista, vino la comprobación o el *retest* en la solana con Bienvenido Fernández, Gerardo García, Clemente Centeno, Camilo y Santiago Morán, Emérita García, Belarmina Centeno, Fermín García, Eduardo García Vega, Adelaida Álvarez Fernández y muchos más. Entre todos conseguimos los nombres y lugares a los que habían emigrado nuestros convecinos y hermanos.

³ *Sonce* es un leonesismo lingüístico que aplicado a la tierra vendría a significar terreno de mala calidad. (N.E.)

Nombres y lugares que distribuimos en estos tres grupos: una emigración *transoceánica* o a *ultramar*, que incluye a todos los que emigraron a Latinoamérica y los Estados Unidos de América del Norte desde finales del s. XIX y todo el s. XX, la gran emigración *continental* o *europaea* de los años 1959 a 1975 a naciones europeas, la *interior* o *estatal* -del campo a la ciudad- y la *municipal*, normalmente por matrimonio. Por último, recontamos las personas que se establecieron en Bercianos.

Como suele suceder, unos se quedaron allí donde les convino; otros, no pocos, retornaron, de los unos y de los otros nos hemos atrevido a confeccionar una relación nominal por orden alfabético de apellidos, nombres y familias, con todos los riesgos que supone por confusiones y olvidos, siguiendo los apartados mencionados, después de un cuidadoso trabajo, consultando las actas de nacimiento, bautismo, matrimonio y obituarios del Ayuntamiento y de la Iglesia.

EMIGRACIÓN A IBEROAMÉRICA Y LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA DEL NORTE DESDE FINALES DEL S. XIX

Relacionamos por orden alfabético de apellidos, nombres y familias, los que hemos podido comprobar que emigraron, las naciones a las que se fueron y el lugar en el que viven o en el que reposan sus restos.

Alonso García, Basilisa. Hija de Domingo y de Andrea, nació el 9 de septiembre de 1896, hermana de Serafín y de Dominga, también emigrantes. Emigró a Cuba por 1920. Se casó en La Habana civilmente con José Díez Jiménez, natural de San Pedro de Zamudía. Retornaron y se casaron canónicamente el 30 de marzo de 1937 en la iglesia de Bercianos, donde vivieron hasta su fallecimiento. No tuvieron hijos. Ella fue la sastra del pueblo. En el año 1948, 49 o 50 le robaron todas las existencias que tenía en el taller -entre ellas un corte de pana negra que le había entregado mi madre para que me hiciera un pantalón a mí-, se culpó a “los Faustos”, unos *quinquilleros* que paraban en casa de su madre, en venganza por prohibirle la entrada en lo sucesivo por comportarse indebidamente. Falleció el día 8 de septiembre de 1896 [*sic*] en Bercianos.

Alonso García, Dominga. Hija de Domingo Alonso Fernández, natural de Melgar de Tera, y de Andrea. Nació el día 10 de junio de 1913.

La reclamó su hermano Serafín y se fue a los EE.UU. por los años cincuenta. Vino, si mal no recuerdo, en tres ocasiones, en los años ochenta y noventa del s. XX. Falleció en EE.UU.

Alonso García, Serafín. Hijo de Domingo Alonso Fernández, natural de Melgar de Tera, y de Andrea, nació el 6 de enero de 1902. Emigró a

los EE.UU. en la década de 1920. Vino al pueblo tres veces, por el verano, la primera por el año 1946 o 48. Vivió y falleció en Detroit, la ciudad más grande del estado de Michigan, en el Medio Oeste de EE.UU.

Alonso García, Mateo. Hijo de Ildefonso Alonso Fernández, de Melgar de Tera, y *Freilana* García Vega, de Bercianos, nació el 5 de diciembre de 1883, hermano del Tío Pedro. Emigró a los EE.UU. en los últimos años del s. XIX o principios del XX. No volvió al pueblo y murió allí.

Álvarez Bermejo, Francisco. Nació el 27 de agosto de 1898. Hijo de Pedro y Emilia, hermano de Felicidad, madre de Fermín García Álvarez, se fue a México con lo puesto por 1925. Retornó, se casó en Santa Croya de Tera, donde murió el 13-2-1985.

Álvarez Bermejo, Severino. Nació el 23 de octubre de 1890. Hijo de Pedro y Emilia, hermano de Felicidad, madre de Fermín García Álvarez, emigró a los EE.UU. por 1920.

Álvarez Pérez, Rosendo. Hijo de Pedro Álvarez, de Villanueva de las Peras, y de María Pérez. Nació el día 10 de julio de 1902, medio hermano de Felicidad Álvarez Bermejo, madre de Fermín García Álvarez. Emigró con lo puesto a Nuevo México, en los EE.UU., por 1927.

Bermejo Galende, Manuel. Apodado “*el Trinco*”, hijo de Francisco Bermejo García y de Juliana Galende Sandín. Emigró a Argentina



Serafín, primero por la derecha de quien mira, Fermín de Vega, sobrino de Serafín y Anselma Parra, en Bercianos en uno de sus viajes.



Rosendo Álvarez.

reclamado por su padre, Francisco, a finales de 1930.

Bermejo Galende, María Emilia. Apodada “*la Trinca*”, hija de Francisco Bermejo García y de Juliana Galende Sandín. Nació el día 11 de septiembre de 1922. Emigró a Argentina junto con su madre y su hermano Manuel a finales de 1930, reclamada por su padre.

Bermejo García, Francisco. Nació, según consta en la partida de bautismo, el 6 de noviembre de 1872. Apodado “*el Trinco*”, esposo de Juliana Galende Sandín. Emigró a Argentina a finales de 1800 o principios de 1900 y reclamó a su mujer, Juliana,

y a sus dos hijos, Manuel y Emilia. Murieron todos en Argentina.

Bermejo Hernández, Fructuoso. Esposo de Manuela Sandín Cid, de Pubblica de Valverde. Inscribió a su hijo Toribio Bermejo Sandín el día 23 de abril de 1891. Emigró a los Estados Unidos de América del Norte a finales del s. XIX o principios de XX. Retornó. Falleció en Bercianos el día 9 de julio de 1927.

Blanco Sandín, Guillermo. Hijo de José Blanco, de Villanueva de las Peras, y de Ángela Sandín. Nació el día 20 de junio de 1894. Emigró a Cuba, donde falleció.

Por la década de 1951-1960, apareció en Bercianos una pareja de redomados pícaros preguntando por los esposos Francisco García García y Escolástica Blanco Sandín, haciéndose pasar por hijos de Guillermo. Francisco y Escolástica los recibieron con la nobleza y bondad natural de la gente sencilla, y la alegría de conocer a sus sobrinos. Muy efusivos, fueron ganando la confianza del matrimonio. Pero como en el transcurso de la conversación advirtieran contradicciones y mentiras, se dieron cuenta de que eran unos truhanes dispuestos a timarlos. Sin más

contemplaciones, Francisco hizo además de afianzar una estaca que en el corral estaba con el ánimo de medirle las costillas, mas no le dieron tiempo, salieron que no encontraban las puertas y se acabó el parentesco.

Casado García, Dámaso. Hijo de Hermenegildo y de Benita, nació el 25 de enero de 1884. Emigró a Cuba a finales del s. XIX o principios del XX. Retornó. Se casó con Ángela Lorenzo. Murió en el pueblo.

Casado Turiel, Emiliano. Natural de San Pedro de Zamudia. Contrajo matrimonio con Alfonsa Sandín Marcos, natural de Bercianos de Valverde. Residieron en Bercianos, donde nacieron sus tres hijos, con una tienda de comestibles. Emigró a Venezuela en la década de los 50. Retornó y fijó la residencia en Madrid. Falleció en Madrid.

Centeno Centeno, Ángel. Hijo de Juan Centeno Martín, de Pública de Valverde, y Genoveva Centeno. Nació el día 1 de marzo de 1927. Emigró a Argentina a finales de los años veinte del pasado siglo. Retornó. Se casó con Obdulia Álvarez, de San Pedro de Zamudia. Falleció en San Pedro. Trajo el primer gramófono a Bercianos con los correspondientes discos, que escuchaban los vecinos en las noches de *serano*⁴. Dionisia Prieto Centeno aprendió este cantar: “Entré al corral de tu casa, / me puse bajo la higuera / por ver si salías tú / y me ha caído una breva. / La perra enseguida, / la perra enseguida / se puso a ladrar. / Le di un estacazo, / le di un estacazo, / marchó



Emiliano Casado.

⁴ Filandón, reunión vespertina o nocturna en la que se combinan trabajos manuales con cánticos y charlas. (N.E.)

a recular. / Con el estacazo, / con el estacazo, / corre cataplín, / me cogí una breva, / me cogí una breva, / del corral salí”.

Centeno Centeno, Epifanio Benedicto. Hijo de Saturnino y de Vitoria. Nació el 7 de abril de 1927. Emigró a Argentina a principios de la década de 1951-60. No volvió. Falleció en Argentina.

Centeno Centeno, Jacoba. Hija de Juan Centeno Martí, de Pùblica de Valverde, y Genoveva Centeno. Nació el día 23 de mayo de 1890. Hermana de Ángel, también a Argentina por las mismas fechas. No volvió.

Centeno García, Cayetano. Nació el día 29 de noviembre de 1892. Emigró a Cuba a finales del s. XIX o principios del XX. Retornó, se casó con Francisca García. Murió en Bercianos el día 25 de diciembre de 1962.

Centeno Nistal, Pedro. Natural de Santa María de Valverde, esposo de María Morán Cid. Creo que a Brasil, a finales del s. XIX o principios del XX, porque tengo un vago recuerdo de oírle contar a mi padre sucesos que le ocurrieron con una serpiente en la selva brasileña. No hay certeza de que emigrara.

Colino Lorenzo, Bernardo. Hijo de Julián y Patricia. Nació el día 21 de enero de 1924. Emigró a Venezuela en el año 1957, embarcó en Vigo. Retornó en 1960. Emigró de nuevo a Alemania en el año 1968 con su hijo Julián Colino Sandín. Regresó y falleció en el pueblo.

Colino Vega, Julián. Nació en 1870. Esposo de Patricia Lorenzo. Padre de Casimiro, Bernardo, Eleuteria, Adela y Trinidad Colino Lorenzo. Emigró a Cuba a principios del siglo XX. Retornó. Falleció en Bercianos el día 25 de mayo de 1944.

Crespo García, Benigno. Hijo de Tomás Crespo Rodríguez, de Santa María de Valverde, y de Eusebia García. Nació el día 1 de julio de 1898. Emigró a Argentina con sus hermanos Esmeraldo y Martina a finales de la década de 1921-1930. Falleció en Argentina.

Crespo García, Esmeraldo. Hijo de Tomás Crespo Rodríguez, de Santa María de Valverde, y de Eusebia. Nació el día 1 de septiembre de 1902. Emigró a Argentina con sus hermanos Benigno y Martina a finales de la década de 1921-1930. Falleció en Argentina.

Crespo García, Martina. Hija de Tomás Crespo Rodríguez, de Santa María de Valverde, y de Eusebia García. Nació el 1 de julio de 1906. Emigró con sus dos hermanos Benigno y Esmeraldo a Argentina a finales de la década de 1921-1930. No volvió. Falleció en Argentina.

Díez Colino, Bernardino. Hijo de Cándido Díez García, de Santa María de Valverde, y de Lorenza Colino de Vega. Nació el día 20 de mayo de 1906 en Santa María de Valverde. La familia se trasladó a Bercianos. Emigró a Cuba reclamado por su padre en el año 1924, con 18 años. Estuvo en Cuba 6 años. Retornó en 1930. Falleció en Bercianos electrocutado el día 24 de septiembre de 1950.

Díez Colino, Pablo. Nació el 23 de enero de 1901 en Santa María de Valverde, según consta en la partida de bautismo. Hijo de Cándido Díez García, de Santa María de Valverde, y de Lorenza Colino de Vega, de Bercianos. Emigró a Cuba reclamado por su padre en la década de 1920. Falleció en Cuba.

Díez García, Cándido. Natural de Santa María de Valverde. Nació el día 2 de octubre de 1878 en Santa María de Valverde. Se casó con Lorenza Colino de Vega, de Bercianos de Valverde, el 5 de mayo de 1900. Vivió en Bercianos. Emigró a Cuba después de casado, antes de 1924. Residente en Cuba, fue propietario de una carnicería, le iba bien y reclamó a su hijo Pablo, nacido en Santa María de Valverde. Después reclamó a su otro hijo Bernardino en 1924.



Bernardo Colino en Venezuela.



Julián Colino Vega.

Bernardino estuvo en Cuba seis años. Retornó en 1930. Cándido y Pablo fallecieron en Cuba.

Díez Jiménez, José. Natural de San Pedro de Zamudia. Emigró a Cuba. Se casó, por lo civil, con Basilisa Alonso García, natural de Bercianos de Valverde, el 9-2-1924 en La Habana. Retornaron y contrajeron matrimonio canónico el 30 de marzo de 1937 en la iglesia de Bercianos de Valverde, donde vivieron hasta su fallecimiento. No tuvieron hijos.

Fernández García, Santos. Nació el 14 de mayo de 1857, hijo de Lorenzo Fernández García, de Publica de Valverde, y de Pascuala García Sandín. Emigró a Hispanoamérica. Retornó y falleció en el pueblo. No sabemos con certeza si es este Santos o *Santos García Sandín*, hermano de su madre. Tal vez emigraron los dos, pero no lo recuerdan quienes los conocieron, que cuentan 89 años de edad.

Fernández Vega, Adolfo. Hijo de Jerónimo y Agustina. Nació el día 22 de julio de 1935. Emigró a Brasil en septiembre de 1960. Regresó



Adolfo Fernández Vega, en el centro, un año antes de emigrar a Brasil.

en septiembre de 1994 con su esposa Margarita da Silva Rodrigues, portuguesa, y tres nietos. Ambos están en la residencia de ancianos de la Seguridad Social de Benavente.

Fernández Vega, Aurelia.

Hija de Venancio y de Petra, nació el 17 de agosto de 1891. Emigró a Cuba -su nieto Julián me aseguró el 31-10-2010 que a Brasil- a principios del siglo XX. Retornó. Se casó con Esteban Sandín García. Falleció en Bercianos el día 2 de julio de 1975.

Galende Sandín, Juliana.

Nació el día 17 de agosto de 1886, apodada “la Trinca”, esposa de Francisco Bermejo García, emigró a Argentina con sus hijos Manuel y Emilia, por 1930, reclamados por su marido.

Galende Sastre, Pascual.

Natural de Santa María de Valverde. Emigró a EE.UU. en el año 1929. De EE.UU. fue a Cuba y de Cuba a Argentina, concretamente a la capital, Buenos Aires. Retornó, contrajo matrimonio con María Vara -viuda-, natural de Bercianos. Vivió y murió en Bercianos

Galende Vara, Laurentina.

Hija de Pascual y de María, nació el 17 de mayo de 1911. Emigró a Buenos Aires. Retornó. Contrajo matrimonio con Rosendo García García. Vivió en Tábara, donde falleció nonagenaria.



Aurelia Fernández.



Laurentina Galende Vara, con vestido de lunares, en la ermita desaparecida de Bercianos.



Antonio García Bermejo con sus hijas, en EE.UU.

García Bermejo, Antonio. Hijo de Miguel y de María, nació el 17 de enero de 1903. Emigró a los EE.UU. por cuando Serafín, es decir, ya en la década de los años veinte del pasado siglo. Regresó dos veces por los años cincuenta, en el verano, y no volvieron a saber nada de él. No contestó a ninguna carta de la familia. Murió en los EE.UU.

García Casado, Juan. Hijo de Domingo y Eusebia, nació el 16 de julio de 1893. Emigró a Cuba a principios del s. XX. Retornó en la década de 1930. Era mozo bien presentado, que realizaba su figura cubriéndose con un sombrero desde que vino de Cuba. Contrajo matrimonio con Concepción Centeno. Está enterrado en Bercianos.



Pablo -en el centro, con corbata-, en la primera fila por abajo, el día antes de emigrar a Argentina.

García Crespo, Pablo. Hijo de Ramón y Rufina. Nació el día 26 de diciembre de 1925. Embarcó con dirección a Argentina el día 26-12-1949. Vino dos veranos al pueblo de vacaciones. Regresó definitivamente el 4-8-1974. Residió en Alicante y en Benavente. Falleció en Benavente.

García Furones, Luis. Hijo de Gabino y de Isidora -natural de Morales de Valverde-, emigró a Venezuela en los años sesenta del pasado siglo XX. Vino hace unos años de visita. Volvió años más tarde. Reside en Turmero (Venezuela).

García García, Eusebio. Natural de Bercianos de Valverde, Zamora, de 46 años de edad, casado, ocupación 'campo'. Reside con su esposa e hijos en la ciudad Puerto Príncipe. ("Tomo 55, folio 43319"). Así aparece relacionado en el capítulo VI del *Diccionario biogeográfico de zamoranos en Cuba – Zamoranos residentes en Cuba (1899-1900)*, del libro *Zamoranos en Cuba*, de Coralía Alonso Valdés y Juan Andrés Blanco (2007).

Nosotros no hemos encontrado ni un solo dato del mencionado Eusebio en los libros de inscripción de nacimiento del ayuntamiento, ni en los de bautismo. Tampoco saben de él las personas más viejas.

García García, Isaías. Hijo de Segundo y de su primera mujer Eulalia García (de Villanueva de las Peras, domiciliada en Bercianos, contrajeron matrimonio el día 30 de noviembre de 1895). Nació el día 19 de noviembre de 1903, hermano de Emérita y Servando, medio hermano de la madre de Concepción Alonso García -madre de Concepción García Alonso-esposa de Santos García de Vega, mi sobrino. Dio con sus huesos en Argentina porque no volvió desde los años veinte del s. XX en que emigró.

García García, Justina. Hija de Fernando García, de Villanueva de las Peras, y de Valentina García Vega. Nació el día 27 de febrero de 1886. Emigró a Argentina de niña con sus padres.



Mérita García García.

García García, Mérita. Hija de Segundo y de su primera mujer Eulalia García -casados el 30 de noviembre de 1895-. Nació el 25 de febrero de 1901. El barco la llevó a la Isla de Cuba en la década de 1921-1930. Vino dos veces por la añoranza de su pueblo y vivir algún tiempo con su hija Emérita, que nacida en Cuba, llegó a Bercianos con cinco años de edad, donde vivió con su abuelo Segundo, casado en segundas nupcias.



Vicente García García, sentado, y Bartolomé García Vega.

Ya con años, retornó definitivamente -a la carrera, “*con lo puesto*”- obligada por la situación a la que llevó a la Isla Fidel Castro, que la dejó en la inopia, tan en la inopia que tuvieron que pagarle el viaje su hija y nietos. Falleció en Bercianos el día 30 de septiembre de 1977. La recordamos como una mujer muy fina y delicada.

García García, Servando. Hijo de Segundo y de Eulalia, su primera esposa, casados el 30 de noviembre de 1895. Nació el 23 de julio de 1898. Cruzó el charco en dirección a los Estados Unidos de América del Norte en el año 1927. Estuvo 21 años sin venir. Retornó en el año 1948. Está enterrado en Bercianos. Hay inscrito con los mismos nombres y apellidos e

hijo de los mismos padres, otro Servando nacido el 22 de octubre de 1896. Suponemos que este murió y le pusieron al siguiente varón el mismo nombre, lo cual era frecuente.

García García, Vicente. Nació el día 22 de enero de 1890. Emigró a Cuba. Retornó y se casó con Petra Alonso, de cuyo matrimonio nació Vicente García Alonso -esposo de Mariana García Carnero-. Enviudó, contrajo matrimonio en segundas nupcias con María García. Tuvieron una sola hija, Felicitación García García. Falleció en Bercianos, donde yace.

García Sandín, Laudelina. Hija de Agustín y Leonor. Nació el día 26 de septiembre de 1932. Emigró a Colombia con su esposo Antonio García de la Fuente, natural de Ferreras de Abajo, en el año 1961. Volvieron en el año 1973 y fijaron la residencia en Bercianos. Vive, viuda, con su hija Laudelia en Alicante.

García Sandín, Santos. Hermano de María, *la Pascuala*. Emigró a finales del s. XIX o primeros del XX a EE.UU. o América Latina. Retornó y murió en el pueblo.

García Vara, Arsenio. Hijo de Miguel García y María Vara Bermejo. Nació el día 6 de enero de 1903, hermano de Gabriel y Carmen. Emigró en el año 1929 con Pascual Galende Sastre a EE.UU., de EE.UU. a Cuba y de Cuba a Buenos Aires. Retornó y se casó con Patrocinio Calzón en Olleros, donde vivió y murió

García Vara, María del Carmen. Hija de Miguel y María Vara Bermejo. Nació el día 15 de julio de 1984 [*sic*], hermana de Arsenio y de Gabriel. Emigró a principios del s. XX a Argentina, reclamada por Francisco Vega Alonso, con quien se casó. No volvió. Sí lo hizo una hija suya un verano.

García Vara, Gabriel. Hijo de Miguel y María Vara Bermejo, nacido el 16 de junio de 1900. El vapor lo llevó a los Estados Unidos de América del Norte a finales de los años



Gabriel García.



Laudelina García.

veinte del siglo pasado. Trabajó, según contaba él, en unos Altos Hornos y no obstante estar protegido con unos pantalones de cuero, a veces se quemaba. Volvió y vivió en Bercianos hasta el fin de sus días.

García Vega, Bartolomé. Nació el día 24 de julio de 1890. Embarcó con Plácido García Vega rumbo a Cuba a principios del s. XX. Retornó y vivió con su mujer Serafina Carnero, de Villanueva de las Peras, en Bercianos hasta su muerte.

García Vega, Plácido. Hijo de José y Francisca, nació el 9 de diciembre de 1881. Embarcó rumbo a Cuba, ya casado con *Estéfana* García, a principios del s. XX. Volvió a Bercianos y permaneció hasta su muerte.

García Vega, Valentina. Hija de José y de Francisca, nació el 16 de diciembre de 1884, hermana de Plácido, apodada “*la Valenciana*”. Según cuentan, tenía muy mal temperamento. Se casó con Fernando García, de Villanueva de las Peras, a quien apodaban “*el Tío Muchísimo*”. Emigraron a Argentina a principios s. XX. Llevaron con ellos a sus hijas Justina y otra. No sabemos si también a Andrés, que nació el 17 de octubre de 1912.

Estela, una nieta de Justina, bisnieta, por lo tanto, de Valentina, de unos cuarenta y tantos años, vino a Bercianos y Villanueva a conocer sus raíces en agosto de 2003. Me cuenta Bienvenido Fernández que se llevó la raíz de una cepa de una viña que había comprado él y era de su madre. La raíz es la raíz. ¡Lo que tira la tierra!

Marcos García, Nicasia. Hija de Jerónimo Marcos y Fabiana García, de Santa María de Valverde. Nació el día 1 de abril de 1904. Emigró a Argentina, donde falleció.

Martín Ramos, Fulgencia. Hija de Anselmo y Baltasara, nació el 12 de junio de 1899, hermana de Agustín, padre de Anselmo y Domingo Martín Palacios. Emigró a Buenos Aires en la década de 1920. No volvió. Falleció en Buenos Aires.

Morán Martín, Natalio. Marchó a Cuba en los primeros años del s. XX. Regresó, se casó con Cecilia Vega. Padre de Camilo, Genoveva, José, María y Santiago. Falleció en Bercianos el día 26 de octubre de 1969.



Nicasia, con gafas, con su familia en Argentina.

Parra García, Nicolás. Hijo de Valeriano y de Dionisia. Nacido el 10 de septiembre de 1896. Mi tío Nicolás, joven y decidido, no se resignó a envejecer en Bercianos, tomó el pendigue rumbo a Cuba por 1920, con el ánimo de hacer fortuna y encontró la muerte. Según vagas noticias, pues no se volvió a saber nada de él, mantuvo relaciones amorosas con una casada y el marido le dio la muerte. Todas las indagaciones que hemos hecho con el fin de saber las circunstancias de su muerte han resultado baldías. La última, por medio de un amigo sacerdote, en el consulado de España en La Habana, en el año 2011, para saber cuándo y cómo había muerto y no consiguió ninguna información. En el ayuntamiento no hay ninguna comunicación, como sucede con otros emigrantes fallecidos, entre otras razones porque no consta el acta de inscripción de nacimiento. Sabemos la fecha de nacimiento por la partida de bautismo. Este hecho pone de manifiesto que no se puede saber con certeza cuántos emigraron, consultando datos oficiales.

Sandín Fernández, Priscila. Hija de Pablo Sandín y Elena Fernández Morán. Nació el día 8 de diciembre de 1907. Así consta en la



Nicolás Parra García en Cuba.



Priscila Sandín con su marido Marín.

inscripción del acta de nacimiento en el libro de registro que obra en el ayuntamiento de Pubblica de Valverde, del que Bercianos es pedanía. Pero aparece una rectificación al nombre en el registro como *Prestina Sandín García*, hija de Pablo Sandín y Elena García, que solicita cambio de nombre por el Consulado de España en Cuba.

En el acta de bautismo también consta Priscila Sandín Fernández hija de Pablo Sandín y Elena Fernández Morán.

Dicen que era hermana de Esteban Sandín García, por los apellidos puede que sí, pero por la madre, no, ya que la de Estaban es Cayetana. La diferencia de edad, 24 años mayor Esteban, puesto que nació el 12-9-1883, y Priscila, el 8-12-1907, también pone en duda que fueran hermanos, quizá hermanos de padre.

Adelaida Álvarez Fernández nos confirmó -el día 15 del 8 de 2018- que emigró a Cuba, donde contrajo matrimonio con Marín, el matrimonio emigró de Cuba a Puerto Rico, desde donde le mandaron una fotografía en el año 1960.

Priscila, nos dice Adelaida, era íntima amiga de su madre, Emilia Álvarez Fernández, tan amiga del alma que por el año 1968 se presentó en Bercianos con el marido sin previo aviso, preguntó por Emilia

con el temor de que, quizá, no fuera bien recibida, todo lo contrario, como demuestra la estancia durante unas semanas con toda la familia de Emilia. Clara Fernández Vega, nieta de Adelaida, nos cuenta que le

mandaba dinero en las cartas desde Puerto Rico. En una ¡hasta 20 dólares!, que aún conserva. Eduardo García Vega coincidió con Adelaida.

Sandín García, Constanza. Hija de Mateo y de Teresa. Nació el día 25 de septiembre de 1916. La reclamó su hermano Rogelio allá por los años cincuenta del pasado siglo. Estuvo unos años en La Habana, parece que no le sentaba bien aquello y volvió al pueblo, donde vivió hasta su muerte, acaecida el día 21 de febrero de 1963.

Sandín García, Esteban. Hijo de Pablo y de Cayetana. Nació el día 12 de septiembre de 1883. Emigró a Cuba y Brasil, según testimonio de su nieto Julián Colino Sandín. Retornó y contrajo matrimonio con Aurelia Fernández Vega, que también emigró a Brasil. Falleció el 8 de febrero de 1945 en Bercianos.



Esteban Sandín García.

Sandín García, Leonarda. Se casó con Eduardo Vega García. Emigraron a Cuba a finales del s. XIX o principios del XX. Retornó, viuda, con sus cinco hijos: Domingo, Salvador, Luisa, Agustina y Eufemia, todos menores de edad. Se casó en segundas nupcias con Nicolás Vaquero Tomás, de Faramontanos de Tábara, hermano de Juan, este padre de Nicanor Vaquero García. No tuvieron hijos. Falleció en Bercianos. (Información facilitada por Eduardo García Vega, hijo de Eufemia, el 16-11-08).

Sandín García, Rogelio. Hijo de Mateo Sandín Pérez, natural de Santa María de Valverde, y de Teresa García. Nació el día 2 de julio de 1899. Inteligente, habilidoso y capaz -así lo recordaban y recuerdan los que lo conocieron-, tampoco se resignó a vivir el resto de sus días en Bercianos, y por las mismas fechas -1920- poco más o menos, que mi tío Nicolás, cruzó las aguas del Atlántico y llegó a Cuba, donde vivió hasta su muerte, acaecida el día 25 de septiembre de 1949, según consta en una nota del Registro Civil del Consulado de España en La Habana, unida al acta de nacimiento en el ayuntamiento de Púbrica de Valverde, del que es pedanía Bercianos. Dos hijos suyos, Olga y Daniel Sandín Cuik, vinieron a Bercianos a conocer la

familia en la década de 1971-1980, según nos contaron su sobrino Pompeyo García Sandín y su esposa Isabel Pérez.

Los caminos del amor son infinitos y suelen encontrarse en el mismo lugar envueltos en un apasionante misterio. Rogelio Sandín García, quien tuvo por *ama de cría* a una *gitana* amiga de su madre, se casó en Cuba con una zíngara que ¡oh casualidad! había visto de niña en Benavente. Pero antes, protagonizó la más bella y arriesgada historia de amor jamás vista en todo lo descubierto de la Tierra, la cual reproducimos, en parte, del reportaje *Una familia de gitanos*, que publicó el periodista Leonardo Pardura Fuentes en el *Diario de la juventud*, de La Habana. No tiene fecha⁵.

Burtia Cuik, gitano polaco, llegó por tercera vez a Cuba. Se casó con su prima ucraniana Terca Cuik. Practicó su oficio de calderero en Europa y América, y sus 19 hijos le habían nacido en países diferentes: Italia, Argentina, Nicaragua, Venezuela, México, Cuba, Guatemala y Estados Unidos.

El gran sueño de Burtia Cuik era ver a su hija Parizza casada con un gitano serio, trabajador, creyente y buen mozo.

Parizza, su pequeña *Pirío*, como Terca y él gustaban de llamarla, se había enamorado de un *gazyó* -payo-.

“El único viaje de Rogelio Sandín”

“Rogelio Sandín tenía alma de gitano y soñaba con ser maestro. Por esto cuando tuvo edad para tomar sus propias decisiones, abandonó la campiña de Benavente, en su España natal, y con las 50 tristes pesetas (0,30 euros) que constituían toda su fortuna, se montó en un tren de destino impreciso.

A los pocos días de su partida, los ahorros del joven Sandín se habían esfumado. Pero no era de los que aceptaban fácilmente las derrotas, y entonces juró no regresar jamás a Benavente con menos capital del que tenía cuando se fue y sin el título de maestro. Así, aquel campe-

⁵ No hemos podido localizar el artículo original al que se alude, dando por hecho la fidelidad de su transcripción y la exactitud de la autoría. (N.E.)

sino que no conocía el mundo resolvió una inolvidable mañana abordar un vapor que partía hacia Cuba (...)

Pero Cuba no resultó ser el paraíso que soñaba Sandín. Lejos de emprender sus estudios de maestro, tuvo que aceptar empleos ocasionales y mal pagados, como aquel que encontró en Arroyo Apolo detrás de un carro que vendía mercancías.

Su vida seguramente hubiera transcurrido como la de sus compatriotas emigrantes de no haber llegado a Arroyo Apolo aquella caravana de gitanos de la que formaba parte Burtia Cuik y, sobre todo, una gitana pequeña y vivaz con dos rosas amarillas en el pelo, que enseguida reconoció como la joven Parizza que unos años antes había conocido en España.

Desde aquel día, el destino de Burtia Cuik y Rogelio Sandín confluirían atrapados por el amor”.

“Una historia de amor”

(...) “En la casa de José se ha reunido esta noche, como convocado a un impostergable consejo familiar, todo el linaje de Burtia y Terca Cuik. Nietos, bisnietos y tataranietos de aquellos gitanos que una vez llegaron a Cuba sin pensar que aquí echarían raíces, se han dado cita para recordar, bajo el influjo ancestral de una taza de té perfumada con frutas, la crónica de una vida errante de Burtia y la historia de amor de su hija Parizza y el campesino español Rogelio Sandín”.

“Sandín, el secuestrador”

“La mañana en que Rogelio Sandín, tras su carretilla de vendedor ambulante, vio que una joven llamada Parizza formaba parte de la caravana de gitanos recién llegada a Arroyo Apolo, enseguida la identificó como la niña que, varios años atrás, había conocido en España. Y aunque Parizza contaba sólo 15 años, Rogelio Sandín comprendió al verla que aquella gitana de trenzas reverberantes sería su mujer para toda la vida.

Había pasado mucho tiempo desde el primer encuentro de Rogelio y Parizza allá en Benavente. Él, que fue amamantado y criado por una gitana española amiga de su madre, sintió curiosidad al saber de



Porche de la casa en la que nació y se crió Rogelio Sandín.

la existencia de un nuevo campamento de gitanos nómadas en las cercanías del pueblo. Y fue a verlos (...) Y en aquel campamento apresurado, Rogelio reconoció a la niña llamada Parizza, sin imaginar siquiera que, años después aquella misma Parizza le cambiaría el destino.

Desde su primer encuentro en Cuba, Rogelio y Parizza comprendieron que más allá de las costum-

bres y barreras raciales, debían vivir juntos por el resto de su existencia. Así, empezaron a verse a escondidas, ella desafiando la vigilancia de Burtia y él temiendo las represalias de los celosos gitanos, que no veían con buenos ojos la relación amorosa de un miembro de la tribu con un gazyó o una gazyí.

Pero Rogelio y Parizza estaban decididos y cuando la caravana partió hacia Matanzas en busca de nuevos trabajos, el joven fue hasta la provincia vecina y como en cuento medieval, pero auxiliado por un automóvil, raptó a la mujer de sus desvelos.

Mientras Burtia Cuik denunciaba el secuestro de su hija en el juzgado de Matanzas, los amantes se alojaron en un hotel, Parizza, que entró en la instalación vestida como una gitana, dueña de unas trenzas inolvidables, salió de allí a la mañana siguiente ataviada como una cubana y pelada con la melena loca de los años 20: aquella mujer podía renunciar a todo por el hombre que había escogido.

Varios días después, Rogelio se presentó ante Burtia y Terca y le explicó que él deseaba casarse con su hija y a regañadientes, los gitanos prometieron anular la denuncia. Sin embargo, instigados por los otros miembros de la caravana, Burtia no llegó a retirar la acusación y se dio la orden de prender al secuestrador.

Pero Rogelio Sandín había demostrado, una vez más, su inteligencia; mediante una contraseña recibió en La Habana la noticia de

que la denuncia seguía en pie, y se escondió con Parizza. Al día siguiente, el sustituto de Rogelio Sandín en la carretilla ambulante era detenido bajo la acusación de secuestro.

Durante varios meses el matrimonio permaneció escondido, amándose, mientras el vientre de ella empezaba a crecer con la vida de su primer hijo. Entonces los amantes furtivos comparecieron en el Juzgado de Matanzas y fueron citados también Burtia y Terca, quienes al ver la transformación de la pequeña Pirío, consintieron en retirar la denuncia. Burtia Cuik, que tenía olfato para percibir lo inevitable, comprendió en aquel momento que nada podía contra ese amor y le ofreció a Rogelio Sandín una tienda en su campamento”.

“La larga vida de Rogelio Sandín”

“Desde aquel día inolvidable, Rogelio Sandín, pasó a formar parte de la caravana de gitanos. Aunque en los primeros tiempos los zíngaros aceptaban con recelo al joven español, gracias a su inteligencia y habilidad manual, Sandín aprendió rápidamente los oficios de los gitanos y, poco después, se convirtió en el hombre más importante de la tribu.

Burtia llegó a tener plena confianza en él y le encargaba los contratos y los cálculos monetarios de los trabajos, que pronto se tecnificaron y se diversificaron mediante la incorporación de Sandín.

Mientras la vida de los gitanos transcurría igual, Parizza, luego de dar a luz a su primer hijo, Frinka, quedó nuevamente en estado (...)

Sandín, por su parte, se adaptó a las costumbres gitanas y aprendió a expresarse en romaní. Permitió a Parizza conservar su atuendo ancestral, celebrar las ocasiones señaladas por su tradición e, incluso, que continuara leyendo la buena ventura, a pesar de que la bonanza económica había llegado a la tribu. El gazyó asimilado sentía un infinito orgullo por el origen de su mujer y decidió que sus hijos se criaran en la moral gitana, convencido de que, a pesar de los vicios que se le achacaban a aquella raza, los nietos de Burtia Cuik serían hombres de bien.

(...) Frinka -José Sandín-, uno de sus hijos, trabajó junto a un hombre mitológico y con algo de gitano llamado Che” (...) (Ernesto Guevara “el Che”).

Rogelio y Parizza tuvieron siete hijos: José, Teresa, Olga, Felisa, Fermín, Rogelio y Daniel. Rogelio Sandín preparaba un libro con la historia familiar sobre la saga de Burtia Cuik y su abuelo Rogelio Sandín.

Sastre Parra, Leonor. Hija de Antonio Sastre Pérez, natural de Santa María de Valverde, y de Eduviges Parra, nació el 27 de octubre de 1898, hermana de Marceliano y Máximo. Se casó con Lorenzo García Galende, de Santa María de Valverde. Emigraron, ya casados, a Argentina en la segunda década o principios de la tercera del s. XX. No volvió. Falleció en Argentina.

Vega Alonso, Francisco. Nació el día 11 de marzo de 1892. Hermano de la *Tía* Cecilia Vega -madre de Camilo, Genoveva, José, María y Santiago- y de la *Tía* Elena Vega, madre de Sabina y abuela de Herminio Díez Sandín. Se *amajueló* bien los zapatos y nadó rumbo a Argentina a finales del s. XIX o principios del XX. Una vez en Argentina reclamó a Carmen García Vara y contrajeron matrimonio.

En el año 2002 o 2003 estuvo en el pueblo una bisnieta, Nilsa. Información facilitada por Camilo Morán Vega.

Vega Colino, Domingo. Hijo de Domingo y Adela, nacido el día 21 de diciembre de 1936. Quinto mío. Hicimos el servicio militar en Jaca, en la Escuela Militar de Alta Montaña. En el año 1960, recién licenciado, emprendió rumbo a Brasil con su primo Adolfo Fernández. Ha venido en cuatro ocasiones, la última, agosto de 2009. Continúa viviendo en Brasil.



Eduardo Vega.

Vega García, Eduardo. Nació el 4 de octubre de 1874, emigró a Cuba a finales del s. XIX, se casó con Leonarda Sandín. En Cuba nacieron sus hijos Domingo, Salvador, Luisa, Agustina y Eufemia. Murió en Cuba. Su viuda retornó con los cinco hijos. Se casó en segundas nupcias con Nicolás Vaquero Tomás, de Faramontanos de Tábara, hermano de Juan. No tuvieron hijos. (Datos facilitados por sus nietos Maruja Fernández Vega en Bercianos el día 28-10-08 y Eduardo García Vega el 16-11-08,

menos la fecha de nacimiento, que la tomamos del libro de actas del ayuntamiento en Puebla de Valverde.

Vega Membibre, Ismael de. Hijo de Pedro y de Prudencia, natural de Otero de Sanabria. Nació en Bercianos de Valverde el día 9 de febrero de 1906. Contrajo matrimonio con Sofía, natural de Bercianos. Se trasladó con toda la familia a Villardecervos. Desde esta localidad emigró a Argentina. Falleció en Argentina.

EMIGRACIÓN A PAÍSES EUROPEOS EN EL PERIODO COMPRENDIDO ENTRE 1959-1973

Alonso García, Miguel. Hijo de Miguel y Esmeralda. A Francia y Alemania. Retornó, se casó con Piedad, natural de Santa María de Valverde, donde reside viudo.

Alonso García, Emeterio. Hijo de Alfredo y Micaela. Emigró a Suiza en la década de 1961-1970. Reside en Madrid.

Alonso Martín, Antolina. Hija de Pedro y Marcelina. Emigró a Alemania en la década de 1961-1970. Retornó y falleció en el pueblo.

Centeno Díez, Agustín. Hijo de Ignacio y Felicidad. Emigró a Avilés en los sesenta. Años más tarde se fue a Francia, se casó con la avilesina Carmen. Retornaron y residieron en Zamora, Morerueta de Tábara y Avilés, donde fallecieron.

Colinas Delgado, Josefa. Hija de José (natural de Santa Croya de Tera) y Antonia, de Villanueva de las Peras. Emigró a Francia en la década de 1961-1970. Vive en Cataluña.

Colinas Delgado, Nicanor. Hijo de José (natural de Santa Croya de Tera) y Antonia, de Villanueva de las Peras. Emigró a Francia en la década 1961-1970, retornó, y se desplazó de nuevo a Alemania en la misma década. Reside en Bercianos.

Colinas Delgado, Próspero. Hijo de José (natural de Santa Croya de Tera) y Antonia, de Villanueva de las Peras. Casado con Natalia Rodríguez Bobillo, natural de Melgar de Tera. Emigró a Francia en la década de 1961-1970. Regresó. Falleció en Valladolid, donde residía, el 19 de marzo de 2005.

Colino Fernández, Amador. Hijo de Casimiro y Jacoba. Emigró

a Alemania en la década de 1961-1970. Retornó y migró a Madrid, se casó con Inés Centeno Morán, natural de Bercianos. Retornó al pueblo. Vive en Madrid y en verano en el pueblo.

Colino Fernández, Angélica. Hija de Casimiro y Jacoba. Se casó con César Sandín Rodríguez, de Santa María de Valverde. Emigró a Alemania con su esposo en los años sesenta. Retornaron. Vive, viuda, en Santa María.



Julián Colino Sandín.

Colino Sandín, Julián. Hijo de Bernardo y Leonides. Emigró a Alemania el 1-5-1970. Retornó el 15-6-1973. Guardia Civil jubilado. Reside en León.

Crespo Arriero, Mariano. Hijo de Gumersindo y Esperanza -medio hermano de Esperanza y Anastasio-, su madre se casó en segundas nupcias con Gumersindo Crespo, hermano de Anastasio. Residió muchos años en Austria. Retornó.

Fernández Vega, Eduardo. Hijo de Jerónimo, de Santa María de Valverde, y de Agustina. Emigró a Francia. Retornó. Se casó en Morales de Valverde, donde reside.

García Álvarez, Fermín. Hijo de Servando y Felicidad. Nació el día 27 de octubre de 1923. Esposo de Gonzala Rodríguez García. Alemania fue su elección en la década de 1961-1970. Falleció en Bercianos el día 9 de julio de 2017.

García Bermejo, María Luisa. Hija de Jacinto. Contrajo matrimonio con Olegario Martín García, de Publica de Valverde. Residió en Publica. Viuda de Olegario, se trasladó a Zamora, desde donde emigró a Alemania. Retornó a Zamora, donde falleció.

García Casado, Elisea. Hija de Paulino y Fortunata. Emigró con su esposo Roberto Vega Colino a Francia en la década de 1961-1970. Reside en Zamora y Bercianos.

García Crespo, Jenaro. Hijo de Ramón y Rufina. A Alemania

en los años sesenta. Retornó. Reside en El Grao de Gandía (Valencia). García Crespo, Purificación. Hija de Ramón y Rufina. A Alemania con su esposo Alonso García García en los años sesenta. El matrimonio vivió en Bercianos, al quedarse viuda fue a vivir con su hija Consolación en la provincia de León. Falleció en Bercianos.

García García, Alonso. Hijo de Plácido y Estefanía. Emigró a Alemania con su esposa Purificación García Crespo en los años sesenta del pasado siglo XX. Falleció en Bercianos.

García García, José. Padre de Pedro, Benedicta, Avelina y Sagrario, natural de Santa María de Valverde. Se casó con Prudencia García, natural de Bercianos. Emigró a Francia a finales del XIX. Fue al primero que le oí yo la palabra *lapin*, conejo en francés. Falleció en Bercianos.

García García, Carmen. Hija de Melchor y Margarita. Emigró a Alemania en la década de 1961-1970. Reside con su marido y sus dos hijas en Alemania.

García Martín, Isabel Felisa. Hija de Desiderio y Flora. Esposa de Agustín García Mateos. Emigraron a Alemania en los años sesenta del pasado siglo XX. Reside en Valladolid.

García Mateos, Agustín. Hijo de Avencio y Esperanza, natural de Villanueva de las Peras, casado con Isabel Felisa García Martín. Emigró a Alemania en la década de los sesenta del pasado siglo XX. Regresó y reside en Valladolid.

García Mateos, Aurelio. Hijo de Avencio y Esperanza, natural de Villanueva de las Peras. Emigró en la década de los sesenta a Alemania. Regresó, fijó la residencia en Valladolid, donde falleció muy joven.

García Mateos, Engracia. Hija de Avencio y Esperanza, natural de Villanueva de las Peras. Casada con Daniel Furones, de Publica de



Alonso García y Pura García el día de su boda.

Valverde. También emigró a Alemania con su esposo en los años 60 del s. XX. Reside en Zamora.

García Mateos, Eugenio. Hijo de Avencio y Esperanza, natural de Villanueva de las Peras. Emigró a Alemania en la década de los sesenta del s. XX. Regresó y reside en Valladolid.

García Rodríguez, Rafaela. Hija de Fermín y de Gonzala. Emigró a Alemania en la década 1961-1970 con su esposo Santos Ratón Juárez, de Tábara. Retornó. Vive en Bercianos.

García Sandín, Fermín. Hijo de Agustín y Leonor, natural de Santa María de Valverde, emigró a Alemania en la década de 1961-1970. Regresó y falleció en el pueblo.

García Sandín, Santiago. Hijo de Eduardo y Remedios. Emigró a Alemania en los años sesenta del s. XX. Reside en Salamanca.

García Vega, Eduardo. Hijo de Santiago y Eufemia. Su primera salida fue a Suiza, a finales de los años cincuenta del pasado siglo XX. En Suiza estuvo seis meses, trabajando en el campo. Retornó y emigró de nuevo a Francia, donde permaneció otros seis meses. Retornó de nuevo y volvió a emigrar a Alemania. En Alemania permaneció tres meses. Retornó y vive en el pueblo. Información facilitada por el mismo Eduardo el 23-10-2010

García Vega, Epifanio. Hijo de Clotilde García Vega. Emigró a Alemania en la década de 1961-1970 con su esposa Inés Llamas Prieto, de Santa María de Valverde. Retornaron. Falleció en Bercianos.

Morán Vega, Camilo. Hijo de Natalio y Cecilia, soltero. A Francia en los años sesenta del s. XX. Regresó y vivió en el pueblo hasta su fallecimiento el 4-8-2010.

Morán Vega, José. Hijo de Natalio y Cecilia, soltero. A Francia en los años sesenta del pasado siglo. Regresó y vive en el pueblo.

Morán Vega, María. Hija de Natalio y Cecilia. A Francia en la década 1961-1970. Vive en Villanueva de las Peras con su esposo, natural de dicho Villanueva.

Morán Vega, Santiago. Hijo de Natalio y Cecilia, soltero. A Francia con sus hermanos Camilo y José en la década 1961-1970. Vive en Bercianos.

Parra García, Eugenio. Hijo de Román y Consuelo. Emigró a Alemania en la década de 1961-1970. Regresó y vive en el pueblo con su mujer Dolores Pérez Fernández, natural de Bustelo (Orense).

Rodríguez García, Gonzala. Hija de Melchor y Basilia. Esposa de Fermín García Álvarez. Emigró con su esposo a Alemania en la década de 1961-1970. Regresó. Falleció en Bercianos.

Sandín Marcos, Eladio. Hijo de Félix y Maximina, casado con Florinda García García. Emigró por los sesenta a Suiza (tres meses), Francia (seis meses) y Alemania (5 años y 3 meses). Retornó y vivió en el pueblo. Información facilitada por Eladio el 16-10-2010. Falleció en la Residencia de Santibáñez de Tera en 2013. Yace en Bercianos.

Sastre Galende, José. Hijo de Máximo y Celia. Se casó con Isidra Crespo Crespo, natural de Pubblica de Valverde. Emigró a Alemania en la década de 1961-1970. Retornó. Falleció en el Pueblo.

Vega Colino, Roberto. Hijo de Domingo y de Adela. Emigró a Francia con su esposa Elisea García en la década de 1961-1970. Reside en Zamora y en Bercianos.



Eladio Sandín.

EMIGRACIÓN A CAPITALES DE PROVINCIA Y PUEBLOS DE ESPAÑA

Alonso García, Dolores. Hija de Alfredo y Micaela. Se fue del pueblo en la década de 1951-1960. Vive en Madrid.

Alonso García, Inocencia. Hija de Alfredo y Micaela. Se fue del pueblo en la década de 1951-1960. Vive en Madrid.

Alonso García, Inocencio. Hijo de Miguel y Esmeralda. Electricista. Reside en Benavente desde los años sesenta del s. XX.

Alonso García, Juan. Hijo de Miguel y Esmeralda. Reside en Madrid desde los años sesenta del pasado siglo.

Alonso García, Pedro. Hijo de Miguel y Esmeralda. Maestro

Nacional. Reside en Salamanca, dejó el pueblo cuando comenzó los estudios allá por los años cincuenta del pasado siglo.

Alonso García, Sebastián. Hijo de Miguel y Esmeralda. Electricista del automóvil. Reside en Benavente desde los años sesenta del pasado siglo.

Alonso García, Gabriela. Hija de Toribio y Lorenza, se fue con su padre (casado en segundas nupcias con Brígida, natural de Villaveza de Valverde) y hermanos a dicho Villaveza, en la década de 1951-1960. Vive en Valladolid, año 2016.

Alonso García, José. Hijo de Toribio y Lorenza, se trasladó con su padre (casado en segundas nupcias con Brígida, natural de Villaveza de Valverde) y sus hermanas a dicho Villaveza, en la década de 1951-1960. Falleció en Villaveza.

Alonso García, Rosaura. Hija de Toribio y Lorenza. Se fue con su padre (casado en segundas nupcias con Brígida, natural de Villaveza de Valverde) y sus hermanos a dicho Villaveza, en la década de 1951-1960, donde falleció ahogada.

Alonso García, Toribio. Hijo de José Alonso González, natural de Litos, y de Dolores. Viudo de Lorenza García. Se casó en segundas nupcias con Brígida, de Villaveza de Valverde. Vivió en Villaveza desde mediados de los años cincuenta con sus hijos hasta su muerte.

Alonso García, Leonardo. Hijo de Domingo Alonso Fernández, de Melgar de Tera, y de Andrea, se casó con Rosa Furones Martín, natural de Abraveses de Tera, en dicho Abraveses, donde vivió desde el año de su casamiento hasta su muerte.

Álvarez Bermejo, Francisco. Hijo de Pedro Álvarez Parra, natural de Villanueva de las Peras y de Emilia Bermejo, nacido el 27 de agosto de 1898, se casó en Santa Croya de Tera, donde vivió y murió el 13 de febrero de 1985.

Álvarez Fernández, Catalina. Nació el 8 de enero de 1908. Hermana de la Tía Emilia, madre de Adelaida. Emigró a Vizcaya a principios de la década de 1931-1940. Murió en Bilbao casi centenaria.

Blanco Sandín, Pablo. Hijo de José Blanco Vega y de Ángela Sandín, nació el 2 de julio de 1901, se casó y vivió en Litos hasta su muerte.

Casado Argüello, Lucía. Esposa de Juan Cid. Se trasladó con la familia a Tábara. Tuvieron una hija nacida el 17 de noviembre de 1896, que murió en Tábara.

Casado García, Eliseo. Hijo de Eliseo y Eulalia. Se desplazó a Reinosa (Santander) en la década de 1961-1970. Reside en Reinosa.

Casado García, Servando. Hijo de Eliseo y Eulalia, casado con María Jesús Mateos, natural de Litos. Se trasladó en la década de 1961-1970 a Alcalá de Henares con su esposa, donde residió. Está sepultado en Litos.

Casado Lorenzo, Ángel. Hijo de Dámaso y Ángela. Se casó con Isabel García Centeno. En los años 60 se fueron a Benavente, donde vivió y falleció octogenario.

Casado Lorenzo, Benilde. Hija de Dámaso y Ángela, nació el 23 septiembre de 1912. Se casó con Leopoldo Laín, de Faramontanos de Tábara, y allí vivió hasta su fallecimiento.

Casado Lorenzo, Jesusa. Hija de Dámaso y Ángela, nació en Bercianos. Se casó en Bercianos, el 16 de mayo de 1939, con Gregorio Fernández Alonso -viudo-, de Faramontanos de Tábara, y vivió en esa localidad hasta su fallecimiento.

Casado Lorenzo, Marta. Hija de Dámaso y Ángela, esposa de Tomás Sánchez Prieto. El matrimonio, con dos hijas, fijó la residencia en Zamora en los años sesenta del pasado siglo. Falleció en Zamora.

Casado Parra, Soledad. Hija de Anastasio y Soledad. En 1946, con un año de edad, sus padres fueron a vivir a Alaejos (Valladolid). Reside en Salamanca.

Casado Sandín, Emiliano. Hijo de Emiliano Casado Turiel, natural de San Pedro de Zamudía, y de Alfonsa, natural de Bercianos. Fue con toda la familia a Madrid el 2-1-1960. Vive en Madrid.

Casado Sandín, José. Hijo de Emiliano Casado Turiel, de San Pedro de Zamudía, y de Alfonsa natural de Bercianos. Marchó con toda la familia a Madrid el 2-1-1960. Vive en Madrid.

Casado Sandín, Tristán. Hijo de Emiliano, natural de San Pedro de Zamudía, y de Alfonsa, natural de Bercianos. Marchó con toda la familia a Madrid el 2-1-1960. Reside en Horche (Guadalajara).



Ismael Casado y Ludivina Sastre con sus hijos.

Datos proporcionados por Tristán.

Casado Sastre, Isabel. Hija de Ismael y Ludivina. Con toda la familia en los años cincuenta del s. XX a Alaejos (Valladolid).

Casado Sastre, Ismael. Hijo de Ismael y Ludivina. Con toda la familia en los años cincuenta del s. XX a Alaejos (Valladolid).

Casado Sastre, Leonor. Hija de Ismael y Ludivina. Se fue toda la familia en los años cincuenta del s. XX a Alaejos (Valladolid).

Casado Sastre, Leovigilda. Hija de Ismael y Ludivina. Con toda la familia a Alaejos en los años cincuenta del s. XX.

Casado Sastre, Modesta. Hija de Ismael y Ludivina. Con toda la familia a Alaejos (Valladolid) en los cincuenta del s. XX.

Casado Turiel, Ismael. Natural de San Pedro de Zamudia. Casado con Ludivina Sastre Parra. Vivieron en Bercianos. Toda la familia se trasladó a Alaejos.



Liberto Centeno, Vicerrector del Seminario de Astorga.

Centeno Centeno, Ángel. Hijo de Juan Centeno Martín, de Pubblica de Valverde, y de Genoveva Centeno, de Bercianos, se casó, después de retornar de Argentina, con Obdulia Álvarez, de San Pedro de Zamudia. Vivió y falleció en San Pedro.

Centeno Centeno, Liberto. Hijo de Tomás y Dominga. Vicerrector del Seminario de Astorga. Falleció en Bercianos.

Centeno Centeno, Lionel. Hijo de Nicolás y Belarmina. Licenciado en Filología Hispánica. Comenzó sus estudios a finales de los años cincuenta del s. XX y desde entonces no estuvo de continuo en el pueblo. Reside en Madrid.

Centeno Centeno, Lucinio. Hijo de Nicolás y Belarmina, esposo de Celedonia Fernández García. Maestro Nacional. Trabajó como empleado de Banca. Salió del pueblo en los años cincuenta del pasado siglo. Reside en Zamora y en Bercianos.

Centeno Centeno, Santiago. Hijo de Juan Centeno Martín, de Pubblica de Valverde, y Genoveva Centeno. Se casó con Casimira Sastre Sandín, de Pubblica, donde falleció.

Centeno Díez, Jacobo. Hijo de Ignacio y Felicidad, nació el día 21 de agosto de 1928. Hermano de Agustín. Se casó con Josefa Castaño Prieto, natural de Moreruela de Tábara. Reside en dicho pueblo desde los años sesenta del pasado siglo XX.

Centeno García, Esperanza. Hija de Cayetano y Francisca. Se casó con Inocencio, natural de Pubblica de Valverde, vivieron en Benavente desde finales de la década de 1931-1940 o principios de la de 1941-1950. Falleció en Zamora.

Centeno García, José. Hijo de Cayetano y de Francisca, nació el 10 de septiembre de 1916, se casó en Santa María de Valverde con Emilia Morán Sandín, donde vivió desde finales de la década de 1931-1940 hasta su fallecimiento.

Centeno García, Laurentino. Hijo de Cayetano y Francisca, nació el 17 de mayo de 1914. Maestro Nacional. Dejó el pueblo al finalizar la década de 1931-1940. Falleció en Alicante el 6 del 12 de 2004.

Centeno García, Hermelinda. Hija de Ezequiel y Germelina. Dejó el pueblo a finales de los años sesenta o principios de los setenta. Reside en Astorga.

Centeno García, Jesús. Hijo de Ezequiel y Germelina. Casado con Francisca Esteban Barrio, de Sitrama de Tera. Vive en Benavente.

Centeno García, María Isabel. Hija de Ezequiel y Germelina. Esposa de Isaías Vega, natural de Santibáñez de Tera. Reside en Asturias desde la década de 1971-1980.

Centeno García, Rosario. Hija de Ezequiel y Germelina. Salió del pueblo a finales de los años sesenta o principios de los setenta. Vive en Madrid.

Centeno Morán, Ana. Hija de Clemente y de Genoveva. Vive en Madrid desde muy joven.

Centeno Morán, Inés. Hija de Clemente y de Genoveva, casada con Amador Colino Fernández. Reside en Madrid desde finales de la década de 1961-1970. Y a partir de 2012 medio año en el pueblo.

Centeno Morán, Matilde. Hija de Pedro y María Morán, se casó y vivió en Morales de Valverde.

Centeno Morán, Vicenta. Hija de Pedro y María Morán. Vivió en el arrabal de San Lorenzo (Tábara).

Centeno Vega, Jacobo. Hijo de Santiago Centeno Peral, de Pubblica de Valverde, y de Victoria Vega Colino, de Bercianos. Los datos indican que pudo nacer en 1862. Sacerdote. Falleció en Abraveses de Tera.

Cid Casado, Laura. Hija de Juan y de Lucía Casado Argüello, nació el 17 de noviembre de 1896. Le fue concedido el auxilio de ancianidad del Fondo Nacional de Asistencia Social. Murió en Tábara el 23 de agosto de 1975.

Colinas Delgado, Argelio. Hijo de José (natural de Santa Croya de Tera) y de Antonia, de Villanueva de las Peras. Se casó con Rosalía García García. Emigró a Santurce en la década de 1961-1970. Reside en Madrid.



Casimiro Colino con Nicolás Sastre.

Colino Cortés, Casimiro. Abuelo paterno de Casimiro Colino Lorenzo, quien nos refirió en una entrevista que sus abuelos habían trabajado en las minas de Río Tinto (Huelva). Calculamos que pudo ser por la década de 1861-1870.

Colino de Vega, Concepción. Hija de Casimiro Colino, natural de Celada (León) y de Aquilina de Vega, natural de Bercianos de Valverde -hermana de la Tía Lorenza-, se casó el 5 de mayo de 1900 con Dionisio de Vega, de Litos, viudo. Falleció en Litos. Madre de Francisco de Vega Colino, famoso porque fue legionario durante la Guerra Civil, y guarda jurado en Bercianos.

Colino Fernández, Casimiro. Hijo de Casimiro y Jacoba. Dejó el pueblo desde que se fue a los frailes en la década de 1951-1960. Psicólogo que trabajó en Madrid, donde falleció muy joven. Sus restos reposan en el panteón familiar en Bercianos.

Colino García, Noelia. Hija de Octavio y Esther. Vive en Zamora desde finales de 1900 [sic].

Colino García, Óscar. Hijo de Octavio y de Esther. Vive en Zamora desde principios de la década de 2001-2010.

Colino García, María Jesús. Hija de Sagrario y de Manuel, natural de Litos, fallecido. Enfermera. Reside en Benavente.

Colino García, Adelmira. Hija de Tomás y Nicolasa. Media hermana de Ramón Llamas. Casada con Atilano Ganado, natural de Sitrama de Tera, Guarda Forestal, destinado en Sardonedo (León) en la década de 1961-1970, fue con él toda la familia. Falleció Valladolid.

Colino Lorenzo, Eleuteria. Hija de Julián y Patricia, se casó con Pablo Colino de Vega. Vivieron en Faramontanos de Tábara y después en Santa Cristina de la Polvorosa. Falleció en Santa Cristina. Su hijo Julián Colino Colino nació el 11 de junio de 1929, se casó con María Carmen Gavella Matilla, de Morales de Rey, en Santa Cristina.

Colino Sandín, Julián. Hijo de Bernardo y de Leonides. Emigró a Alemania el 1 de mayo de 1970. Retornó el 15 de junio de 1973. Guardia Civil jubilado. Vive en León.

Colino Sandín, Patricia. Hija de Bernardo y Leonides, esposa de Marino García Carro, natural de Litos. Vive en Cuéllar (Segovia) desde los años sesenta del pasado siglo.

Crespo Arriero, Anastasio. Hijo de Anastasio y Esperanza, natural de Talavera de la Reina (Toledo). Reside en Madrid desde los años sesenta del s. XX.

Crespo Arriero, Dolores. Hija de Gumersindo y Esperanza -natural de Talavera de la Reina (Toledo)-, esposa de Simón Vicente Luna. Reside en Madrid.

Crespo Arriero, Esperanza. Hija de Anastasio y Esperanza -natural de Talavera de la Reina (Toledo)-. Reside en Madrid desde la década 1951-1960.

Crespo Fernández, Caridad. Hija de Argimiro -natural de Cubillos del Pan- y Francisca. Viuda de Fausto. Reside en Madrid desde los años sesenta del pasado siglo XX.

Crespo Fernández, Resurrección. Hija de Argimiro -natural de Cubillos del Pan (Zamora)- y de Francisca, emigró con su hermana Caridad en los años sesenta a Madrid. Murió en Benavente. Está enterrada en Bercianos.

Crespo García, Anastasio. Hijo de Tomás, de Santa María de Valverde, y de Eusebia, nació el 27-4-1911. Se casó con Esperanza Arriero, de Talavera de la Reina (Toledo). Murió en la Guerra Civil.

Crespo García, Gumersindo. Hijo de Tomás, de Santa María de Valverde, y de Eusebia, nació el 18 de abril de 1915. Se casó con Esperanza Arriero Arriero (su cuñada). Desde los años cuarenta, vivió en Madrid, donde falleció el 30 del 12 de 2006.

Crespo García, Laudelino. Hijo de Tomás, de Santa María de Valverde, y de Eusebia. Nació el 2-7-1917. Se casó y vivió en Morales de Valverde.

Díez Centeno, Genoveva. Hija de Porfirio y Anselma, casada con Manolo Clemente Pina. Emigró a Bilbao en la década de 1961-1970. Reside en Portugalete.

Díez Centeno, Juan. Hijo de Porfirio y Anselma. Cartero. Salió del pueblo a finales de la década de 1961-1970. Reside en Salamanca.

Díez Centeno, Porfirio. Hijo de Porfirio y Anselma. Casado con Trinidad García García. Emigró a Bilbao a finales de los años sesenta del pasado siglo XX. Falleció en Portugalete en el año 2012.

Díez García, Vitoriano. Hijo de Porfirio y Trinidad. Emigró con sus padres a Vizcaya en la década de 1961-1970. Reside en Portugalete.

Díez Sandín, Cándida. Hija de Bernardino y Sabina. Esposa de Ricardo García Colino. Residió en Valladolid desde la década de 1961-1970. Yace en Bercianos.

Díez Sandín, Claudino. Hijo de Bernardino y de Sabina. Reside en Bilbao desde los años sesenta del s. XX.

Díez Sandín, Herminio. Hijo de Bernardino y Sabina, cartero. Dejó el pueblo al comenzar la década 1951-1960. Estuvo muchos años en un pueblo de Valencia. Ya jubilado fijó la residencia en Bercianos, donde falleció.

Fernández de Anta, Maximino. Hijo de Vicente y de María, nació el 1 de mayo de 1897. Se casó en Morales de Valverde por la década de 1921-1930. Allí vivió y murió.

Fernández de Vega, Claudia. Natural de Bercianos, se casó con Santiago Carro del Río, de Litos. Vivió en Litos. Su hijo Félix Carro Fernández nació el 17 de abril de 1911 en Bercianos.

Fernández Mayor, Belén. Hija de Jerónimo y Rosenda. Se fue del pueblo a finales de la década de 1901-2000 [sic]. Reside en Gerona o Girona, como hay que decir ahora.

Fernández Mayor, Clara. Hija de Jerónimo y Rosenda. Salió del pueblo en la década de 1981-1990. Vivió en Barcelona. Reside en Benavente.

Fernández Mayor, Mario. Hijo de Jerónimo y Rosenda. Empresario de la construcción. Vive en Benavente desde la década de 1901-1910 [sic].

Fernández Mayor, Óscar. Hijo de Jerónimo y Rosenda. Camionero. Vive en Benavente desde finales de la década de 1901-1910 [sic].

Fernández Nieto, Aquilino. Hijo de Lorenzo Fernández y Manuela Nieto. Nació el día 9 de julio de 1879. Emigró a Santurce, y fue el diseñador de sus jardines.

Fernández Rodríguez, Agustina. Hija de Leoncio y María. Vive en Madrid desde los años sesenta del pasado siglo XX.

Fernández Rodríguez, M^a Angélica. Hija de Leoncio y María. Vive en Madrid desde la década de 1961-1970.

Fernández Rodríguez, Melchor. Hijo de Leoncio y María. Vive en Madrid desde los años sesenta del pasado siglo XX.

Fernández Rodríguez, Mercedes. Hija de Leoncio y María. Vive en Madrid desde los años sesenta del pasado siglo XX.

Fernández Sánchez, Orlando. Hijo de Francisco y Tomasa. Reside en Portugalete desde la década de 1961-1970.

Fernández Vega, Eduardo. Hijo de Jerónimo y Agustina. Emigró a Francia en los años sesenta del s. XX. Retornó. Se casó en Morales de Valverde. Reside en Morales.

Fernández Vega, Asunción. Hija de Jerónimo y Agustina. Se casó con Francisco Vilorio, de Benavente. Vive en Benavente.

Fernández Velasco, Celedonia. Hija de Bienvenido y Emérita. Maestra Nacional. Residió en Zamora. Yace en Bercianos.

Fernández Velasco, Josefa. Hija de Bienvenido y Emérita. Residió en Madrid los años sesenta del pasado siglo XX. Vive en el pueblo.

Fernández Velasco, Segundo. Hijo de Bienvenido y Emérita. El trabajo lo llevó a Pozuelo de Alarcón (Madrid) a comienzos de la década 1951-1960. Reside en Pozuelo.

Galende Vara, Laurentina. Hija de Pascual y de María, nació el 17 de mayo de 1911. Emigró a Argentina. Retornó. Se casó con Rosendo García García. Dejó el pueblo con su marido y sus hijos Darío y Graciela en la década de 1941-1950. Vivió en Villardeciervos y Tábara, donde falleció.

García García, Manuela. Natural de Bercianos. Contrajo matrimonio con Aquilino Bermejo, de Santa María de Valverde. Vivió y falleció en Santa María.

García Alonso, Concepción. Hija de Fernando, de Villanueva de las Peras, y de Concepción. Casada con Santos García de Vega. Vive en Zamora.

García Bermejo, Aniceto. Hijo de Miguel y de María. Se casó con Elicia García Centeno. Emigró con la familia a Alaejos (Valladolid) en la década de 1951-1960. Falleció en Alaejos.

García Bermejo, Aurora. Hija de Miguel y de María. Contrajo matrimonio con don Ricardo Gómez Díez -Maestro Nacional-. Vivieron en Ferreras de Abajo hasta la jubilación de don Ricardo.

García Bermejo, María Luisa. Hija de Jacinto. Contrajo matrimonio con Olegario Martín García, natural de Pùblica de Valverde, el día 21 de noviembre de 1940. Residió en Pùblica. Ya viuda se trasladó a Zamora por el año 1965. Vivió en Zamora. Emigró a Alemania. Retornó. Falleció en Zamora.

García Blanco, Amalia. Hija de Francisco y Escolástica. Maestra Nacional. Casada con Emilio Mezquita Lorenzo. Ejerció en varios lugares desde finales de los sesenta. Reside en Zamora, jubilada.

García Blanco, Primitivo. Hijo de Francisco y Escolástica. Emigró al País Vasco en la década 1961-1970. Regresó. Reside en el pueblo.

García Carnero, Andrés. Hijo de Bartolomé y Serafina. Salió del pueblo a estudiar en los años cuarenta del pasado siglo XX. Vivió en Zamora desde 1966. Está enterrado en el pueblo.

García Carnero, Elvira. Hija de Bartolomé y Serafina. Los últimos años de su vida, coincidiendo con el 2000, vivió con su hija en Pozuelo de Alarcón (Madrid). Murió en Bercianos en 2007.

García Carnero, Mariana. Hija de Bartolomé y Serafina. Vivió últimamente con su hija Elba en Vizcaya. Falleció en Bercianos en el año 2012.

García Casado, Hermenegilda. Hija de Paulino y Fortunata. Se fue a Vizcaya en la década de 1961-1970. Se casó con Julián Cavero. Reside en Portugalete.

García Casado, Fortunata. Hija de Paulino y Fortunata. Se fue del pueblo en la década de 1961-1970. Vive en Madrid.

García Casado, Paulino. Hijo de Paulino y Fortunata, casado con M^a Cristina Casado Belacorta. Emigró como sus hermanos en la década de 1961-1970 a Vizcaya. Reside en Bilbao.

García Centeno, Germelina. Hija de Evaristo y María. Esposa de Ezequiel Centeno. Vivió últimamente con los hijos. Yace en Bercianos.

García Centeno, María Luz. Hija de Evaristo y María. Emigró a Barcelona en los años sesenta del pasado siglo XX, se casó con José Martínez Caparroz. Vive en Barcelona.

García Centeno, Carlos. Hijo de Argimiro y Gertrudis. Agente Judicial. Salió del pueblo en los años sesenta del s. XX. Reside en Zamora.

García Centeno, Doroteo. Hijo de Argimiro y Gertrudis. Maestro Nacional. Residió en Benavente desde que fue a estudiar en la década de 1941-1950. Falleció en Benavente en julio de 2018.

García Centeno, Inocencia. Hija de Argimiro y Gertrudis. Reside en Barcelona desde los años sesenta del pasado siglo XX.

García Centeno, Isabel. Hija de Argimiro y Gertrudis. Esposa de Ángel Casado. Vivió en Benavente desde los años sesenta del pasado siglo XX hasta el fallecimiento de su esposo. Reside en Zamora con su hija Maribel.

García Centeno, Almudena. Hija de Juan y Concepción. Salió del pueblo a mediados de la década de 1951-1960. Reside en Madrid.

García Centeno, Braulio. Hijo de Juan y Concepción. Emigró a Zumárraga en los años cincuenta del s. XX. Casado con María García García. Falleció en Valladolid. Yace en Bercianos.

García Centeno, Elicia. Hija de Juan y Concepción. Esposa de Aniceto García Bermejo. Emigró con la familia a Alaejos (Valladolid) en la década de 1941-1950. Falleció en Alaejos.

García Centeno, Enérida. Hija de Juan y Concepción. Se casó con Eugenio, natural de Villaveza de Valverde. Emigraron a Zumárraga en la década de 1961-1970. Reside en Zumárraga.

García Centeno, Germana. Hija de Juan y Concepción. Marchó del pueblo en la década de 1951-1963 [sic]. Residió en Orcoyen (Navarra), donde falleció.

García Centeno, Tomás. Hijo de Juan y Concepción. Emigró en la década de 1951-1960 a Zumárraga. Falleció en Zumárraga.

García Cid, Elena. Hija de Juan y Elena. Salió del pueblo en los años noventa del pasado siglo. Reside en Valladolid.

García Cid, Juan Diego. Hijo de Juan y Elena. Reside en Salamanca desde los años noventa del pasado siglo XX.

García Colinas, Ernestina. Hija de Sergio y Amelia, natural de Villanueva de las Peras. Como sus hermanos emigró a Vizcaya en la década de 1961-1970. Casada con Marcos Peña, de Villarcayo (Burgos). Vive en Sestao.



Ernestina García.

García Colinas, Ernesto. Hijo de Sergio y Amelia, natural de Villanueva de las Peras, casado con Maricruz, de Valladolid. Emigró en la década de 1961-1970 a Santurce, donde reside.

García Colinas, Honorio. Hijo de Sergio y Amelia, natural de Villanueva de las Peras. Emigró en los años sesenta del s. XX a Santurce. Se casó con Francisca Sobrino Serrano, natural de Carrión de Calatrava (Ciudad Real). Falleció en Bercianos.

García Colino, Ricardo. Hijo de Vitoriano y Trinidad. Policía Nacional. Dejó el pueblo, por razón de la profesión, en la década 1951-1960. Falleció en Valladolid. Está enterrado en Bercianos.

García Crespo, Benigno. Hijo de Ramón y Rufina. A Madrid en la década de 1961-1970. Se casó con Lila, colombiana. Falleció en Alicante.

García Crespo, Esmeralda. Hija de Ramón y Rufina. Por la década de 1961-1970 emigró con su esposo Marcelino a Castellón. Reside con sus hijos en Castellón desde que falleció su marido. La primavera y el verano en Bercianos.

García de Paz, Almudena. Hija de Ramón y Julia, natural de Brime de Urz. Dejó el pueblo a comienzos de los años 2000. Reside en Zamora.

García de Paz, David. Hijo de Ramón y Julia, natural de Brime de Urz. Dejó el pueblo a comienzos de los años 2000. Reside en Benavente.

García de Paz, Ramón. Hijo de Ramón y Julia, natural de Brime de Urz. Dejó el pueblo a comienzos de los años 2000. Reside en León.

García Díez, Bernardino. Hijo de Ricardo y Cándida. Nació en Bercianos. Lo llevaron sus padres a Valladolid por el año 1959. Murió en Madrid el 26-5-2008. Ha dejado escrita una bella poesía en la que expresa su amor al pueblo. Fue leída por Lionel Centeno en una misa celebrada en la iglesia del pueblo en el mes de agosto. La gente se emocionó mucho.

García Díez, Vitoriano. Hijo de Ricardo y Cándida. Policía Nacional. Vive en Valladolid.

García Fernández, Ángeles. Hija de Perfecto y Francisca. Reside en Zumárraga desde los años sesenta del pasado siglo XX.

García Fernández, Enrique. Hijo de Perfecto y Francisca. Emigró a Zumárraga en los años sesenta del pasado siglo XX. Reside en Zamora desde su jubilación.

García Fernández, Leonido. Hijo de Perfecto y Francisca. Guarda Forestal. Dejó el pueblo en la década 1961-1970. Reside en Benavente, jubilado.

García Fernández, Purificación. Hija de Perfecto y Francisca. Se casó en Santa María de Valverde, en los años sesenta del pasado siglo XX, donde falleció.

García Fernández, Segifredo. Hijo de Perfecto y Francisca. En la década 1961-1970, emigró. Reside en Zamora desde su jubilación.

García Fernández, Vidalina. Hija de Perfecto y Francisca. Falleció en Zumárraga, donde residía desde los años sesenta con su esposo Emiliano. Sus cenizas están esparcidas en el término de Bercianos

García Furones, Isabel. Hija de Gabino y de Isidora, natural de Morales de Valverde. Se casó con Inocencio, natural de Villaveza de Valverde, y allí vive.

García Furones, Isidro. Hijo de Gabino y de Isidora, natural de Morales de Valverde. Reside en Zamora desde principio de la década de 1971-1980.

García Furones, José. Hijo de Gabino y de Isidora, natural de Morales de Valverde. Vive en Zamora desde finales de la década de 1961-1970.

García Galende, Darío. Hijo de Rosendo y Laurentina. Maestro Nacional. Dejó el pueblo en la década de 1941-1950. Reside en Marbella.

García Galende, Graciela. Hija de Rosendo y Laurentina. Dejó el pueblo en las mismas fechas que su hermano Darío. Maestra Nacional y religiosa de las Hermanas de la Caridad en el Colegio San Vicente de Paúl de Benavente.

García Galende, Felipe. Hijo de Felipe y Agustina. Se casó con Felicidad Prieto, de Santa Croya de Tera. Se fue a vivir a Zamora con la familia en la década de 1961-1970. Falleció en Zamora.

García García, Amalia. Hija de Plácido y Estefanía. Casada con Gerardo Fernández Sandín, natural de Santa María de Valverde. Vivió después de casada en Santa María hasta su muerte.

García García, Araceli. Hija de Vicente y Mariana, casada con Julián Pérez Mazas. Vive en Madrid desde finales de los sesenta del pasado siglo XX.

García García, Aurelio. Hijo de Agustín y Engracia. Nació el día 24 de diciembre de 1912. Ingresó en la Orden de San Agustín a los 13 años. Falleció en Palencia el 5 de mayo de 2009.

García García, Aurora. Hija de Melchor y Margarita. Salió del pueblo en la década de los sesenta. Reside en Valladolid.

García García, Carlos Alberto. Hijo de Juan Manuel y Genoveva. Ingresó en una orden religiosa a finales de la década 1941-1950. Maestro Nacional. Reside en Zamora.

García García, Elba. Hija de Vicente y Mariana. Vive en Vizcaya desde los años setenta del siglo XX.

García García, Elvira. Hija de Vicente y Mariana, casada con Inocencio Sandín Iglesias de Morales de Valverde. Vive en Vizcaya desde finales de los años sesenta del pasado siglo XX.

García García, Felicitación. Hija de Vicente y María. Emigró a Santander por los años sesenta del s. XX con su esposo Miguel García Calzón. Sus restos descansan en Bercianos.

García García, Felisa. Hija de Simón García Vega, natural de Santa María de Valverde, casado en Bercianos. Vivió en Olmillos de Valverde desde los años treinta del s. XX. Falleció en Olmillos.

García García, Isabel. Hija de Ceferino y de Ausencia, natural de Santa María de Valverde. Emigró a Barcelona en la década de 1961-1970. Reside, casada, en Barcelona.

García García, Juan Antonio. Hijo de Alonso y Eufemia. Emigró a Vizcaya en la década 1951-1960. Residió en Santurce, donde falleció. *García García, Juan José.* Hijo de Beatriz, casado con Francisca Calvo Hernández. Emigró a Barcelona en el año 1959. Falleció en Zaragoza.

García García, Laudelina. Hija de Antonio García de la Fuente, natural de Ferreras de Abajo, y de Laudelina. Comenzó a estudiar en la década de 1971-1980. Reside en Alicante, donde ejerce de profesora de Secundaria.

García García, Manuela. Hija de Antonio y Petra, nació el 1 de mayo de 1895, se casó con Aquilino Bermejo, natural de Santa María de Valverde. Vivió en Santa María hasta su fallecimiento el 23 de agosto de 1972.



El Padre Aurelio con su madre, Engracia.



María García.

García García, María (Maruja). Hija de Juan Manuel y Genoveva. Esposa de Braulio García Centeno. Se casaron en el año 1960 y fueron a vivir a Zumárraga. Reside -viuda- con su hijo Jesús en Zamora.

García García, María Paz. Hija de Antonio García de la Fuente, natural de Ferreras de Abajo, y de Laudelina. Dejó el pueblo en la década de 1971-1980. Vive en Alicante.

García García, Petra. Hija de Vicente y Mariana, se casó con Primitivo Martínez. Vive en Madrid desde los años sesenta del pasado siglo XX.

García García, Ramiro. Hijo de Antonio García de la Fuente, natural de Ferreras de Abajo y de Laudelina. Fue a estudiar en la década de 1971-1980. Profesor de Secundaria. Se jubiló en Benavente.

García García, Rosalía. Hija de Alonso y Eufemia, esposa de Argelio Colinas Delgado. Emigró con su marido a Vizcaya en la década 1951-1960. Reside en Madrid.

García García, Rosendo. Hijo de Inocencio y Anastasia. Esposo de Laurentina Galende Vara. Guardamontes. Salió del pueblo en la década de 1931-1940. Falleció en Tábara.

García García, Trinidad. Hija de Vitoriano y Filomena -su segunda esposa, natural de Villanueva de las Peras-. Casada con Porfirio Díez. Fijó su residencia en Bilbao en la década de 1961-1970.

García García, Valalides. Hija de Plácido y Estefanía. Fue a servir a Zamora por la década de 1941-1950. Falleció joven en Zamora.

García García, Vitoriana. Hija de Vitoriano y Filomena -su segunda esposa, natural de Villanueva de las Peras-. Viuda de Longinos. Reside en Bilbao desde los años sesenta del pasado siglo XX.

García Llamas, Domingo. Hijo de Manuel y María, casado con Hortensia Sandín Vega. Se trasladó a Zamora en la década de 1951-1960. Falleció en Zamora atropellado por un coche.

García Llamas, Zenón. Hijo de Manuel y de María. Viudo de Elisa García Blanco, se casó en segundas nupcias con Felisa Gutiérrez, de Pùblica de Valverde. Vivió en Zamora desde la dècada de 1951-1960 hasta su fallecimiento en 2013.

García Martìn, Josè. Hijo de Santiago y Pilar, natural de Pùblica de Valverde, se fue con su madre cuando quedó viuda a Pùblica de Valverde en la dècada de 1941-1950. Estuvo Trabajando en Asturias y vive en Colinas de Trasmonte.

García Martìn, Teresa. Hija de Desiderio y Flora. Reside en Madrid desde la dècada de 1961-1970.

García Prieto, Celestina. Hija de Felipe y Felicidad. Maestra Nacional. Se trasladó a Zamora en la dècada 1961-1970 con la familia. Reside en Madrid.

García Prieto, Josè. Hijo de Felipe y Felicidad. Residió en Zamora desde la dècada de 1961-1970 hasta su fallecimiento en 2012.

García Prieto, Ricardo. Hijo de Felipe y Felicidad. Se trasladó con la familia a Zamora en la dècada 1961-1970. Funcionario del Cuerpo Superior de Policìa. Reside en Madrid.

García Rodríguez, Felicidad. Hija de Fermín y Gonzala. Dejó el pueblo en los años sesenta del pasado siglo XX. Casada con Josè M^a de Anta, natural de Benavente. Vive en Zamora.

García Rodríguez, Melchor. Hijo de Fermín y Gonzala. Dejó el pueblo cuando comenzó a estudiar, a finales de los años sesenta del pasado siglo. Reside en Santander.

García Sandín, Amalinda. Hija de Eduardo y Remedios, casada con Abelardo, natural de Morales de Valverde. Vive en Morales.

García Sandín, Felisa. Hija de Eduardo y Remedios, casada con Tomás García Galende, de Villanueva de las Peras. Vive en Zumàrraga.

García Sandín, María Remedios (Maruja). Hija de Eduardo y Remedios, casada con Pablo Román. Vive en Madrid.

García Sandín, Marisol. Hija de Eduardo y Remedios, casada con Juan Manuel Cid Sandín, natural de Santa María de Valverde. Vive en Vitoria.

García Sandín, Noemi. Hija de Eduardo y Remedios, casada con Federico, natural de San Pedro de Zamudia. Vive en Madrid.

García Sandín, Pompeyo. Hijo de Jerónimo y Felisa. Nació el día 25 de abril de 1927 en Villardemilo (Orense). Casado con Isabel Pérez Pérez. Maestro Nacional. Ejerció en Navianos de Valverde y Burganes. Ya jubilado fijó la residencia en Bercianos, donde falleció el día 27 de mayo de 1999. Yace en Zamora.

García Sandín, Teresa. Hija de Jerónimo y Felisa. Contrajo matrimonio con Teófilo Merchán, natural de Mózar de Valverde. Residen en Carrión de los Condes (Palencia).

García Sastre, Isabel. Hija de Faustino y Domitila -nació en Santa María de Valverde-. Maestra Nacional. Fue dejando el pueblo desde que comenzó a estudiar, en la década de 1951-1960. Reside en Tres Cantos (Madrid). Viene con frecuencia al pueblo, que no olvida.

García Sastre, Manuel. Hijo de Faustino y Domitila, natural de Santa María de Valverde. Se fue definitivamente del pueblo en la década de 1961-1970. Falleció en Madrid. Sus cenizas reposan en Bercianos.

García Sastre, Nicolás. Hijo de Faustino y Domitila, natural de Santa María de Valverde. Como su hermana fue dejando el pueblo desde que comenzó a estudiar en los años sesenta. Reside en Madrid.

García Vara, Arsenio. Hijo de Miguel y de María. Emigró a EE.UU., de EE.UU. a Cuba, de Cuba a Buenos Aires. Retornó y contrajo matrimonio con Patrocinio, natural de Olleros de Tera, donde se casó y vivió desde los años treinta del s. XX hasta su fallecimiento.

García Vega, Florentino. Hijo de Juan García Galende, de Santa María de Valverde y de Águeda Vega. Se casó en Morales de Valverde, donde vivió y falleció.

García Vega, Mariana. Hija de Juan García Galende, de Santa María de Valverde, y de Águeda Vega. Se casó en Santa María de Valverde, donde vivió y murió.

García Vega, Petra. Hija de Juan García Galende, de Santa María de Valverde, y de Águeda Vega. Nació el 13 de octubre de 1917. Se casó en Litos con Maximiliano Colino Sandín, donde vivió y falleció.

Gómez Blanco, Antonio. Hijo de Nicanor, maestro del pueblo, y de Teresa. Reside en Zamora.

Gómez Blanco, Emilio. Hijo de Nicanor, maestro del pueblo, y de Teresa. Fue secretario del ayuntamiento de Almorox y Agudo (Toledo). Se jubiló en Fuensalida (Ciudad Real). Falleció en Tábara. Yace en Bercianos.

Gómez Blanco, José Luis. Hijo de Nicanor, maestro del pueblo, y de Teresa. Fue afamado médico cirujano y traumatólogo, director del Hospital Provincial de Zamora. Reside en Zamora.

Gómez Blanco, Nicanor. Hijo de Nicanor, maestro del pueblo, y Teresa. Reside en Madrid.

Gómez García, Aurora. Hija de don Ricardo, natural de Micereces de Tera, maestro nacional, y de Aurora. Casada con Luis Gómez Gallego. Reside en Zamora.

Gómez García, Emilia. Hija de don Ricardo, natural de Micereces de Tera, maestro nacional, y de Aurora. Casada con Abilio Sánchez López, natural de San Vicente de Arévalo (Ávila). Falleció en Zamora.

Gómez García, Josefa. Hija de don Ricardo, natural de Micereces de Tera, maestro nacional, y de Aurora. Reside en Salamanca. Se casó con Isidro García Cabañas -fallecido, yace en Bercianos-.

Gómez García, Julián. Hijo de don Ricardo, natural de Micereces de Tera, maestro nacional, y de Aurora. Fue secretario de ayuntamiento. Falleció en accidente de tráfico. Está enterrado en Fuente Encalada, donde residía (Zamora).

Gómez García, Luis. Hijo de don Ricardo, natural de Micereces de Tera, maestro nacional, y de Aurora. Se casó en Ferreras de Abajo. Guardia Civil. Pasó sus últimos años ingresado en la residencia San Juan Bautista de Ferreras de Abajo. Falleció en Ferreras.

Gómez García, Miguel. Hijo de don Ricardo, natural de Micereces de Tera, maestro nacional, y de Aurora. Se casó en Avilés, donde vivió y falleció en accidente de moto.

Gómez García, Obdulia. Hija de don Ricardo, natural de Micereces de Tera, maestro nacional, y de Aurora. Casada con Miguel Ferrero Gullón, de Ferreras de Abajo. Vivió en Zamora, donde falleció. Descansa en Ferreras de Abajo.

Lorenzo, Bernardo. Natural de Morales de Valverde, abuelo materno de Casimiro Colino Lorenzo, quien nos comentó en una entrevista que sus abuelos habían trabajado en las minas de Río Tinto (Huelva). Calculamos que sería por la década de 1860. No sabemos si fue este, el paterno, o los dos.

Llamas Cid, Emilio. Hijo de Martín Llamas y Petra Cid, apodado “Buracas”. Fue pastor de ganado lanar en Bercianos, su pueblo. Se casó con Bernarda Méndez Ramos, de Litos. De Bercianos se ajustó de pastor para el Monte Andrade (cerca de Santibáñez de Vidriales). Del Monte Andrade siguió de pastor en Valderas (León). De Valderas al Monte Torozos (cerca de Rioseco), donde murió. Información facilitada por Adelaida Álvarez Fernández, su esposo Vicente Mayor Llamas era sobrino, y Arturo Alonso, de Litos, sobrino de Bernarda.

Llamas Cid, Encarnación. Hija de Martín Llamas y Petra Cid, nació el 1 de mayo de 1895. Falleció el 18 de febrero de 1968 en Santurce.

Llamas Cid, Manuela. Hija de Dorotea Llamas Cid, nació el 14 de octubre de 1911. Esposa de Casiano Pérez. En los años noventa del pasado siglo fijó la residencia en Zamora. Falleció en Zamora.

Llamas García, Ramón. Hijo de Avelino, de Melgar de Tera, y de Nicolasa, nació el 13 de mayo de 1909. Suboficial del Ejército de Tierra. Salió del pueblo durante la Guerra Civil. Falleció en Segovia.

Martín Alonso, Anselmo. Hijo de Anselmo y Lucía. Casado con Amalia. Dejó el pueblo en la década de 1971-1980. Reside en Ocaña (Toledo).

Martín Alonso, Pedro. Hijo de Anselmo y Lucía. Casado con María, natural de Quintana de la Serena (Badajoz). Salió del pueblo en la década de 1971-1980. Reside en Canarias.

Martín Ramos, Demetria. Hija de Enselmo y Baltasara -de Villanueva de las Peras-, nació el 22 de diciembre de 1892, hermana de Agustín, padre de Anselmo y Domingo Martín Palacios, se casó en Pùeblica de Valverde por la década de 1930 y vivió desde su casamiento hasta su muerte en Pùeblica.

Martín Ramos, Vitoria. Hija de Enselmo y Baltasara Ramos García -de Villanueva de las Peras-, nació 23 de diciembre de 1895, hermana

de Agustín, padre de Anselmo y Domingo Martín Palacios. Fue a servir a Morales de Rey en casa de Ángel Gil, que fue alcalde mucho tiempo, por la década de 1931-1940 y no volvió. Falleció en Morales.

Mayor Álvarez, Alejandro. Hijo de Vicente y Adelaida. A Vizcaya en la década de 1961-1970. Reside en Santurce.

Mayor Álvarez, Nieves. Hija de Vicente y Adelaida. Casada con Ángel Casanova Ramón, murciano. Vivió en Madrid desde finales de 1980. Reside en Benavente.

Mayor Llamas, Benjamín. Hijo de Alejandro y Encarnación. Emigró a Vizcaya a mediados del s. XX. Falleció en Santurce.

Mayor Llamas, Daniel. Hijo de Alejandro y Encarnación. A Vizcaya unos años después de sus hermanos. Falleció en Santibáñez de Tera.

Mayor Llamas, Eloína. Hija de Alejandro y Encarnación. Emigró a Vizcaya a mediados del s. XX. Reside en Somorrostro.

Mayor Llamas, Felicísimo. Hijo de Alejandro y Encarnación. Pastor en Santibáñez de Tera por los años cincuenta del pasado siglo. Murió en Santibáñez.

Mayor Llamas, Germalina. Hija de Alejandro y Encarnación. Nació el día 9 de enero de 1926. Emigró a mediados del s. XX a Vizcaya. Reside en Vizcaya.

Mayor Llamas, Ludivina. Hija de Alejandro y Encarnación. Emigró con sus hermanos a Vizcaya. Reside en Vizcaya.

Mayor Llamas, Petra. Hija de Alejandro y Encarnación. Emigró cuando sus hermanas a Vizcaya. Falleció en Vitoria.

Parra García, Josefa. Hija de Valeriano y Dionisia. Se casó Con Manuel Vara Vara, de Santa Croya de Tera, Maestro Nacional. Salió del pueblo en 1931 a Alaejos (Valladolid). Falleció en Pozuelo de Alarcón (Madrid).

Parra García, Soledad. Hija de Valeriano y Dionisia. Se casó Con Anastasio Casado Turiel, de San Pedro de Zamudia (Zamora). Fue a vivir con su marido e hija Soledad a Alaejos (Valladolid) a finales de la década de 1941-1950. Emigraron de nuevo a Santurce en la década de 1951-1960. Falleció en Santurce.

Parra García, Román. Hijo de Román y Consuelo. Se casó con Mercedes Andrés, de Micereces de Tera, donde vive.

Parra Pérez, Silvia. Hija de Eugenio y Dolores. Se casó con Florentino Cruz. Reside en Salamanca desde finales de los años noventa del pasado siglo.

Parra Pérez, Sonia. Hija de Eugenio y Dolores. Se casó con Manuel Díez, de Santibáñez de Vidriales. Reside en Santibáñez de Vidriales desde que se casó.

Pérez Llamas, Ismael. Hijo de Casiano y Manuela. Vive en Salamanca desde los años ochenta del pasado siglo.

Pérez Llamas, Tránsito. Hija de Casiano y Manuela. Maestra Nacional. Dejó el pueblo cuando fue a estudiar en la década de 1961-1970. Reside en Madrid.

Prieto Centeno, Dionisia. Nació el 22 de junio de 1908 en Bercianos. Hija de Ángel Prieto, de Santa María de Valverde, y de Marta Centeno, de Oteruelo de la Valduerna (León). Nació imposibilitada de las piernas. Se ganó la vida como modista, confeccionando las prendas con una máquina que movía con las manos. Los últimos años de su vida vivió con su sobrina Tomasa Sánchez Prieto en Campazas (León), donde murió.

Prieto Centeno, Juliana. Hija de Ángel Prieto, de Santa María de Valverde, y de Marta Centeno, de Oteruelo de la Valduerna (León). Ama de cura desde últimos de 1920 o principios de 1930 en Campazas (León), donde murió.

Ratón García, José María. Hijo de Santos, natural de Tábara, y Rafaela, de Bercianos, mecánico. Reside en Zamora desde la década de 2001-2010.

Ratón García, María Isabel. Hija de Santos, natural de Tábara, y de Rafaela, de Bercianos. Reside en Madrid desde los años noventa del pasado siglo.

Rodríguez García, Ángela. Hija de Melchor y de Basilia, se casó con Eduardo Galende Fernández en Santa María de Valverde por la década de 1961-1970. Vivió en Santa María hasta que se quedó viuda, después en Bercianos, donde murió.

Rodríguez García, Aniano. Hijo de Melchor y Basilia. Casado con Agustina Rodríguez, natural de Pubblica de Valverde. Emigró a Navarra con la familia en la década de los años 1961-1970. Falleció en Navarra.

Rodríguez García, Cayetano. Hijo de Melchor y Basilia. Se fue a Madrid en la década de 1961-1970 con la familia. Falleció en Madrid.

Rodríguez García, Marcelino. Hijo de Melchor y Basilia. Se casó en Villanueva de las Peras por los años treinta del siglo XX. Falleció en Villanueva.

Rodríguez García, María. Hija de Melchor y Basilia. Nació el día 21 de junio de 1924. Contrajo matrimonio con Leoncio Fernández Vega. Vivió últimamente con sus hijos en Madrid. Falleció en Bercianos el día 30 de agosto de 2014.

Rodríguez García, Elvira. Hija de Dionisio y Elvira, se casó con Segundo Fernández. Vive en Pozuelo de Alarcón (Madrid) desde los años sesenta del pasado siglo XX.

Rodríguez García, Everilda Teresa. Hija de Dionisio y Elvira. Maestra Nacional. Se fue en la década de los sesenta. Vive en Pozuelo de Alarcón (Madrid).

Rodríguez García, Serafina. Hija de Dionisio y Elvira. Vive en Madrid desde la década de los setenta del pasado siglo XX.

Rodríguez Rodríguez, Basilio. Hijo de Aniano y Agustina, natural de Púbrica de Valverde. Emigró con sus padres a Navarra en la década de 1961-1970.

Rodríguez Rodríguez, Eutimio. Hijo de Aniano y Agustina. Emigró con sus padres en la década de 1961-1970 a Navarra, donde reside jubilado como Maestro Nacional.

Rodríguez Rodríguez, María. Hija de Aniano y Agustina. Emigró con sus padres a Navarra en la década de 1961-1970.

Rodríguez Sandín, Alberto. Hijo de Rogelio, natural de Villarrabines (León), y de Carmina. A finales de la década de 1901-2000 [sic], se desplazó con la familia a Benavente. Policía Nacional en Madrid.

Rodríguez Sandín, Marta. Hija de Rogelio, natural de Villarrabines (León), y de Carmina. Se fue con sus padres y hermanos a Benavente a finales de la década de 1901-2000 [sic].

Rodríguez Sandín, Nuria. Hija de Rogelio, natural de Villarrabines (León), y de Carmina. Se fue con sus padres y hermanos a Benavente a finales de la década de 1901-2000 [sic].

Rodríguez Vaquero, Basilia. Hija de Cayetano y Eloína. Emigró con sus padres en la década de 1961-1970. Falleció en Madrid.

Rodríguez Vaquero, Cayetano. Hijo de Cayetano y Eloína. Emigró con sus padres en la década de 1961-1970 a Madrid. Vive en Madrid.

Sánchez Prieto, Tomás. Hijo de Antonio y Agustina, casado con Marta Casado Lorenzo. Fue a vivir a Zamora en los años sesenta con su mujer y dos hijas del matrimonio. Murió en un accidente mientras trabajaba en la construcción en Cubillos del Pan (Zamora).

Sánchez Prieto, Tomasa. Hija de Antonio y Agustina. Viuda de Francisco Fernández, se casó en segundas nupcias. Vivió en Campazas (León), donde falleció.

Sandín Fernández, Antonio. Hijo de Esteban y Aurelia. Se casó con Nilsa García Calzón, de Olleros de Tera. Vivieron en Bercianos, y a finales de los años setenta del pasado siglo fijaron la residencia en Olleros. Falleció en accidente de tráfico.

Sandín Fernández, Asterio. Hijo de Esteban y de Aurelia, nació el 16 de diciembre de 1913. Se casó en Litos por los años cuarenta del s. XX. Vivió y falleció en Litos.

Sandín Fernández, Cayetana. Hija de Esteban y Aurelia. Se casó con Juan Antonio Centeno Ferrero, de San Pedro de Zamudia, donde vivió hasta su muerte.

Sandín García, Angelina. Hija de Pablo y Eusebia. Emigró en la década de 1961-1970. Reside en Valencia.

Sandín García, Carmina. Hija de Eladio y Florinda, casada con Rogelio. Reside en Benavente desde finales de la década de 1991-2000. Sandín García, Eudisia. Hija de Pablo y de Cayetana, nació el 17 de marzo de 1894, se casó en Litos por los años 1920, donde vivió y murió, el 12 de noviembre de 1971.

Sandín García, Inés. Hija de Pablo y Eusebia. Emigró en la década de 1961-1970. Se casó con Manuel García Esteban. Vive, viuda, en Zaragoza.

Sandín García, José Carlos. Hijo de Eladio y de Florinda, casado con Rosa Vega García. Reside en Valladolid desde finales de 1900 [sic].

Sandín García, Juan Félix. Hijo de Eladio y Florinda. Policía Nacional jubilado. Reside en Madrid.

Sandín García, María. Hija de Mateo y de Teresa, se casó con Florencio Palacios Baladrón en Pùblica de Valverde el día 11 de mayo de 1894, donde vivió hasta su fallecimiento.

Sandín Marcos, Alfonsa. Hija de Maximina, casada con Emiliano Casado Turiel, de San Pedro de Zamudia. Se trasladó con toda la familia a Madrid el 2 de enero de 1960. Murió en Madrid.

Sandín Vega, Domingo. Hijo de Emiliano y Luisa. Marchó del pueblo en los años setenta del pasado siglo. Vive en Madrid.

Sandín Vega, Hortensia. Hija de Emiliano y Luisa. Esposa de Domingo García Llamas. Se trasladaron a Zamora por la década de 1951-1960. Falleció en Zamora.

Sandín Vega, Luis. Hijo de Emiliano y Luisa. Guarda Forestal. Marchó del pueblo en la década de 1961-1970. Vivió y falleció en Coca (Segovia).

Sandín Vega, Ovidio. Hijo de Emiliano y Luisa. Guarda Forestal. Salió del pueblo en la década de 1951-1960. Vive en Alicante.

Sandín Vega, Herminia. Hija de Claudio, de Santa María de Valverde, y de Elena, nació el 2 de junio de 1911, se casó con Ángel Morán Martín, de Santa María. Vivió en Santa María hasta su fallecimiento.

Sandín Vega, Primitiva. Hija de Claudio, de Santa María de Valverde, y Elena. Nació el día 21 de septiembre de 1918. Casada en segundas nupcias con Domingo Cid “*el Cubano*”, de Santa María de Valverde. Vivió en Santa María desde los años cuarenta del s. XX hasta su viudez. Una vez viuda vivía con los hijos. Falleció en Bercianos. Está enterrada en Santa María

Sastre Galende, Carmen. Hija de Máximo y Celia, casada con Cayetano, de Santa María de Valverde. Dejó el pueblo por los años sesenta del s. XX. Reside en Valladolid.

Sastre Crespo, María Carmen. Hija de José y de Isidra, natural de Pùblica de Valverde, licenciada en Filología Hispánica. Vive en Madrid desde la década de 1971-1980.

Sastre Crespo, María José. Hija de José y de Isidra, natural de

Pueblita de Valverde. Vive en Madrid con su hermana y su madre desde finales de los años noventa.

Sastre Parra, Donata. Hija de Antonio Sastre Pérez y de Eduviges, se casó con Joaquín Crespo Conejo, viudo, en Pueblita de Valverde, de donde era natural, por los años cincuenta del s. XX. Vivió y murió en Pueblita.

Sastre Parra, Isaac. Hijo de Antonio Sastre Pérez y de Eduviges. Nació el día 6 de enero de 1916. Se casó con Dominga Parra, de Santa María de Valverde, por los años treinta del pasado siglo XX. Vivió en Santa María. Fue Guarda de la dehesa de *El Orcejón*. Falleció en la residencia de la Seguridad Social de Benavente el día 5 de mayo de 2012. Está enterrado en Santa María.

Sastre Parra, Ludivina. Hija de Antonio Sastre Pérez y de Eduviges, se casó con Ismael Casado Turiel, natural de San Pedro de Zamudia. Vivieron con la familia en Bercianos. Se trasladó con su esposo -Ismael- y sus hijos -Leonor, Leovigilda, Ismael e Isabel- a Alaejos (Valladolid) al final de la década de 1961-1970. Falleció en Alaejos.

Sastre Parra, Modesto. Hijo de Antonio Sastre Pérez y Eduviges, se casó en Villanueva de las Peras por los años treinta del s. XX. Residió y falleció en Villanueva.

Vaquero García, Eloína. Hija de Juan y Francisca. Esposa de Cayetano Rodríguez. Emigró con su marido y tres hijos en la década de 1961-1970 a Madrid. Falleció en Madrid.

Vaquero García, Emiliano. Hijo de Juan Vaquero Tomás, de Faramontanos de Tábara, pastor, y Francisca. Salió del pueblo por los años setenta del siglo XX. Tuvo empresa de viajeros. Falleció en Benavente.

Vaquero García, Nicanor. Hijo de Juan Vaquero Tomás, de Faramontanos de Tábara, pastor, y de Francisca, nació el 17 de marzo de 1914. Ya viudo, fue a vivir a Zamora en la última década del s. XX. Su óbito ocurrió en Zamora el día 24 de abril de 2004, en la calle de San Torcuato. Está sepultado en Bercianos.

Vaquero García, Dominga. Hija de Nicanor y Beatriz. Emigró a Sopolana (Vizcaya) a finales de los años sesenta. Se casó con Tomás, enviudó y murió en Sopolana.

Vaquero García, Orencio. Hijo de Nicanor y de Beatriz. Emigró a Sopelana (Vizcaya) a finales de los sesenta del siglo XX. Vive en Bercianos.

Vaquero García, Rosa María. Hija de Nicanor y Beatriz. Emigró después que sus hermanos. Se casó con Antonio Landea. Vive en Sopelana (Vizcaya).

Vega Centeno, Javier. Hijo de Isaías y María Isabel. Se fue con sus padres a Asturias en la década de 1981-1990. Vive en Asturias.

Vega Centeno, Mónica. Hija de Isaías y María Isabel. Se fue con sus padres a Asturias por la década de 1981-1990. Vive en Asturias.

Vega Colino, Adela. Hija de Domingo y Adela. Maestra Nacional. Casada con Álvaro del Río. Reside en Zamora.

Vega Colino, Julián. Hijo de Domingo y Adela. A Cataluña en los años sesenta del s. XX. Retornó y falleció en Bercianos.

Vega García, Roberto. Hijo de Roberto y de Elisea. Dejó el pueblo en los años noventa del siglo pasado. Reside en Valladolid.

Vega García, Rosa. Hija de Roberto y de Elisea, Maestra de Enseñanza Primaria, casada con Juan Carlos Sandín. Dejó el pueblo en la década de 1991-2000. Reside en Valladolid.

Vega García, Pedro de. Hijo de Guillermo y Petra -natural de Vilanueva de las Peras- se trasladó con toda la familia a Villardecierros a comienzos de la década de 1931-1940. Falleció en Villardecierros.

Vega García, Petra de. Hija de Miguel y Narcisa. Se casó con Domingo Ramos Chana, de Santibáñez de Tera, en la década de 1931-1940. Vivió y falleció en Santibáñez. Sus restos yacen en Bercianos.

Vega Martín, Agustín. Hijo de Conrado y Soledad -natural de Litos-, dejó el pueblo en la década de 1991-2000. Reside en Moratalaz (Madrid).

Vega Martín, Conrado. Hijo de Conrado y Soledad -natural de Litos-, dejó el pueblo en la década de 1981-2000 [sic]. Reside en Castellón.

Vega Martín, Domingo. Hijo de Conrado y Soledad -natural de Litos-, Guardia Civil. Dejó el pueblo en la década de 1971-1980. Reside en Salamanca.

Vega Martín, Soledad. Hija de Conrado y Soledad -natural de Litos-, Guardia Civil. Dejó el pueblo en la década de 1971-1980. Reside en Benicarló (Castellón).

Vega Membibre, Agustín de. Hijo de Pedro y de Prudencia -natural de Otero de Sanabria-. Nació el 29 de marzo de 1915⁶. Se trasladó con toda la familia a Villardeciervos. Falleció en Madrid.

Vega Membibre, Benjamín de. Hijo de Pedro y de Prudencia -natural de Otero de Sanabria-. Nació el 10 de marzo de 1910. Se trasladó con toda la familia a Villardeciervos.

Vega Membibre, Clemencia de. Hija de Pedro y de Prudencia -natural de Otero de Sanabria-. Nació el 25 de enero de 1915. Se trasladó con toda la familia a Villardeciervos. Murió en Villardeciervos.

Vega Membibre, Deogracias de. Hijo de Pedro y de Prudencia -natural de Otero de Sanabria-. Nació el 3 de diciembre de 1912. Se trasladó con toda la familia a Villardeciervos. Murió en Zamora.

Vega Membibre, Florencio de. Hijo de Pedro y de Prudencia -natural de Otero de Sanabria-. Nació el 11 de octubre de 1925. Se trasladó con toda la familia a Villardeciervos. Falleció en Zamora.

Vega Membibre, Guillermo de. Hijo de Pedro y de Prudencia -natural de Otero de Sanabria-. Nació el 16 de julio de 1900. Se trasladó con toda la familia a Villardeciervos. Murió en Sevilla.

Vega Membibre, Ismael de. Hijo de Pedro y de Prudencia -natural de Otero de Sanabria-. Nació el 9 de febrero de 1906. Contrajo matrimonio con Sofía, de Bercianos. Se trasladaron con toda la familia a Villardeciervos. Emigró a Argentina. Falleció en Argentina.

Vega Membibre, Irene de. Hija de Pedro y de Prudencia -natural de Otero de Sanabria-. Nació el 7 de enero de 1907. Se trasladó con toda la familia a Villardeciervos. Falleció en Villardeciervos.

Vega Membibre, Rosario de. Hija de Pedro y de Prudencia -natural de Otero de Sanabria-. Nació el 23 de julio de 1904. Se trasladó con toda la familia a Villardeciervos. Falleció en Lobeznos.

Vega Parra, Áurea de. Hija de Fermín y Anselma. Viuda de Andrés García Carnero. Salió del pueblo en la década de 1951-1960. Reside en Zamora.

⁶ En relación a la entrada de Clemencia de Vega Membibre, más abajo, hermana del mencionado, es posible que haya un error de datación. (N.E.)

Vega Parra, Fermín de. Hijo de Fermín y Anselma. Fui a estudiar a Benavente en el año 1946. Fijé la residencia en Zamora en el año 1964. Vivo jubilado en Zamora.

Vega Sandín, Salvador. Hijo de Eduardo y de Leonarda. Nació en Cuba. Vino a Bercianos con su madre -viuda- y sus hermanos Domingo, Eufemia, Luisa y Agustina. Fue de pastor a Santibáñez de Tera a finales de los años cuarenta o principios de los cincuenta. Se casó en Santibáñez de Tera con Esperanza Vega. Falleció en Santibáñez.

Seguro que no estáis todos los que sois idos allende los mares ni los que os trasladasteis dentro de los límites geográficos del propio país, y lo sentimos. Es posible que haya algún error, todo lo cual es perfectamente comprensible, pues las fuentes son la tradición oral y los documentos escritos. La tradición oral está ya, en la mayor parte de los casos, en la boca de los más viejos y son comprensibles los olvidos, las lagunas y las equivocaciones. Los documentos escritos a veces no existen y cuando los encontramos aparecen palabras ilegibles. Pero sabed, hermanos de la diáspora, o vuestros descendientes, donde quiera que estéis, que Bercianos, vuestro pueblo y el nuestro, jamás os han olvidado. Os tiene siempre presentes en el recuerdo, y, por tanto, en el corazón, porque recordar es tener las cosas en el corazón. Yo no os conocí a muchos, sin embargo, tengo un retrato de vuestra tipología y de vuestra forma de ser de tanto como he oído hablar de todos y cada uno con nostalgia y afecto, que esto es cierto lo demuestra el recibimiento que se le tributó a Serafín Alonso García y su hermana Dominga, Antonio García Bermejo, Servando García García, Emérita García García y Pablo García Crespo, cuando, después de muchos años, volvieron al pueblo desde Estados Unidos, Cuba y Argentina.

INMIGRACIÓN, LOS QUE SE AVECINDARON EN BERCIANOS

La tierra deslavada, sin sustancias nutricias, que obligó a dejar sus lares a tantos de sus hijos, también fue generosa y recibió en la alfombra de su pobreza a cuantos quisieron asentar sus pies en ella, nor-

malmente por razón de matrimonio, aunque, al fin, la cruda realidad se impuso y terminó por conducir a la mayor parte con toda la familia por el mismo camino que los nativos, con las maletas vacías, el corazón rejuvenecido de esperanzas y, en muchos casos, con la amargura del retorno. Relacionamos los que, por unas u otras circunstancias, fijaron su residencia en Bercianos:

Almeida Mayor, Aquilina. Natural de Salamanca, esposa de Marciano Centeno Lobato, natural de Villanueva de Azogue, “maestro de escuela niños”. Su hijo Octavio Centeno Almeida nació el 15 de enero de 1906 en Bercianos de Valverde.

Alonso Fernández, Domingo. Natural de Melgar de Tera, se casó con Andrea García en la década 1881-1890. Su hijo Serafín nació el 6 de enero de 1902 y emigró a los EE.UU., donde falleció.

Alonso Fernández, Ildefonso. Natural de Melgar de Tera, se casó con Froilana García Vega, de 27 años de edad, natural de Bercianos, viuda de Manuel Ramos, el día 31 de enero de 1881 -padres de Pedro Alonso García-. Vivió en Bercianos desde su matrimonio hasta su fallecimiento.

Alonso González, José. Natural de Litos, *el Tío José Litos*, contrajo matrimonio con Dolores García Casado. Vivió en Bercianos desde su matrimonio, a principios del s. XX. Falleció en Bercianos.

Álvarez Parra, Pedro. Natural de Villanueva de las Peras, se casó con Emilia Bermejo, de Bercianos, enviudó y contrajo segundas nupcias con María Pérez. Uno de sus hijos, Rosendo Álvarez Pérez, nació el 10 de julio de 1902 y emigró a Nuevo México en los Estados Unidos de América.

Álvarez Galende, María Cruz. Nació el 3-5-1895 en Villanueva de las Peras, hija de Joaquín Álvarez Parra y de Josefa Galende Gullón. Vino a Bercianos cuando su madre contrajo segundas nupcias con Segundo García Vega. Emigró a Cuba y retornó. Madre de Fernando García Álvarez, esposo de Concepción Alonso García.

Álvarez Parra, Pedro. Natural de Villanueva de las Peras, se casó en primeras nupcias a la edad de 28 años con Emilia Bermejo, de 21, natural de Bercianos, el día 27 de mayo de 1883. Su hijo Cipriano Álvarez Bermejo nació en 1884, Francisco el 27 de agosto de 1898. Viudo,

contrajo segundas nupcias a la edad de 47 años con María Pérez, de 30 años, soltera, hija de Lorenzo y Ángela Camarzana. Abuelo materno de Fermín García Álvarez, hijo de Felicidad Álvarez Bermejo.

Andrés Morán, María. Natural de Tábara, se casó con Celestino Centeno Morán en la década de 1901-2000 [sic]. Vive en Bercianos.

Arriero Arriero, Apolonia Esperanza. Natural de Talavera de la Reina (Toledo), se casó con Anastasio García Crespo, fallecido en la Guerra Civil, y en segundas nupcias con su cuñado Gumersindo García Crespo. Vivieron en Bercianos los años después de la Guerra. A finales de la década de 1941-1950 se trasladaron a Madrid con la familia. Falleció en Madrid.

Bermejo, Nicolás. Natural de Micereces de Tera, suegro de Pedro Álvarez Parra, casado con Emilia Bermejo, vivió y murió en Bercianos.

Bermejo Fernández, Agustina. Natural de Santa María de Valverde, se casó con Lorenzo Colino. Su hijo Hilario Colino Bermejo nació el 14 de enero de 1893.

Blanco, Ángela. Natural de Fresno de la Polvorosa, esposa de Jerónimo Curto Andrés, “maestro de niños”. Vivió en el pueblo en 1912. Blanco Junquera, Teresa. Natural de Santa María de Valverde, esposa de don Nicanor Gómez Díez, maestro que ejerció en Bercianos desde el 1 de septiembre de 1933 al 31 de agosto de 1963. Residió en el pueblo treinta años.

Blanco Vega, José. Natural de Villanueva de las Peras, domiciliado en Bercianos, esposo de Ángela Sandín García, padres de Guillermo Blanco Sandín -nacido el 25 de junio de 1894- y de Valentina, nacida el 14 de febrero de 1904.

Carnero Galende, Serafina. Natural de Villanueva de las Peras, esposa de Bartolomé García, madre de Elvira, Mariana y Andrés. Vivió, recién casada, en Villanueva, pero como la labor la tenían en Bercianos y suponía una pérdida de tiempo la distancia para las labores, fijaron la residencia definitivamente en Bercianos. Falleció en Bercianos.

Carro, Manuela. Natural de Olleros de Tera. Se casó con Esteban Fernández, de Bercianos. Fallecieron en Bercianos.

Casado del Campo, Carolina. Natural de Calabor. Hija legítima de Hermenegildo Casado y María del Campo, él natural de Puebla de

Valdivia (Palencia) y ella de Estepona, provincia de Málaga, vecina de Bercianos donde falleció su padre (datos tomados del acta de matrimonio de la Iglesia, que no coinciden con los del Registro Civil, en él se dice del padre “ya difunto” y de la madre natural de Calabor). Vino con su padre, carabinero, y una tía, Bárbara, a principios de 1930. Se casó con Domingo Rodríguez García el 15 de enero de 1933. No tuvieron hijos. Falleció con 90 años en Bercianos.

Casado Turiel, Anastasio. Natural de San Pedro de Zamudia. Se casó con Soledad Parra García, natural de Bercianos de Valverde. Residieron en Bercianos, emigraron a Alaejos (Valladolid) y más tarde a Santurce. Falleció en Santurce.

Casado Turiel, Emiliano. Natural de San Pedro de Zamudia. Contrajo matrimonio con Alfonsa Sandín Marcos, de Bercianos. Residieron en Bercianos con una tienda de comestibles. Emigró a Venezuela en la década de los 50. Retornó. Fijaron la residencia en Madrid. Falleció en Madrid.

Casado Turiel, Ismael. Natural de San Pedro de Zamudia. Contrajo matrimonio con Ludivina Sastre Parra, natural de Bercianos. Vivieron en Bercianos con una tienda de comestibles. Se trasladó con toda la familia a Alaejos (Valladolid) en la década de los cincuenta⁷.

Casanova Ramón, Ángel. De la provincia de Murcia, se casó con Nieves Mayor Álvarez. Residió en Bercianos. Después en Madrid con su mujer en los años noventa del pasado siglo. Últimamente ha fijado su residencia en Benavente.

Centeno, Agustín. Esposo de Teresa Vega, naturales de Oteruelo de la Valduerna (León), abuelos maternos de Agustina y Dionisia Prieto Centeno, vecinos de Bercianos.

Centeno, José. Natural de Santa María de Valverde. Contrajo matrimonio con Manuela García, de Bercianos. Su hijo Cayetano Centeno García nació el 20 de septiembre de 1880 en Bercianos.

Centeno, Julia. De Santa María de Valverde, esposa de Pablo Sandín, de Bercianos, vivió en Bercianos por 1850.

⁷ Foto: Ismael Casado y Ludivina Sastre con sus hijos. (N.A.)

Centeno Bermejo, Isabel. Natural de Santa María de Valverde, se casó con Bernardo Sandín. Su hijo Antonio Sandín Centeno nació el 3 de mayo de 1891.

Centeno Ferrero, Isabel. Natural de San Pedro de Zamudia, contrajo matrimonio con Juan García Llamas a principios del siglo XX. Falleció en Bercianos.

Centeno García, Clemente. Natural de Santa María de Valverde. Contrajo matrimonio con Genoveva Morán Vega por la década de 1951-1960. Residió en Bercianos, donde falleció.

Centeno Lobato, Marciano. Natural de Villanueva de Azogue, “su ejercicio maestro de escuela niños domiciliado en Bercianos de Valverde”, esposo de Aquilina Almeida Mayor, natural de Salamanca. Su hijo Octavio Centeno Almeida nació el 15 de enero de 1906.

Centeno Martín, Juan. Natural de Púbrica de Valverde, se casó con Genoveva Centeno. Su hijo Tomás Centeno Centeno nació el 17 de septiembre de 1895 y Anselma el 9 de abril de 1911.

Centeno Nistal, Pedro. Natural de Santa María de Valverde, se casó con María Morán Cid, de Bercianos, el día 25 de enero de 1894. Su hijo Saturnino nació el 20 de octubre de 1905.

Centeno Vega, Marta. Hija de Agustín Centeno y Teresa Vega, natural de Oteruelo de la Valduerna (León), se casó con Ángel Prieto Sandín, de Santa María de Valverde. Vivieron en Bercianos.

Cid, Juan. Natural de Villanueva de las Peras, esposo de Lucía Casado Argüello. Su hija Laura Cid Casado nació el 17 de noviembre de 1896. Se trasladaron a Tábara.

Cid Vega, Elena. Natural de Santa María de Valverde, esposa de Juan García García. Vive en Bercianos desde que se casó.

Colinas Fernández, Amelia. Nació en Santa Croya de Tera el día 8 de febrero de 1905. Contrajo matrimonio con Sergio García García. Vivió en Bercianos. Falleció en Bercianos el día 27 de febrero de 1998.

Colinas Fernández, José. Natural de Villanueva de las Peras, esposo de Antonia Delgado, natural de Villanueva. Vino de herrero a Bercianos a principios de los años treinta del s. XX. Falleció en Bercianos.

Colino, Carlos. Natural de Litos. Se casó con Fernanda Vega, de Bercianos. Su hijo Pablo nació el 10 de junio de 1880 en Bercianos. Colino Cortés, Casimiro. Natural de Celada (León). Se casó con Aquilina de Vega, natural de Bercianos. Lorenza Colino de Vega nació en 1877. Fue hija legítima del matrimonio. Abuelo paterno de Casimiro Colino Lorenzo.

Crespo Castaño, Argimiro. Natural de Cubillos del Pan (Zamora), apodado Mirín, casado con Francisca Fernández Anta. Residió en Bercianos desde mediados los años treinta del s. XX. Falleció en Zamora. Yace en Bercianos.

Crespo Crespo, Isidra. Natural de Pubblica de Valverde, viuda de José Sastre Parra, madre de María José y Maricarmen. Vive en Madrid con sus hijas durante el invierno.

Crespo Rodríguez, Tomás. Natural de Santa María de Valverde, se casó con Eusebia García. Su hija Rufina nació el 31 de agosto de 1900 y Martina, que emigró a Argentina, el 1 de julio de 1906.

Curto Andrés, Jerónimo. Natural de Tapioles, “maestro de niños”, casado con Ángela Blanco, de Fresno de la Polvorosa. Su hija María de los Consuelos nació el 12 de septiembre de 1912 en Bercianos.

Delgado Blanco, Antonia. Natural de Villanueva de las Peras, esposa de José Colinas Fernández. Vivió con su marido e hijos en Bercianos hasta su fallecimiento en el pasado siglo XX.

Díez Colino, Cándido. Natural de Santa María de Valverde, se casó con Lorenza Colino de Vega. Emigró a Cuba. Murió en La Habana. Su hijo Porfirio nació el 13 de septiembre de 1913.

Fernández, Nicasia. Natural de Cerecinos del Carrizal, esposa de Nicolás Bermejo, de Micereces de Tera. Suegra de Pedro Álvarez Parra. Vivió y falleció en Bercianos.

Fernández Ferrero, Francisco. Nació en Cuba, en la parroquia de san Nicolás de La Habana. Su padre era de Tábara y su madre de Morales de Valverde. Se casó con Tomasa Sánchez Prieto. Emigraron a Portugaleta, donde falleció. (Datos tomados de la partida de matrimonio y facilitados por Tomasa).

Fernández García, Lorenzo. Natural de Púeblica de Valverde, se casó con Pascuala García Sandín. Su hijo Santos nació el 14 de mayo de 1857. Fallecieron en Bercianos.

Fernández García, Melchor. Natural de Villanueva de las Peras, se casó con Celedonia Vega Galende. Su hija Jacoba nació el 12 de abril de 1915 y Bienvenido el 8 de julio de 1923.

Fernández García, Pablo. Natural de Villanueva de las Peras, de 71 años de edad, viudo de Manuela García, se casó con Freilana García Vega, de Bercianos, de 75 años de edad, viuda de Manuel Ramos y de Ildefonso Alonso, el día 2 de septiembre de 1929.

Fernández Prieto, Jerónimo. Natural de Santa María de Valverde, se casó con Agustina Vega en los años treinta del s. XX. Vivió y falleció en Bercianos.

Fernández Sastre, Andrés. Natural de Santa María de Valverde, contrajo matrimonio con Basilisa Marcos, de Bercianos.

Galende, Isabel. Natural de Santa María de Valverde. Se casó, viuda, con Luis García, viudo, de Villanueva de las Peras. Vecinos de Bercianos.

Galende Sastre, Pascual. Natural de Santa María de Valverde. Contrajo matrimonio con María Vara, viuda. Había emigrado a Cuba y desde Cuba a los Estados Unidos de América del Norte y Argentina.

Galende Carnero, Petra. Natural de Villanueva de las Peras, se casó con Melchor Centeno Vega. Su hijo Ignacio Centeno Galende nació el 30 de enero de 1893.

Galende García, Agustina. Natural de San Esteban de Nogales (León). Se casó con Felipe García Vega a finales del s. XIX. Vivió y falleció en Bercianos.

Galende Gullón, Josefa. Natural de Villanueva de las Peras. Se casó en segundas nupcias con Segundo García Vega. Tenía una hija, llamada María Cruz Álvarez Galende. Vivió en Bercianos.

Ganado García, Atilano. Natural de Sitrama de Tera, se casó con Adelmira Colino García. Vivió varios años en el pueblo. Se trasladó con la familia a Sardonedo (León) en la década 1961-1970, donde ejerció de Guarda Forestal. Murió en Sardonedo.

García, ¿Fabricio? Natural de Santa María de Valverde, se casó con Felipa García, de Bercianos. Su hija María García García nació el 24 de mayo de 1898. Nieta por línea materna de Pascuala Llamas, de Melgar de Tera.

García, Francisca. Natural de Santa María de Valverde, casada con Luis Sandín. Abuelos de Escolástica Blanco Sandín, madre de Amalia y Primitivo García Blanco.

García, Juan. Natural de Moreruela, pastor, casado con Benita García. Su hijo Juan García García nació el 24 de junio de 1892.

García, Luis. Natural de Villanueva de las Peras. Se casó -viudo- con Isabel Galende, de Santa María de Valverde -viuda-. Vecinos de Bercianos.

García, Pedro. Natural de Santa María de Valverde, se casó con Vitoria Sandín, también natural de Santa María, domiciliados en Bercianos. Su hijo Isaac nació el 31 de mayo de 1914.

García Álvarez, Fernando. Natural de Villanueva de las Peras, esposo de Concepción Alonso García. Vive en Bercianos desde que se casó, a finales de la década de 1961-70.

García Baladrón, Narcisa. Natural de Pubblica de Valverde, se casó con Miguel de Vega García, de Bercianos de Valverde, el día 15 de noviembre de 1902. Vivió en Bercianos desde esa fecha hasta su muerte en 1965. Nuestra abuela y bisabuela.

García Calzón, Miguel. Natural de Olleros de Tera, hijo de Arsenio, natural de Bercianos de Valverde y de Patrocinio Calzón Vara. Esposo de Felicitación García. Vivió en Bercianos y emigró con la familia a Santander en la década de 1961-1970. Yace en Bercianos.

García Calzón, Nilsa. Natural de Olleros de Tera. Se casó con Antonio Sandín Fernández. Vivieron en Bercianos, donde nacieron sus hijos. A principios de los años sesenta del siglo XX se trasladaron a Olleros. Falleció en un accidente.

García de Corzos, Marcelino. Natural de Villanueva de las Peras, esposo de Esmeralda García Crespo. Emigró con la familia a Castellón. Regresó y vivió en el pueblo con su mujer hasta su fallecimiento el 23-8-2010.

García de la Fuente, Antonio. Natural de Ferreras de Abajo, esposo de Laudelina García Sandín. Vivió con su esposa en Bercianos desde el año 1973, en que retornaron de Colombia, hasta su muerte.

García Furones, Ausencia. Natural de Santa María de Valverde, esposa de Ceferino García Centeno, madre de Juan e Isabel. Vivió en Bercianos desde su matrimonio por la década de 1941-1950. Falleció en Bercianos.

García Galende, Antonio. Natural de Santa María de Valverde, se casó con Petra García. Su hijo Jacobo García García nació el 2 de mayo de 1893 y Eufemia el 16 de septiembre de 1897.

García Galende, Juan. Natural de Púeblica de Valverde, se casó con Águeda Vega. Su hija Cotilde nació el 3 de junio de 1905 y Petra el 13 de octubre de 1917.

García García, Gabino. Natural de Santa María de Valverde, se casó con Felipa García. Su hijo Santiago nació el 24 de julio de 1903.

García García, José. Natural de Santa María de Valverde, se casó con Prudencia, su hija Benedicta nació el 11 de julio de 1917. Fue emigrante en Francia. Vivió en Bercianos desde su casamiento hasta su muerte.

García García, Pedro. Natural de Santa María de Valverde, se casó con Vitoria Sandín Martín, también de Santa María. Vivieron en Bercianos. Su hijo Juan Manuel nació el 31 de enero de 1907. Está inscrito en Púeblica de Valverde.

García Lazán, Emiliano. Natural de Torrecilla de la Abadesa (Valladolid). Se casó con Vidalina García Fernández, emigrante en Vergara. Viudo, pasa largas temporadas en Bercianos.

García Mateos, Celestino. Natural de Faramontanos de Tábara. Se casó con ¿Narcisa? Vega Cortés, natural de Bercianos. Vivió en Bercianos. Su hijo Domingo nació el 16 de diciembre de 1870 en Bercianos.

García Mateos, Petra. Natural de Villanueva de las Peras, esposa de Guillermo de Vega Colino -de buena memoria por sus hazañas y falsificador de moneda-. Vivió en Bercianos desde su matrimonio allá por 1860. Falleció en Bercianos en 1905. Nuestra bisabuela y tatarabuela paterna.

García Sandín, Fabiana. Natural de Santa María de Valverde, se casó con Jerónimo Marcos. Su hija Maximina Marcos García nació el 12 de noviembre de 1894 y Nicasia el 1 de abril de 1904.

García Vega, Fernando. Natural de Villanueva de las Peras. Se casó con Valentina García Vega, hija de José y de Francisca, nacida el 16 de diciembre de 1884; su hijo Andrés nació el 17 de octubre de 1912. Contrajo segundas nupcias con Celestina García, de cuyo matrimonio nació Modesto el 4 de noviembre de 1915.

García Vega, Simón. Natural de Santa María de Valverde, nació el día 9 de enero de 1888, se casó con Isabel García. Su hijo Gabino nació el 23 abril de 1924.

Gómez Díez, Nicanor. Natural de Micereces de Tera -esposo de Teresa Blanco, natural de Santa María de Valverde-. Maestro Nacional que ejerció en Bercianos desde el día 1 de septiembre de 1933 hasta el 31 de julio de 1963.

González Casado, Felicitas. Natural de Villanueva de las Peras, se casó con Pedro Galende. Su hija Manuela nació el 22 de enero de 1911.

Iglesia Cid, Juan de la. Natural de Villanueva de las Peras y vecino de Bercianos de Valverde. Así consta en un contrato de arrendamiento de “*las ovejas de las benditas ánimas*”, firmado en 1918. Esposo de Felisa Casado. Su hija Lucía Cid Casado nació el día 12 de junio de 1918.

Iglesias Estudillo, Visitación Vicenta. Nació el 27 de octubre de 1906 en Bercianos de Valverde. “Hija de Francisco Iglesias de Salamanca *quinquillero*, domicilio ambulante”, y Josefa Estudillo de Salamanca”.

Lorenzo, Bernardo. Natural de Morales de Valverde, casado con Marina Sandín, abuelo de Casimiro Colino Lorenzo. Se casaría por la década de 1861-1870.

Llamas Camarzana, Domingo. Natural de Melgar de Tera, se casó con Vicenta Morán García. Su hijo Antonio Llamas Morán nació el 10 de febrero de 1891.

Llamas Prieto, Inés. Natural de Santa María de Valverde. Se casó con Epifanio García García por la década de 1961-1970. Fueron emigrantes en Alemania. Vive con su hija en Alemania.

Llamas Rodríguez, Avelino. Natural de Melgar de Tera, herrero, se casó con Nicolasa García. Su hijo Ramón nació el 13 mayo de 1909.

Martín Crespo, Pilar. Natural de Púeblica de Valverde, se casó con Santiago García, viudo, padre de Eduardo García Vega, por la década de 1931-1940. Se casó en segundas nupcias en Púeblica.

Martín García, Marcelina. Natural de Villanueva de las Peras, se casó con Pedro Alonso García a finales de 1800 y vivió en Bercianos hasta su muerte.

Martín García, Soledad. Natural de Litos, esposa de Conrado Vega Colino. Reside en Bercianos desde su matrimonio en la década de 1961-1970.

Martín Sandín, Flora. Natural de Santa María de Valverde, esposa de Desiderio García, madre de Isabel Felisa y Teresa. Vivió en Bercianos desde su matrimonio por la década de 1941-1950. Falleció en Bercianos.

Mateos Ferrer, Esperanza. Natural de Villanueva de las Peras, esposa de Avencio García. Vivió en Bercianos desde su matrimonio, allá por la década de 1931-1940 hasta su muerte.

Mayor Parra, Alejandro. Natural de Villanueva de las Peras. Se casó en segundas nupcias con Encarnación Llamas Cid, de Bercianos, el 25-02-1919. Fue el cabrero del pueblo.

Membibre Fernández, Prudencia. Natural de Otero de Sanabria, esposa de Pedro de Vega García, de Bercianos. Vivió en Bercianos desde su matrimonio a finales de la década de 1891-1990 o principios de la de 1901-1910. Se desplazó con su marido e hijos a Villardecievros (Zamora) en los comienzos de 1930. Falleció en Villardecievros.

Méndez Ramos, Bernarda natural de Litos. Se casó con Emilio Llamas Cid “Buracas”, natural de Bercianos, pastor de ovejas en Bercianos. De Bercianos se fue con su marido, contratado de pastor, al Monte Andrade. De este a Valderas (León). De Valderas al Monte Torozos, cerca de Rioseco (Valladolid).

Merchán Rodríguez, Teófilo. Natural de Mózar de Valverde. Se casó con Teresa García Sandín. Vivió en Bercianos. Reside en Carrión de los Condes (Palencia).

Morán Turiel, Jacinta. Natural de Villanueva de las Peras, se casó con Luis García, también de Villanueva. Su hija Juana García Morán nació el 28 de enero de 1896. Está inscrita en Bercianos.

Nistal Centeno, Pedro. Natural de Santa María de Valverde. Contrajo matrimonio con Isidora Sandín Centeno -también de Santa María-en Bercianos. Vivieron en Bercianos. Tuvieron un niño, que falleció. Murieron, ya ancianos, en Santa María.

Palacios García, Florencia. Hija de Manuel y de Agustina, nació el 7 de noviembre de 1897 en Pubblica de Valverde, se casó con Agustín Martín Ramos. Vivió en Bercianos desde su matrimonio, a finales de 1920 o principios de 1930. Murió en Bercianos el 19 de julio de 1985.

Pardo Moreno, Manuel. Natural de Mansilla de la Mulas (León), “de profesión tendero, domiciliado en Bercianos de Valverde”, casado con María Valverde Peñín, natural de La Bañeza. Su hijo Mariano Pardo Valverde nació el 18 de diciembre de 1903.

Parra Cortés, Lucas. Natural de Villanueva de las Peras. Se casó con Josefa Cid Alonso, natural de Bercianos. Vivió en Bercianos. Del matrimonio nació nuestro abuelo y bisabuelo Valeriano Parra Cid el 9 de febrero de 1867.

Paz Pascual, Julia de. Natural de Brime de Urz, se casó con Ramón García por la década de 1970. Reside en Bercianos.

Peña Fernández, Pedro. Natural de Litos, se casó con María Vega. Manuel Peña Vega, su hijo, nació el 19 de febrero de 1902.

Peñín, Benigna. Natural de La Bañeza (León), de profesión tendera, madre de María Valverde Peñín, domiciliada en Bercianos en 1903. Pérez Díez, Casiano. Esposo de Manuela Llamas Cid. Vivió en Bercianos, emigró, retornó, y, finalmente, falleció en Zamora.

Pérez Fernández, Dolores. Natural de Bustelo (Orense), esposa de Eugenio Parra, emigrante en Alemania. Vive en Bercianos desde finales de la década de 1971-1980.

Prieto Sandín, Ángel. Hijo de ¿Félix? Prieto, de Villanueva de las Peras, y de Isabel Sandín, de Santa María de Valverde, jornalero, casado con Marta Centeno, de Oteruelo de la Valduerna (León), padres de Agustina -nacida el 16 de septiembre de 1899- y de Dionisia -22 de junio de 1908-.

Prieto Villarejo, Felicidad. Natural de Santa Croya de Tera, se casó con Felipe García Galende. Residió en Bercianos desde su casamiento, por la década de 1941-1950. En la de 1961-1970 la familia fijó la residencia en Zamora. Está en la residencia de Monfarracinos.

Ramos García, Baltasara. Natural de Villanueva de las Peras, se casó con Enselmo Martín. Su hija Vitoria nació el 23 de diciembre de 1895. Su hijo Agustín el 28 de agosto de 1902.

Ramos Parra, Manuel. Natural de Villanueva de las Peras. Se casó con Froilana García Vega, natural de Bercianos, de 21 años de edad, el día 29 de septiembre de 1873 en matrimonio religioso, y civil el 15 de diciembre de 1874. Así consta en el acta de matrimonio civil.

Ratón Juárez, Santos. Natural de Tábara (Zamora), casado con Rafaela García Rodríguez, fueron emigrantes en Alemania en la década de 1961-1970. Vive en Bercianos.

Río Alonso, Álvaro del. Natural de Moreruela de Tábara (Zamora), se casó con Adela Vega Colino. Reside en Zamora, y a temporadas en Bercianos.

Rodríguez Fernández, Melchor. Natural de Santa María de Valverde. Se casó con Basilia García. Vivió en Bercianos desde su casamiento, por la década de 1901-1910, hasta su muerte.

Rodríguez Guerra, Agustina. Natural de Pubblica de Valverde, esposa de Aniano Rodríguez García. Vivió en Bercianos desde su casamiento hasta la década de 1961-1970 en la que se fue con la familia a Navarra.

Rodríguez Lorenzana, Rogelio. Natural de Villarrabines (León). Se casó con Carmina Sandín García por la década de 1981-1990. Vivió unos años en Bercianos y se trasladó con toda la familia a Benavente, donde reside desde finales de los años noventa del s. XX.

Rodríguez Sandín, Melchor. Natural de Santa María de Valverde, contrajo matrimonio con Basilia García, de Bercianos. Vivió y falleció en Bercianos.

Romero Romero, Miguel. Natural de Santibáñez de Tera, casado con Regina Sánchez Sánchez, de Villaseco de los Gamitos (Salamanca). Domiciliados en Bercianos el 9 de junio de 1934.

Sánchez Martín, Rosario. Esposa de Julián Vega Colino -fallecido- reside en Bercianos.

Sánchez Sánchez, Antonio. Natural de Villoria (Salamanca). Vino de pastor por la década de 1921-1930. Esposo de Agustina Prieto Centeno.

Sánchez Sánchez, Regina. Esposa de Miguel Romero Romero.

Sandín, Saturnino. Natural de Santa María de Valverde. Se casó con María Vara, de Bercianos. Su hija María del Pilar nació el 12 de octubre de 1904.

Sandín Bermejo, Leonor. Natural de Santa María de Valverde. Contrajo matrimonio con Agustín García Morán a principios de los años treinta del pasado siglo. Vivió y falleció en Bercianos.

Sandín Centeno, Isidora. Natural de Santa María de Valverde. Se casó en Bercianos, con Pedro Nistal Centeno, de Santa María. Vivieron en Bercianos. Tuvieron un hijo que se les murió. Fallecieron, ya ancianos, en Santa María.

Sandín Cid, Lorenza. Natural de Pubblica de Valverde, se casó con Romualdo Bermejo. Su hijo Nicolás Bermejo Sandín nació el 19 de febrero de 1891.

Sandín Cid, Manuela. Natural de Pubblica de Valverde, se casó con Fructuoso Bermejo Hernández. Su hija Toribia Bermejo Sandín nació el 26 de abril de 1891 y Antonio el 18 de junio de 1896.

Sandín García, Ángela. Natural de Santa María de Valverde, domiciliada en Bercianos de Valverde, esposa de José Blanco Vega, de Villanueva de las Peras, domiciliado en Bercianos. Su hijo Guillermo Blanco Sandín nació el 25 de junio de 1894 y su hija Valentina el 14 de febrero de 1904. En el acta de nacimiento de Pablo dice que Ángela es natural de Bercianos.

Sandín Martín, Vitoria. Natural de Santa María de Valverde, madre de Juan Manuel García, abuela de Florinda, Alberto y María García García. Vivió y falleció en Bercianos.

Sandín Nieto, Eduarda. Natural de Santa María de Valverde, se casó con Esteban Fernández. Su hija Antolina nació el 29 de mayo de 1902 y María el 22 de marzo de 1905.

Sandín Nieto, Félix. Natural de Santa María de Valverde, se casó con Maximina Marcos. Su hija Alfonsa nació el 23 de febrero de 1927.

Sandín Pérez, Mateo. Natural de Santa María de Valverde, se casó con Teresa García. Su hijo Rogelio nació el 2 de julio de 1899 y emigró a Cuba.

Sandín Sandín, Claudio. Natural de Santa María de Valverde, se casó con Elena Vega. Su hijo Emiliano nació el 8 de agosto de 1905.

Sastre Pérez, Antonio. Natural de Santa María de Valverde, casado con Eduviges Parra. Su hijo Pedro nació el 25 de septiembre de 1900 y Máximo el 3 de agosto de 1907.

Sastre Sandín, Domitila. Natural de Santa María de Valverde, casada con Faustino García por 1940. Vivió, desde que se casó, en Bercianos. Falleció en Bercianos.

Silva Rodrigues, Margarita da. Natural de Portugal. Se casó con Adolfo Fernández Vega en Brasil. Reside en Bercianos desde septiembre de 1994.

Sobrino Serrano, Francisca. Natural de Carrión de Calatrava (Ciudad Real), esposa de Honorio García Colinas. Vive -viuda- en Bercianos. Valverde Peñín, María. Natural de La Bañeza (León), esposa de Manuel Pardo Moreno, domiciliada en Bercianos en 1903.

Vaquero Tomás, Juan. Esposo de Francisca García, pastor, padre de Nicanor Vaquero García, procedía de Faramontanos de Tábara (Zamora). Estuvo antes de pastor en Villanueva de las Peras.

Vaquero Tomás, Nicolás. Natural de Faramontanos de Tábara (Zamora), hermano de Juan -esposo de Francisca García-. Se casó con Leonarda Vega Sandín (viuda de Eduardo Vega García, que falleció en Cuba), cuando ella retornó con sus cinco hijos -Agustina, Domingo, Eufemia, Luisa y Salvador-. Falleció en Bercianos sin descendencia.

Vara, Pedro. Natural de Micereces de Tera, casado con Celedonia Marcos en la década de 1861-1970 [sic], bisabuelo paterno de Pompeyo García Sandín.

Vara Colino, Antonio. Natural de Melgar de Tera, se casó con Josefa Vara. Su hijo Pedro nació el 15 de abril de 1908.

Vega, Pedro. Natural de Pubblica de Valverde y difunto en Bercianos. Contrajo matrimonio con Viviana Fernández, que se casó en segundas nupcias con Dionisio Vega, hija de Esteban Fernández y de Manuela Carro, él de Bercianos y ella de Olleros de Tera.

Vega, Teresa. Esposa de Agustín Centeno, naturales de un pueblo de León, abuelos maternos de Agustina y Dionisia, vecinos de Bercianos.

Vega García, Pedro. Natural de Santa María de Valverde, se casó con María Alonso. Su hijo Francisco Vega Alonso nació el 11 de marzo de 1892 y Emilia el 7 de noviembre de 1896.

Vega Cortés, María. Natural de Melgar de Tera, se casó con Andrés García, padre de Bartolomé García Vega, por la década de 1871-1880. Vega García, Dionisio. Natural de Villanueva de las Peras, se casó con Jacoba Centeno, de Bercianos.

Vega Sánchez, Verónica. Hija de Julián Vega Colino y de Rosario. Vino con sus padres a Bercianos, donde residió hasta el 2009 en que contrajo matrimonio, vive en Villanázar (Zamora).

Vega Sandín, Agustina. Hija de Eduardo y de Leonarda, nació en Cuba. Su madre enviudó, retornó y la trajo niña con sus cinco hermanos -Domingo, Eufemia, Luisa y Salvador- a principios del s. XX. Contrajo matrimonio con Jerónimo Fernández, de Santa María de Valverde.

Vega Sandín, Domingo. Hijo de Eduardo y de Leonarda, “natural de Jamaica parroquia de Ingreso de la Villa de San José de las Lajas provincia y Diócesis de la Habana”, así consta en la partida de matrimonio. Leonarda -viuda- retornó y vino con sus hermanos -Agustina, Luisa, Eufemia y Salvador- a principios del s. XX. Se casó con Adela Colino Lorenzo. Falleció en el pueblo.

Vega Sandín, Eufemia. Hija de Eduardo y de Leonarda, nació en Cuba. Vino al pueblo de niña con su madre -viuda-, que retornó a principio de s. XX, y sus hermanos: Agustina, Domingo, Luisa y Salvador. Se casó con Santiago García. Madre de Eduardo García Vega. Falleció en el pueblo.

Vega Sandín, Luisa. Hija de Eduardo y de Leonarda, nació en Cuba. Vino de niña al pueblo con su madre -viuda- y sus hermanos -Agustina, Domingo, Eufemia y Salvador- a comienzos del s. XX, se casó con Emiliano Sandín. Falleció en el pueblo.

Vega Sandín, Salvador. Hijo de Eduardo y de Leonarda, nació en Cuba. Su madre -viuda- retornó y vino de niño con ella y sus hermanos -Agustina, Domingo, Eufemia y Luisa- a comienzos del s. XX. Se casó con Esperanza Vega Fontanillo, de Santibáñez de Tera. Falleció en Santibáñez de Tera.



Emérita Velasco.

Vega Vega, Isaías. Hijo de Salvador, de Bercianos, y de Esperanza Vega Fontanillo, de Santibáñez de Tera, nació en Santibáñez. Se casó con María Isabel Centeno. Vivió en Bercianos. Emigró con la familia a Asturias en la década de 1981-1990. Reside en Asturias.

Velasco García, Emérita. Hija de Emérita García García. Nació en Cuba. Vino a la edad de 5 años. Vivió en Bercianos con su abuelo Segundo García Vega y su segunda esposa Josefa Galende Gullón. Contrajo matrimonio con Bienvenido Fernández Vega. Falleció en Bercianos.

Villar Tabuyo, Esteban. Natural de Santa Croya de Tera, se casó con Luisa Lorenzo. Su hija Natividad nació el 15 de noviembre de 1914. Falleció en Bercianos.

**RELATO DE
FRANCIA**

Apuntes autobiográficos de un emigrante hispano-francés

Ángel Iglesias Ovejero



1955.

Empecé a emigrar cuanto tenía 12 años recién cumplidos. Fue el 27 de septiembre de 1955; hasta entonces apenas me había movido de Robleda, mi lugar de nacimiento. La víspera, en la confluencia del río Olleros y el arroyo de El Batán, se había presentado de tarde mi hermano Félix, que era el pastor titular del rebaño que, por circunstancias de la vida (necesidad urgente de rehacer una casa), me había ocupado yo en la primavera y el verano de aquel año, de día en los baldíos y de noche en los barbechos donde estercaba el ganado.

Llegaba con una extraña misiva que desde un año antes se esperaba, sin concretarse, y me espetó a guisa de saludo en nuestro dialecto “Ángel, váiti pa casa, que mañana te llevan pa Madriz”. Y me estrujó en un abrazo. En ese momento yo no podía adivinar que, a poco de doblar esa edad, mis avatares me llevarían a Francia, adonde ya por aquellas fechas había compañeros de escuela emigrados con sus padres. Otros lo hacían o lo habían hecho camino de Brasil. Eran tiempos de éxodos y exilios económicos, que a veces obedecían también a motivos políticos o eran consecuencia de trágicos sucesos, todavía recientes, cuyas secuelas han perdurado hasta ahora. Era mi caso.

Con el tiempo he llegado a pensar que aquel primer viaje fue para mí un segundo nacimiento, doloroso y feliz a la vez, que me puso en un destino con el que no contaba. Lo viví simbólicamente como una salida de la Baja Edad Media, que era el modo de vivir en Robleda al que visceralmente he seguido apegado en el recuerdo, para entrar en un mundo que,

por contraste, me parecía maravilloso y en el que nunca me he sentido integrado del todo, siempre en equilibrio inestable. De una tacada descubrí el coche de línea; la tenebrosa cochera de Ciudad Rodrigo (allí me despidió mi padre, más lloroso que yo, pues él no tenía más familia biológica conocida), la fachada trasera de la catedral de Salamanca (donde me aburrí un medio día eterno, junto a mi pequeña maleta, esperando a mi compañero de viaje, Marcelino, que era huérfano, pero tenía parientes en la capital provincial que lo invitaron a comer), el tren (ya guiados por el cura del pueblo, que se nos juntó después), las murallas de Ávila, doradas por el sol de la tarde, y el inquietante túnel de Guadarrama (la noche más noche en su interior), a cuya salida se nos ofreció una visión feérica: los pueblecillos de la Sierra y lo que debía de ser Madrid y sus alrededores en la lejanía, todos ellos iluminados, como si quisieran competir con las estrellas. Pero lo más alucinante fue el ajetreo madrileño, los anuncios de colores y los taxistas ofreciendo a gritos y con pitidos sus servicios, nada más salir de la estación del Norte, con la comprobación de un mito anunciado (“Madriz es comu un jormigueru de cochis y de genti, y tienin que paral los cochis pa que la genti pasi de un láu pa l’otru de la calli”).

En uno de aquellos taxis de color negro y rojo rematamos la extenuante jornada en un internado de los Hermanos de San Juan de Dios. Llegábamos ya cenados del tren, así que, tras deambular por un laberinto de pasillos, nuestro guía (auto-presentado como hermano Bartolomé) nos asignó dos camas en un dormitorio corrido para más de cincuenta adolescentes, en la penumbra provocada por el velador rojizo de un santo cristo. En apariencia todos los escolares dormían o, en todo caso, no se dieron por enterados de nuestra llegada. Sería al filo de la media noche. Seis o siete horas más tarde, sonó la chicharra que despertó a los durmientes, quienes al punto reaccionaron como autómatas, empezando a vestirse de sotana mientras recitaban la letanía mariana, se lavaban en una palangana, iban a los servicios primero (y eventualmente limpiaban el orinal usado para las aguas menores, porque el acceso al váter solo estaba permitido de noche en caso de urgencias mayores), antes de desfilar para la capilla. En ella despacharían de un tirón las primeras oraciones, la meditación y la misa, entreveradas de bostezos y cabezadas de sueño. Nosotros, como

“aspirantes” novatos, disfrutamos del privilegio de quedarnos en la cama. Sin saberlo habíamos asistido a la primera lección práctica de obediencia (quizá el voto más duro que se profesaba en las comunidades religiosas), cuya imperiosa exigencia se manifestaba con timbres, pequeñas alarmas, esquilas, campanillas, campanas o simples palmadas; para cualquier acto que saliera del horario establecido había que pedir permiso.

De la noche mágica ya no quedaba ni rastro. Nunca volvería a sentir algo semejante, aunque con ayuda de la imaginación, podía evocarlos en los pequeños espectáculos de luz y sonido de los belenes navideños que “Poli”, el pintor de brocha gorda, montaba para el millar de habitantes (religiosos, niños enfermos, escolares, empleados) de aquel enclave de Madrid que era el Hospital-Asilo de San Rafael.

Marcelino y yo entrábamos en un extraño mundo por iniciativa del párroco de Robleda, Julián Mateos Plaza, natural de La Encina, que todavía no tenía la fama de déspota y mujeriego que después adquirió. Siempre le estuve agradecido por haberme sacado de entre los terrones y del olor a cagarrutas, del polvo y las infinitas moscas pegajosas. Colaboraba con los religiosos reclutadores de vocaciones para sus instituciones, que en la mísera España de la posguerra y hasta los años sesenta echaban sus redes en los medios rurales y conseguían una pesca milagrosa entre los niños espabilados (“por lo menos me los educan”, se justificaba “Don Julián”). Desde luego no era peor persona que otros vecinos, responsables y ejecutores de asesinatos y causantes de estragos que me repercutían personalmente.

Al salir de mi hogar, dejaba una familia recompuesta, pobre y reducida a la mínima expresión, debido a la represión franquista, que se llevó por delante a cuatro varones, el primer marido y tres hermanos de mi madre (M^a Antonia Ovejero García, la mujer más admirable que he conocido, por su inteligencia, coraje y sentido innato de la dignidad), a quienes se añadieron como víctimas indirectas otras cinco personas, todas muertas durante la guerra (una hija de mi madre, fallecida a los tres meses de nacer en 1937, una hermana y un cuñado en 1938, un sobrino, hijo de estos, en 1939). Después vinieron las panzadas de hambre con las que generosamente Franco obsequió a los españoles, entre los

cuales ya me contaría yo mismo desde 1943, hijo del segundo matrimonio de mi madre (con Juan Iglesias Muñoz, que era realmente una buena persona; lo descubrí mucho más tarde). Y a pesar de que era una boca más que alimentar (“un alhaja con dientes”, bromeaba Juan), fui bien recibido en la fratría (Tasio, Pepa y Félix) y siempre me sentí querido de todos (incluida Teodora, una prima huérfana que se crió con nosotros y vive todavía en la emigración de Francia).

Recuerdo bien los últimos coletazos de aquella plaga, que determinaría “el racionamiento”, acentuada por las estrecheces del bloqueo internacional de España, y solo paliada en los pueblos de la Raya con el contrabando de Portugal, que era un mísero recurso, aunque los traficantes de verdad prosperaban con el comercio ilegal de wolframio, dinero (o joyas) en oro y plata, manadas de ganado, máquinas de coser, etc. Este no era el caso de los vecinos del barrio donde vine al mundo, casi todos cuales participaban en esa aventura peligrosa (los guardias requisaban los “mactos” y tiraban a dar sin piedad contra los fugitivos), tanto que desde entonces sería conocido como “El Portugalillo”. Era una experiencia que, en el internado, hacía bastante liviana la perspectiva del voto de pobreza (tenías todo lo necesario, pero no eras dueño de nada).

En la escuela aprendí a leer y las operaciones básicas de aritmética con un maestro interino, que me recibió con una bofetada monumental en la primera lectura (por “leer de memoria”, según explicó y yo no entendí) y después llegó a darme algunas clases particulares gratuitas, cuando dejé de ir a la escuela y él ya no ejercía la docencia más que para los niños del médico y de algunos “riquinos” del pueblo. Era un falangista borrachín, que no había terminado la carrera, pero muy inteligente. Hablaba bien de Cervantes, según él habitado por una insaciable curiosidad intelectual. Al cabo de un año llegó otro maestro que había sido alférez provisional con el cual no aprendí absolutamente nada. Así que no me costó gran cosa que mi padre me llevara de ayudante de pastor a los diez años, una carrera que el citado párroco interrumpió para que participara en representación de los niños de la escuela en un certamen de catequesis y liturgia con motivo del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona (1952, aunque esto sería después, teniendo yo 10 años), junto con una niña que representaba

a sus compañeras. Quedamos subcampeones en Fuenteguinaldo (ganaron los candidatos locales por favoritismo del árbitro, o sea el obispo, según “Don Julián”).

Aquella hazaña me abrió la posibilidad de estudiar con los frailes. En el internado madrileño, ubicado entre el paseo de La Habana y las calles de Serrano y Concha Espina, cerca del estadio del Real Madrid (se oía al público cantar sus goles), nada más entrar te hablaban de la “vocación”, pero se estudiaba el bachillerato, con exámenes “por libre” en el Instituto de San Isidro. Prácticamente, esta era la única salida anual de los muros de la “escolanía” durante el curso, aparte de excursiones culturales en primavera o visitas de belenes por Navidad y de monumentos y procesiones por Semana Santa. Durante las vacaciones del verano, visitábamos y ayudábamos a nuestras familias en las faenas agrícolas tres semanas, entre julio y agosto, y eventualmente recorríamos los pueblos serranos cercanos a Los Molinos, donde los Hermanos tenían casa para los niños del mencionado Hospital-Asilo. En algunos de aquellos escarceos serranos nos asomábamos a las tapias alledañas a la Basílica del Valle de los Caídos, en las cuales existían barracones para los presos republicanos que remataban la explanada de entrada en el edificio. Tuvimos el privilegio de ver por televisión la inauguración de este lamentable símbolo de la auto-glorificación franquista, gracias a que nuestro Asilo, por lindar con las instalaciones de TVE, fue de los primeros en beneficiarse de sus servicios (1956).

La distribución del tiempo en aquella institución se organizaba, por días y semanas, en torno a tres núcleos: las actividades religiosas (rezos, meditaciones, misas), los estudios y el recreo, con juegos o deportes que para mí eran un verdadero alivio. Pero, obviamente, incluía espacios para la higiene personal, las cuatro comidas (incluida la merienda) y la satisfacción de otras necesidades, la limpieza, etc. El horario estaba milimetrado, a la manera castrense. Allí sufrí mucho y también disfruté bastante. Desde que ingresé ya no volví a vivir con mis padres sino contados días, semanas o meses al año hasta que ellos mismos fallecieron (mi padre en 1980 y mi madre en 1991). Casi todo lo que pasaba por la mente o el cuerpo podía ser pecado o pecaminoso, especialmente

en materia de castidad, lo cual generaba un sentimiento casi permanente de culpa, cuyas secuelas quizá nunca hayan sido superadas. No recibí malos tratos físicos ni los vi aplicar a nadie, ni observé las sevicias o privaciones de que se habla en internados análogos; en cambio, además del lavado de cerebro sobre el nacional-catolicismo y sobre la vocación, había castigos mezquinos y humillantes (comer de rodillas en el refectorio o besar los pies a los compañeros, pedir perdón de rodillas u otras prácticas parecidas por insustanciales deslices de conducta o como “pruebas”, aunque todo esto era excepcional y a mí personalmente apenas me afectaron). En el lado positivo, recuerdo la afección distante (“amarse, pero sin tocarse”) de los religiosos y la camaradería igualitaria de los compañeros (entre ellos Manuel García Viejo, médico, que murió en Madrid, 2014, infectado del virus del ébola en Sierra Leona). Estaban prohibidas y vigiladas las “amistades particulares”, pero a posteriori me he dado cuenta de que en el colectivo de adultos sin duda había bastantes individuos sin salir del armario.

Este *modus vivendi* se llevó por delante mi adolescencia y parte de mi juventud, en un periplo de estudios y de cuidados sanitarios que, además de San Rafael, incluyó etapas en la “escolanía” de Palencia, aldea del Sanatorio Psiquiátrico, cerca del Canal de Castilla; el hospital de niños en Santurce (ría de Bilbao), donde descubrí el mar con sus galernas; el hospital psiquiátrico de Santa Águeda (Mondragón, Guipúzcoa), sito en un antiguo balneario que conservaba la cama de Cánovas del Castillo, allí asesinado, en la cual, movido por un ramalazo de anarquismo o por un estúpido capricho, me permití una siestecilla; la casa de León *in fieri*¹; el sanatorio marítimo infantil de Gijón, casi lindante con la playa; y la clínica de Burgos. De haber seguido por aquella senda, en cumplimiento del voto específico de hospitalidad, podría haber terminado de enfermero, ATS² o médico, sacerdote o misionero, pero no fue así. Después de pensarlo bien,

¹ Locución latina que significa “haciéndose”, “en construcción”. (N.E.)

² Siglas de Ayudante Técnico Sanitario, denominación que englobaba a matronas, practicantes y enfermeras en España en el tercer cuarto del siglo XX. (N.E.)

dejé la Orden Hospitalaria y me decanté por los estudios de Letras en la Universidad Complutense de Madrid (filología clásica e hispánica, aunque solamente culminé esto último), porque era al mismo tiempo lo que más me gustaba y lo más asequible para quienes habíamos seguido aquel camino quebrado de la vocación religiosa. Salíamos de la Institución con lo puesto, el día y la noche por capital del presente y el porvenir encomendado a la clemencia divina. No teníamos derecho a reclamar nada, pues, según argumentaban, aquella vida la habíamos elegido y la dejábamos por nuestra voluntad, el lavado permanente de cerebro en la adolescencia no contaba y, en último término, los eventuales años de servicios hospitalarios amortizaban los estudios y la formación recibida. Así que, en paz. Nunca he mendigado los derechos que tuviera por el tiempo allí empleado (decreto 432/2000) ante el Estado Español, que también me debe el año y pico que perdí en el servicio militar obligatorio.

Estudí casi de mi milagro, sin becas ni otras ayudas oficiales, ni siquiera la posibilidad de cumplir “la mili” en las milicias universitarias durante las vacaciones del verano, pues para todo ello era necesario cancelar los “antecedentes penales” familiares y abjurar de posibles opiniones contrarias al Régimen, horcas caudinas a las que no quise someterme. En aquella cruda travesía, que ya era como un tercer nacimiento en mi existencia, conté con la ayuda y el consejo de mi mejor amigo: Gilberto Pitcairn Estrada, un auténtico caballero errante entre este y el otro mundo, protestante, católico, humanitario. Fue una persona admirable que, habiendo sido heredero de una próspera fábrica de cerámica en Sevilla y recibido una sólida formación universitaria en Inglaterra, se hizo pobre, fue misionero en África, cuidó leprosos y otros enfermos, para terminar su vida de asceta, retirado en su propia casa. Antes de fallecer en 2010 nos dejó a mi esposa Françoise y a mí una carta con entrega póstuma (“cuando recibáis esta carta ya estaré en el corazón de Dios”). Había adoptado por amigos a todos los miembros de nuestra numerosa familia hispano-francesa. Y fue padrino de nuestra hija Cécile. De cuando nuestros caminos bifurcaron, debido a la instalación definitiva de nuestro núcleo familiar en Francia, conservamos una copiosa correspondencia. Después, lo visitábamos en San Sebastián, Tolosa y

Andoain (Guipúzcoa) y esporádicamente en Puertollano. Más tarde, ya enfermo, meditaba más y escribía menos. Las últimas visitas que le hicimos nos dejaron anonadados. Con mi modesta medianía física, en los años sesenta apenas sobrepasaba la altura de sus hombros; al fin de sus días, lo había consumido la enfermedad que minaba su salud, de tal modo que podía ver por encima de su cabeza. Se lo hice notar, y me respondió con una sonrisa.

Gracias a este guía, mientras cursaba los estudios universitarios, por libre o como asistente por intermitencia, conseguí ganarme la cagada de lagarto, con clases particulares y en la academia Vox (Gran Vía, Madrid) u otros centros análogos. Antonio Gala, que había sido director de este centro privado y tenía allí buenas relaciones con españoles y extranjeros donantes o receptores de clases de idiomas o de cultura, me puso en contacto efímero con personas muy conocidas del amplio abanico artístico-literario madrileño. Algunas de ellas se reunían en casa de Pedro José Altuna, antiguo alumno de dicha academia, que tenía despacho en el ministerio del Interior y me facilitaba billetes gratuitos para el teatro y el cine. Para el pueblerino montaraz que nunca he dejado de ser por completo ciertas figuras femeninas, sobre todo, eran divinidades de un firmamento lejano que, después de la actuación, se acercaban a compartir con míseros mortales los platos de los bodegones y el vino que los acompañaba, que al fin tampoco eran cosa del otro mundo, a pesar de lo cual, los despachaban con el mismo entusiasmo que sus admiradores terrícolas. Resultaba entretenido, pero en aquel mundillo rayano con la bohemia yo no conseguía hacer pie y tenía la impresión de que me asignaban el papel de gorrón. Así que poco a poco me fui centrando en lo mío, que eran los estudios y la docencia. Antonio, que, con toda sencillez y su pródiga palabra, seguiría yendo alguna vez con sus parejas al piso que Françoise y yo tendríamos poco después en el Barrio de El Pilar, casi me lo reprochó, o eso me pareció, y me pronosticó que, por mi orgullosa manera de ser, “recibiría muchos palos en la cabeza”. Acertó de lleno.

Después fui profesor en el colegio privado de Escuela Equipo, que admitía niños y niñas desde los párvulos hasta la enseñanza secun-

daria. Su directora, Pilar Méndez, tenía unos principios avanzados y generosos en pedagogía que en modo alguno alcanzaba a los sueldos de los profesores. He comprobado en otras partes que la prodigalidad con los alumnos, niños o adultos, suele tener ese efecto no deseado por parte de los docentes. En el saldo positivo se puede poner la acogida de mi hermano Tasio como hombre para todo, de su mujer (Julia) como cocinera y de los niños (José María y Marcelino) como alumnos. En lo que atañe a mi función, además del Latín en el bachillerato, me encargaba de dos asignaturas de las llamadas “Marías”, “la Formación Política (o del Espíritu Nacional)” y “la Educación Física”. Esto último incluía llevar a la piscina y a jugar al fútbol a los chicos (de las niñas se encargaba una profesora), lo cual no suponía un gran esfuerzo para mí; en cambio, se me hacía algo cuesta arriba lo de la “formación política”, pero he tragado sapos y culebras más gordas y toreado paradojas más severas.

En este colegio conocí a Françoise Giraud, mi futura esposa y madre de mis hijos, una francesita tímida, de tez sonrosada y transparentes ojos azules (“color de cielo cuando no hay nubes”), guapa y sin remilgos de mojigata. Era la tercera persona realmente buena en mi camino, el hada inesperada, la estrella polar de mi vida. Sin ella, quizá no me habría casado nunca ni habría podido culminar mis estudios ni, por supuesto, habría hecho carrera de docente e investigador en Francia, pues además de soportar mi humor cambiante y llevar el peso de la educación de nuestros hijos, me ha prestado su apoyo y colaboración en todos los trabajos profesionales, los cuales han dejado escaso hueco en mi agenda para otras actividades desde mi entrada algo tardía en la universidad. Hasta entonces había leído lo que me caía en las manos, aunque a ciencia cierta (*multum legendum esse, non multa*³) solo recuerdo tres libros que han jalonado mis lecturas: *Alí Babá y los cuarenta ladrones*, en la niñez; el *Quijote*, en la adolescencia; la *Biblia*, en la primera juventud. Después he leído y estudiado en función de mis objetivos académicos: una licenciatura, una

³ Sentencia del escritor romano Plinio El Joven (61-112 d.C.) que significa literalmente “debe leerse mucho, no muchas cosas”, o también, “es mejor calidad a cantidad”. (N.E.).

tesina (sobre el léxico en la cultura popular de Robleda y ordenación de materiales) y tres tesis (una en la Complutense de Madrid, sobre dialectología, dirigida por Alonso Zamora Vicente, una de tercer ciclo, precedida de un *Diplôme d'Études Approfondies*, y otra “de estado” en la Sorbona de París, todo ello sobre lingüística general, onomástica y paremiología, bajo la dirección de Bernard Pottier).

Adquirí estos diplomas por necesidad y curiosidad intelectual, no por redorar mis inexistentes blasones, pero estoy orgulloso de haberlos conseguido, aunque en definitiva “solo sé que no sé nada”. No recibí regalos (ni convalidaciones) en Francia ni en España; me los gané a pulso. Guardo un recuerdo respetuoso y agradecido de las decenas y decenas de profesores y maestros que he tenido, a pesar de lo cual, también me considero bastante autodidacta (de ello me vienen las múltiples insuficiencias, las numerosas dudas y, quién sabe, algunos descubrimientos personales). En total, una veintena de años sin parar, simultaneando docencia e investigación, utilizando las vacaciones para la recogida de materiales, encuestas de campo y documentación en archivos y bibliotecas. Para la clasificación de la información, al principio, usaba medios rudimentarios (mis primeros “ordenadores” eran cajas de zapatos, después ficheros de madera), que requerían mucha aplicación para no trabajar en balde (una cautela siempre mantenida después, dado que soy bastante patoso en el manejo de los recursos informáticos). A este tenor, en los fines de semana y las interrupciones del curso redactaba las tesis y las publicaciones. Gracias a ello (títulos académicos, estudios publicados y experiencia docente) obtuve por oposición un puesto de catedrático en la Universidad de Orleans (1989), casi nada más terminar aquella maratoniada carrera.

En consecuencia, esto también fue medio milagro por mi parte. La otra mitad fue obra de Françoise, profesora, moderadora y secretaria en toda mi andadura hispano-francesa, paliando mis señaladas deficiencias. Empezó por darme los rudimentos de francés en Madrid (dictados de *Le petit prince* de Saint-Exupéry, lecturas de clásicos franceses, traducciones directas e inversas), lengua de la que no sabía casi ni palabra a mis veinte años, pero la tomé como opción en el programa de Lingüís-

tica Hispánica, fiado en la competencia pedagógica de mi novia. Después no he publicado nada sin consultarla ni someterle mis textos en francés o descargar en ella parte de mis responsabilidades en la organización o participación en grupos de investigación (*infra*). Y así ha seguido en la jubilación, cuando he podido cumplir el compromiso adquirido con mis padres para la recuperación de la memoria histórica, siempre a mi lado en las labores de investigación y elaboración de ensayos para *La represión franquista en el SO de Salamanca* (2016), libro del que la considero coautora. Por ello figura su nombre en la dedicatoria, junto al de Luis Castro, asesor de historia, y la referencia genérica de mis informantes, que han sido los “archivos vivientes”, sin cuyo concurso la recuperación de la memoria histórica en la zona mirobrigense se habría quedado en agua de borrajas.

Françoise quería casarse, y yo quería complacerla. Nos casamos en Madrid el año 1970, de acuerdo con las leyes españolas y francesas; también “por la iglesia”, en la parroquia del Santo Cristo del Amparo, advocación muy adecuada a mi situación, pues por así decir no tenía oficio ni beneficio propiamente dichos. Françoise tenía algo más de estabilidad de empleo, apreciada por su formación pedagógica en la enseñanza de párvulos y primaria (Montessori, P. Faure), que dispensaba en francés, primero en la Escuela Equipo (Ciudad Lineal) y después en el Colegio de las Dominicas (C. Olivos, Moncloa-Aravaca), adonde acudían los herederos de las casas monárquicas española y francesa, que entonces eran todos remotos aspirantes al trono, así como los retoños de señoritos madrileños, militares y civiles, que no eran santos de nuestra devoción (la mía sobre todo), pero pagaban bien la clases particulares. Las monjas le hacían carantoñas porque estaba encinta.



Presentación de *La represión franquista en el SO de Salamanca*, Centro Documental de la Memoria Histórica, Salamanca, 14/10/2016.



Madrid, 26/09/1970.

La posibilidad de ir a Francia era una eventualidad para adquirir experiencia y conocimientos, hasta que un día un compañero de estudios se presentó en nuestro aludido piso, para decirme que una antigua profesora nuestra de gallego-portugués (Pilar Vázquez Cuesta) me ofrecía la posibilidad de ir como docente contratado a la Universidad Católica del Oeste (UCO), en Angers, pero había que decidirse enseguida, porque ya era octubre y el curso de 1971-72 había comenzado. En vista del poco halagüeño panorama laboral, sin otra novedad que una modesta beca (la primera en mi ya largo recorrido de estudiante) para colaborar en el fichero de citas para el diccionario de la Real Academia, no lo dudé, pero me costó algo convencer a Françoise. Como otros emigrantes, yo iría primero, después Françoise, en Navidad, nuestro hijo nacería en Francia, donde nos quedaríamos hasta el final del curso y volveríamos a Madrid para el siguiente. Pero nuestro gozo cayó en un pozo. El niño esperado venía muerto a los siete meses, estando ya en Francia la madre, que, según los médicos, debía esperar el parto natural, guardar reposo varios meses y, sobre todo, evitar en ellos un nuevo embarazo, que de produ-



Angers, 1984.

irse tendría imprevisibles consecuencias. Cumplimos el protocolo. Un calvario. Había que quedarse en Francia otro año. Al volver de vacaciones tuvimos un accidente de coche, en el que quedó algo maltrecha Françoise. Al analizarla en Angers, nos anunciaron que estaba otra vez encinta, pero el embarazo solo era viable con el reposo y el cuidado permanente de un ginecólogo. Nuestra hija Cécile nació en plena primavera de 1973, y fue un regalo de la vida, como lo fueron los nacimientos, sin problemas, de Miguel (1975) y de Hélène (1983). Así se fue fraguando la estancia permanente en Francia.

Volviendo la vista atrás, mi prestación en la UCO (familiarmente “Catho”) no empezó ni se prosiguió tan bien como esperaba. A un colega inglés que me tiró de la lengua más tarde, llegué a ofrecerle un balance lacónico: solo había tenido allí dos días buenos, el de la entrada y el de la salida. Por supuesto, era un juicio injusto y se refería más bien a mi posición con respecto la Institución, pues tuve allí buenas relaciones con los alumnos, algunos excelentes, y con la mayoría de los colegas, en particular con la entonces directora de la sección de Español, Teresa

(o Trinidad) Orozco, una verdadera amiga, fallecida prematuramente. Pero aquella afirmación también resultaba inexacta. Propiamente, mi llegada a Angers, a finales de octubre de 1971, no fue nada excitante. Más bien agotadora, ya bien entrada la noche y en tren, con dos maletas llenas de libros que pesaban como tierra y un incómodo macuto con la ropa. Nadie me esperaba en la estación ni en otra parte. Sin ayuda de mozos, inexistentes, me costó Dios y ayuda arrastrar toda aquella carga por el andén, las escaleras y el vestíbulo, hasta un taxi, cuyo conductor fue incapaz por sus propias fuerzas de izar los bultos y requirió mi colaboración para ponerlos en el maletero. En el edificio de aquella universidad privada, creada en el siglo XIX con estatutos similares a las universidades pontificias españolas, me tenían reservada una pieza bastante amplia, pero me costó encontrarla. Aquello me recordaba algo de mi llegada al internado de Madrid en 1955.



Angers, orillas del río Maine, 1972.



Angers, Jardines del Mail en invierno, 1973.

La impresión se confirmó al día siguiente, en que me perdí la cena, por un error de cálculo en el horario. Aquí, pensé, cenan temprano, así que habrá que estar en el refectorio a las ocho. Cuando llegué, salían ya los comensales que allí pernoctaban: canónigos, teólogos dominicos y otros sabios eclesiásticos que eran directores de laboratorios científicos y algunos seglares desparejados (como yo en mis primeros tres meses). Uno de aquéllos, filosóficamente, me confirmó en una convicción que ya tenía: sin cenar se tienen menos pesadillas, pero el sueño se resiente del vacío en el estómago. El refectorio al que acudían decenas de profesores a mediodía, hombres y mujeres, no se parecía en nada al de la cena, reducido a la mínima expresión de los inquilinos habituales de apartamentos en las instalaciones del centro universitario o en pisos aleaños, todos varones y principalmente hombres de Iglesia, algunos reconocibles por la sotana y la mayoría por el clériman. Se disponían por mesas de a cuatro.

En mi primera cena creí que el azar me retrotraía a una de esas crueles caricaturas de la literatura picaresca, un verdadero cuadro con figuras salidas de otros tiempos, pues me correspondió alternar con el director del Laboratorio de Química, portador de un ojo de cristal y cojo de una pierna; el responsable de un magnífico atlas geográfico de los confines galorromanos de Bretaña, que sin razón aparente, mientras hablaba, se ponía rojo como un tomate hasta las raíces del pelo, caído por completo quizá a consecuencia de aquellos calentones; y un consumado especialista de Física que, por su altura y delgadez, hubiera podido competir con Don Quijote. Con algunas de aquellas eminentes y venerables personas establecí relaciones cordiales: un canónigo viejecito me pasaba la mitad de su ración de carne, el director del Instituto de Francés para Extranjeros me explicó el misterio de la alcachofa (cuando acabas de comer abulta en el plato el doble que antes de deshojarla) y un teólogo me reveló la peculiaridad del queso de Camembert (sabe mejor cuando, abandonado de la mano de Dios, se pone cremoso, y empeora con el exceso de medidas higiénicas, endurecido en el frigorífico). Y así sucesivamente.

Angers era una ciudad monumental y vetusta en los años setenta. En ella resulta muy visible la impronta nobiliaria y monárquica (los Plantagenêt, la casa de Anjou, el rey Renato), religiosa y militar, el pasado de su industria textil y la tapicería (principales manifestaciones artísticas son la ilustración del *Apocalipsis* del siglo XIV, en el castillo, y *Le chant du Monde*, de Jean Lurçat, en el antiguo hospital de San Juan), la horticultura y la viticultura. Bastante extendida a consecuencia de los jardines interiores, las calles dejaban una puesta en valor de sus construcciones emblemáticas (la catedral, la torre de la abadía de San Albino, el castillo medieval y renacentista, etc.), pero los servicios higiénicos domésticos (retretes y pozos negros al fondo de los jardines particulares), así como las aceras callejeras (con sospechosas aguas verdosas saliendo de no se sabía dónde) dejaban bastante que desear. A partir de las siete o las ocho de la tarde ya no se veía transitar un alma. En las primeras semanas llegué a echar de menos el ajetreo ruidoso de los paseantes madrileños. Para ver gente a veces me acercaba a la estación de marras y no me perdía el animado trajín del mercado sabatino, instalado en

la céntrica plaza de Leclerc, alledaña de unos jardines con arriates, estrechas avenidas, un estanque, un templete para la orquesta municipal, un café, un tiiovivo para niños, que también podían disfrutar con paseos en burro o caballos enanos, mientras los adultos jugaban a la petanca. Llevaban un nombre alusivo al mercado de raigambre medieval (*Le Mail*). Todo ello ocupa una amplia explanada entre el Ayuntamiento y el Palacio de Justicia, con prolongación en la avenida de Juana de Arco, abierta al horizonte urbano del ferrocarril.

A pesar de este enclave casi versallesco, las primeras impresiones angevinas no me llevaban a cambiar la idea de volver a España cuanto antes. A ello contribuía la incómoda situación de extranjero. Tenía un permiso de residencia que al principio debía renovar cada tres meses, después cada seis meses y posteriormente cada tres años. Sospecho que los Servicios Generales de Información estaban al corriente de mis anodinos antecedentes españoles y mis inocuos movimientos en Francia, pues con motivo de mi nombramiento para la vicepresidencia de una asociación de onomástica, ya en 1981, la Policía me interrogó sobre los motivos de mis visitas quincenales a la Soborna, cuyo motivo estaba a la vista, con otras minucias por el estilo, y en 1984, al solicitar la nacionalidad francesa, de casi todos los extranjeros deseada, me preguntó por qué no me había nacionalizado antes, teniendo esposa e hijos franceses. A día de hoy sigo sin entender por qué en los años setenta, cuando viajaba de París a Madrid con mi pequeña familia en el tren de “La Puerta de Sol” (Talgo), nuestro equipaje era el único que la Policía española registraba sistemáticamente en Hendaya, sin reparo por despertar y asustar a dos niños pequeños que no entendían tantas prevenciones contra nosotros.

La idea de quedarme en Francia cayó como una fruta madura, al darme cuenta de que, legal y culturalmente, era el único extranjero en mi propia familia. Así que mi destino era ser un emigrante de verdad, para largo. La administración española ayudó lo suyo de forma mezquina al privarme, sin avisar, de la nacionalidad española cuando solicité la francesa (1984), que era requisito indispensable entonces para ser funcionario en el país vecino. Tardé en admitir esta posibilidad más de una docena de años y nunca he renunciado a nada, sin excluir el retorno, que

al final se ha traducido por una situación de equilibrio inestable y enriquecedor, en la que he tratado de ser fiel a la patria de mis padres y a la de mis hijos, en el plano cívico y cultural (en los otros aspectos me siento ciudadano del mundo y no implicado en nacionalismos identitarios ni patrioterros, aunque me interesan como objeto de estudio). Entre 1971 y 1984 no se me cerraron del todo las puertas de la Facultad de Letras de la Complutense de Madrid e incluso recibí alguna propuesta de otros centros universitarios para integrarme en la enseñanza española, pero ninguna llegaba en tiempo oportuno o resultaba satisfactoria para toda la familia.

En 1983 Cécile empezaba los estudios secundarios y Miguel la seguía de cerca. Françoise estaba encinta de nuestra hija Hélène. Íbamos a ser familia numerosa, y ello requería más espacio doméstico. Compramos una casita en un barrio nuevo (Lac de Maine), sin lujo pero agradable y relativamente holgada, con un pequeño jardín, rodeada de otros espacios ajardinados, senderos peatonales que habían sido caminos municipales y un lago artificial al fondo, buenas comunicaciones, un supermercado y centros escolares cercanos para los tres niños. En los años ochenta Angers en general cambió para bien, a costa de la subida de impuestos. Se renovaron barrios enteros, mejoraron sus comunicaciones por carretera (autopistas) y ferrocarril (tren de alta velocidad), se reactivó la navegación fluvial (turismo, deportes) y se instaló cerca un pequeño aeropuerto; se abrieron al público o se crearon parques y el cuidado de sus jardines le granjeó el epíteto de “floral”. Las empresas modernas se instalaron en la periferia, respetando el entorno, al menos en parte. En suma, se convirtió en una ciudad mediana, ligeramente inferior a los 150.000 habitantes, de reconocida calidad de vida.

Para la adquisición de dicha casa fue necesario un esfuerzo suplementario. Con mi sueldo no alcanzaba para asumir la hipoteca de quince a veinte años. Se había producido la crisis del petróleo durante la presidencia de Giscard d’Estaing (1974-1981), que, a pesar de su presunta competencia como antiguo ministro de Economía, fue incapaz de resolverla y, al fin de su mandato, su primer ministro, Raymond Barre, “el mejor economista de Francia”, había dejado la inflación en el 14%.



Charly, cerca de Lyon, 29/10/2017.

Los créditos hipotecarios para la vivienda, y no los salarios, subieron como la espuma, y los créditos complementarios superaban el 17%. Tuvimos que vender el piso de Madrid, con lo que nuestro anclaje en España soltaba una sólida amarra; pero no llegaba para financiar con solvencia nuestro proyecto. Una vez más, Françoise arrimó el hombro por encima de sus fuerzas.

Mi esposa había aprovechado los primeros años de Cécile y de Miguel para reciclarse como profesora de español, después de conseguir la licenciatura, sin mayores dificultades, pero no sin un renovado esfuerzo, a sus 33 años, una edad en que muchas personas se consideran incapacitadas para reorientar el curso de sus vidas. Durante una década fue docente contratada en colegios e institutos, además de participar en los cursos de verano del Centro Internacional de Francés para Extranjeros de la UCO y dar clases en la Escuela de Artes y Oficios, Centro de Formación de Profesores e Instituto Municipal. Y en 1988 consiguió las oposiciones para ser profesora titular de Instituto, con destino en Angers.

Por mi parte, además del servicio estatutario y de la preparación de tesis, en ese tiempo era encargado de curso en la Universidad estatal de la misma ciudad (antes había dado clases en la Escuela de Comercio). Modestia aparte, considero que ninguna pareja conocida de nuestro medio ha trabajado más que la nuestra (y con frecuencia sin retribución), pero Françoise me supera con mucho. Todavía le quedó tiempo para asumir la delegación sindical en su instituto casi durante una década.

A este precio nos instalamos en una plazoleta bautizada con el nombre de Eugène Pottier, el autor de la letra de *La Internacional*. Allí crecimos todos y empezamos a envejecer unos más que otros. Los niños hicieron estudios satisfactorios; Françoise y yo mismo conseguimos los objetivos propuestos. Íbamos de vacaciones a las costas de Bretaña, Asturias, Galicia, Cataluña, Comunidad de Valencia y Murcia. Casi éramos felices en los años noventa. Pero el azar nos dio otro garrotazo. Cécile, que se había casado en 1997, perdió a su primer marido (Lucian) al año siguiente en un aparatoso accidente de coche, cerca de Angers. Se nos quitaron las ganas de veranear en las playas. Para colmo el sol le daba mareos a Françoise y yo agarré un culebrón en Peñíscola, antes de optar por retirarnos a nuestros lares de Salamanca. Tardamos cuatro años en salir del bache moral. En aquella casita angevina, sin más terapia que el trabajo constante, esperamos mejores tiempos. Cécile, con Jean-Cyrille, nos dio nietos (Raphäel e Irène), Miguel, con Claire, también (Pablo y Esteban) y Hélène, con Amir, todavía está a tiempo de darnos esa satisfacción. Todos ellos se desenvuelven con ocupaciones estables, lo que en los tiempos que corren se podría considerar una bicoca, pero nuestros hijos en modo alguno han gozado de privilegios o favores (y menos de “enchufes” por parte de sus padres); se han ganado lo que tienen con su esfuerzo constante, conforme al modelo recibido.

Mi carrera universitaria no fue un camino de rosas, aunque globalmente resultara satisfactoria. En la Universidad Católica de Angers tenía un contrato de duración indeterminada, de tácita reconducción, pero en aquel centro las posibilidades de promoción eran reducidas, con un estatuto de los profesores mal definido y salarios inferiores al nivel de calificación. Aguanté en ella hasta que conseguí el diploma de “doctor

de Estado” con una tesis presentada en la Sorbona, iniciada en 1981 y acelerada a consecuencia de la ley de Alain Savary (1984), que preveía para 1987 la reducción de los dos niveles de doctorado en uno solo, aunque para opositar a catedrático en adelante sería necesaria además una habilitación para la dirección de investigación. A decir verdad, en la elaboración de aquellas tesis de Letras había colegas que echaban casi la vida entera, aunque el promedio se calculaba entre cinco y diez años. Después no se podían publicar, porque tenían mucha eslorra, y había que reducirlas. Así que, puestos a comparar, aquella ardua empresa venía a ser como la tela de Penélope, la tripa de Jorge (se estira y se encoge) o el cuento de nunca acabar. A pesar de ello, según mi director de investigación (B. Pottier), era mejor y más lustroso rematar aquel trabajo (1352 folios a doble espacio, repartidos en tres volúmenes). Me llevó más de un lustro, en el cual fue necesario olvidarse de distracciones y diversiones, e incluso privarse de vacaciones dos veranos seguidos, en 1985 y 1986.

A mi llegada, la UCO atravesaba una crisis surgida a raíz de la Revolución de Mayo del 68. La universidad estatal de Angers habilitó nuevas secciones en sus facultades, creó otras, así como institutos universitarios, que arrastraron gran parte del profesorado y el alumnado de aquella institución católica. Sin embargo, después de capear el temporal, hacia 1975 ya había conseguido reanudar y renovar sus actividades, gracias quizá a donaciones privadas y a las ayudas de las instancias departamentales, regionales y nacionales de la Administración Pública, generalmente en manos de los partidos conservadores, aunque tampoco los socialistas deseaban su desaparición y respetaban su especificidad (la teología, sobre todo), como se demostró con la llegada al poder de François Mitterrand en 1981. Su radio de acción se extendía por todo el Oeste de Francia, los cinco departamentos del Loira (incluido el de la Vandea o la *Vendée*, históricamente conocido por las guerras de revolucionarios y contrarrevolucionarios entre 1793 y 1796) y los otros cinco de Bretaña, bastiones de un catolicismo moderado, sin marcado integrista. Por mi parte, nunca acabé de entender la paradoja de la “Catho”, pues siendo una institución privada “sin ánimo de lucro” que funcionaba

como un mosaico de media docena de institutos especializados (con docentes clérigos y laicos), cobraba suculentas matrículas a los alumnos y a los profesores (incluidos los padres de familia) les exigía un plus de abnegación salarial por una causa que no me parecía evidente.



Campus de la Universidad de Orléans-La Source, *UFR Lettres, Langues et Sciences Humaines*.

En aquella época la fe del practicante católico se había diluido en un agnosticismo indefinido, al tiempo que laboral y socialmente me implicaba en el sindicalismo autogestionario (CFDT), con abierta simpatía por los partidos de la *Union de la Gauche* (Izquierda), triunfante con Mitterrand al frente (1981). La frustración más que la ambición me llevó a solicitar un puesto de *maître de conférence* (titular) en la universidad estatal de Angers, donde en 1988 fui muy bien acogido por algunos colegas y menos bien por otros que tenían afinidades ideológicas con la Universidad Católica y eran más papistas que esta. Rechacé a última hora una propuesta de subida salarial en la “Catho”, aunque inicialmente

en el cambio no salía ganando. Así que, como reunía los requisitos para postular a catedrático, probé fortuna y fui admitido en las universidades de Burdeos y de Orléans al año siguiente (1989). Esta última era más compatible con la residencia de la familia, así que viví la experiencia de *turbo-prof*⁴ durante casi veinte años, subiendo y bajando en coche o en tren por el Valle del Loira (Patrimonio de la Humanidad), con la perspectiva de sus numerosos castillos en el horizonte. Pero esto no hacía menos incómoda la pernocta en el hotel una o dos veces por semana, hasta que mi generoso colega y amigo Jesús Fernández (de quien sin saberlo había sido vecino en Santurce) practicó conmigo la sexta obra de misericordia corporal (Padre Astete), aunque en su caso, además de la posada, también daba al peregrino una conversación amena y enriquecedora.

El ejercicio de mi función en Orléans, aunque no forzosamente por mis méritos, coincidió con el florecimiento de la Sección de Español, con un promedio anual en primer curso de unos cien alumnos (más del doble, si se tienen en cuenta los matriculados en Lenguas Extranjeras Aplicadas, que recibían una formación bilingüe, y los de segunda lengua de otras especialidades) y una quincena de profesores (sin contar los encargados de curso). Los especialistas preparaban el Diploma de Estudios Universitarios Generales (DEUG), Licenciatura, Maestría (después Máster) y Doctorado (en la Escuela Doctoral); y se explicaba el programa de las oposiciones para profesores agregados y catedráticos de Instituto. Se puso en marcha un plan de intercambio de alumnos (Erasmus) entre varias universidades francesas, inglesas y españolas (Pic Salomé), que dirigía el profesor James Durnerin (Angers). Cuando este colega y amigo fue nombrado catedrático de Orléans (1992-1994) me ayudó a crear y poner nombre al equipo de PROHEMIO (acrónimo en francés: *Programme de Recherche sur "Oralité, Histoire, Écriture" dans le Monde Ibérique, Orléans*), que entre 1993 y 2008 organizó trece coloquios internacionales y publicó sus actas en un órgano específico: los cuadernos

⁴ Expresión irónica francesa con la que a finales del siglo XX se aludía a los profesores de universidad que, residiendo en París, tenían su puesto docente en una universidad de provincias. (N.E.).

o *Cahiers du PROHEMIO*. Algunos de aquellos encuentros se efectuaron en El Rebollar y Ciudad Rodrigo, con el soporte de la asociación cultural de Documentación y Estudio de El Rebollar, de la que yo mismo era presidente cuando solicité la jubilación, conservando el título de catedrático emérito (2008).

Con anterioridad, durante y después de mi nombramiento en Orléans formé parte del equipo internacional que estudiaba los apellidos románicos (*Pat-Rom*, o *Patronymica Romanica*), que desde Tréveris (Alemania) pilotaba el profesor Dieter Kramer, principalmente en la comisión de terminología; colaboré e intervine en numerosos encuentros con lingüistas, onomásticos, paremiólogos e hispanistas de civilización y literatura clásica dentro y fuera de Francia y de España; publiqué numerosos artículos y algunos libros. La administración no me entusiasmaba tanto. Nunca fui candidato de nada; pero asumí las responsabilidades que me incumbían como presidente de la Comisión Local de Especialistas en la Sección de Lenguas Románicas durante una década, procurando no cometer desaguisados ni injusticias. A primeros de siglo en nuestra universidad se ensayaron los planes de Bolonia para 2010, que exigían reformas sin cuento y me dejaban exhausto. Aguanté hasta los 65 años, aunque hubiera podido jubilarme a los 60. Si por la docencia y la investigación hubiera sido, quizás habría prolongado mi actividad académica hasta los 70 años. En cierto modo y de forma gratuita, he seguido con ambas facetas en el marco del *Centro de Estudios Mirobrigenses* (2007-2018).

En suma, para mí la emigración, tanto interior como exterior, ha sido una necesidad vital enriquecedora por la que he tenido que pagar un costo elevado, con numerosos obstáculos y sacrificios. Para seguir adelante, además de la generosidad de mis padres, he tenido la suerte de encontrar personas buenas de verdad, Françoise Giraud sobre todo. Con ellas tengo deudas de agradecimiento, así como con mis maestros (Alonso Zamora Vicente, Rafael Lapesa Melgar, Manuel Carrión Gútiez, en España; Bernard Pottier, Maurice Molho y Robert Jammes, en Francia). La salida para Madrid fue parte de un éxodo rural tan generalizado, que sus huellas están a la vista en la despoblación y envejecimiento demográfico en la

España del interior. Mi actividad profesional en Francia no estaba prevista, pero tampoco se puede asimilar a un obligado exilio, pues contaba con la acogida del entorno familiar de mi esposa. En general, nunca me he sentido discriminado, aunque la condición foránea rara vez constituye una ventaja a la hora de competir. En la República Francesa descubrí la libertad que no tenía en España. Al país vecino le debo haber tenido una compañera, una familia propia y un empleo estable desde mi llegada hasta mi jubilación. Ahora bien, en Francia no atan los perros con longaniza, de modo que yo tuve que poner el sufridero, facultad que me legaron mis padres. No recuerdo haberme aburrido un solo día de mi vida; siempre en mi agenda me han sobrado ideas y me ha faltado tiempo para ejecutarlas, hasta ahora mismo.

Conseguí unos objetivos con los que no me hubiera atrevido a soñar de niño, pero desde la perspectiva actual pienso que podría haber tenido una carrera más brillante, si esto hubiera sido necesario y de hábermelo propuesto. Sin embargo ello hubiera supuesto estrujar más todavía la convivencia familiar, algo a lo que no estaba dispuesto por parecerme excesivo (seguramente mis hijos me ven como un padre trabajador y autoritario; y mis nietos como un abuelo distante e imprevisible, siempre ocupado en sus cosas, aunque eventualmente divertido y deportivo). Por otro lado, en el plano relacional debería haber sido más hábil y maleable, haber tenido más mano izquierda. Por convencimiento o capricho y afán de simplicidad he procurado evitar la mentira, el disimulo y la adulación. También por esto he pagado el peaje correspondiente.

Con la jubilación, Françoise y yo hemos adoptado un sistema de vida calcado sobre el mito de Proserpina. Pasamos los meses más cortos y oscuros del año en Francia, más cerca de nuestros hijos (aunque los tres viven lejos del hogar natal), y los meses más luminosos y largos en Robleda, donde “por mi mano plantado tengo un huerto”⁵. Es una incómoda posición, a caballo sobre dos países, con idas y venidas programadas o no. A este precio seguimos cultivando nuestra biculturalidad.

⁵ Verso de la conocida *Oda I (Vida retirada)* del poeta y humanista fray Luis de León (1527-1591).

Nos inspiramos también en el programa de los monjes de antaño (*ora et labora*). Retirados pero activos, desde hace más de diez años nos esforzamos por objetivos que nos han aportado satisfacciones morales y también frustraciones, sin ningún provecho material. La lucha por la cultura oral de El Rebollar, su peculiaridad lingüística (en situación agónica) y la recuperación de la memoria histórica han chocado con la inercia en reposo de una parte de la población en teoría interesada y de las instituciones de Castilla y León, con una muy insuficiente respuesta. Esperamos tener más suerte con el *Árbol paremiológico de los nombres propios más comunes y más extravagantes en español*. Es un proyecto de hace tiempo (en relación con mi tesis de estado en Francia) que desearía concretar, cuya realización necesitaría una hipoteca de otros diez años “en plenas facultades físicas y mentales”. Pero, ¿quién sabe de qué harina estará hecho el pan de mañana?

**RELATO DE
SUIZA**

Mi pequeño gran recuerdo

Cipriano Gómez Vicente

MI FAMILIA Y YO

Mi nombre es Cipriano Gómez Vicente, nacido en el municipio de Gajates, en la provincia de Salamanca, el 23 de octubre de 1958. Desciendo de una pequeña y humilde familia asentada en el este Salmantino, la cual estaba formada por mis padres, Francisco Gómez Miguel y Remedios Vicente Hernández y mi único hermano, mayor que yo, llamado Máximo.

Numerosos son los oficios que mis padres han regentado a lo largo de su vida. Mi padre, cabeza de familia, comenzó en el oficio de tejero, basado en la preparación y tratamiento del barro con el que elaborar adobes, ladrillos y tejas. Recuerdo con gran cariño y tristeza cuando mi padre nos contaba que cambiaba un carro de tejas por uno de paja, o que tan mal iba el negocio que la técnica del rebusque, una vez recolectada la cosecha de la tierra, en campos de garbanzos por ejemplo, se antojaba imprescindible para poder tener algo que llevarse a la boca. Por suerte, la situación que nos brindaron tanto a mi hermano como a mí dista de esa penuria que ellos mismos tuvieron que sufrir.

El primer oficio que recuerdo a mis padres, siendo yo muy pequeño, es el de la tienda de alimentación que regentaban, localizada en la misma casa familiar y en la cual mi madre trabajaba mientras que mi padre iba a vender de forma ambulante, con un carro y una burra, por los pueblos más próximos. De igual modo, una de las habitaciones de la casa comenzó a usarse como bar, donde solían reunirse los amigos del pueblo. Más tarde, lo que comenzó en una habitación de la propia vivienda se trasladó a una edificación diferente, donde crearon un bar y un salón de baile. Junto a estos oficios y con el fin de obtener otra ayuda económica, mis padres

construyeron un criadero y cebadero de cerdos. Pero no todo terminó aquí, sino que también tuvieron un pequeño grupo de vacas, cuyos inicios comenzaron, teniendo yo unos 12 años, tras la muerte de su anterior propietario, familiar de mis padres y poseedor de tres o cuatro vacas, de entre las que destacaba la conocida como Perla, la cual generaba suficiente leche como para que esta nueva actividad nos mereciera la pena, o eso nos quisieron hacer ver sus hijos cuando nos las vendieron. A todo esto, hay que añadir que mi familia también fue encargada de la distribución y reparto de las bombonas de butano por el pueblo, de sacos de pienso marca SANDER, gaseosas e incluso llegamos a controlar la actividad funeraria del municipio.

A los 14 años abandoné Gajates y me fui a estudiar tres años soldadura a la Escuela Oficial de Maestría Industrial de Salamanca. Compaginaba mis estudios con el juego de la pelota mano, en el cual llegué incluso a estar federado. Tras finalizar mis estudios, los siguientes dos años los dediqué a trabajar como seleccionador de patatas y coterol¹ en Salamanca, encargado de cargar los camiones antes de su distribución.

A los 19 años ingresé de forma voluntaria en el campamento militar de León, llamado El Ferral, donde pertencí a la compañía 13, llamada “la pequeña legión”. Por su parte, el servicio militar lo realicé en el Cuartel General Julián Sánchez el Charro, en Salamanca, en la compañía de transportes, donde obtuve mi permiso de conducir por un valor de 300 pesetas.

Una vez finalizado el servicio militar me trasladé, junto a tres amigos del pueblo, a trabajar a una cooperativa de vinos de La Rioja ubicada en el bonito pueblo de San Vicente de la Sonsierra, conocido por los famosos Picados de Semana Santa. Al año siguiente comencé a trabajar en una alcoholera, localizada en el mismo municipio, en el oficio de extraer el orujo de la madre del vino. Dos años duró mi periplo riojano. Regresé al pueblo que me vio nacer, donde comencé a trabajar en la construcción a la vez que compaginaba este oficio con los familiares.

¹ Sinónimo de cargador, operario específicamente dedicado a la carga y descarga de camiones. (N.E.)

EL GRAN CAMBIO

La situación que vivía en Gajates me aseguraba una tranquilidad económica que parecía abocar a que viviría en el pueblo por muchos años. Pero todo comenzó a cambiar el agosto de 1981. Por entonces, en vísperas de las fiestas del Salvador, viene a visitarnos al pueblo Agustín, un primo carnal de mi padre procedente de Suiza. La vida le había sonreído allá donde emigró. Trabajaba en una gran empresa multinacional de la construcción llamada Walo Bertschinger, con sede en Zúrich, manejando maquinaria pesada en tareas de construcción de carreteras y otras obras de ingeniería civil. Se había casado y formado una familia y daba la apariencia de una situación económica envidiable, la cual quedó contrastada cuando lo vi a manos de un Ford Granada, un coche impresionante que me dejó totalmente anonadado.

Tras varias reuniones familiares, en las cuales se habló de las situaciones económicas y personales de cada uno, de cómo nos trataba la vida, etc., me propone ir con él a Suiza y probar suerte lejos de España. Me habló de la empresa en la cual trabajaba, de las labores que realizaban, llegando casi a garantizar que no tendría el más mínimo problema en poder incorporarme a la misma, pues su gran volumen de negocio hacía que esta demandara mucha mano de obra. Pero lo que verdaderamente me convenció a dar el gran paso fue la diferencia salarial entre un país y otro y por qué no decirlo, el sueño de poder conducir un gran coche como el de mi primo. En mi pueblo en aquel momento ganaba en torno a unas 30.000 pesetas mensuales, mientras que el sueldo que se ganaba en Suiza llega a multiplicar al mío por cuatro e incluso más haciendo la misma labor. Con todo esto acepté rápidamente la propuesta que me realizó mi primo. Mis padres, por el contrario, no veían con buenos ojos mi afán aventurero de búsqueda de una mejor situación económica allá en Suiza a causa del temor a la distancia, a lo desconocido, a las posibles circunstancias adversas y a que aquí, en el pueblo, ayudaba en los negocios familiares, cuyo trabajo debían de repartirse entre mis padres y mi hermano si yo emigraba.

Cuando regresó a Suiza al finalizar sus vacaciones, mi primo habló con los encargados de personal de la empresa, los cuales se interesaron en mi contratación. Así, a los pocos meses recibí en mi domicilio,

en Gajates, un contrato temporal de trabajo por 9 meses, desde el 15 de marzo al 15 de diciembre, el cual tuve que reenviar a través de correo postal completamente relleno y junto a una revisión médica que garantizara que podía desarrollar la actividad requerida.

El nerviosismo se había apoderado de mí durante el tiempo que tuve que esperar hasta que viajé a Suiza. Fueron unos días interminables que deseaba que pasaran lo más rápido posible. Por fin llegó el día de abandonar nuevamente la casa familiar, si bien esta vez era todo muy diferente. La noche antes de coger el avión con destino a Zúrich la pasé en Madrid, de donde salía el avión, en casa de mi amigo Santos, cuyo mote era el Silletero, y Conchi, su mujer. Ante el júbilo de la situación se decidieron en ir al bingo, cuya actividad yo desconocía hasta el momento, acompañados por el cuñado de Santos. Mi prima, sabedora del riesgo que iba a correr, me pidió la cartera, en la cual llevaba 30.000 pesetas que mis padres me habían dado para asegurarme el viaje, dejando únicamente en ella 1.000 pesetas y guardando el resto en la casa. La misma acción realizó con su marido. Bien poco duró nuestra estancia en el bingo, pues a los 10 minutos ya nos encontrábamos nuevamente en casa, aunque ahora con 1.000 pesetas menos. Al día siguiente fue el momento de realizar mi primer gran viaje, en avión, una novedad añadida y a la mayor distancia que nunca había estado de casa. Todo parecía ser idílico, hasta por el hecho de abandonar España con una inestabilidad temporal sobre Madrid y llegar a Suiza donde el sol brillaba fuertemente y el cielo estaba completamente despejado.

Una vez aterrizamos en el aeropuerto de Zúrich sufrí uno de los mayores contratiempos a lo largo de mi estancia en el extranjero. Tras varios minutos de búsqueda no fui capaz de encontrar a mi primo, el que me involucró en esta nueva e inolvidable experiencia, el cual debería de haber ido a recogerme al aeropuerto. Por desgracia, tampoco tenía francos en el bolsillo para poder llamar, y como colofón, no entendía nada de lo que el resto de gente decía. Fueron unas horas muy angustiosas hasta que me di cuenta de que tenía la dirección de la casa de mi primo apuntada en un papel. Le entregué dicho papel a un taxista, el cual me llevó hasta la dirección indicada. Antes de dejarme abandonar el taxi y como solo tenía

pesetas en la cartera, llamó al timbre de la vivienda y se cobró la carrera, la cual abonó mi primo, que por equivocación de fecha y hora no había ido a recogerme.

MI VIDA EN SUIZA

La vivienda en la que estuve hospedado a lo largo de mi estancia en Suiza la facilitaba la empresa en la cual estaba trabajando y se localizaba en la ciudad de Winterthur, a escasos 20-30 minutos al noreste de la ciudad de Zúrich. Se trataba de una vieja edificación de madera con tejado de teja. La distribución de la vivienda constaba de una serie de habitaciones, por lo general compartidas, dos cocinas y un baño. Recuerdo que un gran número de noches, con el objetivo de facilitar el sueño, vertía algún vaso de agua sobre la colchoneta donde dormía para refrescarme y poder combatir el fuerte calor.

El simple hecho de querer darse una ducha se convertía en una odisea al tener que compartir el único baño de la casa con el gran número de personas con los que compartía estancia, entre los que había portugueses, italianos, rumanos, búlgaros y otros españoles, concretamente dos malagueños, a los cuales les sigo agradeciendo su solidaridad para conmigo, pues no solo me hicieron la comida muchos días ante mi incompetencia en la cocina, sino que me enseñaron en la medida de lo posible un gran número de recetas, las cuales aún pongo en práctica y entre las que destaco la paella. Como medida compensatoria siempre estaba dispuesto a realizar las tareas del hogar.

La forma de comunicarnos con el resto de compañeros con los cuales compartíamos la vivienda, era a través del italiano, idioma que por su semejanza con el español no nos resultó complicado de manejar.

Como bien me había explicado mi primo, el trabajo básico de la empresa era la creación de nuevas carreteras, aunque hicimos gran variedad de obra pública como alcantarillado, acometidas de agua, reasfaltado, etc. Mi primer año en la empresa lo dediqué, como peón, al rellenado de las oquedades más dificultosas para la maquinaria, cavar, manejo de maquinaria simple, etc. No sería hasta mi segundo año cuando comencé a trabajar a cargo de una máquina de compactación de asfalto, llamada goma

balsa. Nos obligaban a trabajar con unas zancas de madera, sin marcar el talón al andar con el fin de evitar dejar las menores marcas del calzado sobre el nuevo asfalto.

Solíamos entrar a las 5 de la mañana a trabajar, haciendo unas 9-10 horas por jornada, incluso algunos días, con el objetivo de ganar algo más de dinero, realizábamos alguna hora extra. Nos iban a recoger por casa cuando la obra se encontraba lejos de nuestra ciudad o acudíamos a pie o bicicleta, como fue mi caso, cuando se trataba de una obra próxima.

Fue una experiencia muy bonita pero muy dura. Pasábamos mucho frío en invierno y mucho calor en verano, a lo que había que añadir la alta temperatura que presentaba el nuevo asfalto en la elaboración de la carretera. De igual modo, nuestro día a día se basaba en ir a trabajar, estudiar, hacer la compra, hacer la cena y la comida del día siguiente y dormir. Nunca olvidaré las primeras palabras que me dijo mi compañero italiano llamado Donato: “amico, questa vita è dura”. Qué razón tenía.

Estudiar el idioma resultaba imprescindible si querías mejorar tu situación dentro del trabajo, del propio país o simplemente querías entablar una conversación. Resultaba muy duro cuando trabajando te mandaban hacer algo que difícilmente comprendías o te encontrabas bailando con una chica y no podías hablar con ella. Por ello, cuanto antes te hicieras entender mucho más fácil te resultarían las cosas. En este sentido, estaré eternamente agradecido por los cursos de alemán impartidos por parte de la Misión Católica de forma gratuita, a los que acudí regularmente durante mi estancia en Suiza y gracias a los cuales todo me resultó algo más sencillo.

En cuanto tuve ocasión de ir a comprar alimentos, me di cuenta de porque los salarios son tan elevados. Todos los productos presentaban un precio desorbitado, haciendo que se antojara casi imposible comprar algo ajeno a lo básico si nuestro objetivo era ahorrar lo máximo posible. Cuando salíamos de fiesta, si es que lo podemos llamar así al compararlo con lo que conocíamos en nuestro pueblo, debíamos de conformarnos con una hamburguesa y una cerveza. Ya una vez de vuelta en la casa se terminaba de llenar la tripa.

Para organizarme económicamente y ahorrar lo máximo posible, cuando cobraba la mensualidad hacía mis cálculos de posibles gastos y

todo aquello que sobraba lo ingresaba a través de la posta en mi banco en España.

Algunos sábados solíamos salir de fiesta, ir al baile o a la discoteca, pero principalmente acudíamos al Centro de Gallegos o al Centro de los Andaluces, puntos de reunión de españoles, donde además de pasar un buen rato, podías desahogarte, comparar impresiones, pedir consejo, ayuda, o simplemente entablar una conversación en tu idioma natal, cosa que durante la semana se antojaba más complicada.

En varias ocasiones, los domingos solía dedicarlos a visitar a mi primo y su familia que se establecía en una vivienda familiar en la pequeña ciudad de Breite, muy bien comunicada con Winterthur a través del ferrocarril. Desde allí, desde la casa de mis primos, solía llamar por teléfono y ponerme en contacto con mi familia. Aun así, también acostumbraba a enviar regularmente cartas por correo postal, cada 10-15 días aproximadamente, donde contaba aquellas anécdotas que me habían ocurrido, evitando en la medida de lo posible todo aquello que pudiera herir o preocupar a mis padres.

Una las primeras impresiones que me llevé del país desde el primer momento, que me chocó y que pude apreciar a lo largo de toda la estancia en el mismo, fue la tranquilidad de la gente. Grandes trabajadores, pero que a la hora de disfrutar lo hacen de forma muy sosegada. En un bar repleto de gente puedes establecer una conversación tranquilamente sin tener que elevar la voz, cosa que en España ocurre difícilmente. De igual modo, los establecimientos de restauración permanecen prácticamente limpios, mientras que en España las servilletas y los palillos abundan por los suelos. También el horario de apertura de los bares y zonas de ocio dista mucho de lo que podemos encontrarnos en España.

Recuerdo la soledad que me invadía aquellos domingos por la tarde paseando por la estación de tren de Winterthur, lugar de encuentro y ocio de los lugareños. Al atardecer, lo que antes aglutinaba un gran número de personas quedaba prácticamente desolado. Poco a poco llegué a comprender que debía de adaptarme a vivir otro estilo de vida, que las largas tardes domingueras con los amigos debían de quedarse en el recuerdo.

Esta experiencia también me ha hecho ver cosas lamentables, padres de familia a miles de kilómetros de casa gastándose todo el salario en bares y tener que pedir ayuda a la empresa o a los propios compañeros para poder regresar a casa.

Este fue mi quehacer durante 9 meses cada año, lo que duraba el contrato, desde 1982 hasta finales del año 1984. En las vísperas de finalización de estos tres contratos temporales, la policía acudía a la vivienda donde residía para comunicarme que en un pequeño periodo debería de abandonar el país y regresar a España. En caso de no estar presente en la vivienda dejaban la notificación en el buzón.

LA VUELTA A CASA

Los periodos que no tenía contrato, desde diciembre a marzo, me establecía en Gajates, mi pueblo natal, donde trabajaba en los negocios familiares. En el tercer de estos periodos conocí a mi actual mujer, Ana. La idea de regresar a Suiza comenzó a desvanecerse. Las ganas de estar cerca de la mujer que amaba y amo me hicieron tomar la decisión de poner fin a este bonito suceso. Tras tres años de noviazgo y ante las numerosas propuestas de mi primo de volver a Suiza, propongo a Ana irnos juntos a probar suerte de nuevo lejos del hogar. Ante la negativa a querer separarse del entorno familiar, decidimos establecernos en Gajates y formar una familia junto a nuestros hijos, Nieves y Daniel. Actualmente, desde hace 25 años, residimos en el pequeño municipio zamorano de Mayalde.

**RELATOS DE
VENEZUELA**

Por tierras de Venezuela y México

Alberto Calvo Moralejo

El 13 de enero de 1977, llegué al aeropuerto de Maiquetía (Caracas, Venezuela), cuando tan solo hacía un año y algunos días que Carlos Andrés Pérez, presidente de Venezuela en su primer mandato, había nacionalizado el petróleo en ese país. Era invierno y por tanto, yo salí de Madrid con pantalón de pana dispuesto a afrontar mi aventura en Venezuela cuyo futuro era muy esperanzador. Mi corta vida de 29 años me contemplaba y, aunque iba con un contrato de trabajo para una empresa española dedicada a nuestra industria nacional, el Turismo, aquello no dejaba de ser un cambio importante en mi vida.

Yo ya había vivido fuera del terruño por razones de estudio o trabajo, en diferentes ciudades y en diferentes países lo que me daba una cierta experiencia para afrontar este nuevo desafío, en este caso latinoamericana. Y quizás ese fue mi error. Pensar que porque nos unía la historia y el idioma sería una continuidad de España o de mi Zamora natal. Antes que yo, muchos otros zamoranos habían corrido de manera individual el riesgo de hacer las Américas en este extraordinario país, plétórico de recursos, de bonanzas climatológicas, de paisajes inmensos de gran belleza y ávido de desarrollo a la sombra del nacionalizado petróleo venezolano

“Nuestra” emigración, la correspondiente a los años 70/80, teníamos algo más que trabajo para aportar a la sociedad venezolana; no tenía nada que ver con la de todos aquellos que llegaron, bastantes años antes, como consecuencia de los vaivenes políticos, sociales y económicos de Europa, a muchos de los cuales conocí en mi tiempo vivido en ese país.

Recuerdo perfectamente cuando, de madrugada, el avión aterrizó en Caracas. Entre el cuerpo destemplado por el poco dormir y la diferencia horaria, el frío acumulado del aire acondicionado y la comida y trato de

las aeromozas -así le decían por aquellas tierras a la azafatas- noté el calor bochornoso que entraba por la puerta recién abierta del avión. Esto de alguna manera me provocó un shock pues todavía estaba en el invierno de nuestra tierra. Y mi mente se trasladó a los primeros que llegaron en carabelas, con armaduras, sin saber dónde estaban. Por el día cortaban con sus machetes la vegetación tan exuberante para hacer las trochas por las que caminar, pero al día siguiente las sendas habían desaparecido porque la vegetación las volvía a hacer suyas envolviéndolas en ramajes y verdor. ¡Qué aventura aquella! ¡Qué aventura la mía!

Pasado el control de pasaportes y la aduana, al salir al recinto de espera de los pasajeros, una muchacha de tez morena, trigueña -como aprendí con el tiempo que se les llamaba a quienes tenían ese color de piel-, lucía un cartel con mi nombre. Aquello fue una especie de salvavidas en aquel maremágnum de acentos, colores, olores, gentes distintas de vestimentas diferentes. En el estacionamiento donde nos esperaba el coche para subir a la ciudad, y digo subir con toda la intención pues nos encontrábamos a la orilla del mar y la ciudad de Caracas está a 1.000 metros de altitud después de recorrer una veintena de kilómetros, se veían, a través de la canícula a esta hora del amanecer, las tenues luces de las poblaciones a la falda de la montaña, moviéndose sinuosas, ondulantes, como si de luces de un nacimiento se tratara. La realidad era bien distinta cuando se veían a plena luz del día y desaparecía todo el misterio de las nacientes luces del amanecer.

Los primeros días fueron de adaptación al medio: al clima, a la luz, a las gentes, a las formas de manifestare, al incumplimiento de los horarios... y de descubrir las costumbres, los modos y expresiones en el hablar que, salvando los modismos idiomáticos era bastante fácil de entender gracias a nuestro universal idioma que algunos, en la actualidad, pretenden erradicar. La cosmopolita ciudad que era Caracas, un tanto desordenada, se estructuraba bajo las grandes autopistas y los modernos edificios de hormigón armado mezclados con las zonas de chabolas -aquí llamadas *ranchitos*- y amalgamados con las zonas coloniales del Centro -también llamado El Silencio- donde las manzanas se transformaban en cuadras, las calles no tienen nombre, no así las esquinas, que son las que

gozan de dicho atributo: de Cristo a Pelota, de Ferrenquín a Platanal, de Peligro a Pele El Ojo.

La primera dificultad la tuve para tomarme un café en la “fuente de soda” que había debajo de mi oficina. ¿Fuente de Soda? Y que será esto. Pues simplemente una cafetería en la que además vendían jugos de frutas naturales y batidos de tan diferentes nombres y sabores: parchita, tamarindo, guanábana, melón, patilla, etc. En España nada más llegar a una cafetería el camarero te informa a gritos que “al fondo hay sito, oiga” aunque el bar estuviese vacío; y en cuanto te apoyabas en la barra ya te estaba preguntando “¿qué desea el señor?”. Yo no sabía que en esta parte del mundo el camarero espera a que tú, cliente, le pidas y veía cómo llegaban nuevos clientes que desde la puerta ya iban pidiendo: “epa pana (amigo), dame un cortado y un vasito con agua” y, evidentemente, eran atendidos antes que este *musiú* (extranjero, palabra popular degenerada de la palabra *monsieur* del francés).

Llevaba allí algunos meses cuando dos amigos de mi pandilla zamorana decidieron también emigrar a Venezuela, sin duda por la facilidad que les suponía tener ya una cabeza de puente al otro lado del charco. Yo seguía con mi trabajo, bastante intenso con salidas frecuentes a las islas del Caribe próximas lo que permitía que mi situación irregular en el país se confundiera con la de un turista que entraba y salía con regularidad. La verdad es que no era necesario pasar por situaciones de ilegalidad pues si tenías unos cuantos bolívares, todo se podía arreglar legalmente aunque se utilizaran caminos no muy ortodoxos pero efectivos.

En este orden de cosas me viene a la memoria mi examen de conducir. Quizás el más denigrante de mi vida. Hice el teórico, una sala diáfana en la que cabríamos unas 40 personas sentadas en silla de brazo. Yo creo que era el único blanquito pues los demás eran morenitos que actuarían el día de mañana como motorizados, es decir, mensajeros de alguna o algunas empresas pero en moto. El examinador nos indicó cómo había que rellenar el test: “en la pregunta 1 pongan la cruz en la letra A, en la 2 en la C y ahora continúen Uds”. Y aquello fue como la señal que hubiera estado esperando cada uno de los examinandos para empezar a gritar: “no pana, dinos las otras, nosotros no sabemos, ayúdanos, es pa’ganar la leche

para nuestros hijos” etc. Y el examinador, haciéndose eco de la petición masiva, no dudo un segundo en, como letanía de rosario, seguir diciendo en la 3 la B, en la 4 la A y así hasta la 40, última pregunta del test, lo que supuso una gran alegría para los presentes.

Para el práctico la persona de la Autoescuela, me llevó a un descampado en el que estaba el Ingeniero que nos iba a examinar. Aparcó el coche a su lado y, al bajarse para entregarle los papeles me preguntó - “¿Sabes manejar?”. A lo que le contesté afirmativamente. Me indicó a continuación que diera una vuelta con el carro hasta unos ramajes y regresara. Hice lo ordenado por mi “profe” y al regresar al punto de partida vi cómo se despedía del Ingeniero con los papeles firmados. Mi sorpresa fue tan grande que mi gran curiosidad me obligó a preguntarle “¿Y si no hubiera sabido manejar?”. Y su respuesta fue más sorprendente todavía: -“Te hubieras quedado en el carro esperando a que terminara de hablar con él”.

Recuerdo también el impacto que suponía, al subir a un taxi o entrar en alguna tienda, escuchar una emisora de radio muy famosa en la ciudad que se llamaba Radio Rumbo. En las primeras horas de la mañana informaban sobre el tráfico de la ciudad desde una avioneta que sobrevolaba la urbe. Emitía música caribeña -la Salsa se llevaba la palma con la frase introductoria de: “Ahí van las dos ligaditas de Óscar de León”-, que alternaban con noticias de sucesos sangrientos: “malandros¹ en la Cota Mil”, “carro a gran velocidad atropella a anciana y se da a la fuga” y que anunciaban con un timbre, din-dom, que recordaba el de las recepciones de los hoteles en su llamada a los maleteros.

La llegada de estos amigos tuvo como consecuencia dos situaciones muy marcadas: nuestro piso se convirtió en un centro de “refugiados” de españoles o de otras partes del mundo que aparecían por Caracas con muchísima frecuencia en busca de una nueva vida al olor del petróleo: vividores sin oficio ni beneficio, modelos, Industriales con complejo de “amo de casa” que intentaba poner orden en los horarios de, sobre todo, las cenas que ellos mismos preparaban. Personajes variopintos todos ellos

¹ Término coloquial usado en Venezuela para designar a un delincuente, especialmente si es joven. (N.E.)

y ellas que hicieron de nuestra casa un centro libertario al que alguien lo bautizo como la “nueva comuna zamorana”. La otra situación, menos romántica y más crematística, era que los gastos los sufragaba el único que tenía un ingreso fijo, es decir, yo. Esto que en apariencia era muy agradable y envidiable para muchos, tenía que tener un fin y ese se produjo cuando yo conocí a Mary, mi esposa, con la que llevo conviviendo 40 años y tengo tres hijos en común. La conocí uno de mis amigos en un restaurante gallego de la zona de La Candelaria, barrio en el que había una gran concentración de gentes procedentes de esta parte de España. Ella y su familia, gallegos de Betanzos (provincia de La Coruña), residían allí desde hacía más de 15 años.

Aquel día tenía “morriña” de caldo gallego y se había acercado a un famoso restaurante en el que mi amigo estaba almorzando con otra persona. El local a esa hora estaba a rebosar y cuando mi amigo y su compañero de mesa la vieron, galantemente le ofrecieron que se sentara. Mary dudó un momento pues no los conocía, pero como notó por el acento que eran españoles, le dio cierta tranquilidad y accedió a compartir mesa. Mi amigo ya entonces le hablo de mí, intercambiaron los números de teléfono, quedaron en verse en la tarde noche, momento en el que yo aparecería en escena. El punto de encuentro era, cómo no, una esquina de una famosa avenida. Pero él no recordaba bien sus facciones y, además ella se había arreglado mucho, y fui yo el que al ver una chica sola, algo nerviosa, en plan de espera, le dije a mi amigo que creía que debía ser ella. Él salió del coche, que me habían prestado mientras negociaba su compra y se acercó a saludarla. Allí empezó nuestra relación. De la manera más delicada y cordial tuve que pedir a otras chicas que frecuentaban nuestro piso dejaran de ir por allí, ya que se había formalizado una relación de noviazgo lo que hacía inviable las costumbres de tiempos pasados. Unas semanas más tarde, supongo, que después de ser aceptado por sus hermanas, decidimos “empatarnos” y comenzamos nuestra vida en común que ha llegado hasta nuestros días.

Mary era producto de una familia emigrante gallega, de las antiguas. Su padre había sido el primero que abandonó su hogar, su familia y su Galicia natal en busca de futuro. Al cabo de un tiempo ya pudo llevarse

a parte de sus miembros: su esposa y tres de sus hijos, los dos mayores y el pequeño. Mary y su hermana Coro se quedaron internas en un colegio que vivía de los hijos de la emigración aunque también había externas. El tiempo pasado allí no fue fácil; las monjas seculares les exigían demasiado apelando al esfuerzo que sus padres en América hacían por ellas, lo cual no era falso, pero se utilizaba torticeramente para lograr tenerlas sometidas a una disciplina severa, casi carcelaria y bastante moji-gata. Pero todo tiene su fin y aquel infierno terminó cuando Mary y su hermana pudieron reunirse con su familia en Caracas cuando ella tenía quince años. Tuvieron que adaptarse a una nueva sociedad en la que las jóvenes no podían salir solas, las mujeres no podían entrar en los bares si no era con compañía masculina y donde el machismo latinoamericano unido a la violencia en las calles, dificultaba sobre manera la adaptación de las chicas jóvenes como ella. Pero todo se logra. Se formó como profesional de Secretaría, desempeñó diferentes trabajos en otras tantas empresas hasta que yo la conocí años más tarde.

Por las circunstancias de mi vida errante, yo conocía muy bien Galicia ya por aquellos años. Había estudiado en Vigo de donde espi-gué muy buenos amigos tanto de la Escuela donde estudié, como de la Residencia Franciscana en la que viví un par de años. Tiempo después, la empresa en la que trabajaba en Madrid me había ofrecido el puesto de Delegado en Galicia de la nueva sucursal que abríamos en Santiago de Compostela y tenía que recorrerme Galicia de Norte a Sur y de Este a Oeste. Esto me permitió conocer la región de manera importante, sobre todo los restaurantes en los que hacía parada o los que compartía con clientes en mis visitas a sus ciudades y que ellos me recomendaban. De Galicia anteriormente salí “virgen”, es decir, sin novia gallega, lo cual no era fácil para los que como yo, habíamos llegado con esa condición de soltería. Ya se sabe lo “melosas” que son las gallegas.

Había vivido allí muy centrado en mi trabajo, muy metido en los ambientes turísticos de la región, muy interesado siempre por la escritura y el arte monacal gallego. Pero tenía ganas de volar, como

las *anduriñas*², a otros mundos desconocidos para mí y aprovechaba cada oportunidad que tenía para ver lugares, conocer personas que habían vivido en diferentes partes, o estudiar destinos turísticos para ofrecer a mis clientes.

Muchos días nuestras conversaciones giraban alrededor de esta parte de España que ella, a pesar de ser gallega no conocía y yo, sin ser local, conocía en profundidad. Cuando pudiéramos, yo le enseñaría toda esa región tan atractiva, interesante y llena de tradiciones. La vida nos sonreía en compañía de mis amigos y de sus hermanas que formábamos otra familia añadida en la que nos apoyábamos para nuestra convivencia.

Así las cosas y después de 2 años de vida en común, llegó lo que tenía que llegar. Mary quedó embarazada. Lo que inicialmente para mí fue traumático pues no quería perder la libertad que suponía la falta de responsabilidades, pero una vez aceptada la nueva situación, la paternidad se convirtió en un torrente de satisfacciones, responsabilidades y momentos indescriptibles de felicidad que culminaron con el parto. Ocho meses más tarde trajo al mundo dos criaturas maravillosas, un niño y una niña, que no solo unieron más nuestras vidas, sino que fue el germen de nuestra actual familia, ampliada años más tarde, con la llegada del tercero de nuestros hijos.

En un país donde el porcentaje de gente de color o mestiza es importante, nuestros hijos llamaban la atención porque eran blanquitos. Cuando Mary recorría las calles empujando la silla doble, las gentes, con su amabilidad característica se acercaban a ver a los “morochos”, como llaman en Venezuela a los mellizos, y después de sus buenos deseos, de quitarles el mal de ojo o cualquier otra superstición, terminaban diciendo: “Dios me los bendiga. ¡Qué blanquitos son!”. Aquello para nosotros era llamativo y maravilloso. Como padres inexpertos, tuvimos alguna experiencia médica con salida de madrugada a las urgencias más próximas. Parecía que nuestro hijo David se moría pues no dejaba de llorar en casa, pero que en cuanto llegábamos a la clínica, el llanto se

² Golondrina en lengua gallega. También es usado como nombre femenino. (N.E.)

transformaba en risas con el médico, pues había sufrido un cólico gástrico que ya había desaparecido. Por su parte Paola, la niña, nos acompañaba sin rechistar pues ella no tenía ese padecimiento.

El nombre de Paola no fue premeditado. Nosotros esperábamos un hijo y cuando Mary estaba a punto de entrar en el paritorio, nuestro médico y cuñado Tovar, le dijo: “debes ser fuerte” pues venían dos juntos. En la última ecografía solamente se oía un latido porque estaban uno encima del otro. Todo esto sucedía en la clínica mientras me buscaban por todas las partes para avisarme de que Mary estaba de parto. Yo aquella mañana había tenido una reunión de trabajo que había terminado en almuerzo y en posterior partida de mus. En cuanto pude llegué a la clínica, pero ya no pude entrar al quirófano con ella como teníamos previsto.

Esperábamos a un hijo varón: ropas azules solamente, un solo nombre, David, una sola cuna y sitio en casa solo para uno. De modo que hubo que improvisar, comprar ropa, cuna, elementos para ella, etc. Tampoco teníamos nombre para ella y la niña estuvo tres días sin él hasta que después de darle muchas vueltas le dije a Mary: “espero que te guste el nombre que he sacado de la revista *Hola*, Paola (como la de Lieja)”. A ella le pareció bien y con ese nombre nuestra hija fue bautizada.

Había que registrar a los niños, pero si lo hacíamos sin casarnos aparecerían en el registro como hijos naturales. Para evitarlo organizamos una boda civil previa y registramos ambas efemérides, quedando todo bien arreglado desde el punto de vista social. El religioso, lo arreglaríamos también con el paso del tiempo.

Vivimos una época muy bonita aunque yo apenas puede disfrutar los primeros años de la vida de nuestros hijos. Era la época de la Venezuela Saudita, de la efervescencia económica, de los negocios a gran escala y nuestra empresa funcionaba de maravilla. Con muchas ventas y trabajo que me obligaba a viajar mucho por los destinos que más vendíamos y que fundamentalmente eran las islas del Caribe a las que enviábamos pasajeros: Aruba, Curaçao, Puerto Rico, Saint Martín, Barbados, la ciudad de Cartagena en Colombia y otros muchos puntos a los que tenía que ir con frecuencia a contratar hoteles y servicios, a acompañar

a los grupos o a pagar cuentas. Por otra parte, y como la empresa era española y su central estaba en Madrid, tenía que viajar a España con frecuencia.

El tiempo fue pasando y las circunstancias fueron cambiando. En aquella bonanza económica fueron vislumbrándose síntomas de agotamiento como ya había sucedido en muchos otros países del entorno, y llegó lo esperado: la devaluación del bolívar. La caída fue dramática pues después de 20 años de un cambio fijo, de 4,30 bolívares por dólar, el dólar pasó en aquel “viernes negro” de febrero de 1983, a valer el doble, y desde entonces no ha dejado de caer hasta nuestros días.

Hasta la devaluación del 1983, Venezuela podía ser el único país del mundo donde la gasolina era prácticamente regalada y el agua embotellada se vendía, por el contrario, a precio de agua de colonia; donde los venezolanos en su afán consumista, eran conocidos como los “ta barato dame dos” allá donde iban; donde los aviones que hacían escala en Panamá rumbo a Miami, como si del paso de las termitas se tratara, arrasaban con los stocks de mercancía de las tiendas del *duty free*³ en tan solo una hora de escala; donde las economías de algunas de las islas próximas del Caribe, se alimentaban del gasto de los venezolanos y donde los movimientos financieros y de divisas no tenían límite para las grandes corporaciones o para quienes de manera personal, querían tener sus ahorros en dólares. Es decir, aquello era un paraíso en lo económico, aunque, en lo social, dejaba mucho que desear. Y esa desigualdad/equilibrio llevó al país a la situación empezada por Hugo Chávez, y continuada hasta la actualidad con la política de Maduro o, mejor dicho, de los Castro cubanos.

Ante esta situación y al ver que el “chollo” de Venezuela se agotaba, mi empresa decidió enviarme a México. Era una empresa pública que pertenecía al ente económico español conocido como INI (Instituto Nacional de Industria), y los avatares políticos le afectaban. El Gobierno

³ La expresión inglesa *duty free* se refiere a libre de impuestos y, por extensión, a los comercios donde se venden productos exentos de tributos, como en los aeropuertos. (N.E.)

en España había cambiado con las elecciones de 1982 y, con ello, los gestores del grupo y, por supuesto, los de mi empresa. Corramos un tupido velo a esta parte del relato, pues ya se empezaba a vislumbrar en los políticos entrantes cierto tufillo de revanchismo y de falta de modales que, por supuesto, nada tiene que ven con lo que sucede en el momento actual. Con el cambio político cambiaron muchas cosas en España. Había muchos emigrantes españoles en todo el continente americano que, por razones políticas, no habían regresado a nuestro país. Y era el momento de hacerlo. Se había legalizado el *Partido Comunista*, Carillo era uno más de los diputados del congreso, la libertad tan añorada por algunos era una realidad y nos teníamos que acostumbrar a una nueva forma de vida desconocida para muchos de nosotros.

De entre las gentes de emigración que conocí en Venezuela quiero señalar lo sucedido con mi editor de folletos, hombre impecable en el trato y en su compostura. De origen catalán, le había tocado participar en la guerra civil. Estuvo preso en una de las cárceles de donde cada mañana salía un grupo de personas camino a la tapia del cementerio para no regresar. Cada mañana pasaban lista y cuando el nombre de Luis se cantaba, se llevaba un gran sobresalto; aunque para su gran suerte, el apellido siempre era diferente al suyo según me contaba en los largos y gratos momentos de charla que compartíamos. Había llegado a Venezuela vía campos de concentración en el sur de Francia y después de un corto periodo de tiempo que había pasado en Colombia. Había dejado en España esposa y un hijo a los que no había vuelto a ver. No había vuelto a saber nada de ellos en aquellos 40 años transcurridos. Tenía miedo al regreso y a descubrir lo que había dejado o, mejor dicho, lo que había perdido. Pero sobre todo tenía miedo al miedo, al recuerdo de lo sufrido. Después de mucho insistir lo convencí para que viniera conmigo a Madrid con motivo de uno de mis viajes. Volábamos directo a Madrid, pero por razones climatológicas, fue desviado temporalmente al aeropuerto Reina Sofía del Sur de la isla de Tenerife. Este pequeño inconveniente puso muy nervioso a mi compañero que se asustó mucho cuando al descender del avión y entrar en el edificio terminal vio a una pareja de Guardias Civiles que hacían

su ronda por el edificio. Entonces me apretó el brazo y con la mirada perdida en el recuerdo me dijo asustado: “Alberto, la Guardia Civil”. ¡Qué recuerdos le llegarían a su mente! ¡Qué horrores sufridos se le aparecían de nuevo como fantasmas del ayer! Lo tranquilice. Le dije que el pasado era eso, pasado. Que delante tenía un mundo nuevo para reconocer y, si era posible, reconquistar. Sé que disfrutó mucho su primer viaje a España después de más de 40 años de ausencia. Sé que re-encontró a su familia, pero ya era muy difícil recuperar el tiempo perdido.

Mi salida de Venezuela me obligó a dejar sin terminar un proyecto, para mi interesante y sobre todo romántico, relacionado con la emigración de zamoranos a aquellas tierras. Yo quería que los que habían llegado antes que nosotros a Venezuela, unidos a las nuevas generaciones de recién llegados, nos juntáramos para celebrar algunas reuniones que nos recordaran nuestras fiestas locales tales como La Hiniesta, El Cristo de Morales o el de Valderrey, San Pedro, etc. Y que dichas fiestas fueran motivo de encuentro, de camaradería, de conocernos un poco más y sobre todo, de ayuda a quien lo necesitara si ese era el caso. Recopilé una docena de nombres, la mayoría de ellos conocidos entre sí, y organizamos algún almuerzo en el que expusimos la idea, la cual fue aceptada con regocijo por casi todos ellos. Pero cuando tocaba el momento de ir dando forma a la misma, mi traslado a México truncó dichos planes y la idea se murió por no tener un continuador que la moviera. No era hacer la Casa de Zamora, no. Era una reunión de amigos unidos por las circunstancias, con añoranzas comunes y comunes historias del ayer. Fue una pena no rematar la idea.

Cuando llegué a México, país mucho más interesante por su historia, cultura y complejidad, entré en un nuevo mundo fascinante, en una sociedad mezclada, no solamente de razas, sino de criterios, de temores y complejos, de influencias y contrastes, que hicieron de nuestro paso por este maravilloso país una vivencia única e inolvidable. A diferencia de mi paso por Venezuela, país al que llegué sin saber nada sobre su historia, personajes, literatura, etc. en México me aficioné a la lectura de su historia a través de obras como la trilogía de Salvador



Bautizo de los morochos.



Equipo de trabajo de la oficina de Caracas.



Firma del convenio con la isla de Saint Martin.

de Madariaga: *Alvarados y Esquiveles*⁴ donde su primer libro, *El Corazón de Piedra Verde*, es un prodigio de conocimientos de la Nueva España recién descubierta y de *vieja* España que todavía estaba recuperándose de la dominación árabe y del mestizaje judío. Entrar en la historia de México es entrar en un mundo de etnias, de religiones, y de tradiciones que llega a su paroxismo con la llegada de los españoles, quienes abren otra etapa que acaba con la Revolución Mexicana y cuya resultante, es una de las historias más interesantes del mundo.

Nuestro paso por México fue corto pero intenso. País y ciudad inmensos en los que, solamente orientarte es toda una odisea y más aún, intentar localizar a personas. No obstante, uno de mis hermanos, me consiguió el teléfono de un amigo suyo que hacía años vivía en Ciudad de México.

⁴ El autor se refiere a la serie genéricamente titulada *Esquiveles y Manriques*, compuesta por cinco novelas escritas por el escritor español Salvador de Madariaga (1886-1978), publicadas entre 1944 y 1966. (N.E.)



Primer cumpleaños de los morochos.



Con la familia en Galicia.



De vacaciones en Zamora.



Segundo cumpleaños.



Al llegar a México.



Vacaciones en Acapulco.



En Isla Margarita.



La familia y un agregado.

En mi afán de continuar con la idea dejada a medias en Venezuela, me comuniqué con él y tras una incipiente amistad le pedí ayuda para que, intentáramos hacer ese grupo de amigos de la emigración. Solíamos almorzar una vez al mes, y en los almuerzos salían a relucir situaciones, historias, personas.

Él sabía que, del barrio de San Lázaro de nuestra capital zamorana, había ido mucha gente a México de la mano de un empresario zamorano que se hizo rico en América y que era conocido por el apodo de “El Chingao”. Él conocía a algunos y un día, cuando estábamos preparando nuestra siguiente cita me dijo: “Nos va a acompañar un zamorano muy interesante y poco conocido cuya historia seguro que te llamará la atención”. Con la curiosidad de poder conocer a alguien interesante, llegué al restaurante dispuesto a pasar un rato en buena compañía al sabor de platillos españoles con toque mexicano. Hechas las presentaciones, iniciamos la conversación y fui descubriendo, que delante de mí estaba uno de los personajes de la posguerra civil, el más peculiar e inesperado que he tenido la oportunidad de conocer; uno de los maquis más buscados de las montañas de León, Sanabria y Galicia, de esa negra parte de nuestra historia. No recuerdo su nombre. Sí las historias que me contó.

Sanabrés, enjuto, inteligente, poco corpulento, prevenido, rondando los 80 años, de ojos vivarachos y melancólicos llenos de recuerdos y algo de pena. A medida que pasaban las horas su conversación fue fluyendo y él se fue abriendo. Durante una época había sido el personaje más buscado de España por la Guardia Civil, cuerpo al que le profesaba un gran respeto. Nunca permitió que lo fotografiasen por lo que su cara no era conocida salvo en círculos muy reducidos. De hecho, nos contaba que viajaba en los trenes jugando a las cartas con los propios guardias quienes, al no identificarlo, no lo podían detener y, en consecuencia, su seguridad estaba garantizada. En una ocasión, en El Mercado del Puente, en Sanabria, se cruzó con el teniente de la Guardia Civil responsable de su persecución y captura quien sí lo conocía. Y cuando el guardia hizo el gesto de desenfundar la pistola, él le apuntó con el dedo índice de la mano derecha desde el bolsillo de su chaqueta como si de un arma se tratara, lo que le salvó la vida. Que en otra ocasión estaba en Oporto y

llegó la Guardia Civil en su busca, con una sangre fría digna de encomio, él les abrió la puerta de su vivienda y cuando preguntaron por él, les invitó a entrar. “Esperen un momento que ahora viene”, les dijo. Los guardias se sentaron a esperarle, y él aprovecho para desaparecer y evitar que lo apresaran. Hay otra emigración que no está a la vista de la gente. Y, para encontrarla, seguramente hay que recurrir a textos escritos por especialistas, historiadores o descendientes de quienes la protagonizaron.

Después de dos años en México, regresamos de nuevo a Venezuela, en donde el deterioro era manifiesto. Nos instalamos en la Isla Margarita donde trabajé en un hotel ya que, a consecuencia de las sucesivas devaluaciones del bolívar venezolano, este país se había convertido en un destino barato hacia el que, los oportunistas del turismo, habían enfocado sus baterías de vuelos chárteres. La Isla de Margarita es una de las islas del Caribe que ya gozaba de un cierto nombre en el turismo local, sobre todo por sus compras de “puerto libre”. Y, de repente, del día a la noche, se convirtió en el destino internacional al que llegaban muchos canadienses que, huyendo del frío invernal del norte, asentaban sus reales en la isla. Para atender a ese contingente de personas, había que desarrollar negocios paralelos donde los turistas pasaran sus ratos de ocio. Allí había españoles afincados de tiempo. Y entre ellos Julito Galán, un zamorano muy querido, que llevó el pabellón patrio a orgullo y es un digno representante de esa otra emigración anterior, a quien, quiero hacerle un reconocimiento cariñoso y agradecido y darle la bienvenida a Zamora, a donde ha llegado recientemente.

En este contexto de euforia turística apareció la idea de trasladar a la isla el concepto de un disco-bar, trasladando a la isla el concepto, ya muy extendido en España, de la “movida”. Así nació “El Rompeolas” y uno de mis dos amigos llegados de Zamora se encargó de su gestión, ayudado en las relaciones públicas, por otro zamorano que había llegado un par de años antes, para desarrollar el mundo de la animación en los hoteles, actividad poco conocida entonces. Buena música, tragos baratos en las noches tropicales de la isla, ambiente liberal y desenfadado. Éxito garantizado. Pero al olor del éxito llegaron otros problemas derivados de la libertad y de la falta de experiencia en este tipo de actividades. La

policía hizo una redada y, al relaciones públicas le encontraron un cigarrillo de marihuana y pasó a disposición de las autoridades, lo cual se trasladó a la prensa como: “Éxito sin precedentes contra el tráfico de drogas a nivel internacional con la detención de un español, jefe del cartel”. Nuestro amigo debió pasar 15 días horribles en la cárcel abierta de Margarita, es decir, sin techo, hasta que lo pudimos sacar. Sin perder tiempo lo hicimos regresar a España sin más consecuencias. ¡Qué situación complicada!

Nuestro tiempo en Venezuela se estaba agotando. Los síntomas de deterioro del país eran evidentes. Las devaluaciones de la moneda eran constantes por lo que lo poco o mucho que hubieras conseguido en el tiempo allí vivido, cada día valía menos. Y después de una conversación intensa y consecuente, decidimos regresar a España y educar a nuestros hijos como españoles y

no como criollos americanos. Como cada año, yo venía a FITUR⁵ en el mes de enero y ese año no fue diferente. Entre los contactos que había hecho y las amistades reencontradas, apareció alguien, antiguo compañero de empresa también de Zamora que me habló de un posible trabajo en Madrid, lo que nos abría una puerta al regreso a



De vuelta a España.

España. Hicimos los trámites necesarios y en abril, aterrizábamos los cuatro componentes de la familia dispuestos a emprender una vez más, una nueva vida aunque esta vez se trataba de nuestro país, España. Una España muy distinta de la que había dejado 13 años antes a la que regresaba con una familia perfecta: Mary y yo, y nuestros hijos David y Paola.

⁵ FITUR, acrónimo de la Feria Internacional de Turismo que se celebra anualmente en Madrid. (N.E.)

Hoy, con la distancia que el tiempo impone, sé que nuestra salida de Venezuela fue prodigiosa pues, lo que le vino encima poco después fue de no creer. Nosotros dejamos un país con estructuras y que, si bien es cierto, ya daba señales de agotamiento en lo económico y, sobre todo, en lo político, nunca pensamos que llegara a los niveles de deterioro que hoy vemos. La decisión de regresar a España estuvo más motivada por la educación de nuestros hijos que desde los intereses económicos, pero, de cierta manera, se unieron ambos. Y abandonamos el país en el momento más adecuado. Atrás quedaron años de nuestra vida intensa y maravillosa.

Muchos familiares y amigos no corrieron la misma suerte. Decidieron quedarse por no ver, tan claramente como nosotros, el peligro o no tener otras posibilidades. Y hoy arruinados y añorantes, ven la imposibilidad del regreso sufriendo, lo que es en comparación con los tiempos pasados una mala vida venezolana. Dejamos amigos entrañables que hicieron nuestra vida más cómoda y placentera y nos enseñaron a conocer y querer su país y sus gentes. Aprendimos que hay diferentes formas y objetivos de vida. Que el consumismo, con moderación, hace feliz a las personas. Que vivir al día sin pensar en el futuro es también una filosofía de vida atractiva. Para qué les ha servido a mucho el esfuerzo de ahorrar y tener, olvidándose del ser y que después unos mal llamados políticos y se han quedado con todo. Que una cierta anarquía en el actuar, es decir, no respetar las normas de vez en cuando, también tiene su punto de placer. Y en definitiva, que el tiempo pasado no volverá pero el haberlo vivido te llena de felicidad.

Gracias Venezuela por acogerme y dejarme formar una familia. Gracias México por ahormar mi personalidad. Gracias América por ser tan grande y generosa.

José Cobo Fernández

*Evocando con amor aquel pasado
que la vida en su fragor me ha concedido,
la nostalgia se adueña de mi ser
y se agolpa en tropel lo sucedido,
no encuentra la primicia de los hechos,
enredando unos con otros sin sentido.
Quisiera tener calma permitiéndome acceder
a lo más selectivo que en mí resalte lo ocurrido.
¿Pero qué puedo elegir ponderando entre lo más altivo
obligando a mi memoria en tamaño desafío?...
si todos los hechos sin lugar han sido míos...
¿Qué más atractivo puede haber al deducir
si internamente en mí, con pasión, les he vivido?
Múltiples han sido las anécdotas, que han ido
ocupando mis años, mis días y ya casi mi siglo,
tristes momentos que intentaron inducir
la idea primordial inserta en mi destino,
el rumbo que con satisfacción creciente apasionaba
obviando los impases con paso medido y decidido.*

*Y buscando el alivio que requiere la ocasión
me inclino hacia la idea seductora que en contraste
surgió...
La anécdota imborrable que ilumina aquel pasado
es sin duda el encuentro entusiasta de aquel día;
un once de Noviembre en Sanmarcelo [sic] conocí
la dulce compañera para el resto “de su vida”;*

*sesenta años imborrables en mi mente perduran
por su abnegada pasión e inigualable ternura.
Nueve años transcurridos después de los sesenta,
al pensar, mi cabeza casi pierde la cuenta,
no así la imagen por ti que está presente
meditando en los ratos fabulosos que vivimos
cuando juntos planeábamos, caminos, recorridos,
con aquel libro pequeño que tanto fue leído.
El águila asustada nos miraba
cuando daban las dos de la mañana
y abrazados tomábamos camino
soñando con ciudades, valles y destinos.
Hoy absorto cuando la meta del idilio me cautiva
los suspiros acompañan y descargan mis sentidos
haciendo realidad este momento primordial,
pienso la suerte que actualmente me han conseguido
la familia me motiva acogiendo mi destino,
y aunque el pasado se presente tentativo
se disfraza con salidas y paseos con amigos
para hacer de mi vida realidad y me sienta
aún con achaques... positivo...*

EMIGRANTE 8-1956

*Navegando fui de España
y regresé en avión,
con la ilusión acuciosa,
de arribar a mi León,
que generoso me acoge
con dignos gestos de unión.*

*La palabra emigración
al pensarla representa,
sensaciones desbordadas,
alegrías y tristezas,*

*algo que tú has elegido
pero que al analizar recuerdas
lo que has dejado al salir...
y lo que a la larga espera.*

*En este momento cumbre
cuando el pensar te despierta
y el pasado ya es pasado
siendo el futuro la cuesta,
te das cuenta que este acto
iniciado en una idea,
es realidad que asumir
y hay que poner en alerta,
no dejando que se escape
la iniciación de tu gesta,
pensamientos que iluminen
sin borrar aquella idea.*

*Vivir con aquel pasado
que uno se ha llevado auestas,
es la integración correcta
de esta vida que nos resta,
es el recuerdo imborrable
que deleita la cabeza,
con los hechos que han pasado
siendo tú el protagonista
de esta vida venturosa
para el tiempo que nos resta.
Al emigrar la persona
abre en su interior la puerta,
no renuncia de su patria
otra patria se le acerca,
y ambas forman un conjunto
de armonías que recuerda,
ingratitude es olvido...
mi pensamiento se agranda
cuando encuentra Venezuela,
lapsos de mi vida en lucha*

*tiempos de alegres secuencias,
¿qué representa una vida
sin situaciones opuestas?*

*Al tener en León mi primer hijo,
gran esfuerzo mental
causó mi marcha,
no digo abandonar que no es mi causa
ya que mi esposa y yo en mutuo acuerdo,
aprobamos la moción con firme pausa,
solicité en la Renfe la excedencia
y en barco me fui para Caracas.*

*Zarpando de Vigo un día...
fue un cambio singular para mi vida,
en barco antes de esta fecha jamás me había montado,
ni en un momento especial me he mareado.
Era este barco el “Antilles”
y haciendo honor a su nombre
no por ser casualidad,
dimos vueltas al Caribe
en “tour” de la ansiedad,
por tener la mente puesta
en nuestro punto final.*

*En Puerto Rico arribamos
permitiéndonos bajar,
Martinica, Guadalupe,
Barbados y Trinidad,
y en el puerto de La Guayra (sic)
fuimos a desembarcar.*

*No sabía dónde ir
no sabía lo que hacer,
una sensación vacía
de soledad, desamparo,
se apoderó de mi ser.*

*De repente me acordé,
que me llamaba José
y acercándome hacia un guardia,
pregunté...*

*“No conozco ningún centro
que pueda ayudarle a Vd.”*

*Y en autobús a Caracas
con mi maleta y mi arca,
pensamientos compartidos,
mezclados en hoy y ayer,
a una pensión recalé.*

*El trabajo buscaba inútilmente
mis escasos recursos volaban,
y en la pensión la Sra. me decía,
“esté tranquilo,
siempre esta pensión
será su casa.”*

*Agradecí la atención, pero aquel día
encontré trabajo, lejos de donde vivía
y tuve que mudar mi situación,
pues me ofrecían siete Bs¹. diarios
y el transporte pagarle no podía
ya que estos siete Bs...
la pensión me consumía.*

*Al encontrar trabajo, mi tensión
se controla causándome alegría
aún con las penurias que acechaban
el futuro se aclaraba cada día,
horas extra me brindaban la ocasión
de aumentar mi peculio que crecía,*

¹ Abreviatura de bolívar, moneda nacional venezolana. (N.E.)

*y al ir incrementando “mi tesoro”,
el pensamiento trabajaba y me decía
¿cuándo podré reunir a mi familia?*

*En una ocasión, no recuerdo quién,
me informaron que existía
una institución que apoyaba
la reunión de las familias,
era el “CIME” (Migraciones Europeas)²,
y a Sabana Grande fui
buscando mi panacea.*

*Quien me recibió, cortés,
aceptando mi intención
me dio la mano y me dijo,
los dos somos de León,
tu familia contará
que han sido los dos primeros
en venir de esta región.*

*Estos emotivos hechos
vividos con gran pasión
aún escribiéndoles hoy,
me producen sensaciones
vivas y tan cercanas
como en aquella ocasión.*

*Nueve meses tardaron en llegar
mi esposa y mi pequeño hasta Caracas
y el abrazo increíble de los tres
nunca cesaba.*

² Las siglas CIME a las que alude el autor corresponden al Comité Internacional para las Migraciones Europeas, actualmente OIM (Organización Internacional para las Migraciones). (N.E.)

*Un momento donde la esencia del ser
vive una intensidad de anhelo
desbordada, imposible describir
la sensación que en aquellos
momentos la vida regalaba.*

*Cuando mi esposa y el niño
ya se encuentran navegando,
todo el día mi cabeza
se acelera divagando.*

*Las cuentas no me salían
“faltaba nuestro colchón”
y con calma, recortando,
pude amueblar “La Mansión”,
para comenzar la vida
que a mí me estaba faltando,
y darme serenidad
para dar un nuevo “paso”.*

*Con el “baúl” y la ropa
que mi esposa traería
completamos el inicio,
de cuarenta y siete años
que vivimos en la lucha,
que con paciencia en León
entre los dos se forjó.*

*Qué diferente llegada,
yo ya era veterano...
trabajos, horas extra, y...
promesas incumplidas,
me deciden a tomar
las riendas de mi vida,
mi esposa animándome accedía
y ambos conseguimos hacer
de nuestra vida, un sueño de
ilusión que nunca cesaría.*

*Los tres hijos respondieron
a nuestras pretensiones,
y cada graduación motivaba
la ilusión de aquel grupo,
que soñaba y conseguía el premio
a su esfuerzo mutuo.*

*Esta decisión costosa de iniciar
cuando no acompaña capital,
refuerza la manera de pensar,
valorando el que posee uno mismo
cuando, tiene ganas de “luchar”,
éstas nunca me faltaron,
y de inmediato me puse a trabajar
con la idea siempre puesta,
en la rama del metal.*

*Cuando salí ya de España
contaba treinta y un años,
con el cargo de tornero
trabajando ya en la Renfe;
el servicio militar
me retuvo treinta meses,
después de pasar la guerra
y cortarme mis estudios,
estas presiones me dejan
con tristeza y recelos
que aún hoy cuando lo estoy escribiendo
mis sensaciones repiten
aquel pasado recuerdo, casado,
con mi primer descendiente,
voy superando mi anhelo
llegando a la conclusión
que al final los dos tenemos.*

*El trabajo con paciencia prometía
y la ilusión a su paso recrecía,
ascendiendo un peldaño cada día*

*de aquella escalera ideal
que nuestra mente iluminada
no tenía medida.*

*Trabajando la empresa
a plena producción,
una falla en el pavimento
de la calle, obstruye las cloacas,
inundando el local
con aguas residuales.*

*De la alegría a la tristeza...
Es un golpe brutal que me aconseja
caminar vagando sin ideas concretas,
y a mi regreso comprobar
que los tres hijos atareados,
reparan y limpian
máquinas y muebles; al punto,
mi alteración, viendo el conjunto
me recuerda que no soy solo
en este mundo.*

*Se comienza a planear la...
-Nueva Etapa-*

*Sin dejarnos concluir la decisión
llega el Diciembre siguiente
ni siquiera un año transcurrido
y un petardo silbante se ha metido,
arrasando como un fuego fugitivo
estructuras y techos contundente.*

*No cesó nuestro empeño de seguir
pero el crítico destino con la crisis,
unido a nuestra edad tan avanzada
decidimos regresar a nuestro origen,
desoyendo las ideas “de la nada.”*

*Dejando el pasado, ya en León,
cuando la vida resultaba más calmada,
sesenta años de amor que se han perdido,
falleciendo lo que en mi vida yo más había querido.*

*Momentos de tristeza en mi vida duradera,
que marcó mi futuro y persevera,
pero en forma distinta, más serena,
procurando con tesón, mirar sincera,
aceptar la situación...
trabajo cuesta,
pero la vida no es paralela
y aún con los avatares
de la vida en pareja,
esta desunión hay que hacerla
llevadera.*

*No todo momento de mi vida
migratoria fue tristeza,
tuve vida feliz, hermosa y placentera,
raudos fuimos conociendo Venezuela,
por rincones de playas, sabana y cordilleras,
en los Andes altivos dejamos nuestra huella
y a orillas del Caribe hollamos las arenas,
conocimos la selva con orquídeas y tepuyes³
bravos ríos que pueblan las pirañas
y caimanes con su boca abierta.*

*Al pisar la selva nemorosa,
sensaciones de misterio se recrean,
y la navegación por el río Carrao
con sus rápidos vadeando,
al Salto Ángel nos lleva...*

³ Formación geológica de paredes verticales y cimas usualmente llanas muy características de la Gran Sabana, zona situada en el sureste de Venezuela. (N.E.)

*son paseos anclados en la mente
que el recuerdo satisfecho regodea.*

*Recuerdo con amor estas vivencias
que perduran en mí como si fueran
hechos de ayer acaecidos, tan recientes,
y no memorables después de los noventa.*

*Un recuerdo me place aquí asignar
aquello que representa el entorno
del amigo, los de otras tierras
que conmigo han convivido
en situaciones alegres...
o en tristes momentos emotivos,
y lógicamente apuntar
la recepción que he tenido,
al retornar a León “pueblo querido”,
si es verdad que muchos de los viejos,
me han faltado, pero aquí están
los nuevos que han logrado,
hacer de mí, muchos nuevos amigos,
que han logrado incrementar
el nuevo recorrido, con signos de
amistad y de cariño.*

*Soy feliz en esta nueva vida que
ya es vieja, y pienso...
que estar en este mundo es una
renta, con signos de amistad,
“cuando es amigo”, el valor de la
amistad no es paliativo,
y hace ver que la vida tiene esencia,
que el querer entre personas
es la ciencia, para hacer de esta
etapa un incentivo que...
promueva el querer y ser querido.*

*Emigré con entusiasmo
a Venezuela
logrando lo que a mí me había
prometido,
con orgullo di forma a mi familia
y hoy con cariño me ha correspondido.*

*Siento placer recordando estos hechos,
escueta narración de lo ocurrido,
pero apasionante al ir rememorando
a mis noventa y tres lo sucedido.*

León, 14 de Agosto de 2018 / León, 19 de Marzo de 1925.

EPISTOLARIOS

Primer premio

Las cartas de una mujer zamorana (recopiladas por su hijo)

Jorge D'Amato Rodríguez

Ficha técnica:

Unidades: 23 cartas, sin sobre.

Destinatarios principales: Francisca Rodríguez Fernández, en Buenos Aires; su padre, Pedro Rodríguez, y su hermano José.

Remitentes: Juliana Fernández, su madre (presumiblemente analfabeta, pues escriben sus hijos por ella), y sus hermanos José y Pascuala.

Origen: Todas las cartas están datadas en Sejas de Aliste (Zamora).

Fechas extremas: mayo de 1937 – abril de 1959.

Conservación: Irregular. Digitalizaciones remitidas por el propietario. Falta el dorso de la carta 18.

Asuntos: Guerra civil y posguerra en una aldea campesina del occidente zamorano. Dificultades para sobrevivir en una economía de subsistencia, muy dependiente de las inclemencias del tiempo. Peticiones y agradecimientos de dinero y ropa enviados. Trámites para emigrar. Soltería.

Situación familiar: El primogénito emigra a Cuba, mientras que el padre lo hace a Argentina y reclama enseguida (1928) a una de las hijas. El otro hijo varón participa en la guerra civil y a su regreso se hace cargo de la explotación familiar, pues la madre muere en 1941, pero en 1948 va a reunirse con su padre y su hermana en Buenos Aires. Las dos hermanas se casan, pero José permaneció soltero. Nada se sabe del que emigró a Cuba. El padre murió en 1961, sin haber podido regresar.

Clasificación: Atendiendo a los remitentes, pueden establecerse cuatro series, que abarcan los siguientes períodos:

1. Tres primeras cartas, 1937-1939. Las remite Juliana, la madre de Francisca, a su esposo e hija en Buenos Aires, mientras el hijo está en el frente. Las escribe la otra hija, Pascuala, que manifiesta su voluntad de emigrar también si las cosas están mejor allá. Aceptando el ofrecimiento, piden ropa y tela para confeccionarla.

2. Cartas 4 a 9, 1939-1940. De Juliana, con su hijo José ya en casa. Escribe este, con mejor caligrafía que su hermana Pascuala. La ropa pedida no llega hasta 1940. Piden también dinero para pagar deudas. Contactan con una prima en Buenos Aires (directamente en la carta 5) para gestionar cierto patrimonio en Sejas.

3. Cartas 10 a 17, 1944-1947. De José, después de la muerte de su madre, Juliana, y antes de emigrar él mismo a Argentina. Dan cuenta de la carestía, de las malas cosechas, de la dificultad de encontrar ayuda para trabajar la tierra. José inicia los trámites ante el consulado de Argentina en León y pide a su padre que le reclame desde Buenos Aires.

4. Cartas 18 a 23, 1950-1959. De Pascuala, a su padre y hermanos, pues José consiguió emigrar en 1948. Continúan las quejas por las dificultades económicas, pero aparecen buenas noticias: llega la luz eléctrica, se instala un aserradero... Un primo, llamado Juan, emigra también para Buenos Aires, después de vender sus posesiones en Nuez y Sejas.

después de irle a ver a casa de la madre de su hijo y a verla un rato
 para que al irse a casa de su hijo se acuerde de él como a un niño
 a igual a un niño a las gracias que le da y a recibirle con los brazos
 y a irle a ver a casa de la madre de su hijo y a verla un rato
 para que al irse a casa de su hijo se acuerde de él como a un niño
 a igual a un niño a las gracias que le da y a recibirle con los brazos
 y a irle a ver a casa de la madre de su hijo y a verla un rato
 para que al irse a casa de su hijo se acuerde de él como a un niño
 a igual a un niño a las gracias que le da y a recibirle con los brazos

Carta 1, 14 de mayo de 1937 frente.

mucho esta saluda a todos los hermanos a las cosas del Sr. Juan
 a los de sus padres y a los de sus hermanos y a los de sus
 a los de sus padres y a los de sus hermanos y a los de sus
 a los de sus padres y a los de sus hermanos y a los de sus
 a los de sus padres y a los de sus hermanos y a los de sus
 a los de sus padres y a los de sus hermanos y a los de sus
 a los de sus padres y a los de sus hermanos y a los de sus
 a los de sus padres y a los de sus hermanos y a los de sus

Carta 1, 14 de mayo de 1937 dorso.

10
CARTA DE LA SEÑORA DOÑA ANTONIA DE
SANTA CRUZ A SU HIJO DON JUAN DE
SANTA CRUZ
Zamora a 8 de Diciembre de 1940

Querido hijo, he recibido tu carta de
Zamora a 2 de Diciembre de 1940 y me
ha alegrado mucho saber que estás
bien y que estás estudiando en la
Universidad de Salamanca. Te deseo
mucho éxito en tus estudios y que
sean felices los días que pasas en
Salamanca.

Te deseo también que seas feliz y
que encuentres a tu esposa pronto.
Te amo mucho y te deseo lo mejor.
Tu madre, Doña Antonia de Santa Cruz

Carta 9, 8 de diciembre de 1940. Frente.

Querido hijo, he recibido tu carta de Salamanca
y me ha alegrado mucho saber de ti y de
tu familia. Espero que estés bien y que
estés disfrutando de tu estancia en Salamanca.
Yo estoy bien y espero que pronto
podré volver a verte. Te quiero mucho
y te abrazo con todo el cariño de mamá
y papá. Te mando un beso de parte
de todos. Te quiero mucho.
Mamá y Papá



Carta 13, 9 de enero de 1946. Frente.



Carta 13, 9 de enero de 1946. Dorso.

Epistolario de Anacleto Bobes

Juan Carlos Paredes Bernaldo de Quirós

Ficha técnica:

Unidades: 16 cartas, 11 sobres y una hoja con cuentas.

Destinatario: Anacleto Bobes, en Gijón y Valladolid.

Remitentes: Francisco Bobes (hermano), José Díaz Gil, Francisco Molina Manzano, Damián Vélez (amigos o socios) y Ramón Castaño López (abogado).

Orígenes: Noreña, en Asturias; Regla, Palos y La Habana, en Cuba.

Fechas extremas: mayo de 1910 – 1944.

Conservación: Originales en buen estado. Sobres con numerosas marcas e inscripciones.

Asuntos: Gestión patrimonial a distancia: dificultades en el cobro de arriendos de casas de madera en una finca y envío de los importes. Desavenencias entre hermanos.

Situación familiar: Las cartas remitidas por el hermano revelan negocios conjuntos en Cuba. No mencionan otros familiares, aunque manda saludos para los hijos de Anacleto. Las direcciones de los sobres sitúan a este en Gijón antes de ir a Cuba, y dos domicilios en Valladolid, mientras que su hermano escribe desde Noreña en 1910 y desde Regla (Cuba) en 1911.

Clasificación: Hay dos series claramente diferentes:

1. Siete cartas de su hermano Francisco, desde Regla, en los años 1910 y 1911. Sin sobres, con anotaciones de Anacleto y numeradas con lápiz azul. Probablemente usadas como documentos probatorios, pues se mencionan cantidades de dinero prestadas y no devueltas.
2. Cartas de otros remitentes, casi todas desde Palos, fechadas entre 1918 y 1939, todas con sus sobres, que conservan sellos,

matasellos, anotaciones del receptor y señales de censura. Faltan las cartas correspondientes a tres sobres, en uno de los cuales se conserva una hoja de cuentas.

Francisco Bobes



Sevilla 16 de Febro de 1910

Señor Anacleto Pardo

Querido hermano tengo en mi poder la tarjeta
fecha día 5 del presente y la de plus por ella se ve
con claridad por esta tu casa todos tiene el hijo sin volar
la carta fecha 5 en la que me dice de los dos mil pesetas
que te manda pues si te los manda me puedes ser el mar
te los pido los mandas con respeto a la carta para pararla
te viene todo vacante mandas y la carta de orden por una
que dos mil pesetas como te dice en mi poder pues a ella
me lleve con fecha 7 me acuerdo que estaba en la calle
me dice de mandas marcha pues sera seguir el trabajo
del presente mes pues en espera de recoger algunos pesos
y no se me va por mas de nada cartas por ahora no
quedan en la gada sabina de mandas cuantos pesos
separando a cambios de domicilio a lo comuniquo a mi
afectivo recuerdo a tu campana y tra y para
un par de cartas de mandas y los chicos siempre por
tira por la persona que le da la persona se des para
con para tu hermano te quisiera punto copiable
como siempre se gan de Anacleto Bobes

esta es la carta que me escribo diciendome no puede por
me los dos mil pesetas primer carta que te puse en no
asturias y me recibí una carta orden para que te entregara
los dos mil pesos que tambien me eson de la villa con todos
la entrega con los tres José y otros que se de la manera con

Carta 1, 16 de febrero de 1910.

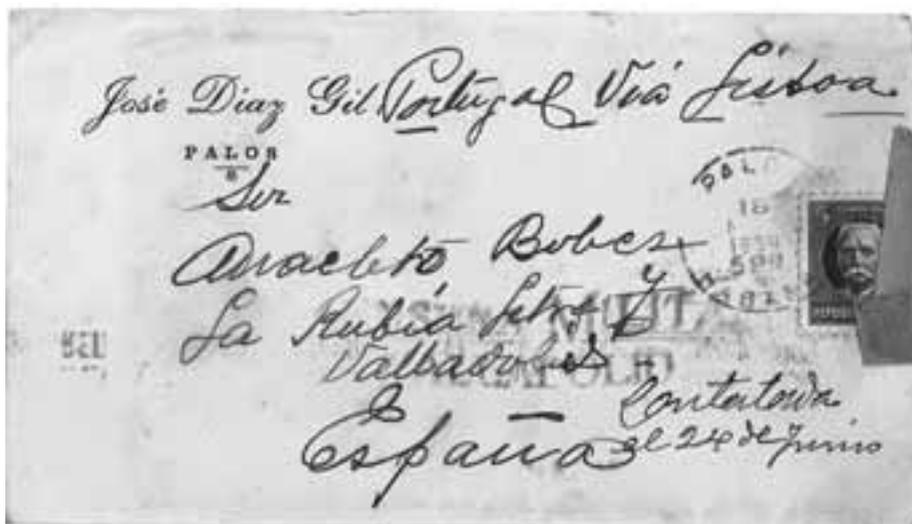
Epistolario de Anacleto Bobes

me seguida abonaron y se
gan yo creo no era no be de
diciendo no te entienda que
cuando quieras te entienda
con el socio esta en esa. Fdo.
Sanchez y la unia
de finca el sacaculo todo
como te dije en la ultima
pero de mi no te lloves que
estoy a tus ordenes y dis-
puesta a lo tu mandes.
Con afectuosos recuerdos
a la Srta. Visitas a las niñas
me despide tu Ho
te quier Fran^{co} Boby
Dize. 18 de 1911

Carta 7, 18 de [...] de 1911.



Sobre de la carta 11, 1931.



Sobre de la carta 15, 1939.



Sobre de la carta 18, 1941.



Sobre de la carta 19, 1944.

**ÁLBUMES Y COLECCIONES
DE FOTOGRAFÍAS**

Primer premio

Imágenes y recuerdos del emigrado burgalés Bernardo Bergado Noceda y la familia que creó en Cuba

América Ana Pintado Bergado
y Ana Luisa Bergado Camejo

Ficha técnica

Participante: América Ana Pintado Bergado y Ana Luisa Bergado Camejo (nietas del protagonista).

Unidades: 80

Autor/es: Varios. No figuran.

Naturaleza: Originales / Copias digitales.

Tipología: B/N. Color.

Resolución digital: Media.

Formatos de origen: TIF. Varios tamaños.

Conservación: Los originales y los originales escaneados por el participante presentan los problemas habituales. Las imágenes en B/N, presentan diversas manchas (problemas de revelado, fijado u oxidación de líquidos o emulsiones) y algunos dobleces. Las imágenes en color no presentan patologías aparentes.

Origen: Álbum familiar.

Protagonistas: Bernardo Bergado Noceda y familia. Sociedad Benéfica Burgalesa de La Habana.

Localizaciones: Frías, Burgos, España. Guanajay, Cuba. Matanzas, Cuba. Varadero, Cuba. La Habana, Cuba. Sin determinar, Estados Unidos.

Fechas extremas: 1888-2018.

Asuntos/categorías: Frías. Guanajay. Familia. Fotos familiares. Retratos.

La Habana. Trabajo. Comercio. Bodega. Recordatorios. Sociedad Benéfica Burgalesa. Documentación. Escuela.

Uso: Familiar. Correspondencia.

Orígenes de los protagonistas: Frías. Burgos. España.

Emigrados a: Guanajay, Cuba.

Observaciones: Se trata de una composición preparada exprofeso para el certamen, por lo que no constituye una unidad documental (álbum completo), si bien parece proceder de un mismo álbum o álbumes familiares. Está formado por originales y copias o impresiones de originales digitalizados, lo que pudiera responder a la costumbre de repartirse entre los hermanos y parientes las imágenes originales del álbum familiar y digitalizar el resto para conservar la imagen. Las imágenes en B/N presentan una mayor calidad técnica, lo que indica que probablemente proceden —en su mayoría—, de estudios fotográficos. El resto parece haber sido realizadas por fotógrafos aficionados. Una imagen aparece recortada. Además de imágenes podemos encontrar algún recorte de prensa y recordatorios impresos de nacimiento. La selección recoge diversos momentos de la vida familiar de los protagonistas así como de la vida institucional de la Sociedad Benéfica Burgalesa de La Habana, en especial de la celebración, en 2018, del 125 Aniversario.

Imágenes y recuerdos del emigrado burgalés Bernardo Bergado Noceda y la familia que creó en Cuba

Dedicatoria: Un homenaje de amor a nuestro abuelo Bernardo, quien nos dejó el precioso legado de afecto y respeto hacia nuestros ancestros burgaleses...

En el norte de la provincia de Burgos, en las inmediaciones del ancho y caudaloso Ebro, en lo alto de la meseta y emergiendo entre las nubes se encuentra la pequeña y bella ciudad de Frías, con su romántico toque medieval, sus estrechas e irregulares calles y, sus casas empedradas. En un extremo la vetusta iglesia de San Vicente Mártir, en el otro, sobre un peñasco los muros de lo que fuera el castillo de los duques de Frías y como fondo impresionante, el majestuoso pico Humión.

En este entorno de singular belleza nació el 20 de agosto de 1866, Bernardo Bergado Noceda, nuestro abuelo, hijo de Tomasa y Bernardo, humildes labriegos descendientes de dos de las familias más antiguas asentadas en el norte de Burgos, siendo bautizado al día siguiente en la Iglesia de San Vicente Mártir. Aquí transcurrió su infancia y parte de su juventud hasta que emigró a América.

Este modesto trabajo recoge a través de fotos, aspectos de su vida en Cuba y la familia que creó en este país... Su realización ha sido posible gracias a la colaboración de hijos, nietos y biznietos que con devoción conservaron durante años estos recuerdos.



Páginas del album familiar de la familia Bergado.

Foto de estudio del abuelo Bernardo en sus años mozos, en La Habana. Años 1930.



Uno de los hermanos de Bernardo

Foto realizada en Burjós, en el estudio C. Martín



Tarjeta postal enviada desde Burjós por 'omasa Berpado, sobrina de Bernardo para sus tíos y amigos.



Bernardo y Ana Luisa ya casados. Ella guardando luto de su madre, la Sra. Ana María de Hoz y Gandarilla.



PARTICIPACION DE LOS DESCENDIENTES DE BERNARDO EN LA SOCIEDAD BURGALÉS BURGALÉSIA

Seguendo el ejemplo del abuelo, que además de integrar al Grupo de Fundadores, ocupó responsabilidades en la dirección durante varios años, sus descendientes vinculados a la Sociedad han participado en numerosos eventos, de los cuales exponemos una breve muestra:



Gustavo Bergado Piñero, durante años realizó actividades en la Sociedad, destacándose como Vocal Delegado ante la Agrupación de Soc. Castellanas, etc., hasta su fallecimiento.



Fiesta en el Concurso Literario "Miguel Quiñero", Dic/2012



ORQUESTA VELOSA OCTUBRE - 18 DE NOVIEMBRE DE 2011

Aparecen zapateras como las niñas Ana Luisa y Andrea. En 1era y última fila, zapatera, las hermanas Celia y Nela, siendo éste actuación en España.



Última foto de Bernardo y Ana Luisa juntos. Año 1938.

Centro Buralés de Buenos Aires. 100 años

Agustín Burghi
Centro Buralés de Buenos Aires

Ficha técnica

Participante: Agustín Burghi. Centro Buralés de Buenos Aires.

Unidades: 14

Autor/es: Varios. No figuran.

Naturaleza: Copias digitales.

Tipología: B/N. Color.

Resolución digital: Alta.

Formatos de origen: PDF / TIF. Varios tamaños.

Conservación: Los originales escaneados por el participante presentan los problemas habituales. Las imágenes en B/N, presentan diversas manchas (problemas de revelado, fijado u oxidación de líquidos o emulsiones) y algunos dobleces. Las imágenes en color no presentan patologías aparentes y son de muy buena calidad.

Origen: Álbum corporativo institucional del Centro Buralés de Buenos Aires. Álbumes familiares.

Protagonistas: Socios del Centro Buralés de Buenos Aires.

Localizaciones: Buenos Aires.

Fechas extremas: 1947-2017.

Asuntos/categorías: Burgos. Buenos Aires. Centro Buralés. Asociaciones.
Uso: Institucional.

Orígenes de los protagonistas: Burgos. Buenos Aires. Centro Buralés. Asociaciones.

Emigrados a: Buenos Aires. Argentina.

Observaciones: Se trata de una composición preparada y maquetada ex-profeso para el certamen, por lo que no constituye una unidad documental (álbum completo). Las imágenes proceden de los fondos asociativos

del Centro Buralés de Buenos Aires y muy probablemente también de los álbumes familiares de algunos socios. Está formado por copias de los originales digitalizados. Tanto las fotografías en B/N y las de color tienen una calidad y definición notable. Están perfectamente documentadas con una introducción y pies de foto extensos y detallados. La selección recoge diversos momentos de la vida institucional del Centro Buralés de Buenos Aires.

Centro Buralés de Buenos Aires. 100 años

En 1917 se funda el Centro Buralés para brindar apoyo, ayuda y colaboración a los burgaleses que irían llegando a Argentina. En aquel momento, los primeros migrantes entendieron que era importante para aquellos que recién llegaban tener un espacio de encuentro con las personas de su mismo origen, para relacionarse, ayudarse y hacer más amena la adaptación a su nueva vida. Y así fue: se formaron incluso matrimonios, grandes amistades que terminaron siendo la nueva familia de los recién llegados a Argentina.

Las fotos describen la gran familia que existía en el Centro Buralés. Se festejaban y se vivían todos los acontecimientos de una familia grande. Todos disfrutaban esa alegría que vivían ellos, que tenían la suerte de volver a su pueblo.

En el Centro Buralés había una gran afición al juego de pelota paleta, costumbre heredada de Burgos. Tanto en la sede de la calle La Carra como en la de avenida Rivadavia siempre hubo cancha de paleta. Y fue, junto con el juego de bolos de hombres y de damas, la gran diversión compartida por los socios. Un gran jugador fue Daniel de La Mata, que se convertiría en Campeón Argentino.

En 1967, el Centro Buralés cumple 50 años de existencia. Desde 1951, la institución contaba con una nueva sede, en el corazón del barrio de Caballito, centro de la ciudad de Buenos Aires. Se realizaron festejos para celebrar el cincuentenario que tuvieron un gran esfuerzo de preparación. Se nombró una comisión especial que se ocupó de recaudar fondos específicos, se recibieron visitas de autoridades

españolas y diversas personalidades vinculadas a la colectividad. Los festejos tuvieron un amplio programa. Los niños del Centro prepararon danzas que ensayaron durante un año entero para presentar en esta fiesta que observamos en la siguiente fotografía. Bailaron pasodoble, jotas, y hasta una pieza de una zarzuela de Luisa Fernanda. Se publicó una revista especial que recopiló los detalles de aquel suceso.

En el año 2009 se inauguró el nuevo salón de fiestas con la exposición “Memoria de un compromiso”, de la escritora María Teresa León, en la actual sede del Centro en la Avenida Rivadavia de la Ciudad de Buenos Aires. Esta obra fue posible gracias al apoyo de la Junta de Castilla y León, la Caja de Burgos, el Ayuntamiento de Burgos, la Diputación de Burgos y aportes importantes de socios.

En 2017, el Centro Buralés celebró el centenario de su fundación como un homenaje a la memoria de todos los que contribuyeron a que este sueño fuese una realidad. Se realizaron diferentes festejos a lo largo del año, entre los cuales cabe destacar el te de reinas, que reunió a diferentes generaciones de mujeres que representaron al Centro; la Noche de Tapas del Centenario, donde se compartió una noche de bailes y tapas típicas españolas con socios y amigos; el descubrimiento de una placa de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires en el frente de la sede de avenida Rivadavia, conmemorando esta fecha como un importante suceso para la ciudad. El domingo 05 de noviembre de 2017 se llevó a cabo el multitudinario Almuerzo del 100 Aniversario donde concurrieron burgaleses, socios, autoridades españolas y argentinas, y amigos de la institución.



Despedida de Roque De Grado y Mariano Berzosa, que se iban de visita a su pueblo Hontoria del Pinar, Burgos. En la foto, están ubicados en el medio, a ambos lados del Presidente. Participan hermanos, amigos, cuñados, hijos de todos ellos. Esta foto describe la gran familia que existía en el Centro Buralés. Se festejaban y se vivían todos los acontecimientos de una familia grande. Todos disfrutaban esa alegría que vivían ellos, que tenían la suerte de volver a su pueblo, s/f.



En el Centro Buralés había una gran afición al juego de pelota paleta, costumbre heredada de Burgos. Tanto en la sede de la calle Lacarra como en la de avenida Rivadavia siempre hubo cancha de paleta. Y fue, junto con el juego de bolos de hombres y de damas, la gran diversión compartida por los socios. Un gran jugador fue Daniel de La Mata, que se convertiría en Campeón Argentino. Esta foto representa una de sus tantas participaciones en campeonatos. No es en nuestra sede. El resto de personas son sus amigos y también socios del Centro Buralés que lo acompañan y alientan en su presentaciones. Entre los amigos distinguimos a Mariano Ibáñez, Miguel Pla y Jacinto Pla, s/f.



Distribución de premios en 1945. En la foto, Honorato Moreno, miembro de la Comisión fundadora, ex presidente y quien hizo un préstamo al Centro Buralés para comprar la sede de Lacarra, donde fue tomada esta imagen, s/f.



Presentación del conjunto de baile del Centro Burgalés en la década del '50. Entre las personas están: Angelita López, Daniel Rojo, Coca Berzosa, Daniel Asenjo, Marina Perosanz, Marga López, José Luis Gracia Morales. Aparece también el estandarte de Burgos, que en la actualidad está enmarcado y exhibido como una de las reliquias de la institución, s/f.



Entre las personas que aparecen en la foto se encuentran Abundio Campomar, que fuera Presidente del Centro durante veintidós años; Carlos Mariscal, miembro de Comisión Directiva durante 50 años. En el fondo de la foto, está Norberto Hernando, que siendo miembro también de Comisión Directiva, trabajó intensamente en la celebración. También se observa el Estandarte de Burgos, bordado con hilos de plata, uno idéntico se encuentra hoy en el despacho del Excelentísimo Alcalde de Burgos. Otras personas que aparecen en la foto son Serafín Pérez, Venerando Cabezón, Daniel Rojo, Mauricio De Grado, Victoria Cabezón, Emilia López, Constantina Moreno, Delia De Grado, Miguel Pla, s/f.



Almuerzo del 100 Aniversario. En las fotografías se encuentran Julia Hernando Cabezón, Presidente del Centro Burgalés; Abundio Campomar, ex Presidente del Centro; Teodoro Gonzalez, Presidente Emérito junto a autoridades que muy gentilmente acompañaron el festejo: José Manuel Herrero Mendoza, Secretario General de la Consejería de la Presidencia de la Junta de Castilla y León; Javier Sandomingo, embajador de España en Argentina; Ernesto Sanz, nieto de burgaleses y Senador argentino mandato cumplido. Además, se encuentran miembros de Comisión Directiva, socios y amigos de la institución., s/f.

Fotografías de un viaje a Villarino de los Aires (2010)

Laureano Sendín Martín

Ficha técnica

Participante: Laureano Sendín Martín.

Unidades: 123.

Autor/es: Varios. No figuran.

Naturaleza: Copias digitales.

Tipología: Color.

Resolución digital: Media.

Formatos de origen: JPG. Varios tamaños.

Conservación: Las imágenes no presentan patologías aparentes.

Origen: Archivo familiar.

Protagonistas: Familia Sendín (Laureano Sendín Martín y Colaborador Antonio Sendín Orozco).

Localizaciones: Villarino de los Aires. Salamanca.

Fechas extremas: 2010.

Asuntos/categorías: Salamanca. Villarino de los Aires. Retorno. Familia. Turismo.

Uso: Familiar.

Orígenes de los protagonistas: Villarino de los Aires (Salamanca).

Emigrados a: La Habana (Cuba).

Observaciones: Se trata de una composición preparada y maquetada expreso para el certamen, por lo que no constituye una unidad documental (álbum completo), si bien parece proceder de un mismo archivo familiar. Está formado por copias digitales de las fotografías que recogen los diversos momentos del viaje efectuado por los protagonistas por Villarino de los Aires y Salamanca.

Fotografías de un viaje a Villarino de los Aires (2010).

Un anhelo nuestro de más de 70 años, el cual siempre fue inculcado por nuestros padres, que siempre mantuviera con nuestros ancestros las mejores relaciones y que no olvidara nunca nuestras raíces españolas, así como que cuando pudiera visitara, la provincia de Salamanca y el pueblo de Villarino de los Aires, donde nacieron todos nuestros antepasados: bisabuelos, abuelos, padres, tíos, primos y el resto de toda nuestra familia, así como los pueblos cercanos como son: Trabanca, Almendra y Pereña de la Rivera.

Lo dedico a mis padres, tíos y primos que ya no están; y para esas personas como mi esposa, hijos y nietos que han sabido ayudarme y ser complacientes en muchos difíciles momentos. Y, en especial a todos aquellos como nuestros primos, que han vivido siempre en Salamanca y en el pueblo de Villarino, los cuales han tenido siempre una palabra de aliento, un documento a mano, una visita a algunas de las bellezas de Villarino de los Aires, o una puntualización de varios detalles para poder tomar todas estas fotografías. También a todos los paisanos y vecinos que con su ayuda, hemos podido fotografiar muchos lugares y personas para poder confeccionar este trabajo. Muchas gracias a todos, de corazón.

Nuestro más emocionado y profundo agradecimiento a todos los primos, principalmente: a Carmen Francia Martín y a su esposo Víctor Grande Benito, a sus hijos: Víctor Grande Francia, Agustina Dávila, Mari Carmen Grande Francia, Antonio Parra Ullán, José Miguel Grande Francia, Elizabeth Pavón Valentín, así como también a: Juan Calvo Martín, Carmen Calvo Martín, Mercedes Martín y su esposo Antonio, que siempre todos han vivido en España.

En esta colección de fotografías hemos tratado de hacer, un trabajo lo más exacto posible de todo lo que hemos observado y vivido durante unos 30 días de nuestro viaje, el cual nunca será olvidado por toda la vida, de este hijo de una familia de emigrantes del pueblo de Villarino de los Aires, que murieron en Cuba y siempre con el anhelo de, que conociéramos nuestro terruño y nuestra familia, y al cabo de 71 años lo pudimos lograr.

LAUREANO SENDIN MARTIN

NACIDO EN CUBA
FECHA 29-03-1939.
NUESTROS QUERIDOS PADRES,
(PADRES) NICOLAS SENDIN MARTIN,
MURIO (11-02-1990)
MURIO (20-07-1958)



MARTA MARTIN HERNANDEZ,
NACIDA (28-11-1905)
MURIO (16-11-1961)

EMIGRANTES DEL PUERTO DE VILLARINO DE LOS AIRES.

MATRIMONIO
CELEBRADO
19-07-1963

(PADRE) LAUREANO SENDIN MARTIN
NACIDO (29-03-1939)



(MADRE) ROSALDA SIXTA GROSZO NAPOLDES
NACIDA (28-03-1933)



(HIJOS) LAUREANO SENDIN GROSZO
NACIDO (10-03-1964)



ARTURO SENDIN GROSZO
NACIDO (06-07-1966)



(HIJOS) MICHEL LAUREANO SENDIN ROS
NACIDO (08-02-1986)



RICHARD SENDIN ROS
NACIDO (12-03-1992)



ADRIAN ANTONIO FUENTES
NACIDO (06-11-1996)



MERIAN SENDIN MEDINA
NACIDA (23-08-2010)



KEVIN SENDIN IMASARA,
NACIDO
105-07-2012
TODOS NACIDOS EN CUBA.

Fotografías de un viaje a Villarino de los Aires (2010)

ARBOL GENEALOGICO DE LA FAMILIA DE SALAMANCA.

FAMILIA DE TIA JOAQUINA MARTIN HERNANDEZ.

JOAQUINA MARTIN HERNANDEZ (NACIO 04-08-1910)
 (MURO 13-09-1994)
 A LOS 84 AÑOS.



(HIZO) CARRER FRANCIA MARTIN (MADRID) AÑO 1935



(ESPOSO) VICTOR GRANDE BERNIZ (NACIDO) AÑO 1932



-----|-----

(NIETOS)

VICTOR Y AGUSTINA NOBI CARRER Y ANTONIO (POSO)
 GRANDE DAVILA GRANDE
 FRANCIA AÑO 1959 JOSÉ MIGUEL Y ELIZABETH
 FRANCIA VALERIAN
 AÑO 1968




(BIBIENETOS)

LAYRA 18100 NAYTA JORGE CARLOTA CLARA
 GRANDE GRANDE FRANSA GRANDE
 DAVILA DAVILA GRANDE FRANCIA VALERIAN
 NACIDA 23-01-1992 22-03-1996 25-02-2006 15-10-2011







30/07/2018.

TODOS NACIDOS EN EL PUEBLO DE VILLARINO DE LOS AIRES PROV. SALAMANCA POR FAVOR
 PUBLICARLO EN EL PUEBLO DE VILLARINO CON LA FINALIDAD DE SER POSIBLE PODER
 COMPLETAR MAS DATOS DE NUESTRA FAMILIA.

ARBOLE GENEALOGICO DE LA FAMILIA DEL PUEBLO DE VILLARINO DE LOS AIRES.

FAMILIA DE TIA TERESA MARTIN HERNANDEZ.



30/07/2018.

TOODOS NACIDOS EN EL PUEBLO DE VILLARINO DE LOS AIRES PROV. SALAMANCA FOR FAVOR PUBLICARLO EN EL PUEBLO DE VILLARINO CON LA FINALIDAD DE SER POSIBLE PODER COMPLETAR MAS DATOS DE NUESTRA FAMILIA.

Fotografías de un viaje a Villarino de los Aires (2010)

LLEGADA A VILLARINO.

Por fin llegamos al PUEBLO DE VILLARINO DE LOS AIRES a las 12:00 meridiano, allí nos esperaban nuestra prima Carmen Francia Martín y su hija Mari Carmen Grande Francia, otra gran emoción nos embargó a las dos Primas y a nosotros dos: Laureano Sendín Martín y nuestro hijo Antonio Sendín Orozco, un anhelo de 71 años, un fuerte abrazo y un beso grandote, a mí y a nuestro hijo Tony las lágrimas no se podían evitar, este momento no se podrá olvidar nunca más en la vida por mucho tiempo que transcurra.

Pocos minutos después salimos para dar un pequeño recorrido y ver algo del pueblo, fuimos Víctor Grande Benito, Mari Carmen Grande Francia, Antonio Parra Ullán, Tony y Yo, dimos un recorrido por el área deportiva que está muy cerca de la casa de Carmen, nos tiramos varias fotos.



Antonio Parra, Víctor Grande, Laureano Sendín y Mari Carmen Grande.



Víctor Grande, Laureano Sendín, Antonio Sendín y Mari Carmen Grande.



Vistas del Pueblo de Villarino de los Aires desde el Campo Deportivo.

Genealogías y páginas del album de la familia Sendín.

Continuamos caminando por el pueblo y llegamos frente a la casa donde nació Nicolás Sendín Martín (mi padre) y todos sus 4 hermanos: Teresa, Isabel, Ángel y María Antonia Sendín Martín, frente a esta casa Tony nos tiró una foto en la cual aparece Carmen Francia Martín, Víctor Grande Francia y Laureano Sendín Martín, y otra foto donde estamos Víctor Grande Francia y Laureano Sendín Martín.



La casa donde nació nuestro padre Nicolás Sendín Martín y sus cuatro hermanos: Teresa, Isabel, Ángel y María Antonia Sendín Martín.



MIÉRCOLES 19 DE MAYO DEL 2010.

A las 8:30 A.M. siguió José Miguel Grande Francia y nos recogió para ir a ver a la Sra. Doña Isabel Jiménez García en la Diputación de Salamanca. Llegamos a las 8:55 A.M. y vimos a la Sra. María José Lazo Villarino la jefa del Gabinete de la Presidencia, la cual nos estaba esperando y a las 9:00 A.M. nos mandó a pasar a ver a la Diputada Doña Isabel, la cual nos recibió con un fuerte abrazo, pues ya nos conocimos en La Habana, cuando ella estuvo en la visita al Club Villarino.

Intercambiamos varios minutos con ella, nos comentó sobre las reducciones que han tenido en el presupuesto, para este año 2010 pero que no obstante nos ayudaría con lo prometido, cuando ella visitó el Club Villarino, fue una conversación sincera y transparente, al terminar me obsequió con una Corbata y un pasador de Corbata muy bonito, nos despedimos con un abrazo muy fuerte esperando que esta visita se pueda repetir pronto, también nos despedimos de la Sra. María José Lazo la cual nos deseó muchas cosas buenas para este año 2010, al salir vimos también al fotógrafo Pedro, que estuvo con la Delegación en La Habana, también se acordó de nosotros y nos abrazamos deseándonos también muchas cosas buenas para el presente año 2010.



José Miguel Grande, Laurisani Sordín e Isabel Jiménez.



Antonio Benito, Laurisani Sordín e Isabel Jiménez.

MATERIALES AUDIOVISUALES

Primer premio

Entrevista a Soledad Lázaro Villaverde

Enrique Gallego Lázaro

Ficha técnica

Participante: Enrique Gallego Lázaro (sobrino de la protagonista).

Duración: 1 03'36''

Formato digital: Vma.

Resolución digital: Buena.

Naturaleza: Entrevista.

Guión (narrador): No.

Sesiones: 1

Fecha: 12 de mayo de 2012.

Lugar: Segovia.

Protagonista: Soledad Lázaro Villaverde.

Edad (en el momento de la entrevista): 78 años

Orígenes de la protagonista: Segovia.

Emigrada a: Adelaide. Australia.

Asuntos/categorías: Australia. Mujeres. Iglesia Católica. Religión. Avión. Grecia. Melbourne. Tren. Adelaide. Inglés. Servicio doméstico. Colegio. Retorno. Italianos. Ruso. Ucraniano. Argentina. Español. Automovilística Holden. Ahorro. Casa. Comercio. Familia. Club Español. Fiestas. Racismo. Andaluces. Desarraigo. Hijos. Idioma. Deportes. Teléfono. Televisión. Cartas.

Observaciones: La entrevista surge por motivos académicos en el contexto del master Métodos y técnicas avanzadas de investigación histórica, de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), cursado por el entrevistador, y como trabajo práctico para la asignatura

Fuentes testimoniales orales y escritas (memorias y autobiografías).

Soledad emigró a Australia por diversos motivos, aunque inicialmente su idea se dirigió a países más cercanos como Francia o Suiza. Como tantas otras personas anhelaba un futuro mejor que el que ofrecía la España de finales de la década de los años cincuenta del siglo XX. Pasó más de medio siglo en Adelaide, Australia, trabajando de limpiadora y cajera de supermercados. Allí, tras múltiples vicisitudes, se casó con un ucraniano del que luego se divorció y con el que tuvo dos hijos, distinguiéndose por dominar perfectamente el inglés y por relacionarse con muchos otros emigrantes de todo el mundo: europeos, asiáticos, americanos e incluso algunos australianos, los mínimos en un país formando principalmente por contingentes migratorios, lo que dotó de una perspectiva muy amplia sobre la emigración a ese país.

Transcripción

0:00:00

La idea de emigrar surgió de una compañera, aunque en principio dentro de Europa, a Bélgica, Suiza..., pero no a Australia.

0:00:30

Cuando recurrieron a la emigración les dijeron que el mejor sitio para ganar dinero era Australia. Irían con un contrato de dos años y si no les gustaba se podrían volver.

0:00:45

Sólo tenían que pagar el 5% del billete y las animaron a emigrar allí.

0:01:05

Cree que nunca había oído nombrar a Australia.

0:01:15

Un sobrino que estudiaba Bachillerato le informó sobre el clima, la producción y el inglés, totalmente desconocido para Soledad.

0:01:45

La emigración católica fue la que las involucró para ir y que si tenían novio, podían reclamarlo, pero en principio era una expedición sólo de mujeres.

0:02:00

Salieron en el mes de junio de 1960, 70 chicas españolas y 30 que recogieron en Grecia, durando el vuelo tres días y tres noches.

0:02:20

Recuerda la pesadez del viaje, las turbulencias y la primera parada en Karachi, donde todo le llamaba la atención como los vestidos, la comida, scrambled eggs y el calor húmedo sofocante y pegajoso.

0:03:20

Continuaron hasta Melbourne. Allí las llevaron a un campo construido como con chapas de aluminio y que tenía camas portátiles. Recuerda que la primera noche estuvo lloviendo todo el tiempo y no pudieron dormir.

0:04:00

Las llevaron a emigración y comenzaron a realizar el sorteo. Había algunas chicas que ya sabían dónde querían ir. Nadie quería ir al Sur a Adelaide, que es dónde Soledad ha vivido desde 1960 hasta la fecha.

0:04:30

Las nueve chicas que venían juntas de Madrid, para evitar que las separasen por sorteo decidieron ir a Adelaide, ciudad que tenía playa, algo por lo que preguntaron.

0:05:15

El viaje desde Melbourne a Adelaide fue en tren y duró toda una noche. Pero hubo una confusión y en lugar de dejarlas en un campamento, las dejaron en un apeadero cuando comenzaba a amanecer sin nadie que las recibiera.

0:05:45

Recuerda que como hacía frío se pusieron a bailar la conga para entrar en calor y esperar. Pasado más de una hora apareció una camioneta con el chófer y un cura católico que hablaba algo de español.

0:06:15

Las llevaron a un antiguo campamento militar donde cada habitación tenía tres camas. Les llevaron taza, plato, cuchara y tenedor.

0:07:00

Pasaron dos días sin ir al comedor porque tenían que recuperar el sueño perdido de tantos días sin dormir.

0:07:15

El comedor también era de paredes metálicas y el olor no era agradable por cocinar con dripping, sebo de oveja, mientras que los huevos fritos parecían de cera.

0:07:50

Pero eran chicas solteras y jóvenes, que afrontaban todo con entereza.

0:08:00

Los servicios y las duchas no estaban en las habitaciones, sino a cierta distancia y sin techo.

0:08:20

Estuvieron tres semanas y como no había nada, les daban un poco de dinero para que una vez a la semana cogieran un autobús que las llevaba al centro de Adelaide, a la catedral católica, donde una señora les daba clases de inglés entre una y dos horas.

0:09:00

Como la maestra hablaba un poco de español, acabó aprendiendo más ella que las españolas el inglés.

0:09:15

A las tres semanas preguntaron por el trabajo prometido. Como no había prestación de desempleo, les daban una libra para sellos postales y por si cogían el autobús. El poco sobrante lo empleaban en comprar fruta.

0:10:00

Tuvieron que ponerse un poco serias al ver que no se cumplía lo que les habían dicho, quejándose a los encargados del hostel, albergue.

0:10:30

Por medio de un matrimonio católico que fue a visitarlas fue más fácil plantear la reclamación del trabajo prometido ante la Iglesia católica.

0:10:50

En el hostel sólo había mujeres, algunas con niños, porque los padres podían estar trabajando a 600 km de distancia en las plantaciones de tabaco, caña, etc.

0:11:15

Jugando con los niños del campo fue como empezaron a aprender algunas palabras en inglés.

0:11:30

Con las quejas ya les encontraron trabajo por medio de algún colegio católico, normalmente en el servicio doméstico. Soledad estuvo trabajando de limpieza en el Sagrado Corazón, donde las condiciones no eran muy buenas.

0:11:55

La casa que les dieron para vivir estaba muy mal y la comida seguía siendo muy mala. Con el dinero que les daban compraban huevos, patatas, etc., para hacer tortillas.

0:12:20

Después de seis meses le ofrecieron trabajar en una casa particular de

gente bien situada en Adelaide, algo que no gustó a los responsables del Sagrado Corazón.

0:12:40

En esa casa, Soledad tenía una habitación para ella sola. Había una criada, también española, un mayordomo, un cocinero y un chófer. Todos para un solo matrimonio que vivía en una gran finca que a su muerte ha pasado al patrimonio del Ayuntamiento de Adelaide.

0:13:30

Nunca tuvieron visitas de autoridades españolas del consulado ni de la embajada. En Adelaide, pusieron más tarde un cónsul honorario donde podían gestionar sus papeles.

0:14:10

Soledad intentó reclamar a su novio español, pero vio que no había futuro para él porque no había trabajado nunca en el campo y el único trabajo que podría obtener sería trabajar en las plantaciones de tabaco o en las de caña de azúcar.

0:15:10

Cuando escribían a su familia, cosa que hacía muy a menudo, contaban que todo estaba bien, que todo era perfecto. Y aunque no era lo que les habían contado, ni se ganaba tanto, ni los comercios tenían tantos artículos como podían tener El Corte Inglés o Galerías Preciados en Madrid, las cosas fueron mejorando con los años.

0:16:00

Emigrantes italianos y griegos que eran muy numerosos comenzaron a abrir comercios, pero nunca llegó a ser lo que era en España.

0:16:35

Las extensiones son enormes, con casas individuales, siendo el centro de la ciudad, el único lugar con edificios altos.

0:16:55

Pero echaba en falta el trato diario con la vecindad y con la familia tan típicos de España.

0:17:10

Nunca recomendó a nadie que emigrara a Australia, aunque su hermana Pilar fue allí y Soledad pudo ofrecerle una ayuda que ella no tuvo. Ya estaba casada y le buscaron un trabajo que no fuera el servicio doméstico en la lavandería de un hospital.

0:17:55

Pilar estuvo tres años y pudo ahorrar algo de dinero. Soledad le dijo que se fuera a visitar a los padres porque ella llevaba once años y no había podido volver a verlos por haber formado una familia.

0:18:20

Soledad dice que nunca se hubiera ido de España si hubiera podido casarse y trabajar, ya que al casarse, tenía que dejar el trabajo.

0:18:40

Ella llevaba viviendo en Madrid ocho años con su hermana mayor, estando años sin trabajar al cuidado de sus sobrinos y haciendo todo el trabajo de la casa.

0:19:00

Pensó que necesitaba un trabajo para hacer cosas que no podía hacer si estaba en casa de su hermana, por lo que se fue a Osrám por tres años. Reitera que si hubiera podido casarse y mantener el trabajo, no se hubiera ido porque no hay ventajas.

0:19:35

Su hermano Tino le pidió opinión antes de casarse para ir a Australia. Entonces tuvo que decirle la verdad, algo antes de la llegada de su hermana Pilar.

0:19:55

Le dijo a su hermano que buscara trabajo en España y si no encontraba nada, entonces que se fuera. Pero al no saber inglés ni un oficio, que tampoco garantizaba mejores trabajos, sería muy duro.

0:20:55

Ahí fue cuando su familia se dio cuenta de que algo no era tal y como lo contaban. Algo que se repitió entre sus compañeras de emigración. Ninguna quería preocupar a la familia.

0:21:10

No era lo que les habían dicho, pero lo habían hecho y tenían que afrontarlo.

0:21:25

Aunque podían retornar a los dos años, no era posible porque no habían ahorrado el dinero para volver. Y si volvían antes de los dos años deberían haber pagado íntegro el pasaje de ida y el de vuelta.

0:21:40

Cuando escribían a casa decían que estaban muy bien, que las respetaban mucho, que eran muy apreciadas.

0:22:00

Para ellas, la organización vino por parte de la Iglesia Católica tanto por parte española como australiana, ya que querían llevar gente católica. Después descubrieron que en Australia había más hombres que mujeres.

0:22:20

Cree que antes que la suya hubo otra u otras dos expediciones sólo de mujeres.

0:22:45

Formó su familia cuando conoció a un ruso-ucraniano que hablaba muy

bien español por haber vivido en Argentina durante cuatro años. Además hablaba y escribía alemán, polaco e inglés.

0:23:30

Ese chico les ofreció ayuda en trámites burocráticos, llevándoles fruta.

0:23:40

Su marido trabajaba en la mayor fábrica de Australia, la automovilística Holden.

0:23:55

Al trabajar en el turno de tarde, tenía libres las mañanas y el día que libraban, se ofrecía a ayudarlas en todo lo que precisaran.

0:24:20

Al año de estar Soledad en Australia le pidió matrimonio y aceptó.

0:24:40

Como no había ni siquiera casas ni pisos para alquilar, encontraron una vivienda agregada.

0:25:20

Sole no trabajó los seis primeros meses, pero lo necesitaba para aprender inglés, ya que no había escuelas para aprenderlo. Sólo había algún tipo de clases nocturnas y aprendieron de oído.

0:25:50

Empezaron a ahorrar dinero y lo primero que hicieron fue comprar un terreno al contado. Después ahorraron otro poco y con un préstamo bancario pudieron edificar la casa.

0:26:20

Cuando su primer hijo cumplió nueve meses ya estaba construida la casa.

0:26:45

Soledad fue consiguiendo trabajos en comercios donde fue mejorando con su inglés.

0:27:55

Tardó trece años en volver a España por primera vez, algo que se hace muy largo y pesado, ya que se añora mucho a la familia. En muchas ocasiones pensaba que había sido algo no meditado lo suficiente y que tampoco le fue explicada bien para pensar que podía ser tan duro como fue.

0:27:35

No había muchos españoles en Adelaide, pero sí mantenían relación con ellos, especialmente con las chicas que emigraron juntas. Hubo tres que regresaron a España a los cuatro o cinco años de estar allí. El resto se casaron y se quedaron allí.

0:28:10

Con el paso del tiempo se formó un centro, el club español, sobre todo, cuando llegaron matrimonios con sus hijos. Era una casa y supone que tendrían ayuda del Gobierno español.

0:29:00

Una monja vasca, la hermana Gertrudis, enviada por la Iglesia Católica sudamericana, quiso conocer a la comunidad española en Adelaide. La recuerda como una mujer simpática que ayudó en enseñar español a los niños nacidos en Australia.

0:29:40

De las fiestas españolas que recuerda con agrado se ha pasado a una época en que la juventud no se involucra tanto como antes en el club.

0:30:05

Recuerda especialmente la celebración del Rocío durante tres días,

cuando iban a un lugar que dicen es muy parecido al de Huelva llamado Clare Valley a 110 km de Adelaide.

0:30:40

Las celebraciones comenzaron a efectuarse cuando ya llevaba catorce o quince años viviendo en Australia.

0:31:00

Por regiones de procedencia no recuerda muchos vascos en Australia. La mayoría eran andaluces. Sí que recuerda que gran parte se dirigía a Whyalla, a unos 300 km de Adelaide donde se fabricaban barcos. El lugar debía de ser muy caluroso y con mucho polvo rojo. Muchos de los que trabajaron en Whyalla retornaron a España.

0:32:40

Soledad reconoce la sensación de discriminación racial desde su llegada, algo que sigue permaneciendo actualmente. Los australianos los aceptaban pero no se relacionaban, ni se relacionan mucho con los emigrantes, especialmente la gente joven cuando nota el acento extranjero al hablar.

0:33:55

Sus hijos notaron la discriminación cuando fueron a la escuela primaria, especialmente su hija. El hijo no tanto, porque no parecía español.

0:34:10

Recuerda que su hija le decía que si alguna vez tenía hijos, no los enviaría a la escuela pública, porque estuvo mucho más contenta cuando hizo el bachillerato en un colegio católico.

0:34:50

Recuerda una anécdota en que su hija asistió a un cumpleaños de otra niña, con la condición de no revelar su ascendencia española, porque a la niña le habían dicho que no se relacionase con los extranjeros.

0:35:40

La relación con el resto de extranjeros como italianos o griegos siempre ha sido muy buena, pero reconoce la formación de guetos y de relaciones más estrechas con personas de su mismo origen de procedencia.

0:36:30

Soledad cree que esas concentraciones en guetos, no les gustaba a los australianos. Allí se hablaba la lengua de origen y las personas mayores no aprendían inglés, teniendo que ayudarse de los hijos para actuar como intérpretes.

0:37:00

En los primeros años no había servicio de traducción. Más tarde pusieron escuelas cuando tuvieron que recurrir, aunque no les gustaba, a la emigración de países como sudamericanos o Polonia. En esas escuelas les daban una especie de subsidio para que aprendieran inglés.

0:37:40

Ahora las cosas son diferentes y cuando envían alguna documentación, o asisten al médico, suelen indicar si necesitan algún tipo de traducción o intérprete.

0:38:10

Soledad cuenta que la juventud es fundamental para aprender mejor el idioma. Ella fue con 24 años, pero no había oído ni una palabra de inglés en su vida.

0:39:00

Dice que el inglés es simple, sin un gran vocabulario. Lo que es difícil es su pronunciación, especialmente para los latinos, más sencilla para holandeses y alemanes.

0:39:50

Al principio no recibían noticias de España hasta que comenzaron a instalar antenas parabólicas y podían ver la televisión. Para Soledad, los

que ven todo el tiempo la programación en español, son precisamente los que nunca van a aprender a hablar en inglés.

0:40:20

Al club español, con el tiempo, empezaron a enviar algún boletín. Tampoco vendían revistas españolas y en la prensa no había noticias españolas.

0:40:40

Tampoco había radio en español. Sólo algunos que tenían sus propias emisoras podían contactar con otros españoles. Así, recuerda una conversación con un señor llamado Luis de Segovia que era el tío del entrevistador y que ambos conocían a Soledad.

0:41:40

La visión de los australianos sobre España era muy negativa. Soledad recuerda que preguntaban sobre aspectos cotidianos y pensaban que España estaba muy atrasada, pero Soledad cree que Australia también lo estaba en cierto sentido.

0:42:20

Respecto a Franco no hablaban mucho puesto que no sabían nada de política, pero sí recuerda de una mujer andaluza procedente de Falange, que se metió con sus hijos pequeños en una obra de teatro crítica con el franquismo para protestar.

0:43:20

No recuerda haber oído hablar de los "recomendados" desde España para trabajar allí. Sí sabe del caso de un químico que como no le dieron un trabajo relacionado con su profesión se negó a aceptar otro y fue deportado, pagándole el viaje por haber sido engañado.

0:44:35

Recuerda a una chica que visitó en el hospital que al parecer tuvo una crisis un día, saliendo a correr en medio de la ciudad sin ningún sentido.

La mandaron de vuelta a España en barco con la señora que les enseñaba inglés en sus primeros meses.

0:45:25

Respecto a la cobertura sanitaria en los primeros años, como eran jóvenes y sanas casi no recuerda tener que acudir al médico.

0:46:20

La sanidad no era gratis, pero recién llegadas, como no tenían dinero, las atendieron sin cobertura. En cuanto pudo hizo un seguro. Las medicinas tampoco eran gratuitas.

0:46:50

La educación pública sí que era gratuita, teniendo que pagar los libros. Los colegios privados eran caros. Los católicos tenían menos lujos, pero eran más baratos que el resto de los privados.

0:47:35

Cuando volvió a España la encontró muy cambiada, dándose cuenta que no había merecido la pena, que España había mejorado bastante.

0:47:50

Siempre tuvo presente la idea del retorno, pero no era fácil porque estaba casa y con hijos. Uno de los motivos para casarse con su marido fue que como a él no le gustaba Australia, tenía la idea de Sudamérica. Le gustaba el carácter español pero en España le entró miedo, a pesar de que con su oficio, podía encontrar trabajo. Además, su madre y su hermana vivían en Australia.

0:48:45

Cuando mencionaron a su hijo, que tenía ocho años, la idea de venir a España, el niño dijo que no, que era australiano y que en España sólo estaba de vacaciones.

0:49:00

Contra lo anterior lo único que pudo hacer fue volver y son ya 52 años los que lleva allí, pero el sentimiento es que no pertenece ni a España ni a Australia.

0:49:25

Soledad no se encuentra totalmente en la sociedad australiana. No le gusta criticar, pero no hay una integración total con los australianos, con un carácter muy opuesto al español. Ni siquiera conviven mucho entre ellos como hacen muchos de los emigrantes.

0:50:15

A veces echa de menos el tener alguien de más confianza al lado. Tiene vecinos a los que conoce, pero no lo suficiente.

0:50:35

Reconoce que hay gente buena como en todos los sitios y que la han tratado bien.

0:51:00

Tiene el sentimiento de haber trabajado mucho y haber llevado una vida muy ordenada, normal, con seguros para la cobertura médica porque la Seguridad Social no es como la española.

0:51:20

La jubilación no es por los años que se han cotizado. Ahora lo quieren hacer pero antes no. Tenían estipulado que les pagaban un 25% del sueldo mínimo, lo que no es suficiente para gente que no haya podido ahorrar y comprar una vivienda.

0:52:10

La prestación por desempleo es la misma que a un jubilado. Así, hay gente que no ha trabajado nunca y que piensa que está mejor sin trabajar ya que reciben más ayudas.

0:52:50

Soledad considera que el desempleo no se debe pagar a gente que no ha trabajado nunca, sino que debe pagarse por el tiempo que se ha trabajado.

0:53:15

Desconoce si su visión de Australia coincide con la de muchos otros emigrantes españoles.

0:53:30

Aparte de las tres chicas que retornaron no conoce prácticamente ningún caso en Adelaide de españoles que hayan retornado a España. Sí de muchos de los que trabajaban en Whyalla y un matrimonio vasco que al no tener hijos, les fue más fácil retornar.

0:54:15

Soledad reconoce que si no tuviera a sus hijos allí, hubiera retornado a España. Aunque sus hijos la animan a establecerse donde esté más a gusto, ella sabe que no lo va a estar ni aquí ni allí. A pesar de tener más compañía en España, estaría muy pendiente de ellos.

0:54:50

Su hijo Ricardo vive cerca de ella, su hija vive en Sidney que es como ir de aquí a Londres. Su hijo está muy ocupado y aunque suelen verse una vez a la semana y hablar, no es como cuando tienes hermanos, sobrinos o primos cerca.

0:55:20

Soledad cree que sus hijos mantienen muchos aspectos de la cultura española, especialmente la comida. Ambos entienden muy bien el español tanto hablado como escrito, aunque le escriben a ella en inglés.

0:55:40

Su hija Susana no ha querido hablar con ella en español porque pensaba que era más beneficioso para su madre, corrigiéndola cuando era nece-

sario. Soledad cree que tenía razón porque ella hablaba con su marido en español.

0:56:05

Su hijo Ricardo tuvo que ir antes al colegio para hablar en inglés, ya que en casa sólo se hablaba en español. Sin embargo, Susana habló inglés desde muy pequeña, probablemente de oír hablar a los vecinos o de hablar con su hermano.

0:56:40

Los dos hijos mantienen relación y amistad con otros chicos de emigrantes españoles, de cuando iban juntos a la playa, los picnics, Navidades, cumpleaños, comuniones y todo tipo de celebraciones.

0:57:20

Su vida como pensionista en Australia es muy tranquila. No hay tantas actividades como pueden tener los jubilados en España. Allí no hay centros para jugar a las cartas. Tampoco tienen viajes, aunque el Gobierno les envía unos tickets para realizar un vuelo en su provincia como puede ser hasta la frontera con Melbourne, aunque este ha sido el primer año que ha realizado un viaje de este tipo estando jubilada a unas antiguas minas.

0:58:30

Con el club sí que alquilaban autobuses e iban a alguna excursión.

0:58:55

Respecto a otros estados en Australia, sí que han mantenido relación con otros españoles, especialmente con los de Melbourne, asistiendo a los festivales que organizaban. Menos con los más alejados como los de Queensland.

0:59:20

Soledad cuenta que siete días a la semana no se pierde las noticias de

TVE1 a las 21:00 horas, bien por la mañana o a mediodía que las repiten.

1:00:00

En un canal que hay para emigrantes, Soledad intenta ver todo lo que hay en español, estando muy bien informados de todo lo que está pasando.

1:00:20

Le gusta ver el fútbol aunque tenga que levantarse a las cuatro de la mañana; el tenis, especialmente los partidos de Nadal.

1:00:40

Ahora se encuentra más unida. Ya no nota la distancia de los primeros años. Cree que la primera vez que pudo hablar directamente por teléfono fue después de 14 ó 15 años de estar en Australia.

1:01:10

Considera algo muy grande cuando empezó a hablar por teléfono ya que parecía no estar tan lejos.

1:01:20

La duración de la correspondencia enviada y recibida variaba, pero reconoce que tardan más ahora que en los primeros años. En tres o cuatro días podían llegar las cartas a su casa, tiempo que ahora se dobla. En su opinión por el uso del correo electrónico.

1:01:50

Casi todas las semanas recibía una carta, y aunque le decía su familia que no escribiera a todos, que lo hiciera sólo a uno, ella escribía a todos porque quería recibir correspondencia de todos, ya fueran padres, hermanos o hermanas. Soledad vivía con las cartas.

1:02:30

Aunque escribía mucho ahora casi no lo hace porque habla por teléfono

con tarjetas de prepago que con diez dólares australianos puede hablar más de tres horas que le suponen tres o cuatro llamadas.

1:03:00

Reconoce que la comunicación ha cambiado mucho con la tecnología, pero hasta que vino a España por primera vez después de trece años, la comunicación era sólo por cartas.

Vivencias de mi abuela

Maite Simón Martínez de Goñi

Ficha técnica

Participante: Maite Simón Martínez de Goñi (Nieta de la protagonista).

Duración: 1 03'25''

Formato digital: Mp3.

Resolución digital: Buena.

Naturaleza: Entrevista.

Guión (narrador): No.

Sesiones: 1

Fecha: marzo de 2018.

Lugar: Bilbao.

Protagonista: Gerardina Alfonso Salicio.

Edad (en el momento de la entrevista): 87 años.

Orígenes de la protagonista: Ituero de Azaba, Salamanca.

Emigrada a: San Miguel de Basauri, Bizkaia.

Asuntos/categorías: Posguerra. Racionamiento. Guerra Civil. Falange Española. Fuenteguinaldo. El Bodón. Contrabando. Portugal. Familia. Miseria. Hijos.

Me llamo Maite Simón y soy una joven bilbaína de 16 años. Este trabajo que os presento, es el resultado de una larga conversación que mantuve con mi amama (abuela) hace algún tiempo (la conversación está incluida en una grabación).

Mi abuela se llama Gerardina Alfonso, y pertenece a una familia humilde de un pequeño pueblo salmantino ubicado al suroeste de la capital, llamado Ituero de Azaba.

En el trabajo que os envío, se explica cómo era su vida en ese pueblo, sus costumbres, sus deberes... También se explican los motivos por los que mis abuelos (Gerardina Alfonso y Cipriano Simón, los dos de Ituero) tuvieron que marcharse de aquel pueblo hacía el norte, más concretamente al pueblo industrial de Basauri, en Bizkaia.



Foto familiar donde se aprecia a Gerardina Alfonso Salicio, protagonista de la entrevista, junto a su nieta, y autora de la misma Maite Simón Martínez de Goñi.

ISBN: 978-84-617-4492-3



9 788461 744923

